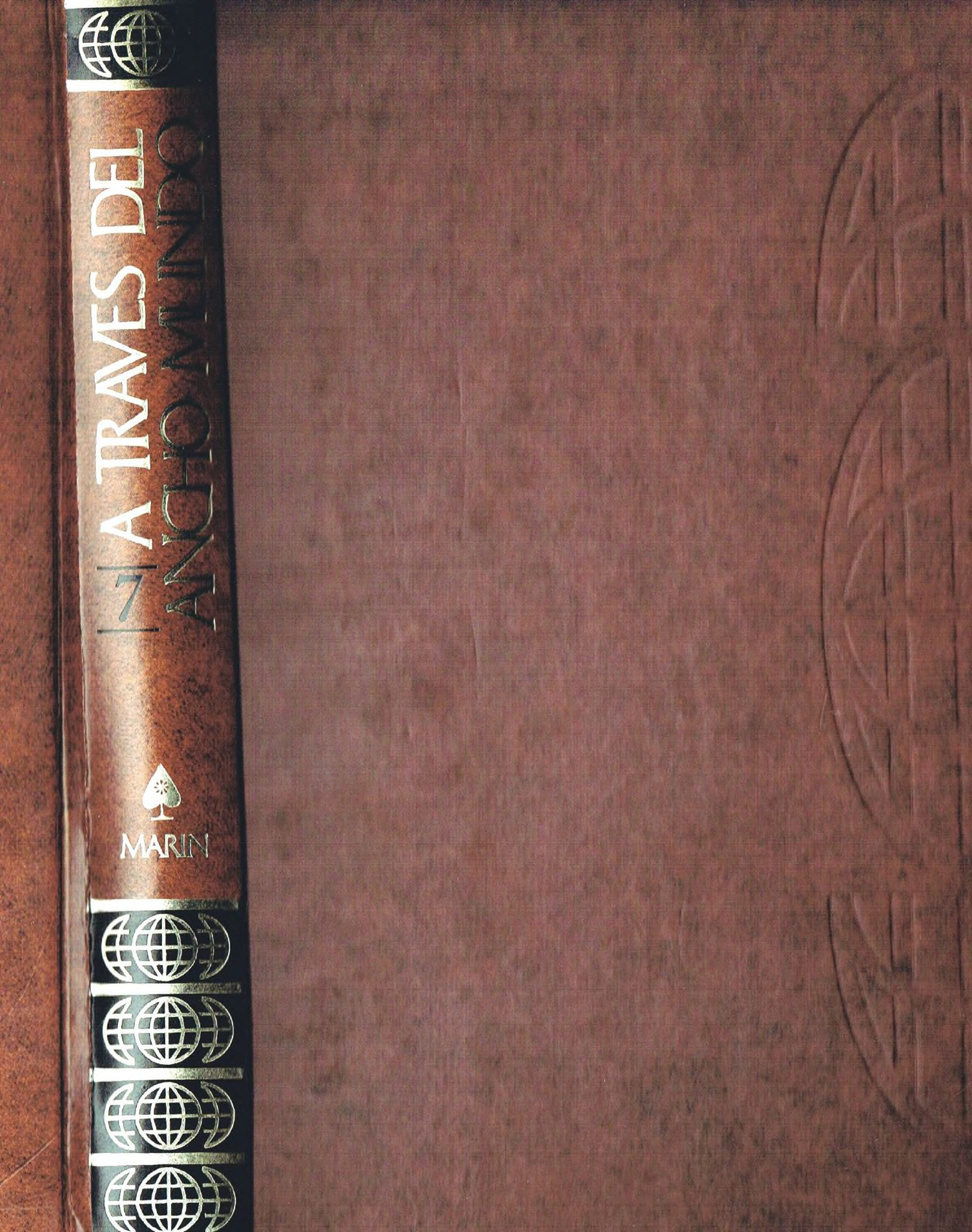


A TRAVES DEL
ANCHO MUNDO
7
MARIN

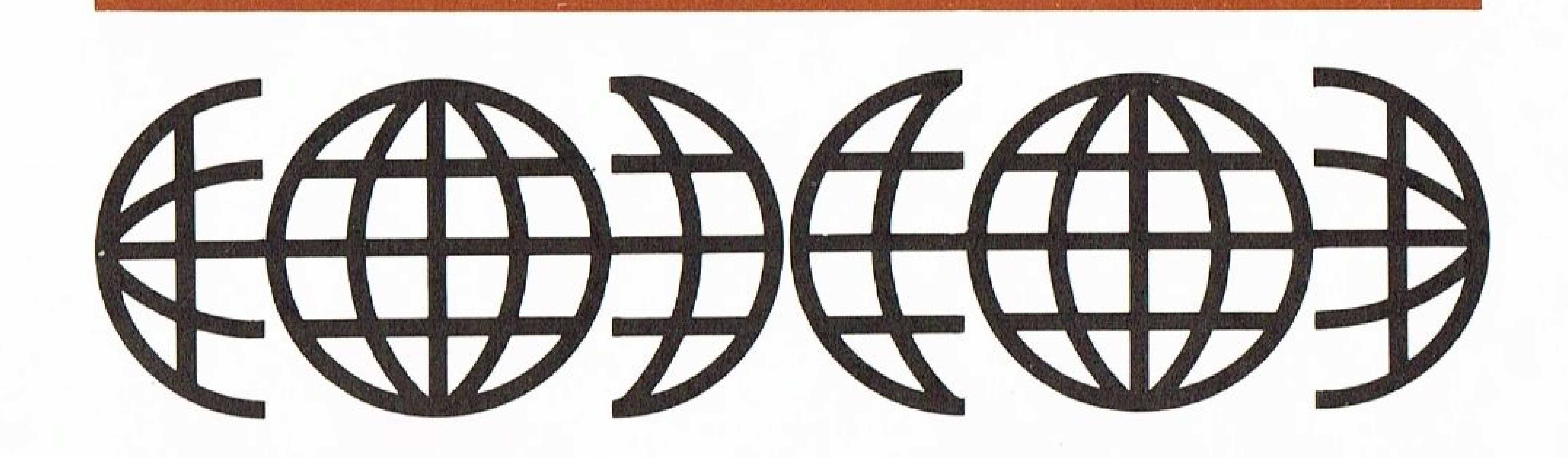


7


EDITORIAL MARIN, S/A.

Barcelona - Bogotá - Buenos Aires - México - Puerto Rico

A TRAVES DEL ANCHO MUNDO



Autor del plan realizador, con la elección y disposición de materias, y Director General de la obra:
MANUEL MARIN CORREA

Coordinación literaria:
JAIME MINISTRAL MASIA



Nicaragua, 85-95. Barcelona - 15

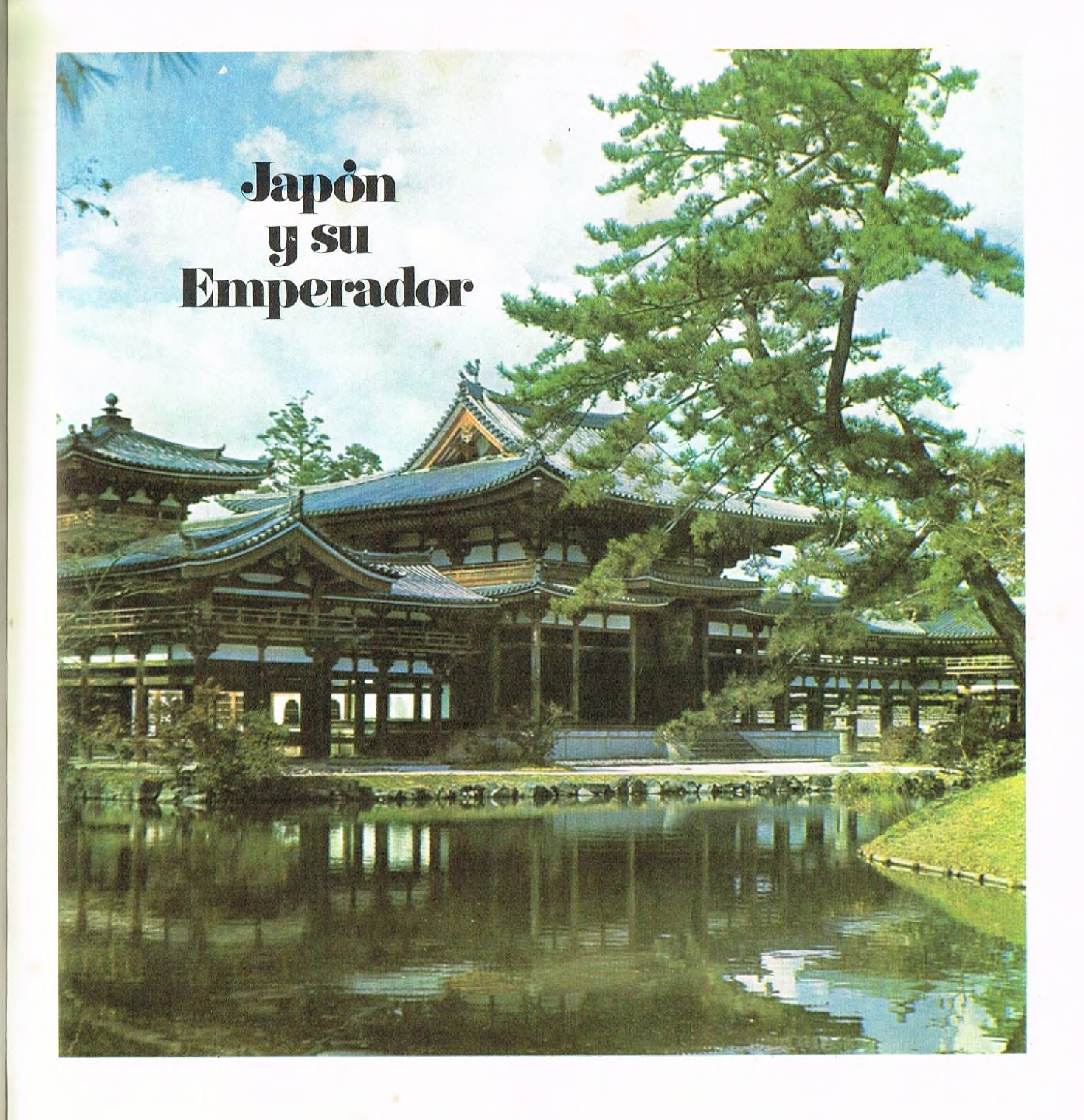
Depósito legal: B. 780 - 1973 (VII)

Impreso en TECNOGRAF, S. A.
Torras y Bages, 33. Barcelona (España)
sobre papel couché TH mate
de TORRAS HOSTENCH, S. A.

ISBN 84-7102-001-7 Obra completa, 4.ª ed. actualizada
ISBN 84-7102-008-4 Tomo 7

SUMARIO

Véase Indice Temático al final del Tomo 8

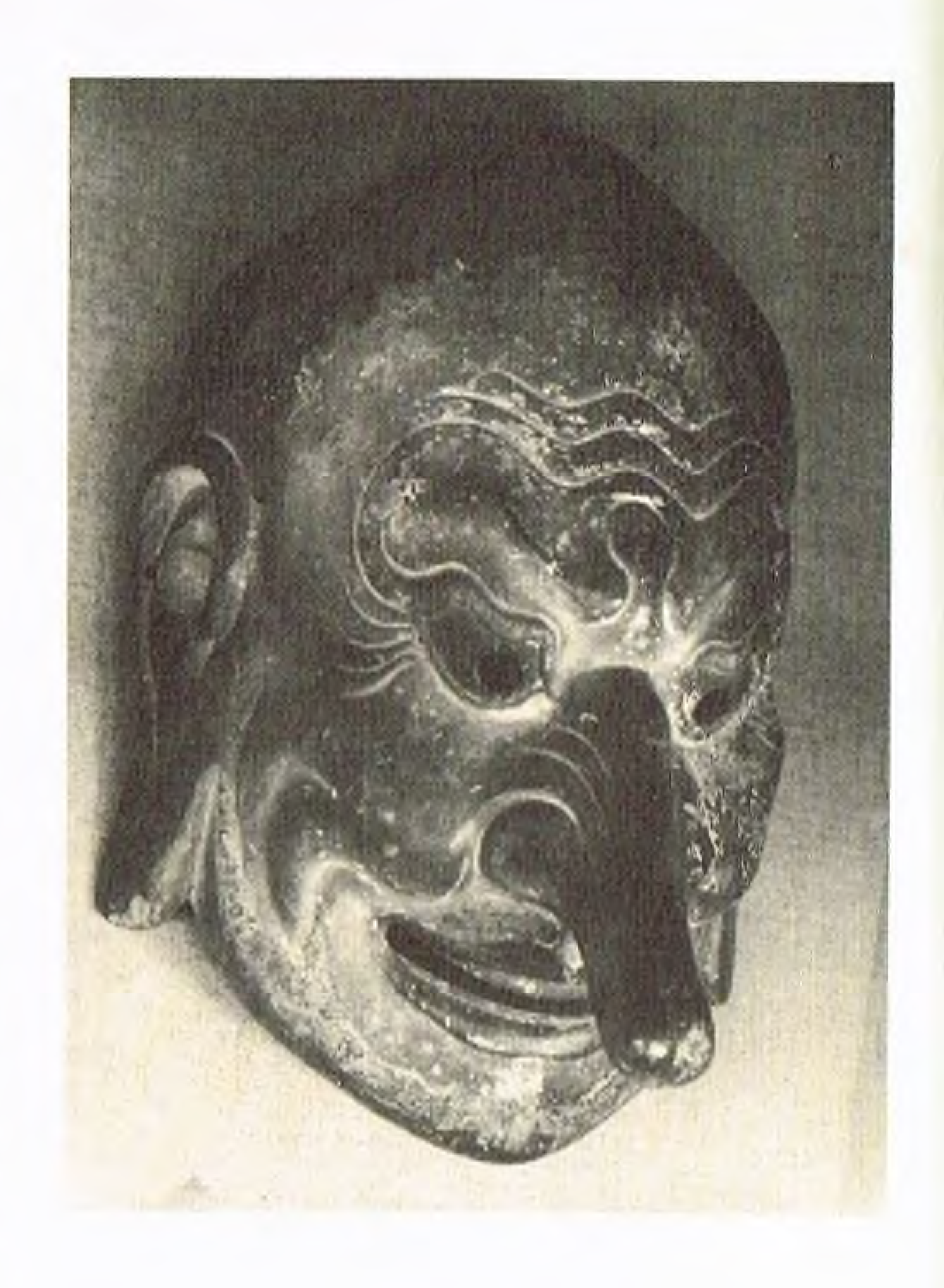


Japón y su Emperador

TOKIO, actual capital del Japón, fue fundada a fines del siglo XII con el nombre de Yeddo, pero su importancia no comenzó hasta 1457, cuando se construyó en ella la residencia imperial.

La ciudad había sido levantada sobre terrenos cubiertos por las aguas marinas, encharcados, que fueron lagunas hasta el siglo XI. Enclavada en el fondo de la bahía de su nombre, Yeddo se hallaba atravesada por el río Sumida, que desemboca formando un amplio

delta. Primeramente fue un castillo fortificado, origen común a muchas capitales del globo, como Moscú o Madrid, hasta que los «shogunes» establecieron allí la capitalidad de la nación. En torno al palacio de los jefes de gobierno, rodeado de un inmenso y retirado parque, se empezaron a levantar menudas casitas de madera, imperfectamente alineadas, entre las cuales se erigían templos a las diferentes confesiones religiosas que iban entrando en el país. Muchos kilómetros al Sudoeste, Kioto continuaba siendo la residencia del Tenno, el «Hijo del Cielo», venerado en todo el Japón como un dios viviente.



Tokio, la mayor aglomeración urbana del orbe

Con su cifra de habitantes que supera los 11 millones, Tokio es hoy la ciudad más populosa del mundo. Entiéndase bien que se habla de ciudad, no de «connurbación», es decir, de aglomeración de ciudades. Por ello supera en población a Nueva York, que no llega a los 8 millones de habitantes.

Si de connurbaciones se trata, habría que agregar a Tokio todas las que se encuentran prácticamente unidas a ella de un modo urbano. La cifra de moradores rebasaría entonces los 13 millones, ya que solamente Yokohama, el puerto de Tokio, muy cercano a la capital, cuenta con más de 2 millones de habitantes. Y aún habría que consignar la existencia de Kawasaki y Shinagawa, núcleos urbanos intermedios entre Tokio y Yokohama, cuya población conjunta rebasa el millón de pobladores; y Yokosuka (400 000 h) al sur de Yokohama, así como Rabashi, Arahawa, etcétera.

El potente progreso demográfico de Tokio se advierte más claramente cuando se sabe que en 1909 la ciudad contaba con 2,1 millones de habitantes, que llegaron a 6,8 en 1940 y 9,4 en 1960. Pero hay que explicar, además, que en este proceso de desarrollo la capital del Japón sufrió dos gravísimos baches: uno producido por el terrible terremoto que asoló la ciudad en 1923, y otro como consecuencia de los ataques aéreos que padeció durante la II Guerra Mundial.

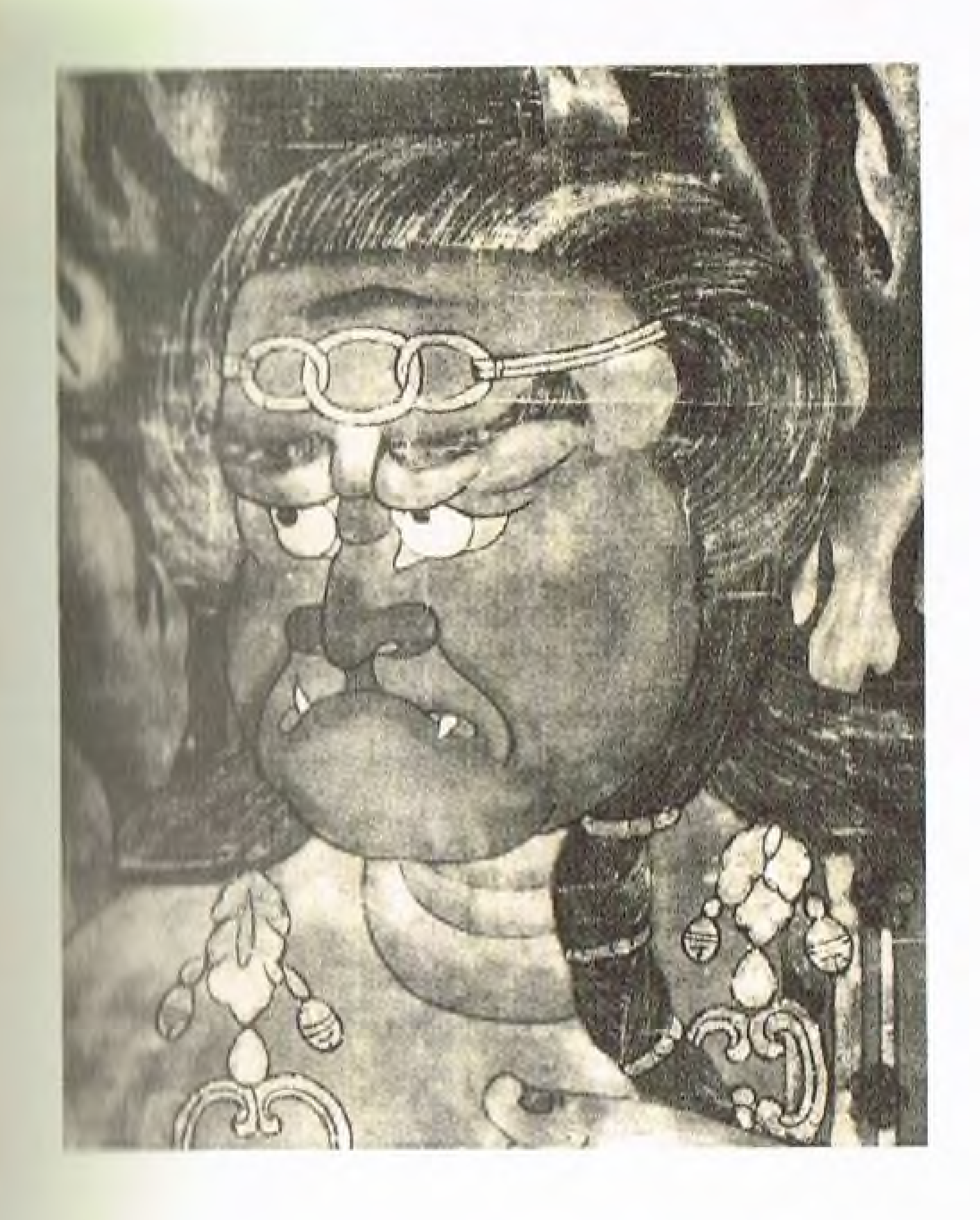


En efecto, el 1 de septiembre de 1923, un seísmo destruyó más de 200 000 edificios y causó la muerte de 160 000 personas. Además, entre 1876 y 1921 se registraron 2064 temblores de tierra. Contra ellos, el japonés se ha defendido levantando construcciones livianas, de madera y papel, o muy robustas a base de hierro y cemento. Pero, sobre todo, se ha servido, para resistir a estos cataclismos, de su mentalidad fatalista, resignada, convencida de la inutilidad de los esfuerzos humanos frente a las fuerzas desatadas de la Naturaleza.

El segundo suceso trágico de la historia de Tokio se produjo en mayo de 1945, cuando ya en trance de declive el poderío militar japonés, los Estados Unidos desencadenaron una fuerte ofensiva aérea sobre el país del Tenno. En dicho mes fueron arrojadas sobre la capital japonesa 1667 toneladas de bombas, que causaron más de 200 000 víctimas y produjeron la destrucción, en mayor o menor grado, de 6,1 km^2 de la gran ciudad.

Pero el poder de recuperación del Japón es inmenso. Los 6 millones de habitantes que entonces tenía la capital quedaron reducidos a 4 200 000 en 1946, al término de la guerra, mas ya se vio en qué poco tiempo igualaron y aun superaron esta cifra.

El centro de Tokio, hoy como ayer, continúa siendo el Palacio Imperial, antigua residencia de los shogunes, fundado por el creador de la dinastía Togugawa Yeyasu. Rodeado de un inmenso parque,



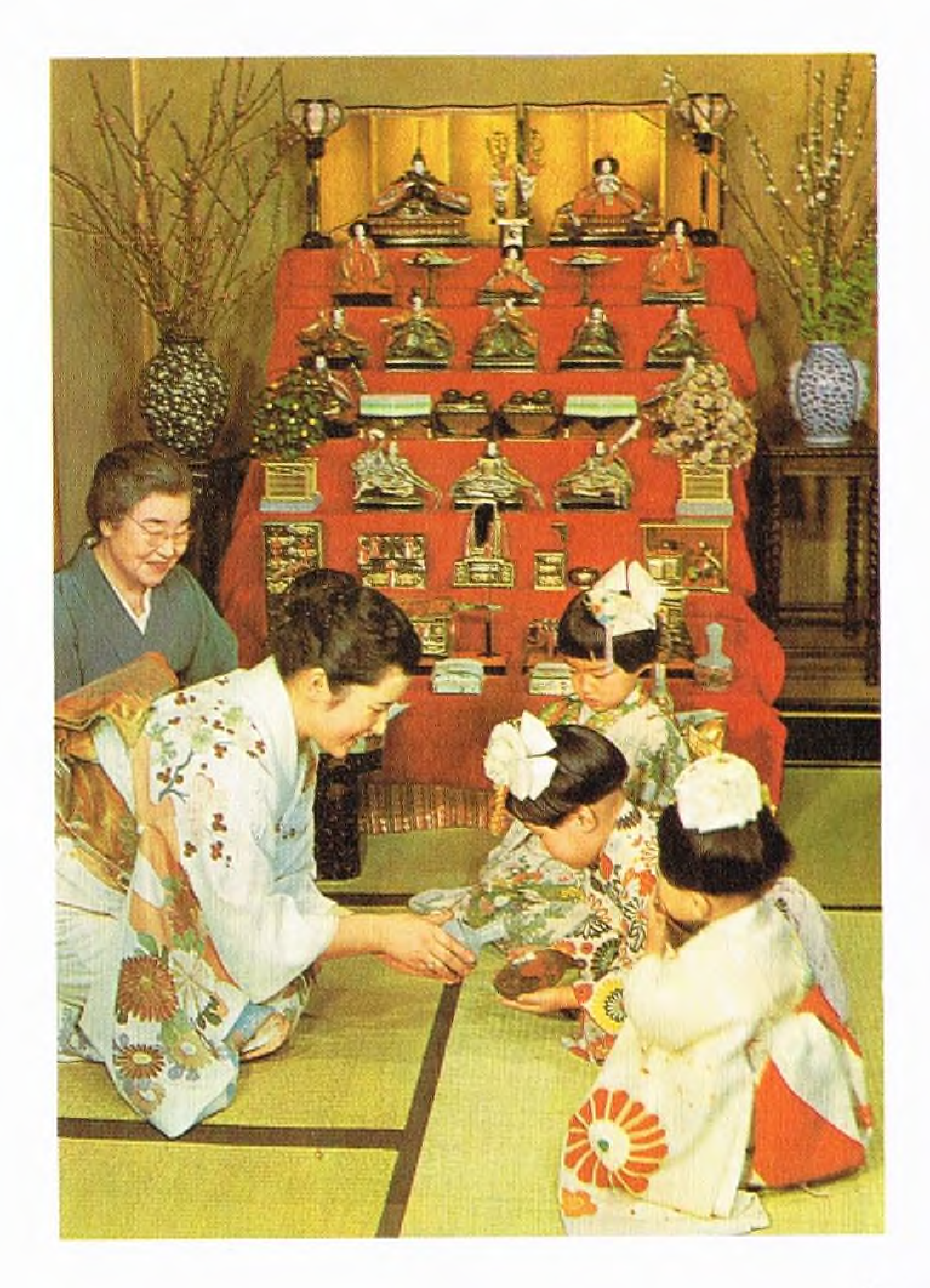
este palacio ha sido inaccesible al público hasta tiempos recientes. Después de la guerra se ha autorizado la entrada, pero los japoneses no mostraban gran interés por conocerlo, convencidos del carácter divino de su morador.

Antes de esta autorización oficial, el recinto del palacio fue violado por el paso de una línea férrea que acercaba al Tenno a la civilización.

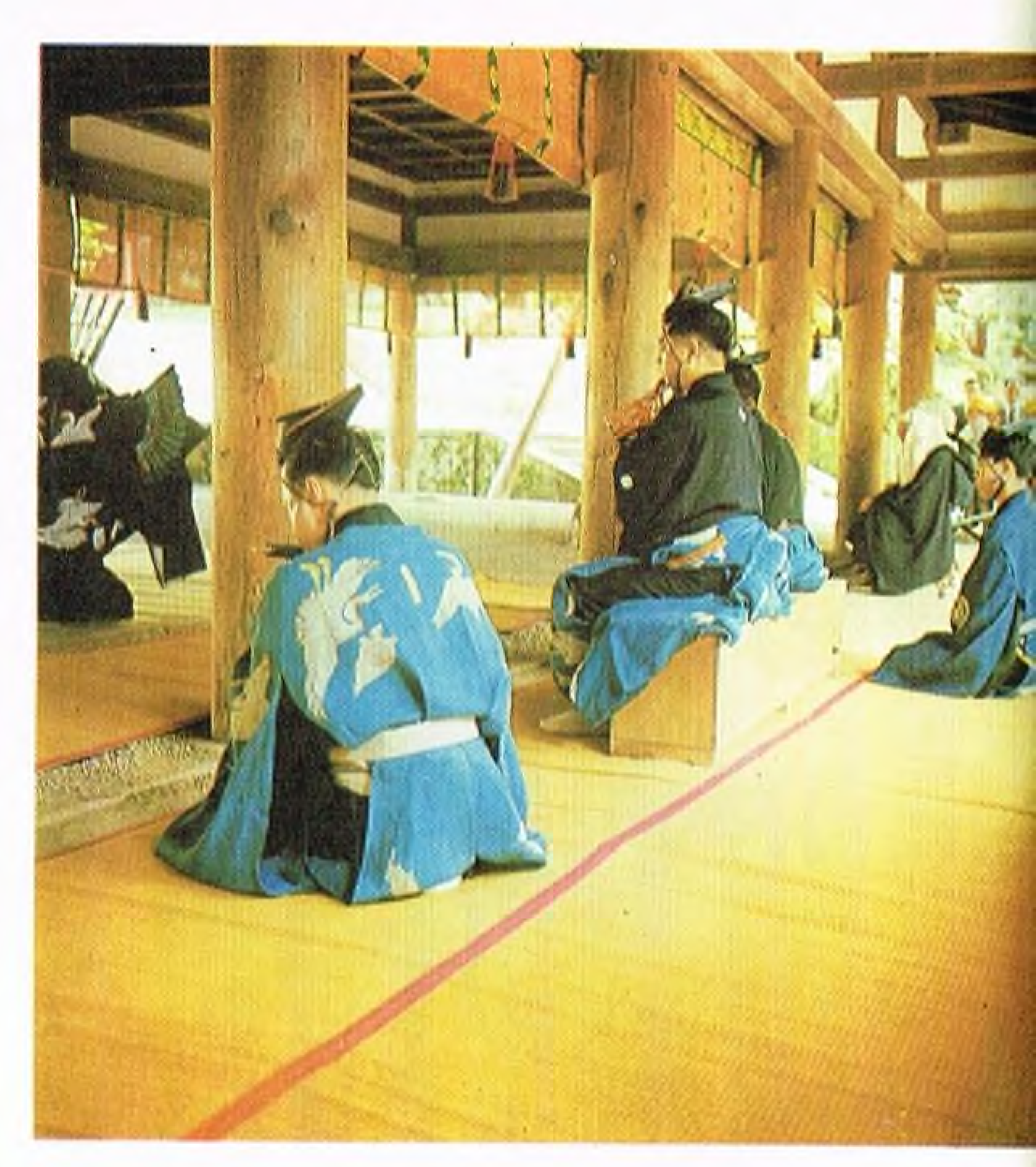
El Tokio que se ofrece hoy a la admiración de los visitantes muestra dos caras perfectamente antagónicas y que, sin embargo, son la base de la vida actual del gran país del Sol Naciente: una faz occidental que se manifiesta en sus grandes avenidas, en sus modernos medios de comunicación, entre los cuales no son los menos importantes dos ferrocarriles suburbanos; en sus enormes bloques de edificios, calculados para resistir los mayores movimientos sísmicos, en su iluminación rutilante, imitada de las grandes urbes de Europa y de América; y una faz oriental que expresa el verdadero ser del Japón, disimulado por estas amplias vías occidentales.

De la misma manera que el alma japonesa ha permanecido extraña al mundo occidental y no ha tomado de él más que las simples manifestaciones exteriores de técnica y progreso material, así las grandes avenidas de Tokio son meras fachadas del Tokio auténtico,

En la página anterior, arriba: las máscaras constituyen un tema tratado por los artistas japoneses de todos los tiempos. En ésta, procedente de Sigaku y fechada en el siglo VIII, se advierte el estilo Nara. Abajo: del siglo XIII, en cambio, data esta estatuilla polícroma. En esta página, arriba: los artistas trataban de representar no sólo personajes reales, sino también seres mitológicos, como éste, que recibía el nombre de Fudo Myoe, el primero de los cinco reyes iluminados. Como puede advertirse, el pintor dotó el rostro de una expresión de ferocidad, señalada, entre otros rasgos, por los dos agudos colmillos que sobresalen de la boca. A la derecha: esta dulce y sentimental escena, por el contrario, refleja de modo realista el cuidado con que los japoneses tratan a sus hijos. La madre, ante la benévola mirada de la abuela, enseña a las niñas las tradicionales normas de cortesía.







Las variadas formas de culto japonés se enseñan a los niños desde temprana edad. Así, éstos llevan ya sobre sus hombros unas andas que sostienen uno de los altares portátiles tan abundantes en la religión llamada Sinto. A la derecha, otra muestra del culto sintoísta puede verse en esta escena en la que unos sacerdotes aparecen sentados o prosternados en el templo de Kasuga de la ciudad de Nara. En muchos casos, los templos japoneses son espacios abiertos, desprovistos de paredes, pero siempre en un ambiente natural, con jardines y arroyos, para los que los habitantes del archipiélago asiático reservan siempre sus mayores afectos.

porque tras ellas se alinean dédalos de callejuelas donde se levantan las típicas casas de madera y papel, con globos cautivos, que ofrecen en escritura oriental anuncios ininteligibles para el europeo. Estos barrios están surcados de vez en cuando por parques donde florece el cerezo y en los que se elevan diversos templos y mausoleos. Un contraste tan rudo no es tan dable de ver en ciudad alguna del globo como en esta gran metrópoli oriental cuya población lleva camino de no ser igualada por la de cualquier otra urbe.

Una descripción del viejo Tokio, hecha poco antes de la I Guerra Mundial, podría aplicarse todavía, con algunas leves variaciones, a esta parte oriental de la gran capital. Dice así:

«Es un dédalo de calles estrechas y tortuosas; un laberinto de rincones y rinconcitos donde uno se pierde. La calzada de estas calles o callejuelas mal empedradas está hecha de tierra batida, o mejor, de arcilla que la sequía endurece, pero que la menor lluvia diluye en barro pegajoso. Así se comprende que los japoneses se encaramen en pequeños zancos, y no por el placer de sentirse mayores; y como la ausencia de aceras obliga a los peatones a ir por el arroyo en pleno lodazal, su costumbre de descalzarse al entrar en las casas no nos parece un escrúpulo excesivo de limpieza. Las esterillas de las casas están muy limpias porque las calles están muy sucias».

Pese a las anteriores afirmaciones, el japonés es uno de los hombres más limpios del mundo. Hay en todo el país, y naturalmente con mayor intensidad en la capital, un verdadero culto a la higiene, manifestado por los servicios que para tal objeto existen aun en las casas más humildes.

Como todas las grandes ciudades, Tokio se halla dividido en barrios que presentan características propias. Entre ellos sobresalen la enorme avenida de ocho kilómetros de longitud que corre paralela al río Sumida, navegable en todo su curso a través de la capital.

Igualmente importante es el barrio Ghinza, donde se concentra la más activa vida comercial. También es característico el de Yoshiwara, o del placer, en el que alternan las modernas edificaciones con las construcciones de madera típica del país. Aquí, se muestran a la curiosidad de los transeúntes mujeres de vida fácil, ricamente engalanadas, que, adoptando graciosas posturas, como sólo las japonesas son capaces de hacer, se exhiben en una especie de escaparates separados de la calle por ventanales con rejas de hierro.

La pasión por las flores y los pájaros, propia también del japonés, se muestra en la abundancia de zonas verdes de Tokio. Aparte del inmenso parque que rodea al Palacio Imperial, son famosos los de Shiba, Hibiya y Hueno. Todos ellos contienen, además de la enorme variedad de la flora japonesa, edificaciones construidas a lo largo de la dominación de los shogunes, en especial mausoleos donde reposan los miembros de la dinastía Togugawa.

Por lo que a las construcciones de carácter religioso se refiere, la diversidad de sectas del Japón se pone de manifiesto en la capital por los numerosos templos dedicados a todas las religiones practicadas en el país. Tres son los principales: el *Seido,* o templo de Confucio, levantado en honor de este gran moralista chino cuyas doctrinas se propagaron al Japón poco después de su aparición en el



Esta afición a la Naturaleza se muestra de modo concreto en el conocimiento de plantas y flores hasta el punto de figurar en los cuestionarios de enseñanza primaria. Así, este maestro japonés, con un tiesto en la mano, está explicando a sus pequeños alumnos las características de aquella planta, mientras éstos toman cuidadosamente nota de las palabras del profesor.

continente; *Onayumi* se llama el más importante santuario sintoísta, la religión nacional japonesa, basada en la adoración de las fuerzas naturales y que, bajo la influencia china, se impregnó de hondas preocupaciones morales y se desdobló en un culto doméstico, fundado en el respeto a los antepasados y en otro exterior, de formalista y complicado ceremonial, que reconoce en el Mikado la autoridad suprema. El tercer templo se llama *Yokukuji,* y está dedicado al culto budista, que se introdujo en el país, también procedente de China, en el siglo VI después de Cristo.

En Tokio radica igualmente una de las dos sedes metropolitanas del catolicismo en el país, religión que tiene poco más de un cuarto de millón de adeptos repartidos en las principales ciudades.

Objeto asimismo de veneración nacional, y asiento de un santuario, es el famoso volcán Fujiyama, de 3778 m, la mayor altura del Japón, situado al sudoeste de la capital y a donde peregrinan constantemente centenares de millares de japoneses.

El poderoso impulso que la revolución iniciada en 1868 por el Mikado Mitsu-Hito comunicó al país, situándolo entre las grandes potencias mundiales, tiene en Tokio una expresión gráfica. Es el primer centro bancario de la nación, y, por tanto, toda la vida comercial del Japón halla en la capital su base más importante.

Desde el punto de vista industrial sobresalen la construcción de automóviles, aparatos electrodomésticos, que gozan de justa fama por su perfección y baratura en el extranjero; productos químicos, entre los que descuellan los neumáticos y el papel, así como artículos farmacéuticos, de los que el japonés hace gran consumo.



El destino designó a la ciudad japonesa de Hiroshima como receptora de la primera bomba atómica fabricada por el hombre. El día 6 de agosto de 1945, a las ocho y cuarto de la mañana, estallaba, en efecto, sobre aquella urbe el destructor artefacto que hizo desaparecer un 70 % de la ciudad y causó la muerte de unos 75 000 habitantes, resultando heridos otros 90 000. Como recuerdo de aquel terrible suceso, se levantó en la reconstruida Hiroshima este Museo de la Explosión Atómica, delante del cual, y en un cuidado jardín, se erigió un monumento a la madre.

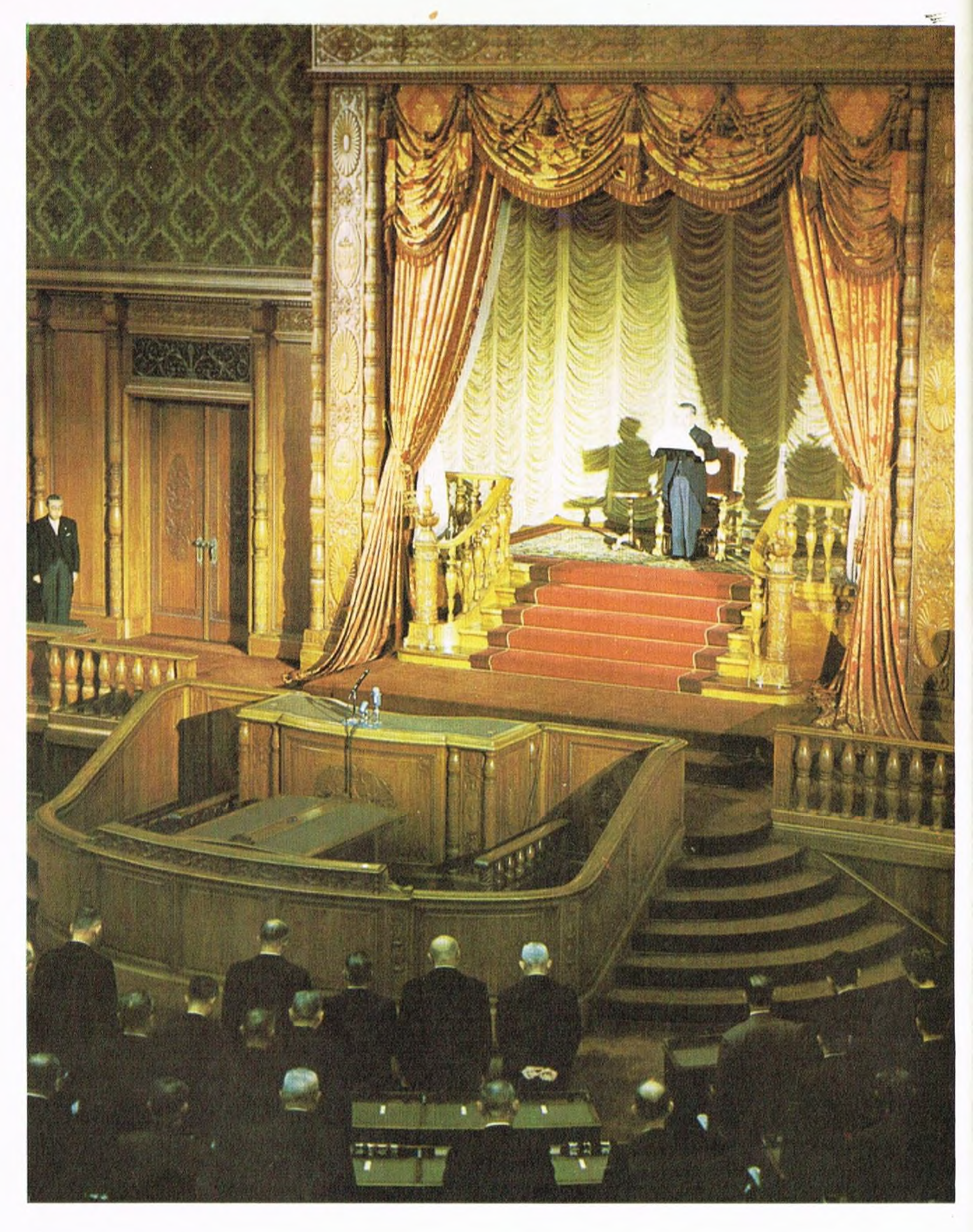
Esta escena familiar no hubiera podido ser tomada, ni mucho menos publicada, antes del término de la II Guerra Mundial. El Mikado, es decir, el emperador del Japón gozaba de una sacralización que era admitida por todo el pueblo nipón. «Vuelto a la Tierra», aquí se ve a Hiro-Hito enseñando a su nieto las aves de un pequeño estanque en los jardines de la residencia imperial. Contemplan la escena la emperatriz, los dos hijos del matrimonio y la esposa de uno de ellos.



La proximidad del puerto de Yokohama, el primero del país, y ciudad prácticamente unida a la capital, convierte a Tokio en el principal núcleo comercial de la nación con vistas a la exportación de los productos que allí se elaboran. Por otra parte, Tokio es el centro neurálgico de las comunicaciones ferroviarias y de las carreteras de la isla de Hondo o Nipón, la más importante del archipiélago. Cinco líneas férreas comunican Tokio con toda la isla. La vía aérea, abundantemente representada, tiene en el aeropuerto de Haneda la mayor actividad de la nación.

Tokio es también el foco intelectual más importante del Estado. Pasado el tiempo en que los jóvenes japoneses acudían a las Universidades americanas o europeas para asimilar la técnica más adelantada de estos países, pronto surgieron en el Japón centros de enseñanza superior, que nada tienen que envidiar a los más acreditados de las naciones que figuran a la cabeza de la civilización. En Tokio existen varias Universidades, una de ellas — la de Sophia — de confesión católica.

Fácil es imaginar lo compleja que ha de ser la visita a una ciudad donde viven más de 10 millones de habitantes. Para el extranjero, aparte del insalvable obstáculo que representan la lengua y su escritura, resultan complicados los barrios cuya comunicación tanto por



medios de superficie, como por los dos suburbanos, se ha de hacer por etapas, dada la extensión que ocupa la capital. Excepto algunas grandes arterias, que presentan un aspecto europeo, el curioso visitante que quiera adentrarse en la vida japonesa a través de su estancia en la capital necesita mucho tiempo, y rara vez conseguirá captar el verdadero y justo sentido de la existencia nipona, tan extraña a la nuestra, pese a la occidentalización del país.

Más poderosos que estos obstáculos materiales citados, existe otro, el psicológico, barrera que no puede derribarse sino tras una prolongada estancia en el Japón. El japonés, y el tokiota como símbolo, se halla revestido de una apariencia occidental, pero tras su impasibilidad, tras su vestido casi europeo, nunca desaparecerá la verdadera esencia de una nacionalidad fabulosa, que en un tiempo inverosímilmente breve se ha colocado entre las primeras del mundo, y ha sabido reponerse de la sangrienta derrota que le infligieron los aliados en la II Guerra Mundial.

La Dieta japonesa ejerce el poder legislativo, y está formada por dos Cámaras: la de los Consejeros (Sangi-in) y la de Representantes (Shugi-in), todos elegidos por sufragio universal. Al reunirse cada Dieta, el emperador lee el mensaje inaugural de las sesiones de los dos Cuerpos legisladores. La ilustración ofrece una de estas ceremonias. Vestidos a la manera occidental, tanto el Tenno como los miembros de la asamblea, aquél procede a la lectura del mensaje. Entre sus oyentes, algunos recuerdan antiguas tradiciones y permanecen con la cabeza baja, sin atreverse a mirar al emperador.

El emperador del Japón

La palabra Japón fue introducida en Europa por los portugueses, los primeros que lo visitaron, en 1530. Pero este vocablo constituye la interpretación portuguesa de la pronunciación china del nombre auténtico. En efecto, este apelativo —el oficial del Japón— es *Nihon* o *Nippon,* voz compuesta de dos raíces yuxtapuesta: *Ni,* que significa Sol; y *Hon,* tierra, o *Pon,* origen. Así, Japón equivale a Tierra del Sol, o País del Sol Naciente.

Su máxima autoridad ha sido conocida a lo largo de los siglos con la denominación de *Tenno,* es decir, «Hijo del Cielo». Desde que en el siglo VIII a. de J.C. el archipiélago fue invadido por pueblos amarillos procedentes de Corea, que arrinconaron en el Norte a los ainos, pueblo paleoasiático aborigen, su jefe tuvo una consideración religiosa de carácter divino. Los menudos habitantes de las islas veían en él un dios viviente. «Veían» es tal vez una palabra inexacta, porque nadie se atrevía a contemplarlo de frente. Encerrado en su palacio, sólo una minoría privilegiada de cortesanos tenía acceso a su sagrada persona, y ello siempre prosternados y con la mirada dirigida al suelo.

Ni lo veían ni lo oían. Porque cuando un reducido grupo podía asistir a la Fiesta Nacional de Poesía presidida por el emperador, éste ocupaba su elevado sitial, mudo e impasible, como un dios vivo.

Este carácter del Tenno, también llamado Mikado, no cambió cuando a partir del siglo X comenzó a decaer la dinastía con la aparición del feudalismo. Éste nació del desarrollo de la clase de los *daimios,* grandes terratenientes, de los que dependían los *samurai,* la casta militar. Consecuencia del aumento del poder de los daimios fue el establecimiento de un régimen, llamado *shogunato,* por el título de Shogún ostentado por el primer ministro, que gobernó el país hasta el siglo XIX. El Mikado se convirtió en una institución puramente simbólica, lo cual acentuó su carácter divino al quedar totalmente aislado del pueblo.

Tal situación varió radicalmente a mediados del siglo XIX. Los países industriales, en busca de nuevos y amplios mercados donde colocar su exceso de producción, intentaron abrir las puertas del Japón, que mereció el nombre de «Estado ermitaño» por su hermético cierre de fronteras. Estados Unidos inició esta acción en 1853 con el envío de cuatro barcos al mando del comodoro Perry a la

rada de Yeddo (antiguo nombre de Tokio); al año siguiente Norteamérica consiguió así la apertura de dos puertos al comercio internacional. Una última demostración en 1858, determinó al gobierno nipón a suprimir por completo la clausura de sus puertos, y a integrarse en la vida de relación mundial. Mas el shogunato había recibido con ello un golpe de muerte. Y un emperador joven y enérgico, Mitsu-Hito, en 1867, encabezó la revolución que iba a hacer del Japón una de las primeras potencias de la Tierra.

El Tenno Mitsu-Hito inició la era *Meiji,* la «época de la luz». Se apoyó primero en los belicosos samurai de la isla de Kiusiu, pero sólo el tiempo suficiente para establecer el servicio militar obligatorio, acabando así con la casta militar tradicional. Trasladó la capital desde Kioto, donde residía el Tenno desde hacía siglos, a Yeddo, cuyo nombre cambió por Tokio (capital del Este). Bajo su mando directo, que duró cuarenta y cinco años (hasta 1912), el viejo y aislado país sufrió una transformación asombrosa. En 1864 compraba el primer barco extranjero, y en 1872 circulaba su primer ferrocarril. El Ejército fue instruido por oficiales franceses y alemanes, y numerosos jóvenes eran enviados a Universidades y Escuelas Técnicas de Europa y América. Poco después se fundaban las primeras Universidades en Tokio y Kioto, los primeros observatorios meteorológicos, las primeras fábricas textiles de tipo occidental, etcétera.

Japón pronto se liberó de la necesidad de importar productos manufacturados e, invirtiendo la situación, se vio obligado a buscar mercados para su creciente producción y poco a poco desplazó a los países europeos en muchos de ellos. Primero Corea y China, después Australia y, por último, la misma Europa.

El fabuloso progreso del Japón, impulsado por Mitsu-Hito, se tradujo en un inevitable imperialismo. Las viejas castas de los daimios y de los samurai se transformaron: la primera en poderosos industriales; la segunda en una casta militar bien armada que perseguía concretos fines de expansión militar y que era ayudada en su cometido por la plutocracia nacida al calor de la formidable expansión industrial.

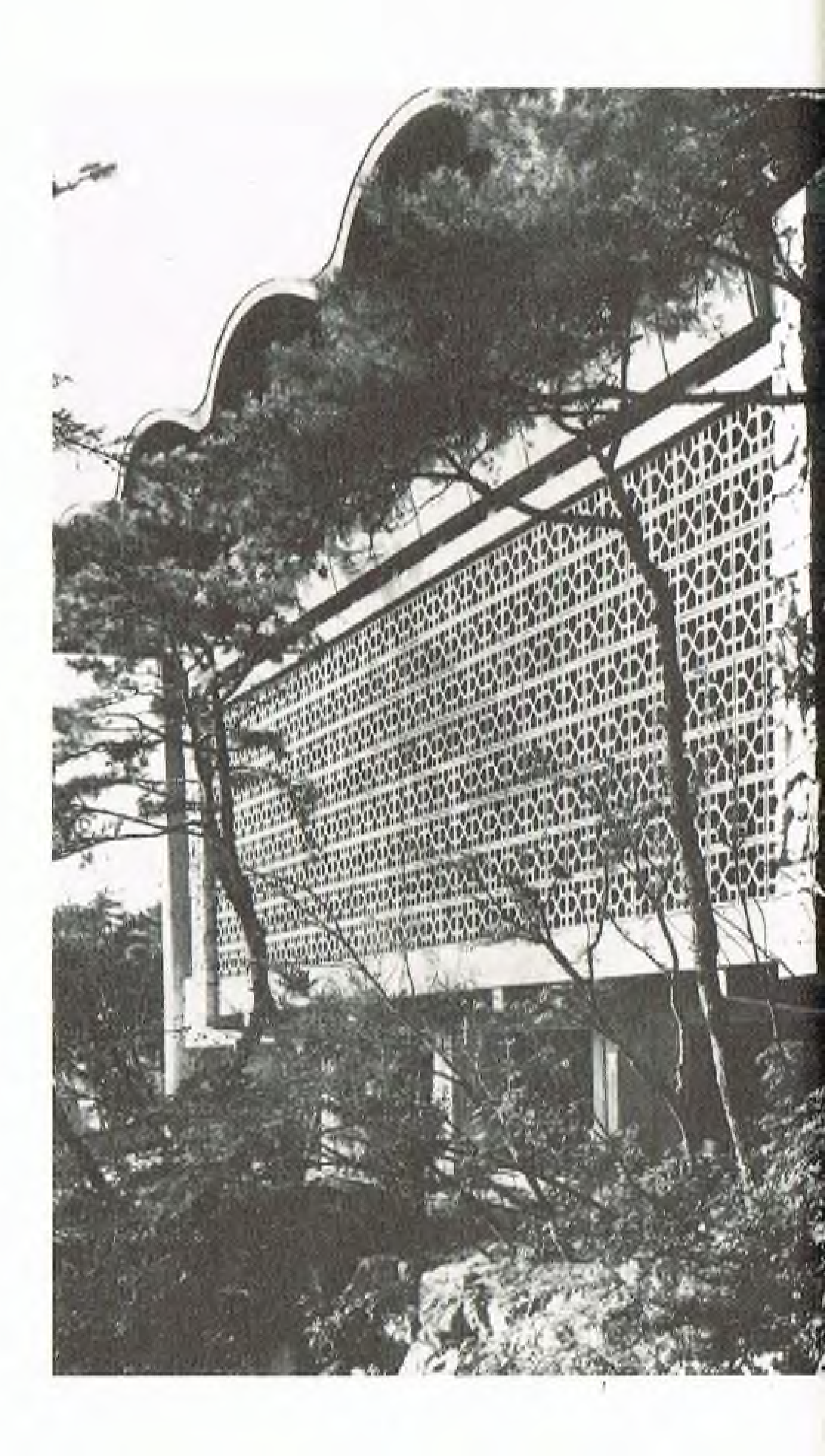
El aniquilamiento de la escuadra rusa en el estrecho de Tsushima (26 de mayo de 1905), episodio culminante de la guerra ruso-japonesa, fue el hito que señala la entrada del Japón en el concierto de las grandes potencias mundiales. Antes había obligado a China a cederle Corea y Formosa. Y el próximo paso sería la misma China continental.

Mitsu-Hito no pudo ver toda la plenitud del Japón. Su sucesor, Yosi-Hito, reinó de 1912 a 1926. Durante este tiempo, Japón intervino en la I Guerra Mundial junto a los aliados, obteniendo los despojos alemanes del Pacífico.

Hiro-Hito, el actual emperador japonés, nació en 1901. A los 25 años sucedió a su padre en la jefatura absoluta, política y religiosa del país. Bajo su mando se completó la transformación del Japón iniciada hacía poco más de medio siglo. En este breve período de tiempo la nación alcanzó una cima que a los países del occidente europeo les había costado siglos conseguir.

Sin las preocupaciones sociales de estos Estados, aprovechando una mano de obra numerosa, dócil, inteligente y, sobre todo, sobria, Japón distribuía por todo el mundo su producción industrial sin competencia posible. Era lo que se ha llamado el «dumping» japonés que le hacía posible colocar sus productos incluso en los mismos países tradicionalmente monopolizadores de su elaboración. Así, ven-

La revolucionaria arquitectura de los tiempos actuales también ha llegado al Japón, y este edificio es una prueba de ello. Junto a la racionalidad de sus elementos, llaman la atención dos características: el enmarque de la construcción en un ambiente natural, como es allí tradicional, y el sistema de decoración logrado a base de dibujos geométricos no muy corrientes y repetidos de una manera abrumadora a lo largo y lo ancho de esta excepcional fachada.





Éste es el edificio de la Dieta Nacional japonesa, o reunión de las dos Cámaras legislativas. Obsérvese que la planta de la construcción es de tipo occidental, aunque paredes y columnas hayan pasado por el tamiz del gusto japonés. En cambio, es totalmente autóctona esa cubierta de la parte central, lo que en un edificio occidental sería la cúpula. Los japoneses han rendido culto aquí a su tradición constructora, y la especie de pirámide de gradas rematada por un pequeño templete recuerda inevitablemente los templos y casas típicos del país del Sol Naciente.

día sombreros en Dinamarca, relojes en Suiza, bicicletas en Holanda y babuchas en Marruecos. Mas los «trusts» japoneses necesitaban más y más mercados, y pedían a la casta militar naciones con primeras materias y población abundantes. Pronto pasaron a la órbita del Japón, Manchuria, el norte de China, los fértiles valles del Yang-tse-kiang y del Sikiang, y el sudeste asiático. La culminación del poderío militar del Japón también tiene una fecha, 7 de diciembre de 1941, y un nombre: Pearl Harbor, donde fue hundida gran parte de la flota de guerra norteamericana del Pacífico.

Hiro-Hito, siempre considerado como dios viviente, presidía la formidable expansión encerrado en su palacio de Tokio. Éste consta de una serie de residencias y fortificaciones rodeadas por un inmenso parque en el centro mismo de la gran ciudad. Pequeños riachuelos, salvados por gráciles puentes de bambú, estanques con toda clase de peces, y jardines con abundantes flores y árboles, con cerezos que florecen a finales de abril, azaleas y ciruelos que lo hacen en mayo, mientras en otoño aparece la flor del crisantemo y los arces muestran su follaje rojizo, e incluso se ve la delicada camelia o la flor de té.

El fabuloso palacio, que a pesar de estar a un kilómetro escaso de la moderna estación principal de ferrocarriles permanecía extraño a la inmensa población de la ciudad, albergaba incontables servidores. El invisible jefe supremo del Japón, rodeado de catorce altezas y de una casa imperial de 7000 miembros, acudía periódicamente al templo de Iso a comunicarse con sus antepasados que durante 28 siglos habían presidido los destinos del pueblo japonés. De ellos tomaba inspiración para sus actos. Luego, el príncipe Fuminaro Konoye, primer ministro al estallar la II Guerra Mundial, o su sucesor Hideki Tojo, convertirían en realidad las iluminaciones de los antiguos Tennos.



Fuminaro Konoye y el mariscal Sugiyama, se suicidaron con el tradicional *harakiri* cuando el Japón capituló en 1945. El primero había firmado la orden que desencadenó el ataque sorpresa a Pearl Harbor. Tojo, su sucesor, a pesar de su ascendencia samurai no tuvo valor para abrirse el vientre y fue ahorcado como criminal de guerra en el año 1948.

Hiro-Hito, el Tenno, ¿qué había de hacer cuando las dos bombas caídas sobre Hiroshima y Nagasaki obligaron al Japón a pedir la paz? Pudo pensarse al principio que estimularía a su pueblo a una defensa desesperada, para lo cual estaba ya preparado. Mas no en vano habían pasado 77 años desde que Mitsu-Hito hiciera la gran revolución de «la luz». Hiro-Hito dio la vuelta al mundo en 1921 y tuvo ocasión de contemplar la vida occidental. Sabía que la Unión Soviética quería tratarlo como «criminal de guerra» y que los Estados Unidos no se mostraban desacordes.

No fue su amor a la vida lo que impulsó al Tenno, el 124 representante de una dinastía de dioses vivos, a dirigirse en un «Mercedes Benz» al palacio del Dai Ichi, donde le esperaba Douglas Mac Arthur, el triunfador, el que había de ser llamado «procónsul del Japón». Posiblemente fue el amor a su país lo que le llevó a capitular.

En aquel alcázar, un día del verano de 1945, se presentó un hombrecito de 44 años que hasta entonces apenas había salido de su dorada jaula palaciega, para ofrecerse en holocausto a su país. «Po-

Enmarcado, como siempre, en un maravilloso ambiente natural, éste es otro templo japonés, por cuya amplia escalinata está subiendo un creyente. De las varias religiones que se practican en el Japón, la más tradicional y, por ello, más propiamente japonesa, es el Sinto, o Shinto, y justamente a ella se debe en gran parte ese respeto y amor a la Naturaleza propios de los nipones. De ella han aprendido muchas de sus características: la paciencia, la perfección, incluso el fatalismo que guía algunos actos de su existencia.

Una curiosa mezcla de las dos corrientes — oriental y occidental — que regulan la vida de los japoneses actuales. Se trata de un cortejo nupcial, en plena ceremonia realizada con arreglo al culto sintoísta. Lo encabeza un sacerdote vestido y tocado de modo ritual. Le siguen dos muchachas también ataviadas de japonesas, y a continuación, los novios: él, vestido ceremonialmente a la europea, mientras ella lleva el típico kimono. Igual mezcla de atuendo en los acompañantes.

déis hacer de mí lo que queráis» — le dijo al general norteamericano que, en mangas de camisa y apenas sin levantarse, recibió al «Hijo del Cielo» —, «pero ahorrad más sufrimientos a mi pueblo».

En esta dramática escena, el Mikado perdió su carácter divino y Mac Arthur tuvo la habilidad de conservar al frente del Estado japonés a aquel hombre valeroso. Le obligó, eso sí, a despojarse de su aspecto supuestamente celestial, lo que hizo Hiro-Hito el 1 de enero de 1946. También se vio constreñido a declarar, ante todo el pueblo reunido en torno a los altavoces de radio, que se rendía al invasor y que no quería más resistencia suicida. El pueblo japonés nunca había oído hablar a su Tenno, pues su voz sólo era conocida por una minoría selecta. Sin embargo, tan fuerte era la sumisión del país a su jefe temporal y religioso que su deseo fue acatado por todos sus súbditos.

Durante seis años los americanos dominaron todo el territorio. El Tenno, que visitó el viejo templo de Iso pocos días después de la rendición, para comunicar al venerable Jimmu, el fundador de la dinastía, y a sus sucesores, lo que se vio compelido a hacer, tuvo que exponerse a la contemplación de los ciudadanos.

Ni el Tenno ni sus súbditos se adaptaron rápidamente a la situación. El emperador del Japón recibía las ovaciones que le tributaba el pueblo con aire distante y tímido. Torpe y lento era este primer contacto con la población, pero el «procónsul» norteamericano exigía

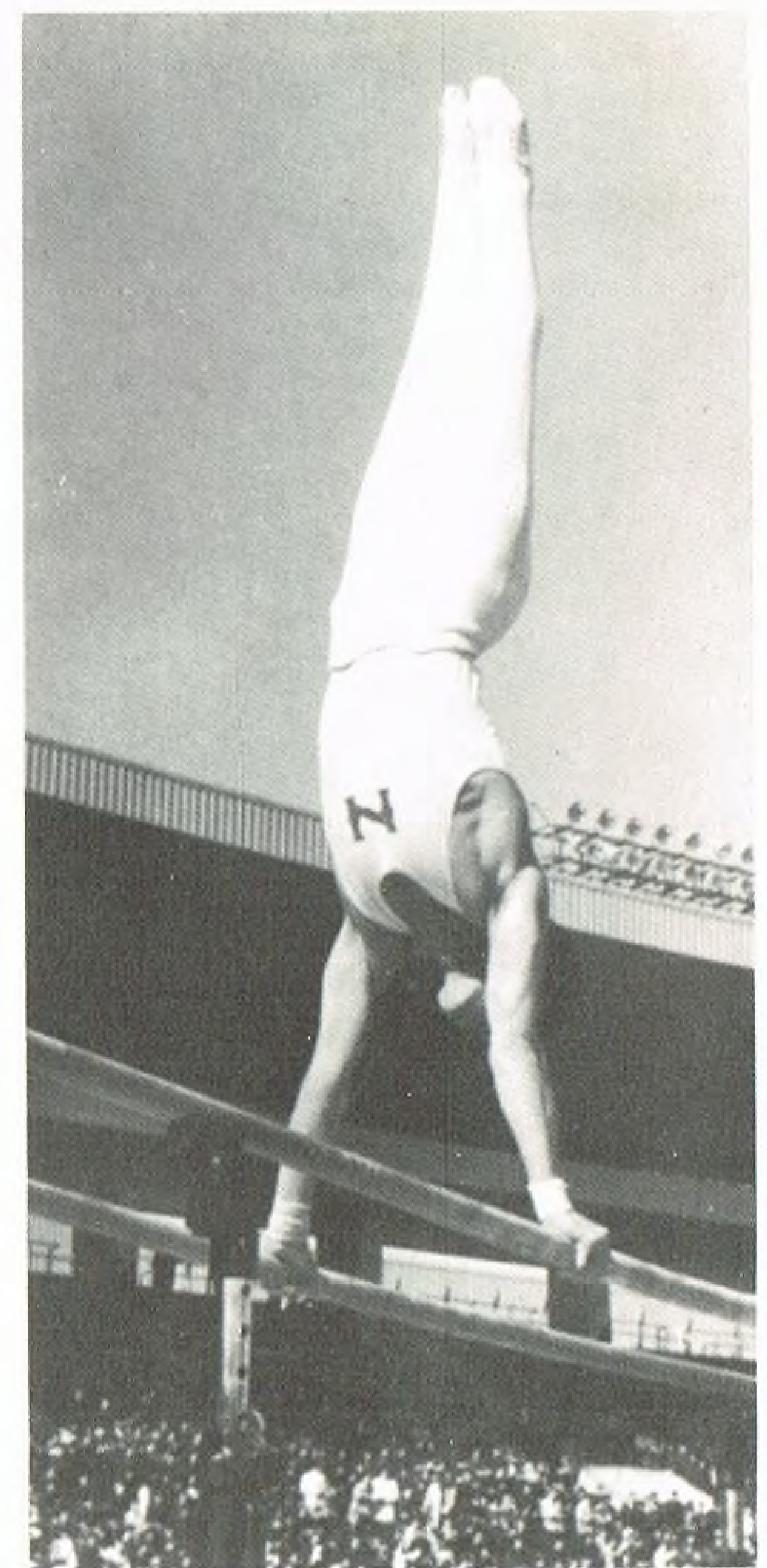


todo esto y mucho más. Porque dos veces al año, Hiro-Hito debía acudir a la residencia de Mac Arthur a rendir homenaje a aquel representante de Occidente.

Por primera vez, desde hacía veintiocho siglos, el «Hijo del Cielo» era un hombre, y los japoneses podían ver a su emperador recorrer las calles de Tokio y se les permitía visitar dos veces al año el portentoso palacio donde habían vivido encerrados, primero los shogunes y después los Tennos.

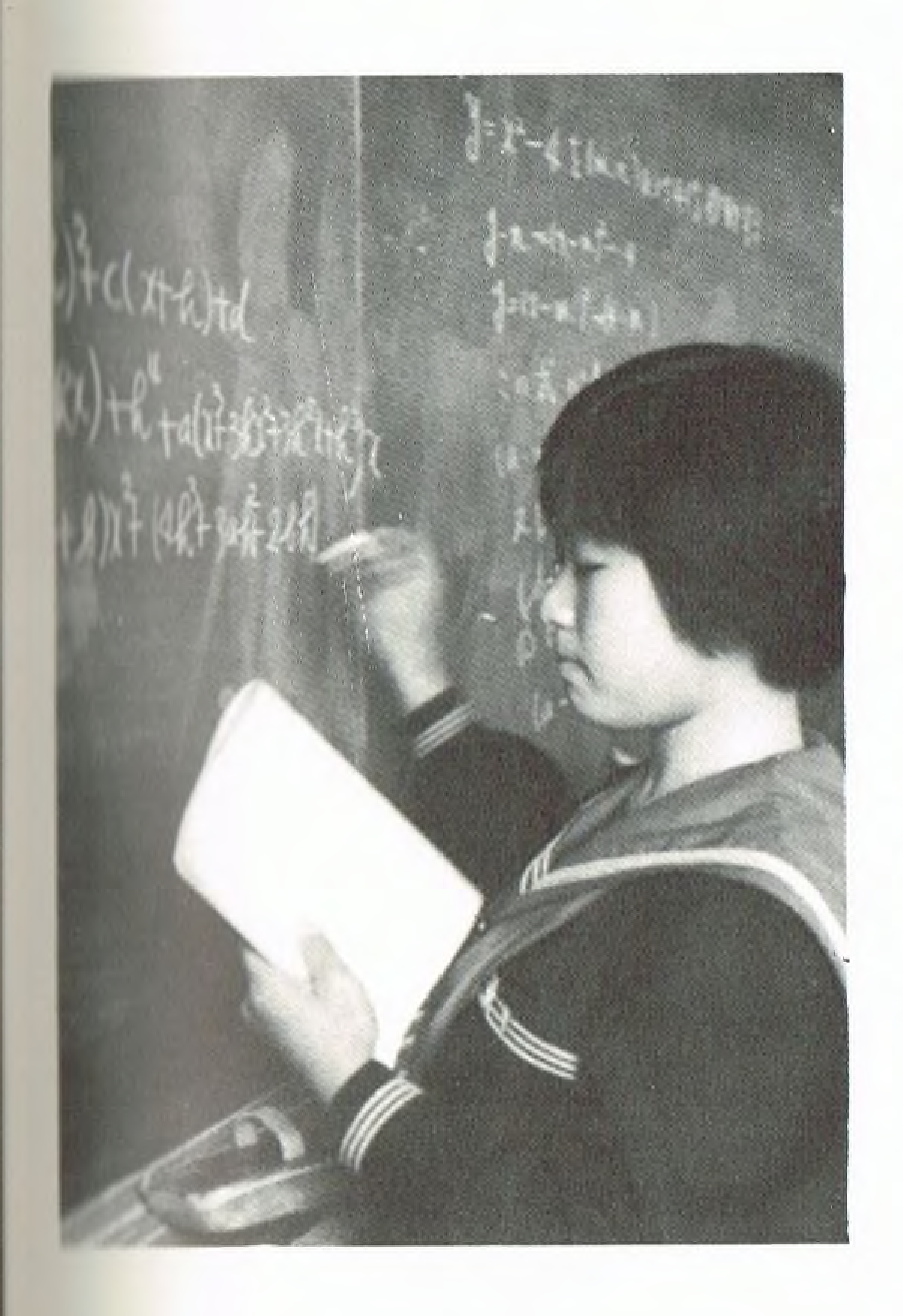
El Tenno era hombre y no dios. Se afeitaba personalmente, y él, que no se ponía nunca dos veces el mismo traje, agotaba ahora los ternos oscuros de corte norteamericano. Mac Arthur había extirpado de raíz la dorada corte que se arrodillaba delante del Mikado. Hiro-Hito vivía como un burgués, rodeado de su mujer Nagako, de sus dos hijos y de sus cuatro hijas, durmiendo en camas, y no en esterillas como sus antepasados y sus súbditos, y comiendo los extraños alimentos que los norteamericanos traían al Japón y que costaron a Estados Unidos 800 millones de dólares durante la época de ocupación.

Hiro-Hito y Nagako se dedicaron a ocupaciones que les distrajeran de su pasada grandeza. Es verdad que el emperador todavía podía nombrar al primer ministro, recibir a los embajadores, firmar las disposiciones de su gobierno, obrar, en fin, como un monarca constitucional. Sin embargo, había un mundo de distancia entre su actuación anterior a 1945 y la que en estos momentos se veía obligado a realizar. La emperatriz, Nagako, criaba abejas. Hiro-Hito, el antiguo «Hijo del Cielo», se dedicaba a estudios biológicos en una habitación a la que le llevaban muestras de plancton recogidas en los mares circundantes. Ésta es la principal comida de los peces. Y el pescado es la base de la alimentación japonesa, juntamente con el arroz. El emperador contribuía así al progreso de la pesca, una de las primordiales ocupaciones de su pueblo.





El Japón se democratizaba. No sólo era el emperador el que renunciaba a su calidad de dios viviente, sino que tres de sus hijas se casarían con oscuros hombres de la clase media. En el viejo palacio de Tokio únicamente moraban la pareja imperial y una hija soltera. Pero se recibía de vez en cuando al príncipe heredero Aki-Hito, también casado con una muchacha de origen burgués, Mishiko Soda. Ambos viven cerca del palacio imperial, como el príncipe Manar-Hito, si bien parece ser que parte de aquél será destinado a parque nacional.



En 1951 se firmó la Paz de San Francisco que ponía fin a la guerra entre Estados Unidos y Japón. Al año siguiente, dos hechos iban a ser significativos. Por una parte, el príncipe heredero Aki-Hito realizó un viaje alrededor del mundo en el que pudo ponerse en contacto con la realidad extranjera. Al mismo tiempo, libre ya el Japón de la ocupación norteamericana, Hiro-Hito efectuó otra visita al templo de Iso. Y allí, solo, sin consejeros, debió comunicar a sus antepasados que, al fin, había logrado ver su país libre de invasores, y que se iniciaba con ello una nueva era cuyo final es imprevisible.

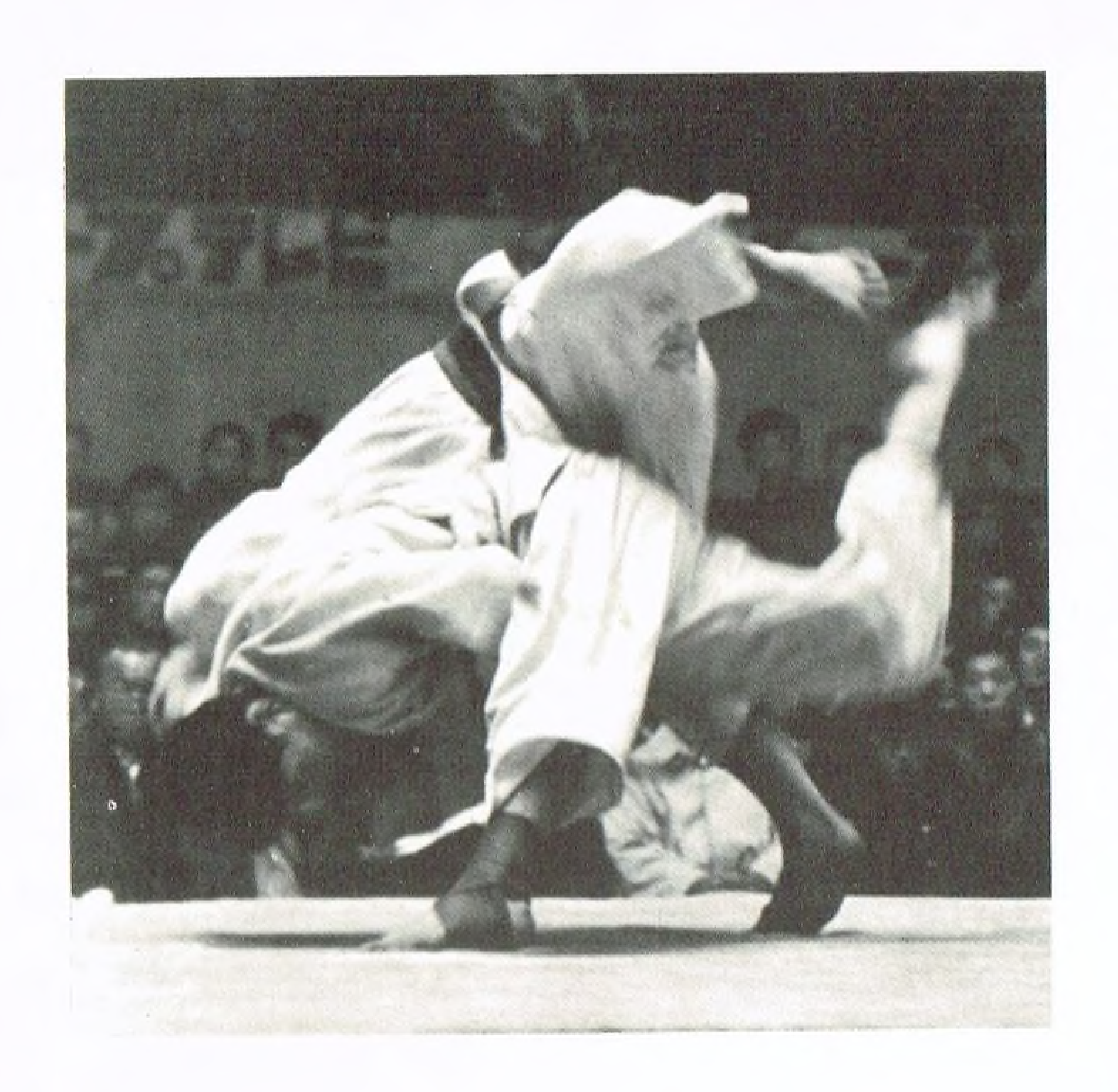
La paciencia japonesa tuvo su premio. Mac Arthur ya no habitaba en el palacio de Dai Ichi y junto al emperador volvía a reunirse la camarilla cortesana que fue extirpada por el «procónsul» norteamericano. El Japón florecía otra vez. Cierto era que un potente partido comunista conquistaba adeptos en las islas, pero el emperador conservaba íntegro todo su prestigio, pese a su «humanización».

Aki-Hito, a pesar de su viaje alrededor del mundo y a su matrimonio con una burguesa, continuaba usando el «kimono» japonés. Quería, en efecto, entregar el palacio imperial para que disfrutara de él todo el pueblo. Pero, ¿quién sabe lo que se esconde tras la cara impasible de un oriental? En cualquier momento, Hiro-Hito, o su hijo, Aki-Hito, podían recuperar la «divinidad» a la que renunció el emperador.

La base económica no falta. La ocupación norteamericana ha dejado intacta toda la potencialidad nipona. Japón, aunque reducido a

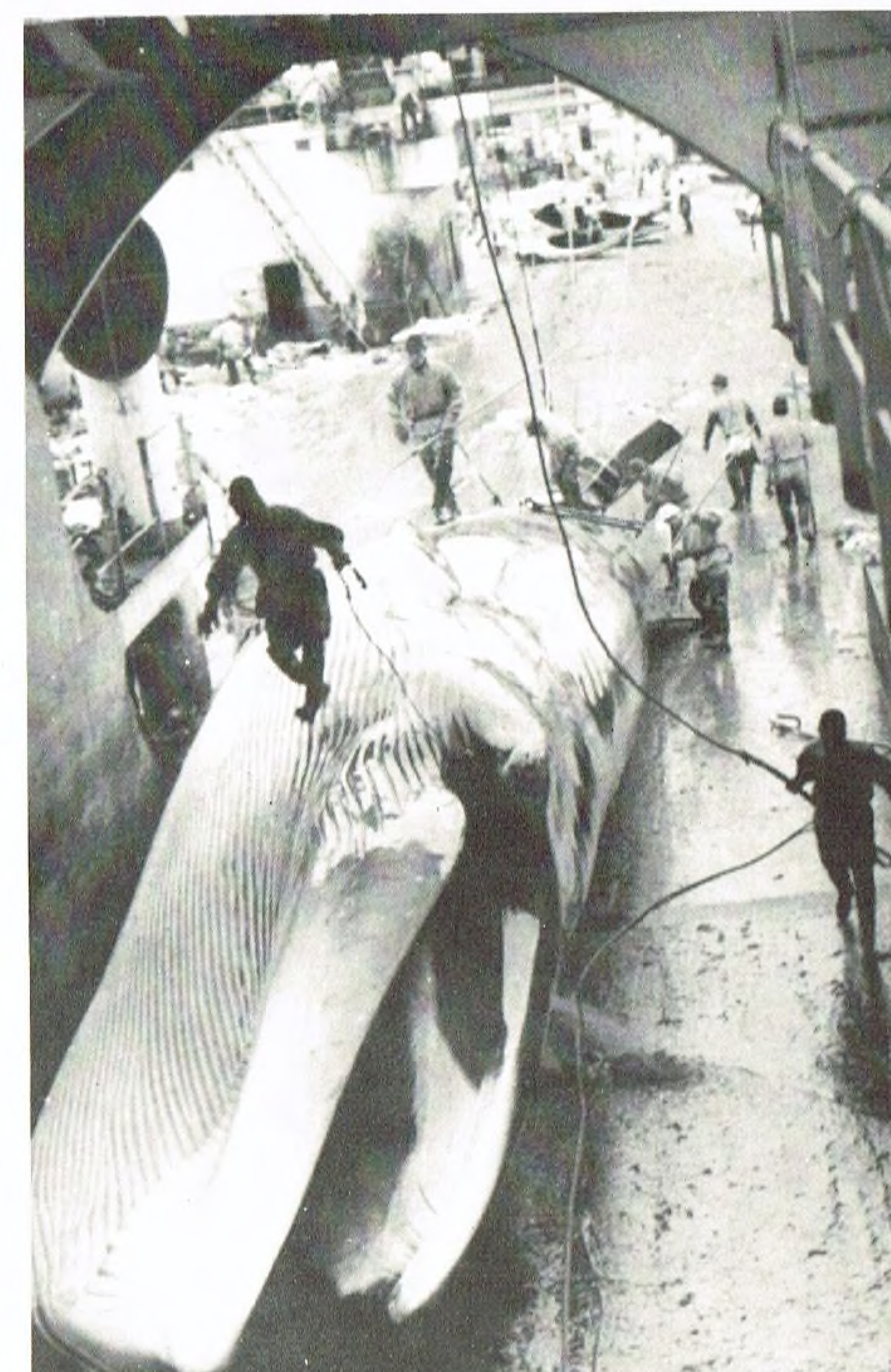


Deporte y educación constituyen dos constantes de la vida moderna japonesa. Del primero, se presentan aquí tres aspectos. En la página anterior, arriba, un buen momento de un ejercicio gimnástico. Abajo: desarrollo de un partido de béisbol, deporte desconocido en Japón, pero que se popularizó a consecuencia de la ocupación norteamericana de las islas tras la II Guerra Mundial. En esta página y sobre estas líneas: un muchacho de enseñanza media desarrolla sobre el encerado un problema de matemáticas ayudándose de los apuntes que está consultando. A la derecha: otro aspecto deportivo de la misma juventud en el citado grado de enseñanza. Tres niños se encuentran practicando ejercicios gimnásticos, adecuadamente vestidos para ello.



Como compensación a la importación del béisbol, de que se habla en la página anterior, los japoneses han exportado un deporte propio, el judo, que se ha extendido por todo el mundo. A la izquierda, un momento de lucha de judo. La mujer ha irrumpido en Japón, como en el resto del mundo, en la vida profesional. Abajo puede verse el jardín de la Universidad Femenina de Tokio, en el que hablan o estudian grupos de muchachas. En la página siguiente: tres momentos de uno de los mayores recursos naturales del Japón, la pesca, que constituye en muchos hogares la base de la alimentación. A la izquierda, puede verse el instante en que se acaba de atrapar un pez espada. A la derecha, puede verse una fase del proceso de industrialización de la ballena en un buque dedicado a este menester. Abajo, una barca de pesca regresando a su puerto con rico cargamento.









sus cuatro islas metropolitanas, y con 368 000 km², menos de tres cuartas partes de la superficie de España, cuenta con más de 104 millones de habitantes. Posee la segunda Marina mercante del mundo, y es también el segundo país pesquero del globo, capturando él solo el doble de los animales marinos pescados por el país que le sigue en importancia, y representando su pesca la sexta parte del total mundial.

Tiene casi la mitad de la producción universal de la seda. Es el cuarto país del orbe productor de arroz, y el tercero en hierro y acero. Continúa compitiendo con Gran Bretaña en industria textil algodonera, lanera, sedera y de fibras artificiales.

Sus productos industriales tienen fama en todas partes. Y aunque no puede ya practicar el «dumping» que realizaba antes de la II Guerra Mundial, siempre resultan más baratos los géneros japoneses que sus similares de cualquier país.

La sombra de la guerra vuelve a proyectarse sobre Asia, y Estados Unidos decidieron permitir un discreto rearme del Japón para atender una posible contingencia belicosa. Aunque no llegó al alto grado de efectivos y material de que dispuso en el último gran conflicto mundial, se autorizó al Japón a mantener ejércitos de las tres armas. Arriba, un bombardero. Abajo, prácticas realizadas por el ejército de tierra que, como puede comprobarse, posee modernos tanques pesados. En la página siguiente: también tiene licencia el Japón para tener a su disposición una pequeña escuadra de guerra, de la que en la fotografía se muestra un ejemplo. Es una de sus unidades realizando ejercicios de entrenamiento en aguas del Pacífico.



Abierto totalmente a las influencias extranjeras, especialmente norteamericanas, no ha olvidado — ni parece que olvidará jamás — su rica, variada y solemne tradición ancestral. Así es posible ver en las calles de las populosas urbes niponas trajes occidentales junto a los viejos kimonos, y casas edificadas al estilo europeo, al lado de las típicas viviendas de madera y papel propias de Japón.

Los esfuerzos por elevar el nivel de vida de los japoneses, hechos por los norteamericanos, no con un objetivo altruista, sino con la finalidad de aumentar el consumo nacional y evitar así la competencia de los productos nipones en el mercado extranjero, no han



podido evitar el mantenimiento de una mano de obra mucho más barata que la de cualquier otro pueblo occidental.

También persiste su religión. El sintoísmo fue, en su principio, una adoración de las fuerzas naturales; pero bajo la influencia china se impregnó de preocupaciones morales y se rodeó de un culto doméstico cuyo más elevado exponente era siempre el emperador y la casa real. El budismo, extendido por el archipiélago, no ha conseguido eliminar la religión tradicional. Tampoco el cristianismo, llevado al Japón por San Francisco Javier, ha logrado calar hondo en el alma japonesa.

El Japón siempre fue considerado un país misterioso e impenetrable por parte de los occidentales, pero lo que antaño era enigma, hoy se ha convertido en sorpresa, al considerar el resurgimiento de esta nación después del hundimiento que experimentó en 1945.

Actualmente el yen es una moneda fuerte y los productos japoneses invaden los mercados mundiales con un volumen de exportaciones superior a los 16 000 millones de dólares anuales mientras la renta «per cápita» rebasa los 1200 dólares. La Exposición Internacional de Osaka de 1970 demostró la pujanza de la industria japonesa y, posteriormente, su influencia en los mercados mundiales ha ido creciendo.

Desde un punto de vista de política internacional, Tokio consiguió en 1968 que Estados Unidos le devolviera las islas Bonin y Volcano, y en los años 70 la célebre isla de Okinawa. Los políticos japoneses, en especial el entonces primer ministro Eisaku Sato, llevaron a cabo viajes de tanta importancia comercial como política a diversos Estados, destacando la que el emperador Hiro-Hito realizó por varias capitales de Europa en 1971.





EN LA CABINA DE MANDOS DE UN REACTOR

Un gigantesco Boeing 707-320 Clipper se hallaba en el centro de la enorme pista rodeado de mecánicos y auxiliares que, embutidos en sus monos coloreados, realizaban las últimas comprobaciones. La tripulación se dirigía hacia la puertecilla situada en el morro del avión, rodeando al capitán que llevaba una cartera bajo el brazo. Los pasajeros seguían a la azafata, que se encaminaba a la escalerilla de popa.

Para los tripulantes se trataba de un vuelo rutinario quizás entre París y Nueva York, Tokio y El Cairo o Buenos Aires y México. Uno más de los centenares de vuelos transcontinentales que se realizan a diario sobre el planisferio.

Entre los pasajeros habituales de las líneas aéreas pueden establecerse grupos bien determinados, con la salvedad de que en esta clasificación no juega nada la veteranía. Encontramos los que se marean, los que no se preocupan por el vuelo y siguen pendientes de sus pro-

blemas o de sus negocios, los que sufren angustia y miedo, los que tienen apetito y sed como resultado de un nerviosismo subconsciente, etc. Un viajero puede marearse incluso después de haber volado millones de kilómetros, y sufrir angustias pese a utilizar el avión de forma habitual.

Sólo un pasajero entró por la puertecilla delantera, reservada a la tripulación. Se trataba de un periodista que poseía un permiso especial para «vivir» como tripulante la experiencia en un reactor.

Las cuatro turbinas empezaron a funcionar, pero exteriormente no era perceptible movimiento alguno. Antes, cuando los aviones utilizaban hélices, se veía el rapidísimo girar de sus palas. Ahora el aire es invisible al entrar en las turbinas y salir expelido a gran velocidad. Desde el exterior se puede observar cierta reverberación en el tubo expulsor, alguna llamarada y, esto es lo más espectacular, un ruido ensordecedor. En los campos de aviación donde los aparatos se aproximan a las estructuras de la administración, salas de espera, etcétera, se ven una especie de enormes parrillas, como unas colosales persianas de acero, destinadas a romper y detener el chorro de aire procedente de las turbinas. Pero, en la cabina, los pasajeros sólo advierten un zumbido profundo, apenas audible gracias a la capa aislante de lana de vidrio que recubre la carlinga.

«Fasten your belts, please». El rótulo indicador aparece iluminado en lo alto de la puerta que conduce a la cabina de mandos; «pónganse los cinturones, por favor».

El lento rodar sobre la pista que conduce al punto de despegue recuerda el deslizarse en autobús por una carretera bien pavimentada. Las oscilaciones son mínimas, pero perceptibles. De repente, ya no se experimenta ninguna vibración, parece que el aparato se haya detenido. Hace un momento corría a 200 km por hora y ahora vuela a 400 km/hora. En el primer momento se eleva a razón de 330 m por minuto, mientras el indicador de velocidad se aproxima a los 600 km/ hora. Lentamente la tierra aparece más pequeña. Ya no se distinguen las figuras humanas y las casas de campo son puntos aislados sobre los rectángulos ocres o verdes. La altura de vuelo será en esta ocasión de 12 000 m y la velocidad de crucero se aproximará a los 1000 km por hora.

El periodista está fascinado por el número de «relojes», indicadores y mandos que hay en el «tablier»; el capitán le da algunas explicaciones y señala un botón:

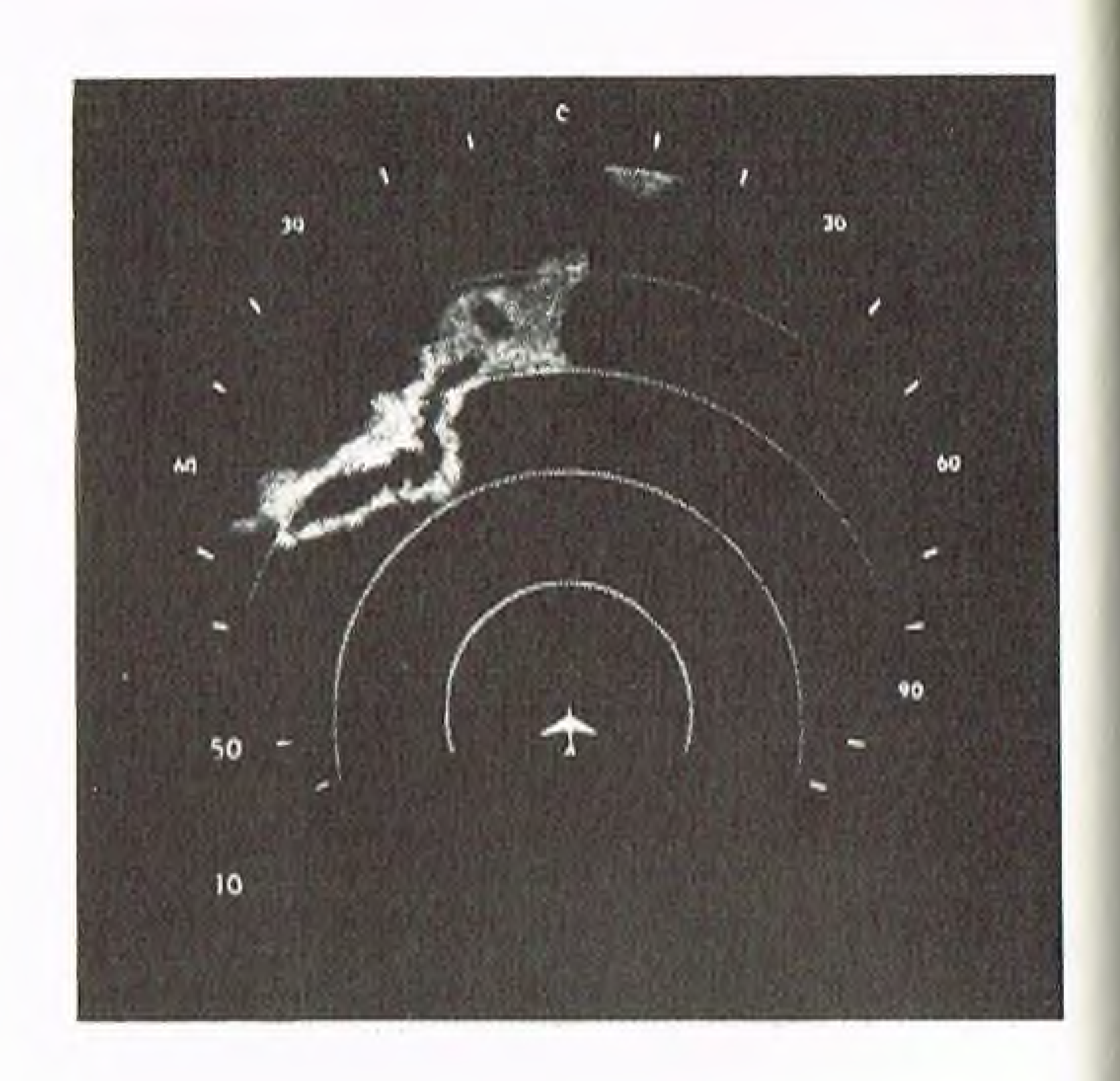
—Ahora va a trabajar *George, Jorge* o *Miguel*... El nombre varía según los países.

—¿El piloto automático?

—Exacto. El piloto automático es un gran descanso para la tripulación; mejor dicho, para el piloto y el copiloto. Podríamos llamarle, ampulosamente, un cerebro electrónico, pero más exacto sería definirlo como una peonza. El célebre piloto automático, en esencia, es un giroscopio.

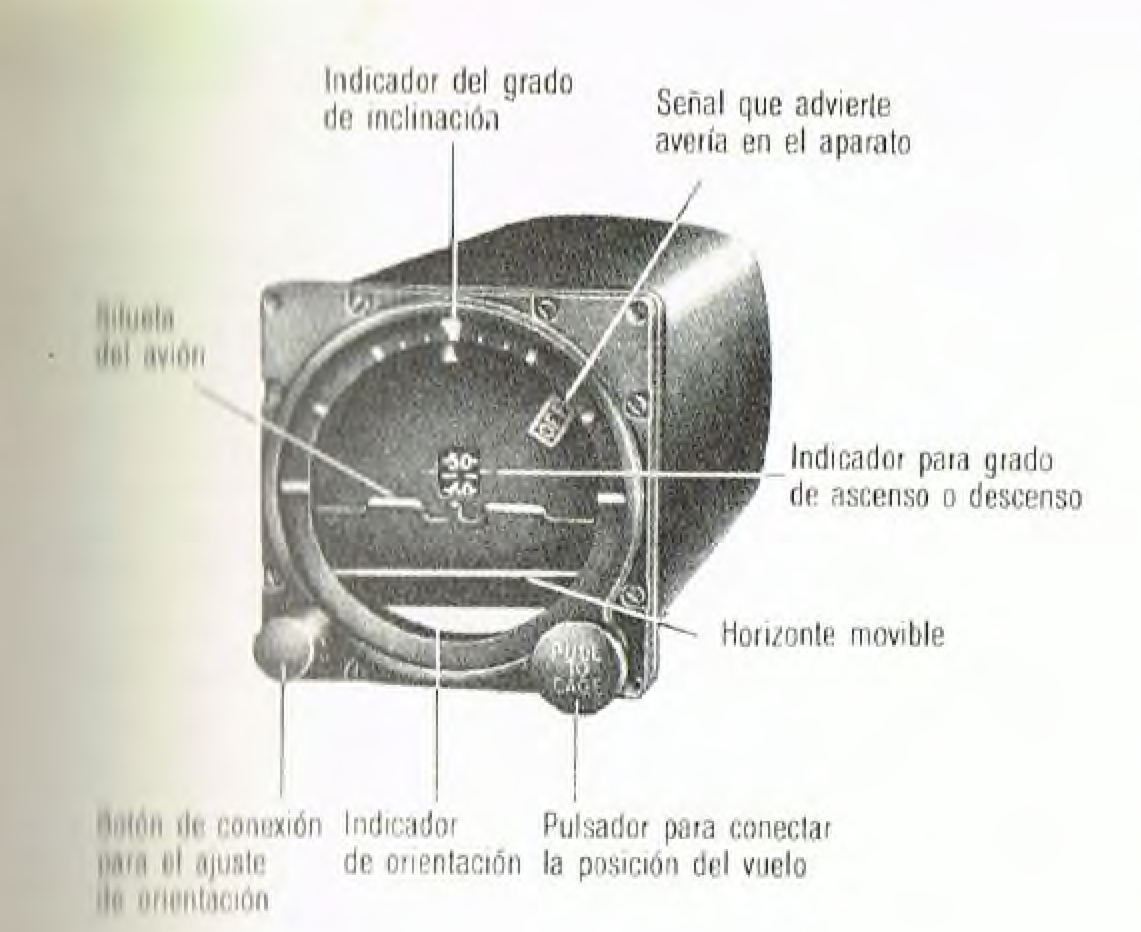
El pasado siglo, Foucault, que se hizo famoso por sus estudios sobre el movimiento pendular relacionado con el movimiento terrestre, empezó a investigar sobre las posibles aplicaciones prácticas del giroscopio. Luego, Elmer A. Sperry, muerto en 1930 a los setenta años, volvió a preocuparse por el giroscopio al contemplar un juguete basado en él, que se vendía para entretener a los niños, anunciándolo con el eslogan: «un curioso instrumento de física recreativa».

El giroscopio, como su nombre indica, es un instrumento que gira. Etimológicamente es el resultado de unir las voces griegas *gyros*,



Hoy es posible volar a cualquier hora del día o de la noche gracias al radar. Quizá sea éste el aparato que más haya contribuido a difundir y dar seguridad a la aviación comercial. En efecto, sin él no hubiese sido posible programar los millares de vuelos que hoy se llevan a término ya que la niebla, las tempestades y las largas horas de oscuridad nocturna eran obstáculos más que suficientes para impedir un porcentaje notable de vuelos. En el grabado superior aparece una masa de nubes tal como aparece en la pantalla del radar. Abajo, vemos cómo el avión pasa por el borde de la masa nubosa, evitándola. La silueta del avión indica el centro de la pantalla, es decir, el lugar donde se halla el radar.





Este instrumento giroscópico de control sirve para conocer la situación del avión en ruta cuando el horizonte natural no es visible. Forma parte del piloto automático e indica la inclinación longitudinal o transversal del avión. La línea horizontal del aparato se sitúa encima del grabado del avión cuando el aparato pierde altura, y debajo cuando el avión se remonta demasiado. En el centro del aparato se ve una ventanilla que muestra el grabado de inclinación de 10° a 80°, mientras una escala en el borde de la esfera señala la inclinación lateral. Si el aparato se avería o deja de funcionar, aparece la advertencia «Off», fuera, en el extremo superior derecho. Al poner en funcionamiento el aparato tirando del pulsador de la parte inferior derecha, el compás giroscópico adopta una posición de partida vertical en relación con el suelo. En caso de fallo, advertido por la aparición del «Off», el compás se desconecta, volviendo el botón a su posición inicial. El botón de la parte inferior izquierda pone en marcha el indicador de equilibrio del avión.

que significa giro o revolución, y *skopein,* que equivale a ver o examinar, por lo que giroscopio significa visión o examen del movimiento. Un giroscopio consiste en un volante dotado de un movimiento de rotación alrededor de un eje, que a su vez se halla situado en un montaje universal a base de círculos concéntricos que permiten el movimiento en todas direcciones gracias o unos ejes perpendiculares. El giroscopio requiere un volante que gire a gran velocidad. El girocompás, aplicado a la Marina y basado en el proyecto de Sperry, consiste en un volante rotor de 250 mm de diámetro que pesa cerca de 25 kg y realiza unas 6000 revoluciones por minuto. Un motor de inducción le proporciona el impulso necesario, que ha de ser constante para asegurar el mantenimiento de la velocidad a desarrollar.

La aplicación del girocompás, cada vez más extensa, especialmente en la navegación marítima y aérea, se basa en que ofrece una gran resistencia a toda presión o fuerza que pueda obligarle a desplazar su plano de rotación. Aunque la base de sustentación se mueva, se incline o cambie de posición, el volante de rotación mantiene fijo su plano de giro.

Fácil es darse cuenta que esta cualidad tiene aplicaciones importantes. Una de ellas fue la de Sperry, al construir su girocompás adecuado a la navegación marítima. Gracias a este ingenio se pudo eliminar la influencia de dos fenómenos que afectaban los instrumentos de navegación: la fuerza de la gravedad y la rotación de la Tierra. El girocompás puede orientarse de acuerdo a un meridiano determinado y, con independencia del balanceo o cabeceo que sufre una embarcación, lograr mantener con exactitud el rumbo previsto.

Al volver la vista a los paneles de mando, el capitán murmuró:

—A veces he pensado si los pilotos de un moderno avión no somos otra cosa que «pulsadores de botones», seres que reaccionan de un modo casi automático frente a determinadas circunstancias o indicaciones. Cuando la flecha llega a este punto, se pulsa tal botón; cuando el indicador señala tal cifra, se mueve este mando y se desconecta otro. Nosotros no sabemos todo acerca de los indicadores. No somos ni ingenieros ni mecánicos. En cierto sentido, nos parecemos a esos automovilistas que ganan una carrera, pero que no sabrían limpiar un carburador. Nuestra misión es reaccionar de un modo previsto ante cuantas posibilidades ofrezca el cuadro de mandos. Las condiciones de vuelo en un instante dado son la resultante de una serie de factores que se influencian mutuamente. Cada factor tiene su expresión en el cuadro, por medio de una cifra, de la posición de una aguja, de una luz que se apague o encienda, etc. Pero vamos a conectar a *Jorge* y charlaremos mejor.

—En realidad, ¿en qué consiste el piloto automático?

—El capitán establece un techo, una altura en la que desea mantener el aparato; es decir, una distancia constante del avión al suelo. De otra parte, quiere que el avión vuele siguiendo un rumbo determinado, que no se incline ni a derecha ni a izquierda, que no trace curvas, etc. Para mantener el rumbo se pueden sujetar los mandos y, con la vista fija en los indicadores, corregir el empuje de los vientos o de otras causas. Así lo hizo Lindbergh en 1927, cuando cruzó por vez primera el Atlántico, de Nueva York a París, en un vuelo histórico, y así lo hace todo aviador que cruza el espacio. Pero también puede hacerlo el piloto automático, que, en esencia, consiste en un giroscopio o volante que se resiste a cambiar de eje de rotación. El piloto automático asegura el mantenimiento de la ruta tan plena-

mente que, en el caso de que la aeronave se vea sometida a fuerzas exteriores, es capaz de provocar unos impulsos eléctricos de rectificación que la mantienen en la ruta precisa.

«La sensibilidad de los pilotos automáticos es superior a la humana, pero la capacidad total del hombre sigue siendo insustituible. Es evidente que *Jorge* puede pilotar el avión con más seguridad, estabilidad y precisión que el mejor de los pilotos, pero *Jorge* no es capaz de pensar y por ello no se puede conectar el piloto automático y que puedan resolver un problema de emergencia. Aunque, en teoría, podría confiársele incluso la difícil tarea del aterrizaje, cuando el aparato se aproxima al aeropuerto, suele desconectarse siempre.

—¿Y si el piloto automático se avería? Podría darse el caso de que llevara el avión por una ruta no deseada o que lo estrellase.

—Esto no puede ocurrir. En caso de avería se enciende una luz roja, y el piloto de vigilancia desconecta el automático, toma de nuevo el mando y conduce la nave personalmente.

—¿Esto qué es? — pregunta el periodista, señalando un instrumento en el centro del tablero de mandos.

—El «horizonte artificial», de gran importancia en los vuelos a ciegas, bien durante la noche o en zonas de niebla muy espesa.

»Cuando la línea horizontal se encuentra por debajo de la silueta del avión, quiere decir que el morro de la nave adopta la misma inclinación hacia arriba y el aparato remonta. Para rectificar es preciso que la línea del horizonte se sitúe por encima de la silueta del avión; en este caso, el morro pica y el aparato desciende hasta colocarse en la posición exacta del vuelo, que es aquella que, en la imagen del «horizonte artificial», la silueta del avión coincide con la línea horizontal.

»Los viejos pilotos ya retirados, hoy profesores en las escuelas de aviación, recuerdan los tiempos en que el aparato seguía un tendido de ferrocarril, el curso de un río o las curvas de una carretera como único medio de encontrar el punto de destino. Hoy también podemos seguir una línea de ferrocarril, incluso volando entre mares de nubes, en plena noche o a centenares de metros del suelo, pero mediante artilugios entonces imprevisibles.»

El piloto mostró un mapa arrollado a unos ejes, sobre el que una pluma muy ligera se movía temblando, lentamente.

—La misión de este indicador es la de automatizar por completo nuestra localización. Pongamos un ejemplo para comprender mejor el objeto de este sistema. Si viajamos en coche por una carretera desconocida seguimos las indicaciones de los postes y tablas de orientación que de trecho en trecho se encuentran al borde de la ruta. Dejamos atrás uno de estos postes; llegamos a otro y sabemos, en este momento, dónde nos hallamos y los kilómetros que nos separan de nuestra meta. Es evidente que si el coche rueda por un trecho situado entre poste y poste, ignoramos la distancia exacta que nos falta para llegar al final del viaje. Sólo nos consta que estamos en el buen camino y que la distancia se acorta cada vez más. Para saber otros datos, por ejemplo, nuestra situación respecto a un pueblo alejado de la carretera, no tenemos otro recurso que consultar un mapa. Esta es la base de la navegación por puntos. Es como imaginar que, a nuestro lado, en el coche, va sentado un amigo que indica en lápiz rojo, sobre el mapa, el trayecto que seguimos, señalando únicamente los puntos donde hemos encontrado postes indicadores.

»Sustituida la supuesta persona que nos acompaña en el automóvil por un aparato electrónico que transmita a la pluma los movi-

Este Boeing 720 es un símbolo de la aviación comercial de nuestros días, no sólo por la cantidad de aparatos de esta marca que surcan los cielos, sino porque su silueta es el prototipo del avión comercial subsónico. Este aparato se posa en todos los aeropuertos del mundo, sirviendo en las líneas aéreas de todos los países, exceptuando los del área socialista. Sus cuatro reactores han demostrado que el vuelo subsónico es el ideal para vuelos nacionales o entre naciones vecinas. Se ha planteado el problema de si su hermano el Boeing 747, del que se habla en el último volumen de esta obra, demostrará que los mastodontes de la aviación han de arrinconar a estos modelos que han demostrado ser tan prácticos.



mientos adecuados y a los cilindros donde está arrollado el mapa el movimiento preciso, tendremos la indicación exacta de la ruta y del punto de ésta sobre el cual vuela el avión en un momento dado.»

El *Boeing* atravesaba un espacio despejado, sin nubes y el piloto tomó los mandos y situó el aparato encima del curso de un río que parecía una cinta metálica; siguió el curso de la corriente, describió una amplia curva y, mientras tanto, la aguja recorrió con exactitud pasmosa sobre el mapa la azulada línea del río.

La Electrónica ha ahorrado tensión nerviosa y precauciones al piloto, pero también, al perfeccionarse ha complicado la navegación aérea, pues el capitán y el copiloto han de atender un mayor número de instrumentos y aparatos indicadores a la vez.

—También tenemos nuestra televisión particular. — El capitán señala una caja negra con una pantalla redonda en su parte frontal —. Es el radar. Algo tan importante que, entre los pilotos, se habla de dos eras: BR (*before* radar, antes del radar) o AR (*after* radar, después del radar).

En los primeros tiempos el radar servía sólo para advertir la presencia de grandes obstáculos, por ejemplo, un avión que volara en dirección contraria. La descarga de radio-energía, las ondas emitidas por el equipo de radar, rebotaban en el obstáculo y eran captadas por la estación receptora que reflejaba en la pantalla el contorno exacto del objeto. Hoy el radar es tan perfecto que puede detectar la presencia de una granizada, de una tormenta de nieve o de lluvia algo intensa. Y no sólo avisa de la presencia de «algo» que existe en la ruta del avión, y de su forma y dimensiones, sino que indica claramente la distancia a que se encuentra.

Las nubes se dibujan en los aparatos más perfeccionados como unas manchas luminosas blancas sombreadas de oscuro. A mayor concentración de vapor de agua, más oscuras aparecen. Un grado máximo de humedad en una nube indica la existencia en su interior de fuertes movimientos de aire, remolinos y torbellinos. De ahí el que, gracias al radar, un avión prevea y evite las tormentas, que en

otros tiempos sorprendían al piloto cuando su aparato ya danzaba en las corrientes de aire, a veces de increíble violencia.

—En la actualidad, gracias a los modernos aviones de transporte, más pesados y más seguros, y también de más fácil control, es posible atravesar una zona medianamente tormentosa sin que los pasajeros lo adviertan. En muchos casos, con ayuda del radar, se encuentra una ruta tranquila dentro de una extensa masa tormentosa. Como éstas se determinan en la pantalla con gran nitidez, y su lectura o interpretación no ofrece problema, podemos sortear las zonas más desagradables con mayor seguridad.

La visita a la cabina de mandos ha terminado. El avión sigue en vuelo, pues aún faltan varias horas para rendir viaje. El paso de este mundo de instrumentos, de tensión y atención, a la sala donde los pasajeros dormitan o leen, es como pasar de las calderas de un trasatlántico al salón de fiestas.

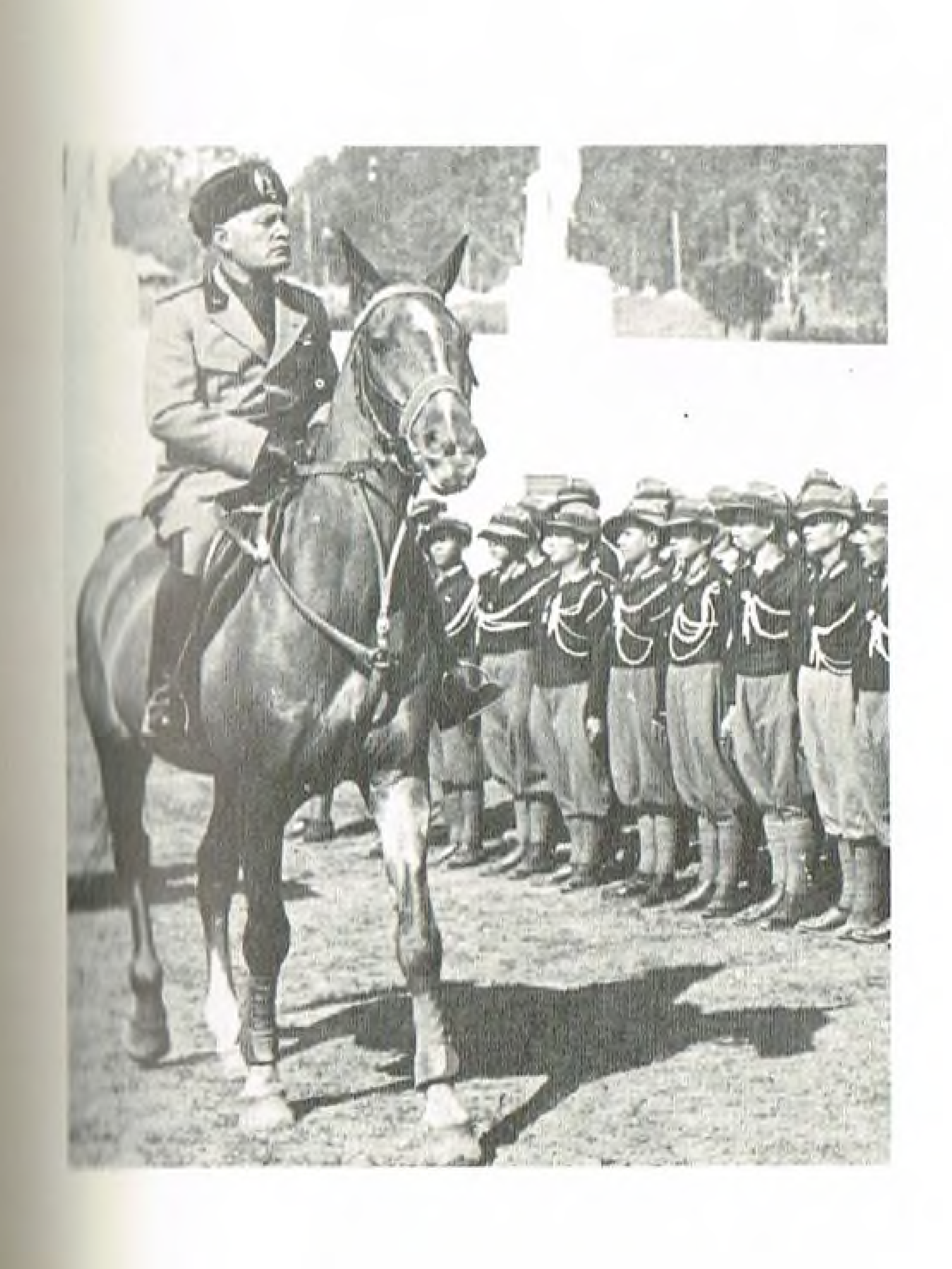
En la cabina de mandos, el piloto y el copiloto saborearán una taza de café, atentos al piloto automático, al radar, al mapa, a los indicadores, a las flechas, luces, cifras y mandos que aseguran a los pasajeros un feliz término de sù viaje.

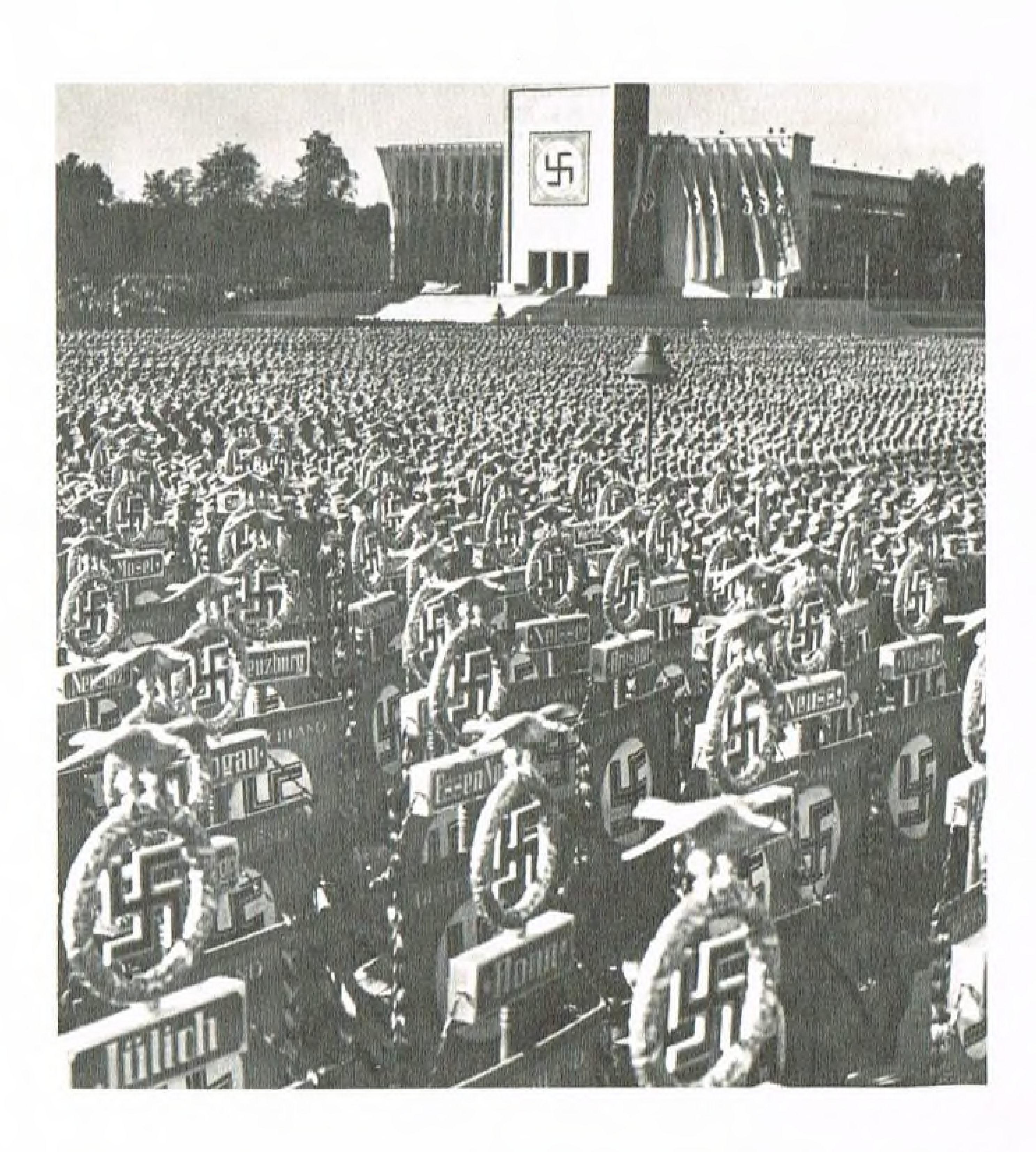
Interior de un Boeing 720 mostrando la disposición de las butacas, las ventanillas, los portaequipajes, etc. La aviación se ha convertido en el medio más cómodo, rápido y seguro de viajar. Aire acondicionado, temperatura adecuada, servicio de restaurante y bar, azafatas atentas, se alcanzaba la perfección cuando, en la década de los años 70, apareció un peligro que nadie podía imaginar y que ha llegado a preocupar a muchos viajeros: los frecuentes secuestros aéreos.





DE VERSALLES A HIROSHIMA





La I Guerra Mundial, que comenzó con un empuje incontenible de los ejércitos alemanes atacando en dos frentes, dio pronto paso a una agotadora y estéril guerra de trincheras. Sin embargo, los Imperios Centrales no estaban vencidos. Sólo en el mes de abril de 1917 los submarinos teutones hundieron 870 000 toneladas de buques mercantes aliados y neutrales. La rendición de los rusos permitió al kaiser situar todas sus tropas en el frente occidental. Gran Bretaña mostraba hallarse al borde de un colapso.

Estados Unidos, que desde el principio de la guerra, por sentimentalismo y por interés económico, apoyaban a los aliados, comprendieron que debían inclinar el fiel de la balanza. Su presidente, Woodrow Wilson, declaró, pues, la guerra a Alemania el 6 de abril de 1917. Este hecho determinó que en el mes de mayo del mismo año la cifra de hundimientos de buques descendiera a 350 000 ton. Mas pasaría todo un año hasta que en julio de 1918 desembarcaran en Francia 1 150 000 soldados americanos bien alimentados, pertrechados y optimistas que contrastaban con los desgastados «poilus» franceses embarrados en las trincheras del Somme.

El general americano John J. Pershing, de 58 años de edad, inició la ofensiva, y el general Ludendorff emprendió la retirada. La suerte iba a decidirse en contra de los Imperios Centrales. El 15 de septiembre se hundía el frente búlgaro y Sofía, el 26 de dicho mes, solicitaba el armisticio. Hindenburg y Ludendorff aconsejaron al kaiser que formara un gobierno democrático, y el 1 de octubre el príncipe Max de Baden constituía gobierno. Tres días más tarde pedía el armisticio, y después de largos regateos, el 27 de octubre de 1918 el gobierno de Berlín aceptaba las condiciones de rendición exigidas por los americanos.

En Italia, el general Diaz rompía el frente austro-húngaro en Vittorio-Veneto el 30 de octubre, y el 3 de noviembre se firmó el armisticio entre Italia y Austria-Hungría en Villa Giusti. Sin embargo, en el frente occidental se continuaba luchando. La revolución que estalló en Alemania a principios de noviembre precipitó las cosas, y el día 11 de este mes los representantes del gobierno alemán firmaron en un vagón de Compiègne, la capitulación. La I Guerra Mundial había terminado.



En Alemania, el espectro del hambre aparecido en 1916 se convirtió en trágica realidad en 1918. En cuanto a los abastecimientos, éstos quedaban reducidos a patatas y leguminosas. Se dieron casos de deserciones de soldados alemanes a la vista de botes de carne en conserva ensartados en la punta de bayonetas norteamericanas. El riguroso bloqueo aliado había alcanzado sus objetivos.

Imitando a los marinos rusos de Kronstadt de julio de 1917, a comienzos de noviembre de 1918 se sublevaba la escuadra alemana en Kiel y la insurrección se propagaba a las ciudades de Hannover, Colonia, Munich y, finalmente, a Berlín donde Scheidemann procla-

maba la República al mismo tiempo que el emperador Guillermo II firmaba su renuncia al imperio en su cuartel general de Spa, el día 9 de noviembre. Un antiguo obrero metalúrgico, Federico Eberth, socialista, de 47 años, quedaba instaurado en la Cancillería mientras en las calles luchaban los espartaquistas tratando de conseguir el triunfo de sus ideas; pero serían, finalmente, aniquilados Liebknecht y Luxemburgo al año siguiente. Nacía así la llamada República de Weimar que se debatiría en medio de grandes dificultades en los primeros años de la postguerra.

En el antiguo, heterogéneo y anacrónico Imperio Austro-Húngaro, el conglomerado racial, lingüístico y religioso se disgregaba. El 29 de octubre se proclamaba la república checoslovaca. El mismo régimen de gobierno era adoptado en Viena el 12 de noviembre. El Consejo Nacional esloveno de Zagreb proclamaba simultáneamente su separación del imperio, y Hungría decidía igualmente constituirse en Estado independiente bajo la forma republicana.

Tratado de Versalles

El día 18 de enero de 1919, el presidente del Consejo de Ministros francés, Georges Clemenceau, presidía en París la apertura de la Conferencia de la Paz, a la que asistían veintisiete Estados inde-

El día 11 de noviembre de 1918, el mariscal francés Foch, con bastón y cartera (en la página anterior), acudía a un vagón de ferrocarril instalado en una vía muerta de la estación de Rethondes, próxima a Compiègne, para firmar con los alemanes el armisticio que ponía fin a la I Guerra Mundial. Pero dos días antes, había abdicado el kaiser Guillermo II y el socialista Philipp Scheidemann había proclamado la República en el Reichstag alemán. La fotografía (bajo estas líneas) muestra a la muchedumbre reunida delante del Parlamento alemán en el momento de la proclamación.



pendientes, cuatro «Dominions» (Canadá, Unión Sudafricana, Australia y Nueva Zelanda) y la India. Pero sólo cinco de estos treinta y dos países (Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Italia y Japón) fueron los promotores de las decisiones mediante el Comité llamado de los Diez, formado por dos representantes de cada uno de estos cinco países. Y aun podía afirmarse que las últimas medidas fueron adoptadas por un Comité de cuatro miembros — Wilson, Lloyd Georges, Clemenceau y Orlando — reducidos a tres en abril, cuando Wilson regresó a Estados Unidos.

El nuevo mapa de Europa nació de cinco tratados de paz porque los aliados no quisieron establecerla con el bloque de los Imperios Centrales, ni siquiera aceptaron firmarla con representantes de Austria-Hungría, desdoblando estos dos países.

El *Tratado de Versalles,* el más importante, fue el que primero se terminó. Se refería a Alemania y para redactarlo no se consultó en lo más mínimo la opinión del vencido, caso que se generalizó a los demás tratados. El día 28 de junio de 1919, el mismo día en que se cumplían cinco años del magnicidio de Sarajevo, dos representantes de la República de Weimar lo firmaban sin articular palabra.

El *Tratado de Saint-Germain* fue suscrito por Austria el día 10 de septiembre del mismo año. El 27 de noviembre se firmaba el *Tratado de Neuilly* con Bulgaria, y el *Tratado de Trianon,* que afectaba a Hungría, se acordó el 4 de junio de 1920. El último de los tratados que pusieron fin a la I Guerra Mundial fue el *Tratado de Sèvres,* que los 32 países firmaron con Turquía el 10 de agosto del año 1920.

Por el Tratado de Versalles, Alemania cedía Alsacia y Lorena a Francia; a Bélgica los círculos de Eupen, Moresnet y Malmédy, y perdía la parte que ocupaba de Polonia desde finales del siglo XVIII para permitir, junto con las partes austríaca y rusa, el nacimiento de la nueva Polonia, en virtud de uno de los «puntos» concretos de Wilson. Para no disgustar a Polonia, se le concedió una salida al mar, a lo largo del curso del Vístula, el río nacional polaco. Pero esta vía, el famoso «pasillo polaco», que habría de provocar la II Guerra Mundial, cortaba a Alemania en dos trozos, dejando al oriente del pasillo la Prusia Oriental.

Sin embargo, para no ofender a los alemanes, la ciudad que constituía la lógica salida del «pasillo», el puerto de Danzig, quedaba internacionalizado, dada su mayoría de población alemana. De modo que se concedía a Polonia una salida al mar, pero sin el puerto correspondiente. Por ello, tuvo que empezar a construir un nuevo puerto, Gdynya, todavía no terminado dadas las malas condiciones que para este fin presentan las costas bálticas. La solución disgustó a las dos partes.

Alemania perdía también el territorio de los Sudetes, que pasaba a Checoslovaquia, y todo su imperio colonial (Togo, Camerún, África del Sudoeste y Tanganica, en África; y las islas Marianas, Carolinas y Palaos, en Oceanía) que se repartían en forma de «mandatos» Francia, Gran Bretaña, Japón, Australia y Nueva Zelanda.

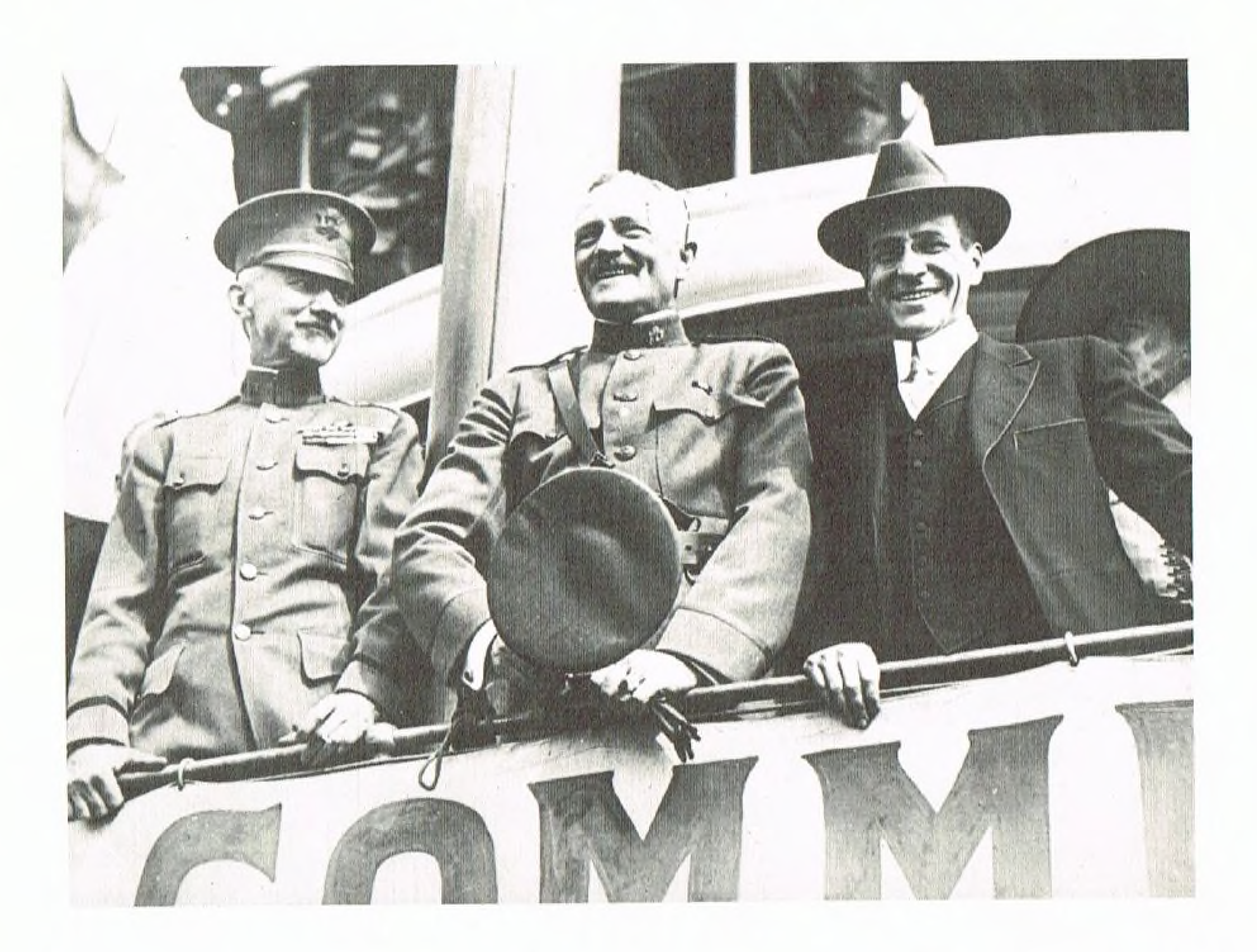
Alemania destruiría todas sus fortificaciones. Se fijaba una zona desmilitarizada de cincuenta kilómetros de anchura en la orilla derecha del Rin, mientras la izquierda quedaría ocupada por los aliados durante quince años. El ejército alemán fue reducido a 100 000 hombres. No se podría fabricar material de guerra, ni aviones, ni barcos. Una comisión interaliada vigilaría el cumplimiento de este precepto. Alemania debía entregar toda su flota de guerra, que los ingleses se

La entrada de Estados Unidos en el primer conflicto mundial tuvo lugar el 6 de abril de 1917, aunque su intervención real no se produjo hasta el año siguiente. Jefe de las fuerzas que formaron el cuerpo expedicionario norteamericano fue el general John Joseph Pershing (1860-1948) que aquí aparece en el centro, sonriente, despidiendo a las primeras tropas que embarcaban hacia Europa. La participación de Estados Unidos, con sus soldados de refresco y sus poderosos medios económicos, en favor de los Aliados, había de resultar decisiva para el triunfo de su causa.

nacieron tres nuevos países — Austria, Hungría y Checoslovaquia — y se engrandecieron otros cuatro — Italia, Servia, Rumania y Polonia —. Los tres primeros quedaron como países continentales compartiendo esta situación con Suiza, hasta ahora el único país sin salida al mar.

Austria quedó reducida a 83 000 km^2 con 7 millones de habitantes, casi la tercera parte de los cuales vivía en la capital, Viena. La poca viabilidad política y económica del nuevo Estado fue ya advertida por los diplomáticos que lo crearon, cuando una cláusula del Tratado de Saint-Germain prohibía formalmente su unión con Alemania.

Hungría fue la nación más cruelmente mutilada. Perdía dos terceras partes de su territorio: Galitzia era entregada a Polonia, Eslovaquia a los checos, Transilvania a Rumania, y el banato de Temesvar (Timisoara) a Servia. Su extensión se reducía a 91 114 kilómetros cuadrados y 7 841 954 habitantes.



habían preocupado ya de reunir en el puerto de Scapa Flow, en las islas Orcadas, en número de 53 unidades y que sus propios tripulantes hundieron en 1919.

En cuanto a las condiciones económicas, como un artículo especial declaraba solemnemente a Alemania culpable de haber provocado la guerra, se determinó que este país debía pagar los gastos de la misma, que fueron evaluados en la entonces fabulosa cifra de un billón de francos. Comisiones especiales fijarían la forma de pago y los plazos de estas «reparaciones», que podrían ser en especies. Tal fue el que los alemanes apellidaron el «diktat» de Versalles, que provocaría con el tiempo el ansia de desquite de los vencidos, y la II Guerra Mundial.

Los Tratados de Saint-Germain y Trianon consumaron la ruina del viejo Imperio Austro-Húngaro y establecieron su división: de él

Checoslovaquia se constituía con Bohemia como núcleo central, acrecentada con el país de los Sudetes, cedido por Alemania, y Moravia y Eslovaquia, de Hungría. Todo ello representa una superficie de 140 400 km² poblados por unos 14 millones de habitantes.

Ahora renacía *Polonia* en forma de república con los retazos separados de sus tres opresores, a los que se unían Silesia Oriental, Posnania y Pomerelia, constituyendo un Estado de 387 000 km², con 37 millones de habitantes, y la precaria salida al mar antes citada.

Italia recibía de Austria el Tirol, Trentino, Trieste e Istria. Posteriormente (1924) se anexionaría también Fiume.

Servia resultaba el país más favorecido por los despojos del antiguo imperio. Sus 60 000 kilómetros cuadrados se convertían en 248 000 al incorporársele Croacia, Eslovenia, Dalmacia, Bosnia, Herzegovina, Montenegro y Voivodina. Como el nombre de Servia ya no cuadraba a aquel conglomerado de provincias eslavas, se adoptó la denominación de *Yugoslavia,* y también el de reino de los servios, croatas y eslovenos.

Rumania, en fin, recibía la Transilvania de Hungría, así como la Bucovina, la Besarabia (de Rusia) y parte de la Dobrudja (de Bulgaria). Pasaba a tener 294 970 kilómetros cuadrados, con unos 14 millones de habitantes.

El Tratado de Neuilly, firmado con *Bulgaria,* sancionaba pequeñas rectificaciones de sus fronteras en beneficio de sus tres vecinos, Rumania, Yugoslavia y Grecia, la más dolorosa de las cuales resultó ser la pérdida de su salida al mar Egeo a través de la Tracia oriental.

El Tratado de Sèvres se cebó sobre los maltrechos restos del *Imperio Turco* que perdía Arabia, Palestina, Líbano, Siria y Mesopotamia, repartidas entre Francia e Inglaterra en forma de Mandatos, y sus territorios europeos quedaban reducidos a la ciudad de Estambul (Constantinopla). La guerra enterró también la forma monárquica del Estado turco con la revolución de un movimiento nacional dirigido por Mustafá Kemal Ataturk. Repudió éste la firma del sultán puesta al pie del Tratado de Sèvres, lo que originó una guerra con Grecia, que resultó favorable al país musulmán. Turquía recuperó por la paz de Lausana (1923) la Tracia oriental, al tiempo que expulsaba a millón y medio de griegos residentes en Asia Menor. Su extensión quedó fijada en 772 000 kilómetros cuadrados con 13 millones de habitantes.

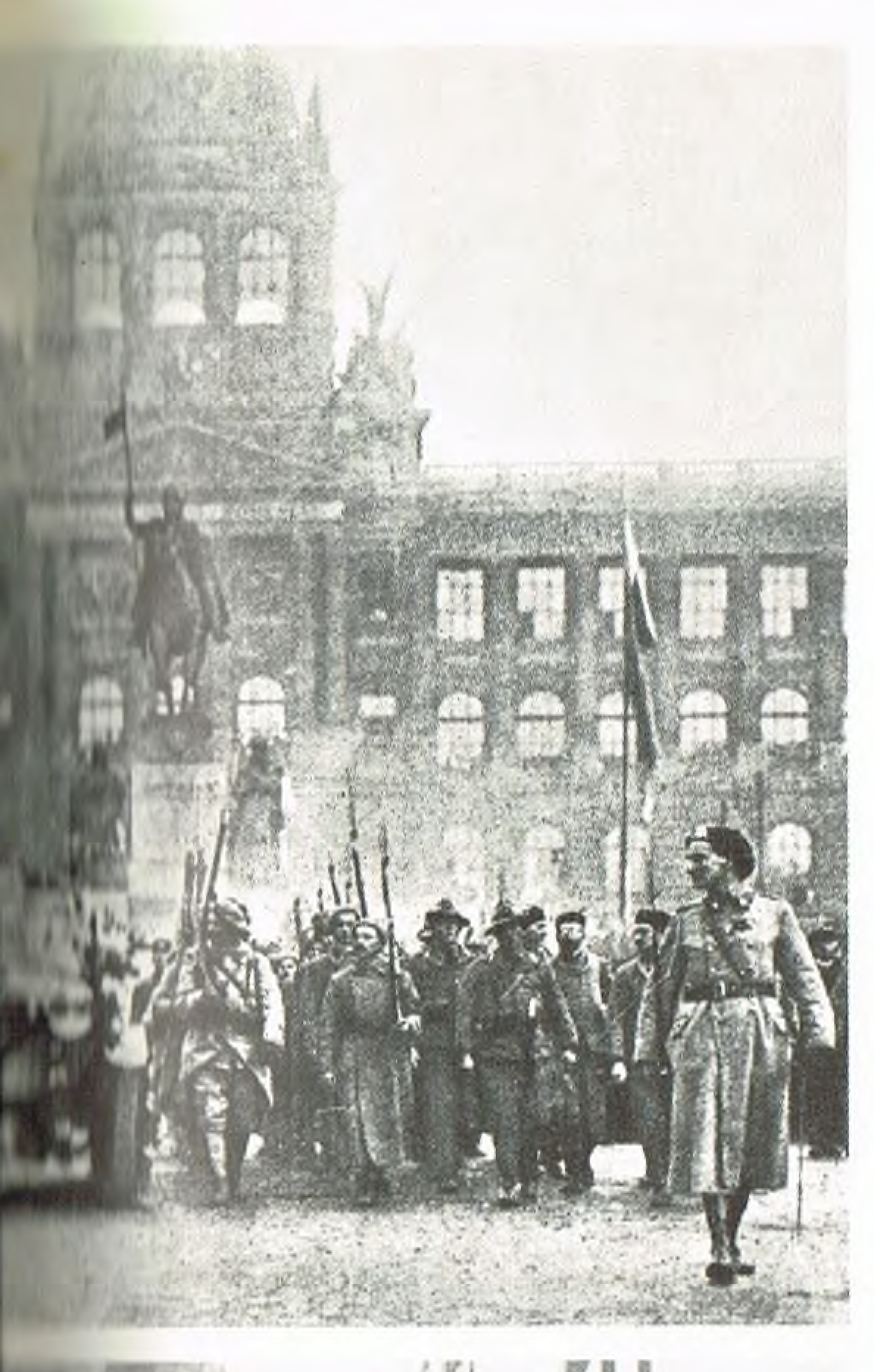
En 1917, a raíz de la Revolución rusa, Finlandia aparecía como país independiente, separada del gran país oriental y constituída como República, con 388 000 km² y tres millones y medio de habitantes. El Tratado de Brest-Litowsk, dictado por Alemania a una Rusia desgarrada por la guerra civil, el 3 de marzo de 1918, separaba de la URSS a Ucrania, que en 1923 había de volver al seno de la Unión Soviética, y a *Estonia, Letonia* y *Lituania,* llamados los «países bálticos», y que con Polonia, Checoslovaquia, Hungría y Rumania formarían una especie de «cordón sanitario» que aislaba al país donde se estaba fraguando la transformación socialista.

La Sociedad de Naciones y el fracaso de la paz

Uno de los famosos «puntos» del presidente Wilson declaraba su intención de constituir, al fin de la guerra, una especie de «parlamento mundial», con representación de todos los países, en el que se debatirían todas las cuestiones que pusieran en peligro la paz.









La ilusoria idea «wilsoniana» se llevó a la práctica, e incluso fue incorporada en forma de artículo a los tratados de paz que pusieron fin a la conflagración que había originado 13 millones de bajas.

Pero el Senado norteamericano se negó, en noviembre de 1919, a la ratificación del Tratado de Versalles, al pacto de la Sociedad de las Naciones y a la garantía que Wilson y Lloyd George habían ofrecido a Clemenceau. La Sociedad de Naciones comenzaba, pues, su actuación en Ginebra falta del país en donde naciera la idea de su constitución. Ausentes, además de Estados Unidos, Alemania y la Unión Soviética, el célebre organismo se convirtió en una prolongación de los gabinetes de Gran Bretaña y Francia, y en un medio para que estos países dieran apariencia de sanción universal al reparto que efectuaron de los despojos de Turquía y del vasto imperio colonial germano.

Por otra parte, no le faltaba trabajo a la Sociedad de Naciones. Proclamada ostentosamente la paz, se continuaba luchando, con motivo de la aplicación de los tratados, o con otros pretextos, en Rusia, en Polonia, en la misma Alemania, en Hungría, en el Próximo y en el Lejano Oriente, en Persia. Los cuatro años siguientes al final de la guerra fueron tumultuosos y desesperanzadores. Renacían en Inglaterra las aprensiones antifrancesas. Se hundía estrepitosamente la economía alemana a causa de las «reparaciones» y, sobre todo, de la ocupación de la cuenca del Ruhr decretada por Francia, en enero del año 1922.

Para comprar un dólar, en 1914 bastaban cuatro marcos. En 1923 se necesitaban 4 trillones 200 000 millones de la misma moneda. Se multiplicaban las Conferencias, de las que hubo más de 20 entre 1920 y 1922, para solucionar el insoluble problema de las «reparaciones» y para hacer «rectificaciones» de fronteras. Mussolini abría el camino de los totalitarismos con su «marcha sobre Roma» en octubre de 1922. Y el 9 de noviembre de 1923 Adolfo Hitler pretendía organizar en Munich una marcha semejante en Alemania, con el resultado de quedar detenido y condenado a cinco años de reclusión en la prisión de Landsberg, donde ordenaría sus ideas y escribiría su famoso libro *Mein Kampf (Mi lucha)*.

Arriba: Tomás Garrigue Masaryk (1885-1937) fue el primer presidente de la República de Checoslovaquia, nacida de la desintegración del Imperio austro-húngaro, cargo que desempeñó durante 35 años. En la fotografía, las tropas escoltan el coche presidencial. Abajo: para garantizar el pago de las reparaciones, Francia ocupó la cuenca carbonífera del Ruhr en enero de 1923.

Los felices veinte

Después del Tratado de Versalles vino la paz y se iniciaron los llamados «felices veinte», que si en realidad lo fueron, también es preciso reconocer que en ellos se gestaron las causas de la II Guerra Mundial. El primer signo de malos tiempos fue la caída de la Bolsa de Nueva York en octubre de 1929.

Los años transcurridos desde 1933 a 1936 pueden considerarse decisivos en la «galopada» hacia la guerra, cada vez más inminente. En efecto, a principios de 1933, mientras triunfaba en Estados Unidos el *New Deal* de Roosevelt, subía al poder Adolfo Hitler en Ale-

mania, arropado por una evidente mayoría electoral. La muerte del presidente de la república germánica, mariscal Hindenburg (1934) abría el camino a Hitler para proclamarse *Führer*, reuniendo los cargos de presidente del Estado y jefe de gobierno. Pronto empezó a poner en práctica el plan que él mismo había descrito diáfanamente en su obra *Mein Kampf*. En octubre de 1933 se retiró Alemania de la infecunda Sociedad de Naciones; en julio de 1934 caía asesinado por los nazis Engelberto Dollfus, canciller de Austria y enemigo de la política hitleriana, lo que no constituía obstáculo para que Inglaterra permitiera a Hitler la construcción de una Marina de guerra equivalente al 35 % de la flota británica. Casi simultáneamente, en marzo de 1935, restablecía Hitler el servicio militar obligatorio, vedado por las cláusulas del Tratado de Versalles, y ocupaba la zona desmilitarizada de Renania.

En España, los primeros gobiernos republicanos se enfrentaban con tremendos problemas sociales, al tiempo que estudiaban una necesaria Reforma Agraria, laizaban la enseñanza y establecían las bases de una autonomía para Cataluña y País Vasco. Las dificultades inherentes a estas empresas inclinaban el péndulo político, en 1933, hacia las derechas, cuya actuación prepararía la definitiva escisión del cuerpo español en 1936.

Italia, asustada por el asesinato de Dollfus, se acercaba a Francia y a Inglaterra mediante los acuerdos de Stresa (1935), en los que se aseguraba la necesidad de una Austria independiente, pero entendía también que tales acuerdos le dejaban las manos libres para consumar un viejo ideal del fascismo: la conquista de Etiopía. Y a ella se lanzó en octubre de 1935, provocando la reacción airada de Inglaterra y las tímidas «sanciones» de la Sociedad de las Naciones (noviembre de 1935), que constituyeron prácticamente la sentencia de muerte de la Asamblea internacional. En mayo de 1936 terminaba la ocupación del país africano y Mussolini proclamaba el nuevo «Imperio Romano».

En esas mismas fechas triunfaba en Francia el *Frente Popular* y se constituía un gobierno integrado por socialistas y comunistas bajo la dirección de Leon Blum.

Enlazando casi con el final de la guerra italo-abisinia, el 18 de julio de 1936 se manifestaba violentamente en España el desgarrón de su cuerpo político y social. Los españoles dirimirían durante tres años sus resentimientos en una guerra que pronto alcanzó categoría internacional. Porque pese a la declaración de «no intervención», Alemania e Italia ayudarían pronto al bando nacional, mientras la zona republicana, cada vez más dominada por extremismos, recibiría el apoyo más o menos directo de los países democráticos y socialistas.

Hitler aprovechó la guerra española para reforzar el rearme de su país y unirse a Italia, donde Mussolini, resentido con los países occidentales por las «sanciones», proclamó el 1 de noviembre de 1936 la existencia del «Eje» Roma-Berlín. La teoría del «espacio vital» unió también a Alemania con Japón en el pacto anti-Komintern, que se firmó en el mismo año de 1936. Y al año siguiente estallaría la guerra entre China y Japón, que se empalmaría con el gran conflicto mundial.

Roosevelt tomaba en 1937 claro partido por las democracias al rectificar el Acta de Neutralidad por la cláusula *cash and carry*, que permitiría el suministro de víveres y armas a los países democráticos.

La Unión Soviética llevó a cabo un viraje a partir de 1935 y, aunque cerrada a toda influencia exterior por la dura mano de Stalin,



La derrota alemana en la I Guerra Mundial provocó en este país el nacimiento de un partido furiosamente nacionalista y defensor de la idea de desquite. Lo dirigió un austríaco, Adolf Hitler (1889-1945), inclinado a las concentraciones de masas y a la aparatosidad. Llegado en 1933 al poder, comenzó inmediatamente a poner en práctica su programa que había de conducir a la II Guerra Mundial. En las ilustraciones, se ven dos momentos de su actuación ante sus partidarios. Arriba, saludando con la mano extendida, gesto que se hizo obligatorio, así como la cruz gamada que lleva en el brazo. En la página siguiente, uno de los muchos actos públicos en los que intervino el dictador alemán.

se decantó hacia un socialismo burocrático que tomó matices nacionalistas, lo que no fue obstáculo para que durante los años 1937 y 1938 se exterminara a la «vieja guardia» en una de las más colosales «purgas» que haya vivido la humanidad.

A principios de 1938, Hitler se sintió lo bastante seguro para atribuirse el mando de las fuerzas armadas, nombrando mariscal a Goering. Fue el primer paso para la dramática anexión de Austria, que se verificó el día 13 de marzo del mismo año.

Consecuente con esta nueva directriz, Hitler se proclamó defensor de los derechos naturales de los Sudetes, y exigió a Checoslovaquia la libertad de la minoría «oprimida». Praga se negó a la exigencia alemana, y el 27 de septiembre de 1938 el Führer envió un ultimátum al gobierno checoslovaco, que provocó la movilización de la flota británica y la puesta en estado de alarma de un millón de soldados franceses. El primer ministro británico Chamberlain requirió los buenos oficios de Mussolini, y éste solicitó de Hitler el aplazamiento de un día en la movilización general alemana, al tiempo que exponía la idea de una reunión de las cuatro potencias — Alemania, Italia, Francia e Inglaterra — para solucionar de modo pacífico el conflicto amenazador.

El día 29 de septiembre, el pontífice Pío XI hizo una dramática petición de paz por radio, y la noche de aquel mismo día, los jefes de los gobiernos británico, francés, alemán e italiano — Chamberlain, Daladier, Hitler y Mussolini — se reunían en Munich.

En esta vergonzosa Conferencia se resolvió que Alemania tenía derecho a la anexión de aquellos territorios checoslovacos donde los



alemanes estuvieran en mayoría. Se admitía la posibilidad de reivindicaciones por parte de Polonia y de Hungría, y las cuatro naciones garantizaban un arreglo definitivo. El territorio de los Sudetes pasó a Alemania; Polonia reclamó Teschen (Ciesyn), que le fue cedido; y Hungría solicitó y obtuvo una rectificación de sus fronteras con Eslovaquia. Este país pidió y consiguió la categoría de Estado autónomo, que le fue reconocida bajo la autoridad del sacerdote católico monseñor José Tiso, que sería ahorcado en Bratislava en 1947.

Italia y Alemania se hallaban ya lanzadas a una política de fuerza. En marzo de 1939, Alemania ocupaba Memel, que Lituania se veía obligada a ceder. En abril, Italia invadía Albania, amenazando así a Grecia; pero, sobre todo, Alemania dirigía sus miradas a Danzig, espina clavada en su corazón desde el final de la I Guerra Mundial. Alemania rompía el pacto naval anglo-germano de 1935 al mismo tiempo que el germano-polaco de 1934, a lo que respondían las potencias occidentales firmando pactos de asistencia mutua con Turquía, mientras Italia y Alemania suscribían el «Pacto de Acero». La situación, en la primavera de 1939, se había agravado hasta términos que parecían insolubles.

Verano de 1939

Mientras China y Japón continuaban su guerra particular en el Extremo Oriente, los dos bandos en que quedó escindida Europa — reflejo de la guerra civil española —, Alemania e Italia por un lado, Francia e Inglaterra por otro, jugaban sus peones en la dramática partida que estaba planteada, pero Hitler no había olvidado la lección de la guerra del 1914-1918, cuando el ataque ruso, que no entraba en los cálculos del Estado Mayor germánico, confiado en la lentitud de su movilización, detuvo la ofensiva germánica en el frente occidental proporcionando a los aliados el respiro suficiente para consolidar sus posiciones y evitar la espectacular llegada a París de los alemanes.

Rusia se convirtió así en el árbitro de los destinos de Europa y del mundo, y el duro y sagaz Stalin quiso entonces hacer su jugada personal. Era preciso para la Unión Soviética que los países capitalistas se destrozaran entre sí y abonaran el terreno para preparar el clima en el que se podría desarrollar la gran revolución mundial perseguida por el comunismo.

En agosto de 1939 todo el mundo se encontraba pendiente de las noticias procedentes de Varsovia o de Moscú. Todavía el día 6 de aquel mes declaraba el mariscal polaco Rydz-Smigly que Polonia no toleraría «ningún atentado directo o indirecto a sus derechos, a sus intereses, a su dignidad». Inglaterra comunicaba a Hitler que la garantía a Polonia subsistía en toda su integridad. El Sumo Pontífice, el presidente Roosevelt, la reina de Holanda y el rey de Bélgica se dirigían al dictador alemán y al presidente polaco solicitando la celebración de una conferencia.

Y mientras los embajadores de Francia y Gran Bretaña hacían paciente antesala en el Kremlin, ante el despacho de Molotov, ministro de Asuntos Exteriores de la Unión Soviética, el mundo se enteraba con estupor de la firma de un pacto germano-soviético (el 23 de agosto), el pacto Molotov-Ribbentrop, por el que la Unión Soviética accedía a la neutralidad, se comprometía a suministrar a Alemania materias primas imprescindibles para la guerra, y consignaba una cláusula secreta por la que Polonia sería repartida entre alemanes

En septiembre de 1938 pudo ser detenida temporalmente la amenaza de guerra por la claudicación de los jefes de gobierno francés e inglés ante los dos dictadores europeos en la ciudad alemana de Munich. En la fotografía, Mussolini saluda a Chamberlain, «premier» británico. Entre los dos puede verse a Daladier, primer ministro de la República francesa. A la izquierda, sonriente, aparece el que había de ser mariscal del Reich, Hermann Goering. Junto a él, el canciller Hitler, y detrás de Mussolini, su ministro de Asuntos Exteriores, el conde G. Ciano.



y rusos. Alemania ganaba así el instrumento necesario para lanzarse a la guerra. No habría segundo frente, ya que Polonia no podía contar como enemigo a pesar de las bravatas del coronel Beck, quien anunciaba a todos los vientos que en caso de guerra el ejército polaco se presentaría en Berlín en quince días.

La seguridad de triunfo que poseía el dictador alemán, unida a la certeza de la ayuda aliada que dominaba al gobierno polaco, impidieron la reunión de una conferencia germano-polaca pactada en último instante.

En las últimas horas del día 31 de agosto, Mussolini, a quien no parecía entusiasmar el estallido de una guerra para la que Italia no estaba preparada ni moral ni materialmente, proponía la reunión de una conferencia de todos los países interesados para el día 5 de septiembre, en la que se habrían de reconsiderar aquellas cláusulas del Tratado de Versalles, y de los demás firmados al final de la I Guerra Mundial, que impedían la estabilización de la paz europea.

Pero en la madrugada del día 1 de septiembre, las «panzerdivisionen» alemanas atravesaban la frontera germano-polaca y el *gauleiter* de Danzig, Forster, proclamaba la incorporación de la ciudad a Alemania mientras monseñor Tiso, jefe del «Estado» eslovaco, llamaba en su ayuda a los alemanes ante una pretendida agresión de los polacos a su Estado, vasallo de Alemania. Todavía el día 2 de septiembre, y mientras los ejércitos alemanes avanzaban por territorio de Polonia y se producían los primeros bombardeos sobre Varsovia, el ministro de Asuntos Exteriores italiano, el conde Ciano, proponía a París y Londres la convocatoria de una conferencia de «los cinco»: Alemania, Polonia, Francia, Inglaterra e Italia.

Empieza la II Guerra Mundial

El gabinete del «premier» británico Chamberlain, aunque se sintiera inclinado a buscar una solución pacífica, se encontraba apremiado por el ala belicista del partido conservador, dirigida por Winston Churchill, y los mismos laboristas creían incorrecto abandonar a Polonia en la trágica situación en que se encontraba. Chamberlain se plegó, al fin, a la que parecía indudable mayoría parlamentaria, y solicitó de Churchill que ingresara en el gabinete de Guerra en el mismo día 3 de septiembre.

Francia era la que se mostraba más tibia en aquel ambiente de guerra que se había desencadenado. El entusiasmo patriótico del otro triste verano del siglo, el de 1914, no hizo su aparición en el país. Las gentes aceptaban la posibilidad de la lucha como una fatalidad irremediable, pero no se hablaba de los «boches» con el mismo rencor que 25 años antes, cuando estaba presente en la conciencia de todos el despojo de las provincias de Alsacia y Lorena. Además, vivían todavía muchos que padecieron los rigores del primer conflicto mundial y no deseaban, ni para ellos ni para sus hijos, que se repitieran aquellas tremendas desdichas. El jefe del gobierno, Daladier, contaba con el decidido apoyo del Parlamento, pero sabía perfectamente que el país no se encontraba preparado para una guerra larga.

En Alemania, el pacto Molotov-Ribbentrop produjo un clima de euforia, y la guerra contra Polonia era popular. Las noticias de los primeros avances en territorio polaco consolidaron esta opinión.

Polonia telefoneaba desesperadamente a sus embajadores en los países occidentales, reclamando un urgente apoyo contra las oleadas de aviones que empezaban a abatirse sobre la capital, y contra el incontenible avance de las divisiones blindadas de los nazis que rodaban hacia Varsovia.

Tras numerosas consultas entre París y Londres, en las que la primera capital procuró retrasar la hora que parecía inevitable de la ruptura definitiva, el domingo 3 de septiembre de 1939, a las nueve de la mañana, el embajador de Inglaterra en Berlín hizo conocer al gabinete de Hitler que si Alemania no disponía en el plazo de dos horas la retirada de sus tropas de Polonia, la Gran Bretaña se consideraría en estado de guerra con Alemania. Cuatro horas después, Francia, arrastrada por los acontecimientos, hacía una declaración similar.

A las once de la mañana del día 3 de septiembre, Inglaterra, y a las cinco de la tarde, Francia, entraban en guerra con Alemania abriendo así la gran lucha en la que sucesivamente se iban a ver complicadas casi todas las potencias mundiales.

El progreso de las armas ofensivas dio un carácter nuevo a la conflagración que ahora comenzaba. Habían quedado lejos las desesperantes trincheras de la guerra del 1914-1918. El ejército polaco se desplegó en la frontera esperando contener al ejército germano, cuyas fuerzas desestimaba, e iniciar al mismo tiempo una ofensiva en Pomerania. Pero el Estado Mayor alemán tenía preparado minuciosamente su plan, y había calculado la introducción de un nuevo tipo de lucha: la *Blitz-Krieg*, la guerra relámpago. Se trataba menos de ocupar el territorio enemigo que de desarticular sus fuerzas y sus comunicaciones, y todo esto con la rapidez del rayo.

En efecto, la «Luftwaffe», la aviación alemana, redujo prácticamente al silencio a los efectivos polacos en sus mismos puntos de

Ya ha empezado la guerra. La perfección de las armas de fuego, el empleo de carros blindados y el aumento de la potencia de los explosivos van a comunicar a la lucha un carácter terrible, aumentado por el hecho de que nadie quedará libre de las consecuencias. Tiempos atrás, sólo los combatientes estaban expuestos a morir. Pero en los dos conflictos mundiales del siglo XX, y en especial en el segundo, la población civil resultará tan afectada o más que los guerreros. En la ilustración pueden comprobarse los brutales efectos de un bombardeo, con su inevitable consecuencia de incendios en edificios no destinados a fines militares.





La guerra iniciada por Alemania en septiembre de 1939 ofreció unas características propias, muy distintas de las que tuvo el conflicto desarrollado en los años 1914-1918. Mientras en éste, los combatientes permanecían resguardados por las trincheras y las batallas duraban meses, la II Guerra Mundial se distinguió por la movilidad de las divisiones, apoyada por la motorización. Fue lo que los alemanes llamaron la «Blitz-Krieg», la guerra-relámpago.

concentración, en tanto que las «panzerdivisionen» rompían el frente de Polonia en cuatro puntos y aniquilaban las posibilidades de defensa del mismo por medio de grandes bolsas que llevaron a la impotencia a las fuerzas militares del mariscal Rydz-Smigly. En menos de una semana, treinta divisiones alemanas envolvían al sorprendido ejército polaco y le privaban de toda posibilidad de acción.

Al mismo tiempo, oleadas de bombarderos dejaban caer sobre Varsovia su mortífera carga, y los hospitales de la capital se veían imposibilitados de atender a los millares de heridos que se producían en la misma o que procedían de los frentes. Para colmo de males, los ejércitos rusos invadían Polonia por el Este, en virtud de la cláusula secreta pactada en Moscú el 23 de agosto entre la Unión Soviética y Alemania, y avanzaban hacia la línea Curzon, tradicionalmente reivindicada por Rusia como frontera con Polonia, bajo la alegación de la mayoría rusa que habitaba al este de la misma.

El 17 de septiembre Polonia dejaba de existir como país independiente y se consumaba el reparto de la desdichada nación.

¿Qué hacían entretanto los aliados occidentales? Francia había iniciado una modesta réplica en el bosque de Warndt que no preocupó en absoluto a los alemanes. Inglaterra se limitó a movilizar simbólicamente su escuadra. Hitler pudo anunciar orgullosamente el día 6 de octubre que Alemania se sentía satisfecha y que ofrecía la paz a sus enemigos occidentales. Ninguna reivindicación más llevaría a la nación alemana a un conflicto que podría convertirse en universal. Pero los aliados occidentales no contestaron a aquel ofrecimiento. A pesar de que Francia se sentía incómoda en su papel de país beligerante, y pese a que Inglaterra distaba mucho de estar preparada para una lucha de larga duración, comprendían que las palabras del Führer no podían ser tomadas en consideración: las había pronunciado semejantes a raíz del Anschluss con Austria, de la desintegración de Checoslovaquia, de su primitivo y al parecer moderado ofrecimiento de paz a Polonia.



Las mismas notas distinguieron a las luchas desarrolladas en el desierto, es decir, en el norte de África. Dos grandes jefes, el alemán Rommel y el británico Montgomery, fueron los protagonistas de estas batallas que culminaron en la de El Alamein, en 1942. La fotografía muestra al mariscal inglés junto a uno de los carros de combate aliado que tomó parte en este encuentro de resultados decisivos en aquel teatro de operaciones, anuncio del triunfo final.

La «drôle de guerre»

Comenzó entonces una extraña fase de la guerra, que duró desde octubre de 1939 hasta la primavera de 1940. Todo parecía indicar que Alemania, triunfante sobre Polonia, se habría de lanzar sobre Francia; mas, por el contrario, una extraña paz se cernió en el frente occidental. La guerra se redujo a una lucha de propaganda, de ondas, de soflamas, en tanto que los ejércitos reposaban a ambos lados de la línea Maginot, supuesta defensora del suelo francés. No ha sido suficientemente explicado este período, conocido con el nombre de «drôle de guerre», guerra engañosa, aunque es seguro que Alemania lo aprovechó para reforzar su potencial bélico por tierra y aire, en tanto que Francia e Inglaterra sólo pensaban en planes defensivos.

Únicamente en el mar se manifestó el estado de hostilidad entre Alemania y los países occidentales, cuando aquélla intentó repetir la acción submarina contra la navegación occidental; pero bien pronto la aparición del radar haría ineficaz la actuación de los submarinos alemanes, y la libertad de los mares quedó definitivamente garantizada a favor de los aliados. Y los ataques aéreos a Londres también fracasaron.

Mientras tanto, en este período de «drôle de guerre», Rusia, a quien se le había despertado el apetito de expansión con el bocado polaco, iniciaba una política imperialista tendente a recuperar los territorios que dominaba antes de la I Guerra Mundial y de los que se vio despojada a consecuencia del estallido de la revolución comunista: solicitaba bases en los países bálticos — Estonia, Lituania y Letonia — y éstos, ante la imposibilidad de resistir, se veían obligados a ceder en octubre de 1939, sometiéndose mansamente a las órdenes del dictador Stalin y quedando integrados en el amplio espacio de la Unión Soviética.

En noviembre del mismo año, el gobierno de Moscú conminaba a Finlandia a aceptar una petición semejante, y ante su negativa, comenzaba la guerra ruso-finlandesa, en la que el pequeño país nór-

dico resistía valerosamente, con un ejército de 220 000 hombres, la formidable presión de más de medio millón de soviéticos apoyados por unos 2000 tanques y por otros tantos aviones. Tampoco se han podido explicar satisfactoriamente los 6 meses de resistencia finlandesa. Se ha dicho que Rusia hizo un «bluff» para desorientar al mundo sobre sus verdaderas posibilidades. Lo cierto es que las pretensiones rusas fueron moderadas en la firma del tratado de paz ruso-finlandés (12 de mayo de 1940), que limitaba las reivindicaciones soviéticas al dominio de la península de Pescadores y de las orillas del lago Ladoga, así como de la península de Hangoe, en la que se establecía una base soviética. Pero la primavera de 1940 iba a dar una vuelta formidable a la guerra.

Etapa de éxitos alemanes

Otra vez se manifestó la «guerra-relámpago» con golpes contundentes cuando el ejército alemán invadió Dinamarca el día 9 de abril de 1940, se apoderó de Noruega a continuación, inició la ofensiva en el Oeste el día 10 de mayo con la invasión de Holanda, preparada de manera terrorífica con bombardeos masivos, seguida de la de Bélgica y Luxemburgo, para terminar la fulminante acción con el ataque al ejército anglo-francés. Los ingleses pudieron reembarcar dificultosamente en Dunkerque, pero los franceses vieron cómo se tomaba por detrás la famosa línea Maginot, a consecuencia de la cual los ejércitos galos recibían la orden de retirada general el día 22 de junio, y en los días 23 y 24 del mismo mes se firmaba la capitulación francesa en el mismo vagón de ferrocarril en el que los alemanes suscribieron el armisticio de 1918.

Italia entró en guerra contra Francia, ya vencida, el día 10 de junio, apoderándose de Saboya. Pero su tentativa de conquistar Grecia fracasó al ser rechazada en Albania por los animosos griegos que se apoderaron de aquel país. Hubo de intervenir la Wehrmacht que,



Terminada la guerra en Europa, se reunieron en Potsdam (Alemania), en julio de 1945, representantes de las tres grandes potencias vencedoras. Sentados aparecen, de izquierda a derecha, Clement Attle, «premier británico», Harry S. Truman, presidente norteamericano, y Stalin, dictador soviético. Detrás, de pie, y siempre de izquierda a derecha, el almirante norteamericano William D. Leahy y los tres ministros de Asuntos Exteriores: el británico Ernest Bevin, James F. Byrnes, de Estados Unidos, y el ruso Molotov.

en la primavera de 1941, ocuparía la península de los Balcanes, formando así el frente mediterráneo que se prolongaría en el norte de África, donde alemanes e italianos por un lado, e ingleses por otro, desarrollarían una larga contradanza con ventaja final para los británicos que salvaron a Egipto y Suez.

Pero la máquina militar alemana no podía detenerse. Después de haber ocupado toda la Europa continental (salvo Rusia, Suecia, Suiza y la Península Ibérica), y haber fracasado —como Napoleón— en su ataque contra las Islas Británicas, era preciso buscarle ocupación. El viejo ideal alemán de marchar «hacia el Este» tuvo su cumplimiento el 22 de junio de 1941, cuando la Wehrmacht atravesó la frontera con Rusia y penetró profundamente en el país, aparentemente sin preparar para la guerra y confiado en el pacto Molotov-Ribbentrop.

Todo parecía indicar en aquellas fechas un triunfo de las armas germánicas. Europa ocupada, Inglaterra sometida a la implacable acción de la aviación alemana, sus ejércitos avanzando por el amplio espacio ruso y el Norte de África en su poder. Por si fuera poco, el día 7 de diciembre del mismo año, la aviación japonesa aniquilaba la escuadra norteamericana en Pearl Harbor, en las Hawai, y comenzaba una fulgurante campaña que iba a hacer al Japón dueño de todo el sudeste asiático y le permitiría llegar hasta Nueva Guinea, en la peligrosa proximidad de Australia. En realidad, el ataque japonés, aun sin coordinación con el alemán, venía preparado por la firma del Pacto Tripartito (27 de septiembre de 1940), que enfrentaba con todo el mundo a las tres potencias signatarias: Alemania, Italia y Japón. Lo mismo que hiciera Alemania, Japón buscó también la neutralidad de la Unión Soviética y la logró gracias al tratado de no agresión ruso-japonés de 13 de abril de 1941.

La mentalidad japonesa es amiga de guardar siempre las formas. Por ello, severamente vestidos de etiqueta a la manera occidental, o de uniforme, estos representantes del Japón derrotado se presentan en la cubierta del acorazado norteamericano «Missouri» para firmar el acta de rendición que les fue impuesta por el comandante del ejército de Estados Unidos en Oriente, general Douglas Mac Arthur.





De un modo análogo, también en Europa fueron obligados los representantes de la vencida Alemania a dejar constancia de la rendición mediante su firma. El comandante en jefe de las fuerzas alemanas, Wilhelm Keitel, que al año siguiente sería ahorcado tras el juicio de Nuremberg, está suscribiendo, en el centro de la fotografía, el documento el día 8 de mayo de 1945 en la ciudad de Berlín, ya caída en manos de los Aliados.

Los primeros meses del año 1942 vieron la cumbre del poderío militar germánico, y de sus aliados japonés e italiano. El Africa Korps avanzaba en el Norte de África y llegaba hasta El Alamein, a unos 100 kilómetros de Alejandría, amenazando invadir a Egipto. La Wehrmacht alcanzaba en septiembre de aquel mismo año las proximidades de Stalingrado, en el corazón de Rusia, cuando ya fuerzas alemanas ocupaban la fértil Ucrania y la bandera del III Reich había sido izada en las cumbres del Cáucaso. Los japoneses conseguían los últimos límites de su expansión en las islas Salomón. Una nueva táctica de los submarinos alemanes hacía difícil la nagevación por el Atlántico.

Pero un observador atento hubiera podido advertir, a través de aquellos espectaculares avances el anuncio de la futura derrota. Alemania y Japón (Italia apenas contaba) necesitaban un triunfo rápido porque habían llegado al límite de sus posibilidades. «El tiempo trabaja para nosotros», repetía Churchill, convencido de que la máquina bélica anglosajona apenas estaba comenzando a desarrollarse y de que los inmensos recursos, humanos y mecánicos, de norteamericanos y rusos se hallaban todavía intactos.

Cambio de signo de la lucha

Y así fue cómo el mismo año 1942 vio cambiar el signo de la guerra. Antes de terminar el año, el grueso del ejército alemán — más de 800 000 hombres —quedó detenido delante de Stalingrado, y pese a sus esfuerzos sufrió la más aparatosa derrota de la guerra. El 8 de noviembre de aquel mismo año desembarcaban en Marruecos y en Argelia los aliados, y el general Rommel emprendía una penosa retirada por los desiertos norteafricanos. También en 1942 la batalla aeronaval de Midway en el Pacífico señalaba el comienzo de la recuperación norteamericana en su lucha contra el Japón.

En febrero de 1943, los rusos emprendieron su contraofensiva partiendo de Stalingrado, donde coparon el Sexto Ejército alemán de Von Paulus. Las radios rusas comenzaban a cantar sus victorias.

El 10 de julio desembarcaban tropas aliadas en Sicilia y provocaban el hundimiento del régimen fascista y de su jefe Mussolini. Al terminar el año 1943 los japoneses iban cediendo progresivamente sus conquistas en el pacífico, y todo señalaba ya el inicio de la derrota de las potencias del Pacto Tripartito.

Quedaba la Europa continental, donde la guerra se hallaba estabilizada durante el invierno 1943-1944 en Italia; pero los alemanes cedían terreno vertiginosamente en Rusia, con fabulosas pérdidas en hombres y en material.

El de 1944 iba a ser el año decisivo en Europa. Desde tiempo antes se venía preparando minuciosamente el desembarco, el segundo frente, reclamado insistentemente por Rusia. Alemania mantenía la propaganda de que el *muro atlántico,* es decir, las defensas de la costa atlántica de Francia, eran inexpugnables.

Pero el día 6 de junio de 1944, *el día D,* tropas aerotransportadas, ayudadas por una fabulosa preparación artillera y aérea, y por un desembarco aliado en Normandía, aniquilaban el mito del muro atlántico y abrían una ofensiva en Francia que en menos de tres meses, y con la misma táctica de guerra-relámpago empleada por los alemanes, les iban a hacer dueños del país. Las divisiones blindadas empezaban a rodar por las tierras belgas, holandesas y, finalmente, alemanas, en tanto que los rusos penetraban en Polonia, en Checoslovaquia, en los Balcanes, en Hungría, en Austria y, finalmente, en Alemania, donde se darían la mano en mayo de 1945 con sus aliados occidentales. En 1944, los norteamericanos terminaban su triunfal campaña del Pacífico desembarcando en Filipinas (17 de octubre) y amenazaban ya directamente los propios reductos japoneses.

El 29 de abril de 1945 era ejecutado Mussolini en Italia, y al día siguiente se suicidaba Hitler en un «bunker» de Berlín, cuando las tropas soviéticas penetraban ya en la capital del III Reich. El 7 de mayo el general alemán Jodl firmaba en Reims el armisticio, y el 8 se levantaba el acta definitiva de la derrota de Alemania en Berlín. La guerra había terminado en Europa.

El Japón resistió aún tres meses. Pese a los duros ataques de la aviación norteamericana sobre el territorio metropolitano nipón, todo parecía anunciar una gran duración de la guerra en Oriente. Pero un nuevo y terrible ingenio bélico se había probado ya en los desiertos de Nuevo México, y el 6 de agosto caía sobre Hiroshima la primera bomba atómica.

Dos días después, la Unión Soviética, repitiendo el gesto de Italia de junio de 1940, declaraba la guerra al Japón y se apoderaba de Manchuria, Corea y Sakhalin. El 9 de agosto descendía la segunda bomba atómica sobre Nagasaki, y al día siguiente el emperador Hiro-Hito cursaba a Washington la rendición del Japón. La II Guerra Mundial había terminado.



La terrible y sanguinaria II Guerra Mundial, que costó la vida a cuarenta millones de seres, la mitad de los cuales pertenecientes a la población civil, no podía por menos de terminar mediante una inaudita crueldad: la explosión de la primera bomba atómica sobre Hiroshima el 6 de agosto de 1945. El siniestro «hongo» proyectado en el espacio por el estallido del infernal ingenio ha pasado a ser símbolo de la ferocidad que temporalmente acomete a la humanidad.



FUTBOL Y FILATELIA

PARA ilustrar el presente artículo dedicado al más popular de los deportes actuales, se ha preferido prescindir de las habituales fotografías que por su amplia divulgación por la prensa deportiva mundial en su momento, poco o ningún interés pueden añadir a las páginas que siguen. En su lugar se ha optado por la reproducción de algunas de las pequeñas maravillas multicolores que a la Filatelia mundial ha inspirado la celebración de los campeonatos mundiales, en sus diferentes ediciones.

Origen y evolución del fútbol

Los orígenes del fútbol se remontan, según opinión general, nada menos que hacia el año 1000 a. de J.C., y en tanto que unos pretenden localizar sus orígenes en el Japón, otros los sitúan en China. En uno u otro caso parece ser que el juego consistía en dos numerosos grupos de personas empeñadas en empujar hasta el campo contrario, y valiéndose de manos y pies, una especie de balón.

Sin embargo, los primeros datos concretos nos vienen transmitidos por los griegos, que nos hablan de la *esferomaquia,* deporte que se practicaba en un local cerrado y en el que intervenían dos equipos contendientes formados por igual número de jugadores. En este y otros aspectos guardaba puntos de contacto con el fútbol actual.

Más tarde son los romanos los que, al extender el poderío del Imperio sobre todo el ámbito mediterráneo, hacen suyos no sólo los dioses de la mitología helena, sino también muchas de sus manifestaciones deportivas, entre las que se encuentra la citada esferomaquia, que ellos modifican en parte y rebautizan con el nombre de *follis.* La variante más importante introducida en el juego por los romanos consistía en el empleo de un balón de cuero de notables proporciones que se golpeaba con la mano abierta o cerrada, y en cualquier caso enfundada en una especie de guantelete.

Y así podríamos seguir hablando de la difusión de este juego que pronto adquirió enorme popularidad con variantes más o menos acusadas, primero en el resto de la península italiana, y a continuación en las Galias y en las Islas Británicas, importado siempre por las Legiones romanas. En el caso de las Galias, al juego llevado por los romanos se le conoce con el nombre de *soule.*

Dejamos atrás la Edad Antigua, ya citada brevemente, y la Edad Media, que poco o nada aportó a la evolución del juego de la pelota, nos situamos en el siglo XV para descubrir que los señores de Florencia practicaban un deporte llamado *calcio,* que ya enfrentaba a dos equipos constituidos por veintidós jugadores cada uno, los cuales impulsaban con pies y manos un balón inflado.

Y llegamos por fin a la Gran Bretaña, donde el juego del balón acaba por practicarse en sus tres variantes más importantes, es decir, la *esferomaquia,* el *soule* y el *calcio,* pero donde asimismo estuvo a punto de extinguirse ante las persecuciones y castigos en que incurrían sus practicantes por la excesiva y peligrosa violencia que los contendientes ponían en el desarrollo del juego. No obstante, la misma popularidad del deporte le pone finalmente a salvo de tal peligro y en el año 1700 los estudiantes de las Islas hacen suyo el juego del balón y empiezan a perfilarse las actuales variantes del fútbol y el rugby.

La diferenciación definitiva tomó carta de naturaleza el año 1823 en la ciudad inglesa de Rugby, de la que este juego tomó su nombre. En aquella fecha quedaron bien definidas las dos características fundamentales de ambos juegos: el *rugby,* jugado con pies y manos, y el *fútbol* que por primera vez lo fue con todo el cuerpo, a excepción de manos y brazos. La primera Federación de fútbol fue la inglesa, en el año 1863, y exactamente en 1905 se constituyó en París la Federación Internacional de Fútbol Asociación (FIFA) con asistencia de ocho delegados de otros tantos países europeos: España, Bélgica, Alemania, Francia, Suecia, Dinamarca, Holanda y Suiza. Obsérvese la paradójica ausencia de Gran Bretaña en este evento histórico en el mundo del deporte, y que sólo perseguía seguir conservando para las Islas Británicas su «espléndido aislamiento» con respecto al continente.

Sin embargo, es de justicia abonar en la cuenta británica la difusión del fútbol en el mundo, pues en el apogeo de su hegemonía mundial las flotas mercantes y de guerra inglesas señoreaban los siete mares, y sus tripulaciones entretenían sus ocios en tierra practicando su deporte favorito ante la curiosidad, entre sorprendida y socarrona, de un público ocasional. Poco podían sospechar entonces, unos y otros, que a no tardar los maestros serían primero imitados y más tarde apeados de su condición de tales por sus discípulos.

Campeonatos Mundiales de Fútbol

La Federación Internacional de Fútbol Asociación decidió, en el año 1928, instituir la Copa del Mundo (o Copa Jules Rimet, en homenaje al antiguo presidente de la FIFA). En el Congreso celebrado por dicha Federación en la ciudad de Barcelona en 1929 se decidió que la primera edición tuviera por escenario la ciudad de Montevideo el año 1930, y continuara celebrándose cada cuatro años en una ciudad siempre diferente. La elección de la capital de Uruguay vino motivada por los triunfos olímpicos en la especialidad logrados por este país en los años 1924 y 1928 en París y Amsterdam, respectivamente. Ahora bien, las dificultades de desplazamiento que entonces suponía un viaje a país tan lejano para los equipos europeos hizo que esta primera confrontación registrase una asistencia muy exigua de competidores. Molesto por este hecho, Uruguay se negó a concurrir al siguiente campeonato, celebrado en Italia cuatro años más tarde.

A continuación ofrecemos un resumen general de los nueve Campeonatos Mundiales celebrados desde 1930 hasta 1970, con indicación, por este orden, del año y lugar de celebración, y países vencedor y segundo clasificado.

Año	Lugar	Campeón	Subcampeón
1930	Uruguay	Uruguay	Argentina
1934	Italia	Italia	Checoslovaquia
1938	Francia	Italia	Hungría
1950	Brasil	Uruguay	Brasil
1954	Suiza	Alemania	Hungría
1958	Suecia	Brasil	Suecia
1962	Chile	Brasil	Checoslovaquia
1966	Inglaterra	Inglaterra	Alemania, R. F.
1970	México	Brasil	Italia

(Las ediciones correspondientes a los años 1942 y 1946 no se celebraron por coincidir con los de la II Guerra Mundial.)

Con motivo de disputarse en Chile la Copa del Mundo de 1962, Hungría, que presentó uno de los equipos mejor conjuntados, emitió esta serie en la que aparecen las banderas de todos los países participantes. De izquierda a derecha y de arriba abajo: Colombia y Uruguay, Unión Soviética y Yugoslavia, Suiza y Chile, Alemania e Italia, Argentina y Bulgaria, Hungría y Gran Bretaña, Brasil y México, España y Checoslovaquia. En la final de este campeonato se enfrentaron Brasil y Checoslovaquia, venciendo el primero por 3 goles a 1. Quedó clasificado en tercer lugar Chile al ganar a Yugoslavia por un tanto a cero.


LABDARUGÓ VILÁGBAJNOKSÁG
MAGYAR POSTA
30 f
CHILE·1962
LABDARUGÓ VILÁGBAJNOKSÁG
MAGYAR POSTA
40 f
CHILE·1962
LABDARUGÓ VILÁGBAJNOKSÁG
MAGYAR POSTA
60 f
CHILE·1962
LABDARUGÓ VILÁGBAJNOKSÁG
MAGYAR POSTA
1 Ft
CHILE·1962
LABDARUGÓ VILÁGBAJNOKSÁG
MAGYAR POSTA
1 70 Ft
CHILE·1962
LABDARUGÓ VILÁGBAJNOKSÁG
MAGYAR POSTA
2 Ft
CHILE·1962
LABDARUGÓ VILÁGBAJNOKSÁG
MAGYAR POSTA
3 Ft
CHILE·1962
LABDARUGÓ VILÁGBAJNOKSÁG
MAGYAR POSTA
4 Ft
CHILE·1962



Campeonatos Olímpicos de Fútbol

A pesar de que los Juegos Olímpicos fueron restaurados por el barón de Coubertin en el año 1896, el interés mundial por la práctica del fútbol era completamente nulo en aquel entonces, y ello motivó que no tuviera lugar entre los deportes escogidos para el gran evento que se celebró en la ciudad de Atenas. Sólo en la IV Olimpíada, celebrada en Londres en 1908, se incorporó el fútbol a los Juegos, aunque la concurrencia quedó limitada a Inglaterra, Francia, Suecia, Holanda y Dinamarca.

Pese a suponerse que el ideal olímpico era el que debía prevalecer en los Juegos, fueron tantas las irregularidades en que incurrieron algunas naciones participantes en las primeras ediciones, que en la V Olimpíada, celebrada en Amsterdam, fue preciso establecer una discriminación entre aficionados y profesionales que a partir de entonces ha prevalecido hasta nuestros días.

CAMPEONATOS OLÍMPICOS

Año	Lugar	Campeón	Subcamp.
1908	Londres	Inglaterra	Dinamarca
1912	Estocolmo	Inglaterra	Dinamarca
1920	Amberes	Bélgica	Holanda
1924	París	Uruguay	Suiza
1928	Amsterdam	Uruguay	Argentina
1936	Berlín	Italia	Austria
1948	Londres	Suecia	Yugoslavia
1952	Helsinki	Hungría	Yugoslavia
1956	Melbourne	URSS	Yugoslavia
1960	Roma	Yugoslavia	Dinamarca
1964	Tokio	Hungría	Checoslovaquia
1968	México	Hungría	Bulgaria
1972	Munich	Polonia	Hungría

Campeonato Sudamericano (Copa América)

Este torneo se celebra cada vez en un país diferente de la América meridional, y su primera edición oficial tuvo efecto en el año 1917 en la ciudad de Montevideo con el concurso de sólo cuatro naciones: Uruguay, Argentina, Brasil y Chile, característica que se mantuvo hasta el año 1922 en que por primera vez intervino también Paraguay.

Pero es sólo a partir de 1937 que la concurrencia de países fue mayor, aunque el triunfo solían repartírselo, invariablemente, los equipos primates del fútbol sudamericano, es decir, Uruguay y Argen-



En la página anterior, pueden verse cuatro sellos emitidos por Chile para conmemorar el Campeonato del Mundo de 1962. En esta página, podemos contemplar varios sellos emitidos por el Principado de Mónaco para festejar el I Centenario de la primera Federación Internacional de Fútbol que se había creado en 1862. Arriba, diversos aspectos del fútbol antiguo, histórico, en cuatro sellos de bello colorido. En el centro, a la izquierda, el estadio de Wembley en Inglaterra, y a la derecha una vista de Mónaco, sello emitido en honor de la Copa de Francia 1962-1963. El equipo monegasco suele jugar en la Primera División francesa.

tina, a los que sólo mucho más tarde se sumó Brasil. En el último campeonato, celebrado en 1963 en las ciudades de La Paz y Cochabamba, ambas en Bolivia, la sorpresa corrió a cargo del equipo de este país, que terminó el torneo a la cabeza de la clasificación con 2 puntos por delante del inmediato clasificado (Paraguay) y a 4 por delante de Argentina, la gran favorita.

A partir de 1960 cobró gran interés la «Copa Libertadores de América». En su primera edición triunfó el Peñarol de Uruguay venciendo al Olimpia de Brasil. Posteriormente, han quedado varias veces campeones los Estudiantes del Plata de Argentina, el Independiente del mismo país, el Santos de Brasil y el ya citado Peñarol. Ganaron el campeonato por lo menos una vez el Racing de Argentina y el Nacional de Uruguay.





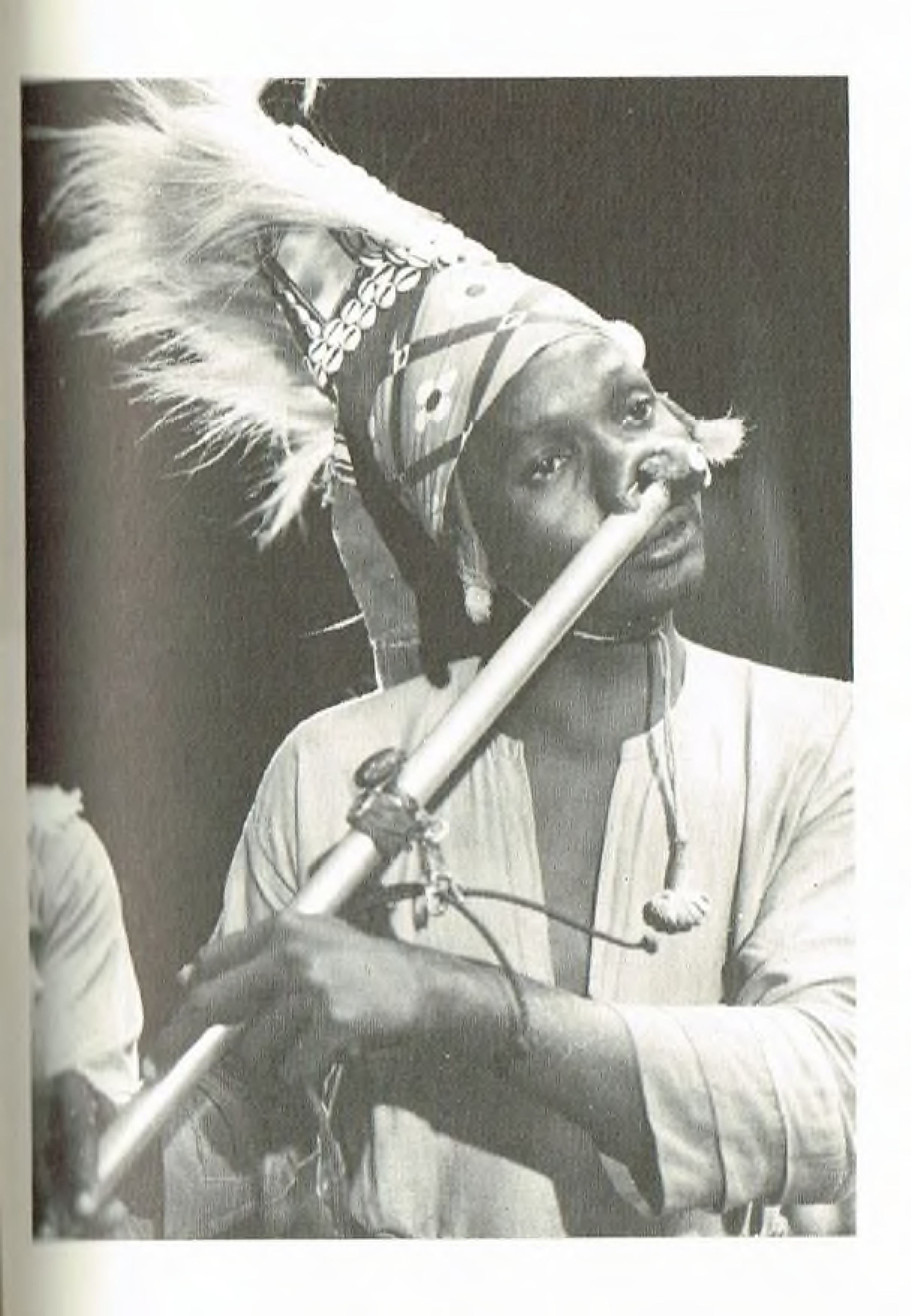
La gran afición al fútbol que anima a las multitudes de países hispanoamericanos se sintió complacida con esta emisión de sellos de Panamá, en la que se recuerda a los vencedores de las distintas versiones de la Copa del Mundo. Puede verse, debajo de la bandera de cada país, el año o los años en que resultó vencedor.



Serie albanesa conmemorativa de la Copa del Mundo jugada en Inglaterra en 1966. Ocho de los diez valores están dedicados a los ocho países que hasta el presente han sido escenario del Campeonato Mundial en las ocho confrontaciones celebradas desde su institución.



FETICHES



La humanidad ha intentado siempre hallar explicación a lo incomprensible, y justificar su ignorancia ante los fenómenos sobrenaturales. El hambre y el miedo, manifestaciones del instinto de conservación, son el origen, en el ser humano, de creencias que dieron respuestas más o menos claras a los porqués, cómos y cuándos, de los hechos racionalmente incognoscibles.

Con el tiempo, la fe abstracta del cazador prehistórico derivó a ideas simplistas y concretas en los diferentes horizontes religiosos. Hubo pueblos que se forjaron dioses a su imagen y semejanza, a los que atribuían cuanto de extraordinario sucedía en la Tierra; otros, en cambio, divinizaron a sus reyes y a sus héroes; y también los hubo que instituyeron el culto a los antepasados, el de los dioses lares y el de los penates, en cierto modo precedentes de los ídolos y fetiches.

De esa amalgama de ideas, creencias, supersticiones y ritos, nacieron las religiones. Mientras los pueblos más civilizados tendían al antropomorfismo, o sea, a imaginar a los dioses con figura humana, otros se inclinaban por el totemismo, aunque tuvieran sus propias ideas animistas y llegaran a creer en un solo dios. El animismo representaba a las divinidades como personificación de los fenómenos de la naturaleza. El animismo y el totem, aunque paralelos, fueron siempre peculiares de pueblos primitivos, ignorantes y supersticiosos.

No cabe, por supuesto, considerar al totemismo como una religión pura, sino como un conjunto de prácticas y de ritos conservadas por las tribus y, más ampliamente, por los conjuntos humanos de una misma raza y cultura, como sagrada herencia familiar. Todos los pueblos que tenían totems y tabús reverenciaban a dioses superiores, personificados en fenómenos naturales; el Sol, la Luna, el agua, el fuego, etcétera.

El totem era un objeto de la Naturaleza, generalmente un animal o una planta (a veces un mineral), en forma de ídolo o fetiche que,

en la mitología de los distintos pueblos, se adoptaba como protector o deidad benéfica de la tribu o individuo, y a veces como ascendiente o progenitor, reverenciado y considerado tabú. Este totem podía adoptar también forma maléfica. En tal caso se impetraba al ídolo y se le ofrecían sacrificios para que apartase de los hombres las enfermedades y la muerte.

El vocablo *totem* procede de dodaim, en la lengua de unas tribus de América del Norte.

La palabra *tabú,* de origen polinesio, significaba «lo prohibido». «Tabú» era la prohibición de comer o tocar algún objeto, impuesta a los adeptos de algunas religiones. Entre los pueblos primitivos era tabú una persona u objeto, por su carácter mágico o religioso. Lo tabú, pues, desempeñaba un gran papel en sus vidas, y quien no lo respetaba perdía el favor de los dioses. A la palabra tabú se oponía el vocablo *noa,* también de origen polinesio, que se aplicaba a toda persona o cosa cuyo contacto no entrañaba peligro alguno.

Había, pues, seres y objetos tabús y noas. Así, por ejemplo, entre los tabús estaban los jefes de tribus, los sacerdotes-brujos y los cadáveres; determinadas comidas y bebidas, y algunos animales y objetos. Las demás personas de la tribu, excepto las marcadas por alguna enfermedad a juicio de los curanderos, contaban entre los noas.

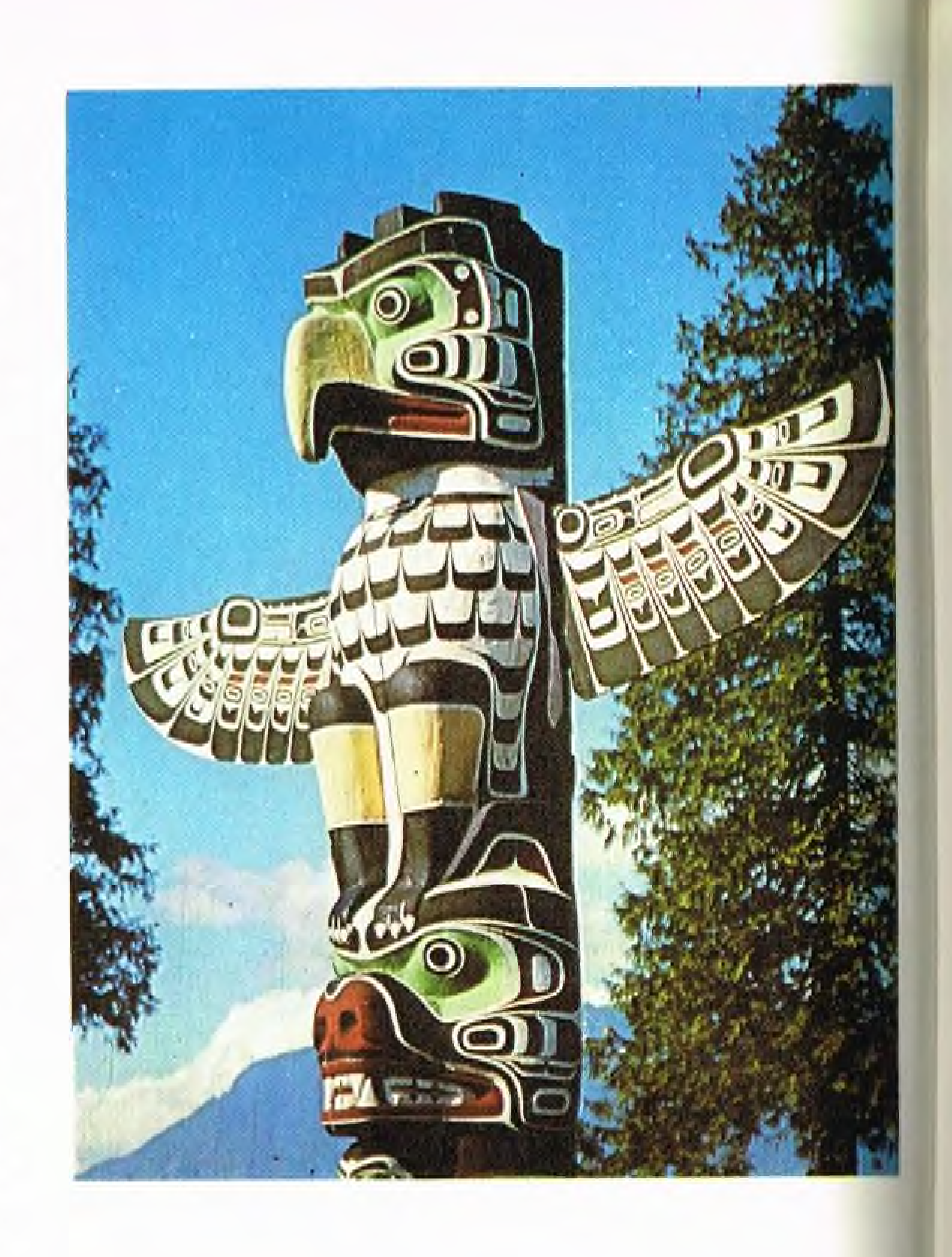
No respetar los tabús entrañaba castigos terribles y sobrenaturales, como enfermedades, la locura y la muerte. Para los jefes y sacerdotes, la infracción al tabú se consideraba un grave atentado a su persona y a su autoridad. En la mayoría de casos, no aguardaban a que las fuerzas sobrenaturales castigasen al culpable, sino que ellos mismos ordenaban someterlo a suplicio.

La institución del tabú, mezcla de magia y religión, vino del respeto y terror que los pueblos primitivos sentían por todos los actos de la vida; nacimiento y muerte, autoridad tribal, fenómenos de la generación, etc. De ahí que los totems y tabús engendrasen en el espíritu ingenuo de esos pueblos todo un sistema ritual, mezcla de brujería y fetichismo.

Los tabús regios estaban relacionados con la persona y la autoridad del rey o jefe de la tribu, quien para mantener su prestigio entre sus súbditos era considerado intocable; a veces ni siquiera se le podía mirar, bajo pena de severos castigos. Sus vestidos, los alimentos y los objetos que tocaba, eran también tabús. Idéntica sacralidad se aplicaba a su esposa y familia, y a los altos dignatarios de la tribu o corte. Los tabús sacerdotales se determinaban para dotar de autoridad y respeto a la persona de los magos o hechiceros, cuyo valor simbólico era fundamental en los ritos y ceremonias. Los tabús funerarios se referían a la prohibición de tocar los cuerpos de los muertos; los de enfermedades, para evitar contagios y epidemias; los sexuales se relacionaban con presuntas impurezas y posibles contaminaciones de la mujer, y los económicos servían para proteger la propiedad privada.

Los totems y tabús de las tribus del África negra, Oceanía, Asia y América septentrional, se apartaban de la forma primitiva de religión, conocida con el nombre de *mana,* propia de los hombres de la Prehistoria y primer horizonte religioso del ser humano.

El mana consistía en una reacción producida en los hombres por ciertos objetos que, según ellos, tenían mana, o por ciertos fenómenos naturales dotados de un «algo» misterioso. En realidad era una actitud de abstracción y de respeto ante lo incomprensible que allegaba al espíritu un cierto estado religioso rudimentario, muy alejado



El fetiche es un objeto de culto entre los pueblos primitivos que representa casi siempre a un animal, aunque también puede ser persona o cosa, y que suscita en la mente del indígena temor o veneración. Así, este poste totémico de un grupo indígena de América del Norte. Representado con pico puntiagudo y rasgos de ave de rapiña, el «pájaro del trueno» se ofrece con las alas extendidas, extrañamente sentado sobre una cabeza de oso gris al que ha dominado.

de la idea teísta de divinidades protectores. El extraño misterio que en los prehistóricos causaba el mana no podía ser explicado. El hombre que pintaba bisontes en la cueva de Altamira creyó, acaso, que lo que hacía podía serle favorable, y que sería un buen presagio para la caza, por ejemplo.

El mana terminó en el momento en que el hombre aprendió a conocerse. Lo misterioso e inconcreto del mana no podía satisfacer su curiosidad, y debió pensar que los poderes atribuidos al mana debían ser obra de alguien o de algo tangible. Desde esta idea, poco le faltó para pasar al animismo, mientras que los totems y tabús no aparecían, en el horizonte religioso, hasta el apogeo de las mitologías, cuando los hombres crearon los dioses a semejanza suya y los materializaron en estatuas e ídolos.

Los psicoanalistas, como Freud, Reinach y Frazer, han señalado que la magia sin mezcla, o sea, sin contacto con ningún género de religión, agrupa por igual el totem y el tabú. Pero dicen que en el totem hay sólo magia simpática, de afirmación: por ejemplo, cuando el ídolo o fetiche protege la vida de un individuo o cuando le permite obtener una buena caza. Por el contrario, en el tabú hay magia negativa, o prohibitiva, porque trata de evitar un determinado efecto: un mal de ojo, una maldición, la impureza o la muerte. Así habría, pues, días tabú, gestos tabú, animales tabú, palabras tabú y objetos tabú.

Según Freud en su obra *Totem y tabú,* existían numerosas tribus salvajes que se creían descendientes de un animal. Con ello el totemismo aúna la creencia en el totem con la metempsicosis.

Salomon Reinach decía que el totem era una hipertrofia del sentimiento asociativo en el salvaje. Los grandes caudillos de una tribu, antes de morir se daban nombres de animales, como León Fuerte, Ojo de Buey, Gran Oso, y con ello inculcaban a sus descendientes un sentimiento de veneración y de respeto a los seres irracionales que se convertían en totems y en tabús, que hallamos con preferencia entre los negros africanos, indios de América e indígenas de Oceanía, aunque también en las mitologías asiáticas — hindú, china y japonesa — podríamos encontrar el culto a ídolos y fetiches considerados deidades protectoras.

Otras dos representaciones totémicas en las que se reproduce el mismo tema con pequeñas variantes de color o de detalle. En el bello ambiente de una zona boscosa, estos «pájaros del trueno» debían inspirar a los aborígenes profundos sentimientos religiosos, ya que significarían, fundamentalmente, su deseo de verse libres de los posibles ataques del terrible oso gris, su enemigo natural, que les haría la vida imposible al privarles de entregarse a la caza, necesaria para su sustento.

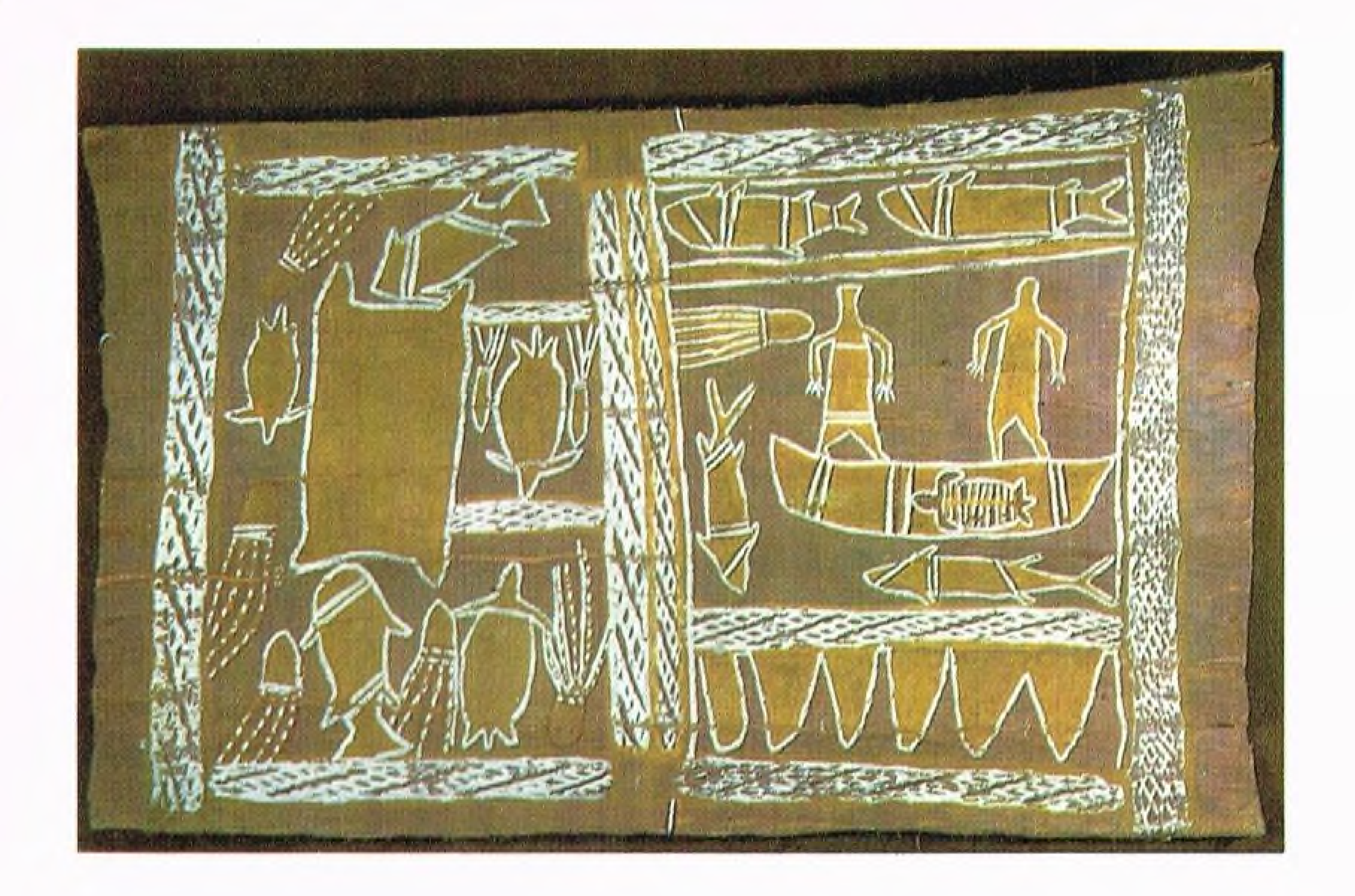


África negra

En la mitología africana de los pueblos de raza negra podemos mencionar una serie de totems y de tabús relacionados con espíritus, ídolos, fetiches, amuletos, talismanes, así como con ritos y ceremonias sobre objetos intocables.

Los quojas, pueblos del interior de Guinea, daban a los espíritus de los muertos el nombre de *jannanins* y creían que estos espíritus, a los que materializaban en forma de ídolos de animal, cuidaban particularmente de sus parientes y de sus amigos, y los protegían en las ocasiones peligrosas. Los jannanins eran tabús; el incrédulo, o el que no respetaba su poder, se exponía a graves castigos aplicados por los brujos de la tribu.

Los negros del Congo tenían un ídolo al que reverenciaban, llamado *kossi* o *mokisso.* Consistía en un saco lleno de tierra blanca y guarnecido exteriormente de cuernos, colocado en una capilla alzada en una pequeña choza rodeada de bananas. Los individuos de la tribu decían que el kossi les preservaba del trueno, provocaba las lluvias en la estación conveniente, y presidía la pesca y la navegación.



La principal riqueza de muchos pueblos de las islas de Oceanía radica en la pesca. Por ello nada tiene de extraño que consideraran a los peces como seres totémicos, origen de ellos y base de su alimentación. Aparecen en este trabajo varios habitantes de las aguas, así como una barca sobre la que se mantienen de pie dos hombres. Es curioso advertir que en esta barca figura representada también una tortuga, animal que igualmente podría ser considerado como propicio a la vida de los pueblos polinésicos.

Otro totem de los negros del Congo, que aunque distinto del anterior tenía el mismo nombre, era el *mokisso* o *makemba,* utilizado para proteger la salud del rey de la tribu, y adorado bajo la figura de una estera, cuya extremidad superior estaba bordada con una banda de seda, de la que pendían pequeños canastillos, plumas, conchas, cañoncitos de hueso, campanillas y otros objetos semejantes pintados de rojo.

Una de las singularidades más notables de las fiestas que se daban en su honor, para tenerlo propicio, era que el sacerdote, llamado *ganga,* mojaba un hisopo en un licor encarnado y luego rociaba con él al monarca de la tribu y a los altos dignatarios de la corte.

Los negros de Loango creían que su mokisso podía castigarlos, y hasta quitarles la vida si no cumplían sus obligaciones con la tribu y con los jefes y sacerdotes. Cuando un hombre vivía feliz y tranquilo significaba que estaba a bien con el mokisso. Si, por el contrario, estaba enfermo o sufría algún percance grave, se debía a la cólera del mokisso. En este caso examinaban el momento en que podían haberle ofendido y hacían todo lo que estaba a su alcance para reconquistar su protección. Era como un examen de conciencia, que separaba los actos buenos de los malos.

Las figuras que representaban estos mokissos eran de madera o de piedra; unas se hallaban en los templos y otras — la mayoría — en las calles y caminos. Algunos de los mokissos se adoraban bajo la figura de cuadrúpedos o de aves. El mokisso de Tirico era el más venerado; el de Kikokoo presidía los mares, prevenía las tempestades y hacía llegar felizmente las naves a puerto.

En Mymie se veneraba otro mokisso, en forma de cabaña, a la cual daban sombra algunos árboles. El mokisso de Coffi era un saquito lleno de conchas para la adivinación. En cuanto al mokisso de Kimaya consistía en unos fragmentos de olla, sombreros y gorros viejos. El de Moanri era una olla puesta en tierra, en un hoyo, entre dos árboles sagrados, y los ministros de su culto llevaban brazaletes de cuero rojo.

Los negros angoleños atribuían a sus *nuquixis* (fetiches de madera groseramente esculpida) el don de apartar la mala suerte. Los ne-

gros sudaneses, aunque conservaban creencias animistas, tenían infinitas supersticiones y numerosos fetiches.

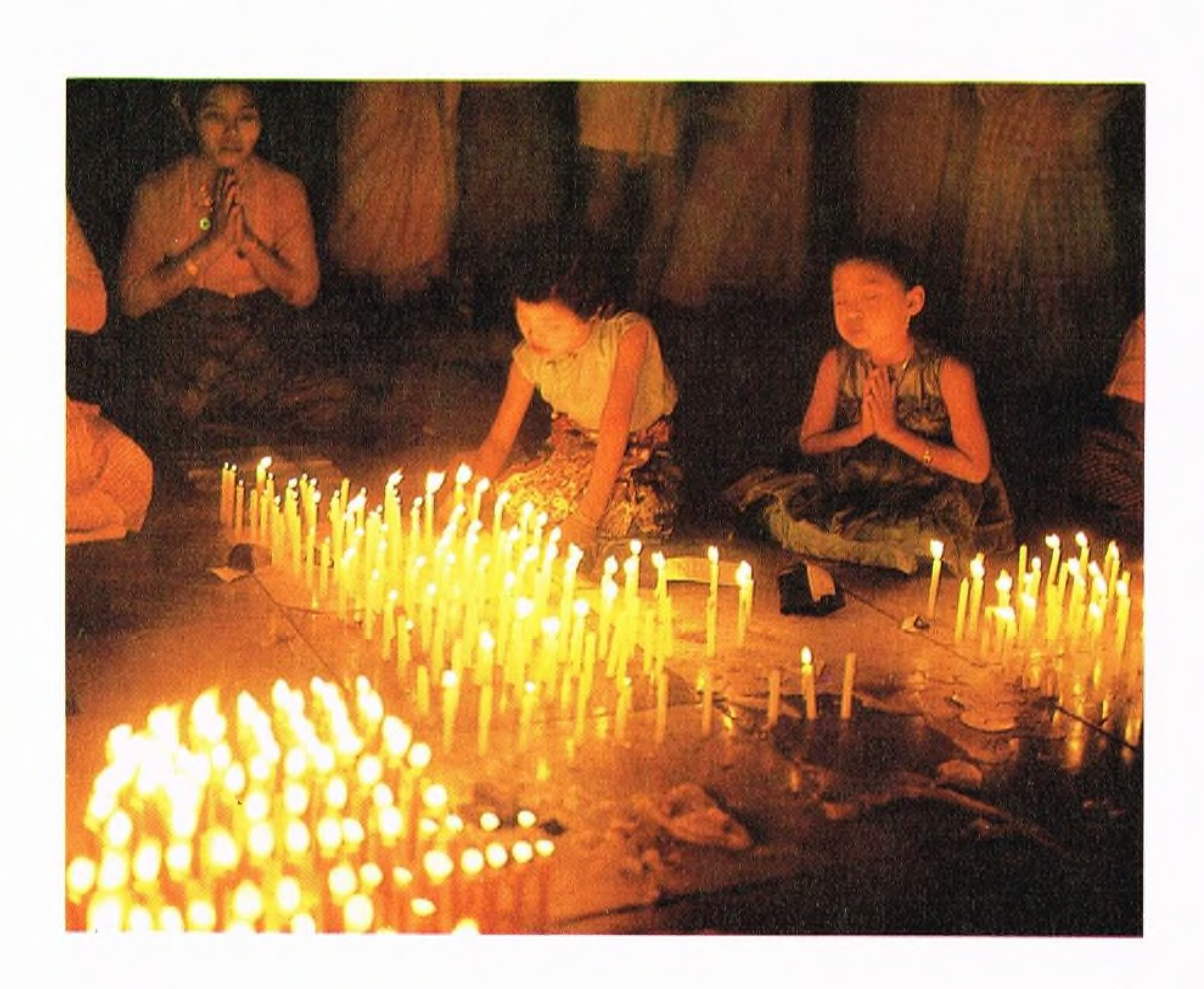
La religión de los negros africanos no pasó, pues, de la fase primitiva. El culto a los fenómenos de la Naturaleza era la regla general, y aunque no se oponía a admitir una causa o dios supremo, lo que imperaba en su mundo espiritual era el fetichismo y la idolatría, la confianza en la brujería, en la magia y en la eficacia de los amuletos y talismanes.

En los pueblos de raza negra existían ciertos totems empleados no como divinidades, sino como víctimas propiciatorias contra la furia de la Naturaleza. En este caso, el totem se consideraba tabú por su servicio a una tribu o individuo. Así ocurría en el cabo Lorso, de la costa de Guinea, cuyos habitantes inmolaban todos los años una cabra sobre una roca avanzada en el mar. Este animal era el principal fetiche de la región y reverenciado hasta su muerte. El sacerdote que realizaba el sacrificio comía una parte de la víctima y arrojaba el resto al mar, que era precisamente la divinidad tutelar del reino.

La invocación ante la víctima iba acompañada de posturas y contorsiones por parte del sacerdote-brujo. Terminada esta parte del rito, el mago anunciaba la estación y los días más favorables para la pesca, asegurando que el fetiche inmolado (la cabra) le había transmitido tales datos y auspicios favorables antes de su muerte, de forma que ningún pescador dejaba de agradecer el aviso con un regalo.

El prestigio de las cabras como totems protectores aumentaba año tras año.

Los habitantes de Maiamba, provincia de Loango, adoraban una divinidad llamada *Maramba,* a la que se consagraban desde los doce años de edad. En el momento de cumplidos se presentaban al jefe de los sacerdotes, quien los encerraba en un lugar oscuro y les hacía observar un largo ayuno como purificación de su cuerpo y su



Es general en muchas religiones, incluso en las más elevadas, relacionar la luz con el culto. Y este acto de encender luz continúa llevándose a cabo mediante procedimientos primitivos, a pesar de los progresos habidos en este campo. En la ilustración, puede verse una prueba de ello. Se trata de un acto litúrgico en una pagoda de Rangún, en Birmania. Numerosas velas encendidas prestan el marco adecuado a los fieles que rezan adoptando la misma actitud piadosa que es general en casi todos los cultos.

alma. Al cabo de un tiempo, quizá dos semanas, el sacerdote los dejaba en libertad, si bien aún debían permanecer en sus casas tres días, en absoluto silencio, para no ser contaminados, de acuerdo con el rito tribal. De incumplir esta condición, no podían ser admitidos en las ceremonias de la tribu y eran indignos de pasar otra prueba y de servir al Maramba.

Si, por el contrario, cumplían con el ayuno y el silencio, los novicios eran conducidos por el sacerdote a presencia del ídolo. El mago practicaba en las espaldas de los pretendientes dos incisiones en forma de media luna, y les exigía juramento de fidelidad absoluta por la sangre derramada. Luego les ordenaba, en nombre de Maramba, que se abstuvieran de comer ciertos manjares, y les prescribían una serie de ritos a observar escrupulosamente si no querían ser castigados con alguna enfermedad maligna, antesala de la muerte. Como distintivo de haber sido aceptados, los sacerdotes colgaban del cuello de los neófitos una cajita que contenía algunas reliquias del ídolo.

Los negros de Angola y del Congo también adoraban esta divinidad. El Maramba estaba en un templo, dentro de un canastillo en forma de colmena. Este ídolo era totem protector en la caza y la pesca, y para curar enfermedades. También protegía a los sospechosos de crimen si es que eran inocentes. El acusado se arrodillaba a los pies del ídolo, lo abrazaba con respeto y pronunciaba las siguientes palabras: «Oh, Maramba, tu servidor quiere justificarse ante ti». Si el suplicante era realmente culpable, los negros estaban convencidos de que moriría allí mismo, repentinamente. Si era inocente, si no moría, era puesto en libertad.

Los negros de estas regiones acostumbraban a llevar alrededor del cuello o del brazo izquierdo la imagen de Maramba, como amuleto que los protegiera en la paz y en la guerra.

En los combates, el ídolo era colocado a la cabeza de los ejércitos para tenerlo propicio; en la victoria, se le ofrecía simbólicamente, en acción de gracias, la primera copa de vino escanciada en el banquete real.

Para los idólatras del Congo, el principal fetiche, entre las aves, era la perdiz, a la que se consideraba tabú sagrado, hasta el punto de que si la pata de una perdiz muerta tocaba algún alimento los congoleños preferían morir de hambre antes que probar un bocado. Otro ídolo considerado totem era el *pongo,* formado por una canasta llena de trapos y de bagatelas, al que se consagraba con ritos mágicos.

Los negros de la Costa de Oro daban el nombre de *anansia* a una enorme araña que tenían por totem y tabú. Le atribuían la creación del hombre, y la veneraban como divinidad protectora de la familia.

Con el nombre de *angat,* los habitantes de Madagascar designaban al Mal Principio y le reservaban una parte de las víctimas que ofrecían al Buen Principio. Al primero lo representaban con figura de una serpiente, pues creían que, por su crueldad, debió de tomar la forma de este reptil. Para evitar consecuencias funestas, el angat era intocable.

Los negros de Guinea consideraban fetiches a sus divinidades, a las que atribuían los acontecimientos prósperos, y en su honor hacían libaciones de vino de palmera. El primer objeto que atraía la atención de los individuos de la tribu, por ejemplo, una mosca, un pájaro, un león y, especialmente, una serpiente, pasaba a ser también un fetiche o divinidad tutelar. Tenían, además, los negros de Guinea unos pequeños fetiches, fragmentos de metales o de conchas, por ejemplo, que llevaban colgados del cuello o del brazo.

Tampoco es raro el empleo del tatuaje en ciertas formas de culto. La ilustración presenta una ceremonia religiosa en un templo japonés. Los dos personajes de primer término van profusamente tatuados en su semidesnudo cuerpo. Y una de las figuras reproducidas en su espalda es un rostro humano dotado de grandes y arqueadas cejas que recuerdan otras imágenes abundantes entre los fetiches a que son dados todavía gran parte de los habitantes de aquellas islas.



En los días festivos se reunían alrededor de un árbol sagrado, llamado «árbol de los fetiches», al pie del que colocaban una mesa adornada de ramas y provista de cuencos con vino de palmera y de arroz, y pasaban la jornada bailando al son de un tambor. El sacerdote-mago, entre tanto, sentado cerca de aquella especie de altar hacía ofrendas para implorar su protección de los objetos totems. Luego, con un canutillo, vaciaba un poco de licor, de un vaso en el que había una serpiente, y rociaba con él a los asistentes. El árbol quedaba así confirmado como protector de la tribu y pasaba a ser totem y tabú, además de servir de oráculo al que se consultaba en las ocasiones importantes. El ceremonial de estas consultas consistía en formar una pirámide de ceniza en la que el sacerdote plantaba una rama del árbol totem, que regaba con sumo cuidado.

Una enorme roca, llamada *Tabra,* era el fetiche del Cabo Corso, al que rendían honores los habitantes de la región.

Otro tabú muy observado en el Congo se relacionaba con la bebida. Nadie debía beber sin antes ofrecer una oblación a su principal fetiche, que solía ser un colmillo de elefante. De esta suerte creían los negros alejar de la tribu los espíritus de las enfermedades malignas. Tal creencia estaba relacionada con las epidemias debidas a las aguas en malas condiciones.

Ídolos del Congo considerados fetiches por las tribus respectivas, eran los *kissi* y los *bombo,* reverenciados con danzas y ceremonias. Estos ídolos de madera o de piedra eran deidades protectoras y se colocaban a la entrada de las chozas.

El prestigio que tenían los totems entre los negros de África se debía, en gran parte, a la creencia de la metempsicosis, o doctrina de la transmigración de las almas. Los nativos de Guinea creían que las almas de sus padres pasaban a los lagartos, insectos y otros animales. Al verlos aparecer cerca de sus casas decían que eran sus parientes que regresaban al hogar para divertirse y danzar con ellos. Por tal motivo eran incapaces de matar a uno solo de estos animales. Esta creencia tabú, tan difundida en el África negra, hacía que se aceptase el totem en forma de animal sin el menor reparo y como algo lógico, dada la ingenuidad de los indígenas.



Ha pasado ya a ser un tópico los adornos de plumas que llevaban en la cabeza muchos indígenas de la América del Norte, antes de la llegada de los europeos. No hace falta mucha imaginación para comprender que se trata también de una práctica totémica, ya que precisamente serían plumas de un animal totémico las que emplearían. Tal es el caso de este jefe «piel roja», cuya cabeza viene decorada con numerosas y regulares plumas de águila, animal que acaso le sirviera como sobrenombre.

América del Norte

Las creencias de los indios de la América septentrional, como las de los negros africanos, se caracterizaban por su elevada dosis de totemismo, con los inevitables tabús. En el fondo, los indios de la época precolombina eran profundamente animistas; en todo objeto o ser de la Naturaleza, animal, planta o roca, suponían que se ocultaba un espíritu, favorable u hostil. De esta creencia innata derivaba su fetichismo, su adoración por los totems que, como siempre, estaban al servicio de su temor y su esperanza. La mayoría de ellos tenían la forma de animal, y entre los más considerados figuraban el perro y la serpiente.

Según los indios norteamericanos el totem no era otra cosa que el genio bueno que velaba por cada hombre, o ángel guardián, y que, a veces, designaban con el nombre de *Manitú.* Había numerosos manitús, distintos en cada tribu; pero, por encima de todos, estaba el llamado *Gran Manitú,* a quien consideraban el Ser Supremo.

Este totem-genio, que podía ser manitú o cualquier otro fetiche o ídolo según las creencias de cada tribu, se encarnaba en el cuerpo de un animal. Una vez conocida la modalidad de encarnación, era

preciso abstenerse de dar muerte al animal elegido y de maltratarlo, por ser tabú. En el caso contrario el individuo se exponía a una larga serie de infortunios.

Los nativos de la América septentrional tenían en gran veneración un instrumento llamado *calumet* que utilizaban en sus ceremonias civiles y religiosas. El calumet era una gran pipa de mármol rojo o blanco, semejante a un hacha, de la que el chupador, muy largo, era de caña adornada con plumas de colores y con varias trencillas de cabellos de mujer. A veces se le añadían dos alas, con lo que el calumet se parecía al caduceo de Mercurio o a la varilla que llevaban los embajadores de la paz, en otros tiempos.

Hay mucha diferencia entre el calumet, o pipa de la paz, y la de la guerra. El primero era de color encarnado; el segundo, de una mezcla de blanco y pardo. Las tribus indias tenían en gran veneración al calumet, al que consideraban como una especie de totem y de talismán, un don precioso que el Sol hizo a los hombres, por lo que era el símbolo de la paz, el sello de todas las empresas y los negocios importantes y de las ceremonias públicas.

Los indios de Illinois exponían los manitús en sus cabañas y les rendían sacrificios de perros y otros animales que no fuesen tabús, de acuerdo con el consejo del hechicero de la tribu. Los guerreros llevaban al manitú en una estera y lo invocaban en los combates para alcanzar la victoria sobre sus enemigos. Los manitús podían considerarse análogos a los mokissos y fetiches de los pueblos africanos.

Los indios iroqueses tenían un fetiche especial, el *oiarou,* especie de talismán que otorgaba a su poseedor la facultad de trasladarse con rapidez a cualquier sitio o transformarse en otro ser.

Oceanía

En las mitologías de Oceanía se hallaba muy extendido el totemismo, con la consiguiente proliferación de tabús. Como en otros países de civilización primitiva, la religión era una mezcla de magia y de creencias animistas. La mayoría de sus dioses, y de sus divinidades de segundo orden, eran representaciones de fenómenos naturales.

La gran variedad de pueblos que integraban Oceanía, sin contar Australia y Tasmania, hacen casi imposible una enumeración exhaustiva de sus cultos respectivos.

La idea totemística en las islas de Oceanía, arraigada como rito ancestral, se basaba en la creencia de que existían lazos de parentesco entre el clan familiar y un animal (totem). Los habitantes de las Molucas tenían fetiches, llamados *Mamakons*, protectores contra los espíritus de las tinieblas, que llevaban en los combates para tenerlos a su favor y obtener la victoria. Otra divinidad en forma de ídolo, reverenciada en las islas Hawai, recibía el nombre de *Mau.*

Los *Nitoés* eran los genios buenos de las islas Molucas. Para tenerlos propicios, los indígenas se colocaban junto a ellos, y mientras unos comían, otros danzaban a los sones de un tambor. Los indígenas de las islas Hawai daban el nombre de *Pelé* a una imagen de piedra considerada diosa de los volcanes. Las fiestas en su honor se celebraban en las proximidades del cráter del Kerouia. El pueblo de las Maldivas adoraba a unos seres sobrenaturales denominados *Tavides,* que servían a los efectos de totems protectores y preservaban de enfermedades.

Bajo estas líneas: en Nueva Zelanda subsiste la práctica de colocar pequeñas figuras totémicas, como éstas, en las puertas de entrada de las fincas, para que las protejan de cualquier mal. En la página siguiente, arriba: otro totem, éste de caracteres aterradores y también perteneciente a Oceanía. Se trata de una imagen monstruosa, con las cuatro extremidades en forma de espiral y que parece proteger a la pequeña figura de la parte inferior. Abajo, los reyes de Tailandia realizan un viaje ritual. Para llevarlo a efecto, utilizan esta canoa vagamente parecida a una góndola, cuyo detalle principal es la cabeza de dragón, de origen totémico, con que viene adornada la proa de la nave.





Los *Ti,* y los *Te,* eran verdaderos dioses lares entre los tahitianos, como totems malos o buenos. Cada familia adoptaba uno de cada clase: adoraba al bueno para sentirse protegida, y al malo para tenerlo propicio.

Los tabús o prohibiciones eran frecuentes en Oceanía. Una persona u objeto *noa* podía convertirse en tabú por el simple contacto de un impuro o por tocar cosa o persona sagrada. El suelo donde un jefe o sacerdote ponía el pie podía ser tabú, lo que ocurría con mucha frecuencia en Tahití.

Los nativos de Oceanía, al igual que los indios de América creían en los totems con fanatismo, imaginando que con ello llegarían a poseer sus cualidades. Esta suposición presenta analogías con el canibalismo o antropofagia entre los negros africanos que suponían que, al comerse a un enemigo, heredarían su valor y su destreza. Entre los ritos totémicos practicados por los salvajes de Oceanía pueden citarse el vestirse con la piel del animal totem, el llevar máscaras y plumas, el pintarse, tatuarse y mutilarse, con objeto de llegar a parecerse lo más posible al totem antepasado.

India

En la mitología hindú no puede hablarse con propiedad de totems y de tabús, aunque existan en las innumerables sectas religiosas una serie de ritos y disposiciones con notables puntos de identidad.

Entre los ídolos protectores asimilados a totems figuraba el *Kesora,* adorado en la famosa pagoda de Jaganat. Tenía dos diamantes en lugar de ojos y, sobre el cuello, un tercer diamante que bajaba hasta el estómago. Este ídolo era muy semejante al mono, y se le frotaba continuamente con aceites odoríferos que lo ennegrecían. La estatua que lo representaba se instalaba sobre una especie de altar rodeada de grillos. Nadie podía tocarla, como no fueran los sacerdo-

tes encargados de su culto. Era fetiche protector y alejaba del creyente todas las enfermedades.

Otra particularidad notable de algunas sectas religiosas hindúes era su creencia en la transmigración de las almas, lo que, en consecuencia originaba numerosos tabús. La metempsicosis nacía del afecto que sentían los hindúes hacia los animales. Si alguien tenía un buey o una vaca que, por enfermedad o vejez, se veía obligado a matar, no faltaba quien se lo comprara para instalarlo en un hospital fundado al efecto. Debido a este sentimiento, los creyentes daban cada año un solemne banquete a todas las moscas de la casa. Los manjares consistían en un plato de leche azucarada que ponían sobre el piso o sobre una mesa. Algunas veces, al ir de paseo llevaban consigo un saco de arroz, que arrojaban a puñados en los hormigueros. Su ternura no se limitaba a proveer de sustento a los animales; además, se complacían en adornarlos como sus propios hijos, y ponían en las piernas de una vaca o de una cabra anillos de diferentes metales. Se dice, también, que llevaban su culto a la creación divina adornando del mismo modo los árboles frutales.

Entre los animales tabús más respetados de la India podemos citar la vaca y el elefante que se consideraban sagrados e intocables bajo pena de graves castigos.

China

En las religiones chinas lo más destacado era el culto a los ídolos, o fetiches, reverenciados como deidades protectoras, aunque no en el sentido de totems con figuración o representación de animales o de antepasados. Sin embargo, puede hablarse de ciertos ídolos que por sus características ofrecen similitud con los totems. Uno de ellos es el *San-Pau,* idolillo de tierra cocida o de metal, que se llevaba pendiente del cuello como protección de cualquier peligro.

Cuando los chinos trataban de emprender un negocio importante colocaban en el hueco de un bambú varios bastoncitos, consagrados, señalados y numerados. Arrodillados ante el altar procedían a sacudirlo hasta que caía alguno de los bastoncitos cuya señal se examinaba interpretándola según las claves contenidas en un libro que el sacerdote leía.

Los chinos tributaban cierta clase de culto a los dragones; los representaban en sus vestidos, en sus libros y en sus cuadros y, además, en estatuillas o ídolos. El dragón, en parte, era autor de su felicidad; creían que disponía de las estaciones del año y que a su voluntad caía la lluvia y retumbaba el trueno, y que todos los bienes de la Tierra estaban confiados a su vigilancia. Aunque no en rigurosa forma totemística, podríamos considerar al dragón como un ídolo protector, reverenciado de forma equivalente a la de totem y tenido por tabú.

Japón

En la mitología japonesa ocurría algo similar a lo que en la china: el culto a los ídolos, pese a que no fueran totems en la acepción que en otros pueblos, y la existencia de numerosos tabús que afectaban al rito: animales intocables, prohibición de ciertas comidas y bebidas, ciertas disposiciones tabú referentes al emperador y a los altos dignatarios. La vajilla en que comía el Mikado era sagrada, así como su persona, a la que ni siquiera se podía mirar de frente.



El empleo de caretas puede incluirse igualmente entre las prácticas totémicas, habida cuenta de que éstas representan siempre algo de un modo simbólico, y muchas veces están relacionadas con animales. En la ilustración se ven dos monjes tibetanos en un acto litúrgico enderezado a expulsar el mal. De ahí el aspecto terrorífico de las máscaras y los látigos de que van armados para proceder a la saneadora operación de liberar de espíritus malignos a los hombres.

Entre los objetos más venerados en el Japón, a los que se atribuían grandes virtudes protectoras, estaban los *ofarai,* que los sacerdotes, en los templos, vendían a los peregrinos. El ofarai era una pequeña caja de madera ligera y delgada, poco más larga que ancha, o casi cuadrada, que contenía muchos pedacitos alargados de madera, algunos envueltos en papel blanco, que simbolizaban la pureza de alma del peregrino. A un lado de la caja se leía la inscripción *Dai Singu,* que significa «el gran dios». En el lado opuesto, el nombre del sacerdote que entregaba el ofarai. El peregrino recibía la preciosa caja con emocionado respeto, se la colocaba sobre el ala delantera del sombrero y, para que su peso no la hiciera caer, ponía otra caja en el ala posterior. Al llegar a su casa instalaba, respetuoso, el ofarai en un estante emplazado en el lugar más aseado. Si encontraba un ofarai en la calle o en un camino lo recogía cuidadosamente y, para que no fuera profanado, lo ocultaba con todo celo en el hueco de un árbol.

Se atribuían a estas cajas grandes virtudes, pero su mérito disminuía con el tiempo, pues su vigencia como talismanes sólo duraba un año.



Una nueva versión del «pájaro del trueno» anteriormente citado, en el que creen los indígenas habitantes de la costa pacífica de América del Norte. El ave protectora muestra, como siempre, su aspecto feroz para ahuyentar al enemigo y reposa sobre los seres a quienes extiende su amparo o a los que pretende inutilizar. En este caso aparece sobre una figura humana, y toma la forma igualmente de poste totémico levantado para que se beneficie una amplia comarca con su permanente exposición.



SIMON BOLIVAR, el Libertador

Agosto de 1805. Simón Bolívar acababa de cumplir 22 años cuando en compañía de su antiguo preceptor, Simón Rodríguez Carreño, subió al monte Aventino, una de las siete colinas de Roma a la que, en el año 493 a. de J.C. se retiró la plebe dispuesta a levantar una nueva ciudad si los patricios no atendían a sus peticiones. En la mente de Simón Bolívar bullían los recuerdos de la antigua Roma, mezclados con la imagen de los impresionantes sucesos de que acababa de ser testigo en Europa. El año anterior presenció la solemne coronación de Napoleón I bajo las bóvedas de Notre-Dame. Y aquel mismo año asistió a la repetición del hecho en Milán. No es que le deslumbrara la esplendorosa figura del corso triunfante, pero sí admiraba la meteórica carrera del general francés, sólo catorce años mayor que él.

Asomaba el Romanticismo en la Literatura y en la Política. Presionado por su educación «enciclopédica», las ideas románticas, los recuerdos de la Antigüedad y los sorprendentes hechos que se desarrollaron en Europa, Simón Bolívar tuvo un gesto teatral: en la cima del Aventino, un cálido atardecer de agosto, juró dedicar su vida a lograr la total independencia de la América española. En este acto simbólico se inicia la actuación política y militar del que sería conocido como el «Libertador».

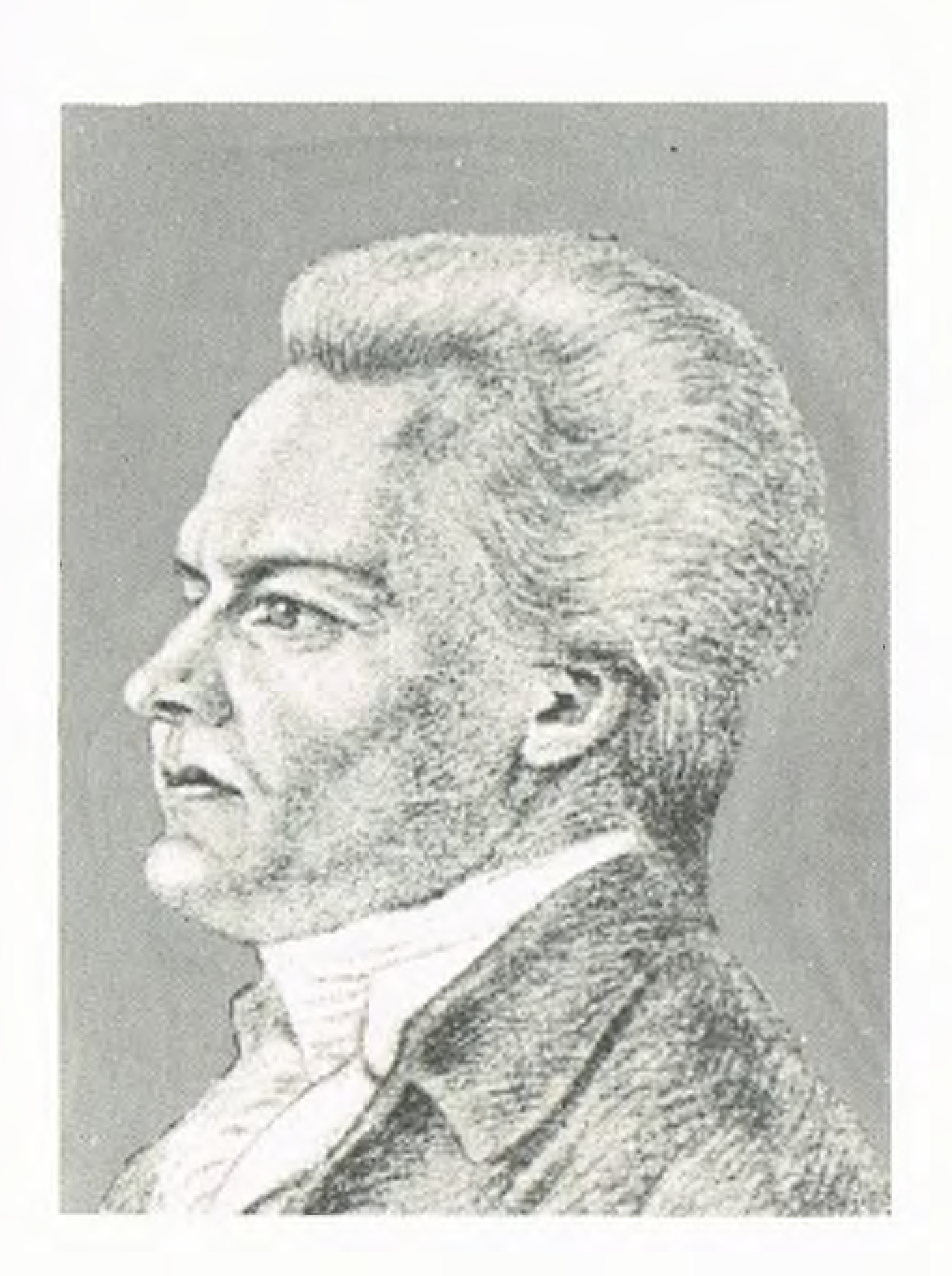
La vida de Simón Bolívar había transcurrido hasta entonces por senderos fáciles, como la de cualquier otro criollo rico. Nacido el 24 de julio de 1783, descendía de una familia vasca establecida en América hacía ya ciento setenta y un años. Poco tiempo pudo gozar Bolívar de una verdadera vida familiar ya que su padre murió cuando él contaba sólo tres años, y acababa de cumplir los diecinueve cuando perdió también a su madre.

Su preceptor fue el citado Simón Rodríguez, hombre tenido por estrafalario, apasionado de la «Enciclopedia» y, en particular, de las ideas propugnadas por Rousseau. Gustaba alardear de la libertad moral de la nueva filosofía, practicándola incluso en su vida familiar. Casado con una indígena de la que tuvo dos hijos, al marcharse ésta con uno de sus amigos, Simón Rodríguez escribió al amigo: «Devuélvemela, porque la necesito para lo mismo que tú».

A los 16 años realizó Bolívar su primer viaje a Europa, a España precisamente. Era entonces subteniente en su país y en Madrid hizo vida de corte, llegando a conocer al futuro Fernando VII, entonces príncipe de Asturias, con quien jugaba partidos de pelota. A los 18 años se enamoró de María Teresa Rodríguez de Toro, un año mayor que él, y en mayo de 1802 se celebraba la boda, tras cuya ceremonia marchó a Caracas con su esposa.

Poco iba a durar a Simón Bolívar su felicidad. En 1803, a los 21 años moría María Teresa. La muerte de su esposa decidió su porvenir. Había llegado a América soñando con establecerse en aquellas tierras y con llevar la vida de un estanciero adinerado, pero aquella desgracia le impulsó, en primer término, a llenar su existencia con un alto ideal, el patriótico, y, en segundo, a evadirse de su dolor con una vida sentimental desordenada, que le acompañaría para siempre.

El mismo año de la muerte de María Teresa volvió a España. Desembarcó en Cádiz y allí comenzó su trayectoria política, afiliándose a la logia masónica Láutaro, cuyo propósito fundamental era lograr la independencia de la América hispana. Al año siguiente, 1804, fue a París donde conoció a Alejandro de Humboldt y presenció, como se ha dicho antes, la coronación de Napoleón. En 1805 se perfilaba ya en su corazón el deseo de dedicarse íntegramente a la emancipación de su patria.



Partícipe activo en la Revolución francesa, en cuyos ejércitos alcanzó el grado de general, su actuación en ella señaló el rumbo que había de seguir la vida de Francisco Miranda (1750-1816), el insigne venezolano de rostro enérgico que aparece sobre estas líneas. Conspirador perpetuo, organizador de expediciones liberadoras de la América hispana, el Precursor vino a morir tristemente en una cárcel de San Fernando (Cádiz, España). En la página anterior, la más ilustre figura de la independencia americana, Simón Bolívar (1783-1830), el Libertador, por antonomasia. Con su gesto napoleónico, Bolívar dio ejemplo de entrega total a un ideal romántico.

Las primeras tentativas y el desastre de 1812

En 1807 Simón Bolívar había regresado a América, y nada parecía indicar que el joven criollo alentara idea alguna de rebelión. Se dedicó a cuidar de su hacienda, pero estaba relacionado con un grupo de ricos criollos llamados *mantuanos,* quienes le enteraron de las tentativas que, aquel año y el anterior, en pro de la independencia de Venezuela había llevado a cabo Francisco Miranda, llamado el «Precursor», quien contaba por aquel entonces 57 años de edad. Los proyectos de Miranda fracasaron, precisamente, por la recelosa actitud de los *mantuanos,* que le estimaban demasiado ligado a los ingleses, de quienes creían que era un simple agente.

En abril de 1810, el grupo *mantuano* aprovechó los sucesos que ocurrían en España — guerra de la Independencia, formación de Juntas Provinciales —, para constituir, a su vez, una «Junta Suprema conservadora de los derechos de Fernando VII», que fue el primer acto de la emancipación de Venezuela.

Bolívar, ya coronel, fue enviado a Londres para tratar con Miranda y con los ingleses del necesario apoyo a los criollos revolucionarios. El gobierno inglés se mostró reticente porque en aquel tiempo necesitaba de España para luchar contra Napoleón. Miranda accedió a regresar a América, en seguida. Bolívar volvió también y, ya en su patria, los dos libertadores reunieron un Congreso General que declaró la independencia de Venezuela el 5 de julio de 1811, y proclamó una Constitución de carácter federal.

La alegría de Bolívar y de Miranda estaba destinada a durar poco, a causa de una afortunada campaña militar del realista Domingo de Monteverde, a la que ayudó el terremoto que el 26 de marzo de 1812, día de Jueves Santo, destruyó Caracas, La Guaira y otras ciudades, y causó 20 000 víctimas, mientras respetaba las tierras por las que marchaban los soldados españoles, camino de Barquisimeto.

Miranda, atemorizado por la catástrofe, solicitó la capitulación, pero cuando trataba de embarcar en La Guaira fue entregado a Monteverde por un grupo de oficiales criollos entre los que estaba Bolívar. El desdichado fue conducido prisionero al arsenal de La Carraca, de Cádiz, donde murió cuatro años después, a los 66 años de edad.

Bolívar, con salvoconducto expedido por Monteverde, se exilió de nuevo, marchando a Curaçao.

La campaña de Nueva Granada y el Decreto de «Guerra a muerte»

Simón Bolívar no había renunciado a su obra de redención. De Curaçao marchó a Cartagena de Indias, en Nueva Granada, donde ya funcionaba un gobierno independiente. En el vecino país, Bolívar ya era conocido y admirado, y allí publicó un famoso Manifiesto en el que explicaba las causas del fracaso de la primera República venezolana, y detallaba los medios que estimaba necesarios para corregir los pasados errores.

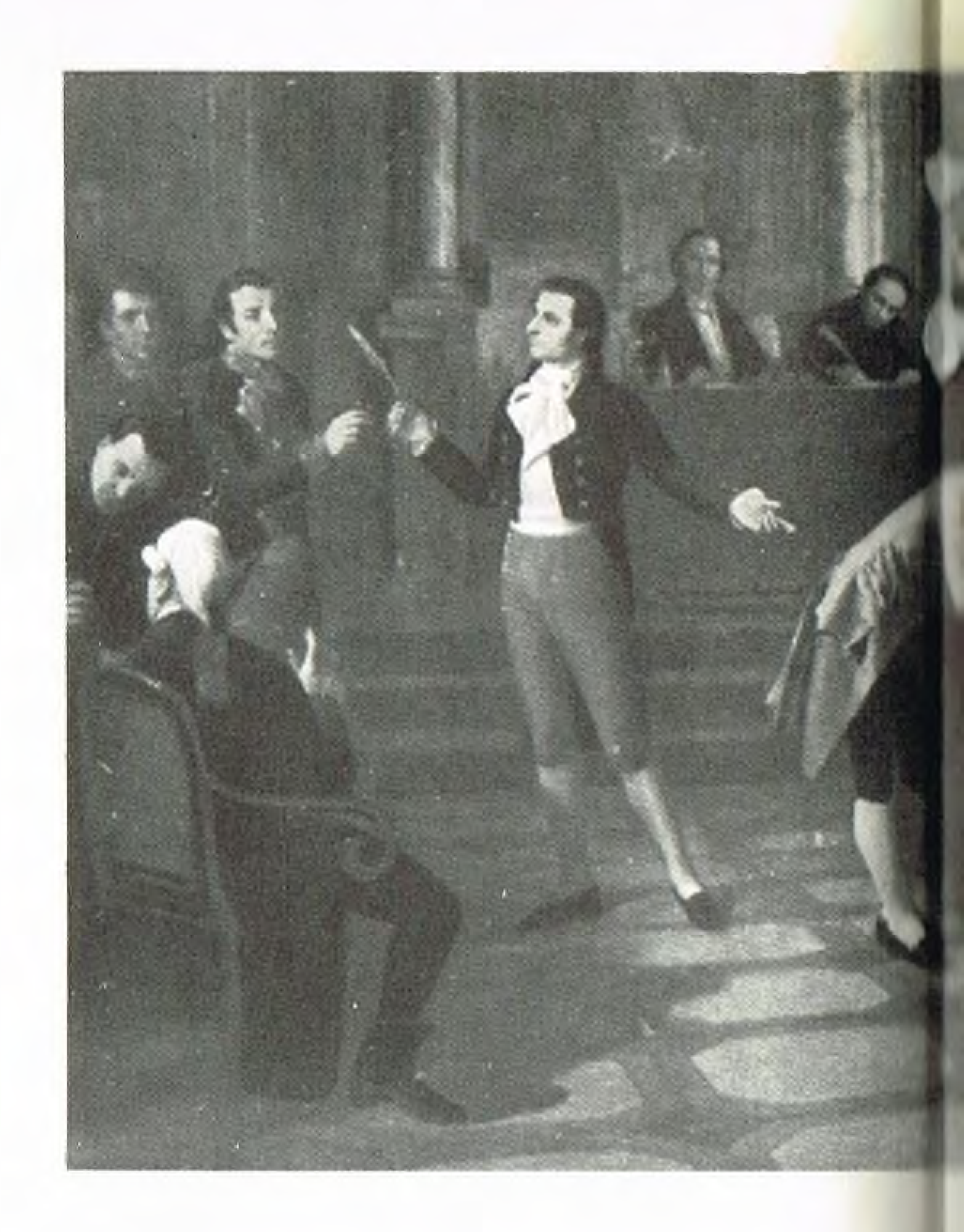
En 1813, cuando cumplía 30 años, organizó una campaña partiendo de Nueva Granada. Le ayudaba en la empresa Santiago Mariño, otro criollo venezolano, que se unió a la obra de liberación cuando Monteverde violó la capitulación e implantó una durísima dictadura en Caracas. Unidos ambos, se apoderaron de Mérida y Trujillo y, tras vencer en la batalla de Taguana, el 21 de julio de 1813, entraba Bolívar triunfal en Caracas el 8 de agosto del mismo año, donde un grupo de doncellas vestidas de blanco le coronaron de laurel. Ya entonces, comenzaba a llamársele el «Libertador».

Pero la victoria no fue muy duradera. Un rudo jefe realista, José Tomás Boves, había organizado unas partidas de llaneros y llevaba a cabo campañas asoladoras, sin respetar vidas ni haciendas. Para contrarrestarle, Bolívar publicó su famoso Decreto de «Guerra a muerte» que ensangrentó los campos venezolanos durante un año. Boves se aprestó a expulsar de Caracas al «Libertador». Su proximidad a la capital, y el terror que inspiraba, movió el trágico «éxodo de 1814», en el que perecieron numerosas familias, y que en la historia venezolana se recuerda de un modo análogo al terremoto del año 1812. Boves entró en la capital, donde llevó a cabo, con su habitual crueldad, una «limpieza» de los pocos patriotas que en ella quedaban, y envió a un lugarteniente suyo, Morales, a perseguir a Bolívar, a quien derrotó en Aragua el 18 de agosto de 1814.

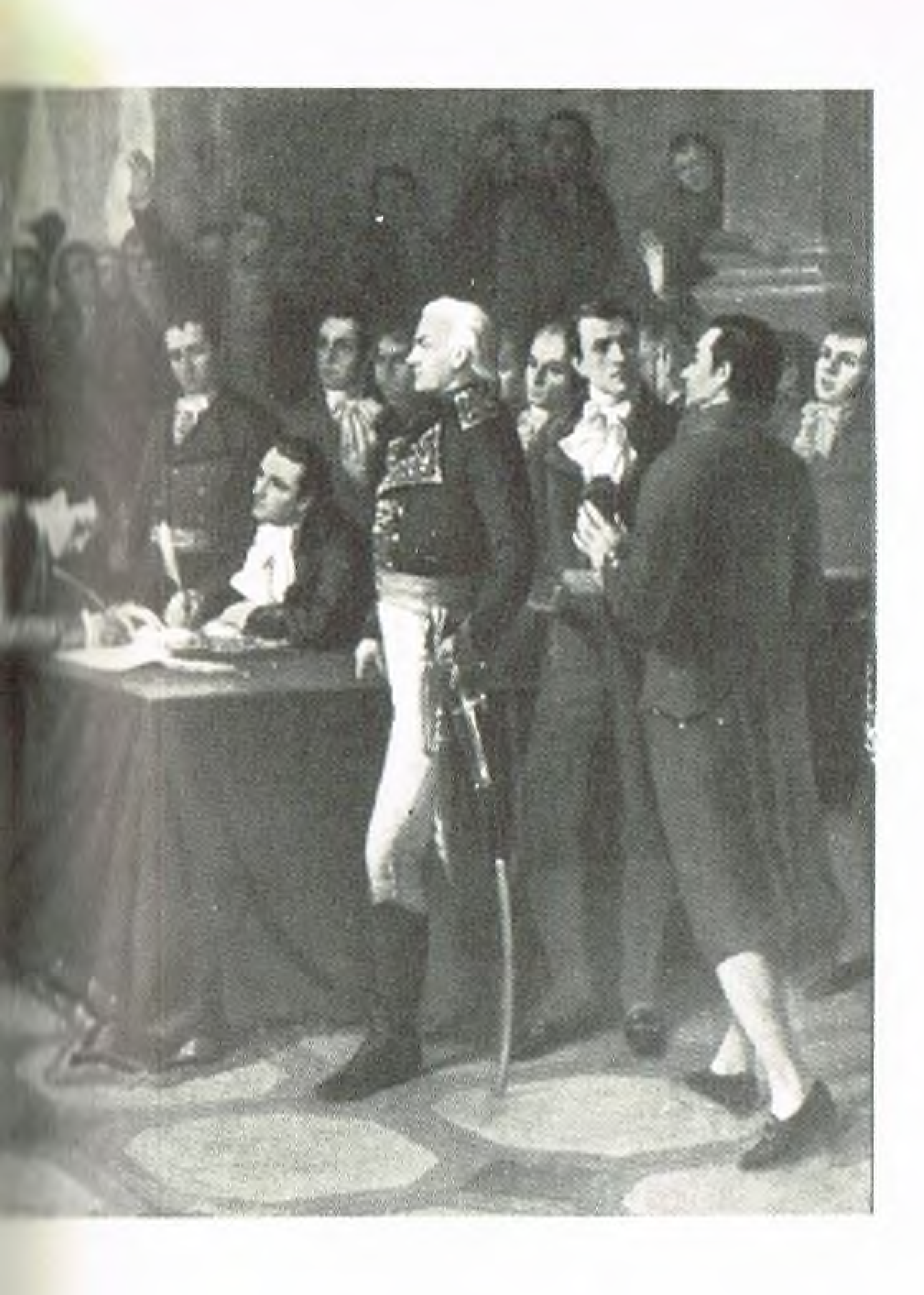
El resultado de la «guerra a muerte» no pudo ser más funesto: a finales de 1814 sólo quedaba independiente la isla Margarita. Por si esto fuera poco, el aventurero Bianchi escapaba con la escuadra y el tesoro que el clero caraqueño había prestado para la causa de la libertad — unas 28 000 onzas de plata — y, ya terminada la guerra de la Independencia española, Fernando VII, restaurado en el trono, enviaba a América al general Pablo Morillo, llamado el «Pacificador», con 10 000 hombres para terminar con la insurrección. Entre tantos acontecimientos aciagos para la emancipación de los territorios españoles en América, apenas dos noticias favorables: Boves murió de un lanzazo en la batalla de Urica, en diciembre de 1814, y Bolívar y Mariño lograron recuperar dos tercios del tesoro usurpado por Bianchi.

Intervalo en Nueva Granada y Jamaica

Las derrotas suelen engendrar divisiones entre los jefes vencidos. Tal ocurrió en Carúpano, donde los jefes libertadores, Ribas, Piar y Bermúdez estuvieron a un paso de repetir, en las personas de Bolívar y Mariño, la traición de entregarlos a las autoridades españolas, como años antes ocurrió con Francisco Miranda. Pudo, por fin, huir el «Libertador»» a Nueva Granada, donde se presentó al Congreso de Tunja y explicó con sinceridad las causas de la derrota en Venezuela; pero aclaró que la consideraba como un accidente y que la



El pintor Tovar y Tovar pretendió dejar en este lienzo una prueba documental de la primera declaración de independencia llevada a cabo por un país integrante de los dominios españoles en América: Venezuela. Este solemne acto fue realizado el día 5 de julio de 1811, y ratificado dos días después en los locales de la Sociedad Patriótica. Se componía ésta de un grupo de aristócratas venezolanos, entre los que figuraban Bolívar y Miranda, y estaba organizada como uno



de los famosos clubs franceses de la época de la Revolución. Las agitadas reuniones de la Sociedad se distinguían por los violentos discursos separatistas de sus componentes y por la exposición de teorías trasunto de las que habían determinado la independencia norteamericana y la caída de la monarquía francesa. El citado pintor Tovar y Tovar acertó a dar el tono romántico que convenía a la Sociedad Patriótica y al transcendental acto.

lucha debía continuar. Puesto al servicio de las autoridades neogranadinas, éstas le encargaron reducir a la obediencia a Bogotá, que se mantenía independiente bajo la dirección del dictador Manuel Bernardo Álvarez. En diciembre del mismo año 1814, Bolívar lograba la sumisión de Santa Fe de Bogotá, lo que le valió el entorchado de capitán general. Habiendo recibido órdenes de someter a Santa Marta, donde se esperaba la llegada de los realistas españoles, Bolívar vaciló entre Santa Marta y Cartagena de Indias, donde gobernaba un enemigo suyo: el coronel Castillo. Sus dudas dieron lugar a que el general realista Morillo llegara, primero a Venezuela, y más tarde a la actual Colombia, y que Bolívar, desesperanzado, renunciara a lo encomendado y embarcara en el bergantín inglés *Discovery,* en mayo de 1815, rumbo a Jamaica.

Mientras en Santa Fe de Bogotá el general Morillo fusilaba a un centenar de patriotas, Simón Bolívar se acogía a la protección del duque de Manchester, gobernador de Jamaica, y redactaba (septiembre de 1815) la famosa «Carta de Jamaica», en la que exponía su programa político referente a la América hispana: la unión de Venezuela y Nueva Granada bajo el nombre de Colombia, como homenaje al descubridor de América. La república sería su forma de gobierno, pero con un poder ejecutivo fuerte, y Panamá como centro de una federación de repúblicas hispanoamericanas.

« ¡Ojalá — dice en la "Carta" — que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto Congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios, para tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra con las naciones de las otras tres partes del mundo! »

Convencido Bolívar de que el duque de Manchester no le proporcionaría los medios adecuados para llevar a cabo su objetivo, se trasladó a Haití, donde el presidente de la República, Alejandro Pétion, el fundador del Haití independiente, le suministró barcos, armas y dinero. El desembarco, con unos centenares de soldados, resultó desafortunado. Fracasada la empresa, volvió a Haití, desde donde, en diciembre de 1816, regresó a la ciudad venezolana de Barcelona.

Bolívar, Piar y Mariño

Manuel Carlos Piar, mulato holandés, había iniciado su carrera militar a los 28 años, al servicio de la independencia de Venezuela. Dotado de gran ambición, no acababa de reconocer la superioridad de Bolívar y, como se ha dicho, estuvo a punto de venderle en 1814. Reconciliado con el «Libertador», le acompañó en la primera expedición desde Haití, donde se quedó cuando Santiago Mariño obligó a Bolívar a marchar de nuevo a la isla caribeña. En la breve ausencia del «Libertador», Piar venció, en San Félix, al general realista La Torre, y este triunfo le estimuló a dirigir la naciente independencia. Llamado por Bolívar, no obedeció la orden y marchó con Mariño a practicar correrías por la provincia de Cumaná. Pero Bolívar juzgaba necesario, antes de seguir la campaña contra los españoles, la unidad entre los independizadores, y envió contra Piar una tropa al mando del general Cedeño, que consiguió apresarlo en Aragua. Sometido a consejo de guerra, fue condenado a muerte y fusilado el 16 de octubre de 1817. Su ejecución era «necesaria políticamente», declararía después el «Libertador», pero nunca podría olvidar el momento en que el mulato saludaba por última vez las banderas que presidían su fusilamiento en la plaza mayor de Angostura.



Mariño se sometió y siguió la lucha junto a Bolívar, aunque no siempre supo contener su ambición, tan repetida en cuantos jefes militares tuvo la emancipación sudamericana.

El mestizo Páez

José Antonio Páez (1790-1873) fue la versión, en el campo opuesto a los españoles, del realista Boves. A los 20 años de edad constituyó una fuerza de «llaneros» que comenzó a luchar contra los realistas, adquiriendo un conocimiento táctico de la guerra de guerrillas que habría de convertirlo en uno de los más eficaces auxiliares de Bolívar. En 1817 Páez, que llevaba dos años de afortunadas campañas contra los realistas, se puso a las órdenes del «Libertador» con la única condición de mantener bajo su mando la zona de los Llanos entre el Arauca y el Apure, por él conquistada.

Entre otras pruebas de su valor y decisión, es legendario en América el paso del Apure, cuando al llegar a orillas del río se dio cuenta Bolívar de que no había más embarcaciones que las del enemigo. Ante este hecho, el «Libertador» preguntó al caudillo llanero qué pensaba hacer: «Cogeremos esas embarcaciones con la caballería», fue la respuesta. Y al mismo tiempo que lo decía, destacaba a 50 llaneros mandados por el coronel Arimendi, exhortándolos: «¡Al agua, muchachos. Sigan a su tío!». Bolívar, asombrado, vio cómo catorce

embarcaciones realistas eran conducidas por los arriesgados jinetes, que desafiaban no solamente al fuego enemigo, sino también a los terribles caimanes del río, en cuyas orillas se encontraba el ejército republicano.

Con esta clase de soldados no puede extrañar que Bolívar alcanzara una gran victoria en Calabozo sobre las tropas del general Morillo, el 2 de febrero de 1818. Al mismo tiempo, llegaban voluntarios ingleses y de otras procedencias, dispuestos a luchar en favor de la independencia. Inglaterra ayudaba económicamente a los rebeldes contra España, y el presidente de los Estados Unidos, James Monroe, que más tarde había de sentar la famosa teoría «América para los americanos», reconocía la beligerancia de los venezolanos, con lo que respaldaba la posición de los independizadores.

José Antonio Páez, el mestizo llanero, gran auxiliar de Bolívar, fue pieza angular de la fracasada Gran Colombia al presidir, en tres ocasiones, la república venezolana. Tras ello murió exiliado en Nueva York a los ochenta y tres años de edad, dejando escrita su autobiografía, interesantísima para conocer su tiempo y sus acciones de luchador y político.

Apenas hay país americano, incluido Estados Unidos, que no tenga entre sus topónimos alguno derivado del nombre del Libertador, que ha llegado hasta la denominación de un Estado: Bolivia. Pero también se le recuerda con numerosas estatuas, entre las cuales destaca ésta, ecuestre, levantada en la plaza que lleva igualmente su nombre en Caracas, la capital del país que le vio nacer. El movimiento de hombre y animal parecen reflejar la agitada vida del fundador de la libertad e independencia de tantos territorios.

El Congreso de Angostura y la campaña de Nueva Granada

Simón Bolívar no daba tregua a sus actividades. En febrero del año 1819 hacía acto de presencia en Angostura, hoy Ciudad Bolívar, donde se reunía el Segundo Congreso venezolano, que aprobó una Constitución en la que se seguía el criterio del «Libertador»: un Senado hereditario y un Presidente vitalicio, si bien este acuerdo quedó limitado a ser una declaración sin efectividad.

Al mismo tiempo, Bolívar preparaba la genial campaña que daría un golpe de muerte a la dominación española en América meridional. Un colombiano, Francisco de Paula Santander, licenciado en Derecho a los 16 años, y que abrazó con entusiasmo la causa de la independencia uniéndose a Bolívar, fue enviado por éste a Casanare para organizar un cuadro de mandos y un pequeño ejército que debía aguarda su llegada.

Terminada su actuación política en Angostura, Bolívar, con su fiel Páez y los auxiliares extranjeros, marchó a reunirse con Santander, lo que logró tras una de las más asombrosas marchas que se hayan realizado en la historia militar. Con 3400 soldados, muchos de ellos llaneros, que palidecieron ante la presencia de los Andes imponentes, remontó la cordillera por el Páramo de Pisba y atacó al general realista Barreiro en las orillas del riachuelo de Boyacá el 7 de agosto de 1819. Los 3000 soldados realistas hubieron de ceder ante el empuje de los apenas 2000 republicanos, que lograron consumar la audaz escalada de los Andes. Tres días después Bolívar entraba triunfalmente en Bogotá, donde recibía una corona de laurel que el «Libertador» hizo ademán de entregar a Santander, como homenaje a su eficaz ayuda, y que lanzó después a los batallones victoriosos.

El Congreso colombiano, a propuesta de Bolívar, nombró al general Santander, de sólo 27 años, vicepresidente de la Gran Colombia, mientras el «Libertador» regresaba a Angostura para consolidar políticamente la independencia del naciente Estado.

En 1828, el general Santander encabezó una conspiración contra Bolívar, que le costaría la pena de muerte, conmutada después por la de destierro.



El pintor venezolano Tito Salas ha traducido en este cuadro el famoso Congreso de Angostura, hoy Ciudad Bolívar, capital del Estado del mismo nombre en Venezuela. Ante esta Asamblea, pronunció Bolívar un famoso mensaje en el que expresaba su opinión de formar un gran país independiente y que se regiría por la forma republicana. El Congreso aprobó los actos del Libertador y le nombró presidente de la nueva República y general en jefe de los ejércitos dedicados a la realización de la emancipación americana.

El año 1820

La vuelta de Fernando VII al trono español en 1814 significó el comienzo de una reacción absolutista, cuya principal manifestación, por lo que respecta a América fue, como ya se ha visto, el envío de Morillo y el cese momentáneo en la lucha por la emancipación. Morillo reclamaba más tropas y, para atenderlo, se reclutaba trabajosamente, en Andalucía, un nuevo ejército realista. Pero al mismo tiempo, en Cádiz, funcionaba la logia Láutaro que, sostenida con oro sudamericano, se preocupaba de atraer a los oficiales de tendencia liberal para impedir que las tropas pasaran a América.

Tal labor dio resultado: un comandante de estas fuerzas, Rafael de Riego, se sublevó el día 1 de enero de 1820, en Cabezas de San Juan, proclamando en España la Constitución liberal de 1812. El moviento consiguió triunfar y Fernando VII aceptó la nueva situación política. El gobierno liberal español creía, ingenuamente, que los sublevados americanos luchaban, no por la indepedencia, sino contra el absolutismo de la monarquía española, y ordenó al general Morillo que pactara con ellos. Morillo se daba cuenta de la incapacidad de los políticos españoles, pero acató las órdenes y se llegó a la firma del armisticio de Trujillo, el 25 de noviembre de 1820, que apenas duró seis meses. Bolívar y Morillo se entrevistaron cordialmente dos días después en la aldea de Santa Ana, donde se saludaron a los gritos de «¡Viva España!», pronunciado por Bolívar, y «¡Viva Colombia!», lanzado por Morillo. Poco después, este último resignaba el mando en favor de Miguel de La Torre y regresaba a España.

La batalla de Carabobo y el Congreso de Cúcuta

El armisticio se rompió antes de lo previsto. La sublevación republicana de Maracaibo dio ocasión a Simón Bolívar para reanudar

la campaña. El 24 de junio de 1821 alcanzaba un señalado triunfo en la llanura de Carabobo, sobre el general La Torre, que se refugió en Puerto Cabello. El día de San Pedro entró Bolívar en Caracas, ya definitivamente liberada, entre la aclamación unánime más entusiasta.

Entretanto, se reunía en Cúcuta el Congreso Constituyente Colombiano, que Bolívar dejó en manos de Antonio Nariño, neogranadino revolucionario desde los primeros tiempos de la independencia, que había padecido persecuciones y cárceles, la última vez en Cádiz, España. Logró salir de la prisión gracias a la sublevación de Riego y no tardó en regresar a América para presentarse a Bolívar, quien le encargó de la organización política del joven Estado independiente. En Cúcuta, como siempre, Bolívar se presentó humildemente ante el Congreso y renunció a la Presidencia de la Gran Colombia, pero el Congreso, aun rechazando la idea del Senado hereditario y de la Presidencia vitalicia, tan cara a Bolívar, le reeligió presidente el 3 de octubre de 1821. Acto seguido, Bolívar marchó a ocuparse de la expansión de Colombia mediante la anexión de la provincia ecuatoriana.

El caballero Sucre

El recelo, muchas veces justificado, con que Bolívar vio la actuación de algunos de sus ambiciosos colaboradores — Piar, Mariño, el mismo Páez —, hubo de disiparse ante la actuación de una de las más nobles figuras que dio la independencia de América: Antonio José de Sucre y de Alda. Nacido en Cumaná (Venezuela) en 1795, Sucre figuraba ya, a los 15 años, como alférez de ingenieros en las filas de los independizadores. A los 24 años se unió a Bolívar, ya con el grado de general, y desde entonces fue su más leal auxiliar.



Una de las más famosas campañas de Simón Bolívar fue la conocida con el nombre de los Andes, iniciada en mayo de 1819. Con poco más de 3000 hombres subió a la Cordillera por el Páramo de Pisba, y el día 7 de agosto de este año venció en la memorable y decisiva batalla de Boyacá al general español José María Barreiro. El cuadro refleja una reunión del Libertador con sus ayudantes, dedicado al estudio de los detalles de la campaña que había de determinar la independencia de Colombia.

En 1821, Sucre fue designado jefe de las fuerzas que debían partir de Colombia hacia Guayaquil, sublevado en favor de los patriotas. Antes de llegar Bolívar, Sucre vencía al realista Aymerich en la decisiva jornada de Pichincha, el 24 de mayo de 1822, lo que le habría permitido entrar en Quito el mismo día. Pero no lo hizo, y rechazó todos los honores cediéndolos al «Libertador», quien pudo comprobar así el carácter extraordinario de aquel hombre, impávido y sencillo ante cuantos triunfos le deparaba el destino, y su esfuerzo en pro de la emancipación al sacrificar su vida en plena juventud.

Sucre tomó parte en la jornada de Junín y dirigió el ejército emancipador en la brillante batalla de Ayacucho, que dio la independencia al Perú. Nombrado por el Congreso peruano «gran mariscal de Ayacucho» marchó al Alto Perú para acabar con la débil resistencia de los realistas. Allí organizó una nueva nación independiente, a la que llamó Bolivia, en honor al «Libertador», país que gobernó como primer presidente. Aunque el Congreso de Chuquisaca (hoy Sucre) le nombró presidente vitalicio, él sólo aceptó el mandato por dos años, durante los cuales administró honradamente el país. Un motín militar le obligó a abandonar la presidencia en 1828, y partió hacia Quito, donde se dedicó a administrar la hacienda de su esposa, la marquesa de Solana.

En 1829 surgió una lucha entre Colombia y Perú, y Sucre actuó de árbitro con singular fortuna. En 1830 fue nombrado presidente del Ecuador. Cuando se dirigía de Bogotá a Quito para tomar posesión de su cargo fue traidoramente asesinado en el bosque de Berruecos (provincia de Pasto), el 4 de junio de 1830. Contaba algo más de 30 años. El crimen quedó impune, aun cuando la voz pública señaló como inductor del atentado al jefe militar de Pasto, José María Obando.

Volvamos al hilo de la narración, cortado para explicar brevemente la brillante carrera y el triste fin de Sucre. Al enterarse Bolívar del triunfo receló, como solía de quien tal éxito había alcanzado sin su presencia, pero Sucre, conociéndolo y llevado de su generosidad, lo preparó todo de forma que se atribuyese todo el mérito de Pichincha a Bolívar. Y éste, en efecto, repitió una vez más una entrada triunfal en Quito, mientras Sucre, modestamente, permanecía casi ignorado.

Bolívar, consecuente con su idea de la Gran Colombia, incorporó los territorios ecuatorianos liberados por la batalla de Pichincha.

La entrevista de Guayaquil

Un nuevo independizador se iba a interferir en la vida de Simón Bolívar: el argentino José de San Martín. Nacido en Yapeyú (hoy San Martín), ofrece la figura más acabada del militar romántico que dedica su existencia a la causa de un ideal común, el de la emancipación de la América hispana. Su padre, oficial español, le envió a estudiar a España donde eligió el estado militar. A los 15 años ya formaba parte del ejército metropolitano interviniendo en varias guerras: las del Rosellón, de Portugal y de la Independencia. Al comenzar ésta, en 1808, tenía 30 años y había alcanzado el grado de teniente coronel. Pero no había nacido en España, sino en América, y tras el paso, entonces inevitable para todo sudamericano de tendencias emancipadoras, por la logia Láutaro de Cádiz, regresó a su patria.

Consolidada la independencia de Argentina, preparó un plan con el chileno O'Higgins para la liberación de Chile y Perú. Al frente del



El más leal compañero de Bolívar fue el también venezolano Antonio José de Sucre y de Alda (1795-1830). Vencedor del español Aymerich en Pichincha (24 de mayo de 1822), batalla que valió la independencia de Ecuador, y de La Serna en Ayacucho (9 de diciembre de 1824), combate que consolidó la emancipación de Perú, vino a morir dramáticamente asesinado. La ciudad de Cumaná, capital del Estado venezolano de Sucre, le recuerda con este monumento ecuestre erigido por el poder ejecutivo federal.

La ciudad ecuatoriana de Guayaquil fue escenario de la entrevista que mantuvieron dos grandes jefes de la emancipación americana, Simón Bolívar y José de San Martín, los días 26 y 27 de julio de 1822. Se trató en ella sobre todo del destino de esta ciudad y de la del Perú en general. Incidentalmente se habló también de las formas de gobierno que regirían en los nuevos Estados advenidos a la independencia. El argentino San Martín se mostraba inclinado a la Monarquía, en tanto que Bolívar se pronunció por la República.



«Ejército de los Andes», compuesto aproximadamente por 4000 hombres, atravesó la cordillera en enero de 1817 y batió al general realista Rafael Maroto en la batalla de Chacabuco el 12 de febrero del año 1817, victoria que le permitió entrar en Santiago, donde los chilenos le nombraron Director Supremo de la nueva nación. Pero San Martín declinó el cargo en favor de O'Higgins, quien le designó generalísimo. El 5 de abril de 1818 se libró la batalla de Maipú, ganada también por San Martín y que había de consolidar la independencia de Chile.

No contento con esta obra, San Martín siempre en unión de O'Higgins, quiso independizar el Perú, país en el que se había concentrado la resistencia española. Formado el ejército liberador en Chile, San Martín entraba en Lima el 10 de julio de 1821, de donde había huido el último virrey español, José de la Serna. El 28 del mismo mes proclamaba la independencia del Perú, y un cabildo abierto de la capital le nombraba «Protector» del nuevo Estado independiente. Desde Perú envió refuerzos militares que permitieron a Sucre la victoria de Pichincha. Pero pronto estalló el desacuerdo entre los dos grandes libertadores. El pretexto lo dio la cuestión de Guayaquil, que Bolívar deseaba incorporar a la Gran Colombia, en tanto que San Martín quería anexionarla a Perú, para reforzar, en este país, su posición política que empezaba a ser vacilante.

Llevado de su afán por resolver el pleito, pensó San Martín en entrevistarse con el «Libertador», por lo que decidió trasladarse a Guayaquil, a donde llegó el 25 de julio de 1822, a bordo de la fragata *Macedonia.* Simón Bolívar acudió a recibirlo y subió a bordo con un gesto singularmente cordial, pero mientras le tendía los brazos le dijo que tenía un gran honor en recibirle «en tierra colombiana». San Martín no supo reaccionar, y no replicó nada.

En la noche del 27 abandonó San Martín el puerto de Guayaquil. Llegado a Lima renunció a su cargo y regresó a la Argentina, donde pasó dos años. Nuevos disgustos en su patria le obligaron a exiliarse a Europa en 1824, y en Boulogne (Francia) vivió veintiséis años más, hasta su fallecimiento a los setenta y dos años de edad.

Los años dorados de Bolívar

Eliminado del panorama político de la soñada Gran Colombia el peligroso competidor que pudiera haber sido San Martín, Bolívar vio abrirse ante él un rosado camino que habría de conducirle a colmar su ambición: la incorporación de Perú al país libre que forjaba lentamente. No todo estaba hecho, sin embargo. El virrey La Serna tenía en el Perú 18 000 hombres perfectamente organizados y disciplinados. Lima había sido ocupada de nuevo por los realistas tras la marcha de San Martín, y su «Ejército liberador de los Andes», que guarnecía a El Callao, falto de pagas se había sublevado, determinando la caída del importante puerto en manos españolas.

El año 1824 iba a ser decisivo en la obra de emancipación del «Libertador». El restablecimiento del absolutismo en España en el año 1823, debido a la Santa Alianza, produjo la escisión de las autoridades españolas en el último reducto que aún quedaba a España en América del Sur. Favorecido por esta pugna, Bolívar logró derrotar al general Canterac en la Pampa de Junín, el 6 de agosto. La Serna reunió todos los efectivos que pudo y marchó a atacar al general Sucre, que había asumido el mando del ejército mientras Bolívar se retiraba a Pativilca. El 9 de diciembre del mismo año 1824 se daba

la resolutiva batalla de Ayacucho, en la que se consumó la ruina de España en América. El virrey La Serna, quince generales, dieciséis coroneles, cerca de 600 oficiales y unos 2000 soldados cayeron prisioneros. Entre los oficiales españoles figuraban algunos que, como Espartero y Maroto, habían de desempeñar más tarde un papel decisivo en la historia peninsular.

La guerra de la Independencia había terminado en Sudamérica; el Congreso peruano aceptaba a Bolívar como presidente y se unía a la Gran Colombia. Aquélla fue la gran hora del «Libertador». Había conseguido integrar la soñada Gran Colombia, como quien une los fragmentos, en apariencia contradictorios, de un rompecabezas. Había incubado incluso un hijo: el país que llevaba su nombre, Bolivia, donde iba a ensayar su mantenida tesis de una Constitución monocrática, cuya presidencia otorgó a su fiel general Sucre.

Imaginó, entonces, coronar su obra con la reunión de un Congreso Panamericano en Panamá, que efectivamente abrió sus sesiones el 22 de junio de 1826. Pero a él sólo concurrieron México, Guatemala (en representación de los de la América Central continental), Colombia y Perú, y un observador británico y otro holandés. Los Estados Unidos prometieron enviar representantes, pero no lo hicieron, y el Congreso se disolvió antes de un mes luego de oír una declaración del «Libertador» condensada en los llamados «Siete puntos de Bolívar». Se firmó una platónica alianza «perpetua» entre los cuatro Estados asistentes, y se acordó la convocatoria de un nuevo Congreso en México, que no llegó a reunirse.

Esta fracasada tentativa de unión de Estados americanos había de cristalizar, al cabo de más de un siglo, en la O.E.A, siglas de la Organización de Estados Americanos, cuyos estatutos se aprobaron en la Conferencia Interamericana de Panamá, en 1948.



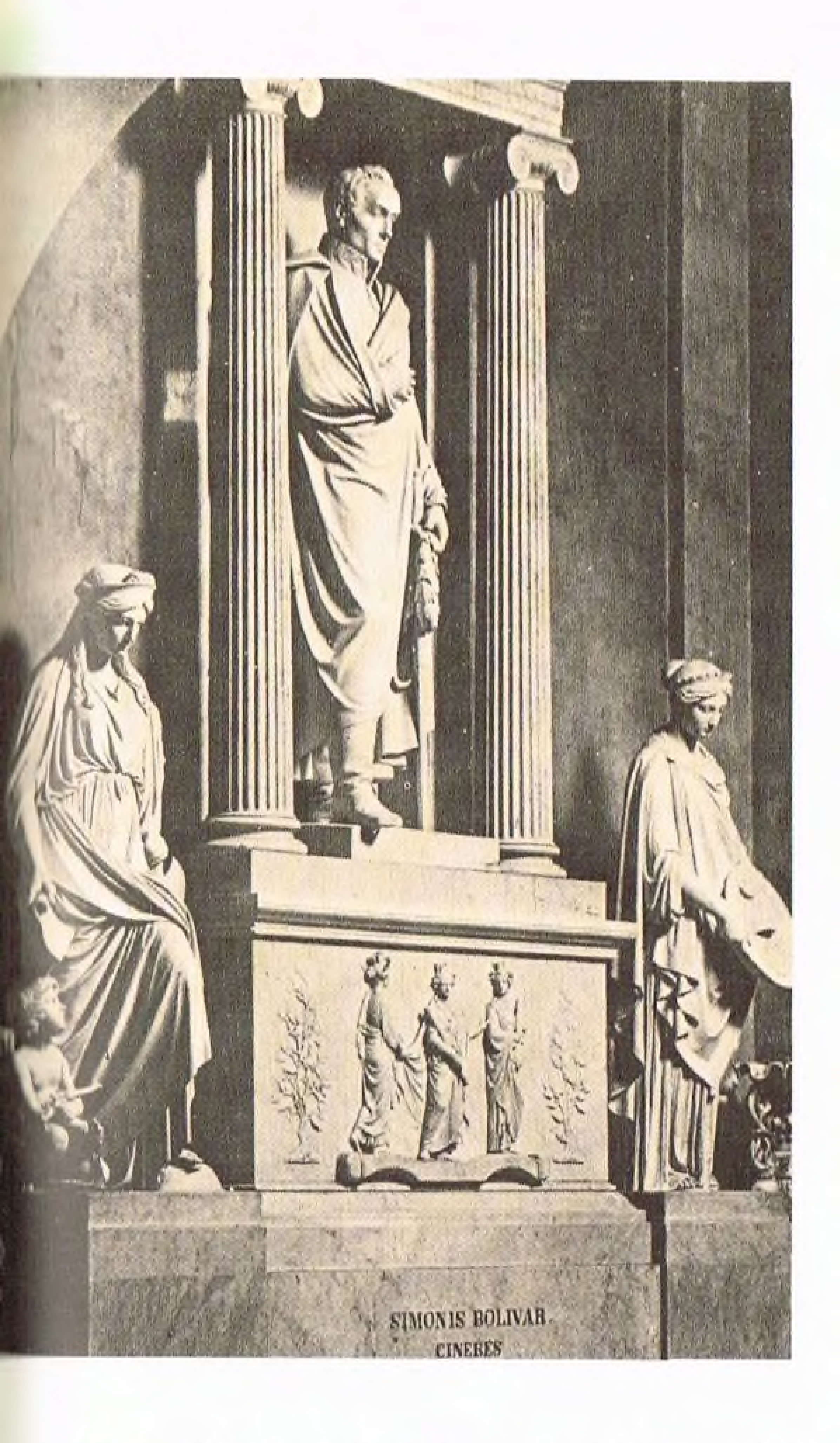
Ocaso del «Libertador»

Su declive lo inició Perú, país que en 1827 se separó de la Gran Colombia, eligiendo presidente al general José La Mar. El mismo año pareció consumarse la separación de Venezuela y Colombia, cuyos respectivos presidentes, Páez y Santander, habían entrado en conflicto. La separación fue conjurada por Simón Bolívar, en favor del cual hubo un movimiento en Bogotá, que le entregó la dictadura del país, pese a que un grupo de jóvenes intentó asesinar al «Libertador».

En 1828 Perú declaró la guerra a Colombia, reivindicando la vieja aspiración de San Martín: Guayaquil. La guerra terminó a favor del país atacado, derrotando el general Sucre (quien había abandonado ese mismo año la presidencia de Bolivia) al general La Mar, en el Portete de Tarqui en 1829. Páez separaba a Venezuela de la Gran Colombia y desterraba de su propio país a Simón Bolívar. Y en 1830 se consumaba la ruina de la Gran Colombia con la secesión de Ecuador.

En enero de 1830 terminaba la vida política de Simón Bolívar, y casi también, su vida privada. El día 20 de dicho mes hizo solemne renuncia a la presidencia de Colombia, y el mismo día escribió a la mujer que había constituido su gran pasión, Manuela Sáenz, una patética carta en la que se despedía de ella para siempre.

Bolívar partió hacia Cartagena de Indias. A su llegada le esperaba una terrible noticia: su fiel amigo, el general Sucre, había sido asesinado cuando se dirigía a tomar posesión de la presidencia del Ecuador. La tuberculosis minaba, desde hacía tiempo, la poderosa natu-

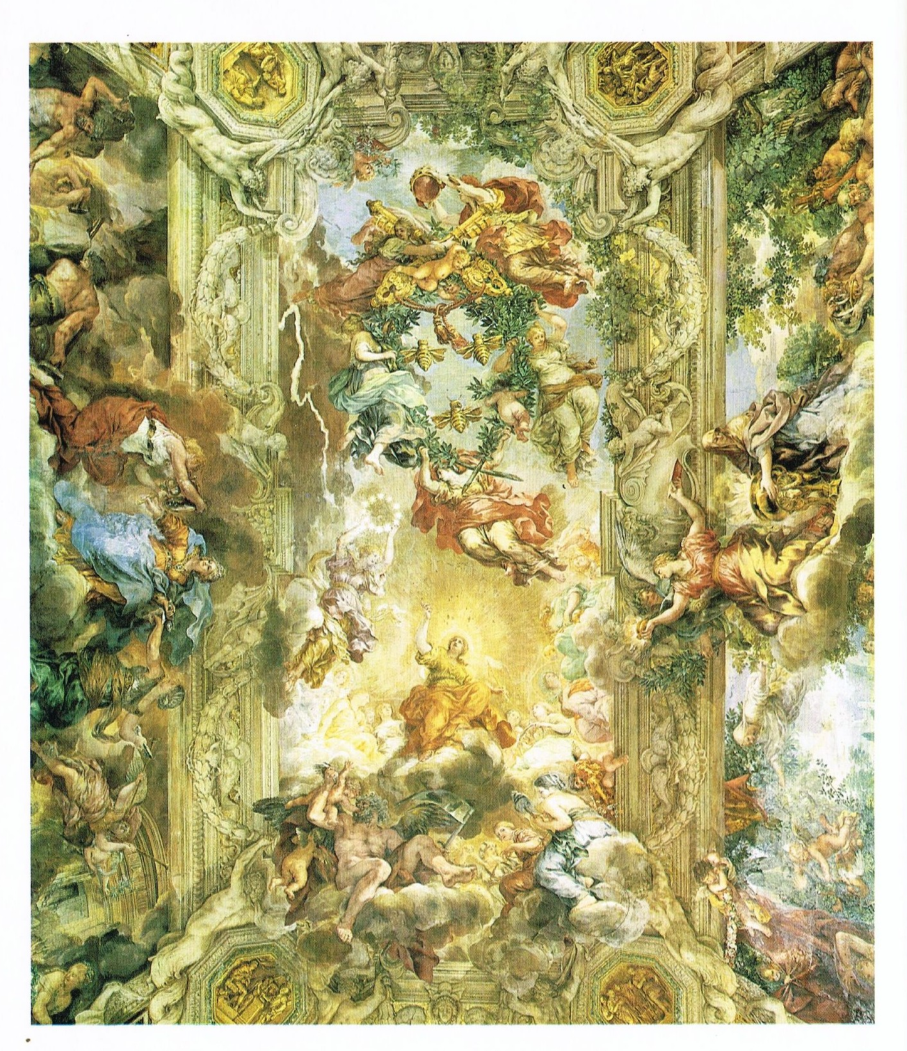


raleza de Bolívar, y la noche en que recibió esta noticia un ataque de fiebre acabó de hundir su resistencia. La idea de embarcarse para Europa, como antes hiciera José de San Martín, compañero-enemigo en tantas luchas por la Independencia sudamericana, no pudo ponerla en práctica siquiera. Cada vez más enfermo decidió trasladarse a Santa Marta, hacia donde embarcó el 1 de diciembre de 1830. Al llegar al puerto colombiano hubo que llevarle en una silla de manos — ya no podía montar a caballo ni casi caminar — hasta la casa de campo de San Pedro Alejandrino, propiedad de un español amigo, Joaquín Mier. En este hecho se dio el extraño, pero humano y emocionante contrasentido, de que fuera un español, un hombre del país al que tanto combatió, el que le prestara acogida en sus últimos días. Un médico norteamericano y un oficial de Sanidad francés intentaron, en vano, atajar el mal que le devoraba día a día.

En la quinta de San Pedro Alejandrino se extinguió calladamente, rodeado de injusto olvido. Cuando los que le cuidaban juzgaron próxima su muerte llamaron al cura del pueblo de Mamatoco, un indio, quien acompañado de unos pocos aldeanos fue a administrar los últimos auxilios al que, prácticamente, había sido dueño de Sudamérica. Luego de recibirlos, Bolívar solicitó la presencia de un notario, ante quien dictó su testamento que, en realidad, es una proclama dirigida a su amada Colombia: «Si mi muerte contribuye a que cesen las luchas de partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro».

El 17 de diciembre de 1830 era sepultado el que puede considerarse como la más grande figura emancipadora de América, pero su muerte no contribuyó a la unidad que él tanto ansiaba. Apenas descansaron sus restos, América del Sur entró en un gran período de luchas y de revoluciones que se prolongaron durante varios lustros, hasta hallar su actual conformación geopolítica.

En la página anterior, el gran caudillo hispanoamericano José de San Martín (1778-1850). Hijo de un oficial español destacado en Argentina, San Martín adquirió experiencia militar en la guerra de la Independencia española. En 1811 regresó a su patria y allí organizó el llamado Ejército Liberador de los Andes con el que venció a los españoles en Chacabuco (12 de febrero del año 1817) y Maipú (5 de abril de 1818), logrando con estas batallas la independencia de Chile. Sobre estas líneas: con fecha del año 1852 se levantó en Caracas este monumento a Simón Bolívar, de gusto neoclásico, cuya inscripción reza así: «La Patria agradecida y recordante honra aquí las cenizas de su creador Simón Bolívar». Venezuela reparó así las tristezas de los últimos años del Libertador que acabaron un 17 de diciembre en Santa Marta (Colombia).



EL BARROCO Y EL ROCOCO

Gran protector de artistas fue el papa Urbano VIII, llamado Maffeo Barberini, que ordenó la construcción en Roma del palacio que lleva su apellido, y encargó al pintor Pietro da Cortona (1596-1669) su decoración. Este es el barroco techo ideado por el artista. En la parte superior de la reproducción pueden verse las llaves y la tiara pontificias, y en el resto escenas como las Parcas tejiendo al pie de la Providencia los días de Urbano VIII, el combate de Hércules contra las Arpías, el triunfo de Minerva sobre los gigantes, los dones de la Abundancia, etc.

La primera vez que apareció la palabra «barroco» fue en el siglo XVIII. La Academia Francesa, en 1718, vio en este término un sinónimo de irregularidad. A finales de esta misma centuria, Milizzia, en su Diccionario de las Bellas Artes, lo definió como «el superlativo de lo caprichoso». Wölfflin dice de él que «es el arte que, sucediendo al Renacimiento, se le opone de una manera total». En el siglo XX, con una visión global mucho más completa, críticos como Marcel Raymond y Werner Weisbach, lo consideran como el arte de la Contrarreforma.

El hombre, que fue capaz de crear durante la Baja Edad Media una etapa cultural que daría paso al Renacimiento, se encuentra aprisionado por el arte clásico, que con su frialdad no le permite expresar ni su capricho ni su voluntad. Esta pugna se manifestará en una rápida decadencia del renacimiento clásico para dar paso a la aparición del Barroco, que recibe en un principio el nombre de *manierismo*.

La contraposición es clara. El hombre renacentista quiere satisfacer su espíritu mediante su inteligencia, pero la armonía perfecta de este arte hace desaparecer por completo cualquier señal de vida. El Barroco perseguirá esta vida antes que otra cosa y será movimiento, fuerza y desorden.

Mas a este aspecto viene a sumarse otro elemento casi tan importante que le dará una finalidad concreta: la Reforma Protestante.

El mundo europeo se agita, por estas fechas, con el surgimiento del luteranismo que condena el inmovilismo de la Iglesia Católica, su rigidez y el aprecio de las formas externas, de la letra antes que del espíritu. Cuando la herejía de Lutero toma incremento en el Norte y Centro de Europa, la Iglesia reacciona y convoca el Concilio de Trento.

Sólo después de este Concilio, artísticamente hablando, renuncia al arte humanista, puramente estético, y se acoge a un arte que sea «un medio al servicio de una causa». La Contrarreforma se dio cuenta de que el Arte, al impresionar a los sentidos sugestiona también el alma de quien lo contempla, y se da cuenta de que es un instrumento para conquistar el ambiente de una cristiandad dividida.

Mientras el protestantismo, por reacción, deriva hacia la iconoclastia, la Iglesia Católica se servirá del Arte como de un arma contra todo aquello que le reprochan como un vicio. Por eso, la mayor parte de las pinturas y esculturas de esta época plasman el sentimiento religioso con un grado tal de perfección que alumbran momentos de gozo y de éxtasis en las almas escogidas por Dios.

Para poder expresar todo lo que desea, el arte barroco adoptará la grandiosidad, el movimiento exagerado hasta llegar al vértigo, la riqueza, la superabundancia, el dinamismo, e incluso el patetismo de las formas. Y durante los siglos barrocos, el XVII y el XVIII, todo el Arte será esencialmente religioso y reconocido como el arte de la Contrarreforma.

Para luchar contra las masas que están a punto de apostatar, utilizará todos sus métodos de persuasión. En los italianos, poco inclinados a abandonarse a la sensibilidad profunda, la evolución artística será, sobre todo, técnica. Gustarán de la elocuencia de las formas y de los colores, y llevarán el Arte hacia sus posibilidades más espectaculares y retóricas. De esta forma, el Barroco inicial en Italia será más superficial que profundo, y podrá guardar un equilibrio íntimo que le evitará cometer excesos.

La Contrarreforma se halla en manos de los jesuitas y ellos serán los elementos de su rápida propagación por el Occidente cristiano y entre los países germánicos que siguen fieles a Roma. El arte barroco, dirigido por aquéllos, conocerá una expansión geográfica como no la ha tenido ninguna otra época artística, porque no sólo se extenderá por Europa, sino que llegará desde las Indias occidentales (América

El barroco veneciano está magníficamente representado en esta bella iglesia de Santa Maria della Salute, la mejor obra de Baldassare Longhena (1598-1682). Levantada sobre millares de pilotes a la entrada del Gran Canal, su airosa cúpula semiesférica se apoya mediante soportes de original forma espiral sobre seis capillas laterales. La construcción de este templo fue consecuencia de un voto hecho en 1630 en el curso de una gran epidemia que devastó la ciudad adriática.





Al estilo barroco se le ha llamado también jesuítico por haber sido la Compañía de Jesús su más eficaz propagador. Ejemplo claro de ello es este templo, llamado «Il Gesù», construido en Roma por los jesuitas. Su autor fue el gran arquitecto Giacomo Barozzi, llamado Vignola (1507-1573), y se creyó durante algún tiempo que había sido el modelo de todos los templos de esta Orden, aunque su gran variedad ha determinado que modernamente se desista de tal simplificación.

Central y del Sur) hasta las Indias orientales (India) a causa de los descubrimientos de españoles y portugueses. Aparte de que su difusión fuera debida a las causas que acabamos de citar, hubo otra, y es que el Barroco se convirtió en el portaestandarte de la libertad de expresión artística de todos los pueblos en los que el arte clásico había reprimido casi con violencia estos deseos vehementes.

A partir del Concilio de Trento, clausurado en 1563, poco antes de la muerte de Miguel Ángel, la Iglesia se dio cuenta de que era necesario tomar ciertas medidas disciplinarias para reorganizar a los fieles en un sentir común con ella. En 1567, el arquitecto Vignola concibe la iglesia del «Gesù» en Roma, y Della Porta acaba la fachada diez años más tarde, con unas líneas graves y severas. En España, país que luchaba contra los protestantes, estas normas fueron todavía más austeras, como reacción contra la delirante ornamentación del Plateresco. El monasterio de San Lorenzo de El Escorial, obra de Juan de Herrera, es el modelo clásico del estilo desnudo y desornamentado de la arquitectura española de aquel tiempo.

Los artistas más importantes de estos siglos trabajan más con el ideal de complacer a una comunidad que con el de satisfacer su propio arte. El principal cuidado de la Contrarreforma va a ser el de señalar un modo de expresión procurando que la actividad artística marque un formulario imperativo de temas. Esta era una de las formas de anular al individualista del Renacimiento. Debido a ello, la comunidad necesitaba ser dirigida y exaltada en el camino de la fe. Así, pues, el Arte, bajo la tutela de la Iglesia, se acomoda rápidamente a esta finalidad.

La Arquitectura es la forma esencial del arte religioso, y el lujo desplegado dentro de ella es mucho mayor que la austeridad. La Iglesia pretende que el fasto, las fiestas, las riquezas distribuidas por todo el templo, compensen lo que los fieles no pueden y no tienen en sus casas a través de la vida normal. Desea que posean un palacio común, y que éste quede convertido en una imagen lo más perfecta posible de lo que es el Cielo en la Tierra. De esta idea nace el ansia de que el templo debe estar bellamente decorado.

Al mismo tiempo, como el arte barroco es antes que nada un arte ciudadano, cuida de que las fachadas de los templos llamen la atención dentro del recinto de la población. El artista, al construir una iglesia desarrolla en el interior lo que esboza en la fachada. Ésta interesa que sea grande para que atraiga y conduzca al espectador hacia el templo. El altar debe enmarcar todas las miradas, gracias a las plantas circulares o elípticas del edificio, por lo que la nave única es la preferida. Este espacio interior no puede permanecer neutro, alejado, y tampoco es conveniente que el lujo y el esplendor llamen y asombren hasta el extremo de distraer a los fieles de lo más importante, sino que ha de orientar, recoger y dirigir las miradas hacia el Cielo. Sólo a través de la decoración es posible lograr este efecto; en ella, las líneas onduladas se enlazan unas con otras, serpentean y ascienden ayudadas por las figuras volantes de ángeles, que se van reuniendo en un inmenso torbellino en la cúpula central.

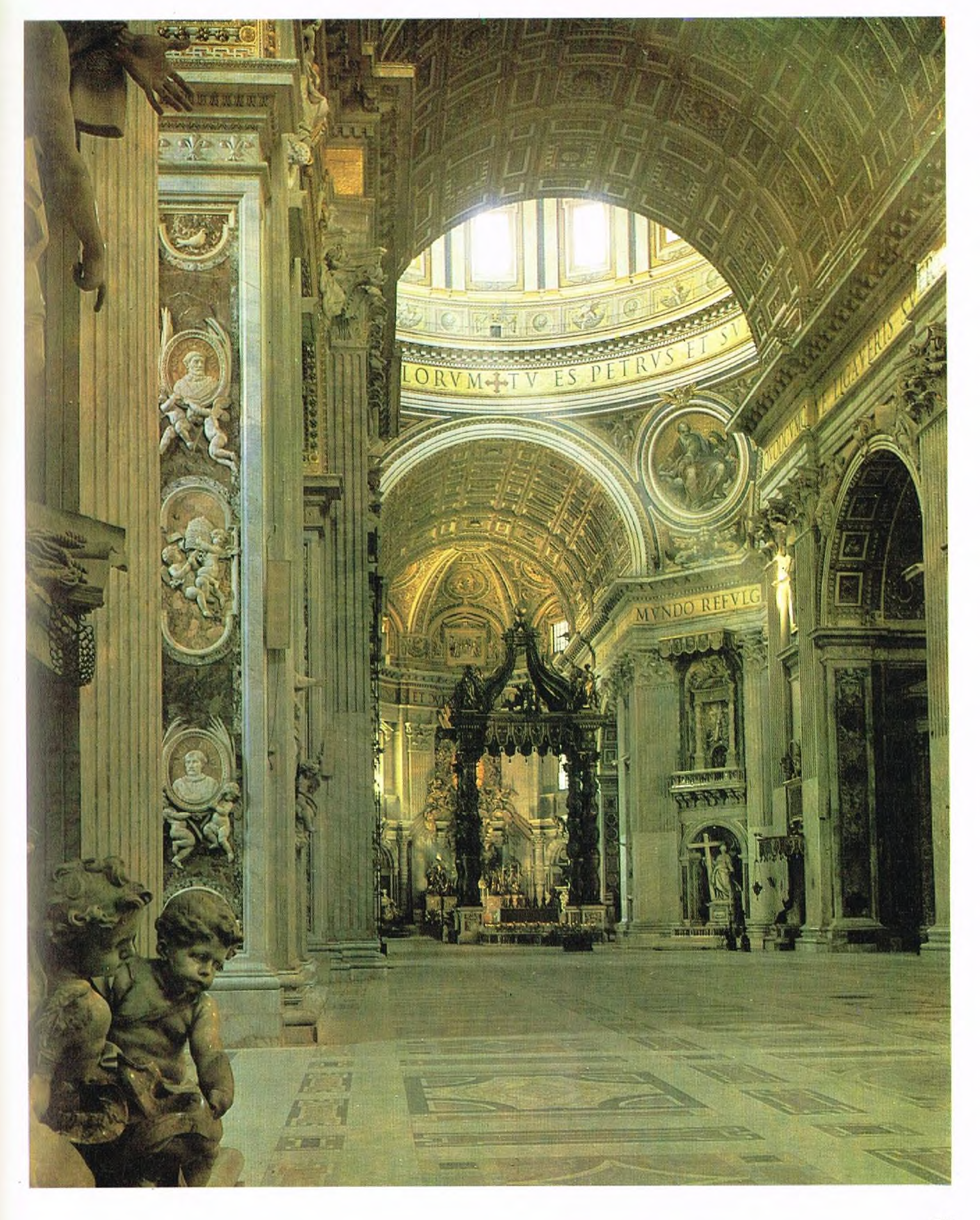
Durante el Renacimiento el Arte se convirtió en una ciencia, en un instrumento para descubrir la verdad. Y así, un Leonardo de Vinci llegó a distinguirse entre los demás artistas por dedicarse a esta búsqueda de su verdad que no era otra que la belleza. Pero con el Barroco el Arte ha cambiado de rumbo. Ya no busca la verdad porque se la da la Iglesia. Ahora sólo ha de conseguir comunicarla.

El barroco romano o jesuita, puesto que los dos conceptos van estrechamente unidos, está dominado por un sin fin de términos literarios o retóricos, hasta el extremo que E. Male ha podido escribir: «El arte barroco está por entero abocado a la descripción y a la narración mediante la imagen; el dibujo, las formas y el color no son más que medios de un discurso pictórico». Y así se ve cómo desde la pintura llena de encanto y poesía de un Giorgione, hecha sobre una base de sensibilidad profunda y sincera, se llega a la pintura discursiva, retórica, donde sólo cuenta el efecto producido al espectador mediante la astucia y artificios empleados por el artista sin que ninguna verdad humana esté demostrada sobre el lienzo.

En la Pintura, la figura aislada por un contorno va a desaparecer en medio de la agitación total del cuadro. El Arte busca más la sensación óptica por medio de la mancha de color y de la luz sobre la idea de una cosa, antes que proponer una forma delimitada por líneas. El mejor representante de esta técnica pictórica es el español Velázquez. Al contemplar sus cuadros puede hablarse por primera vez de Impresionismo en la historia de la Pintura. Lo pictórico cambia, pues, también de rumbo; a partir del Barroco las formas concretas desaparecen, y cuando existen sólo están para eliminar o disimular los pocos contornos geométricos que quedan en cualquier composición. Se le exige a la Pintura un movimiento lleno de vida, y para conseguirlo la línea recta y los círculos geométricos son sustituidos en la decoración por curvas, formas ovaladas, o espirales, que llegan a desterrar las líneas clásicas, incluso en la Arquitectura.

En la Escultura, las torsiones violentas y los escorzos atrevidos añaden una dimensión y concepción al movimiento agitado de la

El largo tiempo que duró la construcción de San Pedro de Roma permitió la intervención en ella de artistas de diferentes estilos. Uno de los que dejaron huella más profunda fue el barroco Lorenzo Bernini (1598-1680) que, de 1623 a 1634, levantó este baldaquino situado en el crucero del primer templo de la Cristiandad. Erigido sobre cuatro columnas salomónicas, que expresan de modo claro la idea del movimiento, fue decorado con garfios de bronce arrancados del antiguo pórtico del Panteón. La obra fue realizada en el pontificado de Urbano VIII.


LORVM TV ES PETRVS ET SV
MVNDO REFVLG

estatuaria, creando una verdadera confusión de actitudes en una misma escena.

Arquitectura, Pintura y Escultura se ordenarán una con otra. Ninguna de ellas está subordinada a las restantes, sino que se complementan y aúnan a fin de que el efecto global de las tres artes cause un impacto admirativo sobre el espectador.

Todas estas cosas, que no han hecho más que aparecer en el Barroco durante los últimos años del siglo XVI, se desarrollan en el XVII, después que la Iglesia permite desenvolver todas las inquietudes que habían permanecido ocultas durante la época del Renacimiento. El primer síntoma de este anhelo artístico se encuentra en la escuela veneciana de Pintura, que se da cuenta de que puede dar mayor expresividad a sus cuadros haciendo más importante el color que el dibujo, impresionando de forma más directa a sus admiradores.

El Barroco posee dos grandes nombres gracias a los cuales alcanzó, con ellos y con sus seguidores, su máximo apogeo: Borromini y Bernini.

Estos dos artistas crearon una Arquitectura en la que todas las formas está animadas de una vida que antes no poseían. Francisco Borromini, de Milán, fue el primero que supo aportar a sus obras una profunda renovación, y el que influyó de forma decisiva sobre el napolitano Juan Lorenzo Bernini.

La revolución del arte barroco puede situarse en Roma entre los años 1633 y 1634. Bernini y Borromini trabajaban en dos de las obras que se han hecho famosas por su monumentalidad y significación. Bernini acababa por entonces el baldaquino del altar mayor de San Pedro del Vaticano, y Borromini construía la iglesia de San Carlos de los Cuatro Fuentes. Los dos, cada uno por distintos caminos, llegaron a los mismos resultados.

Bernini construyó el baldaquino de San Pedro con unas magníficas columnas retorcidas. Según la tradición, el maestro se inspiró en los restos de unos pilares que llegaron por estas fechas a Roma y que se decía procedían del templo de Salomón, en Jerusalén. Por aquel tiempo la moda establecía decorar profusamente cualquier obra, pero Bernini huye de este exceso de decoración y escoge el movimiento de los elementos arquitectónicos, en este caso las columnas.

Borromini, en la iglesia de San Carlos, hace también uso de este movimiento, pero de forma tan violenta que llega incluso a la agitación. La iglesia es normalmente barroca; ahora bien, lo más característico es el entablamento del edificio que sigue todas las sinuosidades de los muros; las cúpulas son ovaladas y las columnas están disimuladas en la estructura. Esta obra será considerada como un compendio del arte de Borromini, ya que casi nunca usa la decoración interior; elude la pintura y también la combinación de materiales de distintos colores. En esta iglesia, Borromini se nos muestra como el innovador, pero en la de San Ivo de la Sabiduría, aparece como el revolucionario. Todo en ella es curvado, la pintura la escultura apenas tienen significación, mas, no obstante, el plano del edificio es muy complicado. Está compuesto por curvas y contracurvas que, uniéndose y conjugándose, acaban todas en la cúpula.

Bernini, sin embargo, no sigue todos los caminos que marca Borromini porque es un ardiente admirador del arte clásico y sólo será barroco en cuanto a la concepción del edificio, para llegar a causar el efecto que desea. Su mayor diferencia con Borromini está en la escultura, que usa continuamente y de la que hace una creación maravillosa de movimiento dentro de la iglesia. Su decoración



Obsérvese la inclinación similar de las figuras de este cuadro, «Consecuencias de la guerra», de Peter Paul Rubens (1577-1642), el más importante de los pintores flamencos del siglo XVII, en pleno período barroco. Con ella pretende representar la invencible fuerza del huracán belicoso que dobla y marchita la vida humana por donde pasa. Toda la concepción del lienzo se encamina a ese fin.



es mucho más rica que la de su adversario, y sus ángeles y rayos de luz se apoderan del edificio sin respetar ninguna de las estructuras. Como contraste, en el exterior de sus construcciones prescinde totalmente de ella y sólo recurre a las figuras para dar más vida al conjunto, como hace en la columnata de la plaza de San Pedro del Vaticano, donde toda la simplicidad de las columnas dóricas transportan al espectador a la parte superior de la balaustrada donde se hallan las esculturas en distintas actitudes.

También en escultura Bernini se destaca de forma extraordinaria. En plena juventud esculpió obras llenas de sentimiento, pero las más famosas son las de su edad madura, que es cuando se preocupa de representar en las tallas de sus santos el aspecto místico, o el embeleso de las almas frente a Dios. Su escultura más conocida en este sentido es la del *Éxtasis de Santa Teresa.*

El arte de Bernini y de Borromini sólo llegó a imponerse tras incruentas luchas sostenidas en casi todas las ciudades italianas en las que el Barroco apareció como el contrapunto de todos sus artistas preferidos. Por ejemplo, Florencia, la ciudad de Miguel Ángel y de los Médicis, opondrá seria resistencia al Barroco hasta el siglo XVIII, y casi lo mismo sucederá en Milán, Génova, Pisa, Turín, Módena y Bolonia. Tan sólo habrá una ciudad, Venecia, donde el arte barroco de los artistas romanos se manifestará en algunos monumentos.

La Pintura durante el siglo XVII se conforma con seguir los ejemplos de los hermanos Carracci, de la escuela boloñesa, o bien de Caravaggio, imitando sus efectos de claroscuros. Pierde importancia la pintura en tela, excepto en España, y se exhibe sobre todo en la decoración de bóvedas y cúpulas de las iglesias, con temas de verdadera apoteosis. A pesar de ser un elemento decorativo del interior de los templos, y de tener la misma importancia que la Escultura, no alcanza su nivel a causa de la rara perfección que Bernini supo darle a esta última.

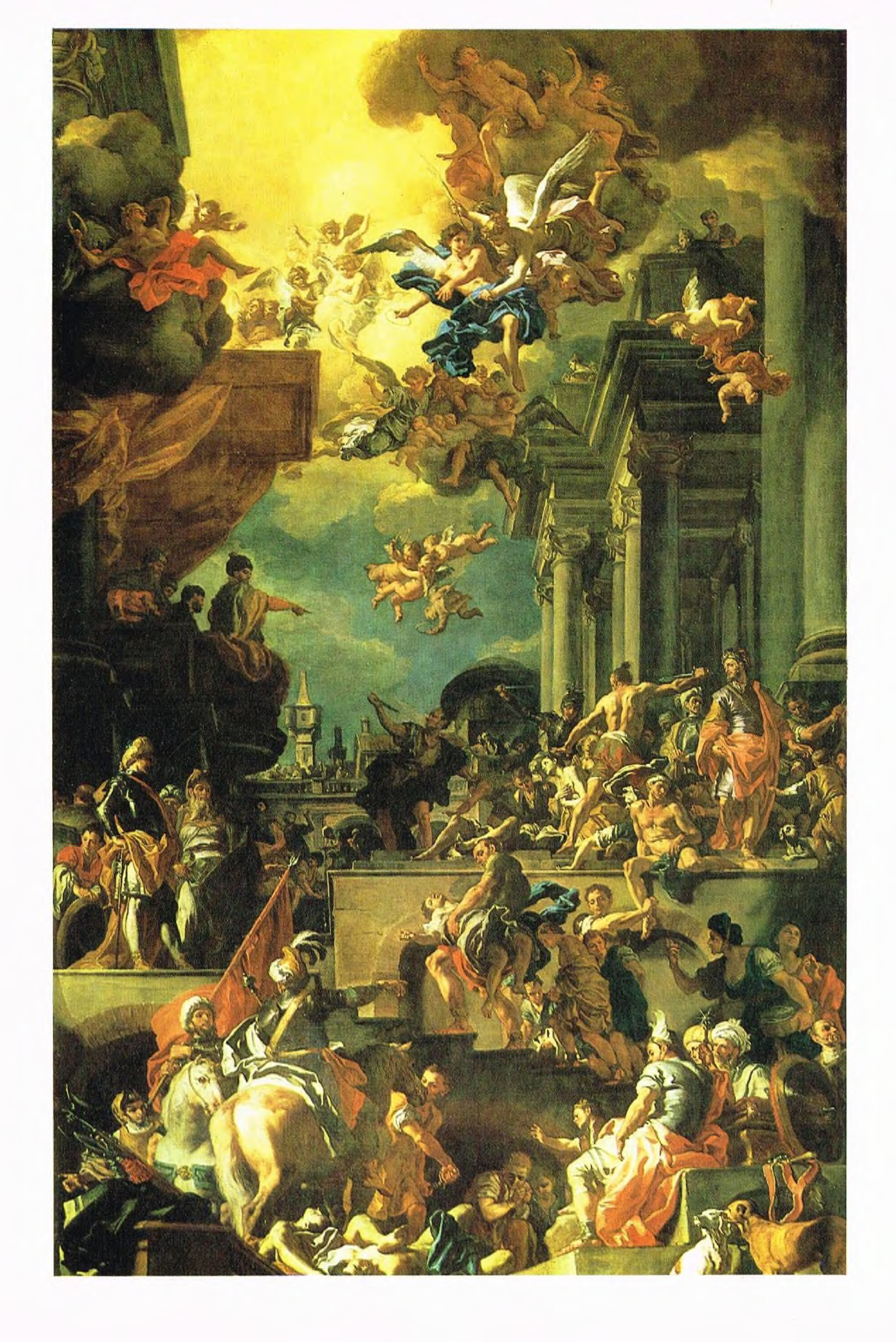
El arte barroco del siglo XVII se difunde rápidamente por todo el Occidente europeo, pero hay unas naciones que, en particular, lo adoptarán y le darán su propia personalidad: Francia, los países germánicos y la Península Ibérica.

El barroco francés de finales del siglo XVII tiene muchos puntos de contacto con el barroco flamenco, especialmente en la Pintura. Rubens, el más famoso de todos los artistas de Flandes, trabajó en París en los monumentos más importantes de aquella época, como la Galería de los Médicis. Sus discípulos trabajaron también en la capital francesa, y durante unos años el barroco romano quedó frenado por los artistas del Norte. Pero en cuanto aparecieron las primeras obras de aquél, el gusto artístico se dirigió hacia Roma.

Es a partir de 1641 cuando el escultor Mocchi, después de trabajar en Roma con Bernini, esculpe la estatua de Santa Verónica y un busto del cardenal Richelieu, las dos primeras obras barrocas de influencia romana en Francia. A este artista le siguen otros que trabajaban al estilo de Bernini, gracias al mecenazgo de los cardenales y primeros ministros de Luis XIV, Richelieu y Mazarino, los cuales hicieron construir la famosa Sala de las Tullerías para representar las óperas italianas. Los arquitectos de esta sala fueron los italianos de Módena, hermanos Gaspar y Carlos Vigarini. Los dos, y sobre todo Carlos, que se quedó a trabajar en la corte de Luis XIV, decoraron las grandes fiestas dadas por el Rey Sol.

El gusto por el arte italiano aumentó en la década 1660-1670 Ya no son únicamente los grandes personajes de la corte los que

La puerta abierta del palacio de la izquierda, la mujer que clama al cielo por los horrores de la guerra, los niños que aparecen asidos a las piernas de la mujer arrebatada por el guerrero, los caídos del ángulo inferior derecho, los restos de libros en el suelo, pisoteados por el fiero luchador, todo coincide: violencia, destrucción muerte.



Francesco Solimena (1657-1747), llamado el abate Ciccio, fue un pintor napolitano que dominó el ambiente artístico de su patria en su larga vida. Obra suya es esta «Matanza de los Justinianos en Scio», movida composición en la que la atención queda dispersa entre el dramatismo de las escenas, el brillante colorido, los fuertes contrastes de luz que van desde el sombrío centro donde se ordena la matanza hasta la amarilla claridad del cielo. Solimena prolongó hasta bien entrado el siglo XVIII el concepto de pintura barroca que Caravaggio había iniciado y Luca Giordano continuado en Nápoles.

solicitan a los artistas de Italia, sino también las órdenes religiosas y las ciudades que les encomiendan las construcciones de sus iglesias y monasterios, como los Teatinos de París que le encargan la suya a Guarini. Las peticiones de esculturas a Italia son frecuentes, así como la decoración de las poblaciones con fuentes y jardines. Hasta que un francés, André Le Nôtre, creará, al estilo de Bernini, unos proyectos para fuentes llenas de rocas, monstruos marinos y gran número de personajes, como hiciera el escultor italiano en la de Trevi en Roma.

A tal extremo llega la influencia del barroco romano en Francia que su primer ministro Colbert se dirige a los arquitectos italianos Rainaldi, Pietro de Cortona y Bernini pidiéndoles unos planos para edificar el Louvre.

El nacionalismo económico de Colbert y las intrigas de los artistas franceses lograron que el proyecto de Bernini, que había sido el escogido, no se llevara a cabo. Sin embargo, la estancia de Bernini en París se dejó notar en algunas de sus obras. Entre las que alcanzaron más fama destaca el busto del rey Luis XIV, que lo representa fiero, impetuoso y enmarcado por su capa, a la que da formas violentas y agitadas. Esta pequeña obra se conoció en toda Francia debido a las innumerables copias que mandó hacer el monarca para distribuirlas por la nación. La técnica y la influencia de esta talla fue enorme entre los artistas que no estaban sujetos a la dictadura artística de Le Brun, que era el maestro de Versalles y a cuyas órdenes trabajaban los mejores escultores franceses.

El fuerte academicismo de la época hizo que los artistas no pudieran manifestar toda su fantasía en la Arquitectura, pero la derrocharon en las artes decorativas, preparando así el camino al Rococó durante el siglo XVIII.

En los países germánicos, el Barroco que se impuso fue el primerizo, el de la época de Vignola. Tan sólo la abadía de Kempten quiso ponerse a la altura del barroco europeo, y, si bien fue empezada con entusiasmo, el resultado a fuerza de querer implantar nuevas soluciones fue desastroso. El Arte llevado por la gran influencia de los jesuitas no variará en absoluto hasta finales del siglo XVII.

La Escultura es más importante. A principios del siglo XVII continúa con la tradición del siglo precedente, labrando grandes retablos de madera policromada y exuberantes de decoración; las obras más conocidas son tal vez el retablo de Uberlingen, y las atribuidas al maestro de Brisach.

Una de las características más acusadas del arte alemán es la gran riqueza decorativa, sobre todo a base de yeso. En ocasiones esta decoración no se conforma con los altares y los retablos, y se reparte por las bóvedas, las cúpulas y los muros, cubriéndolo todo sin dejar adivinar la menor línea de la estructura del edificio.

En España será la Pintura la que marcará la pauta del desarrollo artístico más europeo. El catalán Francisco Ribalta y su discípulo valenciano, José Ribera, «El Españoleto», imponen las formas realistas italianas de última hora, en particular Ribera, que si bien hace gala de plenitud técnica en el *Cristo de la Expiación* y en *La Dolorosa,* convierte los suplicios y tormentos en el motivo central de unas telas sin piedad. Luego los andaluces pasan insensiblemente del amaneramiento rafaelesco a la sobriedad aristocrática de rancio abolengo en el país. Los principales representantes de la escuela sevillana son Zurbarán, el genial pintor de los frailes extáticos y de las escenas religiosas; el pesimista y ascético Valdés Leal, que se complace re-

presentando el realismo funerario *(Finis gloriae mundi)* y, sobre todo, Bartolomé Esteban Murillo, excelso pintor de la Inmaculada.

Diego Rodríguez de Silva y Velázquez fue el máximo exponente de esta época, a quien hemos dedicado un artículo en el volumen 3 de esta obra.

En la segunda mitad del siglo XVII destacó Carreño de Miranda, famoso retratista de Carlos II y su corte, que marca la transición entre la austeridad de Velázquez y la aristocrática adulación de un Van Dick.

En la Arquitectura existe contraposición entre la pobreza de los materiales empleados y la magnificencia decorativa. El Barroquismo en aquélla corresponde a una reacción contra el frío geometrismo de El Escorial. De ahí le viene el rompimiento de líneas y los excesos ornamentales. La expresión más característica de este arte se encuentra en las obras de los hermanos Churriguera, pero éstos pertenecen ya al siglo XVIII. En espera de esta plenitud, el Barroco es realizado por artistas importados de Italia. Así, Crescenzi es el autor del Palacio de Santa Cruz de Madrid, y el jesuita hermano Francisco Bautista de la que después será la catedral madrileña de San Isidro. Los monumentos religiosos del Barroco tendieron a deslumbrar por la opulencia, del mismo modo que la arquitectura civil lo intentaba por su colosalismo y por su decoración recargada.

En la Escultura se abandona la piedra por la madera y se recurre a los colores para pintar las imágenes, a la vidriería incrustando ojos y lágrimas, y a la indumentaria para vestirlas de ropaje. Todo con el fin de acercar el Arte a la realidad, con una ansiosa búsqueda de

El mayor representante español del tenebrismo napolitano de Caravaggio fue el valenciano José de Ribera (1591-1652) que gustó de reflejar la violencia de los martirios. Este cuadro, conservado en el Museo del Prado es «Martirio de San Bartolomé». Lo más llamativo de él es la expresión de las figuras representadas que van desde la piedad de las mujeres hasta la imparcial curiosidad de las figuras de la derecha. Sobresale, como es natural, el dramatismo que llena toda la figura del martirizado.





El Barroco se perpetuó en el siglo XVIII en muchos países de Europa, como en Alemania, de donde fue el arquitecto Dominikus Zimmermann (1685-1766). Utilizaba este artista, sobre todo, el estuco para decorar el interior de los templos, como éste de la Peregrinación de Wies, cerca de Steingaden, construido hacia 1745. Verde, rosa y oro, sobre fondo de blanco azulado, son los colores predominantes en este abrumador estucado distribuido por columnas, paredes y techo.

emociones que hieran el sentimiento religioso. El gallego Gregorio Fernández, autor de los Cristos yacentes; los andaluces Martínez Montañés, con su arte robusto, viril; Alonso Cano, con su serenidad en la Inmaculada de la catedral de Granada, y Pedro Mena, el escultor del dolor, presiden la galería de escultores en talla policromada del barroco español.

Siglo XVIII: apogeo del arte barroco y del rococó

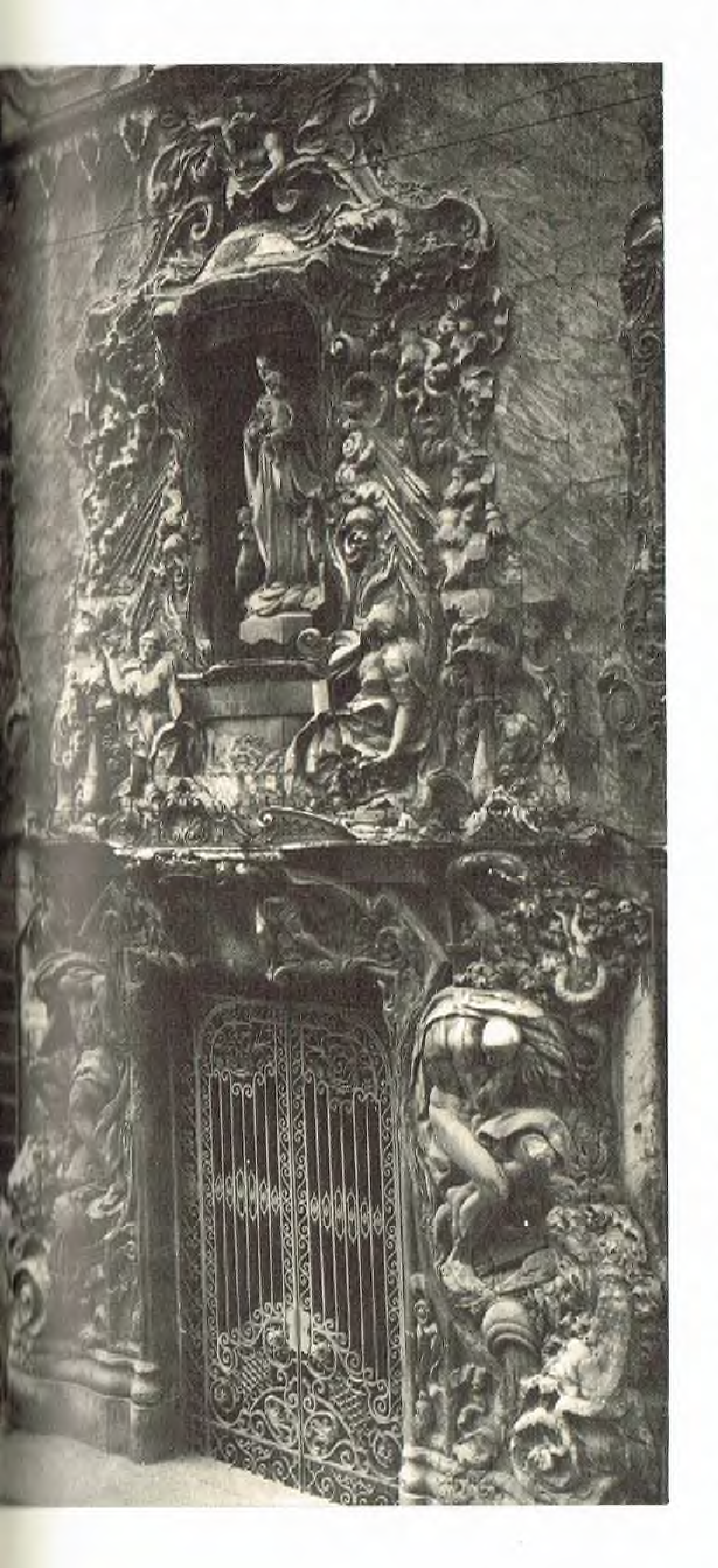
Es la centuria que marca la máxima dimensión del Barroco. Roma continúa siendo la capital del Arte. También Francia ostentará durante este siglo parte de ese título con la aparición del Rococó.

En Italia, al jesuita padre Pozzo se le puede considerar como el mejor artista del siglo XVIII. Así lo demuestra en las pinturas de las bóvedas de las iglesias y en el vestíbulo de las habitaciones de San Ignacio en Roma, donde el espacio imaginario por él creado semeja el doble de la realidad. Es autor también de las pinturas que hay en la cúpula de la iglesia del Gesù, en las que representa a San Ignacio en plena apoteosis. En el padre Pozzo se unen al sentido de la grandiosidad y de movimiento la riqueza policroma de los materiales combinados de forma excepcional.

Durante la primera mitad del setecientos, Roma continuará cubriéndose de magníficos edificios, como las iglesias de San Juan y de Santa Magdalena. Y no es solamente en Roma, sino también en todo el resto de Italia, y de forma acusada en el norte. Iglesias como la de San Lucas en Bolonia, y palacios como los de Turín y Génova continúan usando en las galerías, vestíbulos y escaleras, los motivos



En la página anterior: otra muestra de agotadora variedad decorativa, ésta en un interior, a la que contribuyen los espejos, para multiplicar el efecto, y en la que no faltan temas chinos. Abajo: considerada como prototipo de portadas barrocas, ésta es la del palacio del marqués de Dos Aguas en Valencia, de alabastro blanco. Combinación de arquitectura y escultura, la obra fue concebida por Hipólito Rovira Brocandel (1693-1765), y según dibujos realizados por éste la ejecutó Ignacio Vergara (1715-1776), ambos valencianos y colaboradores en otras obras.



creados por los artistas del XVII. El teatro llama también la atención de artistas tan famosos como Juvara, que se dedica a crear decorados arquitectónicos, y el pintor Magnasco, que deja en sus telas de pequeñas dimensiones, grandes estudios de perspectivas, que si entonces no llamaron apenas la atención, en el siglo XIX le harían ser considerado como el mejor pintor de caballete de su época.

Francia continúa con la vieja tradición de enviar a sus jóvenes artistas por mediación de la Academia, a Italia, para que estudien el arte clásico. Pero vuelven influidos y llenos de ideas barrocas que ponen en práctica en su país. Decoradores y escultores como Toro, Oppenordt, Adam, Slodtz y Meissonnier, convierten París en el centro de una nueva faceta del Barroco: el Rococó.

El primer decorador que inició esta nueva manifestación artística fue Bernard Toro, que hizo grabar unos sorprendentes marcos decorativos, extrañamente retorcidos, en los que los vegetales ascienden entre lienzos y angelillos, que se sostienen en rocas exquisitamente trabajadas. Esta rara y decorativa mezcla es lo que se denominó la «rocaille», el Rococó, que a partir de este momento, 1716, se desarrolló con gran rapidez.

El verdadero difusor del Rococó fue Meissonnier. Con gran fantasía creó formas decorativas que aprovecharon tanto los orfebres como los artífices de muebles o los arquitectos. Sin embargo, en la Arquitectura encontró muchas dificultades. Casi todos sus trabajos fueron rechazados ya que el juego de curvas y contracurvas superaba en imaginación a las mismas creaciones de Borromini. A pesar de que su arte queda reducido a los grabados, Meissonnier fue modelo para casi todos los orfebres que crearon un arte delicioso, difundido por casi toda Europa, y lo mismo ocurrió con el arte mobiliario, donde todas las formas irregulares del Rococó quedaron adoptadas.

La Pintura no escapó de la influencia de la «rocaille». El pintor más fecundo de aquella época, Boucher, fue uno de los grandes maestros del Rococó. Gustó de la elegancia de las formas, de los elementos de la Naturaleza, de las rocas, y todo lo combinaba con marcos complicados. Su pintura llena de luz, nacarada, aérea, tiene como motivos más frecuentes escenas mitológicas, en las que los personajes representan episodios de amor. Su obra capital es la tela titulada *El triunfo de Venus,* conservada en el Museo de Estocolmo.

Con Adam y Slodtz, también la escultura se acerca al Rococó, aunque más independiente que el resto de las artes. Estos dos autores supieron crear obras que armonizan perfectamente con el espíritu del edificio para el que fueron destinadas. Adam fue el autor de una monumental fuente para los jardines de Versalles que representa el triunfo de Neptuno; por sus grandes rocas y la distribución de tritones y personajes recuerda a las fuentes de Bernini.

En esta primera mitad del siglo XVIII el arte francés parece abandonar la arquitectura religiosa para dedicarse de un modo preferente a la civil. Lo que ocurre es que, en estos momentos, aquélla no es tan monumental, no tiene la grandiosidad que se observa a finales del siglo XVI; pero, en contraposición, nunca se construyeron tantas iglesias y monasterios como en esta parte del setecientos.

El barroco hispánico

Los pueblos español y portugués fueron los creadores de un arte intercontinental. Adaptar al gusto americano el estilo europeo fue relativamente fácil. Los conquistadores, que inmediatamente de do-



minar el país empezaron a colonizarlo, erigieron numerosas ciudades al estilo de las que existían en la metrópoli, y los edificios, cosa natural, fueron semejantes a los que se levantaban en las ciudades de la península. Pero a la vuelta de pocos años, con la libertad de expresión que es propia del Barroco, los pueblos indígenas fueron creando su propio arte en el que se mezclaban reminiscencias de las culturas precolombinas. Sobre todo en la decoración, y debido a su exaltada fantasía, llegaron a cimas no conseguidas en el barroco europeo.

España fue, de modo principal, el núcleo de cultura más abierto a las inquietudes de Europa en aquellos momentos. Su política durante los siglos XVI y XVII le permitió mandar en el Occidente cristiano, pero cuando se empezaron a notar los primeros síntomas de decadencia espiritual y política, se aceptó con facilidad la idea de que cualquier artista afamado podía expresar con toda independencia sus inquietudes, lo que dio paso a una gran libertad de temas y formas.

A la llegada de los Borbones a España, los maestros italianos fueron solicitados con frecuencia desde la península. Carlo Fontana construyó el templo jesuita de Loyola; Juvara proyectó y empezó a edificar el Palacio Real de Madrid, que terminó su discípulo Sachetti; Lucas Giordano pintó las bóvedas de la escalera de San Lorenzo de El Escorial, causando la admiración de los pintores españoles que sólo se atrevían a plasmar escenas de temas religiosos.

Más adelante, en 1762, Carlos III encargó a Tiépolo la decoración de gran parte del Palacio Real.

Muchos de los pintores de la corte eran franceses. Desaparecidos los discípulos de Velázquez, los reyes españoles se hicieron retratar por los pintores de moda en las cortes europeas: Houasse, Ranc y Van Loo fueron los más importantes. Y en Arquitectura ocurrió algo semejante, cuando se trató de construir el palacio de La Granja, proyectado por el alemán Teodoro Ardemans.

Considerado como integrante de la escuela posvelazqueña, aunque con más propiedad debería llamarse madrileña, Antonio de Pereda (1608-1678) es uno de los pintores más fieles intérpretes de la idea barroca. Así puede comprobarse en este cuadro, titulado «El sueño del caballero», en el que, presidido por el símbolo de la muerte, aparecen los de la sabiduría, el poder, la riqueza, la guerra, la belleza y el que tal vez expresa mejor la caducidad de la existencia: el reloj cuyas horas, según la inscripción «hieren siempre, vuelan raudas y matan».

No fue solamente en Arquitectura y Pintura donde se notó la influencia extranjera; las artes menores, como la cerámica, la fabricación de sedas y su decoración, y el embellecimiento de los jardines, estuvieron notablemente influidas también por los artistas de Francia.

El barroco español del siglo XVIII culminó en su expresión con los diversos miembros del linaje de los Churriguera. José fue el iniciador de una dinastía, viéndose continuada su labor por sus nietos Joaquín y Alberto Churriguera. Se caracterizan los tres por la profusión ornamental, especialmente en la decoración de retablos. A José Churriguera se debe el palacio de Nuevo Baztán y la Academia de San Fernando (Casa de Goyeneche), de líneas sobrias. Sus retablos y construcciones de madera, como el altar de San Esteban, de Salamanca, o el catafalco de la reina María Luisa, destacan por el empleo de grandes columnas salomónicas y profusa hojarasca. Joaquín Churriguera dirigió en Salamanca el colegio de Calatrava y la airosa cúpula de la catedral. Su hermano Alberto terminó la portada de la catedral de Valladolid y trazó la bella Plaza Mayor salmantina.

Los continuadores del Churrigueresco hicieron pervivir este estilo hasta finales del siglo XVIII, mezclándose ya con el Neoclasicismo. Los famosos fueron Pedro de Ribera, Narciso Tomé, Domingo de Andrade y Francisco Casas Novoa. El primero era discípulo directo de Churriguera y nos ha dejado, entre otras obras, la iglesia de Montserrat y el hospicio de Madrid. Narciso Tomé fue autor del transparente de la catedral de Toledo, de gran teatralidad y exuberancia, y la fachada de la Universidad de Valladolid. Domingo de Andrade proyectó la torre del reloj de la catedral de Santiago, cuya fachada del Obradoiro concibió su discípulo Casas Novoa, y lograron la obra más grandiosa del barroco peninsular, «dotada de un movimiento ascendente casi gótico».

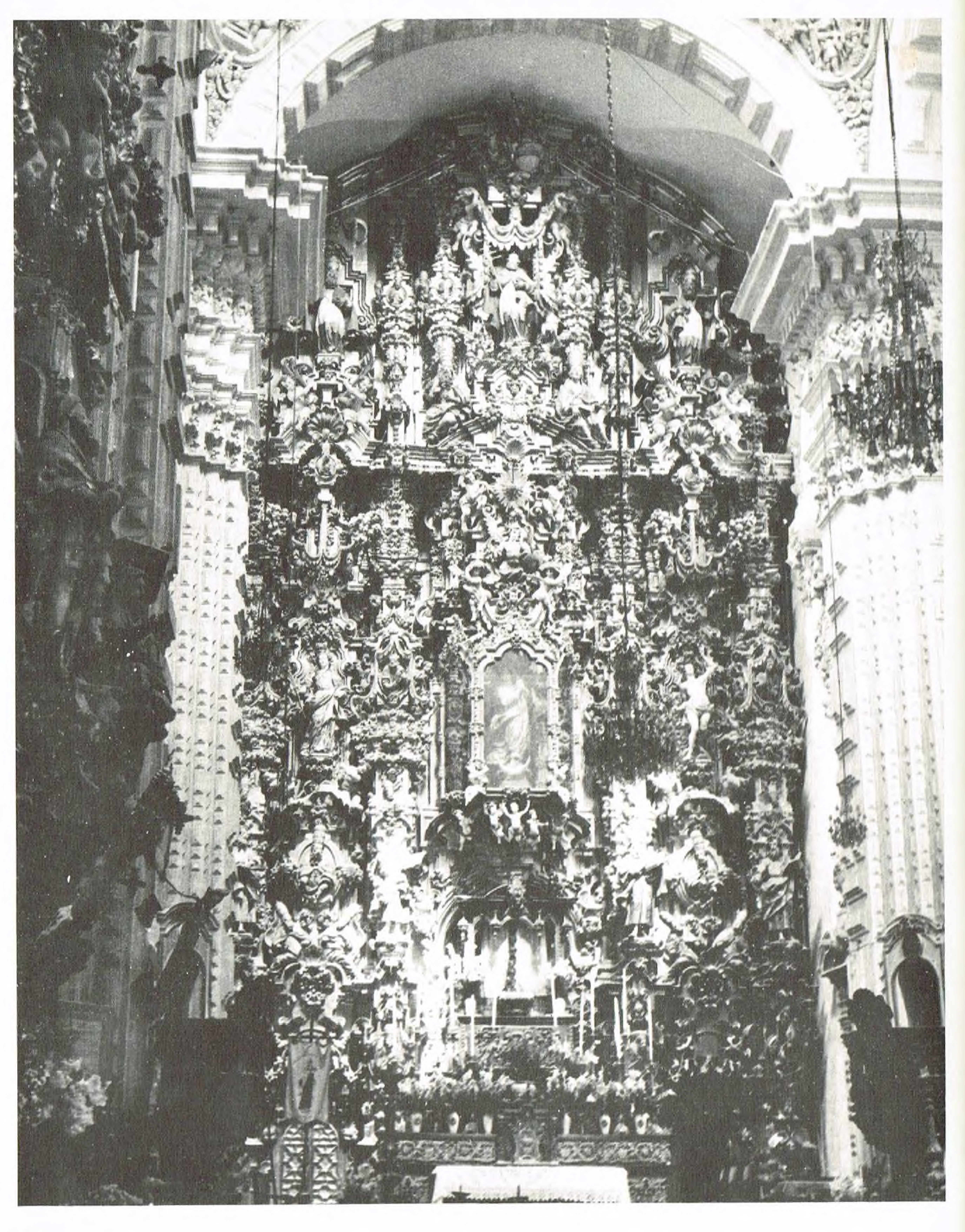
La estatuaria religiosa pasa durante este siglo un momento de gran decadencia. Sólo cuatro nombres merecen recogerse: Duque Cornejo, Carmona, Luján Pérez y Francisco Salzillo. El último entronca directamente con las grandes figuras del siglo XVII; es autor de majestuosos pasos procesionales, con estatuas de bella delicadeza.

La Pintura llega a tal estado de postración en el siglo XVIII que todos los autores son artistas de segunda fila, hasta que se produce la aparición de un genio: Francisco de Goya y Lucientes, a quien hemos dedicado un extenso artículo en el volumen 5 de esta obra.

En América, el Barroco se manifiesta únicamente en la arquitectura y en la decoración. En México, aunque se producen monumentos importantes en el siglo XVII, sus obras más características son las del XVIII, y sus elementos más usados son los arcos poligonales inspirados en el arte hispano-árabe y el gótico de finales del siglo XV. En el conjunto del templo sobresale el uso continuo de cúpulas sobre tambores octogonales, y la decoración de aquéllas con cerámica vidriada. En el exterior llama la atención la esbeltez de sus torres.

Los artistas mexicanos más importantes de esta época son: Pedro de Arrieta, autor de la basílica de Guadalupe, semejante al templo del Pilar en Zaragoza; a la misma escuela que Arrieta pertenecen Lorenzo Rodríguez, Diego Durán y Guerrero Torres, este último autor de la capilla del Pocito, la casa del conde San Mateo, y de la llamada casa de Iturbide.

Puebla es sede de otra de las escuelas de mayor personalidad de Nueva España. Durante el siglo XVII da vida a varios talleres de yeseros que crearon decoraciones interiores tan ricas como las de Santo Domingo de Oaxaca, y tan originales como la capilla de Rosario, de



La interpretación española del Barroco pasó prontamente a la América hispana, donde se incrementó, en el aspecto decorativo, con detalles indígenas. Uno de los más bellos templos barrocos mexicanos es el de Santa Prisca, de Taxco, del que se ofrece la portada en la parte inferior de esta página y el altar mayor en la anterior. La obra se debió a la generosidad de un emigrante francés, llamado José de la Borda (1700-1778), minero, que reunió una colosal fortuna en aquella ciudad. La fachada anuncia ya lo que será el interior del templo.

Santo Domingo de Puebla. En la centuria siguiente la decoración de los templos de Puebla llega a una sobrecarga que no ha podido ser superada. Esta decoración no se limita a sus iglesias, sino que también la hace en sus casas, a base de ladrillos rojos y azulejos, que con el tiempo se convertirán en escenas históricas o costumbristas, como ocurre en el santuario de Ocotlán, o en el templo de San Francisco Acatepec, de Cholula, donde el azulejo reviste incluso las columnas. Las riquezas que se encuentran en las minas de oro y plata del país se manifiestan en las construcciones religiosas, como la iglesia de Guanajuato, y la riquísima de la pequeña población minera de Zacatecas, en la que el estilo del follaje es de clara inspiración indígena.

Aunque de rango artístico más modesto, las misiones franciscanas establecidas al norte de la actual frontera mexicana dejan dos interesantes series de monumentos. En Nuevo México, en el siglo XVII, emplean un tipo de iglesia de gruesas paredes, generalmente de adobe, dispuestas en talud. Las misiones de California fundadas por los padres Junípero Serra y Lasuén, que se escalonan desde San Diego



hasta San Francisco, son construcciones mucho más amplias que, además del templo, tienen un gran patio, alrededor del cual están edificadas todas las dependencias necesarias para la educación de los indígenas y la explotación agrícola, cuyo centro es la Misión.

En América Central, debido a los frecuentes terremotos, las construcciones son menos esbeltas, y las torres, por ejemplo, apenas sobrepasan la altura de la fachada. Los monumentos más significativos están en Guatemala, tales como las iglesias de Santa Rosa y San José. En Cuba lo más representativo es el arraigo del Mudejarismo, lo mismo que en Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú y Argentina, pero el estilo que acaba imponiéndose es el Barroco con peculiaridades muy características de que hacen gala para la construcción de grandes retablos, donde los indígenas, acostumbrados a ver los templos de sus dioses antiguos recargados de objetos de oro, intentan hacer lo mismo con la imaginería cristiana.

En las artes industriales hubo un desarrollo muy particular, destacando a la cabeza de todas la Orfebrería, siguiéndole en importancia la Herrería artística, la Cerámica y la Talla. Y aquí es donde se manifiesta de forma esplendorosa un barroco indígena o popular que sirve para que los artesanos fabriquen objetos decorativos al estilo europeo, pero con temática peculiar, sobre todo con representaciones de la fauna y flora de cada país.

A finales del siglo XVIII, el Barroco, degenerado en un ampuloso y en muchos casos afeminado Rococó, llega a una exuberancia agobiante. Está próximo el momento en que se va a producir una nueva reacción y surgirá un academicismo rígido, frío, con cánones bien determinados que ahogarán la libertad del artista. El Neoclasicismo — del cual nos ocuparemos en otro capítulo de esta obra — coincidirá con los efectos trágicos de la Revolución francesa y la aparición fulgurante del imperio napoleónico a principios del siglo XIX.



Otro ejemplo de esta demasía decorativa hispanoamericana está constituido por el púlpito del templo de la Merced de la ciudad de Guatemala. El soporte, el propio ambón y la escalera de acceso están totalmente ocupados por unos pocos temas que se repiten de manera incansable. Podría asegurarse que la preocupación del artista fue la de no dejar un centímetro cuadrado sin que interviniera el escoplo, aunque sometiendo al tallado a una evidente regularidad.

JUDO



«El Sol, aterrorizado por los desmanes del hombre en la guerra, se retiró a una cueva y puso de por medio entre él y los hombres una enorme piedra. Cuando éstos trataron de rescatarlo, se negó a salir y la piedra no se movió. Entonces, uno de ellos tuvo la idea de organizar un combate de "sumo". El Sol, tentado por la curiosidad de ver una vez más aquella lucha, salió de su escondite y ya no volvió a ocultarse.»

De padres a hijos se ha transmitido en el Japón esta leyenda, que se remonta a unos 3000 años y es una de las muchas que existen sobre el remotísimo origen de los deportes nipones de lucha. El «sumo», padre del judo, era uno de éstos, y el más apreciado. De él nacieron el «jiu-jitsu», el «kendo» y el «judo».

Historia y leyenda del judo

Relatar la evolución del judo sería como narrar la historia misma de un pueblo que, aun en la actualidad, se nos antoja enigmático y lejano. Los historiadores nipones que han escrito centenares de libros sobre el judo, confiesan: «es un pozo de sabiduría sin fondo. Estamos sólo al comienzo».

Una de las figuras básicas del judo es el profesor Jigoro Kano, que estudió profundamente la época de los famosos «samurai» y de sus apasionantes combates de «jiu-jitsu». El Dr. Kano no pretendía crear ni un deporte violento ni un medio de ataque. Su idea se fundamentaba en la defensa, en el aprovechamiento de la fuerza del adversario y, en el fondo, en la creación de una filosofía de la lucha.

En 1882 fundó el «Kodokan», la primera escuela de judo moderno, que hoy en día es el centro de reunión de los «judokas» de todos los países, en la que se aprueban los pases de una categoría a otra y que constituye la verdadera sede mundial del ya multitudinario deporte. Nueve muchachos fueron sus primeros alumnos que le ayudaron a crear una nueva faceta de la educación física.

Bases fundamentales del judo

La «regla de oro» del judo, preconizada por los japoneses, consiste en aprovechar la fuerza que sobre nosotros usa, o trata de usar, un adversario. Si le oponemos resistencia y somos más débiles que él, la derrota es segura. Ahora bien, si usamos en nuestro beneficio su gasto de energías, la victoria puede cambiar de signo. Por ejemplo, y esto se ha visto en muchas ocasiones, supongamos que un hombre fuerte trata de derribar una puerta cerrada; con su fuerza puede lograrlo tras tomar un fuerte impulso. Si, en cambio, entreabrimos esta puerta, al no encontrar resistencia entrará como una exhalación y caerá al suelo o quedará en posición desequilibrada.

Esta es la base del judo: desequilibrar al adversario, retroceder con habilidad para provocar su ataque, y entonces, mediante una de las muchas presas que enseña este sistema, derribarle limpiamente, o hacerle caer de espaldas e inmovilizarlo por treinta segundos en el «tatami» (nombre japonés del rectángulo de lucha), o, como antes se apuntaba, aplicarle una presa reglamentaria que le obligue al abandono. Con la aplicación de una de estas tres posibilidades se gana automáticamente el encuentro.

La utilización racional de las energías o habilidades de la mente y del cuerpo es la base de las teorías del Dr. Kano y de sus sucesores en la dirección del «Kodokan», desarrollada prácticamente en su escuela. Para llegar a ello es necesario un aprendizaje a veces largo y penoso, llevar una vida sana y completa, así como poseer una nobleza de sentimientos que impidan hacer mal uso de las habilidades que se dominan, pues, algunas presas del judo pueden ser mortales.

El judo se ha definido como la «escuela del equilibrio», un equilibrio que debe manifestarse en todos los órdenes de la vida y que abarca también los dominios del espíritu.

El judo se practica en un rectángulo de 10×10 metros. En el momento en que el cuerpo atraviesa la línea de tiza que delimita el *ring,* el combate queda suspendido automáticamente. Esta regla permite una defensiva práctica cuando el «judoka» pasa un momento de peligro. El piso de la cancha puede ser una colchoneta de lona no muy dura, aunque tampoco demasiado mullida. Las frecuentes caídas

En la página siguiente: diversas presas de judo. 1) «O Soto Gari»: el peso del contrario cae sobre la pierna derecha consiguiéndose el desequilibrio del cuerpo. 2) «O Goshi»: el primer movimiento consiste en apoyar el peso del adversario sobre la cadera propia para conseguir la voltereta y la caída al suelo, como puede verse en el dibujo 4. En la figura 3, movimiento «Hashi Barai», se produce la caída al levantar el pie del contrario y haciéndole bascular hacia atrás. 5) Una pierna apoyada en el pubis le proyecta hacia adelante, por encima de la cabeza propia en el movimiento «Sutemi Tomoe Nagi». 6) Una llave de brazo y cuello muy parecida a las usadas en lucha libre. 7) El final del combate viene determinado por la inmovilización, cuando los hombros del adversario tocan el suelo. En la fotografía de abajo se puede comprobar las virtudes de este deporte y la defensa incluso femenina ante un corpulento contrincante.



que ocurren en la práctica del judo harían peligroso este deporte si el suelo presentase excesiva dureza.

La vestimenta del «judoka» es blanca y consiste en una chaqueta de recia tela, sin botonadura, y en un pantalón estrecho que llega hasta la pantorrilla. Es obligatorio llevar los pies descalzos y libres de vendajes u otra clase de aditamentos.

La duración de un combate es variable: en los de exhibición o de competición local, se trata por lo común de un único asalto de cinco a diez minutos. En cambio, los campeonatos del mundo, máxima prueba hasta ahora en el calendario internacional, señalan que los combates, hasta los cuartos de final, se disputen sobre 6 minutos; las semifinales en un tiempo único de 10 minutos y la final en dos tiempos de 10 minutos cada uno.

En toda reunión oficial los resultados posibles son cuatro, a saber:

a) lanzando al suelo al adversario, siempre que todo el cuerpo de éste tome contacto con la lona;

b) inmovilizándolo en el suelo durante un tiempo de 30 segundos;

c) obligándole al abandono mediante las presas admitidas en los reglamentos, y

d) el conseguir sumar más puntos que el adversario según criterio de los jueces, que tendrán en cuenta todas las facetas del combate: técnica, caballerosidad, agresividad, presas efectuadas, etc.

El judo está repleto de amabilidades y de cortesías, realmente sentidas por sus practicantes. El respeto y la admiración que se reconocen al adversario — que es amigo porque practica el mismo deporte —, hacen que el ritual saludo entre los contendientes y al árbitro no sea mera formalidad. Cuando el juez ordena la iniciación del combate, el «judoka» agarra con sus dos manos las solapas de la chaqueta del adversario, que está anudada por el cinturón y que sirve, asimismo, como indicativo para saber si el combate se desarrolla legalmente. En efecto, cuando la chaqueta sobresale por encima del cinturón el combate debe detenerse inmediatamente para que el «judoka» reponga y se anude la chaqueta bajo el cinturón. Este es otro de sus símbolos, que a veces pueden parecer futiles, pero que tienen un significado específico.

Las presas forman, evidentemente, la fase principal del judo. Son muchas y exigen largos años de práctica para dominar sus sutilezas y obtener de ellas verdadera utilidad. Sus nombres, por otra parte, aun siendo traducidos al francés o al español, no son demasiado reveladores. Las presas reconocidas superan las ciento cincuenta, y existen en ellas una serie de pequeñas variantes que constituyen las «armas secretas» del luchador.

He aquí algunas de las llaves o presas más famosas, o más fáciles y prácticas. Señalaremos que al atacante se le llama «Tori» y al atacado «Uke», según la nomenclatura oficial usada en el Japón y aceptada en todo el mundo.

Osotogari: Tori empuja a Uke hacia atrás, obligándole a apoyarse en el pie derecho; Tori avanza de lado con el pie izquierdo, que, fulminantemente, ataca por detrás el pie derecho de Uke, privándole del equilibrio y empujándole hacia él. Con las manos aferradas en los brazos de Uke, le hace caer al suelo, donde puede inmovilizarlo por 30 segundos o, más sencillamente, dejarlo tumbado de espaldas.

Tomoenage: Tori agarra con ambas manos el cuello del traje de Uke mientras pasa su pie entre las piernas de éste elevándolo hasta apoyarlo en el estómago. Entonces se deja caer con fuerza hacia el suelo atrayendo inevitablemente a Uke, cuyas manos deben estar obligatoriamente en contacto con la chaqueta de Tori. Con un fuerte impulso de su pie izquierdo, Tori eleva a Uke y le obliga a dar una vuelta de campana para dejarlo caer en el «tatami» o suelo del campo de lucha. Con un rápido movimiento, Tori debe tratar de inmovilizar a Uke en el suelo, lo que en muchos casos se trata de una estrategia defensiva para salvar un momento de peligro, ya que, como se comprenderá, también Tori cae tendido.

Kataguruma: Es un movimiento espectacular y típicamente ofensivo. Tori trata de atraerse a Uke con sus manos aferradas en las mangas de éste por medio de un fuerte empujón. Entonces Tori se encoge bruscamente, obligando a que el agredido repose el cuerpo sobre sus espaldas, tras agarrarle la pierna. Con un balanceo del cuerpo, Uke hace el «movimiento de la rueda» (que es una traducción bastante reveladora del Kataguruma) y cae en el suelo frente a Tori, que sigue agarrándole por las mangas.

Estos son los movimientos más comunes entre los judokas de parecidas características físicas y que se encuentran en sus primeros meses de iniciación. Veamos ahora las presas favoritas de algunos de los grandes «judokas» europeos o japoneses, quienes, como es lógico,

Ésta es una fotografía histórica porque reproduce el momento final del combate entre Koji Soné, japonés, y el holandés Geesink. Éste, que pesaba 118 kg, aplica una presa llamada «Uchi-Mata» y se dispone a derribar sobre el «tatami» a su contrincante. La pierna izquierda de Geesink va a voltear a su rival con lo que conseguirá la victoria. Por primera vez, un europeo vencía a un gran campeón del judo. El combate se disputaba en el estadio Coubertin de París y Geesink, en el transcurso del mismo, derrotó nada menos que a tres judokas nipones.





El judo no es una lucha simplemente, sino un modo de entender la vida. Por eso el respeto al contrincante y un elevado sentido de caballerosidad presiden la vida del judoka. El profesor francés M. Amet, que luce el honorable cinturón negro, tercer dan, ciñe el cinturón del mismo color a su hijo y discípulo Alain que, a la edad de 17 años, se convirtió en un tercer dan, el más joven dentro de esta categoría en Europa.

han aportado a lo que podríamos llamar «movimientos originales» variantes adaptadas a su temperamento o personalidad.

Seo-Inage: Es una presa muy usada por los «judokas» de talla pequeña, es decir, por la mayoría de los japoneses. Tori, con una mano asida al brazo de Uke, le hace bascular suavemente, al tiempo que con sus pies trata de desequilibrarlo. Bruscamente, Tori inclina su cuerpo hasta lograr un ángulo recto con sus piernas, y «arrastra» a Uke, quien describe una parábola en el aire antes de caer de espaldas. La habilidad de Tori reside en sincronizar la inclinación del cuerpo con el golpe que desequilibrie las piernas de Uke.

Uchi-Cari: Es un movimiento de uso frecuente que prepara un ataque final capaz de inmovilizar al adversario en el suelo. Tori pasa una pierna a ras de éste entre las de su adversario y, con un sistema similar al taconazo futbolístico, embiste la pierna opuesta de Uke. Mientras Tori gira lentamente sobre sí mismo, con las manos fuertemente agarradas en las solapas de Uke, éste pierde ligeramente el equilibrio. Entonces Tori le atrae fuertemente y, en tanto, con un rápido giro del cuerpo se aparta de Uke. Por lo general, la caída de este último es seguida por la de Tori, que tratará de echarse sobre Uke para inmovilizarlo durante el tiempo que permite el reglamento, o sea, treinta segundos.

Tai-Otoshi: Otra presa básica en todo buen «judoka» nipón. Tori gira lentamente sobre su pie izquierdo, mientras lanza el derecho delante de su adversario. Sus manos agarran los brazos de Uke, empujándolos hacia delante y hacia el suelo. Uke tropieza, si así puede decirse, con el pie derecho de Tori, quien ante la pérdida del equilibrio del contrario aprovecha el momento para intensificar su acción y hacerle caer de espaldas tras un impulso de media vuelta en torno a sí mismo.

Y ya nos encontramos con la presa más empleada en la actualidad, que usaba el ex campeón mundial, el holandés Geesink: es el *Uchi-Mata,* que exige, como veremos, notables recursos físicos al margen de la técnica indispensable.

Tori, el atacante, toma impulso dando media vuelta sobre sí mismo mientras introduce una pierna entre las de su rival y sus brazos agarran fuertemente los de Uke. En este momento Tori inicia una fuerte inclinación del busto, al tiempo que su pierna eleva rápidamente el cuerpo de Uke quien «monta a caballo» sobre Tori, que continúa inclinado sobre Uke, materialmente aprisionado por su rival, que cae al suelo. Inmediatamente Tori se lanza de nuevo sobre Uke, aunque no lo haya soltado enteramente, para mantenerlo en el «tatami» durante los 30 segundos estipulados.

Existen infinidad de matices en estas presas o llaves, y aún deben existir otras que todavía no se han descubierto y que quizá nunca se descubran. El judo, deporte espectacular para quien lo presencia, tiene tal cantidad de sutilezas que el ojo humano es incapaz de distinguirlas enteramente. Quien llegue a descifrarlas paulatinamente se convertirá en un buen «judoka» y, tras muchos años de trabajo, podrá aspirar a competir con las grandes figuras de la especialidad: los «cinturones negros», la aristocracia del «judo».

El sistema de clasificación en judo

Las diferencias existentes entre un campeón del mundo y un campeón nacional de un país poco iniciado en judo son tan grandes que, en un torneo internacional, al campeón le bastarían de 4 a 8

segundos para deshacerse de su adversario. El judo no es un deporte en el que la suerte permita resistir más o menos tiempo, ni en el que se produzcan sorpresas sensacionales. Un gran campeón, como Geesink, por ejemplo, tardó exactamente 9 segundos en derrotar al campeón indonesio en un último campeonato mundial. Ello demuestra la matemática regularidad que rige la lucha. Para evitar estos resultados, que pueden ser incluso descorazonadores para los debutantes, el Dr. Kawaishi, un japonés afincado en Francia, que inició la divulgación de este deporte en Europa, decidió delimitar las categorías y establecer un estímulo a sus jóvenes alumnos. Dividió a sus discípulos en varios grupos que se destinguían por el color del cinturón que llevaban durante los combates. De otra parte pudo evitar así los excesos que suponía la lucha entre un «judoka» con algún tiempo de práctica, y otro completamente inexperto, ya que le bastaba ver el color de sus cinturones para comprobar si la lucha era regular y factible.

Los colores de los cinturones ofrecen una gama del blanco al negro, y cuanto más oscuro es el cinturón, más elevada es la categoría del «judoka». Para los debutantes el cinturón es *blanco*. En el inmediato escalón, llamado segundo grado, es *amarillo*. En el tercer grado el cinturón es *anaranjado*. Para los judokas de la cuarta categoría es de color *verde*. Sucesivamente sigue el *azul oscuro* (quinto grado), el *marrón* (sexto grado) y, finalmente, el *negro* (séptimo grado). Sin embargo, a partir de aquí comienza la verdadera clasificación de los judokas de clase nacional o internacional. Actualmente hay casi medio millón de cinturones negros en todo el mundo, de los cuales más de 300 000 son japoneses. A partir del «cinturón negro» la clasificación se hace por «dans» (o grado superior, que es traducción literal), divididos en diez categorías. De la primera a la quinta el cinturón sigue siendo *negro*, pero desde la sexta hasta la octava es *blanco* y *rojo*. La suprema consagración es el cinturón *encarnado*, que distingue a los «dans» de la novena y décima categoría.

¿«Dans» de décimo grado? Sólo tres han existido en la historia del judo. Uno de ellos el octogenario Mifuné.



Mifuné

Para el pueblo japonés, el nombre de Mifuné está estrechamente unido a la historia y a la evolución del judo. Muy pocos hombres han consagrado toda su vida al judo, y Mifuné es uno de éstos. No solamente lo amó como pudo amarlo Jigoro Kano, sino que fue maestro, el «genio de los maestros», en su deporte, que fue su verdadera pasión.

A los quince años Mifuné tomaba diariamente el camino hacia el Kodokan, el «templo sagrado» del judo. A los ochenta, seguía haciéndolo para transmitir su sabiduría a las jóvenes generaciones. Mifuné ha sido un símbolo del Japón. Por su figura diminuta (1,58 m de estatura y unos 50 kilos de peso), por su abrumadora gentileza, por la sonrisa suave que prodigaba a sus adversarios, no ya solamente al inicio del combate, sino durante todo el tiempo que duraba éste.

Mifuné llegó a la cúspide, al décimo «dan». Él es quien mayores méritos aportó para ello, porque detentaba un récord que quizá pueda ser igualado, pero que jamás podrá ser mejorado, por larga que sea la existencia del judo. Durante 45 años de competiciones oficiales, Mifuné no perdió ni un solo combate, siendo por ello el único «jukoda» que ha podido retirarse sin caer vencido en el «tatami».

Cuando a los 60 años dejó la lucha, la vida de Mifuné cambió muy poco; siguió frecuentando el Kodokan para prodigar sus consejos y continuó efectuando demostraciones. Todo «judoka» mundial que se preciaba había visitado a Mifuné y todas las reuniones terminaban del mismo modo, como enmarcadas en un ritual legendario: Mifuné se dirigía al Kodokan seguido de sus invitados. Al penetrar en su recinto, las docenas de muchachos que se entrenaban se apartaban respetuosos y lentos, dejando libre el «tatami» central. Solamente uno de ellos, por lo general el más fuerte y experimentado, quedaba sobre la lona. Tras una larga serie de cortesías y de reverencias mutuas, para todos sus invitados, Mifuné comenzaba su demostración. No se trataba de un combate propiamente dicho, sino de una simple exhibición de diversas presas. Toda la suavidad y tranquilidad de Mifuné se ponía al servicio de su cuerpo, y los adversarios, con sus masas corpóreas de más de cien kilos, caían lanzados sobre sus espaldas o salían despedidos con una presa de piernas o, simplemente, se derrumbaban en el suelo porque Mifuné era aún el «maestro» inimitado, cuya incalculable habilidad le había situado inamoviblemente en la cúspide de la historia del judo, con la aureola de un símbolo nacional.

El «Kodokan»

Los combates de judo se disputan vistiendo un traje ritual de tela gruesa, sin botones de ninguna clase y ciñendo la blusa un cinturón cuyo color indica la categoría del luchador, y con los pies descalzos. Todo es limpio en las presas y en los movimientos. Una cortesía exquisita rige las normas del juego. Estos jóvenes barceloneses intentan derribarse mutuamente sobre el tapiz, pero saben que no pueden utilizar golpes de ninguna clase. Es la habilidad y la destreza la que vencerá finalmente.

Cualquier aficionado a los deportes sabe que el lugar de origen de los Juegos Olímpicos fue el recinto de Olimpa. El «judoka» conoce también perfectamente que la sede mundial del judo es el «Kodokan», monumento vivo y palpitante de este deporte. En este lugar 7000 extranjeros han tratado de aprovechar las maravillosas enseñanzas de los maestros japoneses. En el Kodokan (cuya traducción aproximada es «casa de la enseñanza y del camino a seguir») se realizan las clasificaciones por categorías, se distribuyen los «dans» y se examina a cuantos nacionales o extranjeros deseen subir un peldaño en las categorías.

Desde la cinco de la mañana el Kodokan está abierto a todos: estudiantes, trabajadores, empresarios, oficinistas, escolares, etc. En las horas destinadas a la comida del mediodía, el Kodokan se llena de hombres con sus bocadillos envueltos en fino papel, que dejan sobre unas mesas especialmente destinadas para ello. Reciben su lección de judo durante una hora, se retiran del «tatami», toman su bocadillo, y comen en las pequeñas gradas mientras observan los combates que se desarrollan de modo incesante en el «tatami».

Infatigables profesores y maestros descubren a los alumnos los secretos del judo, desde el alba hasta entrada la noche.

La ceremonia más interesante en el Kodokan es el examen de los judokas extranjeros que se hallan de paso o que residen en el Japón durante algún tiempo con el objeto de perfeccionar su técnica. Dos jueces impasibles, se diría que ausentes de cuanto sucede a su alrededor, examinan a estos entusiastas. Se les enfrenta a un buen «judoka», un sexto o séptimo «dan», por ejemplo, y en la inevitable derrota que van a sufrir se observarán sus cualidades. Un «judoka» que materialmente haya sido catapultado por su adversario en menos de 30 segundos puede ser ascendido de categoría por la buena resistencia que haya opuesto al campeón. Y es que unos segundos bastan a estos jueces para atisbar y valorar las cualidades del examinado.

Regresar a su patria con el aprobado del Kodokan es la mayor alegría que pueda recibir un «judoka» europeo, americano o africano.

Los «dojos»

El Kodokan no basta para dar cabida a todos los aficionados del judo, pues uno de cada veinticinco japoneses es practicante de este deporte. La enorme población de Tokio ha obligado a la creación de múltiples pequeñas escuelas de judo situadas en todos los barrios, en casi todas las calles, en cualquier sitio de la ciudad. Son los «dojos», establecimientos de una limpieza absoluta, donde el polvo se considera enemigo mortal.

En ellos, tenuamente iluminados, silenciosos (los zapatos se dejan en la puerta, incluso por parte de visitantes extranjeros), y aislados de toda luz exterior, los «judokas» se entrenan. Por menos de un dólar al mes (al cambio normal en yens) puede llegarse a cinturón negro, ya que los propietarios y profesores de los «dojos» no pretenden enriquecerse, ni siquiera hacer del judo una profesión. Les basta que alguno de sus alumnos llegue a las altas cimas del deporte nacional para sentirse satisfechos. Y, efectivamente, de allí han salido grandes «judokas» que de otro modo se habrían visto imposibilitados de iniciarse en su práctica. La proliferación de los «dojos» es, sin duda, la razón fundamental de haberse llegado a la asombrosa cifra de cinco millones de «judokas» en activo.

Los campeonatos del mundo

Con anterioridad al fin de la II Guerra Mundial, hablar de un campeonato mundial de «judo» habría sido utopía. La superioridad japonesa era tan abrumadora y su difusión aún tan escasa, que todo hacía pensar que pasarían muchos años antes de llegarse a una verdadera confrontación universal. Sin embargo, el doctor Kano — en



¿Es posible un combate entre un hombre y una mujer o debe rechazarse esta idea por una evidente superioridad física del primero? La señora Scott demuestra que, en judo, no existe una discriminación sexual válida si la judoka está mejor adiestrada que su oponente masculino. Una mujer puede derribar e inmovilizar perfectamente a un atacante de mayor peso y vigor si ella posee una técnica más depurada. Y lo demuestra de un modo convincente... derribando a su propio marido.



La mujer necesita adquirir ciertos hábitos de defensa que, en determinadas ocasiones, le permitan librarse de un ataque o de una situación fastidiosa. Por estas razones, el judo ha encontrado en el campo femenino amplia aceptación. En la fotografía, puede verse una de las presas fundamentales en este tipo de lucha: desequilibrar al adversario para que éste, impulsado por su propio peso y movimiento, caiga sobre el tapiz. Y para ello no se trata de que el vencedor despliegue un gran esfuerzo, basta con aprovechar el que realiza el contrario para intentar derrotarnos.

su formidable labor viajera por todo el mundo —, abrió las puertas del judo a muchos pueblos. Poco a poco, con su milenaria carga de misterio y tradición, el judo iba entrando en la mentalidad europea, en la norteamericana y en las cálidas tierras de Sudamérica.

El año 1951 París fue el escenario de los primeros campeonatos de Europa. Deseoso de acercarse a sus hermanos occidentales, Japón envió al profesor Risei Kano para asistir a este torneo, acompañado del campeón nacional Diago. Para los franceses fue un honor ver a este personaje fabuloso en el ya desaparecido «Vel d'Hiv» (Velódromo Invernal). Tras la celebración de los campeonatos se designó al Dr. Kano como primer presidente de la nueva Federación Internacional, distinción a la que él correspondió como buen japonés, permitiendo la exhibición de Diago enfrentado a los 10 mejores «judokas» europeos que intervinieron en el campeonato. No fue una demostración larga, ni mucho menos. Como queda dicho, se trataba de una simple exhibición, y Diago no tuvo mayor dificultad para enviar al «tatami», uno tras otro, a sus contricantes, invirtiendo un cuarto de hora, o poco más, en los diez combates. Pese a esta demostración de la innegable superioridad nipona, se gestaba ya la próxima celebración de un verdadero camponeato mundial, y los europeos se sintieron entusiasmados por la idea.

En 1956, 31 «judokas», representantes de veintitrés países, se dieron cita en Tokio, que fue la sede natural del primer campeonato del mundo. Durante cinco horas se sucedieron las eliminatorias: el español Pons batió al campeón de Siam, y el argentino Araya derrotó al campeón del Sarre. En la siguiente eliminatoria, Pons y Araya tuvieron que enfrentarse a los dos representantes franceses, los mejores de Europa en aquel momento, y fueron eliminados.

A la final, como era lógico, llegaron dos japoneses: Matsui y Yoshimatsu. Tras una lucha de ribetes muy técnicos, con notable

recelo mutuo, se cumplimentaron los 20 minutos de pelea. El juez era nada menos que Mifuné, quien confesó hallarse ante un verdadero problema para designar al vencedor. Se tomó un largo tiempo de reflexión, sin duda para rehacer mentalmente todo el combate, sin que el público se impacientara ni mucho menos. Finalmente, alzó la mano de Matsui declarándolo campeón. Mifuné valoró la ligera superioridad de Matsui considerando su mayor iniciativa o agresividad, ya que ambos demostraron poseer domino técnico igual.

Esta tradicional supremacía de los creadores del judo se confirmó plenamente en el campoenato mundial de 1958, que volvió a tener como escenario la ciudad de Tokio. Para un occidental, el resultado de esta competición pudo parecer imprevisible, pero no para los japoneses. Las dos figuras del equipo nipón, Soné, campeón nacional, y su discípulo Kaminaga, la joven promesa del judo japonés, eran virtualmente invencibles. Ambos pertenecían al mismo equipo (el de la famosa Universidad de Meiji), y su triunfo era seguro a ojos del pueblo japonés, por cuanto una «regla no escrita», íntimamente relacionada con la tradicional cortesía nipona, proscribe que el más joven de los luchadores intente derrotar a su maestro o superior de una misma escuela o club.

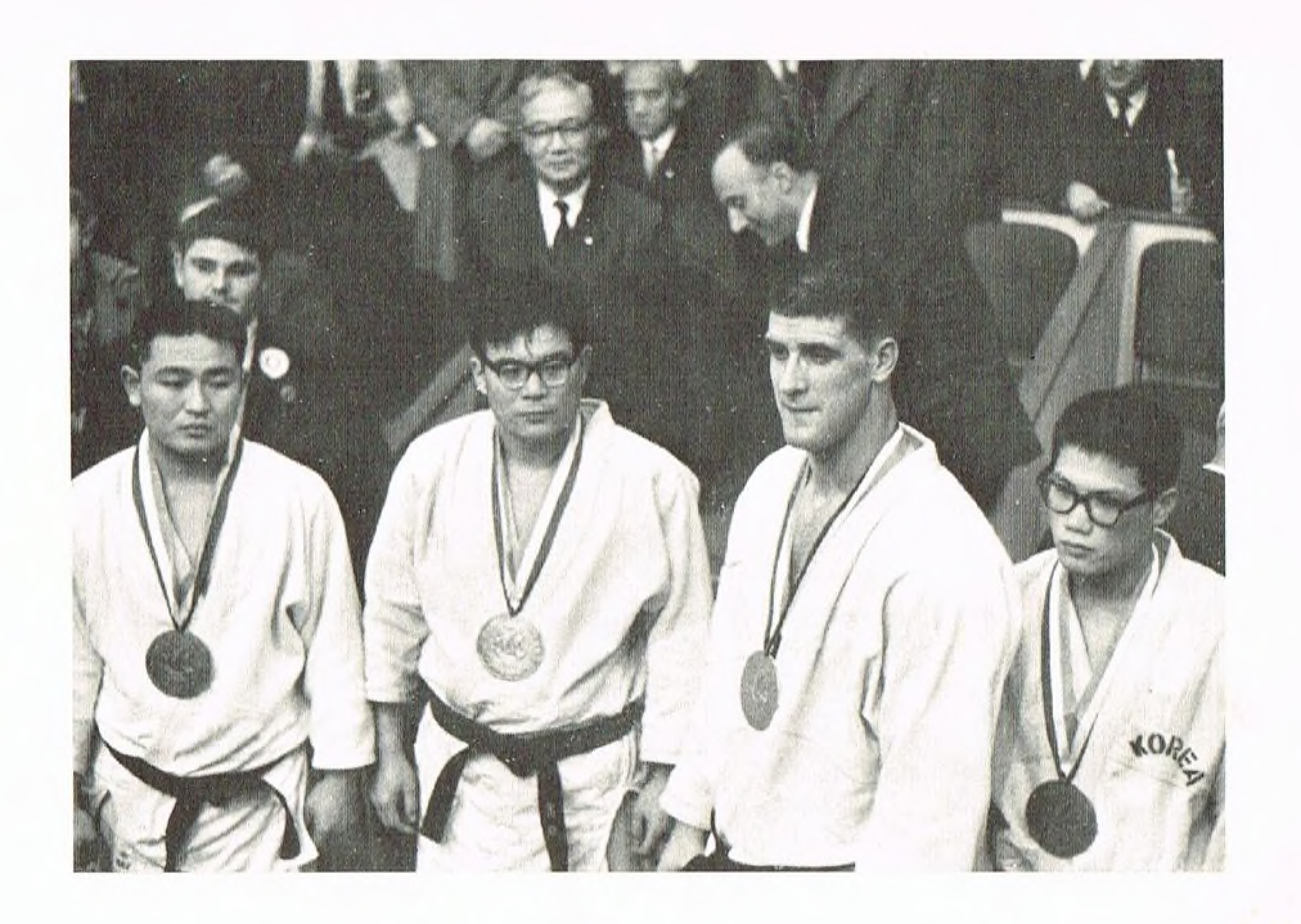
En estas circunstancias, Kaminaga no podía, en modo alguno, derrotar ni siquiera intentarlo, a Soné, que le había prodigado múltiples consejos y que le llevaba ocho años de ventaja. Tras los 20 minutos de combate, la técnica hábil y escurridiza del aparentemente pesado Soné había prevalecido sobre la mayor agresividad de su discípulo, y el árbitro, que era otra vez Mifuné, no dudó en proclamar campeón del mundo a Soné. En la pelea para el tercer lugar, otro japonés, el veterano Yamashiki, derrotaba al francés Pariset, eliminando al último europeo tras haber hecho lo mismo con el gigantesco Geesink, que seguía frecuentando el Kodokan en espera de su total mejoramiento y desarrollo.

Si su primera final fue muy indecisa y la segunda estaba resuelta de antemano, no cabe duda de que la final del campeonato mundial de 1961 produjo una verdadera revolución en el cada vez más dilatado mundo del judo. Muy pocos podrán comprender la terrible desilusión del pueblo japonés al escuchar por radio la noticia de que en el Estado Coubertin, de París, el holandés Geesink derrotó, sucesivamente, a los tres representantes nipones, proclamándose campeón del mundo. Saber que Geesink vivió largo tiempo en el Japón, que era un discípulo adelantado de las teorías del judo nipón, que su inmensa mole de 118 kilos le sirvió para poner en práctica las enseñanzas de sus amigos japoneses, no bastaron para compensar el sabor de la amarga e inapelable derrota.

El judo, con la victoria de Geesink, iba a tomar nuevos rumbos. Se comprendía que, con técnica similar, un «judoka» de 118 kilos debe inapelablemente derrotar a otro de 60 kilos, o poco más. Mifuné elevó su voz contra tal pretensión y salió de su voluntaria reclusión del Kodokan para hablar en la televisión, en la radio y para escribir encendidos artículos en periódicos contra la «desnaturalización» del judo. Sus esfuerzos fueron casi inútiles.

A partir de aquel momento se decidió la reglamentación en tres categorías, que son las siguientes: ligeros, hasta 58 kilos; medios, hasta 80 kilos; pesados, a partir de los 80 kilos. En toda competición, sin embargo, se celebrará una competición «open», abierta a «judokas» de cualquier peso, que, en definitiva, será la más importante. Estas decisiones, tendentes a aplacar los ánimos irritados del

Cuatro grandes campeones. De izquierda a derecha, Koga, Koji Soné, Geesink y Ton Pao. Los dos primeros son japoneses, el tercero holandés y el último coreano. Frente a los 118 kg del europeo, Koga ofrecía únicamente 78 kg. Al vencer Geesink, pareció derrumbarse la creencia de que el peso no influía en el resultado del combate. A partir de entonces, 1958, se establecieron distintas categorías reservándose una «open» o libre para enfrentar a campeones de distinto peso. El holandés se retiró del profesionalismo cuando era campeón mundial y se dedicó a preparar judokas. Entre sus discípulos, destacó el campeón olímpico Ruska, vencedor en Munich, en el año 1972.



judo japonés, contrastan con las abusivas pretensiones de algunos países que aspiran a un mayor número de categorías por pesos, aunque todo parece indicar que va a mantenerse la actual clasificación, pues en realidad el «caso Geesink» es la excepción que confirma la regla.

En el campeonato de 1961 la afluencia de público fue cuanta permitía la escasa capacidad del local, pero las cámaras de la televisión llevaron a todo el continente europeo las imágenes de este «descubrimiento» masivo del judo. El público holandés pudo así saborear las mieles de la victoria, que hizo de Geesink un héroe nacional, el más aplaudido deportista de Holanda. El sorteo de los combates no favoreció a Geesink, que afrontó sucesivamente los tres judokas japoneses: en los cuartos de final encontró al más peligroso de los nipones, Kaminaga, quien tres años antes tuvo que dejar el título en manos de Soné.

Los progresos enormes de Kaminaga no fueron suficientes para evitar la victoria de Geesink, cuya atribución por parte del jurado algunos consideraron discutible, aunque, claro está, ni los japoneses ni el propio Kaminaga mostraron su disconformidad. En las semifinales, Geesink no tuvo dificultades para derrotar a Koga, que pesaba 40 kilos menos que el holandés, al que bastó un minuto y medio para ganar el combate. En medio de una tensión extraordinaria, Soné, el campeón mundial, afrontó a Geesink, tantas veces campeón europeo. La veteranía y la astucia de Soné resultaron capaces de resistir el empuje y la clase de Geesink, que utilizó su famoso «Uchi Mata» a los siete minutos de combate. Treinta segundos después era campeón mundial, tras inmovilizar en el «tatami» a Soné, que perdió definitivamente su título.

En otoño de 1965 se celebró en Río de Janeiro el campeonato mundial de judo. Los delegados de las diversas naciones representaban a más de 6 millones de «judokas», de los cuales 4 millones eran asiáticos, 1 2000 000 europeos, 650 000 americanos y el resto africa-

nos. Por primera vez en la historia del judo la presidencia de la Federación Internacional recayó en un europeo, el francés Monet Maury, que sustituyó al legendario Kano.

En este campeonato, el holandés Geesink sufrió una lesión en una rodilla y anunció que se retiraba de las competiciones internacionales, renunciando al campeonato mundial. Geesink había ganado la medalla de oro en las Olimpíadas de Tokio de 1964, había vencido a Seiji Sakaguchi, y se sentía bastante satisfecho con estos éxitos, difíciles de igualar.

En este campeonato mundial Japón volvió a respirar satisfecho cuando Isao Inokuma venció al campeón europeo, el ruso Awmy Kibrotsashvili. Nuevamente el preciado título estaba en manos de un nipón.

Posiblemente no existe un deporte que haya tenido en los últimos años una difusión tan grande como el judo. En Francia, el número de practicantes rebasa ya los 250 000, y en la Unión Soviética se ha impuesto de tal modo que su campeón, como ya se ha dicho, se convirtió en el de Europa al vencer al campeón francés. Los preparadores rusos habían contratado profesores japoneses, filmado los combates para analizarlos, y adoptado las enseñanzas de la lucha rusa, el *samb,* a la perfección del judo.

El verdadero misterio de este deporte consiste sólo en el permanente aprendizaje en que se hallan sus practicantes, en su lección de equilibrio humano, que implica una actitud de superación constante, una singular filosofía de la perfección. Hace algún tiempo le preguntaron a Mifuné en qué momento cesó de aprender algo nuevo en el judo. El gran judista sonrió con suavidad y contestó: «Yo nunca he dejado de aprender. Aún hoy he aprendido algo y mañana sabré también algo nuevo. El judo es una ciencia insondable. Es como una enamorada muy exigente que no admite la menor infidelidad de su amante...».

Un deporte tan noble que enseña no sólo el control de los movimientos y la utilización de la fuerza del rival, sino que es, al mismo tiempo, una fuente de superación espiritual, forzosamente tenía que ser bien recibido en los centros de enseñanza. A los niños, les interesa el judo y éste es fomentado por los dirigentes de todos los países. La fotografía recoge un momento de una emisión televisiva española. Pueden verse pequeños judokas realizando una exhibición bajo la atenta mirada de sus profesores, mientras en las graderías numerosos niños y niñas desearían encontrarse sobre el tapiz.





¿Qué sucede cuando un atleta de 80 kg se precipita con todo su ardor sobre nosotros? Si ofrecemos resistencia, nos arrolla, pero si desviamos su impulso y transformamos aquella fuerza en beneficio propio, cediendo en lugar de resistir, el que nos ataca perderá el equilibrio y caerá. Por esto en el judo es tan importante la defensa, que se basa en utilizar el impulso del contrario. En esta fotografía, tomada en Munich, se ve al judoka arrodillado a punto de voltear al adversario, pero... ¡cuidado..., éste aún mantiene un pie sobre la lona!

En 1964, por primera vez en la Historia, los Juegos Olímpicos se celebraron en Japón y también por primera vez el judo fue admitido como deporte olímpico. Mas la natural alegría que experimentó el pueblo nipón se trocó en amarga tristeza cuando la medalla de oro en esta especialidad fue conquistada por el holandés Geesink.

Cuatro años más tarde, en 1968, no hubo competiciones de judo en la Olimpíada de México, pero este deporte se había desarrollado y extendido de tal modo, que más de 80 países contaban con su propia Federación y en los Juegos Olímpicos de Munich volvió a incluirse en el calendario de competiciones.

Munich fue el punto de la gran cita de los judokas, en 1972, pues iban a otorgarse nada menos que seis medallas de oro. Éstas correspondían a las categorías de peso ligero, «welter», medio, semipesado, pesado y peso libre («open») considerada ésta como la más importante, ya que enfrentó a los mejores especialistas sin distinción de peso.

La ausencia del judo en el programa olímpico de México había obligado a la Federación Internacional a organizar los campeonatos del mundo que se venían celebrando cada dos años. Así, en 1967, tuvieron lugar en la ciudad norteamericana de Salt Lake City, donde los japoneses conquistaron los cuatro títulos en juego correspondientes a peso ligero, medio, pesado y libre.

En esta última prueba, Matsunaga se impuso al alemán Glahn, pero se dejó sentir la ausencia de un joven y vigoroso judoka holandés, Wilhelm Ruska, que se había proclamado campeón de Europa unos meses antes. Ruska era el último descubrimiento de Geesink, que se había retirado de las competiciones para convertirse en entrenador.

En las otras categorías, se impusieron rotundamente los japoneses, demostrando que continuaban siendo los grandes maestros del judo. Así, Shigeka venció en ligeros, Maruki en medios y Muratoya en pesados. Parecía que la derrota experimentada frente a Geesink podía calificarse de simple incidente sumido ya en el pasado.

Ya hemos dicho que el judo no participó en las Olimpíadas de México, pero quizás a modo de compensación, se organizaron también en México, al año siguiente, 1969, los campeonatos mundiales. En éstos se adoptó la decisión de clasificar a los participantes en seis categorías: cinco por pesos y la última abierta a todos los judokas en general.

En el peso ligero, la final fue disputada por los japoneses Sonada y Nomura venciendo el primero. También en la categoría de peso medio los japoneses disputaron la final, en la que Yujio Sonoda se impuso a su compatriota Kenji Hirao. Este monopolio japonés se extendió a la categoría «welter», en la cual Minatoya derrotó a Kono.

En las categorías superiores, los nipones tuvieron más dificultades para mantener la supremacía.. En los semipesados, Sasahara derrotó al alemán occidental Herman, quien a su vez habíase impuesto a Kawabata. En los pesados, surgió la «amenaza» del alemán Glahn, quien en las semifinales venció a Matsunaga hasta entonces campeón del mundo. Pero en la final, se restableció el predominio oriental al ganar Sakao Suma al europeo.

Por último, en la prueba «open» o libre, se produjo un duelo entre Japón y Holanda. Por un lado, se presentaron los discípulos de Geesink: Ruska y Eugster. Éste fue derrotado por Shinomaki, pero Ruska, considerado inexperto, venció en toda la línea a Nakao Sato. Mas en el último combate, Sinomaki se impuso a Ruska.

Estos resultados demostraban que la tradicional superioridad ja-

ponesa volvía a estar amenazada por los europeos y en particular, por los holandeses, verdaderos maestros de judo. Si los primeros ofrecían gran habilidad y rapidez de reflejos al detener un ataque y al contraatacar, por parte holandesa se imponía la fuerza física y la corpulencia que convertían al judo en un combate más dinámico y agresivo que el practicado por los «padres del judo».

Los campeonatos de 1971 constituyeron un ensayo general en vista a la próxima Olimpíada. Incluso se disputaron en la misma época del año y en una ciudad alemana, Ludwigshafen. También en esta ocasión el triunfo japonés fue casi total, llevándose cinco títulos mundiales de un total de seis. Y si perdieron el sexto fue por la ausencia de una de sus mejores judokas debido a una lesión.

En los ligeros, Nomura fue derrotado por Kawaguchi. En los «welters», Tsuzawa desbancó al campeón Minatoya. En el peso medio, se proclamó campeón Sakao Fujii venciendo a Shigematsu. En la última fase japonesa, al disputar el semipesado, Sasahara retuvo el título al poner sobre la lona a Nakao Sato.

Únicamente en los grandes pesos, Klaus Glahn fue derrotado ante su propio público por el holandés Ruska. Finalmente, en la categoría «open», Shinomaki renovó el título adquirido en 1967 frente al soviético Kuznetsov, primer judoka ruso que llegó a una final mundial de este deporte.

En los campeonatos japoneses de 1972, que sirvieron de preselección olímpica, se reveló el joven peso medio Sekine, que se proclamó vencedor en todas las categorías. Es lógico que los nipones pensaran que en Munich iban a acaparar todas las medallas de oro.

El judo en las Olimpíadas de Munich

Las decepciones para los japoneses comenzaron pronto. En la categoría de pesos pesados, Nishimura fue eliminado en las semifinales, de modo que Ruska se enfrentó a Glahn, consiguiendo la primera medalla de oro.

En los semipesados, Sasara, campeón del mundo en 1971, fue eliminado pronto y en la final, el soviético Chochosvili derrotó por puntos al británico Starbrook.

En el peso medio, la lucha se centró entre el coreano Lip Oh y el soviético Sekine, que se impuso al primero de modo poco convincente, por lo que el veredicto fue abucheado por el público.

En la categoría «welter», los japoneses más livianos demostraron su eficacia, como Nomura, que triunfó sobre el polaco Zajkowsk. Tampoco Kawaguchi tuvo dificultades para imponerse al mogol Buidas en la categoría de los pesos ligeros, con lo que Japón volvió a abrigar esperanzas para la gran final.

Para disputar la categoría «open», los japoneses dispusieron a Shinomaki, doble campeón del mundo en 1969 y 1971. El sorteo para los grupos eliminatorios reunió a cuatro grandes figuras: Shinomaki, Kuznetsov, Glahn y Ruska.

El japonés fue derrotado por Glahn, con lo que se apagaron las esperanzas de los orientales, pero el alemán fue derrotado a los puntos por el holandés Ruska.

La final fue breve. Ruska, pletórico de moral, logró llevar al tapiz al ruso Kuznetsov e impuso la ley de su mayor fuerza física. La victoria se produjo por «ippon» (inmovilización del adversario por 30 segundos en el tapiz), cuando llevaban ya 3 minutos 58 segundos de pelea.

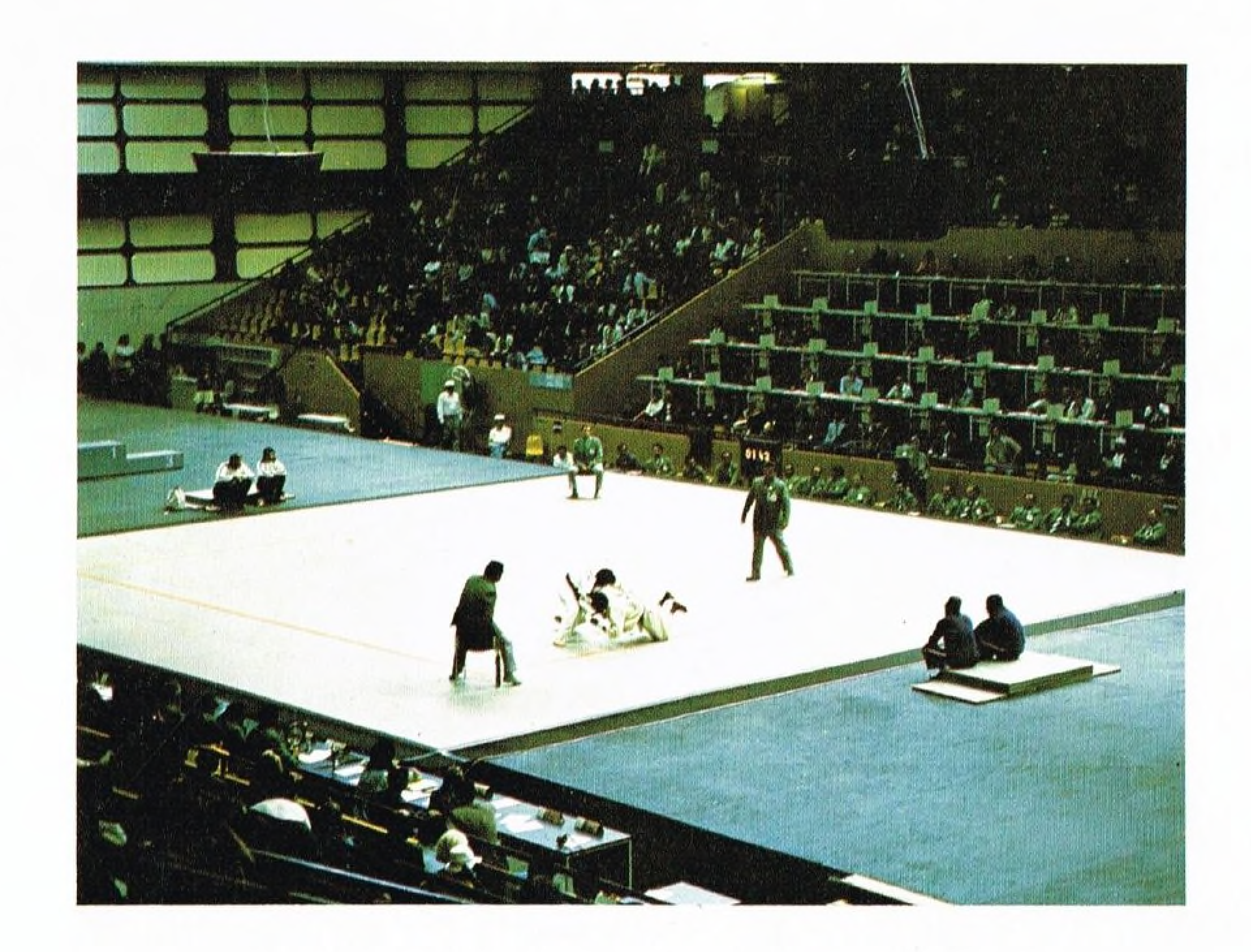


Lograr que el oponente caiga sobre el tapiz y sus hombros descansen por lo menos 30 segundos en él no es tarea fácil. Es un combate entre fuerza y destreza y no siempre una notable diferencia de peso permite que la victoria se incline del lado del más robusto. Parece que el judoka va a desplomarse, pero su pie izquierdo aún puede proporcionarle el equilibrio necesario para dar la vuelta a su rival. Los combates de judo son cortos y sin tregua, en muchos casos, agotadores, pero la decisión surge bruscamente y con ella la victoria.

Aspecto que ofrecía la sala donde se desarrollaron los combates olímpicos de Munich en 1972. La amplitud del «tatami» y su especial acondicionamiento permitían gran libertad de acción a los judokas. En esquinas opuestas pueden verse, sentados, dos jueces mientras otro sigue de cerca el curso del combate. En esta ocasión, el público sentía gran interés por la gran final «open» que iba a enfrentar a los mejores luchadores del mundo. El triunfo final fue para el holandés Wilhelm Ruska, discípulo del gran Geesink.

Al darse por bueno este resultado, Ruska se levantó y comenzó a saltar con los brazos extendidos saludando al público mientras sus más fornidos compañeros se le aproximaban para levantarlo en hombros y dar una vuelta de honor al «tatami».

Los Juegos Olímpicos de Munich acababan de confirmar la universalidad de este deporte, el primero de origen oriental que ha sido definitivamente aceptado en el programa olímpico, pero también y al mismo tiempo, por paradojas del destino, subrayaban la derrota japonesa frente a la fuerza y ténica de los europeos.



LA CIVILIZACION AZTECA

No es raro encontrar en culturas antiguas, y aun en modernas, máscaras o caretas realizadas casi siempre con una finalidad religiosa. Sin embargo, pocas alcanzan la perfección de este ejemplar azteca trabajado en piedra, con orificios en el lugar de los ojos y con una sonrisa elaborada mediante la adjunción de los dientes pertenecientes a la mandíbula superior. El bien buscado contraste de color contribuye a aumentar la espectacularidad de esta bella muestra artística.

Cuando el emperador Carlos I de España y V de Alemania estaba con su corte en Bruselas, el día 12 de julio de 1520, ocurrió un acontecimiento que iba a tener trascendental importancia para el conocimiento del Nuevo Mundo. Un velero que llegaba de las lejanas tierras de América había recalado en el puerto; los embajadores del gran conquistador Hernán Cortés pidieron audiencia ante el emperador, y cuando les fue concedida le presentaron un tesoro fabuloso, seleccionado entre las mejores piezas apresadas a Moctezuma y cuyo peso total era de 600 000 «pesos» de oro: ¡2500 kilos!

Este presente fastuoso fue expuesto al público en la primera exposición sobre arte americano que se celebraba en Europa. El mejor dibujante de todos los tiempos, Alberto Durero, se encontraba felizmente en aquellos días en la corte y, naturalmente, visitó la exposición. En su diario personal narra la impresión que estas piezas únicas habían despertado en él, no sólo como artista y dibujante, sino también como descendiente de una dinastía de joyeros húngaros especializados en el trabajo del oro:

«He visto las cosas que han traído al rey desde el Nuevo País del Oro — dice —, un Sol hecho completamente de oro, ancho de una braza (1,67 metros), una luna de plata del mismo tamaño, igual que toda clase de armas, corazas, arneses, lanzas, objetos de vajilla, vestidos y ropajes que es más hermoso de ver que las maravillas. Estas cosas eran tan preciosas que fueron valoradas en 100 000 gulden. Nunca había visto nada igual en mi vida que alegrase tanto mi corazón como estos objetos... Apenas puedo describir las cosas que allí he visto».

Por desgracia, estos objetos maravillosos que podían haber abierto los ojos de Europa hacia el Nuevo Mundo, desaparecieron al poco, pues fue necesario fundirlos y fragmentarlos para pagar a los Tercios de Flandes que no recibían sus soldadas desde hacía tiempo.

¿Qué pueblo era el que Hernán Cortés acababa de conquistar? Se trataba de un imperio de tan alto poder militar y cultura tan

avanzada que era inconcebible que hubiera sido conquistado en tan poco tiempo por un puñado de españoles. Existe una serie de «Relaciones» sobre la conquista de México, que narra las incidencias y maravillas de aquella epopeya inconcebible. Entre estas relaciones figuran la del propio Hernán Cortés, la de Andrés de Tapia, la de López de Gómara, y las de muchos otros entre los que descuella Bernal Díaz del Castillo. Según sus descripciones, en el palacio de Moctezuma había incluso un jardín zoológico donde se podía contemplar desde el águila real hasta los más pequeños pájaros de ricos plumajes y cuidaban de él 200 hombres y mujeres. También habla de un jardín lleno de plantas exóticas y animales medio ocultos entre la maleza, desde moscas hasta jaguares, desde árboles hasta piedras, ¡todo ello de oro puro! Gran parte de estas riquezas inmensas fueron fundidas para enviarlas a España en forma de lingotes que ocupasen poco sitio en las bodegas de los veleros, pero otra gran parte fue ocultada por los fieles y los sacerdotes de los aztecas, para sustraerlo a la rapacidad de los conquistadores y sólo una pequeña parte llegó a Europa por los caminos más insospechados. Por ejemplo, el tesoro real que fue enviado a Carlos I fue asaltado por piratas franceses y sus piezas principales fueron ofrecidas al rey Francisco I de Francia.

La ciudad de Tenochtitlán-México fue, tal vez, la ciudad mayor del mundo en su época. Había en ella puentes de 2 millas de largo, y más de 4 metros de ancho, con grandes mercados para cada mercancía diferente, y varios acueductos llevaban el agua desde las orillas del lago hasta el centro de la ciudad, cuya extensión era, por lo menos, de 2500 acres (10 km^2). La red de conducción de aguas era tan perfecta que llegaba a todas las casas y a las fuentes públicas. Un sistema de diques estaba previsto para salvar la ciudad de cualquier posible subida de nivel del agua del lago. La calle principal tenía más de 3 km de largo y la ciudad estaba dividida en 200 barrios, cada uno de los cuales tenía un templo y su escuela. Gran parte de las calles eran canales como los de Venecia y todas las casas disponían de un pequeño jardín. La gran plaza pavimentada medía 200 metros de lado y contenía el Gran Templo y otros templos menores y en ella se celebraba diariamente el mercado.

Uno de los principales dioses de los aztecas, tomado por éstos a los toltecas, fue Quetzalcóatl, al que se conocía con diferentes advocaciones, pero, sobre todo, como dios del Viento. La palabra Quetzalcóatl significa «serpiente emplumada» y a ello se debía que en su representación figurara este reptil adornado con plumas de ave. Se simbolizaba de esta manera la unión de la Tierra (serpiente) con el Cielo (ave) y representaba también al Sol en la mitología azteca.



En un gran palacio, en el mismo lugar que ocupa hoy día el Ayuntamiento, estaban situados los Tribunales y el «Ministerio de Hacienda» de México, donde se llevaban las cuentas de los tributos de las 371 ciudades sometidas. En el segundo piso estaban situadas las habitaciones de la esposa de Moctezuma, sus 150 concubinas y su descendencia. El primer piso estaba ocupado por las salas de recepción del monarca. Los conquistadores calcularon que en la ciudad había más de 70 000 casas, lo que daría una población total de casi 500 000 habitantes. Estas cifras se han discutido y rebajado posteriormente, pero el investigador francés Jacques Soustelle dice recientemente que la ciudad tenía una población de más de 500 000 habitantes y probablemente de menos de 1 000 000. En aquellos tiempos Londres contaba 50 000 habitantes y París 65 000. Y, sin embargo, México, sus ciudades tributarias, sus vecinas e incluso sus enemigas, fueron sometidas por un ejército español de 1000 hombres.

¿Cómo pudo ocurrir este hecho de armas, superior incluso al valor proverbial de los conquistadores? Existen dos explicaciones racionales que ayudan a comprender algo de aquella hazaña «imposible», pero que no le restan su mérito extraordinario. La primera explicación está basada en el calendario azteca, compuesto por ciclos de 52 años, al final de los cuales se esperaba el fin del mundo. La

llegada de los españoles coincidió con uno de estos períodos escatológicos. La otra explicación estriba en la antiquísima leyenda de Quetzalcoatl, dios-héroe equivalente al Kukulkán de los mayas.

Quetzalcoatl fue un sacerdote-dirigente concebido por una virgen, o según otros, llegado de un país de Oriente, que fue civilizador de los toltecas durante 22 años y después de ser derrocado por una revolución, se marchó por el mar con la profecía de que volvería en la misma fecha de otro ciclo del calendario. Su símbolo era la serpiente con plumas y parece ser que fue derrotado por el dios Tezcatlipoca, probablemente representante de los aztecas. El dios, cuando no se representaba con este símbolo, lo era como un anciano de luenga barba *blanca,* vestido con un traje muy amplio y negro, que algunos han querido imaginar, ni más ni menos, como un misionero llegado a México en alguna expedición desconocida o mitificada (por ejemplo, San Brandán, cuya leyenda narra que volvió a Canarias desde el Oeste después de muchos años de ausencia).



El 1517, el navegante Juan de Grijalva llegó a México y dos años después desembarcó Hernán Cortés. Aquellos indios, todos ellos imberbes, creyeron que Cortés era Quetzalcoalt, porque de acuerdo con sus tradiciones, el dios volvería uno de los años 1363, 1415, 1467 ó 1519. Precisamente en este último año, la Providencia o la casualidad quiso que Hernán Cortés se presentase en la costa y Moctezuma le envió, al darle la bienvenida, los símbolos del dios, entre los que figuraba el casco de plumas y la máscara sagrada. Estos objetos se conservan todavía en el Museo de Viena, porque el barco en que fueron transportados a España fue interceptado por un pirata.

El pueblo azteca había alcanzado una cultura elevadísima. Para darnos una idea del grado de instrucción a que habían llegado, podemos recurrir al mismo sistema que se emplea actualmente para calcular el grado de cultura de un país: el consumo de papel. En las listas de tributos de Moctezuma se puede leer: «Anualmente se recibirán como tributos en Tenochtitlán-México 24 000 resmas de papel». La palabra española «resma», derivada del árabe, no coincidía con una unidad mexicana para contar hojas de papel; ésta era mayor. La cantidad total era de 480 000 hojas de papel al año, recibidas solamente por vía de tributo. Este papel no era igual que el papel inventado por los chinos, industrializado por los árabes el año 750 y cuya fabricación en Europa se realizó por primera vez el año 1150 en Játiva (Valencia).



El papel azteca se fabricaba mondando los troncos del «ficus» y machacando las tiras obtenidas hasta conseguir la superficie deseada que después se secaba al sol. Los aztecas tenían grandes bibliotecas y algunos de estos libros se salvaron de la destrucción ordenada por fray Juan de Zumárraga, que mandó quemar la Biblioteca Real de Texcoco y los Archivos nacionales, aunque en la actualidad sólo se conservan 14 de estos libros. La escritura azteca era pictográfica y en sus últimos tiempos comenzaba a utilizarse la representación de las sílabas fonéticas. Este mismo sistema fue empleado en Egipto durante el Imperio Antiguo y existe un evidente paralelismo entre los dos sistemas que demuestran que la mentalidad humana siempre es la misma; más que demostrar discutibles relaciones, imposibles en el tiempo y en el espacio.

¿Cuándo comenzó el reinado azteca? ¿Qué pueblos ocupaban aquellas tierras antes que ellos? La ciudad de Tenochtitlán fue fundada el año 1325. El resto de la apasionante cronología mexicana lo trataremos al final de este artículo. Los simbolistas franceses que, a

finales del siglo XIX, usaban colores para alegorizar sentimientos y estados, especialmente Mallarmé, utilizaban los colores simbólicos igual que los aztecas: el rojo era la sangre; el negro, la guerra y la religión; el amarillo, el maíz y los alimentos; el azul, el sacrificio, y el verde, la realeza, porque éste es el color de las plumas del quetzal usadas solamente por los jefes. De nuevo, la identidad universal del alma humana había llegado a la coincidencia. Y debemos notar que estos colores para los aztecas eran mucho más que formas de representar conceptos; el color representaba la idea como un embajador representa a un Estado, casi identificándose con él.

Al lado de este desarrollo artístico y cultural, es preciso resaltar que los aztecas, como sus vecinos los mayas, no conocían la rueda, el hierro, el arco ni la bóveda, ni otro animal de tiro y carga que



En la original, y en ocasiones fantástica, estatuaria azteca, se insiste en la postura sedente de las figuras humanas. En la página anterior: arriba, deforme figurilla femenina con la cabeza apoyada en una pierna; abajo, imagen de un pequeño jorobado, también sentado, con las piernas cruzadas y cráneo aplastado. A la derecha, más regular aparece esta estatua, igualmente sentada y con una posición normal de brazos cruzados y apoyados sobre las piernas. Está labrada en piedra y se conserva en el Museo Británico.

los pobres y sufridos esclavos. Los aztecas solamente tenían una comida, el maíz; y una sola forma de prepararlo: la «tortilla» sin levadura, cocida al horno. El uso y consumo de grasas, miel, mantequilla, etc., era prácticamente desconocido. El campo, llamado «milpa», estaba limitado por árboles; éstos y los matorrales que quedaban dentro de sus límites eran quemados para fertilizar la tierra. El maíz se situaba en agujeros durante el mes de marzo, y gran número de ceremonias religiosas tenían por objeto proteger y estimular su crecimiento. El rendimiento de un campo familiar trabajado durante todo el año por toda la familia era aproximadamente de 12 000 libras. Alguna otra planta secundaria se cultivaba y no se conocía en absoluto la patata, que llegó a México procedente de Europa, mucho después de ser trasplantada al Antiguo Continente desde Sudamérica, pero se conocían los tomates, las guindillas y la piña americana.

El procedimiento más original de cultivar que se desarrolló en los lagos del interior, fue la «chinampa», que era algo así como un jardín flotante anclado en el interior de los lagos y al que se llegaba por medio de barcas, y formado por grandes cestos de mimbre, de tres metros de diámetro y llenos de tierra, que flotaban en el lago y permanecían anclados hasta que las raíces de las plantas que crecían dentro de ellos atravesaban la base del «cesto» y lo fijaban al fondo del lago.



La dieta alimenticia, terriblemente monótona aunque suficiente desde el punto de vista médico, era común a campesinos, sacerdotes y al mismo emperador. Por ello, toda la sociedad estaba basada en la agricultura. El hombre solía casarse a los 20 años, y la mujer a los 16. Aunque no existía una prohibición contra la soltería, le era imposible al hombre subsistir trabajando todo el día en el campo sin una mujer que le preparase diariamente las «tortillas», cuya elaboración costaba más de dos horas. El matrimonio era exogámico y se hacía por medio de ancianas que se encargaban de todos los detalles de la boda y evitaban los «tabús» del matrimonio. La noche de la boda la novia era transportada a casa del novio «a lomos»... de la anciana que había intervenido en el contrato. Todos los miembros de las familias, incluidos los jefes de los clanes, se sentaban unos en frente de los otros y se pronunciaban discursos porque el matrimonio representaba un pacto entre los dos clanes. Generalmente, el hombre no cohabitaba con su esposa hasta al cabo de unos días en que ella se «entrenaba» para la vida matrimonial y el conocimiento de los «secretos de la vida»... con sus tíos, hermanos e incluso el padre. Esta extraña costumbre se explica como un deseo de evitar el que el derramamiento de sangre se realice entre miembros de clanes diferentes. Otra explicación estriba en el temor que la virginidad femenina inspira a todos los pueblos primitivos, pues creían que así se evitaba a los novios misteriosos peligros sobrenaturales. Las mujeres estériles podían ser devueltas a sus padres y anulado el matrimonio.



La mayor parte de sacrificios religiosos tenían por objeto acelerar o asegurarse el crecimiento del maíz. Entre las grandes «hecatombes», se ha podido comprobar que el año 1486, para conmemorar la inauguración del gran Templo-Pirámide del dios de la guerra Huitzilopochtli, se sacrificaron a más de 20 000 prisioneros de guerra. Éstos fueron encerrados en jaulas para alimentarlos y evitar que se manchasen con algún pecado, y más tarde conducidos a las piedras de sacrificio, donde con un rápido y certero golpe de los cuchillos de obsidiana de los sacerdotes, les fue arrancado el corazón. Estos sacerdotes vestían siempre de negro, color de la guerra, y el borde de sus mantos estaba adornado por calaveras; en la ciudad de México había más de 5000. Estaban también encargados de la enseñanza, de la astronomía y de la arquitectura.

Una forma curiosa de adorar a los dioses fue la práctica de un juego de pelota, cuyas características eran religiosas. El juego consistía en hacer pasar una pelota de caucho maciza de un peso de 2 kilos, por un aro de piedra vertical situado a bastante altura en la línea media del campo. Este juego nos ha llegado a través de muchos dibujos y relieves, encontrados especialmente en Chincultic y en Tajín. Además nos han llegado descripciones de conquistadores que lo vieron jugar. El vencedor era considerado un intermediario entre los hombres y los poderes divinos. Probablemente las idas y venidas de la pelota de caucho representaban el movimiento de los astros en el cielo.



Existían dos calendarios que se empleaban al mismo tiempo. El calendario ritual, llamado *Tonalpohualli,* mágico y sagrado, utilizado por los aztecas desde hacía más de 1500 años; tenía 260 días divididos en 20 meses de 13 días. El año solar, llamado «Xiuhmolpilli», tenía 365 días y estaba dividido en 18 meses de 20 días cada uno; los restantes 5 días, o «días vacíos» eran de mala suerte y nadie los nombraba ni los contaba. ¿En qué fecha coincidían los dos calendarios? Es evidente que sólo cuando habían transcurrido 18 980 días. Esta cifra representa 73 años de 260 días, es decir, 52 años de 365 días. Este es el origen del ciclo de 52 años.

¿Por qué la obsesión del calendario llenó toda la vida de los aztecas? Nadie lo sabe. Al igual que entre los mayas, el templo azteca se levantaba sobre una pirámide. Estas pirámides son escalonadas y las dos mayores son: el Templo del Sol de Teotihuacán, de 65 metros de altura, más de 200 metros de lado y de un volumen aproximado de 1 000 000 de metros cúbicos, a la que se subía por una pequeña escalera y cuya base es mayor que la de la pirámide de Cheops egipcia, y la de Cholula, de tamaño aún mayor. Se calcula que este templo de Teotihuacán fue construido el año 200 a. de J.C. El templo de Cholula tenía, cuando fue edificado, algo más de 400 metros de lado en la base y 60 metros de altura, lo que le da un volumen superior al de la Gran Pirámide. Estas medidas fueron anotadas por primera vez por Alexander von Humboldt, el insigne naturalista alemán, el año 1803, es decir, a los 34 años de edad, después de escalar el Chimborazo. El interés que le despertó todo el arte azteca en general fue tan grande, que buscó en Roma, Berlín y Dresde los códices aztecas que no había encontrado en México, y junto con las primeras buenas reproducciones de arte mexicano lo publicó en 1810 en París. Humboldt llegó a intentar el desciframiento de los jeroglíficos y es curioso observar que el gran naturalista se sintiera tan atraído por la arqueología.

Uno de los enigmas más fascinantes de toda la historia mexicana y que más ha atraído la imaginación y la codicia de todos los tiempos, ha sido el fabuloso tesoro de Moctezuma. Cuando Hernán Cortés había hecho prisionero a Moctezuma en su propio palacio, el 10 de noviembre de 1519, unos soldados españoles descubrieron una pared levantada recientemente. Sospechando que aquel muro podía ocultar un tesoro, lo derribaron, y se encontraron con una sala llena de joyas, objetos de plata y oro, etc. Cortés mandó tapiar de nuevo el tesoro y más tarde lo trasladó a una gran sala para valorarlo. La valoración alcanzó unos 162 000 pesos de oro, lo que equivalía, según cálculos del siglo pasado, a unos 7 000 000 de dólares. Cortés dispuso que la quinta parte correspondería al rey de España, otra quinta parte al gobernador, otra quinta parte se la reservaba para él y otra quinta parte para los caballeros, artilleros, arcabuceros y demás tropa especializada. La quinta parte restante se reservó para la tropa. En este tesoro no se incluía en absoluto todas las riquezas que los españoles encontraron en templos y casas particulares.



Otra versión de figura femenina (página anterior, arriba) sentada y dotada de gran irregularidad. En esta página, la realista imagen de un hombre armado con un pequeño palo, que ha sido interpretado como un guerrero o como un jugador de pelota. Abajo: en el actual Estado de Hidalgo (México) se conserva esta pirámide escalonada. La grada inferior mide 38,5 m de lado. Sobre la construcción, gigantescas figuras llamadas «atlantes».

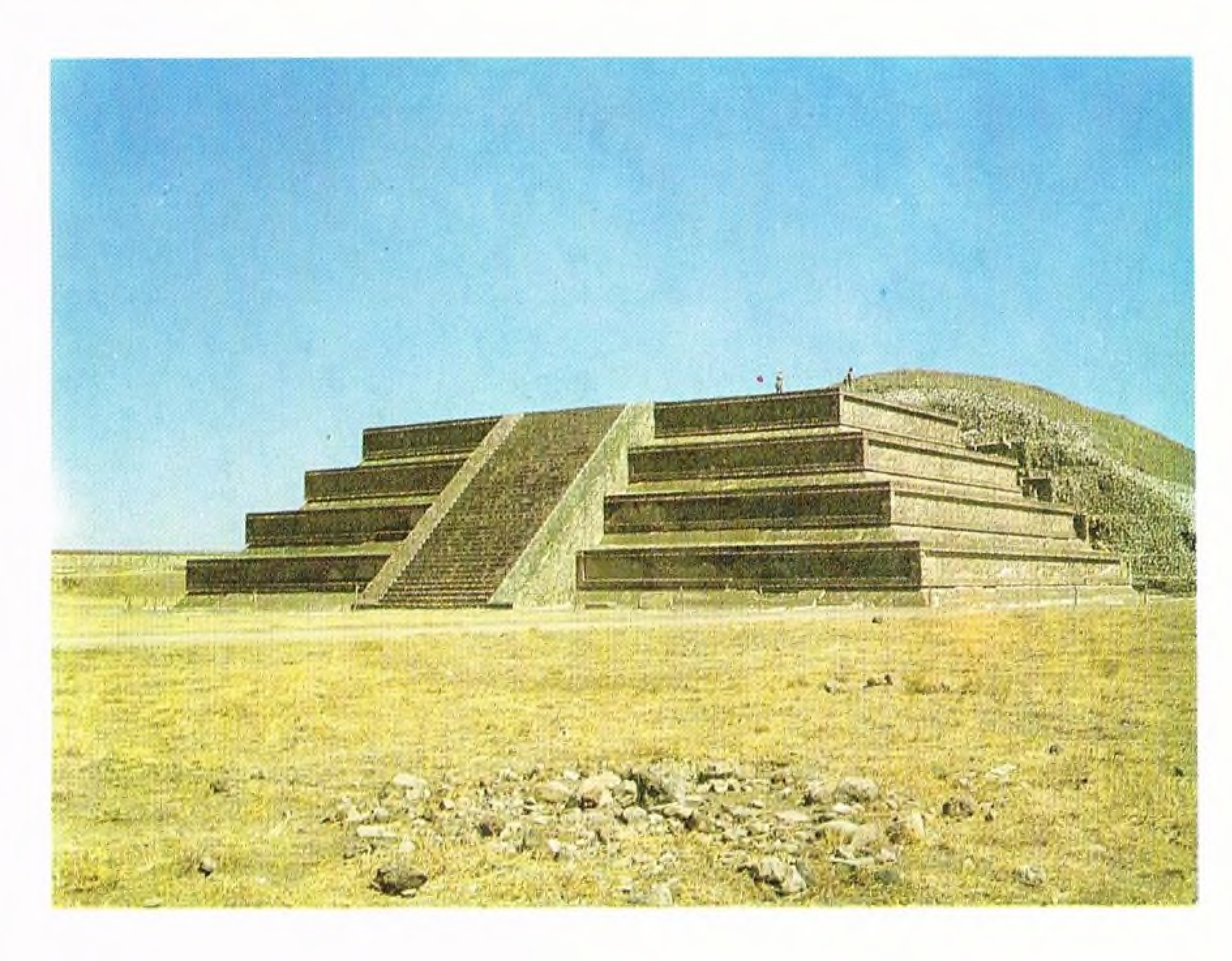
Días más tarde se produjo la célebre y famosa «Noche Triste» y durante ella, Cortés se tuvo que retirar de la ciudad cargando solamente los objetos de valor más pequeños. La mayor parte del tesoro, mucho mayor que la que se transportó, quedó en el palacio. La batalla fue tan terrible que ni un solo español salió ileso. Se calcula que murieron más de dos terceras partes de los conquistadores. Días más tarde, en el valle de Otumba, 200 000 guerreros aztecas coparon a los españoles. Dispuesto a jugárselo todo a una sola carta, con sólo jinetes, Cortés en persona dirigió la carga de caballería. Sólo tres hombres llegaron hasta el abanderado de los aztecas, a quien Cortés, personalmente, atravesó con su lanza y arrebató el estandarte sagrado. Al verlo, el ejército azteca se dio a la fuga.

El emperador, Cuauhtémoc, reforzado por sus aliados, resistió al ejército de Cortés, quien tomó la ciudad casa por casa. Pero no encontró ni siquiera una pista del tesoro fabuloso que habían dejado allí. Después de saquear toda la ciudad, Cortés consiguió reunir la quinta parte del tesoro de Moctezuma, la misma cantidad que él había ofrecido a Carlos I y que fue enviada a España, pero este barco no llegó nunca, pues fue capturado por otro buque francés y el rey Francisco I de Francia fue quien recibió, para asombro suyo y de toda su corte, el botín de la ciudad de México.

¿Dónde puede estar escondido el tesoro de Moctezuma? Según unos, fue arrojado a la laguna de México para que no cayera en manos de los españoles. Según otros fue ocultado en unas minas abandonadas cerca de la capital. Mediante excavaciones, investigaciones en los más remotos documentos o simplemente con la imaginación, muchísimas personas buscan todavía el tesoro de Moctezuma, cuyo descubrimiento podría resolver muchos misterios que todavía siguen sin descubrir en el complejo mundo de los aztecas y pueblos que les precedieron.

Los hombres que podían saber el paradero de los tesoros aztecas murieron en el asalto a la ciudad. Los libros donde podía haberse

Un municipio actual del Estado de México ha conservado el nombre de Teotihuacán, famoso en la época precolombina por haber sido visitado centro religioso. Algunos de sus restos han sido cuidadosamente restaurados, como esta construcción escalonada conocida con el nombre de Templo de Quetzalcóatl o Ciudadela, uno de los muchos que se levantaron en aquellos parajes y que hoy son muy visitados por turistas procedentes de muchos países. Las piedras mudas recuerdan, sin embargo, la grandeza de los tiempos anteriores.





Otro edificio del mismo lugar es ésta, llamada Pirámide del Sol, la más grande de las que se conservan levantadas en los tiempos precortesianos. Su base mide más de 200 m de longitud y su altura llega a los 66 m. La parte superior está formada por una amplia plataforma a la que se tiene acceso, como puede comprobarse, por cinco escalinatas sucesivas que corresponden a las cinco gradas que componen la pirámide. La visión de este monumento conduce, como en el caso anterior, a la melancólica idea del recuerdo de antiguas y grandes civilizaciones.

reseñado su ocultación fueron quemados, sin examen previo, como hemos visto anteriormente. Algo de todo ello se ha conservado gracias al príncipe Ixtlilxóchitl, que era descendiente de familia real, y se preocupó por reconstruir en sus escritos la gloria de sus antepasados. En sus relatos, escritos en el siglo XVII, nos habla de gigantes y de olmecas y de la pirámide de Quetzalcoatl. Su obra no se publicó hasta el año 1891, dos siglos después de haberse escrito. Fernando de Alva Ixtlilxóchitl era descendiente de los reyes mixtecas y fue el primero en señalar la existencia de la pirámide de Cholula, la mayor de América y, en volumen, la mayor del mundo.

Comienza su relato hablando de la fundación de la ciudad de Tula, y de sus habitantes, los toltecas, que practicaron una religión buena y sin crueldades durante más de 500 años. La invasión de los chichimecas los expulsó del país y emigraron, estableciéndose primero en Tabasco y luego en la península de Yucatán, en el lugar que más tarde se identificó como Chichen Itzá, ciudad polar de las leyendas medievales. Tula debía ser la ciudad donde había vivido el bondadoso dios Quetzalcoatl. El año 1940, los arqueólogos mexicanos, siguiendo el texto del príncipe indio, excavaron la ciudad de Tula y desenterraron, en la antigua capital de los toltecas, las Pirámides del Sol y de la Luna. Un grupo de magníficos arqueólogos mexicanos, Manuel Gamio, Ignacio Marquina, Alfonso Caso, Eduardo Noguera, José García Payón y otros muchos, trabajaron ardorosamente, no sólo para

descubrir la verdad de sus propios antepasados, sino también para conseguir aclarar la antigüedad auténtica de todas estas ruinas, que la arqueología norteamericana se empeña en datar a partir del año 600 d. de J.C. Los mexicanos aseguraban que los monumentos básicos de su patria eran, por lo menos, 1500 años más antiguos. La aplicación del método del carbono-14 que se realizó hace pocos años dio la razón a los investigadores mexicanos y a su predecesor, el príncipe indio Fernando de Alva Ixtlilxóchitl.

La determinación de fechas por el método C-14, descubierta por W. F. Libby, está basada en los siguientes principios: las radiaciones cósmicas transforman a grandes alturas el carbono existente en el aire, y lo convierten en un isótopo radiactivo, el C-14. Las plantas absorben este isótopo y tanto los hombres como los animales, que se alimentan de vegetales, ingieren este «indicador» a través de ellas. Esta absorción termina con la muerte del ser vivo, a partir de cuyo momento la radiactividad va decreciendo. Así, pues, cuanto más vieja es una materia orgánica, menor es su radiactividad. Como se dispone de aparatos para medir esta radiactividad y se calcula el tiempo en que el carbono radiactivo va perdiendo sus propiedades, es posible obtener una cifra bastante aproximada que nos indica el año en que se produjo la muerte del ser enterrado o del hueso encontrado en unas excavaciones. Se ha descubierto otro sistema para fechar un hallazgo arqueológico: es el método de termoluminiscencia, sistema más preciso y que tiene un margen de error de sólo 70 años en 3000, lo que equivale a un 2 por ciento.

Aplicados estos métodos se ha descubierto que en Texas hubo fuegos de campamento hace 37 000 años y en Nevada hace 23 000. La tumba más antigua de América tiene 8000 años y se han encontrado muelas de moler de una antigüedad de 10 000 años.

El primer pueblo civilizado conocido es el de los *olmecas,* cuya extensión en el tiempo comprende desde el año 800 a. de J.C. Sus centros culturales más conocidos son Veracruz, Tabasco y La Venta, y su máxima característica fue una serie de enormes cabezas de tres metros de altura que lleva un casco con el símbolo de los cuernos; la más conocida es la encontrada en Tres Zapotes. En este pueblo se halló una estela fechada que hasta hoy es la fecha más antigua de la historia de América: año 31 a. de J.C. Los olmecas tenían ciudades con pirámides escalonadas, jugaban con la pelota de caucho, se tatuaban el cuerpo, se deformaban la cabeza, practicaban la circuncisión y reducían cabezas por un sistema parecido al de los jívaros.

Los *mayas*, cuya pista se puede seguir desde el año 1500 antes de Jesucristo, influyeron en todo México. (Han sido objeto de otro artículo.) Monte Albán fue una ciudad-templo cuya antigüedad se remonta al año 1000 a. de J.C. El doctor Alfonso Caso, su descubridor, fecha sus principales estructuras en el año 500 a. de J.C., época en que ya tenían calendario y escritura jeroglífica, aún no descifrada.

Los *mixtecas,* fechados desde el año 668 a. de J.C., tenían por capital Cholula y en 1350 conquistaron Monte Albán.

Los *huaxtecas,* cuya antigüedad se remonta al año 500 a. de J.C., se extendían por San Luis Potosí y sus ruinas se están estudiando actualmente.

Los *totonacas* se desarrollaron sin interrupción cultural en Veracruz a partir del año 500 a. de J.C. Su característica artística más chocante es la producción de pequeñas figuras riéndose y unos objetos en forma de U parecidos a collares de caballo. Sus ciudades aún

El templo de Quetzalcóatl, del que se dio una visión de conjunto en la página 122, se hallaba profusamente ilustrado con motivos tomados de la representación del citado dios. Aquí se ve un fragmento de las gradas de aquella construcción, con límite adornado con las repetidas cabezas de ofidio. Era indudablemente el animal totémico de los antiguos pobladores de México y de ahí su constante representación y atribución en la mitología creada por distintos pueblos que se sucedieron en las culturas nacidas en la meseta del Anahuac.

no han sido reconstruidas. La pirámide más conocida es el Templo de Tajín en Papantla, Veracruz.

En el centro de la llanura mexicana estaban asentados los *toltecas,* que se pueden señalar desde el año 200 a. de J.C. hasta el 900 de nuestra Era. Su ciudad principal es Teotihuacán, cuya extensión es de 20 km, solamente en cuanto a su barrio ceremonial. Los toltecas fueron los maestros de toda la arquitectura mexicana. Según sus tradiciones, un sacerdote astrólogo les había guiado a través de México hasta una valle fértil donde erigieron la ciudad de Tula. Los nombres de sus reyes nos son conocidos, así como parte de sus leyendas, gracias a su escritura ideográfica pasada a libros de papel y a las narraciones del príncipe Fernando de Alva. Empleaban el mismo calendario que hemos descrito para los aztecas. Cuando fueron expulsados de sus tierras por los chichimecas, fundaron Tula, en el año 900, repitiendo las imágenes y los templos de su patria perdida. Después



del año 1000 los toltecas influyeron o emigraron a las ciudades mayas de Chichen Itzá y Mayapán, en Yucatán, donde por tercera vez repitieron sus antiguos templos.

Los símbolos toltecas son la serpiente con plumas, recuerdo de la época en que fueron dirigidos por Quetzalcóatl, y la figura del dios Chac-Mool, que sostiene una bandeja de piedra donde se colocaban los corazones humanos.

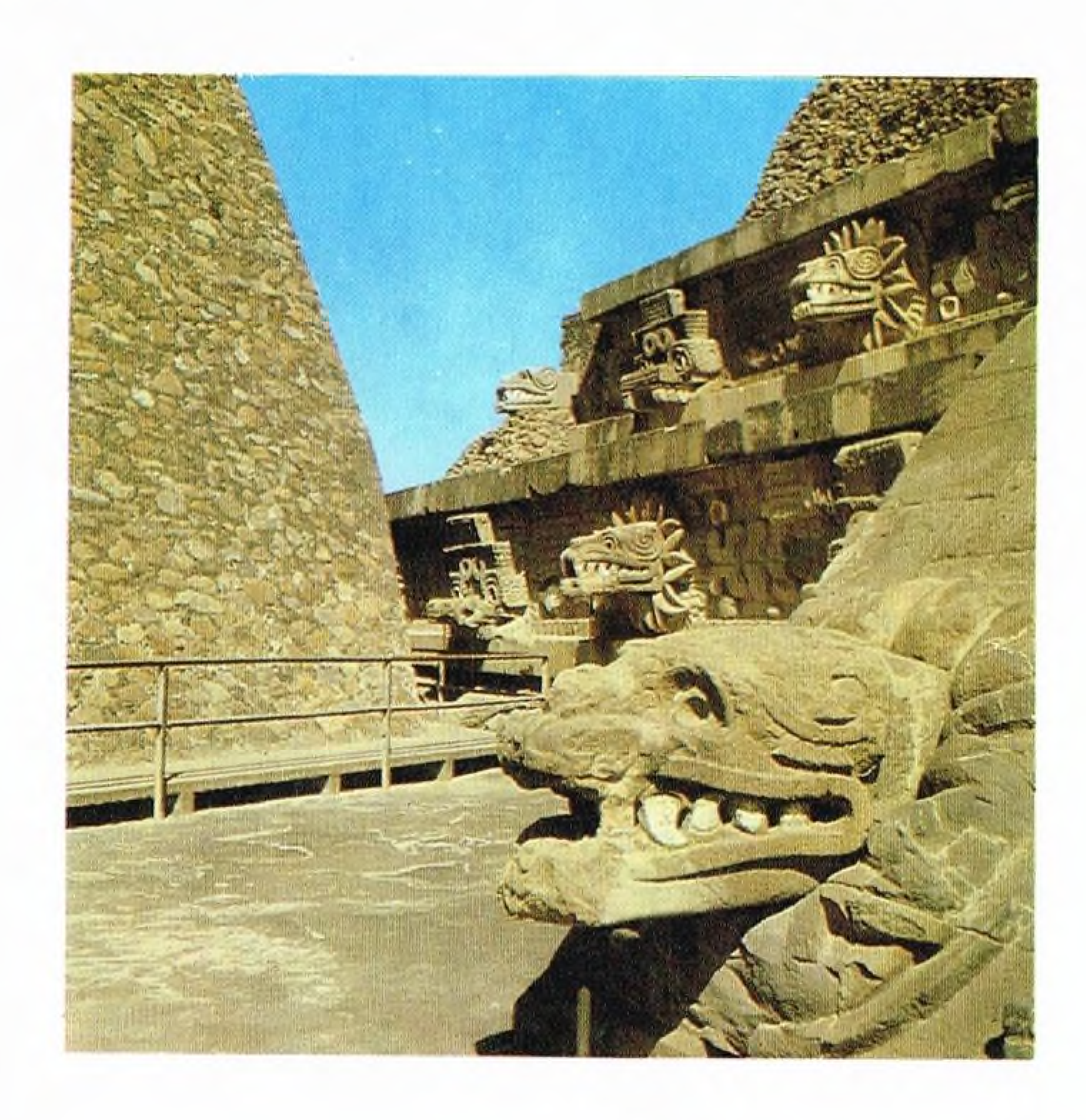
Otra ciudad de influencia u origen tolteca fue Xochicalco, fundada el año 700, donde se encuentra el famoso templo de la Serpiente con Plumas, explorado en 1810 por von Humboldt. Su nombre significa «lugar de las flores» y estaba situado sobre dos lagos llenos de

pesca y en un punto paradisíaco, donde muchos pueblos iban en peregrinación. Los toltecas esculpían, además, figuras gigantescas de piedra, de 5 m de altura, de reyes o dioses en posición de «firmes».

En cuanto a los *aztecas,* llegaron al valle de Anáhuac el año 1168. Era un pueblo guerrero y pastor, que bajaba de las montañas en busca de las riquezas que la naturaleza les había negado. Según sus leyendas, encontraron en una cueva a su ídolo, el famoso Huitzilopotchtli, el «mago colibrí» que les aconsejó. Estos tenocha (su nombre antiguo) no eran más de 5000 y se asentaron en la jungla de Chapultepec en 1250. A partir de entonces se dedicaron a asimilar la cultura de sus enemigos, a «crecer y multiplicarse», a robar las mujeres de sus vecinos y a crearse enemigos. Para aliarse con ellos, pidieron para su jefe la mano de una princesa local y cuando llegó al poblado la desollaron y el Sumo Sacerdote revistió su piel para personificar a la diosa de la Naturaleza. La guerra terminó cuando los tenochas supervivientes se refugiaron en la isla donde fundaron la ciudad de Tenochtitlán. El año 1325 edificaron su primer templo y a partir de este momento los tenochas comenzaron a imponerse militarmente a sus vecinos.

Deseamos hacer notar que la palabra «Teotihuacán» significa «lugar de los dioses» y la palabra «Teocalli», que es el nombre de los templos-pirámide, significa «casa de Dios». Es decir, la palabra «teo» significa, exactamente igual que en griego, «dios». Muchas otras coincidencias de este tipo nos permitirían relacionar la cultura azteca y preazteca con todas y cada una de las civilizaciones de la Tierra. Ahora bien, está por discutir si estas «coincidencias» se deben a relaciones antiquísimas, muy difíciles de imaginar para aquellos pueblos que no tenían elementos de transporte adecuados, o si su causa está en un origen común de todos los hombres, descendientes de la primera pareja humana.

Con más detalle puede estudiarse aquí el antedicho motivo decorativo: la cabeza de serpiente provista de agudos colmillos. En el fondo, se ven otras cabezas de ofidio, pero éstas rematadas con plumas, conjunto que, como se ha dicho, simbolizaba con exactitud etimológica las características del dios Quetzalcóatl, divinidad también venerada por los mayas con el nombre de Kukulkán.





Por el MEDITERRANEO y el MAR NEGRO

El paso del Mediterráneo al mar Negro, en algunos puntos, es sumamente angosto y la proximidad de las costas europea y asiática es grande. Hoy, ambas están dominadas por Turquía que controla el paso de los estrechos. Estos lugares han constituido, desde siglos, puntos de alto valor estratégico y causa de conflictos bélicos innumerables. Una vez se han pasado los Dardanelos, nos adentramos en el mar de Mármara, que vuelve a estrecharse en el Bósforo. La gran ciudad de Istanbul o Estambul, la antigua Constantinopla, se encuentra en la orilla europea y frente a ella, Skudar o Scutari, en la asiática. La fotografía está tomada desde tierras de Asia.

FRENTE a frente, desafiantes como en un trono secular, se encuentran Grecia y Turquía, Asia y Europa, el Cristianismo y el Islam. En medio, como un «interland» de nadie y de todos, el mar Egeo, cuna de Europa y frontera de Asia. Este mar es el del nacimiento de Venus, el que cruzó a nado lord Byron, el que dio paso a las naves de Jasón, de Ulises, de Roger de Flor y de sir John Thomas Dickworth; el que sobrevoló Europa, raptada por un toro alado.

Un buque que, procedente del Mediterráneo llegue al Egeo, debe franquear el estrecho que existe entre el cabo Maléas, punta meridional de Grecia, y la isla de Creta, y pasar junto a Citerea, la isla consagrada a Afrodita. Esta zona del Egeo se llama en griego *Mirtoon Pélagos* y está cerrada al Este por la isla de Milos, donde se encontró la Venus sin brazos, y las de Naxos y Paros, célebres por sus vinos. A medida que el barco aproa al Norte, la espuma que levanta es más blanca y el mar más azul, en razón de la mayor salobridad de las aguas. La salinidad media del Mediterráneo es del 37 por mil, la del mar del Norte del 33, y del 3 por mil al norte del golfo de Botnia, en el Báltico, lo que facilita que se hiele. Pues bien, entre Chipre y Rodas se alcanza una salinidad del 39 por mil. Luego, a medida que nos acercamos a Estambul, ésta desciende: 33 junto a Lemos, 30 en los Dardanelos, 21 en el mar de Mármara, 18 en el mar Negro,

donde el frío que sopla de las llanuras rusas evita la evaporación. En estas zonas, la aportación de los ríos Don, Dniéper, Dniéster y Danubio endulza el agua y la aclara, haciendo que la corriente de superficie, que por los Dardanelos envía hacia el Egeo, sea fría y dulce.

El Egeo es famoso por el coral que se recoge en sus aguas, sus esponjas naturales y su riqueza piscícola, pero, sobre todo, por las civilizaciones que se desarrollaron en sus islas.

Por las costas de Morea se llega a la isla de Idra, en la que el azul ultramar del agua contrasta con los vivos colores de las casas. En el siglo XIX, cuando Nelson tenía bloqueada Europa, los comerciantes-contrabandistas de Hidra (o Idra) se enriquecieron hasta el punto de utilizar las cisternas para almacenar las monedas de oro. Pero en 1821, tras luchar casi solos contra la dominación turca, se arruinaron para siempre.

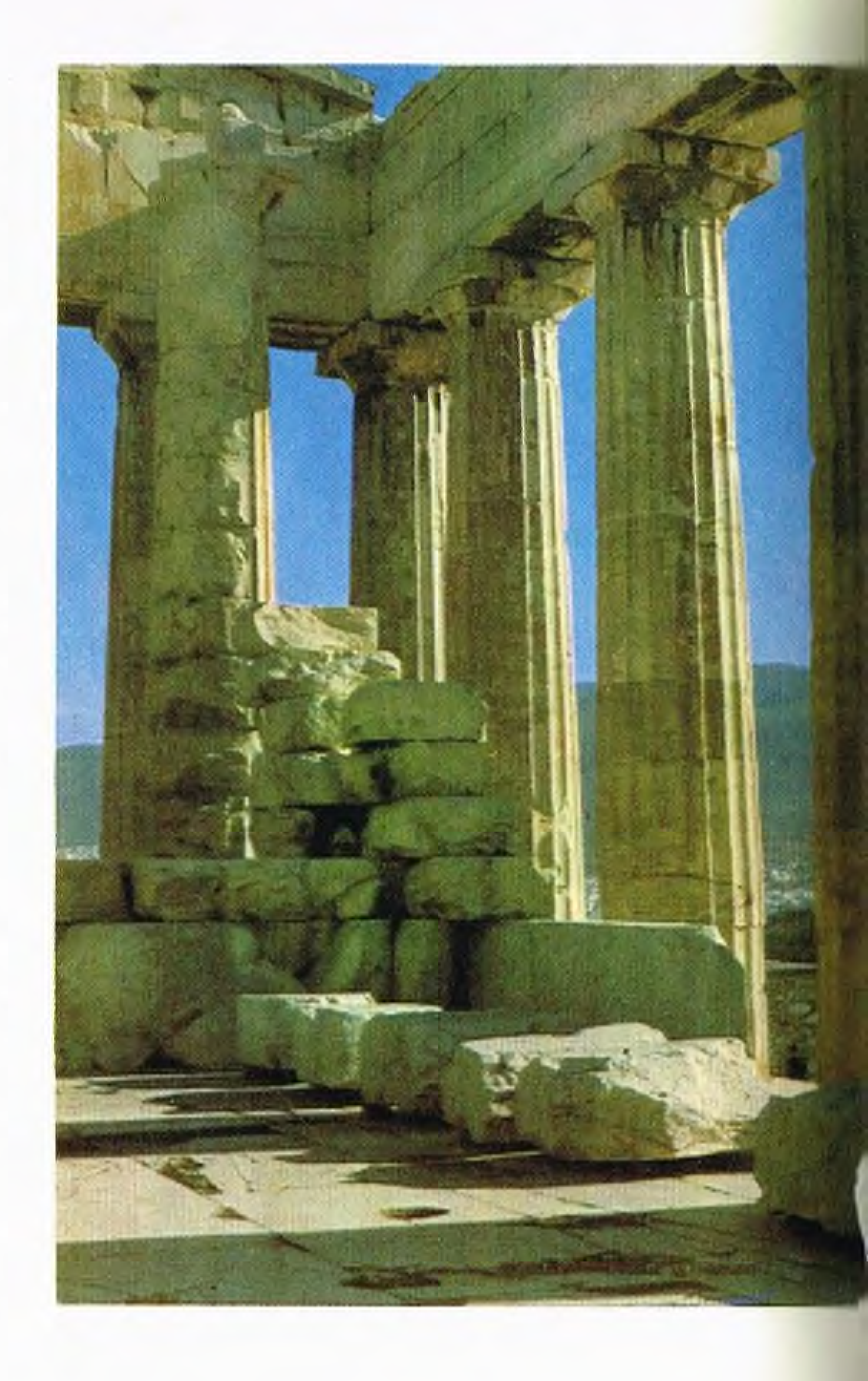
Hacia el Norte se encuentra la isla de Egina, coronada por la montaña en cuya cúspide aún se ve la capilla del profeta Elías. Cuando el pico de esta montaña desaparece entre nubes, se dice que lloverá durante varios días.

Más al Norte aún, la isla de Salamina cierra la vista de El Pireo y de Atenas. Frente a ella tuvo lugar la batalla naval en que la flota de Jerjes fue aniquilada por Temístocles, el año 480 a. de J.C., salvando a Europa de la invasión presa merced a una estrategia que aún se estudia en las Academias Navales.

Detrás de Salamina está la costa, de un color gris ceniza. El Pireo, con cerca de medio millón de habitantes, se agrupa alrededor del amplio puerto comercial y de su antiquísimo puertecito reservado a los pesqueros y a las embarcaciones deportivas. A lo lejos, envuelta muchas veces en la bruma, surge una cumbre que es piedra miliar de la civilización occidental: la Acrópolis.

Atenas es ciudad de sorpresas y de contrastes. Cuenta más de dos millones de habitantes y está unida a El Pireo por el «metro», inaugurado en 1925, que lleva del puerto a la ciudad. Lo primero que salta a la vista en ella es su limpieza, su modernidad sin estridencias, sus parques y jardines, y, sobre todo, el amor con que se cuidan los monumentos del clasicismo. Atenas se fundó hace 5000 años y, según la Mitología, la rigió Teseo. Su máximo esplendor lo alcanzó bajo Pericles, entre el año 490 y el 429 a. de J.C. Sus monumentos no son tan conocidos que, al contemplarlos, se tiene una extraña sensación de irrealidad, como si se reviviera un sueño. ¿Quién no conoce la silueta del Partenón y no sabe que es una obra maestra de la arquitectura de todos los tiempos y países? En la Acrópolis, colina situada en el centro urbano, pueden contemplarse, además del Partenón, los Propileos, entrada porticada al conjunto; el templo de la Victoria sin Alas (que le cortaron para que no abandonara la ciudad); el templo del Erecteion, cuyas seis cariátides, o columnas en forma de figuras femeninas, han popularizado su nombre.

El Partenón equivale a una síntesis de la historia y la leyenda de Grecia. Tiene 46 columnas dóricas, ligeramente convexas para corregir el efecto óptico de desplome, tan temido hoy por los fotógrafos. Debajo de su cornisa había 175 m de relieves en mármol. Durante el siglo V fue transformado en iglesia bizantina, y más adelante en mezquita por los turcos. El 26 de septiembre de 1687, el general veneciano Francesco Morosini, que intentaba liberar Atenas del dominio de la Media Luna, enterado de que los turcos habían convertido el Partenón en polvorín, dispuso colocar un cañón sobre la



Posiblemente, el monumento más bello que erigió la Grecia clásica sea el Partenón, diseñado por Fidias, a quien ayudaron Ictinio y Calícrates. Se terminó en el año 438 a. de J.C., en tiempos de Pericles, y en su interior se colocó la estatua de Palas Atenea en oro y marfil que el propio Fidias había esculpido. De ella sólo nos quedan vagas referencias, puesto que fue destruida o desapareció. Las severas columnas dóricas, en número de cuarenta y seis, que rodean el rectangular edificio, han sufrido toda clase de expoliaciones y ultrajes. El templo fue convertido en mezquita por los turcos en 1458 y en 1687 quedó casi destruido al volar el polvorín que se hallaba en su interior.

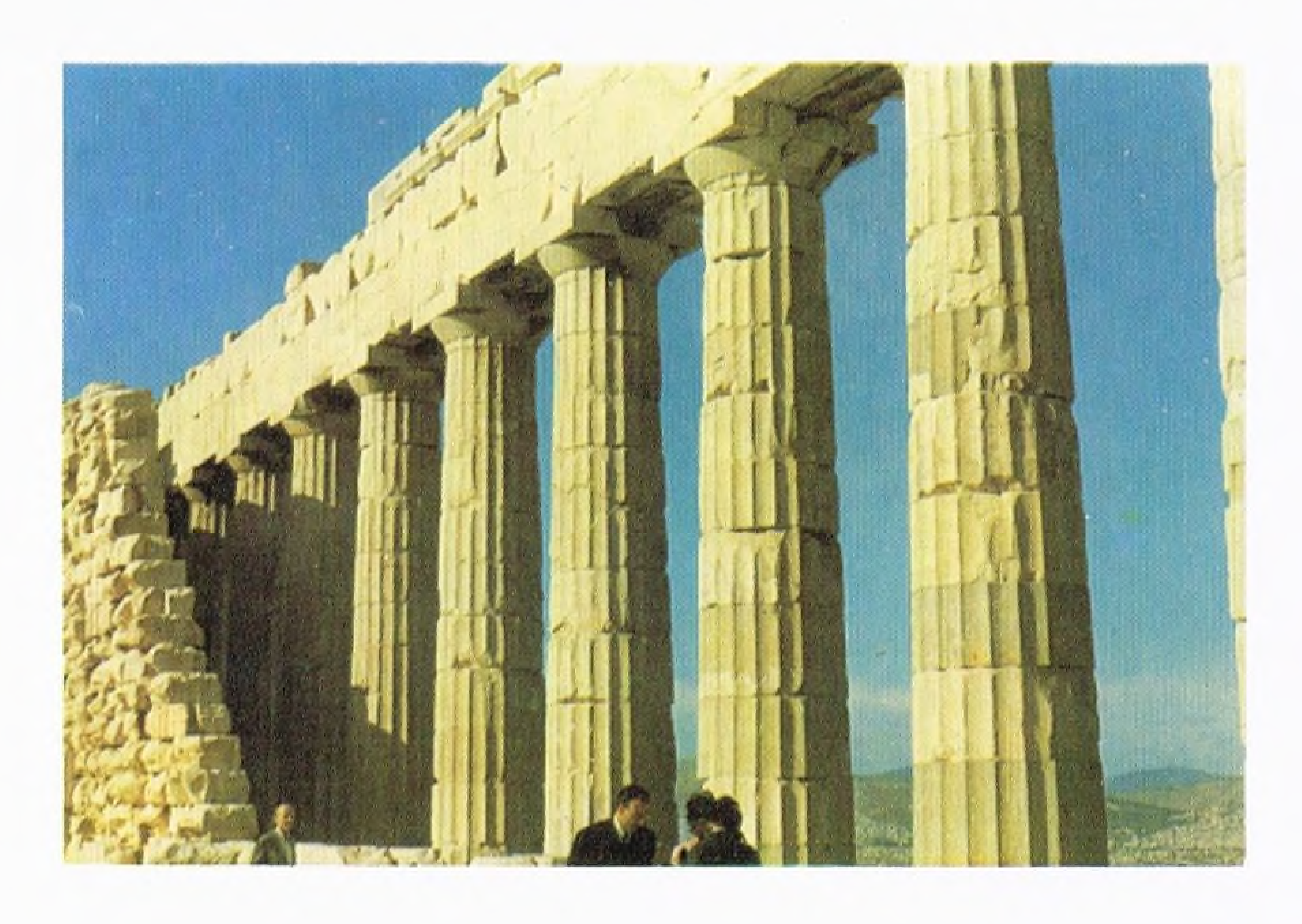
colina de Filopapos. A las siete de la tarde de ese día fatídico, de un solo disparo, al que siguió una terrible explosión, saltó por los aires la obra maestra de Ictinio y Calícrates. No mucho después fueron destrozados los frontones que estaban intactos. Ya en el siglo XVIII, el conde de Choiseul-Gouffier se llevó al Louvre un fragmento del friso y dos metopas y, en 1801, lord Engin desmontó cuanto quedaba del friso y, «para preservarlo», se lo llevó a Inglaterra, donde se conserva en el Museo Británico de Londres. De aquel prodigio escultórico sólo quedan unas figuras destrozadas y unas impresionantes ruinas milagrosamente en pie.

Entre muchos otros monumentos, Atenas aún posee el templo llamado Teseion, el Ángora antigua y el Odeón de Herodes Aticus, al pie de la Acrópolis, donde tienen lugar representaciones de tragedias clásicas, sin descuidar las deliciosas iglesias bizantinas.

Los turistas se agolpan frente al Palacio Real o junto al monumento al Soldado Desconocido para contemplar el relevo de la guardia formada por los célebres «evzones» de vistoso uniforme, caracterizado por el falderín plisado, las medias blancas y los zapatos con borlas.

Dicen los griegos que la Acrópolis está «enferma», y es cierto. La policía retira su licencia a los guías que utilizan megáfonos, y multa a los automovilistas que abusan del claxon. Dos son los enemigos de estas piedras venerables: las vibraciones producidas por los ruidos y la contaminación del aire. Desde hace unos años los humos industriales corroen los mármoles pentélicos y oscurecen su primitivo y natural color de miel. La UNESCO financia investigaciones para combatir la erosión y el misterioso «cáncer de la piedra». La vibración originada por los reactores se evita prohibiendo sobrevolar la Acrópolis.

Estimulados por la iniciativa de la UNESCO para salvar el templo de Abú Simbel, en Egipto, los griegos aspiran también a una ayuda internacional que les permita preservar la Acrópolis. De otra parte, pretenden, y con toda razón, que Inglaterra y Francia les devuelvan los tesoros «librados» de la destrucción, pero que en reali-



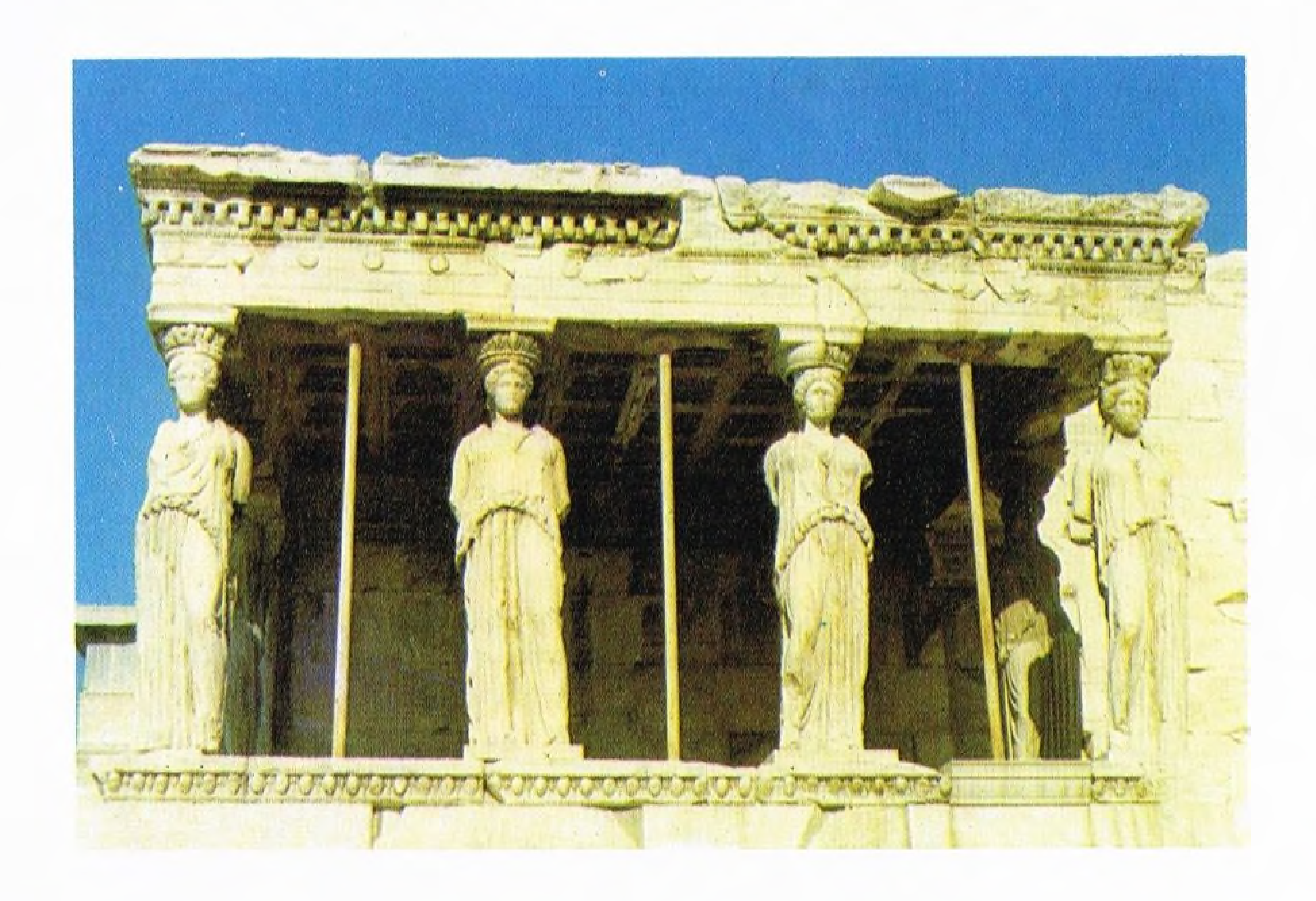
A simple vista, no se aprecia la levísima convexidad de estas columnas dóricas que parecen rectas. Los hombres que las tallaron supieron evitar de este modo el «efecto de desplome» que causarían si no fuesen un poco curvadas. El clima de Atenas ha conservado estas piedras relativamente bien, pero hoy el Partenón corre peligro de un total deterioro debido a la contaminación del aire por la industrialización de la urbe, y por el incremento de las vibraciones. El gobierno griego ha prohibido los vuelos de aviones a cierta distancia de la Acrópolis y los guías imponen silencio a los visitantes, en tanto que ellos hablan en un susurro. El llamado «cáncer de la piedra», que destruye fatalmente los monumentos, también ha llegado a estas piedras venerables.

dad se llevaron por la fuerza y que los griegos consideran que les fueron robados.

Por lo que se refiere a defender la Acrópolis de la corrosión, uno de los proyectos que presentan consiste en cubrir el Partenón con una gran caja de vidrio y rociar los mármoles con una sustancia que evite los destructores efectos del aire salobre. La reconstrucción total a la que aspiran tras lograr lo antedicho, piensan que debería correr a cargo de la UNESCO.

Pero el tiempo apremia y debemos embarcar en El Pireo para seguir viaje. En el aire se percibe un lejano eco de música de «syrtaki» y el viento sopla sobre el puerto comercial. Hemos de ir hacia el Sur, doblar el cabo Soúnion y seguir rumbo al Norte. Nos cruzamos con barcas de pescadores. Desde hace unos años, los pescadores están desconcertados. Se extinguen las especies conocidas y aparecen otras nuevas, de cotización inferior. ¿Por qué?

La voz de alarma la dio el profesor Jean-Marie Pérés, del Centro



Oceanográfico de Endoume, en Marsella, en la reunión de científicos de trece países en Split (Yugoslavia), a finales de 1965. Sidi Muhammad Hassan, director del Instituto de Oceanografía y Pesca de Suez (RAU), y el Dr. Heinz Steinitz, del departamento de Zoología de la Universidad Hebraica, han estudiado también el problema, cuya causa es la siguiente: al construirse el canal de Suez, hace casi un siglo, se estableció un paso entre el Mediterráneo y el mar Rojo, el más salino y cerrado del mundo. Al cabo de veinte años se vio en el Mediterráneo algún pez del mar Rojo, pero no se concedió importancia al fenómeno.

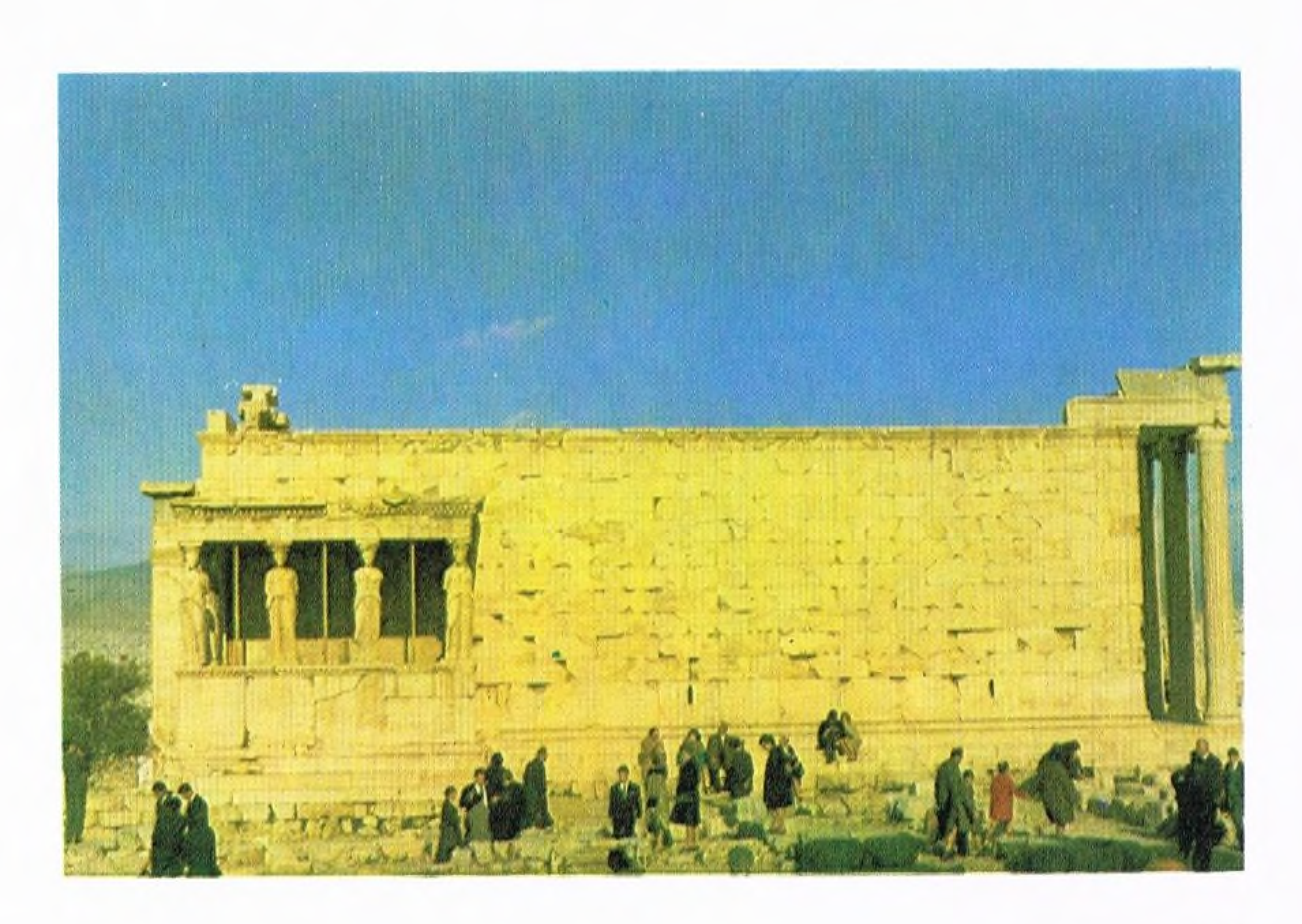
La parte central del canal de Suez, junto a Ismailía, atraviesa los Lagos Amargos, auténticos depósitos de sal marina que la salobre agua del mar Rojo no permite diluir. El paso de los peces desde esta agua densísima a la más fría y dulce de Port Said, endulzada aún más por una de las bocas del Nilo, es lo que ha mermado la riqueza



Se llamaba Erecteo y era hijo de Hefesto o quizá Pandión, pues la Mitología no aclara este extremo. Lo que sí afirma es que, desde niño, fue confiado a la diosa Atenea que lo educó. A él se deben las fiestas llamadas panateneas así como el primer templo erigido en su honor en la Acrópolis. Cuando Atenea y Poseidón pretendían adueñarse del Ática fue Erecteo el que dirimió la disputa en favor de la diosa. De esta bellísima construcción, lo que más destaca son las seis diosas que sostienen el pórtico, las cariátides.

piscícola de la zona. Los peces «extranjeros», acostumbrados a una vida más difícil, ganan la batalla, y los salmonetes, antiguos reyes de esos mares, se ven desplazados por el *Upeceus Molluccensis,* especie de mújol, originario de las islas Molucas, entre el Pacífico y el Índico.

En la costa turca ya se aprecia la invasión de este pez de calidad inferior. Y aún otro enemigo amenaza invadir el Mediterráneo Oriental: el pez-lagarto *(ynodus saurus),* que lo devora todo y se multiplica en proporción geométrica. De escasa calidad comestible, provoca el pánico de los pescadores y es motivo de estudio por parte de





La llanura ática está regada por los ríos Iliso y Cefiso y en ella se levantan algunas colinas, sobre las cuales se halla edificada la ciudad de Atenas: la Acrópolis, al Sur; el Areópago al Oeste, y más apartadas, las colinas de las Musas, los Pnyx y las Ninfas. En estos lugares, se desarrolló una notabilísima cultura de la que aún se nutre nuestra civilización, y que culminó en el llamado siglo de Pericles. En primer término, pueden verse las ruinas del Agora, el corazón de Atenas, donde se reunían filósofos, artistas, políticos, etc., para dialogar y conversar. La urbe moderna, que rebasa los dos millones de habitantes, extiende sus edificaciones funcionales por la ancha llanura.

laboratorios de los centros oceanográficos mediterráneos. Treinta especies del mar Rojo han pasado ya los Lagos Amargos, mientras ni un solo pez mediterráneo lo ha conseguido. He aquí un problema de gran transcendencia para la industria pesquera.

Tras doblar el cabo Soúnion y seguir rumbo norte, el buque pasa entre las islas de Evia y Andros. Luego, junto a Skiros, y, por fin, se llega a la península de Calcídica, cuya extraña forma de tridente excita la atención de los estudiantes de geografía. Esta península pertenece a la Macedonia Oriental y en ella se alza la ciudad de Tesalónica, en el istmo que la une al continente. La Calcídica es una región de hábitos primitivos, en la que las tradiciones se mantienen vigorosas. Fue el camino de las invasiones, el paso casi forzoso entre Europa y Asia, pero guarda celosa sus costumbres, como si la suprema fuerza defensiva de sus hombres hubiera sido arraigarse en la tierra dura y hostil, secularmente arrasada por los enemigos.

Un cierto eco de las antiguas religiones mediterráneas une a estas tierras con las de España, en el otro extremo del mismo mar. En los pueblos que rodean a Serrai y Langada, el día de Santa Elena y San Constantino las gentes celebran la fiesta de las Anasténarias, cuyo principal rito consiste en que los naturales del lugar caminan sobre carbones encendidos. Este rito es el que se celebra la noche de San Juan en San Pedro Manrique, provincia de Soria (España).

Otra fiesta típica es la jornada en que las mujeres llevan la vida propia de los hombres: van a la taberna, juegan, se pasean y gobiernan el pueblo y las familias, mientras aquéllos se quedan en casa dedicados a coser, cuidar de los niños, fregar... como se hace también en varios pueblos de Segovia (España), entre ellos Zumarramala, a primeros de febrero, en la festividad de Santa Águeda.

De los tres brazos que la península Calcídica lanza hacia el Sur, el más oriental alberga una de las rarezas más sorprendentes del Mediterráneo: «Aghion Oros», conocido también por Monte Athos, que es un Estado monástico independiente en el que sólo viven hombres y en el que no puede penetrar hembra alguna.

Ahora hemos de navegar rumbo Este, hacia los Dardanelos. Pasaremos a la altura de la célebre isla de Thasos, que los fenicios frecuentaron para explotar sus minas, agotadas en la actualidad. La última isla griega es Samothráki (Samotracia), dominada por el monte Fengari, de 1600 m de altura, que debe su nombradía a la Victoria Alada, o Niké, hoy en día orgullo del Museo del Louvre, hallada en sus playas.

Una pequeña isla abanderada con la Media Luna y la estrella del Islam turco marca el comienzo de un mundo nuevo: Turquía. Vamos a entrar en el paso marítimo más disputado de la Historia, en cuyo fondo yacen los barcos de Jerjes, algunas de las galeras del almirante catalán Roger de Flor y varios cruceros hundidos en la I Guerra Mundial: los Dardanelos, el antiguo Helesponto, que tiene su puerta marítima entre los pueblos de Kumkale y Saddübahir.

En turco, el nombre de este estrecho es *Çannakale* (Ç=tsh) *Bogazi.* Su longitud es de 64 km y su anchura varía entre un kilómetro y medio y seis y medio. Dominando Kumkale, se ve un ingente y célebre montón de ruinas: Troya, hoy en día zona militar. Para visitar la milenaria ciudad descubierta por Schliemann hay que proveerse de un permiso especial y personalísimo, ir acompañado por un guía oficial y someterse a toda clase de continuos controles que nos recuerdan que Turquía se halla en estado de guerra, pues la NATO le ha confiado la vigilancia y protección de los estrechos.

La leyenda relatada en *La Ilíada* y en *La Odisea* se consideró sin fundamento hasta 1822, en que Charles McLaren publicó en Edimburgo la tesis de que Troya estaba en la colina de Hissarlik (en turco, «fuerza»), pero como tantas veces con otras verdades, nadie quiso creerlo. En 1868, Heinrich Schliemann visitó la colina, y su propietario, Franck Calvert, le dijo que allí debajo estaba la ciudad mítica. Schliemann ya estaba convencido de antemano. Desde su infancia, cuando era aprendiz de un colmado y leía *La Ilíada* por las noches a la luz de una vela, su obsesión era encontrar la antigua ciudad. Pasó el tiempo, y como en el año citado ambos habían hecho fortuna, comenzaron las excavaciones.



En otro artículo de esta obra, titulado «La mezquita», hemos hablado de Santa Sofía de Constantinopla, el templo dedicado a la «Santa Sabiduría del Señor», o sea, «Haghia Sophia», que Justiniano ordenó levantar sobre las ruinas de un templo edificado por el emperador Constantino. El Imperio Bizantino la colmó de riquezas y la convirtió en el templo más bello del cristianismo oriental, pero en 1453 los turcos sitiaron y conquistaron la ciudad de Constantinopla y convirtieron el templo en mezquita, añadiéndole los airosos minaretes y transformando en parte su interior. La fotografía muestra la fuente donde los creyentes realizan las obligadas abluciones antes de penetrar en la actual mezquita.

En 1870 se tenían pruebas de la existencia de 9 ciudades, de las que la VII (1300 a. de J.C.) coincide plenamente con las descripciones de Homero. Incluso las piedras ennegrecidas y los huesos de guerreros muertos en la lucha nos hablan del saqueo con que terminó aquella guerra.

A la salida de los Dardanelos, donde comienza el mar de Marmara, hay una población cargada de historia que se extiende por la orilla europea. Su nombre turco no nos dice nada (Gelibolu), pero su nombre antiguo sí: Gallípoli.

Anteriormente había dos ciudades, una a cada lado del estrecho: Abydos, en la costa asiática, y Sestos, en la costa europea.

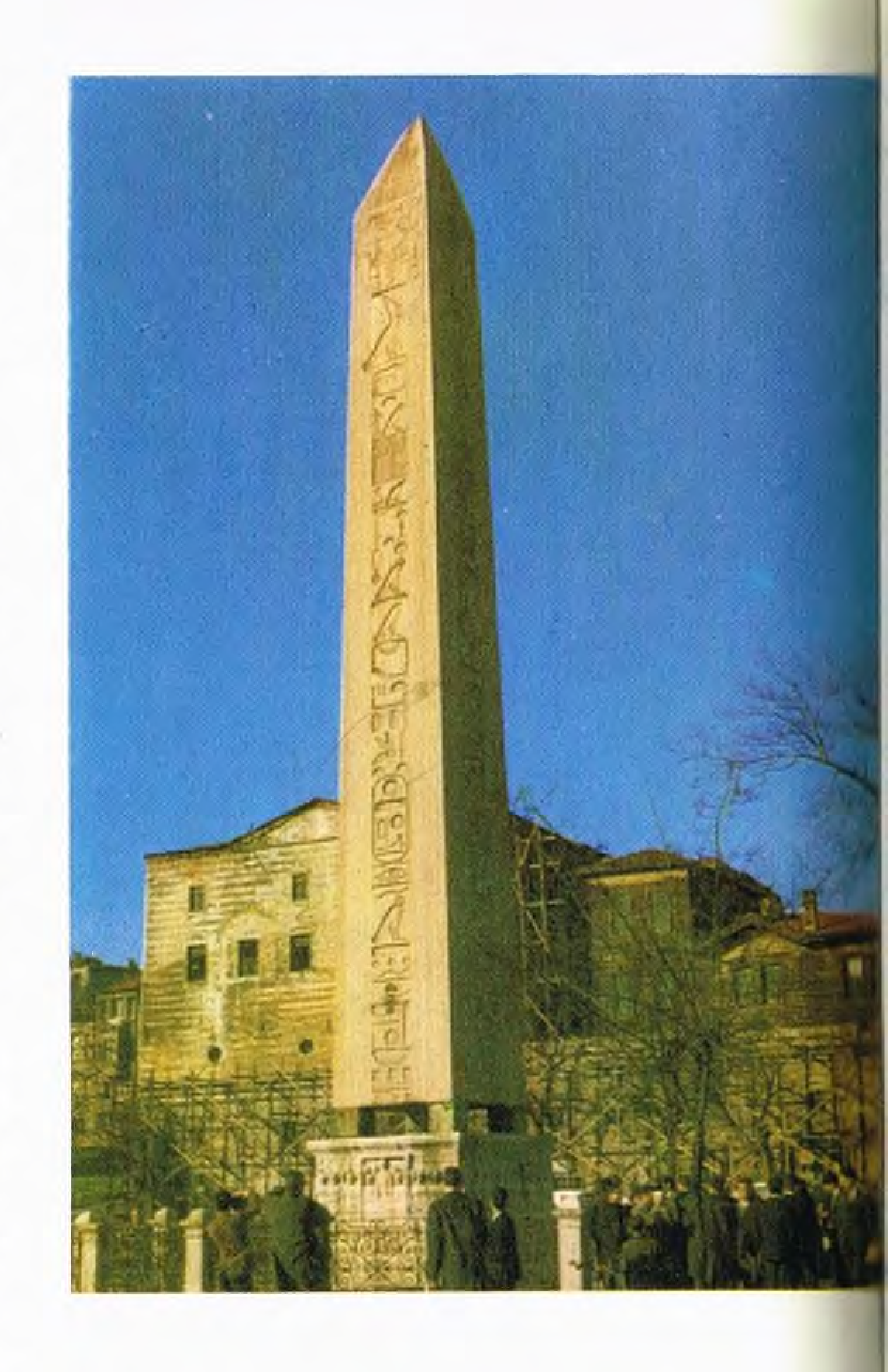
En este lugar, entre las dos ciudades, el año 480 a. de J.C., el rey persa Jerjes tendió un puente sobre barcas que le permitió invadir Grecia con sus carros de guerra. Más tarde, en 1310, apareció frente a Gallípoli una escuadra procedente del Mediterráneo que enarbolaba un estandarte completamente nuevo en aquellos mares: cuatro barras rojas sobre campo de oro. Se trataba de los almogávares, fuerzas de desembarco catalano-aragonesas mandadas por Roger de Flor, que consiguieron lo que ni antes ni después ha podido nadie: tomar Gallípoli al asalto. Al morir su jefe, asesinado por los bizantinos, a quienes acababa de librar del peligro de la invasión turca, los almogávares se quedaron en aquella población, que ya nunca abandonarían, mezclándose con el pueblo hasta asimilarse por completo.

Los Dardanelos, la puerta del mar Negro, han sido siempre codiciados por las grandes potencias. Rusia, Alemania, Inglaterra y Francia han hecho múltiples esfuerzos para apropiárselos. En 1807 una escuadra inglesa, al mando de sir John Thomas Dickworth, forzó la entrada de los estrechos, hazaña que ya no se ha vuelto a repetir. En 1915, en sus aguas se hundieron al chocar con las minas de que estaban sembradas, el acorazado francés *Bouvet* y los cruceros ingleses *Irresistible* y *Ocean*. Actualmente, la circulación de buques por los estrechos y zona de su jurisdicción está regulada por la Convención firmada en Montreux el 20 de julio de 1936.

El primer tratado regulador se firmó en 1841 y es de importancia transcendental, porque en él se aplica por vez primera el principio de intervención de un Estado en los asuntos de otro, que ni pide ni desea esta intervención. El pretexto fue el tratado secreto de Unklas, en 1810, entre el zar y el sultán, en el que se acordaba que sólo podían atravesar los estrechos los buques de guerra rusos. Más tarde, el Congreso de París, que puso fin a la guerra de Crimea (1854-1856), confirmó la prohibición de atravesarlos a toda clase de buques de guerra, si bien hoy los pasan los buques de guerra soviéticos.

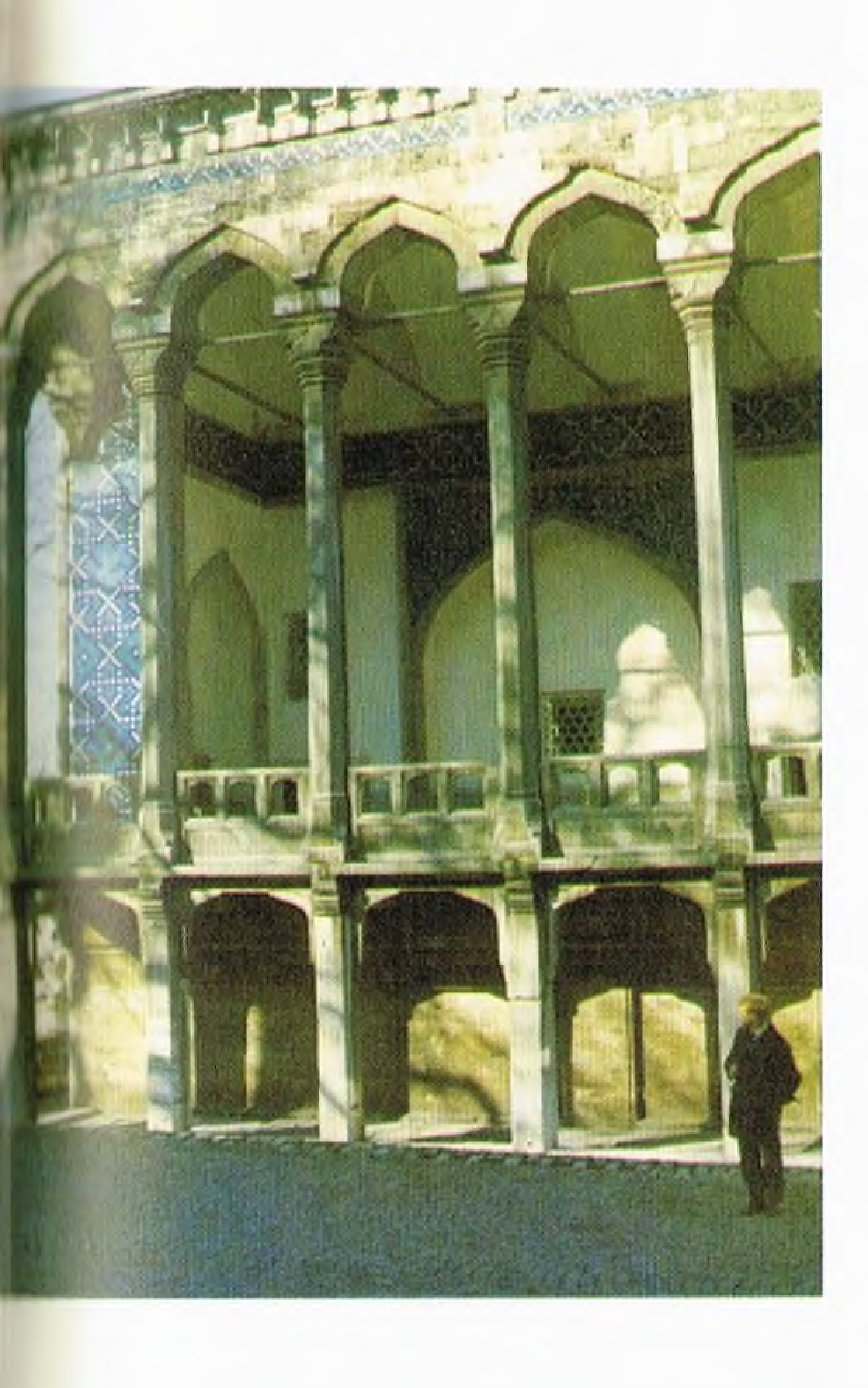
Esta situación de inferioridad para Turquía, a la que se prohibía incluso fortificar los Dardanelos, terminó gracias a Mustafá Kemal «Ataturk» (padre de los turcos, en su lengua). El armisticio de Mudros (1918), con el que terminó Turquía su intervención en favor de Alemania, y el Tratado de Sèvres (1920), marcaron el fin de una época de esplendor turco. Los italianos ocuparon Konia, los griegos Esmirna, Estambul estaba ocupada por los aliados y en el trono se sentaba como una figura decorativa Ahmed Edin. Mustafá Kemal, uno de los héroes de Gallípoli, reunió 50 000 hombres, estableció su capital en Ankara, sublevó a toda Turquía y, en 1922, depuso al último sultán y proclamó la República.

De 1920 a 1922 la guerra greco-turca volvió a ensangrentar los estrechos y, con visión de gran estratega, Mustafá Kemal obligó al ejército griego a seguirle hasta Gordium. Los griegos necesitaban el



Istanbul o Estambul, la antigua Constantinopla, es una de las ciudades más activas del mundo, porque constituye una auténtica encrucijada no sólo de continentes, sino de tensiones: política, drogas, intereses militares..., todo contribuye a darle un carácter heterogéneo. Este obelisco egipcio situado en la plaza del Hipódromo, rodeado de curiosos, y destacando de un fondo de viejas casas, nos recuerda muchas cosas. En primer lugar, que los emperadores bizantinos amaban el arte y no dudaron en llevarse de Egipto, para adornar su Constantinopla, monumentos notables como este obelisco llamado de Teodosio. Y en segundo lugar, que ésta fue siempre tierra de múltiples culturas y amalgama de civilizaciones encontradas.

Pasear por Estambul es una grata y exótica experiencia puesto que la vista contempla perspectivas distintas y antagónicas: edificios modernísimos, dignos de una urbe americana, se levantan al lado de algunas de las 500 mezquitas con que cuenta esta ciudad. Y junto al tráfico agitado, tanto por tierra como por mar, que discurre por las inmediaciones del Cuerno de Oro, puede hallarse esta plaza silenciosa donde se levanta un edificio de estilo musulmán y en cuyo interior existe uno de los muchos museos de la ciudad: el de Fatip.



triunfo para resolver la división interna surgida tras la muerte del rey Alejandro a causa de la mordedura de una mona. Pero en Gordium, tras 22 días de combate, el ejército griego fue derrotado. Las potencias europeas intentaron apoyar a Grecia, pero el miedo a una intervención rusa y la fulminante victoria turca les indujo a aceptar las condiciones de Mustafá Kemal, que exigió el abandono de todos los puertos de Asia Menor y la retirada de todos sus habitantes de origen griego. Su aceptación y consiguiente cumplimiento son el origen de la actual tirantez entre ambas naciones.

El Tratado de Lausana de 1923 estipuló el paso libre por los estrechos y la cesión a Turquía de Estambul, varios territorios europeos y diversas islas del Egeo. Turquía se comprometió a no fortificar el estrecho en una franja de 15 km de anchura, lo que no impide que esté al alcance de los modernos cañones.

El Tratado de los Estrechos, firmado en Montreux en 1936, concede a Turquía el derecho a fortificar los pasos y la facultad de cerrarlos a las escuadras extranjeras en caso de guerra. Este tratado sigue vigente en la actualidad, y como el «estado de guerra» es de difícil definición, Turquía aplica la prohibición incluso a sus aliados de la NATO, Grecia y, últimamente, a Estados Unidos, cuya VI flota ya no recala en Estambul desde hace varios años.

El mar de Mármara es tranquilo, aunque a veces las corrientes frías procedentes del mar Negro hacen de su navegación una aventura para las embarcaciones de escaso puntal. La pesca de sus aguas es bastante insípida, ya que se trata de especies aclimatadas a otras semidulces, pero fácil y abundante. En sus orillas alternan los modernos hoteles con pintorescos poblados de casas de madera y antiguas fortificaciones pétreas que se reflejan en el agua. El balneario de Yálova, el «Spa turco», según los carteles turísticos, es la playa de moda de Estambul, reservada de hecho a las familias acomodadas, ya que el viaje en barco dura un día.

Por fin el mar se estrecha. El viajero español que navega por esas latitudes no puede menos que evocar los versos de Espronceda:

Asia a un lado,
al otro, Europa,
y allí, a su frente, Estambul.

Esta ciudad está en Europa y su prolongación a Asia es el pueblo de Usküdar (Escútari). Unas 500 mezquitas alzan sus minaretes al cielo en un conjunto inolvidable. Aquí comienza un nuevo estrecho, el Bósforo, y un profundo golfo con aspecto de ría avanzada desde Europa para unirse con él: el Cuerno de Oro. Unidos por los puentes del Gálata (flotante) y de Atatürk, se hallan los dos barrios europeos: Eminönü, la parte antigua, donde estuvo Bizancio y Constantinopla; Beyoglu, la parte moderna, ocupa el lugar del antiguo barrio de Pera, al norte del Cuerno de Oro.

En esta zona, hasta la profundidad marina tiene su historia y su leyenda. El 15 de junio de 1826, el sultán Mahmud II dispuso que se arrojasen al agua, desde el palacio Topkapi, 30 000 familias de jenízaros para exterminar esta casta militar que venía a constituir el «pretoriado» del Imperio Turco. Su fundación se remontaba a 1334, fecha en que, para organizar un cuerpo de infantería especialmente seleccionado y adiestrado, se recurrió a niños cristianos, bien fueran nacidos en la esclavitud, bien procedentes de un tributo que obligaba a los cristianos a entregar al sultán uno de cada cinco hijos que les



nacieran. Educados según el más extremado espíritu castrense, y disfrutando de sueldos y privilegios que los situaban por encima de todos, eran la guardia fiel a los sultanes: algo así como los «mamelucos» egipcios o los «oprichniki» de Iván el Terrible. Para no faltar a la tradición de los renegados, se ensañaban cruelmente con los cristianos y eran odiados por los musulmanes. Muy pronto se convirtieron en casta hereditaria, que en algunas ocasiones intervino en el nombramiento, avatares y muerte de más de un sultán.

El nombre griego de Bósforo, que los turcos han conservado, significa «paso de la vaca». Este animal que le dio nombre era la bella Io, convertida en bovino y perseguida por un tábano enviado por la diosa Hera, celosa de sus amores con Zeus.

En el punto en que se mezclan las aguas del mar de Mármara (Marmara Denizi), del Bósforo (Bogazi) y del Cuerno de Oro (Haliç), el barco en que se llega a Estambul debe de corregir rumbo hacia el Oeste, o sea, hacia Europa. Al Este, junto a Asia, queda un pequeño islote con una torre de piedra, vivero de leyendas. En turco se llama *Kizkulesi* (kulesi=torre) y desde ella, en el siglo XII, se tendía una cadena que la unía con la punta del Serrallo, unas veces para privar el paso a los buques enemigos y otras para pedir el pago de un tributo a los amigos.

Los buques atracan normalmente en la Estación Marítima de Karakoy, en el barrio de Beyoglu. La perspectiva es fantástica y las puestas de sol se recortan sobre las torres y los minaretes del barrio de Eminönü. Al bajar a tierra, sentimos físicamente que ésta es la puerta de Asia y de Europa. Por algo al hablar de Turquía se la llama la «Sublime Puerta». La mezcla de civilizaciones es evidente. Grandes coches americanos frente a la Estación Marítima cumplen el servicio de taxis, pero cuando el viajero se sienta en uno de ellos, éste no se pone en marcha. Hay que esperar a otras personas, hasta que el coche se llene. A estos taxis colectivos se les llama «dolumes», siguen una dirección determinada, y resultan más económicos y cómodos que los autobuses.



En la página anterior, podemos contemplar la fortaleza de Rumeli Hisar, en la orilla asiática, frente al Bósforo. Fue construida en tres meses y para ello se congregaron 2000 obreros. En este punto, la anchura del brazo de mar es de unos 900 metros. En la orilla europea, se levanta otra fortificación parecida denominada Anadolu Hisar. Ambas se construyeron con el mismo propósito: la conquista de Constantinopla. Ésta es la más antigua y la de Rumeli Hisar data del año 1452, un año antes de que los turcos tomaran la capital bizantina. Abajo, como contraste, aparece el puerto de Estambul donde recalan barcos de todas las nacionalidades trayendo y llevando los más raros cargamentos. A pesar de los tratados que lo prohíben, por estas aguas pasan los buques de la escuadra de guerra rusa que hoy pululan por el Mediterráneo.



Otro rasgo que demuestra el contacto de civilizaciones es el idioma. De oído es totalmente imposible entender nada a quienes no están familiarizados con él, pero los rótulos son chocantes.

Aunque el turco procede de la estepa siberiana o del Turquestán, durante siglos se escribió con caracteres árabes, hasta que Ataturk prohibió el *alefato* (alfabeto árabe), sustituyéndolo por los caracteres europeos, que complementa con signos como la *ç,* que se pronuncia igual que la *ch* española; la *s* que se pronuncia a la manera de la *ch* francesa, así como la *ü,* de pronunciación idéntica a la *u* francesa; y la *ö,* cuyo sonido equivale al de la *eu* en francés. Sabido esto, se pueden leer los siguientes letreros: *otel* (hotel), *kahve* (café), *bulbar* (bulevar), *kilise* (iglesia), *saray* (serrallo, palacio), *banka* (banco), *vapur* (barco de vapor), *istasyon* (estación), *garaj* (garaje), *benzin* (gasolina), *motor* (motor), *otobus* (autobús), *perukar* (peluquero, «perruquier»), *lisesi* (instituto, «lycée»), *oryantal dans* (danza oriental) y muchas otras.

Apenas se avanza unos cientos de metros en la caótica circulación, un rótulo salta a la vista: «Tünel». El Tünel es una de las curiosidades de Estambul. Se trata del ferrocarril metropolitano más antiguo del mundo, según los guías. En realidad, el primero del mundo es el de Londres (1863), pues el Tünel turco data de 1876. Les siguen los de Liverpool (1886), Chicago (1892), Budapest (1896), Glasgow (1897) y París (1900). Se parece a un funicular subterráneo y todo en él es curioso. A la entrada se hallará una fila de pasajeros junto a una ventanilla. Llegado su turno, el viajero entrega una lira turca (1 Lt.=0,1 dólar) y se le dan 4 monedas de 25 kurus, el cambio exacto de la moneda que entregó. A continuación se reanuda la fila junto a un singular torno de hierro. Luego se abre la puerta. Para entrar se gira el torno y una mano tendida recoge 25 kurus, con lo que el paso queda libre, sin que se facilite ningún tipo de billete o contraseña. Ya esto cumplido y uno sentado, llega el momento en que el funicular subterráneo, a una velocidad estremecedora llega a la calle más moderna y comercial de Beyoglu, la Istiklal Caddesi (*Istiklal*=independencia, en árabe).

Concluido el viaje, estamos en el célebre puente de Gálata, llamado en turco Köprü. Construido en 1913 por una empresa alemana, tiene una longitud de casi 400 m y es el lugar de mayor tráfico de Estambul: tranvías, autobuses, «dolmuç» y coches particulares circulan a tal velocidad que se tiene la sensación de que el puente oscila. La parte central es flotante y se abre a la madrugada para dar salida a los buques de pequeño calado que recalan en el Cuerno de Oro. La pista de tránsito superior está adoquinada y dispone de aceras en las que se congregan vendedores de las más inverosímiles mercancías. En la parte inferior hay diversos pasos con tenderetes de pescado y fruta, servicios sanitarios y zonas para peatones, a quienes les está vedado atravesar la calzada. El puente de Gálata, o de Köprü, es la entrada a un mundo nuevo, extraño y fascinante. La ley prohibe la venta ambulante, pero, ¿quién puede demostrar que ese hombre cargado con una enorme báscula de farmacia, en realidad «vende» el peso a los transeúntes?

Otro detalle nos recuerda que aún estamos en Europa: el traje. Ataturk prohibió el tradicional fez, el velo de las mujeres y los ropajes orientales, pero aún es frecuente ver mujeres vestidas de negro con grandes velos que casi les cubren el rostro.

En la plaza de Eminönü se alza la gran mezquita de Yeni Cami, o mezquita nueva. Al ver los cientos de fieles que en ella entran,

nos asalta la duda de si el pueblo, cuyo Estado es oficialmente laico, practica la religión del Islam. La respuesta es un sí contundente. Por la calle se ven personas que rezan el rosario musulmán y que visitan las mezquitas, cuya entrada se permite a condición de descalzarse.

El Islam turco vive un renacimiento religioso. En las grandes mezquitas de Suleymaniye, Sultanahmet, Rüstenpasa, etc., aún se contemplan las antiguas inscripciones arábigas que los turcos no entienden, pues el Corán lo recitan en turco y sólo contadas personas son capaces de leerlo o recitarlo en árabe. Este hecho de traducirlo les coloca en una extraña postura casi de «herejes» frente a los otros países musulmanes. Esto aparte, emociona la fe de los creyentes al entrar en sus mezquitas. Antes de hacerlo se lavan tres veces las manos, la boca, la nariz, la cara, los brazos, la cabeza, las orejas y los pies, por este orden, y casi en plena calle. Aunque la vida moderna dificulta la asistencia a las cinco oraciones diarias, durante las horas canónicas las 500 mezquitas de Estambul están llenas de hombres y de mujeres, éstas situadas siempre en las últimas filas.



Para conocer Estambul en sus entrañas hay que visitar el Kapali Çarsi, o Bazar Cubierto. Se dice que, sumados los callejones que comprende, se totalizarían 50 km. Se trata, en realidad, de unas galerías comerciales compuestas por pequeñas tiendas agrupadas, según su especialidad, por calles y barrios: de los plateros, de zapateros, de sastres, etc. En total cubre 200 000 m^2 y en su recinto pueden comprarse, previo largo regateo sobre el precio, la moneda en que se realiza el pago y el cambio que se le debe aplicar, los objetos más diversos: armas antiguas, toallas y bisutería fabricadas en España, sillas de camello egipcias o libanesas, joyas de oro y fantasiosas piezas de plata cincelada (vendidas a peso, pues el trabajo no cuenta), ropa nueva y usada (en cuyo capítulo debe tenerse en cuenta que el trabajo manual es siempre, y paradójicamente, mucho más barato que el mecánico), cerámica antigua y moderna, monedas de todos los países, típicos gorros de piel de astrakán (que los turcos no podían llevar hace pocos años, bajo pena de muerte), pipas de espuma de mar esculpidas en forma de alucinantes cabezas, pipas de agua (los célebres «narghilés»), falsas antigüedades griegas y romanas que se mezclan con las auténticas; lámparas de petróleo, objetos de cobre y de cuero, platos rotos, golosinas, iconos bizantinos, puñales y oxidadas pistolas de chispa, látigos de cuero, babuchas bordadas, objetos de cristal y de alabastro, chales de seda, alfombras de vivos colores, en una mescolanza propia del Rastro madrileño, los Encantes barceloneses, el «marché aux puces» parisino, y la cueva de Aladino cairota, como la sin rival en el mundo de Jan el Jalili.

Los viajeros de lengua española encuentran en el Kapali Çarsi una sorpresa fascinante. Al oírles hablar, unos comerciantes rubios les interpelan desde sus tiendas: «Pasen vuesas mercedes, que nosotros también somos españoles, aunque salimos de España hace cuatrocientos años». Son los judíos sefardíes, sucesivamente expulsados de España por Sisebuto, atacados por Alfonso X el Sabio en las *Partidas* y desterrados por los Reyes Católicos, Felipe II y Felipe IV. No sólo conservan el castellano antiguo como idioma propio, sino que esta lengua les sirve para afirmar su personalidad de minoría comerciante, y conservan los más arcaicos refranes castellanos. Su condición de españoles les fue reconocida por Decreto firmado por don Miguel Primo de Rivera en Madrid el 20 de diciembre de 1924. Durante la II Guerra Mundial, la embajada española en Vichy entregó pasaporte de esta nacionalidad a todos los judíos sefardíes que lo solici-

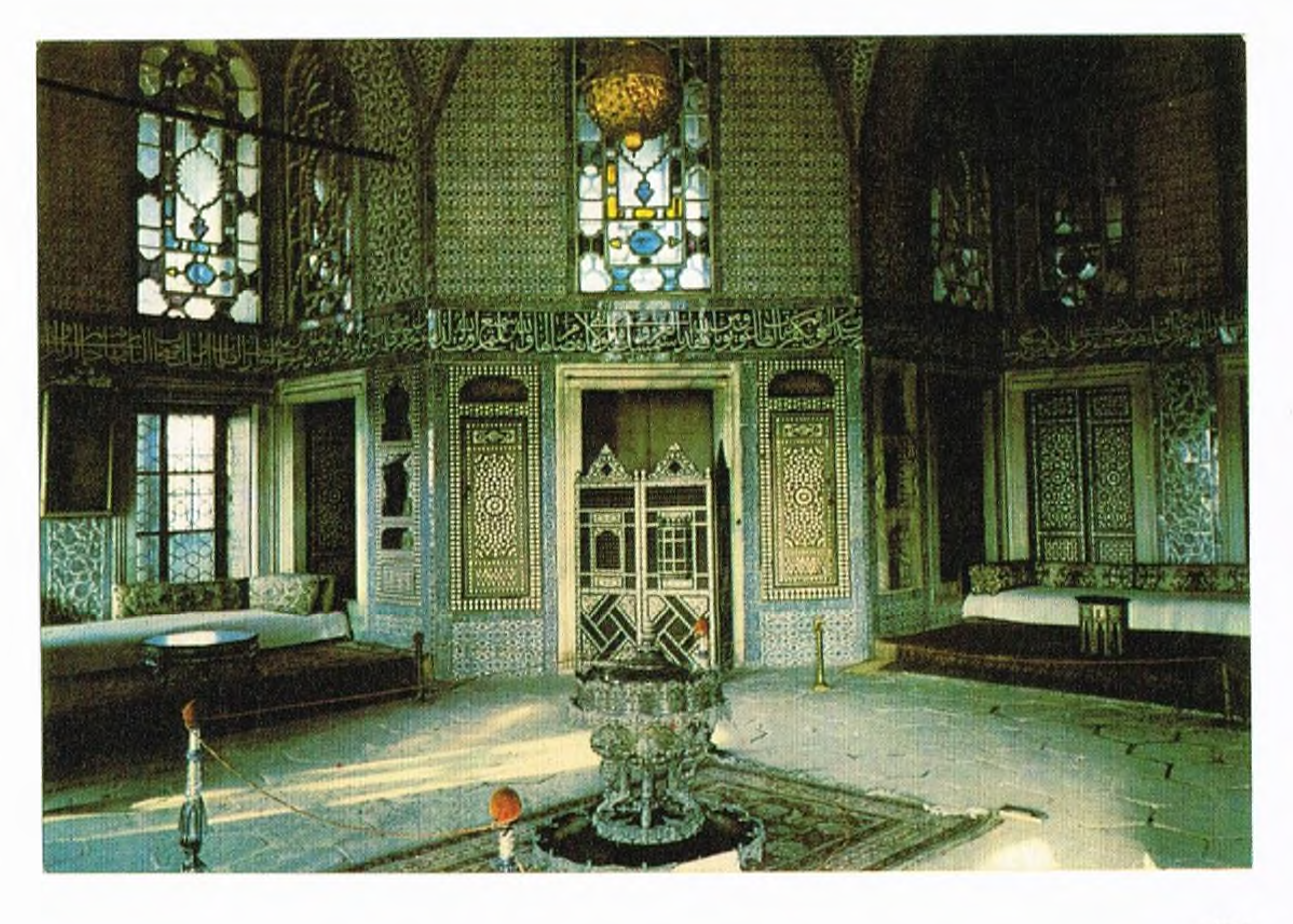
taron, salvándoles así de los riesgos mortales a que estaban expuestos por su simple condición racial durante la ocupación alemana. Se calcula en 25 000 el número de sefardíes que viven en Estambul, dedicados todos al comercio, que ejercen mancomunadamente.

El punto más importante del viejo Estambul, desde el que se domina el Bósforo, el Cuerno de Oro y el mar de Mármara, es el palacio de Topkapi: el «Topkapi (*kapi*=puerta) Sarayi», la «Sublime Puerta» desde la que se dirigieron los destinos de media Europa durante cuatro siglos. Su construcción se inició en el siglo IV y cada sultán ha añadido un palacete privado (o «kiosko») a las construcciones de la antigua Bizancio y Constantinopla. Al patio principal, de 160 por 130 metros, se abren algunas dependencias que contienen los más espectaculares tesoros del mundo.

En las antiguas cocinas, de 20 cúpulas, donde se podía preparar simultáneamente comida para 3000 comensales, se guarda la mejor colección de porcelanas que acaso exista, de valor incalculable y que comprende 12 000 piezas de porcelana china, una colección completa de porcelanas japonesas y europeas, y todos los juegos de mesa usados en los banquetes de los sultanes cincelados en plata y oro. Algunos son ejemplares únicos, como la pieza que ostenta el retrato de Napoleón y Josefina, dedicada al sultán. Este tesoro es aún más importante que las joyas de la corona británica o que las del sha de Persia.

En Topkapi se guardan, además, reliquias musulmanas tales como el primer Corán, el manto de Mahoma, el arco del Profeta, una carta y varios pelos de su barba, etc. La biblioteca, la sala de armas, las carrozas de los sultanes, los kioscos, los innumerables salones recubiertos de porcelanas, alfombras y tapices, etc. Desde sus balcones se domina el Bósforo y el mar de Mármara.

A lo largo de siglos de dominio y justo es decirlo, de rapiña, los sultanes turcos llegaron a acumular riquezas incalculables. Por otra parte, recibían halagadores obsequios procedentes de los soberanos de Occidente deseosos de mantenerlos contentos y complacientes. Todas estas riquezas se guardaban celosamente y al convertirse Turquía en una república, la mayoría de aquéllas se concentraron en el museo Topkapi o «Sublime Puerta», un palacio grandioso entre cuyas paredes se conservan piezas como este trono de Mohammed I, que puede verse en la página anterior. Se calcula que el valor de las gemas, objetos artísticos y piezas raras es superior a las que posee el sha de Persia o que se guardan en la Torre de Londres.



Las maravillas de Estambul son muchas: Santa Sofía, obra maestra del arte bizantino del tiempo de Justiniano, que para su construcción importó ocho columnas de brecha verde del templo de Diana, en Éfeso; ocho columnas del templo de Júpiter, alzado en Baalbek, pero que estaban en Roma, y materiales de los templos egipcios de Isis y Osiris. La construcción de Santa Sofía se acabó el año 548. Su cúpula mide 31 m de diámetro y su llave está a 55 m del suelo. Sólo el Vaticano, alzado mil años después, supera en proporciones a este templo extraordinario.

De vuelta al mar, sigamos viaje rumbo Norte, hacia el mar Negro. La visión del Bósforo es fantástica: antiguos palacios abandonados y derruidos, algunos en curso de restauración, como el Dolmabase, otros, todo lo contrario, en trance de demolición, y el construido en Berleybey, para que la emperatriz Eugenia pasase una temporada de reposo; mansiones de madera, medio carcomidas, que aún guardan la prestancia de su antiguo esplendor; y, por último, frente a frente, dos fortalezas berroqueñas: Rumeli Hisar, situada en la costa europea, y Anadolu Hisar, en la asiática. Entre ambas el Bósforo se estrecha y llega a medir menos de 900 metros.

Rumeli Hisar, que se conserva casi intacto, fue construido en tres meses por 2000 hombres, en 1452, para preparar la invasión de Estambul y evitar la llegada de refuerzos. El castillo de Anadolu Hisar es más antiguo y acusa más el paso de los años. El fuego cruzado de los cañones de los dos castillos hacía imposible a cualquier nave enemiga procedente del mar Negro la entrada en el Bósforo.

A 19 km de Estambul, en la costa europea, se halla el poblado pesquero de Saruyer, en el que antaño los navegantes adoraban una gran estatua de Venus Meretricia.

El pueblo está dominado desde una colina por un antiguo castillo genovés. Ya en este punto, entre las altas orillas, se hace posible contemplar las aguas del mar Negro, distante unos 8 km, pero está prohibido acercarse más. Aquí empieza la zona militar, que el ejército turco hace respetar sin excepción. Por tratarse de uno de los más importantes enclaves de la política mundial, en ella hay un verdadero ejército en perpetuo pie de guerra. Los buques rusos y de otras nacionalidades que navegan por el estrecho canal lo hacen con infinitas precauciones, a marcha lentísima, ante el temor de que sean ciertos los rumores de que está minado. Aquí comienza un mundo nuevo y fascinante, y para los europeos apenas conocido: el mar Negro y la costa sur de la Unión Soviética.



Interior de Santa Sofía en la actualidad. Las columnas, arcos y paredes son las del templo cristiano. Los enormes círculos que pueden verse al fondo, fueron colocados por los musulmanes y en ellos están grabadas oraciones del Corán. La lámpara moderna que aparece en primer plano ofrece un violento contraste con los elementos turcos y la arquitectura cristiana, perfecto símbolo de la Turquía actual, mezcolanza de intereses y de tendencias.

Del Neoclásico al Impresionismo

El esplendor del Renacimiento cedió paso a las formas dinámicas y recargadas del Barroco, el cual, a su vez, se convirtió en el preciosismo del Rococó, un estilo delicado y sutil, muy adecuado para los trabajos en porcelana, los espejos y la decadente elegancia de los castillos del Loira. Durante el siglo XVIII la monarquía francesa centraba el poder político, intelectual y artístico de Europa, pero el declive de los Luises era evidente, presagiando ya el terrible estallido de la Revolución francesa.

Por esta época se inició una reacción que fue otra especie de Renacimiento, una nueva vuelta a la antigüedad clásica. Uno de los factores que determinaron esta actividad resultó ser el descubrimiento



de las ruinas de Herculano en 1719 y las de Pompeya en 1748, hecho en el que intervino en forma muy directa quien después sería rey de España, Carlos III de Borbón, entonces virrey de Nápoles. Por esas fechas, más o menos, numerosos investigadores se volcaron sobre Grecia en un generoso intento de descubrir tesoros artísticos y reconstruir su historia antigua con mejores bases científicas.

Estos sucesos determinaron la aparición de un movimiento estético conocido con el nombre de Neoclasicismo. Desde él, hasta la aparición del Impresionismo, y posteriormente las manifestaciones artísticas del siglo actual, se suceden los grandes genios de la pintura moderna que llenan todo el siglo XIX, talentos ferozmente discutidos en su tiempo y que originaron auténticas tempestades y luchas en pro o en contra de expresiones nuevas.

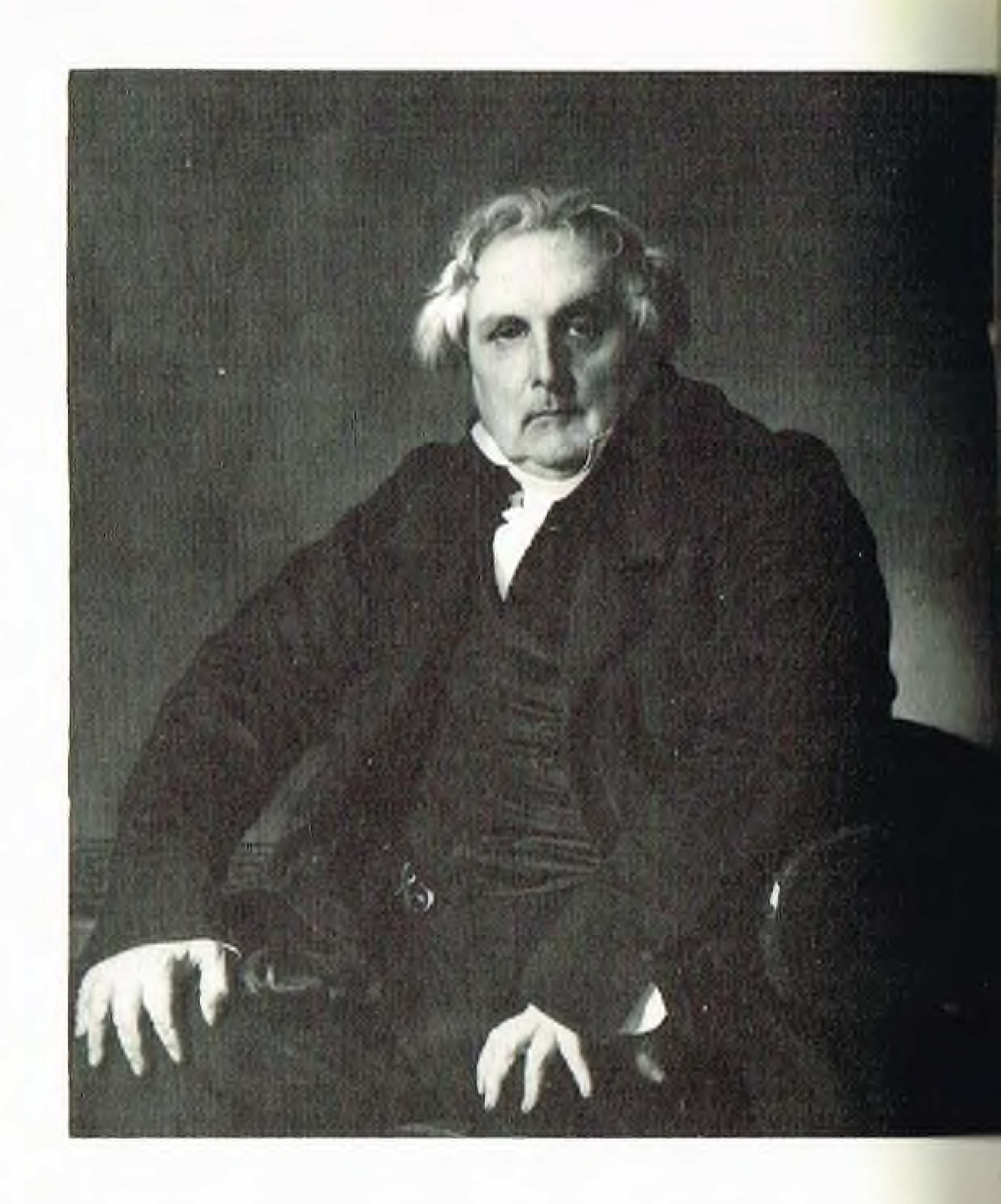
Los soberanos y los aristócratas se entregaron a este juego de descubrir tesoros antiguos y de imitar — como hicieron los señores renacentistas — la majestad de las construcciones griegas y romanas. A mediados del siglo XVIII el arquitecto Soufflot construyó el Panteón de Francia, parecido a la catedral de San Pablo de Londres. París se enriquecía con monumentos que reflejaban esta tendencia, desde el Palacio Real (Palais Royal) hasta la iglesia de la Madeleine, pasando por el Palais Bourbon, hoy Cámara de Diputados, siguiendo con grandes construcciones muy posteriores como son el Arco de Triunfo de la Estrella, proyectado por Napoleón I y terminado en 1836, el Arco del Carrousel, la columna de la plaza Vendôme, y tantos otros monumentos que responden a este gusto neoclásico.

Recuérdese que si París era entonces el centro del mundo, estas tendencias también se reflejaban en Inglaterra, donde apareció el estilo Adams; en España se aceptaron por los Borbones; en Alemania, que levantó la grandiosa puerta de Brandeburgo; incluso en Rusia, al construir el que hoy es Museo del Ermitage, antiguo palacio del zar en Leningrado, y también en los Estados Unidos con el blanco edificio del Capitolio de Washington.

Uno de los pintores neoclásicos más característicos de esta época fue Jacques Louis David, nacido en París el año 1748 y que logró salvar, para bien de sus pinceles, todos los avatares de la turbulenta política francesa de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX.

El 17 de enero de 1793 la Convención Republicana francesa votó la condena del rey Luis XVI de Francia. Entre los que pidieron la muerte del soberano se encontraba un pintor de cuarenta y cinco años de edad que entonces comenzaba a destacar más como político que como artista de fama: David. En 1775, pensionado por la Academia Francesa, se había trasladado a Roma para ampliar estudios. Dos ideas parecían sugestionarle: la palabra República, que si en la Roma antigua tuvo un momento brillante, los enciclopedistas y volterianos del siglo XVIII podían resucitar de nuevo, y en segundo lugar, las bellezas del arte clásico.

La trayectoria política, incluso humana, de David es mejor no analizarla porque el convencional de 1793 no sintió reparo alguno en vender uno de sus cuadros a Luis XVI. El hecho ocurrió en 1785, cuando expuso en París su lienzo titulado *El juramento de los Horacios*. En él David realizó una composición dotada de gran teatralidad, donde las figuras humanas parecen esculturas, acusándose extremadamente el relieve. Cuando las jornadas revolucionarias se aproximaban, David pintó *Bruto ante los cadáveres de sus hijos*, obra llena de esencias revolucionarias, basada en un pasaje de la historia de Roma, donde el padre contempla imperturbable los cadáveres de sus hijos



Obra de madurez — tenía 52 años cuando la realizó — el «Retrato de M. Bertin», de Jean Auguste Dominique Ingres (1780-1867) es representativo de la manera de este artista. Dominador del dibujo, necesitaba, sin embargo, bosquejar varias veces la figura que iba a retratar antes de decidirse a seguir adelante en su trabajo. M. Bertin fue el fundador del diario «Débats» y acudió a Ingres precisamente por la fama de pintor concienzudo de que gozaba y que aparece patente en todas sus obras.

ejecutados por conspirar contra la República. La aparición de esta obra coincidió con los levantamientos populares y David fue aclamado como el pintor de la Revolución. Los jacobinos le encargaron cuadros de propaganda y el diseño de los nuevos uniformes, así como la decoración de las grandes fiestas y cortejos revolucionarios.

David se encontró inmerso en el ambiente que se respiraba en Francia a fines del siglo XVIII, volvióse cada vez más extremista y llegó a dibujar con fría precisión el paso de la carreta que conducía al patíbulo a la infeliz María Antonieta, la esposa de Luis XVI. Su línea revolucionaria era tan decidida, tan fanática diríamos hoy, que no hizo el menor intento para salvar, por ejemplo, la vida de la hermana de un pintor amigo suyo que fué condenada a la guillotina. Su amistad con Marat y Robespierre le abrían todas las puertas. Hasta que un día Carlota Corday asesinó a Marat en el baño.

—David, ¿dónde estás? ¡Allí tenías un magnífico tema para un cuadro! — le gritó uno de los líderes de la revolución cuando hacía el panegírico del muerto en plena Convención.

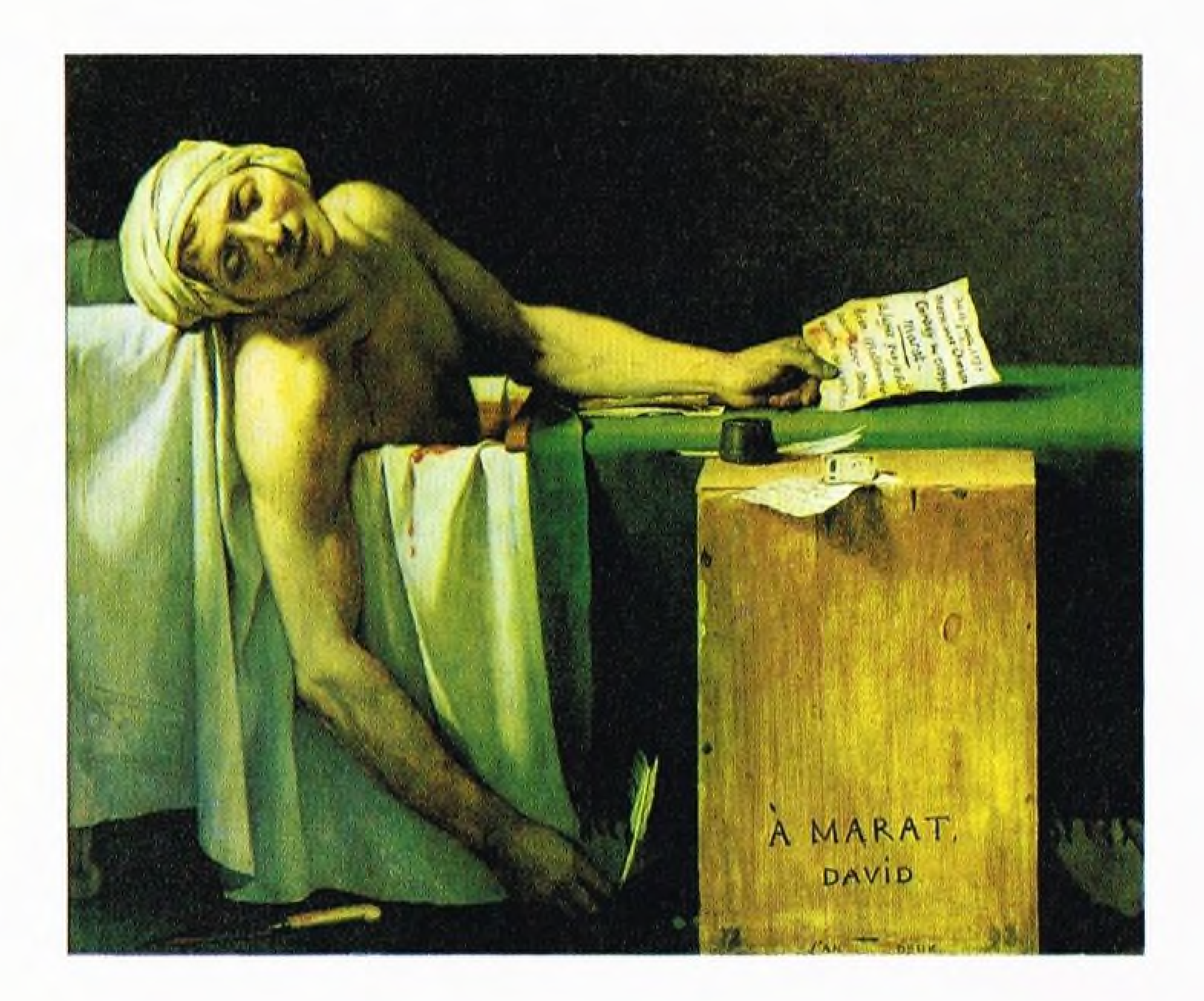
David recogió el guante y pintó el lienzo tan conocido de la muerte de Marat, y de un modo dramático lo presentó a la Convención diciendo:

—Su alma me dijo: «toma los pinceles y véngame de modo que el enemigo palidezca al ver el rostro del que fue martirizado por su amor a la libertad».

Sin embargo, al caer Robespierre, David estuvo encarcelado durante cinco meses. Poco más tarde Napoleón tomaba el poder, se proclamaba Primer Cónsul y luego Emperador. Nunca un soberano ha tenido un pintor más plegado a sus deseos como David lo fue a Bonaparte. Toda la ampulosidad, todo el esplendor y toda la pompa de la corte pudieron manifestarse en sus cuadros, como el de la *Coronación de Napoleón I en la catedral de Notre Dame.*

Pero después de Waterloo, la cabeza de David peligraba y el gran pintor del Imperio huyó a Bélgica, muriendo en Bruselas en 1825.

Como maestro, David fue un tirano y, como es propio de los tiempos de excepción, ejerció una dictadura. O se pintaba al estilo



Jacques Louis David (1748-1825) compartió con Ingres la primacía de la pintura neoclásica francesa. Entre sus obras disfruta de especial renombre este «Marat asesinado en su bañera», pintado el mismo año (1793) en que Carlota Corday cortaba la vida de aquel revolucionario. Guió a David en la ejecución de este lienzo, hoy conservado en los Museos Reales de Bellas Artes de Bruselas, la idea de vengar el magnicidio imortalizando la figura del famoso jacobino, patéticamente tendido con pluma y papel en las manos.



David o no se pintaba. Sus mejores discípulos fueron Gérard, Gros e Ingres, y tal dominio siguió ejerciéndolo incluso durante su destierro. Gros estaba, en este sentido, tan fanatizado que si alguno de sus alumnos intentaba mostrar reflejos personales, le reñía diciéndole: «No soy yo quien os habla, sino David, eternamente David».

Gérard era el pintor aristocrático por esencia, y en sus salones, presididos por su esposa, se reunía la intelectualidad de la capital. Sus lienzos inmortalizando a *Madame Récamier* o a *Napoleón coronado de laurel,* son muy conocidos. El caso de Gros es curioso y digno de ser considerado. En el fondo fue un pintor que no pudo expresar el romanticismo que llevaba dentro, porque dependía totalmente de David. Cuando en 1835 se suicidó arrojándose al Sena, dejó una nota escrita en la que afirmaba su imposibilidad de «seguir traicionando lo que llevo dentro de mi alma».

Finalmente, tenemos a Jean Auguste Dominique Ingres, que a la muerte de David se convirtió en el dictador estético de Francia. De él se ha dicho que era un artista inconmensurablemente mejor que David, pero que si se lo proponía podía ser un pintor cursi y pedante. En realidad, Ingres era mejor dibujante que pintor. La gracia, la armonía de sus líneas, la calidad acariciadora de sus desnudos

femeninos, denotan al dibujante genial. Por eso se explica la oposición entre Ingres y Delacroix. Éste era la explosión del color y de la libertad expresiva, mientras aquél era el clasicismo de David, a pesar de atisbarse en él aires románticos. Cuando los dos genios coincidían en una reunión, Ingres se marchaba, no sin dejar bien sentado que «apestaba a azufre».

La rigidez del Neoclásico iba a dejar paso a la exaltación del Romántico. Si el Renacimiento y el Neoclásico significaban un retorno a los tiempos de Grecia y Roma, el Romanticismo debe entenderse como un retorno a una Edad Media idealizada. Pero al mismo tiempo como una exaltación o una especie de fiebre en la que el mundo queda falseado a impulsos de un sentimiento que todo lo invade. La historia real de los tiempos medios sirve solamente de base para una fantasía en la que lo heroico, el amor sublime y el sentimiento religioso alcanzan cimas fabulosas. Todo lo que signifique pasión llevada hasta la muerte, cabe dentro del Romanticismo que ensalza el imperio de la noche y las visiones de ultratumba.

Théodore Géricault fue uno de los primeros pintores románticos que llevó la exaltación del color y el patetismo a límites que quizá hoy nos parezcan ridículos o exagerados. Cuando pintó *La balsa de la Medusa,* donde se recogió el momento más emotivo de un naufragio célebre, no sólo se puso en contacto con uno de los supervivientes para que le contara lo ocurrido, sino que mandó construir una réplica de la famosa balsa, y compró cadáveres a un hospital para pintar con todo realismo el trágico suceso.

Parece seguro que el pintor Eugène Delacroix (1798-1863) fue hijo natural de Talleyrand y gozó de la oculta protección de este elevado personaje en los primeros años de su carrera artística. De 1831 es este lienzo, una de sus más famosas obras, titulado «La Libertad guiando al Pueblo», en el que exalta la Revolución de 1830 que derribó definitivamente a los Borbones en Francia para sustituirlos por Luis Felipe de Orleans. Él mismo se representó autorretratándose en la figura del hombre con chistera que hay en primera línea con un fusil en la mano.

Un condiscípulo de Géricault debía llevar a la cumbre la pintura romántica francesa, el ya citado Eugène Delacroix. Se cuenta que cuando en 1822 presentó en el Salón Oficial su obra *La barca de Dante,* el propio David quedó impresionado por la fuerza, el movimiento y el color de aquel artista revolucionario, no en el sentido político, sino estético. Porque Delacroix se había inspirado en las obras de dos grandes genios: Rubens y Rembrandt, y vivió en un país donde la luz es violenta y todas las cosas adquieren un color desenfrenado: el norte de África, especialmente Marruecos. Iluminado por el ardiente sol africano, pintó *La caza del león, Mujeres de Argel* y otros cuadros. Entre los que más fama le dieron figuran el titulado *Dante y Virgilio cruzando el lago que rodea la ciudad de Ditis, Muerte de Sardanápalo,* en el que se aprecia la influencia de Rubens en los desnudos femeninos, *Las matanzas de Scio* y la *Entrada de los cruzados en Constantinopla.*

A finales de julio de 1830 el pueblo francés se amotinó contra Carlos X, y enarbolando la bandera tricolor se lanzó a las barricadas. Las escenas de la revolución, según cuenta Víctor Hugo, impresionaron tanto a Delacroix, a pesar de que éste procedía de una familia monárquica, que se puso a pintar un lienzo glorificando la hazaña de las luchas de París y que tituló *La Libertad guiando al Pueblo.* En esta obra los tonos fríos y oscuros prestan singular relieve a los colores vivísimos de la bandera y dan al cuadro magnificencia y luminosidad. Delacroix llena un amplio espacio de la pintura francesa, ya que murió en 1863, a los sesenta y cuatro años de edad.

Sin embargo, ni el Neoclasicismo ni el Romanticismo prestaron atención a la naturaleza real. Trabajaron con elementos de la historia o de la fantasía. La nueva reacción, en cambio, tendería a mirar el paisaje, las cosas vivas, lo que existe, y por esta razón ha sido denominada Realismo. Y fueron los paisajistas holandeses e ingleses los que introdujeron en Francia esta nueva tendencia, cuyas razones



profundas quizá sería oportuno señalar en la Revolución Industrial, en la aparición de la clase proletaria, en el auge de la Industria y la Economía; en fin, en un movimiento espiritual que arrincona y entierra viejas fórmulas demasiado sentimentales y abstractas.

«Hasta los dieciocho años fui alumno de un colegio de Rúan, pasé ocho años dedicado a los negocios, y como no pude soportarlo por más tiempo me hice paisajista, lo que me llevó más tarde a estudiar la Naturaleza por mi cuenta... *et voila...*» Así explicaba Jean Baptiste Corot su conversión a la Pintura. Nació en 1796 y era un hombre sencillo, de biografía tan anodina que a los cincuenta años de pintar y llamarse artista aún no había vendido un solo cuadro. Su padre consentía aquel capricho, tolerante con el hijo bueno y sencillo, pero iba a quedar extraordinariamente sorprendido al verle ganar sumas considerables y, de un modo especial, cuando le fue concedida la Legión de Honor. Se cuenta que sólo murmuró: «el muchacho parece tener talento después de todo».

Cuando logró vender su primera obra, Corot exclamó desolado: «Hasta la fecha poseía una colección completa de Corots, pero ahora se me ha descalabrado». Los paisajes de Corot tienen un aire poético, crepuscular muchas veces, que dan al ambiente del cuadro un singular encanto no exento de melancolía. *La ventolera, La catedral de Chartres, La villa d'Avray,* y tantos otros, reflejan este amor por la

Uno de los elementos integrantes de la denominada, no con mucha propiedad, Escuela de Barbizon fue Jean Baptiste Camille Corot (1796-1875). Como otros muchos artistas, realizó un viaje de estudios por Italia que duró dos años. Y de aquel país trajo entre otras obras este paisaje que tituló «Recuerdos de Italia», en el que reflejó los alrededores de Castelgandolfo. Corot, como los demás de la Escuela de Barbizon, significó una reacción contra la pintura romántica que todavía dominaba en el gusto francés del segundo tercio del siglo XIX.

Honoré Daumier (1808-1879) fue un gran pintor y grabador, pero sobre todo caricaturista, el más importante de Francia en el siglo XIX. Dedicado a satirizar muchos aspectos, políticos o no, que le desagradaban, lo hizo con un tino que aún hoy puede ser considerado con respeto. En este dibujo, Daumier pretende explicar la inestabilidad política de Europa en 1866, en vísperas de la guerra franco-prusiana. Europa, con corona mural, se tambalea sobre una bomba con la mecha encendida.



Naturaleza, esta sensibilidad extraordinaria por la atmósfera, la luz, las plantas... Corot solía madrugar mucho, incluso salía de su casa antes del alba para encontrarse en el bosque o en el campo cuando amanecía y así poder asimilar el maravilloso proceso de la aurora.

Esta pasión por las cosas del campo y de la tierra se manifestó también en otros artistas como Troyon, cuyos *Bueyes volviendo de su labor* son una preciosa estampa campesina, o en T. Rousseau y, sobre todo, en Jean François Millet. Éste decía: «Escuchaba el grito de la tierra, tenía la obsesión de la tierra y de los hombres que trabajan en ella. El lado alegre de la vida nunca se me ha presentado. No sé dónde está ni lo he visto jamás. La cosa más alegre que conozco es la calma y el silencio de los bosques y del campo».

Millet nació en Normandía y era labrador por necesidad. En invierno pintaba en una cabaña sin lumbre, abrigado en una manta, y conoció, a lo largo de su vida, temporadas muy duras. Veinte años después de su muerte se vendió *El Angelus* por mucho más dinero del que él logró ganar durante toda su vida.

Otro pintor de existencia precaria era Daumier, quien al final de sus días quedó casi ciego y pudo vivir gracias a la ayuda que generosamente le prestó Corot. Daumier es el máximo pintor humorista del siglo XIX, un pintor de sátira social cuyas caricaturas tienen aún una total vigencia.

El gran artista del realismo francés fue Gustave Courbet y a él se debe el nombre de «Arte realista» con que calificó sus obras. Precisamente en el Salón de 1847 presentó su autorretrato titulado *El hombre de la pipa,* que fue rehusado. Hoy los lienzos de Courbet nos parecen conservadores, incluso demasiado figurativos y preciosistas, pero en su tiempo constituyeron un auténtico escándalo, como *Las bañistas* y algunos más que fueron rechazados sistemáticamente; inclusive un retrato de Berlioz no pudo cobrarlo por no gustarle al interesado. Cuando en 1855 expuso *El estudio del pintor,* también se le criticó duramente porque se representó a sí mismo en el centro del cuadro teniendo a sus espaldas una modelo desnuda y rodeado de los principales tipos que había representado en sus lienzos. Finalmente, los últimos días de su existencia se vieron amargados por la intervención que tuvo en la Commune de 1870, pues se le culpaba de que los revolucionarios hubiesen derribado la columna de la plaza Vendôme mientras era Delegado de Bellas Artes. Todo esto le obligó a dejar Francia, instalarse en Suiza y morir en el destierro en 1877.

Sin embargo, ya no era posible ligar el espíritu del artista con viejos y cerrados moldes. Por eso, en tiempos de Napoleón III, concretamente en 1863, cuando se inauguró el Salón des Refusés, se produjo una auténtica explosión. En esta galería se reunieron los lienzos de los artistas que no habían sido admitidos en el Salón Oficial, es decir, los que fueron rechazados. Los nombres de Manet, Pissarro, Jonkind, Guillamin, Whistler y Cézanne sonaron por primera vez. La multitud que acudió para reírse con las obras de los rehusados, se dividió en dos grupos: para unos aquellas pinturas eran intolerables y causaban indignación, mientras para otros significaban la aparición de un arte nuevo. La policía tuvo que proteger el cuadro de Manet titulado *Dejeuner sur l'herbe* o *Desayuno campestre,* que representaba cuatro personajes sentados bajo unos árboles. Lo inadmisible para el público era que uno de ellos, precisamente una mujer, estaba totalmente desnuda.

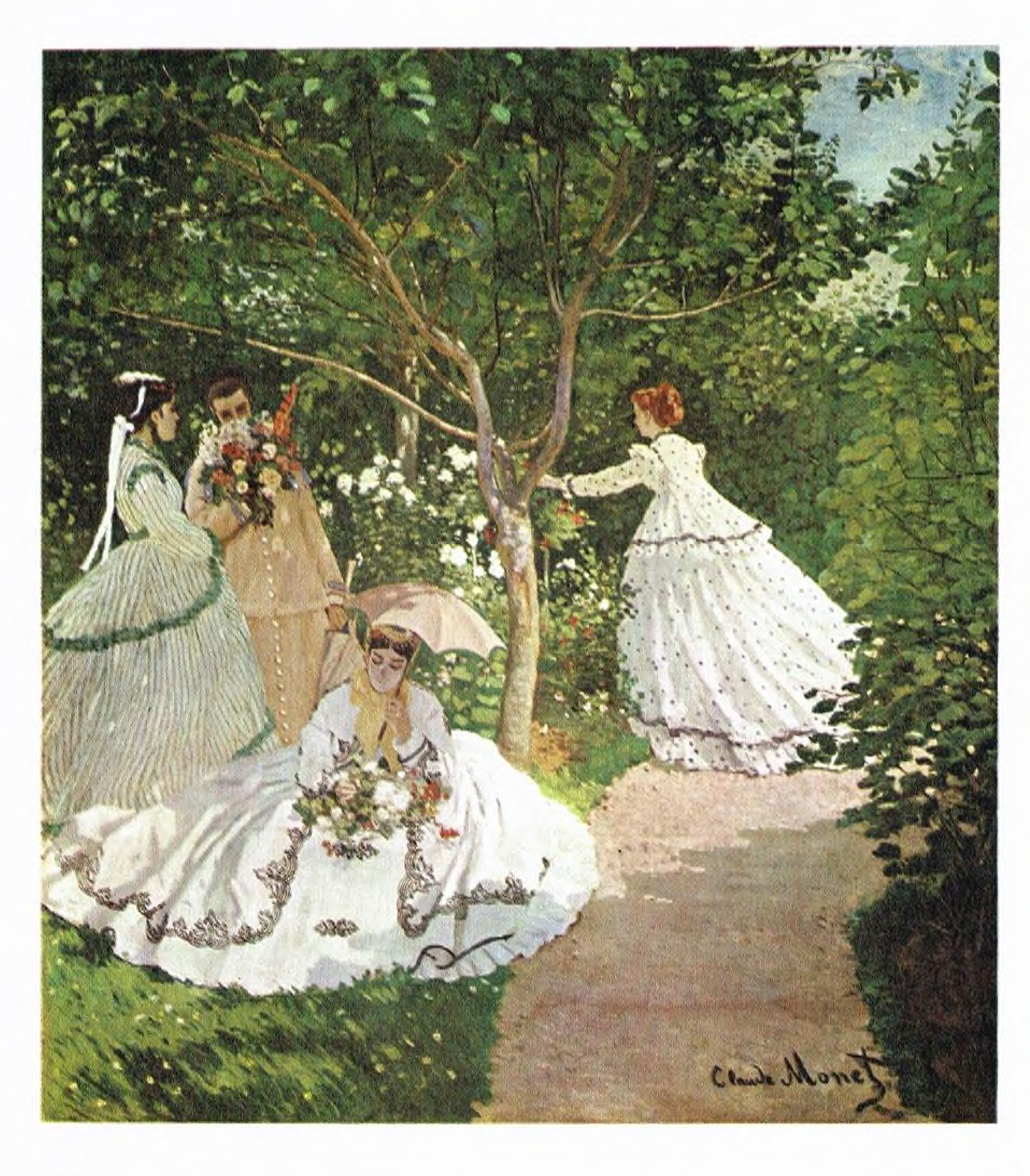
Delacroix, el gran representante del Romanticismo, había desaparecido y surgía un movimiento titulado de los Independientes, que

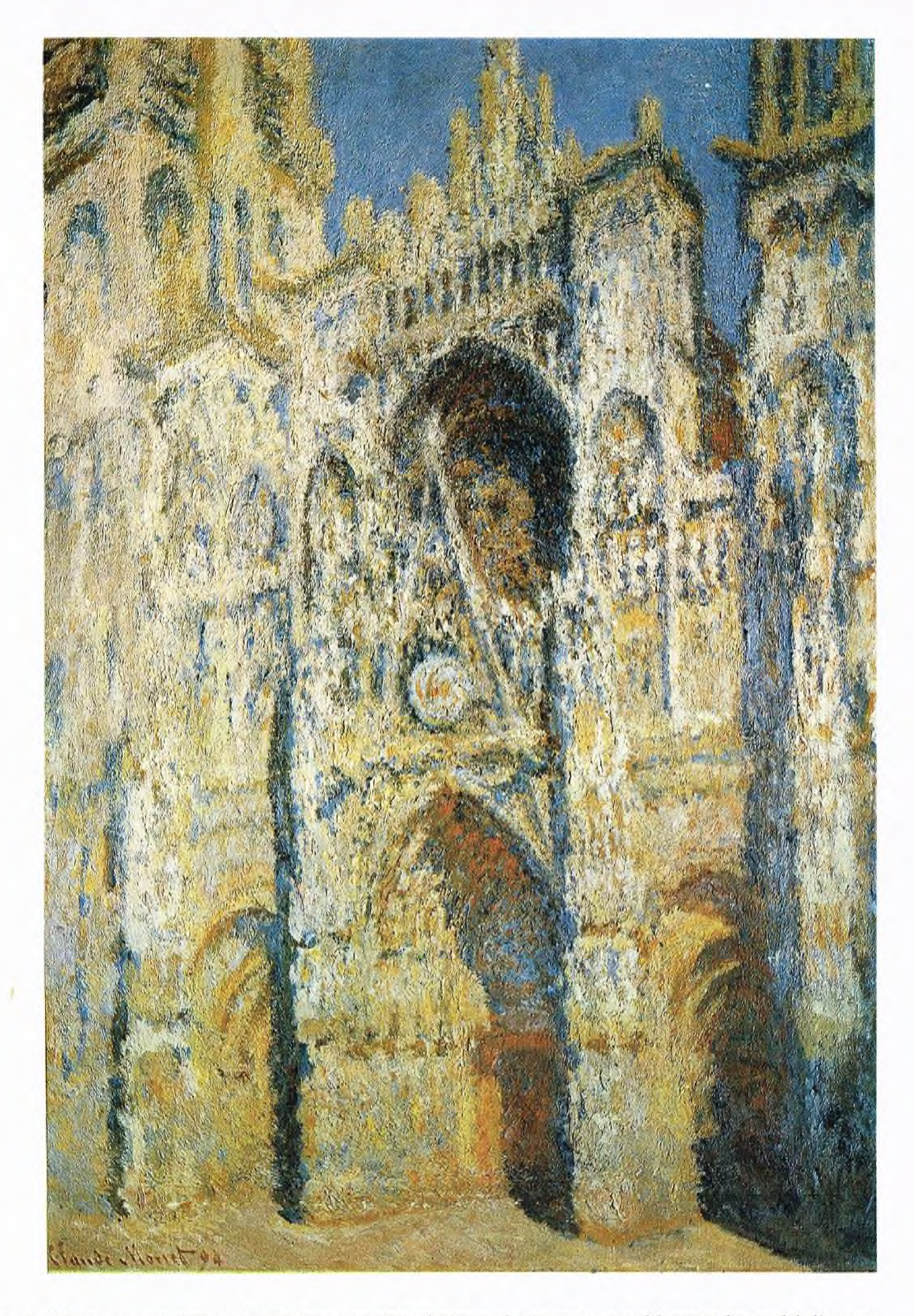
luego se llamaría Impresionismo, nombre sacado de un cuadro de Monet titulado *Impression, Soleil Levant,* que data de 1872.

La generación impresionista nació entre 1830 y 1840 y el más destacado de todos sus componentes fue el parisién Eduardo Manet, que además de ser el más importante propulsor del grupo, era también el blanco de las iras populares. Desde 1866 hasta la entrada en París de los alemanes, a raíz de la guerra de 1870, un grupo de jóvenes artistas se reunía cotidianamente en el café de Guerbois, en la avenida Clichy, donde discutían sobre todo lo divino y lo humano, pero de un modo especial sobre Arte. Entre los literatos invitados figuraba Emilio Zola.

Si el *Dejeuner sur l'herbe* produjo escándalo, cuando Manet expuso en 1865 su *Olympia,* éste resultó mayor y un crítico llegó a decir que incluso el gato del lienzo era la quintaesencia de la inmoralidad. En él se ve, muy al estilo Goya, una mujer totalmente desnuda, a quien acompaña una criada negra. Este cuadro no sólo tuvo que ser protegido por la policía, sino que fue preciso colgarlo a mayor altura que los otros para que no lo rasgaran. Zola pronosticó que aquella exaltación cedería y que en un tiempo no muy lejano nadie se acordaría de la *Olympia* de Manet. En efecto, hoy día los visitan-

La generación de los impresionistas nació entre los años 1830 y 1840, y se reunió en París hacia el 1860. Representante muy caracterizado de la misma fue Claude Monet (1840-1926), autor de un cuadro — «Impression, soleil levant» — que inspiró el nombre de esta escuela. A los impresionistas les preocupaba sobre todo dar en el lienzo su punto de vista de la naturaleza retratada. En este cuadro de Monet, «Mujeres en el jardín», puede comprobarse la posición impresionista, en especial en el contraste de los tres colores dominantes.





El mismo Claude Monet añadió otra característica al estilo impresionista al pintar el mismo tema a diferentes horas del día, para mostrar los distintos aspectos que podía ofrecer a la vista según fuera afectado por la luz solar. Una prueba de este sistema lo realizó con la catedral de Ruán, y éste fue uno de los resultados de su experiencia. La fachada de la catedral está iluminada por el pleno sol y presenta este aspecto, siempre, como es natural en esta escuela, con arreglo a la impresión que le producía.

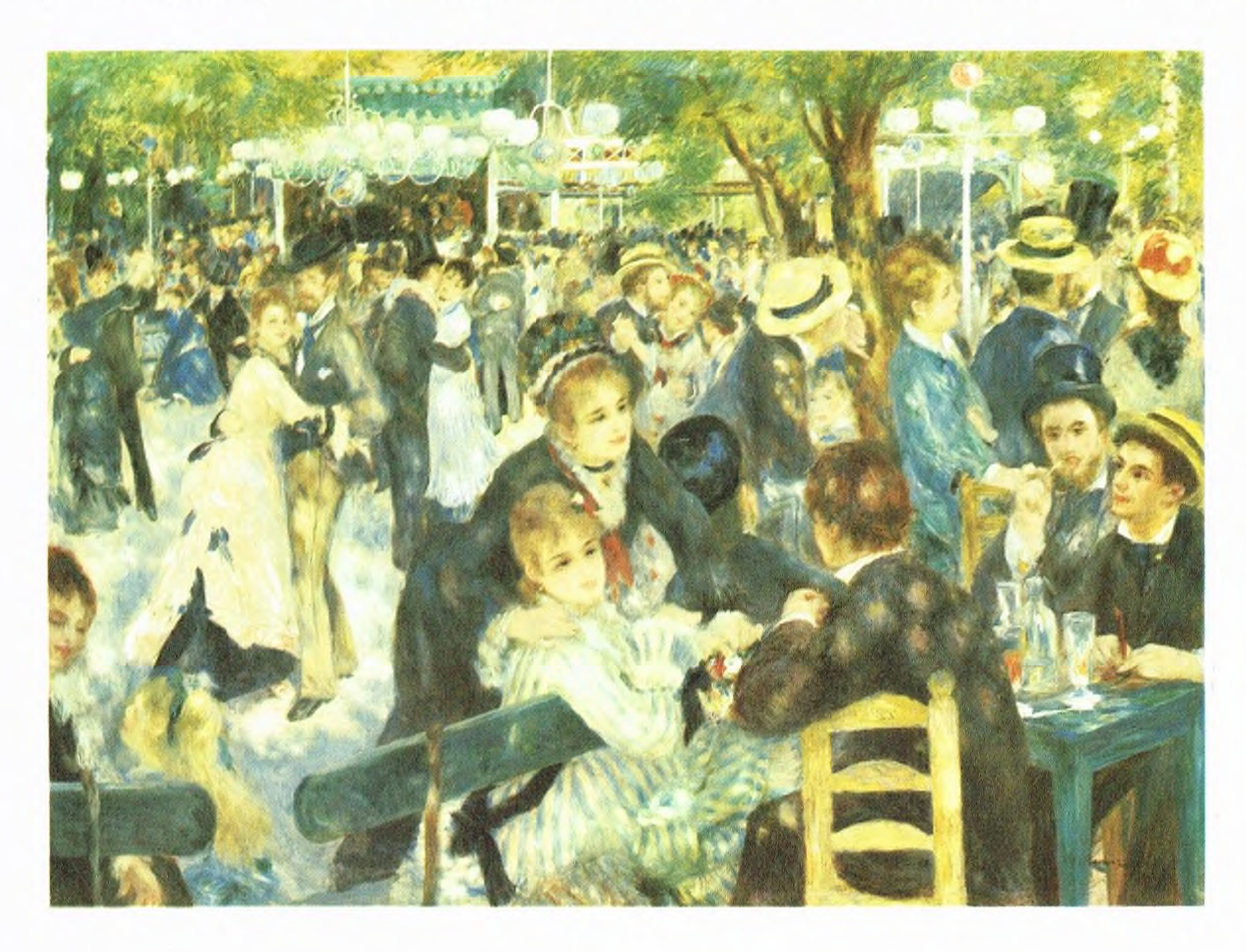
tes del Louvre desfilan ante ella muchas veces sin prestarle demasiada atención.

En 1867, siempre rechazado de los salones oficiales, Manet expuso cincuenta telas en una barraca situada en la Avenida del Alma, y en el catálogo escribió estas palabras: «El artista no dice: venid a ver obras perfectas, sino venid a ver obras sinceras».

Los pintores impresionistas, para diferenciar radicalmente su arte del oficial, demasiado frío y sin genio, amantes de los cuadros históricos llenos de teatralidad, opusieron temas considerados poco nobles, sacados de la vida sencilla y vulgar del paisaje —«plen air»—, siempre distinto y cambiante, según la hora y según la paz, desterrando los tonos grises y oscuros, intentado representar la atmósfera limpia y bañando sus cuadros con rayos de sol. Manet decía que «la luz es el personaje principal del cuadro». Por esta razón se ha dicho que el primer pintor impresionista fue, sin saberlo, el español Velázquez, que tan maravillosamente supo utilizar la luz.

Claude Monet nació en 1840 y murió en 1926. Vivió, pues, ochenta y seis años. Su obra es considerable y se caracteriza por haberla realizado con rapidez y haber abarcado todos los géneros. A Monet y a Renoir se debe, realmente, el estudio del Impresionismo cuando en 1869 pintaban en París y se extasiaban en el bullicio de una islita del Sena llamada Le Grenouillère, donde acudía la juventud para pasar la tarde y bailar, pero en 1880 Monet había entrado de lleno en la teoría del color fragmentado. Sus lienzos *Damas en el jardín, Campos en primavera, El estanque de los nenúfares,* y otros

Al mismo grupo de los impresionistas, aunque con ideas propias, perteneció Auguste Renoir (1841-1919), también paisajista que pretendía captar las variantes de luz en los árboles y en las flores. Pero fue también un enamorado del París artesano, que reflejó de modo maravilloso en este famoso lienzo titulado «Le Moulin de la Galette». Nunca hasta entonces se había expresado de un modo tan vivo y animado este conjunto de escenas desarrolladas en plena calle.



muchos, le convirtieron en el patriarca indiscutible del Impresionismo, título que mantuvo hasta su muerte.

Para los impresionistas puros, Auguste Renoir fue un apóstata al igual que Monet, porque volvió a la pintura de taller, a los retratos y figuras, a la composición sólida. Incluso llegó a ser admitido en los salones oficiales y recibió la Legión de Honor. Renoir se defendía diciendo que «en el Arte no hay ningún procedimiento, por importante que sea, que pueda reducirse a una fórmula impunemente». Continuó asistiendo a las tertulias del Café Guerbois y expuso junto a los impresionistas revolucionarios, pero no desdeñó pintar en su taller.

De 1870 a 1872 luchó por imponer el Impresionismo y produjo obras de alta calidad, como su famoso cuadro *Le Moulin de la Galette,* al mismo tiempo que trabajaba en una larga serie de bocetos de muchachas desnudas. Pasó veinte años pintando mujeres de Montmartre, a las que representó encantadoras, radiantes e incluso con expresión inocente, cuando en realidad eran todo lo contrario. Enfermó de artritismo y para él pintar llegó a ser muy doloroso. Incluso se hacía atar los pinceles a la mano y continuaba produciendo obras con un apasionamiento inaudito. Sus mujeres, especialmente jovencitas, bañistas, muchachas desnudas, etc., poseen un encanto especial, pues fueron pintadas con gran delicadeza.



Lamentable fue la vida que padeció durante 37 años (1864-1901) el pintor francés Henri Marie de Toulouse-Lautrec, amargado por su inferioridad física, dominado por la bebida y encerrado casi siempre en salas de espectáculos nocturnos. Pero esto último le permitió reflejar a las artistas que conoció sacando a luz bajo la pintura su manera de ser, como ocurre con este famoso cuadro titulado «Jane Avril dansant», pintado en el año 1892.

En 1874 los impresionistas eran tomados a broma. El 15 de abril de este año se realizó una exposición en casa del fotógrafo Nadar, que había adquirido celebridad en el nuevo arte de la cámara y tenía una magnífica mansión en el boulevard de los Capuchinos. El crítico de *Le Figaro* escribió de ellos que «toman pintura, pinceles y telas y ponen a ojo unos cuantos brochazos de color sobre un cañamazo. Después firman. Trabajan de la misma manera que hay locos que recogen guijarros del suelo y creen que son diamantes». Sólo algunos compradores se llevaron unos pocos cuadros a precios irrisorios. Un hotelero adquirió un lienzo y lo pagó con una comida gratis. Las subastas de cuadros anteriores a 1880 y las ventas apenas daban para cubrir los gastos de las exposiciones. A partir de esta fecha las cosas cambiaron y en este año un cuadro de Monet, por vez primera, se vendió por la importante suma de 1500 dólares. Años más tarde los norteamericanos comenzaron a adquirir lienzos de pintores impresionistas, y desde entonces los precios han subido verticalmente. Hoy, un Renoir, un Monet o un Manet valen millones de dólares.

En la bohemia parisién de fines de siglo surgió un artista distinto de los citados: Edgard Degas, hijo de un próspero banquero, que estudió en París e Italia, educándose según los cánones del Neoclasicismo, concretamente en la escuela de Ingres. Cierto día conoció en el Louvre a Manet y desde aquel momento se interesó por el nuevo grupo impresionista, asistiendo a sus tertulias en calidad de observador, porque Degas se mantuvo fiel a la línea y el contorno que consideró más interesantes que el propio color. Como era de carácter tímido y callado, se le apodó «el silencioso». Con el tiempo su temperamento se fue agriando. Le molestaba todo, incluso las mujeres y los perros, a los que había sido aficionado, y no podía tolerar ni un jarro de flores sobre la mesa del comedor. Por ironías del destino pasó la mayor parte de su tiempo en Montmartre, centro del género de vida que más aborrecía, pues acostumbraba a inspirarse en los cafés y en los burdeles de aquel barrio parisino.

Degas nunca pintó «au plen air», pues refiriéndose a él, afirmaba que «con una sopera y tres brochas viejas podía componer el más



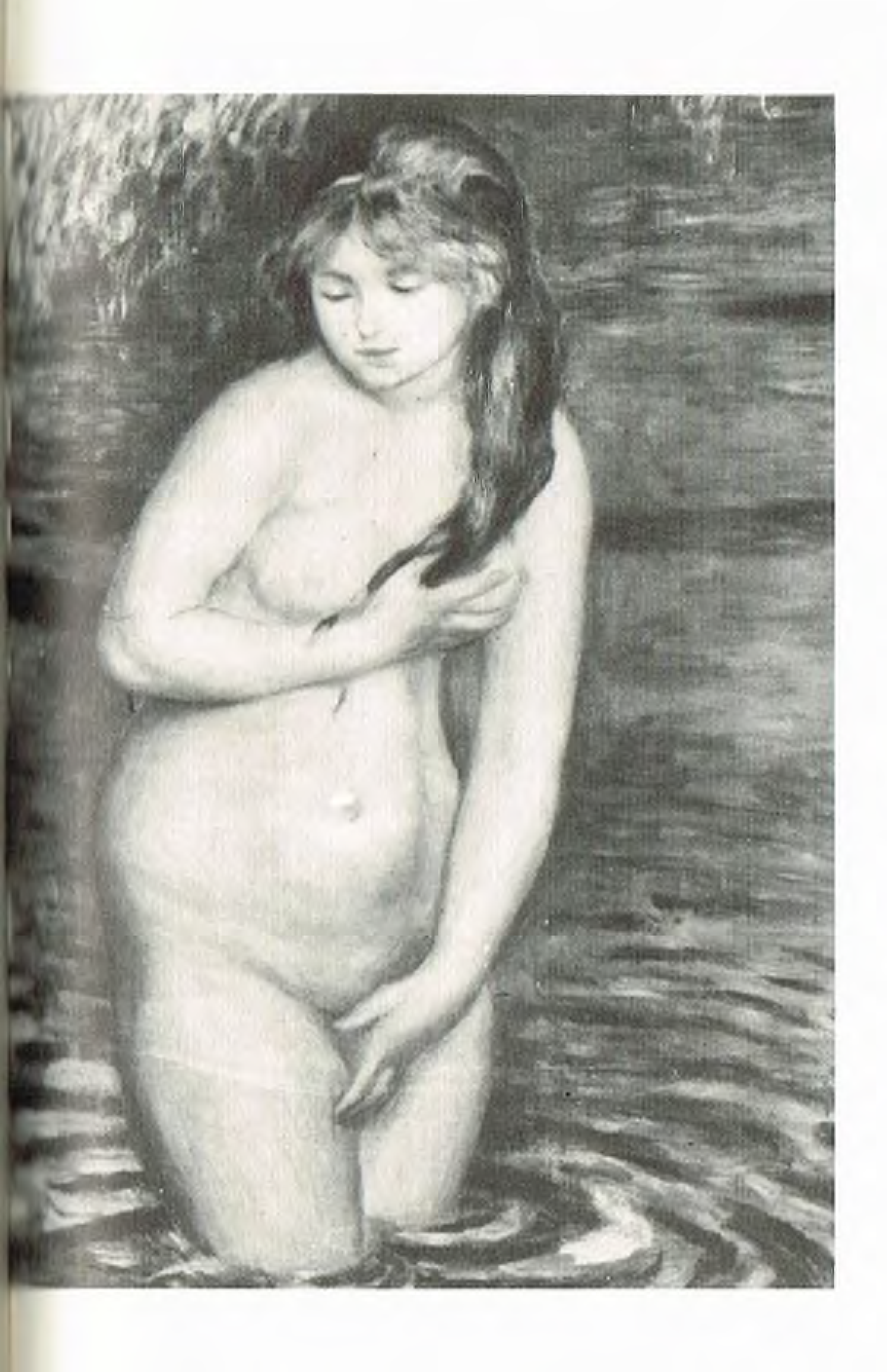
bello paisaje que se ha visto jamás». Durante los últimos veinticinco años de su vida retrató mujeres en actitudes vulgares y groseras, quizá para desquitarse de algún amor frustrado. En el París de la «bèlle èpoque» se convirtió en un ser casi legendario. Su eterno malhumor y el desorden que reinaba en su estudio eran proverbiales. Enfermó de la vista y a causa de ello pintaba con un colorido más brillante que en años mozos. Sus obras *El ajenjo, Las planchadoras* y, sobre todo, sus temas relacionados con el baile, facilitaron el camino a sus seguidores, especialmente a hombres de la calidad de Toulouse-Lautrec.

Cierra este ciclo el pintor judío Camille Pissarro, hombre de ideas políticas muy avanzadas, que viajó mucho y a mediados de siglo estuvo en Venezuela y tuvo que huir de París en 1870, a la entrada de los alemanes. Aunque discípulo de Corot, que le incitó a amar el paisaje, también fue impresionista e incluso puntillista al estilo de Seurat. Sus paisajes, sus lienzos sobre París o sus estudios femeninos revelan al artista dotado de una gran inquietud, reflejo de su vida aventurera y cambiante.

El Impresionismo no fue una escuela rígida como el Neoclasicismo. Precisamente el principal de sus cánones era la carencia de canon. Más que una escuela era una agrupación de personalidades extremadamente individualistas y robustas. Luchadores natos, consiguieron mantenerse impertérritos ante las burlas y persecuciones que en algunos casos llegaron a la violencia. Pero también se mantuvieron imperturbables ante el halago y la admiración.

Paul Cézanne (1839-1906) fue un hombre amargado, de escasos amigos, que no pudo saborear plenamente el triunfo de su gran pintura a pesar de haber comenzado su carrera artística a los 20 años. Enamorado de la región que le vio nacer, la reflejó en varios de sus lienzos, entre los cuales éste, titulado precisamente «Paisaje provenzal», en el que la presenta inundada de sol, con una luz cegadora que impide casi distinguir el paisaje, si no es como una especie de sombra que emerge de la inmensa claridad.

Desnudándose para entrar en el baño, bañándose, saliendo del baño, en el acto de enjugarse fueron los diversos temas tratados por Auguste Renoir de modo reiterado, todos ellos relacionados con el motivo de las «Baigneuses». Éste es uno de los más conocidos lienzos del grupo en el que se ve a la muchacha que sale desnuda del baño ocultando pudorosamente sus encantos. La fina expresión y los colores empleados por el maestro francés dan la impresión de la belleza que precisamente quería crear con su arte, y que él mismo resumió cuando aseguraba que pretendía pintar «la tierra, paraíso de los dioses».



A partir de 1880, el Impresionismo hizo crisis y se produjo una disgregación que no significó decadencia, sino aparición de valores nuevos, y en algunos aspectos, incluso superiores a los impresionistas típicos.

Georges Seurat creó un nuevo estilo que se denominó «Puntillismo» y era una forma de Neoimpresionismo. Consistía en utilizar puntos de matiz, átomos de color que en la pupila del observador se mezclaban produciendo las tonalidades deseadas. Esta manera de pintar requiere gran precisión. A poca distancia, la tela ofrece manchas aisladas sin sentido alguno, pero entornando los ojos y alejándose, se llegan a ver calidades de color y forma. Seurat pertenecía a una familia acomodada, de gustos muy conservadores. Hoy, sus cuadros como *Tarde de domingo en la isla, El circo, El baño de Asnières, Mujer empolvándose,* etc., nos parecen de una técnica un poco infantil, pero constituyen un elemento importante para comprender la evolución de la Pintura del siglo XIX.

Paul Cézanne era del Midí francés, de la Provenza. Lo curioso de este burgués es que no se dio a conocer como pintor importante hasta 1895, cuando contaba nada menos que cincuenta y seis años de edad. Pissarro fue quien más influyó en él, y prácticamente quien le introdujo en los secretos del Impresionismo. Sin embargo, este estilo sólo era un paso para crear una pintura más personal, más propia, consecuencia de su genio. Cézanne fue un hombre desgraciado que vivía con una mujer que no era su esposa, lo que determinó el rompimiento con su familia, que era muy conservadora. Por otra parte, en vida no se le consideró un gran pintor y vendió muy pocas obras. Para colmo perdió algunos amigos, entre ellos Zola. Hasta el año 1904, a los sesenta y cinco años, no consiguió exponer en el Salón de Otoño, y dos años más tarde, a consecuencia de un enfriamiento, murió en su casa de Aix-en-Provence.

En la obra de Cézanne existen numerosos cuadros inacabados o fatigosamente concluidos, como *Los bañistas,* pues a veces la figura humana se le resistía. Quería pintar según una concepción muy suya que veía en el lienzo una arquitectura, y por esto estudiaba los paisajes durante largo tiempo antes de decidirse a embadurnar las telas.

Finalmente, aquella revolución profunda que marcó el siglo XIX como el gran siglo de la pintura francesa, parece como si explotara al producir tres figuras de vida torturada, geniales en sus concepciones, verdaderos monstruos de su tiempo: Van Gogh, Gauguin y Toulouse-Lautrec.

A Vincent van Gogh le hemos dedicado un artículo en el volumen 5 de esta misma obra.

Paul Gauguin era un hombre sensual, borracho de color y de luz, que buscó la paz en las islas del Pacífico. Nacido en París, su vida fue muy turbulenta, y en compañía de un amigo suyo, el pintor Charles Laval, marchó a Panamá, donde se enroló para trabajar en las obras del canal. La fiebre le devoró y en la más absoluta miseria consiguió regresar de nuevo a Francia en 1888. En Pont-Aven, donde vivió, se manifestó como un hombre capaz de realizar lienzos extraordinarios con una técnica nueva, el «cloisonnisme», basada en grandes manchas de color limitadas por líneas de tonos muy oscuros que definen los contornos. Pero esta tendencia simple y primitivista Gauguin no conseguía realizarla ni en Bretaña ni en Provenza, donde conoció a Van Gogh, ni en París.

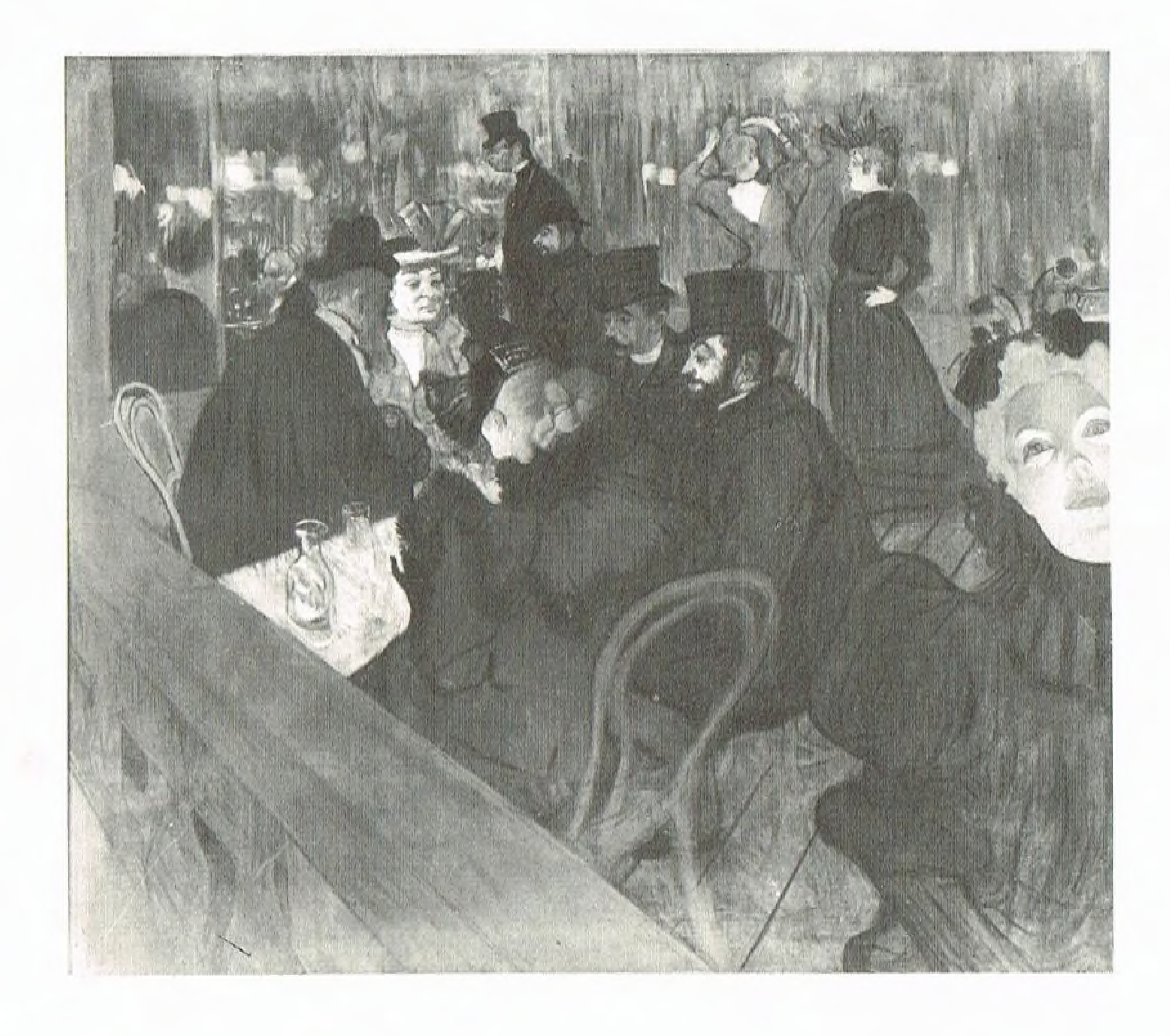
Rompiendo con todo se marchó a Polinesia, y aunque regresó a Francia, volvió al Pacífico, muriendo en Atuana, La Dominica (Is-

las Marquesas) el año 1903. Sus mujeres tahitianas, el fuerte colorido de sus lienzos, como *El caballo blanco,* que en realidad está tratado a base de azules y tonos cálidos, hicieron de él un pintor sensual extremadamente original.

Por contraste, el aristócrata Henri de Toulouse-Lautrec fue el auténtico pintor de las noches de París, más parecido a Degas, más realista y cruel en la observación de tipos que ningún otro de su tiempo. Era miope, feo y a consecuencia de una caída, quedó contrahecho y realmente un enano, lo que contribuía a aumentar su natural timidez. En Montmartre vivió y frecuentó toda clase de tugurios, cabarets y salas de fiesta. Sus cuadros, como *Le Moulin Rouge, La clownesse, Mujer peinándose,* y sus carteles de bailarinas, muestran el mundo extraño e inquieto de las noches de París, de los cafés-concierto, de las pobres mujeres derrotadas por la vida.

Toulouse-Lautrec no desdeñó colaborar en revistas ilustradas, así como pintar carteles de propaganda. Fue una vivísima luz entre el vicio y la bohemia de la capital de Europa. Su vida, ya lo hemos dicho, fue triste, torturada y breve. Murió en 1901, víctima de la disipación y el alcoholismo. Con él se cierra este gran ciclo de la pintura francesa, que abarca todo el siglo XIX. Con los albores de 1900 aparecen en escena el Modernismo, el Simbolismo, los Fauves, los Dadas y el arte abstracto.

Éste es el ya citado ambiente nocturno que vivió Henri Marie de Toulouse-Lautrec, cifrado en especial en el «Moulin Rouge» del que era asiduo cliente. Como es lógico, el pintor francés reflejó en numerosas ocasiones un local que tan bien conocía, con las artistas que en él actuaban y con el público, como aquí, que al mismo concurría. Un público integrado en su mayor parte por elementos de la burguesía parisién y por provincianos que acudían a París a «divertirse».





CAVIAR

Los esturiones o sollos alternan, como los salmones, prolongadas estancias en el mar, donde habitualmente viven, con breves permanencias en aguas dulces, en que llevan a efecto la puesta de las huevas.

El esturión mayor *(Acipenser huso)*, que a menudo alcanza la longitud de ocho metros, y a veces de quince, con un peso de 1000 a 1600 kilos, es el pez más grande que frecuenta los ríos; habita con preferencia en los mares Negro y Caspio y remonta los ríos que en ellos desembocan. En el Mediterráneo, en el Atlántico, en el mar del Norte y en el Báltico es, en cambio, frecuente el esturión común *(Acipenser sturio)*, que alcanza la longitud de cuatro metros y un peso de 400 kilos. Excepcionalmente se han pescado en estos mares esturiones de seis metros. Esta es la especie que suele aparecer en los mercados europeos, donde constituye un bocado exquisito. Estos peces remontan los mayores cursos de agua dulce de Italia, sobre todo el Po y sus principales afluentes. En España los esturiones tienen preferencia por el río Guadalquivir. Además de estas dos especies, hay otras varias de menor tamaño; sin embargo, todas ellas tienen costumbres semejantes.

Ya se dijo que los esturiones pasan en el mar la mayor parte de su vida. Demasiado perezosos para procurarse el alimento siguiendo a nado las presas, permanecen en los fondos cenagosos, próximos a las costas, y se nutren con los seres que encuentran mientras vagan con indolencia. La posición de la boca, que se abre bajo el hocico, y la propiedad de los labios de alargarse haciendo que sus bordes se adapten de modo que formen una especie de trompa tubular, permiten a estos animales succionar con facilidad los alimentos que descubren entre el cieno mediante los sensibles tentáculos que penden del labio superior.

Por otra parte, la relativa exigüidad de la abertura bucal y la falta de dientes no les permitirían agredir a enemigos voluminosos

o robustos, ni alimentarse con presas demasiado consistentes. Mas no debe creerse que el esturión sea débil y tímido. Su cabeza está sólidamente protegida por una serie de placas encajadas entre sí, y cinco series de ellas, fortísimas y semejantes a gruesos escudetes angulosos, corren a lo largo de todo su cuerpo; las alineadas sobre el ápice de la espalda son más grandes, y más pequeñas las situadas en los lados del vientre y en los costados.

Estos peces sólo abandonan el mar temporalmente y la permanencia en agua dulce rara vez se prolonga varios meses consecutivos. Cuando llega el momento de emprender el viaje, los esturiones entran en la desembocadura de los ríos y remontan la corriente, venciendo mil obstáculos, para ir a desovar. Como es natural, eligen los cursos de agua más convenientes para evitar golpearse en los bajíos o en las piedras de la ribera.

Después de haber remontado el curso del río en busca de sus nidales tradicionales, permaneciendo siempre muy alejados de las fuentes y de haber puesto una gran cantidad de pequeñas huevas (una hembra de 80 kilos pone cerca de un millón y medio de huevos), los esturiones recorren en sentido inverso el camino y vuelven al mar. Es curioso observar que el instinto impulsa a estos peces a celebrar sus bodas en el mismo lugar donde se desarrollaron diez años antes en el agua tibia y dulce cuando eran unos huevecillos negros.

Inútil es decir que tanto en el viaje de ida como en el de vuelta estos animales son víctimas de numerosas emboscadas. Los hombres, que aprecian mucho la buena calidad de su carne, no pierden ocasión de testimoniarles la estima en que los tienen, y los esperan al paso cuando realizan sus periódicas migraciones anuales.

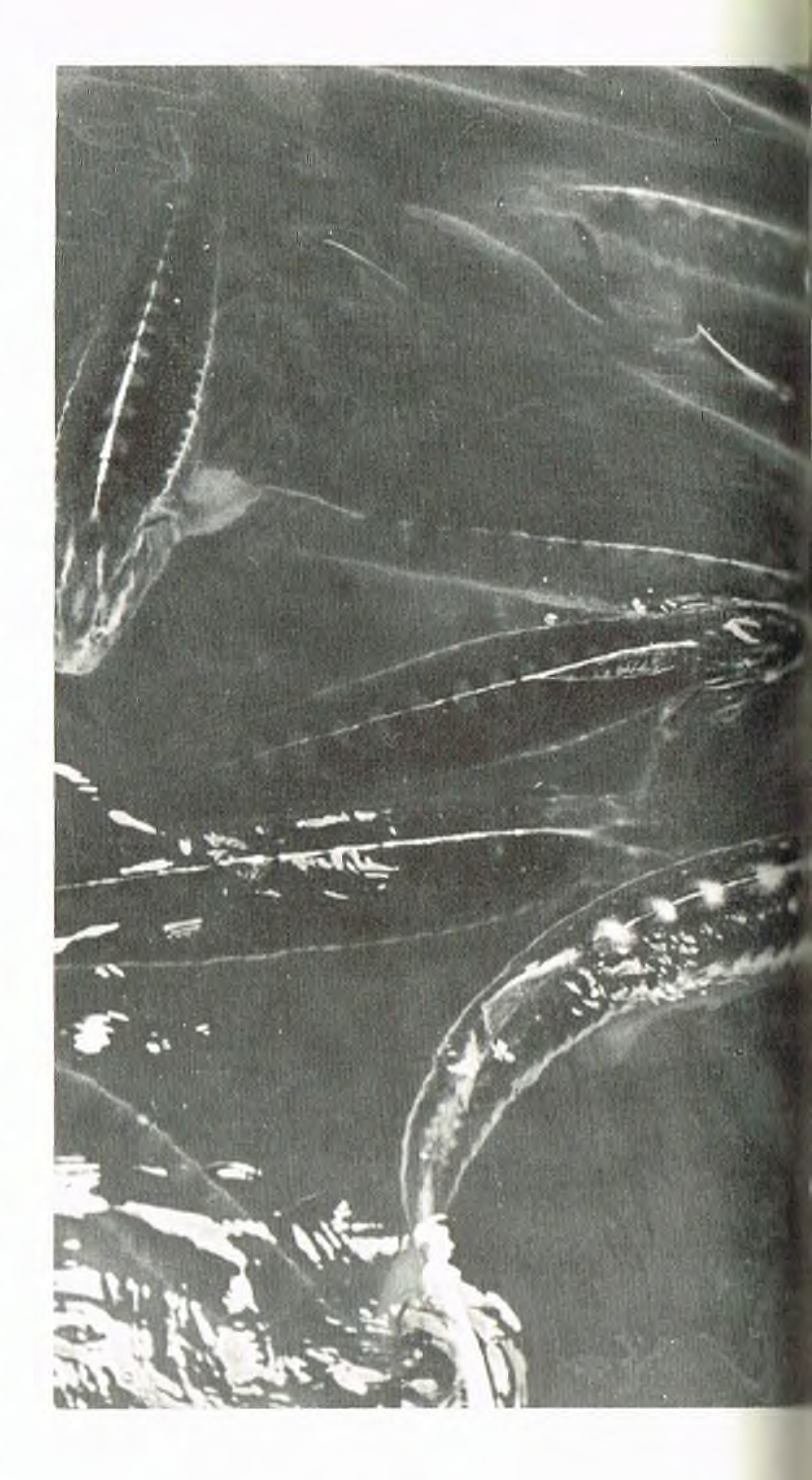
Pero aún con más afán buscan los montones de «huevas» conocidas con el nombre de *caviar.*

Los peces que consiguen escapar de la intensa búsqueda de los pescadores y de la voracidad de los animales de agua dulce, se desarrollan rápidamente y, cerca de una semana después, nacen las crías. Éstas, al principio inertes, crecen y adquieren agilidad y permanecen aún algún tiempo en los ríos nativos, ofreciéndose como pasto a varios apresadores, tales como siluros, aspros, pelícanos, mergos y distintos pájaros. Luego se confían a la corriente, que las transporta al mar, donde se realizará el crecimiento definitivo hasta alcanzar el estado adulto.

De 100 esturiones que caen en las redes rusas, 95 los capturan los pescadores soviéticos en el Volga, y la mitad de éstos los del pueblecito de Ikrianos (de *ikra,* en ruso caviar). Aquí es donde se obtiene el caviar más negro del planeta.

La región de Astrakán es famosa por sus pescadores y por su industria pesquera. Casi a lo largo de 200 km, hasta su desembocadura en el mar Caspio por el cauce fundamental del Volga y por sus afluentes, están las cooperativas y organizaciones estatales rusas dedicadas a la extracción y manipulación de pescado. Los que trabajan en estas empresas cuentan con modernas flotillas y la pesca está mecanizada en alto grado.

Hasta el siglo XVI Astrakán era un poderoso *janato,* una esquirla de la Horda de Oro del célebre conquistador mogol Gengis Khan. Se cuenta que, en 1556, el zar ruso Iván el Terrible, irritado por la frecuente ausencia en su mesa de caviar negro y de esturión en salsa, emprendió una campaña contra Astrakán e incorporó la ciudad a Rusia. Actualmente, Astrakán suministra del 75 al 80 % del caviar que la URSS destina a la exportación.



Los esturiones suelen remontar el curso de determinados ríos para ir a desovar. Se dice, incluso, que llevan a término esta operación en el mismo lugar donde tuvieron lugar las nupcias; de ser cierto, éste sería otro misterio de la asombrosa facultad de orientación de los animales. Como la producción de caviar se ha convertido en una lucrativa industria, los principales países interesados en ella han creado piscifactorías que protegen no sólo las huevas, sino también los alevines hasta que llegan a la edad adulta en que emprenden la ruta que ha de llevarles al mar.

El río Volga y el mar Caspio constituyen el área geográfica donde vive el esturión ruso y en la que se hallan los principales centros de captura de aquellos peces. Astrakán, ciudad situada en la desembocadura del mayor y más caudaloso de los ríos rusos, es el emporio mundial del caviar. Si la Unión Soviética produce, aproximadamente el 80 % del caviar mundial, puede afirmarse que más de las tres cuartas partes del caviar ruso se manipulan en Astrakán. En la fotografía, pueden verse los esturiones recién capturados.



Desde tiempos remotos el ruso ha venido dando el calificativo de rojo a todo lo que le agradaba. La plaza más célebre de Rusia se llama desde antaño Plaza Roja. Si una muchacha es bonita, en las leyendas la llaman «doncella roja». A los esturiones, quizá por la estima en que los tienen, también los llaman «pescado rojo». Y este exquisito pez, en sus distintas especies, produce el suculento y fragante caviar.

El Caspio es su lugar favorito; por esto se le denomina asimismo mar de los Esturiones. Sin embargo, llegado el momento, todos suben a desovar al Volga, su río preferido. Esta extravagancia biológica del esturión motivó hace poco en la Unión Soviética una agria discusión entre los pescadores y los constructores de centrales eléctricas. Estos últimos levantaron los complejos hidráulicos del Volga con el fin de aumentar la energía eléctrica del país y por esta causa la pesca se redujo a la mitad, pues fueron destruidos muchos de los habituales nidos de los esturiones.

Al ver que en el camino de los pescados rojos se interponían los potentes diques de las plantas hidroeléctricas, la opinión pública rusa intercedió a favor de los pescadores. Y como un grupo de conocidos escritores y académicos rompieron lanzas diciendo que los esturiones son una riqueza nacional de Rusia, los peces acabaron conquistando una merecida victoria.

En Ikriano hay una importante factoría de repoblación piscícola, dedicada principalmente a la cría del esturión. Este pintoresco pueblo, típico de la cuenca del Volga, tiene sus casas tan cerca del agua que muchas de ellas descansan sobre pivotes. La población está atravesada por canales, como Venecia, y los pescadores, cuando regresan del trabajo, llegan en sus motoras hasta la misma puerta de sus viviendas. La lancha con motor es un medio de transporte tan extendido en Ikriano como el automóvil en cualquier otra ciudad.

Visitando la piscifactoría de esta localidad se ve todo el ciclo de vida del esturión, desde el huevecillo hasta la salazón. En el distrito hay 44 estanques en los que bullen miles de alevines. Los crían en incubadora, como los polluelos. He aquí el proceso de reproducción artificial:

Primero se selecciona el esturión reproductor, cuidando de que sea vigoroso y sano. A las hembras se les inyecta una dosis de un preparado de hipófisis que acelera el desarrollo de la hueva. Cuando ésta madura, obreros especializados abren la panza de la hembra, le extraen siete u ocho kilos de caviar y la sueltan de nuevo en el estanque de la estación piscícola.

También se prepara el esturión para el desove creando condiciones próximas a las naturales, incluso en los detalles más nimios. Cuando el pez rojo se dirige al nidal suele atravesar cientos y hasta miles de kilómetros. Entonces el río es un hervidero de peces que se golpean unos contra otros en las rocas del fondo, y muchos, expulsados por rivales más fuertes y afortunados, caen en las orillas. Al lugar del desove llegan extenuados y con las espinas cubiertas de escamas.

En estos viajes perecen en masa, pero esta muerte ha sido prevista sabiamente por la Naturaleza, pues al morir el pez produce albúmina que en el río fermenta y sirve luego como alimento para los alevines. Es una muerte en aras de la vida. Por eso, al esturión reproductor, los técnicos de la piscifactoría tratan de crearle también ciertas comodidades, mejor dicho, incomodidades: rebajan la temperatura del agua hasta igualarla con la que suelen tener los nidales

y el nivel de la misma en los estanques para que los peces puedan golpearse contra el fondo o contra las paredes de azulejos.

Los huevecillos fecundados son depositados en el estanque incubador, y cuando aparecen los alevines, son pasados a otros estanques. Ictinólogos experimentales cuidan de los alevines cual si se tratara de niños de pecho. Por su parte, las muchachas del laboratorio recogen varias veces al día agua de los cuarenta y cuatro estanques para realizar pruebas biológicas.

Cuando los alevines de esturión crecen, los llevan en barco al mar. Antes debían salvar estos centenares de kilómetros por su propio esfuerzo y en el camino les acechaban peligros insuperables. Cuando el alevín era todavía huevecillo le amenazaba la muerte en las fauces de cualquier pez rapaz que considera la carne del esturión como una golosina.

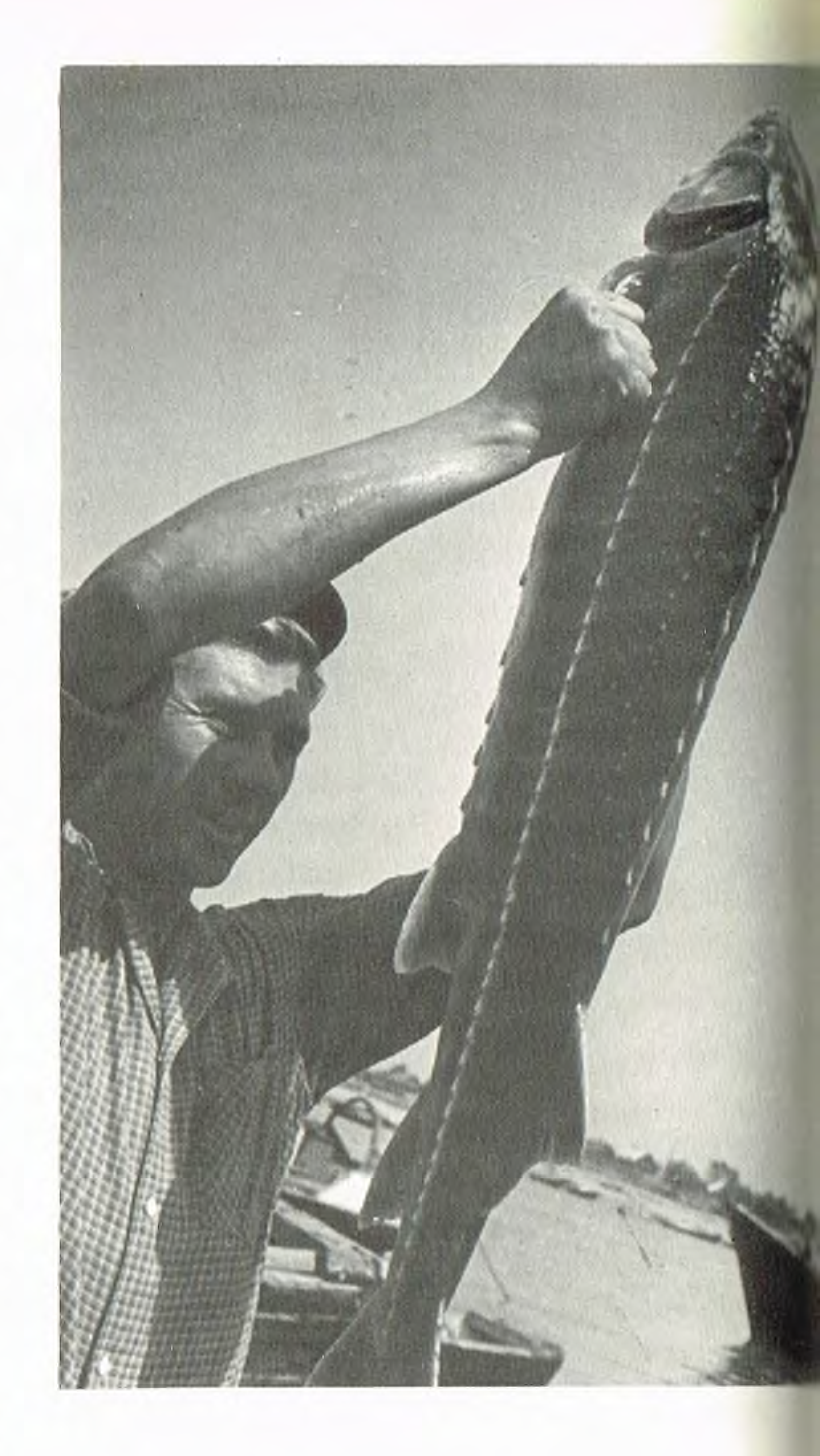
Con anterioridad a la reproducción artificial, los alevines se dirigían al mar en tan compacto majal o banco que todo el río se convertía en una cinta centelleante de plata. Aquel era el instante que aguardaban impacientes todos sus enemigos. Abriendo y cerrando sus fauces el voraz siluro tragaba alevines sin darse punto de reposo. El pelícano llenaba su bolsa con varios kilos de reserva. Los pájaros, mientras tanto, se colocaban en semicírculo en medio del río y, batiendo las alas para asustarlos, empujaban a los infelices pececillos hacia un lugar poco profundo donde ya no tenían salvación. Por eso no es de extrañar que de los miles de huevecillos que desova una hembra únicamente creciera y llegase hasta una edad adulta un solo pez por cada mil huevos. Ahora, mediante la reproducción artificial en las estaciones piscícolas, sobrevive un esturión de cada cien.

Durante el verano la Dirección General de protección y reproducción de las reservas de peces tiene prohibida terminantemente la pesca de esturiones. Entretanto, los habitantes de las riberas del Volga aguardan impacientes a que se levante la veda para que en sus casas vuelva a haber abundancia de caviar y salazón.

Sin embargo, en el distrito de Ikrianos existe un sector experimental en el que todo el año se pesca con fines científicos. Y es digno de ver cómo los hábiles pescadores del Volga hallan el arte y sacan de las redes robustos y hermosos esturiones, la mitad de ellos capaces de derribar a cualquiera de un coletazo. Famosa por demás es también la sopa de pescado que saben preparar en esta región, así como los exquisitos filetes de carpa y de esturión, sazonados con pimienta y laurel, cuyo intenso aroma llena todo el delta del río. Según el ritual del Volga, primero se come el pescado y luego toman el caldo de la sopa. Mientras, el vodka o el coñac se bebe a tragos en el transcurso de la comida.

La pesca tiene lugar por toda la región de Astrakán, especialmente donde el Volga se ensancha y permite a las embarcaciones maniobrar fácilmente. Por lo general, el timonel se dirige en una lancha motora hacia el centro del río. Tras ella, sumergiéndose en el agua, se arrastra la cola de la red. A los veinte o veinticinco minutos el que maneja el timón, con ayuda del cable metálico que se enrolla mecánicamente en el cabrestante tira de la red hacia la orilla, cerca de la cual espera la brigada de pescadores.

Poco a poco el anillo de la red se estrecha, y ya se ve cómo en las aguas agitadas se revuelven sargos y carpas, mientras entre ellos colean aturdidos sollos achatados y esturiones de largos hocicos. Los peces cobrados se echan en un barco y el timonel con su lancha motora se dirige al centro del río para efectuar una nueva redada.



Este pescador muestra un esturión, pero no de los mayores, ya que algunas especies llegan a pesar más de 1500 kg y miden hasta ocho metros de largo, aunque éstos no son los que proporcionan mejor caviar. La hembra llega a poner, en el desove, más de millón y medio de huevecillos. En algunas piscifactorías, especialistas en la materia, extraen estas huevas que luego se convertirán en caviar, sin necesidad de matar al esturión.

Como es necesario que el pescado llegue vivo al muelle de la fábrica, es llevado inmediatamente al punto de recepción, que suele encontrarse cerca, en un pequeño desembarcadero flotante, junto al que se alinean en larga fila varias gabarras con estrechas ranuras en los costados, por las que pasa el agua corriente. Esta es la última vivienda de los esturiones antes de ser enviados a la fábrica de caviar y de pescado.

No resulta fácil obtener el caviar negro. Para ello, dicen los entendidos, hace falta tener las manos de un experto cirujano o las de un mago del violín. Al abrir la panza del esturión ya se ve una masa de caviar negro, envasado en bolsitas transparentes como si fueran de celofán.

De la balsa de recepción, por la cual pasan diariamente más de mil quintales de peces, éstos van al taller de elaboración. Un contramaestre vigila cómo los pescados abiertos entran con la cinta continua y son recibidos por el chorro de agua limpia de una manga. El minucioso lavado es la primera condición del proceso tecnológico de elaboración. Inmediatamente después se extrae el caviar y se coloca en tamices (separado el de cada pescado); acto seguido se lava de nuevo cuidadosamente quitando la película que lo envuelve y clasificándolo por el color.

Por último, ya limpio y lavado, el caviar pasa a manos de personas que son verdaderos artistas en el arte de la salazón. Se dice que el caviar puede considerarse listo solamente cuando empieza a *cantar*. Canto que sólo se oye «con los dedos» del que lo elabora.

Generalmente son mujeres las que trabajan en los limpísimos talleres de salazón. Todas llevan batas y gorros blancos, y hasta en ocasiones se les obliga a ponerse una gasa que les cubre la nariz y la boca. Estas expertas obreras lo pesan, salan y colocan en las latas. En sus habilidísimas manos está el secreto de ese sabor y aroma singular, casi exclusivos del caviar ruso. Todo depende de la intuición de tales mujeres, pues el caviar no se puede tener en salazón ni siquiera un minuto más de lo necesario.

En el fondo de cada lata va troquelada una cifra que viene a ser como la «marca» personal de cada trabajadora. Es obvio decir que

A primer golpe de vista puede parecer que se trata de un laboratorio farmacéutico donde se envasan medicamentos. Estamos en una factoría dedicada a la comercialización de caviar, situada en Astrakán, URSS. Las obreras visten de blanco y se tocan con un gorro; la limpieza más rigurosa preside su trabajo. Han de pesar exactamente 56 g de huevas para cada caja, han de colocar en ella una pizca de sal y han de tapar la lata. Para este trabajo se necesita un tacto y un arte especiales. De él depende este sabor inigualable que tiene el caviar ruso. Acompañado de champaña francés se convertirá en uno de los manjares más apreciados... por el mundo capitalista.



hay mujeres que preparan el caviar mejor que otras, y no porque pongan más atención y cuidado en su trabajo, sino más que nada por reunir unas condiciones especiales y tener unas manos extraordinarias.

Pocas de estas obreras sabrán decir en qué reside su secreto que las hace preparar un caviar tan delicioso. Normalmente, al apretar una hueva fresca de esturión sale una especie de «lechecita»: es la albúmina. En cambio, si se oprime el grano acabado de salar, sorprenderá ver que éste es elástico y que su masa sale con dificultad. «Ahí está todo el misterio», suelen decir riendo estas hábiles trabajadoras rusas.

No todo termina aquí. Del taller de salazón el caviar pasa al de pasteurización, lugar parecido a un laboratorio. Sentadas ante unas mesas en las que hay pequeñas balanzas, unas muchachas dosifican el caviar antes de meterlo en tarritos de cristal. Mientras una máquina automática tapa herméticamente los diminutos recipientes, la cinta continua los va llevando a millares a la sección de autoclave, donde sufren la pasteurización y reciben el derecho a una larga «vida» con garantía de frescura, aroma y sabor.

Hay también la llamada sección de peritaje mercantil. En ella es donde se realiza el difícil trabajo de degustar la mercancía elaborada. En efecto, un degustador tiene que ir probando durante el día unos dos gramos de caviar de cada una de las numerosas latas de más de un kilogramo que se preparan para el mercado. Este degustador tiene que comer forzosamente mucho caviar cada jornada de trabajo, ya que él es quien determina su sabor, gusto y consistencia, es decir, su calidad.

Un día, visitando la región de Astrakán durante la época de pesca, fuimos hasta el delta del Volga con el fin de probar en su lugar de origen la acreditada sopa de pescado. Primero nos bañamos en la fría agua del río, que no se calienta ni en los días de verano. A punto estábamos de terminar nuestro baño cuando el fino aroma de la estupenda sopa que llenaba toda la ribera nos obligó a salir de prisa del agua y correr al comedor.

Entre trago y trago de vodka nos echamos entre pecho y espalda cuatro hondos platos de sopa en la que nadaban, como monedas de oro, redondos islotes ambarinos de grasa de carpa. Habríamos comido más porque después de cada plato aumentaba el deseo de tomar otro.

Después de comer, los pescadores nos regalaron un hermoso esturión que pesaría unos cincuenta kilos y tenía la barriga llena de caviar negro de la más alta calidad. Por la noche atracamos en el embarcadero de un poblado pesquero donde tuvimos ocasión de ver cómo se elabora el caviar.

Hoy el caviar se ha popularizado mucho y son varios los países que lo elaboran. Sin embargo, es indudable que la calidad del que se produce en la Unión Soviética supera a las de cualquier otro. Se dice, incluso, que existen secretos que guardan celosamente los especialistas rusos de la industria del pescado. Sea lo que fuere, el hecho es que la URSS suministra al mercado más del 80 % de la producción mundial del caviar.

El caviar ruso, las cajas de negra «ikra», como así se llaman en aquel país las huevas de esturión, constituyen un producto de exportación. Por él obtiene el gobierno de Moscú más de medio millón de dólares de beneficios cada año. Para garantizar estas latas y responsabilizar a las operarias encargadas de manipularlas, en el fondo de cada una de ellas se troquela una cifra que corresponde al distintivo de cada envasadora. En las factorías también se preparan latas de sopa o de filetes de esturión que son muy apreciados por los buenos gastrónomos.



El turbulento Sudeste asiático



Una de las características de la larga guerra desarrollada en Vietnam ha sido la intervención de los helicópteros que cumplen diferentes misiones: retirar heridos o muertos, vigilar las concentraciones enemigas, cooperar con el avance de las fuerzas de tierra, etc. Este último objetivo es el que se está desarrollando en la fotografía, en la que se ve a helicópteros norteamericanos guiando a los soldados en su difícil y precavido avance a través de una llanura desarbolada.

Cuando los europeos llegaron al Sudeste asiático dieron el nombre de Indochina a la vasta península de 2 255 000 km² con que termina Asia, por estar situada entre la India y la China, o tal vez, con más razón, porque vieron en el país una mezcla de las dos culturas y de las dos razas: blancos procedentes de la India, y amarillos llegados de China.

El nombre hizo fortuna y llegó a tomar caracteres políticos en la época de la colonización por Francia, cuando se designaba al conjunto de territorios coloniales de este país con el nombre de Indochina francesa. Hoy sólo se emplea geográficamente, y aun de una manera muy vaga, para individualizar el gran espolón asiático dirigido hacia el Sudeste y rematado por una aguda punta de flecha.

El gran macizo del Himalaya se prolonga por la península dividido en tres ramas, entre las cuales corren caudalosos ríos — Iravadi, Saluén, Menam, Mekong y Songkoi — que precipitan sus aguas, los dos primeros en el océano Índico, y los restantes en el Pacífico.

Indochina es una comarca enteramente tropical, ya que el trópico de Cáncer roza el límite septentrional de Vietnam del Norte, y sólo Birmania se acerca al paralelo 27°, en tanto que Singapur, en el extremo meridional, está situada a sólo 1° de latitud Norte. La consecuencia de esta situación es un clima netamente monzónico, con una estación de copiosas lluvias que dura de abril a octubre, y otra seca el resto del año. Una gran parte del territorio se halla cubierta por espesa jungla, a la que hay que añadir los inmensos arrozales que se

nutren gracias a la constante humedad del suelo. Estas condiciones físicas se extreman en la región llamada Cochinchina, llana y pantanosa, formada prácticamente por el delta del caudaloso Mekong.

Si la palabra Indochina apenas sirve para singularizar la vasta zona del Sudeste asiático, mucho menos se puede emplear el vocablo «indochino» para designar a sus moradores, aunque la población actual ha venido a ser el resultado de la fusión de los primeros habitantes con los dos pueblos que a lo largo de la Historia han batallado por la posesión del territorio: indios y chinos.

Los birmanos parecen ser de origen tibetano, bajaron de la gran meseta asiática siguiendo los cursos de los ríos Iravadi y Saluén y se encontraron aprisionados por la tenaza imperialista de los dos grandes países asiáticos. Del año 500 a. de J.C. al 241 de nuestra Era, la lucha fue constante entre chinos e indios por el dominio del país cuyo nombre antiguo —*Bârma*— es sánscrito, y que los ingleses adaptaron a *Burma.* El nombre oficial actual es *Myanma-Nainggan-Daw,* en Birmania.

Aunque la pelea persistió hasta el siglo XIII, parece evidente el triunfo de la cultura india, que se advierte en la conversión al budismo llevada a efecto en el siglo III. En el año 1305 aparece ya Birmania como reino independiente, y su primer contacto con los europeos se produjo en 1519, a la llegada al país de los primeros portugueses.

En la actualidad, tres cuartas partes de los habitantes pertenecen a la raza llamada convencionalmente birmana. El 25 % sobrante está formado por restos de razas primitivas —los karen, los shan, los chin y los kachin—; por indios y por chinos. En total, la población asciende hoy a unos 28 millones de seres.

La parte central de Indochina, comprendida entre el Saluén y el Mekong, fue invadida a comienzos del siglo VII por un pueblo mogoloide, de lengua chinotibetana, que a sí mismo se llamaba *thai.* La conquista duró más de setecientos años, y todavía después, en los siglos XV y XVI los thai hubieron de luchar contra los birmanos que intentaban expansionarse hacia el Este. Las relaciones con los europeos empezaron a mediados del siglo XVII con la llegada al país de un aventurero griego llamado Constantino Phaulkon.

En 1782, Rama I fundó la dinastía Chajri que reina todavía en este país oficialmente llamado *Prathet Thai* o *Muang Thai,* pero que es conocido con los nombres de Tailandia (que se empezó a usar en 1949) o de Siam. La población actual, que se acerca a los 35 millones de habitantes, es bastante homogénea y el reino mantuvo la independencia en las luchas habidas entre franceses e ingleses por el dominio del Sudeste asiático, gracias precisamente a que la pugna de las dos naciones europeas le permitió formar un «Estado almohadilla» entre ambas potencias colonizadoras.

Thais son también la mayor parte de los residentes de Laos, aunque aquí empieza a manifestarse la influencia china con una fuerte minoría de esta raza, a pesar de lo cual la cultura es hindú. En el siglo VI, en efecto, se introdujo el budismo en el país que en el X aparecía sometido a Birmania, con lo que se completó la proyección india sobre la comarca. Campo de lucha entre birmanos y tailandeses, quedó repartido entre ambos a partir del siglo XVI y hasta la colonización francesa. Fueron dos españoles, Blas Ruiz y Diego Belloso o Velloso, los primeros que dieron a conocer al Occidente europeo este territorio el año 1630.

Al sur de Laos, y entre la desembocadura del Mekong y Tailandia, se extienden los *khmer,* población de origen hindú que en el

Laos, país enteramente continental, encerrado entre China, los dos Vietnam, Camboya, Tailandia y Birmania, es, asimismo, sumamente montañoso. Lo atraviesan las cadenas que separan las cuencas del Mekong y el Songkoi. Con toda claridad puede apreciarse en la fotografía este aspecto de Laos: elevadas sierras oscurecen el horizonte. Y aun cuando al estar el país situado al sur del Trópico de Cáncer, sea posible la aparición de vegetación en las montañas, éstas no pierden por ello su perfil abrupto que señala de modo indeleble su fisonomía física.



siglo I a. de J.C. fundaron un gran imperio en el país ahora llamado Camboya (oficialmente *República Khmer*), dominio que comprendía los actuales Vietnam, aunque las crónicas chinas aseguran que era feudatario del Imperio de los Han. Esto no fue obstáculo para que se extendiera por él la influencia india hacia el siglo II, y que el budismo penetrara en el VIII, siendo declarado en el XIV religión oficial. Como todo país intermedio, a partir del siglo X fue campo de batalla entre thais y annamitas. También lo visitaron los españoles, citados al hablar de Laos. Casi toda la población actual desciende de los khmer, aunque una sexta parte, aproximadamente, está formada por chinos y annamitas.

La parte oriental de Indochina, que se asoma al mar de la China Meridional, se halla habitada por annamitas de estirpe mogólica, existiendo asimismo numerosos chinos y *mois*. Aquí ya es muy pequeña la influencia hindú, limitada a la introducción del budismo, siendo, en cambio, mucho mayor la china, que se inicia el año 214 a. de J.C., cuando los chinos conquistaron toda la banda oriental de Indochina, dividida en tres partes: Tonkín al Norte; Cochinchina al Sur, nombre éste que recibió de los portugueses por su semejanza con el reino de Cochin, y Annam en el centro, el nombre que llamaríamos racial.

Annam se denominaba el imperio que se formó en el año 222 (anteriormente, el país había sido subyugado por los chinos) aprovechando la caída de la dinastía de los Han (221) y la subsiguiente

anarquía que se produjo en el gran imperio. Dependiente siempre de las alternativas de fortaleza o debilidad de su inmenso vecino septentrional, el reino de Annam vivió más o menos independiente hasta el siglo XVIII. En 1511 llegaban los portugueses al país, primera representación de los occidentales europeos.

Entre el mar de Andamán y el golfo de Siam, la península de Indochina se alarga en una lengua de tierra de más de 1500 kilómetros de longitud. El punto más estrecho se llama istmo de Kra, a partir del cual comienza realmente la península de Malaca, separada de las islas de la Indonesia que, en cierto modo, también podrían considerarse como una prolongación del Sudeste asiático por el estrecho que lleva el mismo nombre. Esta proximidad ha determinado el poblamiento, constituido en su mayor parte por malayos de estirpe mogólica, aunque de color de piel pardo, que oscila entre caoba claro y castaño oscuro, si bien hay considerables minorías de chinos, indios y europeos. Esta mezcla se traduce también en la pluralidad de religiones: musulmana, brahmánica, budista, taoísta y cristiana.

Su posición estratégica en el cruce de los océanos Pacífico e Índico determinó, en gran parte, su historia. Al principio fue colonia china, siendo invadida en el siglo XII por thais y malayos. Los portugueses llegaron a ella en el año 1511 y se la denominó *Chersonesus Aureus;* posteriormente, los lusitanos fueron sustituidos por los holandeses y los británicos.

La influencia china se manifiesta de manera más evidente en el extremo meridional de Malaca, en Singapur, donde de 2 075 000 habitantes, 1 490 000 son chinos, siendo los restantes, y por este orden, malayos, indios y, finalmente, europeos.

Sobre este mosaico de razas y religiones se comenzó a imponer a partir del siglo XVI una colonización europea iniciada por los portugueses. Deseosos éstos de garantizar la seguridad de su tráfico con las fabulosas Islas de las Especias, cuyo comercio monopolizaron durante siglos, era de vital importancia el dominio del estrecho de Malaca, desde donde extendieron sus relaciones comerciales con Indochina a la vez que llevaban allí las primeras misiones cristianas. Pero no se puede hablar realmente de colonización hasta el siglo XIX, cuando ingleses y franceses, que ya habían disputado su influencia colonial en América y la India, trasladaron su rivalidad a aquella comarca del Extremo Oriente.

Los británicos penetraron en Birmania como una prolongación de su conquista de la India. De 1824 data la primera guerra colonial inglesa en el país que llamaron Burma; en 1826 empezaron a establecerse, pero las luchas continuaron hasta que en 1851 hizo acto de presencia en las costas birmanas una poderosa flota británica. Las consecuencias fueron rápidas: en 1854 quedaba sometida la baja Birmania, y en 1885 todo el país era incorporado al Imperio de la India.

A finales del siglo XVIII (1795) los ingleses llegaban a la península de Malaca, de donde expulsaron a los holandeses allí establecidos desde 1641, los que a su vez habían sustituido a los portugueses. El Congreso de Viena (1814) otorgó a Holanda la ocupación de Malaca, pero diez años después volvieron los ingleses, que dieron en 1896 el estatuto de Protectorado a los diferentes Estados malayos de la península.

Otro caso es el de Singapur, una de las bases británicas más importantes de los tiempos modernos. El nombre parece derivar de una palabra sánscrita, Sinhapura (ciudad de los leones), lo cual parece

En todo tiempo y lugar han sido mujeres y niños los que más han sufrido el azote de la guerra. Aunque no hayan participado directamente en la misma, pagan, sin embargo, sus consecuencias: hambre, emigraciones forzadas, destrucción de enseres, muerte muchas veces. Pero hay algo contra lo que nada puede la guerra. Es el deseo de adorno personal. Bien claro se ve que esta reducida familia sudvietnamita huye de la guerra, pero tanto la madre como los niños conservan y lucen sus queridos atavíos en el cuello, en las muñecas y hasta en los tobillos.

abogar por una remota ocupación india del estratégico baluarte. Una leyenda posterior asegura, sin embargo, que la ciudad fue fundada por un príncipe malayo a comienzos del siglo XII. Conquistada por sir Thomas Stamford Raffles a comienzos del siglo XIX, se separó del estatuto de Protectorado que tenía el resto de la península, constituyendo una colonia directamente gobernada por la metrópoli.

La penetración francesa en Indochina arranca del año 1787, cuando se firmó un tratado entre Francia y el país conocido con el nombre de Cochinchina, pero la verdadera conquista no se inició hasta 1858, en tiempos de Napoleón III, llamado el Pequeño para distinguirlo del gran Napoleón. Gobernaba entonces el Imperio de Annam un belicoso monarca llamado Tu-Duc, quien se resistía a las peticiones francesas. En el año antes citado, una flota franco-española se apoderó de Turán, con lo que dio comienzo la ocupación, seguida después solamente por Francia. En 1863 caía Cochinchina en manos de los franceses.

El explorador Dupuis, en 1870, apoyado por las bayonetas francesas, reconocía el interior del país, y en 1882 el comandante Rivière intentó apoderarse de Hanoi, pero sufrió un duro revés. Enviados refuerzos de la metrópoli, en 1883 se consolidaba el dominio de Francia sobre la zona litoral oriental de la península. La penetración posterior se hizo, medio por las armas, medio por tratados firmados con Siam, en los que éste se vio obligado a ceder considerables porciones de territorio en Laos y Camboya. En 1888 se había constituido ya la llamada Indochina francesa, que comprendía la colonia de Cochinchina y los protectorados de Camboya, Annam, Laos y Tonkín, aunque en realidad existía escasa diferencia entre los conceptos políticos de colonia y protectorado.



La plenitud de la colonización anglo-francesa en Indochina se produjo en el período de entreguerras. El triunfo de los aliados en la guerra del 1914-1918 aseguró el sometimiento del vasto imperio colonial de los dos grandes países europeos. Inglaterra poseía entonces en Indochina una superficie de 730 000 km² con unos 17 millones de habitantes. Francia tenía bajo su dominio 737 000 km² con cerca de 20 millones de pobladores.

Todo este extenso imperio colonial anglo-francés en Indochina iba a recibir un fuerte impacto con el estallido de la II Guerra Mundial. En efecto, derrotada Francia y obligada a firmar un armisticio en junio de 1940, y reducida Gran Bretaña a una angustiosa actitud defensiva frente al terrible «blitz» germánico, el Japón imperialista, que ya mantenía una larga lucha con una China decadente, y que había firmado el 27 de septiembre de 1940 un *Pacto Tripartito* con Alemania e Italia que le dejaba las manos libres en Oriente, remató su labor diplomática con el tratado de no agresión ruso-japonés firmado el 13 de abril del año 1941.

Un mes después, el 13 de mayo, Japón firmó otro tratado con Siam por el que se otorgaba a este país una parte importante del territorio arrebatado a Laos y a Cochinchina. Francia no se encontraba en condiciones de protestar; por tanto, el 29 de julio del mismo año, el gobierno de Vichy aceptó un protocolo por el que dejaba prácticamente la Indochina francesa en manos del Japón. Estados Unidos se alarmaron ante estos progresos del imperialismo japonés y después de largas y frustradas negociaciones enviaron una especie de ultimátum al gobierno de Tokio (28 de noviembre del año 1941) por el que se le exigía que se retirara de China y de Indochina, y que renunciara al Pacto Tripartito.

La respuesta japonesa fue contundente. En la madrugada del 8 de diciembre del mismo año era destruida la casi totalidad de la flota de guerra norteamericana en su base de Pearl Harbor (Hawaii). Con esta operación, Japón rodeaba de seguridad su premeditada empresa de expansión en el Sudeste asiático, incluyendo en este concepto las islas de la actual Indonesia y, hasta donde se llegara, Australia inclusive. La II Guerra Mundial alcanzaba así proporciones universales.

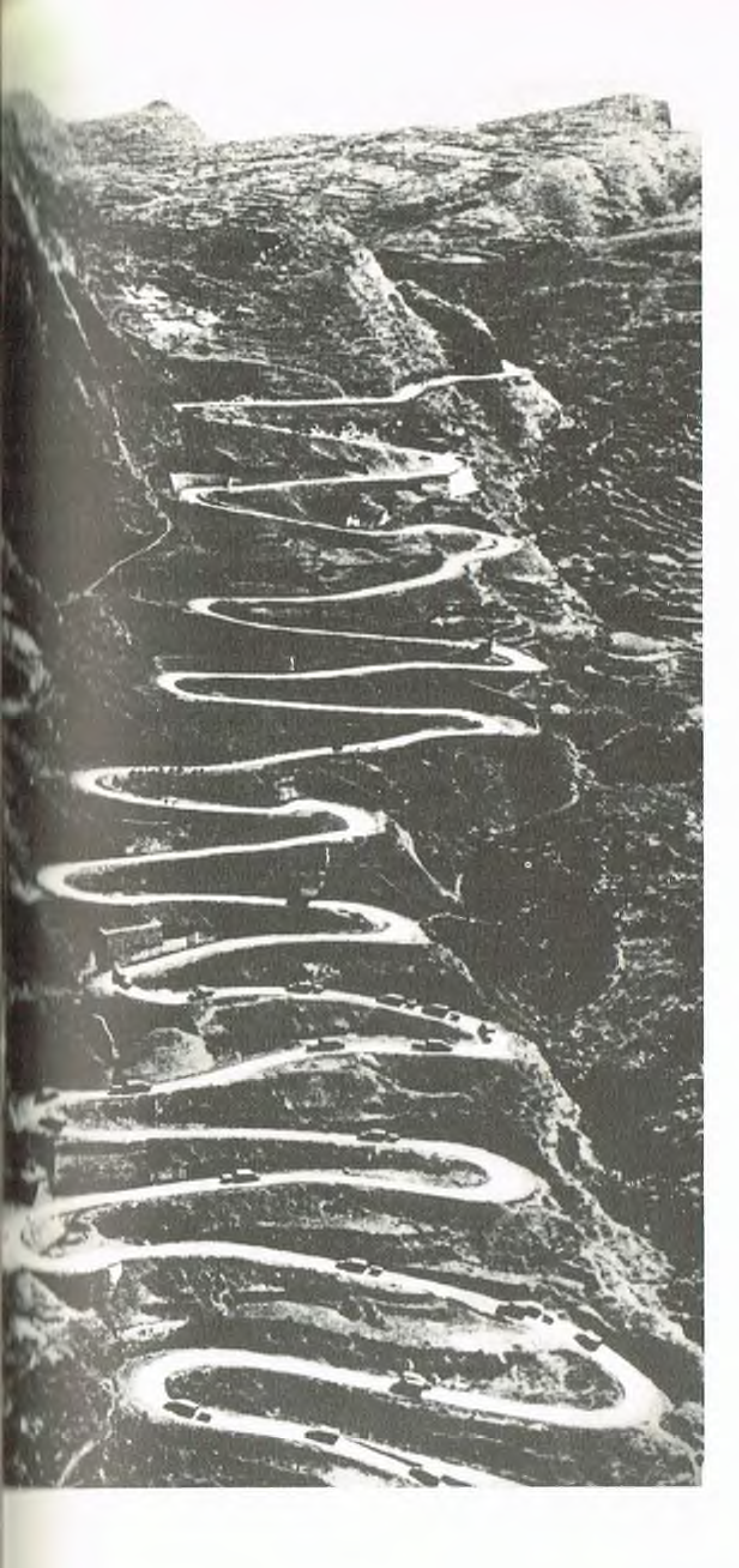
El meditado plan japonés de conquista se cumplió con una celeridad que asombró al mundo occidental. La mayor parte de Indonesia cayó en su poder en menos de dos meses, ya que el 15 de febrero de 1942 las tropas niponas entraban en Singapur. Birmania resistió hasta el 10 de mayo del mismo año, y con su conquista Japón apuntó una peligrosa lanza contra la India británica. Pero los japoneses frenaron esta ofensiva y continuaron la marcha, isla tras isla, por Filipinas e Indonesia hasta alcanzar Nueva Guinea. Los aliados tuvieron con ello un motivo de respiro, gracias al cual se concertó un plan aliado que preveía el enlace de la India con la China nacionalista de Chiang-Kai-shek a través de Birmania, con objeto de cortar las vías de comunicación de este último lugar con Indochina. En efecto, una alucinante carretera construida entre Mandalay y Yunnan (China) llevó a este país los refuerzos aliados, en tanto que los Estados Unidos alcanzaban las islas del Pacífico conquistadas por los japoneses. En febrero de 1945, este plan se había consumado con precisión matemática. Birmania no podía recibir ya refuerzos y toda Indochina quedaba libre la invasión nipona.

El 9 de marzo de 1945, en vísperas del fin de la II Guerra Mundial, los japoneses deponían a las autoridades de Vichy que todavía gobernaban nominalmente la antigua colonia y declaraban la independencia de Indochina.

De poco serviría este platónico gesto, porque en la Conferencia de Potsdam (julio del año 1945) se establecía que la zona situada al



Desde el año 1946, es decir, desde el final de la II Guerra Mundial, se viene luchando en Vietnam. Fueron los franceses primero quienes, con el deseo de conservar su Imperio colonial asiático, mantuvieron la guerra hasta que fueron definitivamente derrotados en Dien-Bien-Fu, en mayo de 1954. La ilustración muestra un avance de tanques franceses que acuden a la citada plaza que había sido cercada por los vietnamitas, sin que este refuerzo pudiera salvar a los sitiados.



Bloqueada totalmente China por la escuadra y la aviación japonesa durante la II Guerra Mundial, fue preciso que los Aliados buscaran otros caminos para ayudar a la gran potencia que podría ser aquélla en su lucha contra el imperialismo japonés. Ésta fue la idea que movió la construcción —lenta y difícil por lo accidentado del terreno— de esta famosa carretera de Birmania, que se ve ocupada por un largo convoy de suministros militares en apoyo de los nacionalistas chinos.

norte del paralelo 17° estaría controlada por fuerzas chinas, en tanto que al sur de este paralelo las fuerzas inglesas se ocuparían de mantener el orden hasta tanto las tropas francesas pudieran llegar a reanudar la situación colonial de antes de la guerra.

Pero dos factores se iban a conjurar para impedir esta continuidad del régimen colonial: en primer lugar, la oleada de descolonización que, alentada por Estados Unidos y por la Unión Soviética, los dos verdaderos triunfadores de la guerra, se propagó por todo el mundo subdesarrollado. Aunque con procedimientos distintos y obedeciendo a ideales diferentes, las dos grandes potencias deseaban el fin de los grandes imperios coloniales. Los desangrados y empobrecidos países europeos occidentales poco podían oponer al ofensivo dúo soviético-norteamericano. El segundo factor decisivo fue la propagación del comunismo. En Laos se había formado un partido pro-comunista dirigido por el príncipe Suvana Vong, denominado Pathet Laos (Patriótico laosiano), que operaba estrechamente unido al Frente Nacional vietnamita, de cariz también comunista y dirigido por Ho-Chi-Minh. Desde el mismo momento en que los ingleses se retiraron del país y dejaron su lugar a los franceses, el cabecilla, Ho-Chi-Minh, al frente del que se llamó Viet-Minh empezó la lucha contra los galos que quisieron significar su buena voluntad dando independencia al Laos, integrado, sin embargo, en la Unión Francesa: una burda imitación de la Commonwealth británica.

Pronto se unió el Pathet Laos a esta lucha, que recibió un formidable refuerzo cuando en el año 1949 Mao-Tse-tung triunfaba en China. Con la ayuda de China comunista y de la Unión Soviética, el Frente Nacional Vietnamita y el Pathet Laos derrotaron sucesivamente a las tropas (450 000 hombres) que Francia había concentrado en Indochina en un último y desesperado esfuerzo de salvar su imperio colonial en Asia. Aún en septiembre de 1953 se firmó un Tratado entre Francia y Estados Unidos por el cual este último se comprometía a ayudar económicamente a Francia en su intento de mantenerse en Indochina, promesa que cumplió con escaso fervor.

El 7 de mayo de 1954, después de un sangriento combate que duró treinta y cinco días, luchando a diario cuerpo a cuerpo y llegando hasta el salvajismo y el heroísmo por ambas partes, los restos del ejército franco-vietnamita, compuesto por 10 000 hombres, casi todos heridos, se rindieron a las fuerzas del Viet-Minh en Dien-Bien-Fu. En el cerco de esta ciudad, batida constantemente por la artillería comunista, murió el general de la fuerza expedicionaria con la mejor oficialidad francesa, quejándose al mundo entero de haber sido abandonados por su Gobierno, que en lugar de enviar refuerzos o de ordenar la retirada, se debatía en estériles pugnas parlamentarias. Antes de rendirse, las fuerzas de la Legión francesa, en su mayoría alemanes y españoles, atacaron a la bayoneta, de forma suicida y desesperada, que ha pasado a los anales de la Historia como la última gesta de una forma de combatir que ya pertenece al pasado.

Francia accedió a presentarse en la Conferencia de Ginebra celebrada en julio de 1954. Nueve países participaron en ella: Unión Soviética, Estados Unidos, Gran Bretaña, República Popular China, República Popular del Vietnam, Vietnam, Laos, Camboya y Francia. Pese a los esfuerzos del representante francés, el comunicado final de la Conferencia (21 de julio del año 1954) consumaba la ruina de la colonización francesa en Asia oriental.

Allí se decretó, en efecto, la constitución de los Estados de Laos, Camboya, República Democrática del Vietnam y República del Viet-

nam, estas dos últimas resultado de una separación artificial — delimitada por el paralelo 17° — del no menos ficticio Estado del Vietnam (constituido por Tonkín, Annam y Cochinchina) que Francia se sacó de la manga y estaba regido por un emperador pro-francés llamado Bao Dai.

El 20 de julio de 1954 quedó formada la República Democrática del Vietnam con capital en Hanoi, bajo la presidencia de Ho-Chi-Minh. El Vietnam (que ahora se llamará del Sur) continuó regido por el emperador Bao Dai. Dramáticos éxodos de poblaciones señalaron la constitución de los dos Estados vietnamitas separados.

En vista de la derrota padecida por Europa en Indochina, y temerosos del creciente poder del comunismo chino, el 8 de septiembre del mismo año se reunieron en Manila los representantes de Australia, Francia, Nueva Zelanda, Pakistán, Filipinas, Tailandia, el Reino Unido y los Estados Unidos, que concertaron un pacto de ayuda y defensa mutua conocido por SEATO, con sede en Bangkok.

El año 1954 fue crucial para la historia del Sudeste Asiático, por la guerra que se asentó en sus parajes. A fin de puntualizar los hechos más importantes ocurridos desde entonces, describimos brevemente la trayectoria política de los países que lo componen.

Birmania. Mucho antes que las ex-colonias francesas lograran la independencia, el primer país de la Indochina que la consiguió fue Birmania, a la que Gran Bretaña, más dócil a las sugerencias descolonizadoras de Estados Unidos, dio la libertad en enero de 1948, menos de tres años después de terminada la guerra, pero conservando relaciones comerciales con la misma. Como es natural, la oleada democrática de la postguerra puso el gobierno en manos de una república. Pero la amenaza comunista, patente sobre todo en el norte de la nación, provocó una reacción militar, y en marzo de 1962 el gobierno de Birmania pasó a manos de un titulado Consejo revolucionario dirigido por el general Ne Win, quien dejó en suspenso las garantías constitucionales.

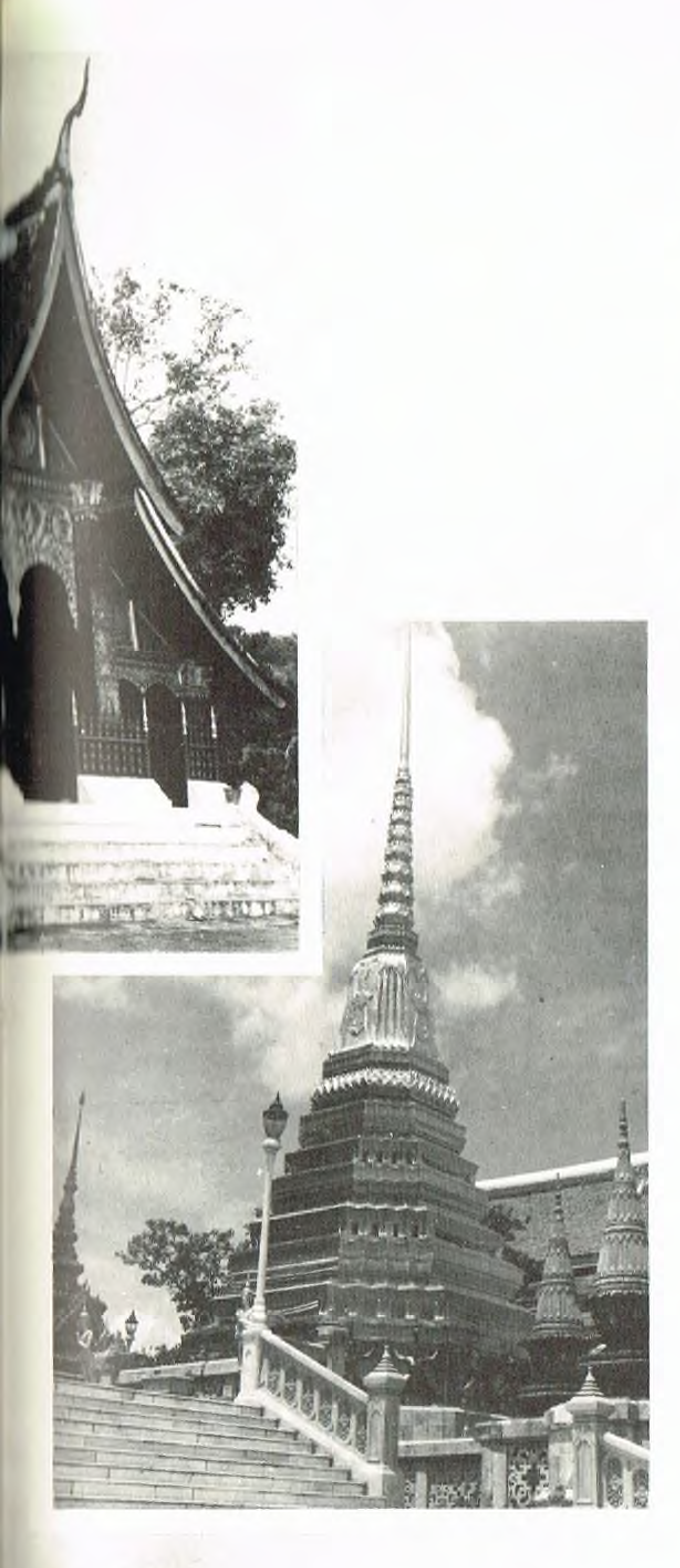
Después del golpe de Estado de 1962, se acentuó la tendencia autoritaria, aunque de claro matiz socialista. La tensión con China comunista, sin embargo, fue muy grave, especialmente en 1967 en que el gobierno luchó contra las guerrillas rojas, pero en 1970 la situación se normalizó y Birmania estableció relaciones diplomáticas con Pekín. En 1971 el general Ne Win se entrevistó en esta ciudad con Mao Tse-tung.

Tailandia. Está situada en la zona central de la península indochina y ocupa gran parte del itsmo que se dirige hacia el Sur. Los Thai fundaron su reino el año 650, y hasta el 24 de junio de 1932 estuvieron gobernados por una monarquía absoluta. Este día, un grupo de oficiales del ejército, junto con personal civil, consiguieron del rey Prajadhipok la promulgación de una Constitución, primera concedida al país. En 1935 este monarca abdicó en su sobrino Anandha Mahidol, que murió el 9 de junio de 1946, logrando ver aumentados sus territorios gracias a la amistad japonesa. Le sucedió Bhumibol Adulyadej, nacido en Cambridge, Massachusetts (Estados Unidos), en el año 1927 y casado en 1949 con la reina Sirikit. Bajo este reinado, Tailandia cambió su antiguo nombre de Siam por el actual, en 1949, y en 1953 entró a formar parte como fundador de la SEATO, cuya sede permanente — según se dijo — es la capital tailandesa de Bangkok.



El budismo es la religión abrumadoramente predominante en la península de Indochina. En la forma llamada Mahayana, o Gran Vehículo, se estableció en Laos, Camboya y Vietnam; en Birmania y Tailandia, en cambio, se asentó el budismo cingalés, denominado Hinayana o Pequeño Vehículo. Aquí se ven dos muestras de la religiosidad de estos países. En la parte superior, un templo de Laos. Y en la zona intermedia, otro de Tailandia. Pero no sólo la influencia de otros países asiáticos se manifestó en Indochina. También la de países europeos o americanos se ha producido. Así, en la parte inferior, unas modernas viviendas de tipo norteamericano levantadas en Phnom Penh, capital de Camboya.







El 20 de octubre de 1958 llegó al poder el Partido Revolucionario que impulsó el desarrollo de la nación y reforzó el mando real. El 15 de mayo de 1962 desembarcaron en Tailandia los primeros mil soldados norteamericanos que, de acuerdo con la carta de la SEATO, debían ayudar a este país a cerrar sus fronteras frente a las fuerzas del Pathet Laos, que comenzaban ya a infiltrarse.

En 1968 el propio monarca denunció públicamente la existencia de guerrillas comunistas en el Norte del país y se llegó a cerrar la frontera con Laos. En 1970, Tailandia cooperó activamente con Malasia en la lucha contra los disidentes comunistas. La presencia de unidades aéreas de los Estados Unidos y la clara tendencia anticomunista de Tailandia han determinado que ésta sea la más firme baza con que cuentan los norteamericanos en su lucha en el Vietnam.

Camboya. El protectorado francés terminó en 1946 y Camboya se constituyó en monarquía en 1954. El soberano, príncipe Norodom Sihanuk, renunció a su carácter de rey en 1960 asumiendo la jefatura del Estado. El príncipe heredero, Naradigo, cursó estudios en la China comunista, lo cual causó serias preocupaciones a Estados Unidos. En 1970 fue depuesto el monarca gracias a un golpe de Estado que elevó a la Jefatura del Gobierno a Cheng Heng, siendo primer ministro Lon Nol. El depuesto Sihanuk huyó del país y formó en Pekín un gobierno en el exilio. Aquel año entraron en Camboya contingentes armados norteamericanos. Camboya es el prototipo de Estado neutral debiendo soportar las fuertes tensiones provocadas por Laos y Vietnam. Durante la guerra de este último país, las infiltraciones de los hombres del Vietcong procedentes del Norte a través de las fronteras de Camboya han sido muy numerosas y han provocado fricciones con Vietnam del Sur y el alto mando norteamericano.

Laos. Muy complicado fue el desarrollo político del reino de Laos, en el centro de la península, limitando con comunistas y neutralistas y sin salida al mar por donde pudiera venir el socorro occidental. En 1950 entró en combate el movimiento comunista del Pathet Laos, contra los franceses, ya que desde el 19 de julio de 1949 Laos pertenecía al grupo de la Unión Francesa. Después de la conferencia de Ginebra de 1954 se crearon tres partidos: los comunistas del Pathet Laos, el neutral y el pro-occidental.

En 1960 dominaba la política laosiana la tendencia neutralista de Suvanna Fuma, pero el 16 de diciembre de este año el general príncipe Fumi Nossavan, jefe del partido pro-occidental, ocupó la capital, Vientian, comenzando un período de hostilidades entre los tres partidos. El 2 de abril de 1961, China declaró que si Estados Unidos enviaban refuerzos al país, los comunistas ayudarían al Pathet Laos. Los avances de éste en abril de 1961 forzaron la convocatoria de la Conferencia de Ginebra del 18 de junio da 1961, y para aplicar sus resoluciones se reunieron los tres príncipes laosianos, reunión interrumpida por la retirada del derechista Bum Um el 27 de diciembre. Fracasadas las negociaciones, el Pathet Laos ocupó el norte del territorio y el 9 de mayo del año 1962 alcanzaban la frontera con Tailandia. El 15 de mayo de 1962 llegaron a Laos fuerzas norteamericanas, aunque no penetraron en el país.

El 11 de junio de 1962 se pusieron de acuerdo los tres príncipes laosianos, que formaron un gobierno de coalición el 11 de junio y consiguieron el alto el fuego el 24 de junio del año 1962, declarando su neutralidad y estableciendo relaciones diplomáticas con la Repú-

blica Democrática Popular China. Según parece, el príncipe Suvanna Vong, jefe del Pathet Laos, depende casi completamente de China, habiéndose separado de la influencia rusa.

Debido a la lucha en Vietnam puede afirmarse que Laos ha perdido por completo su libertad. En abril de 1963 fue asesinado el ministro de Asuntos Exteriores, el neutralista, con cierta tendencia de izquierdas, Quinim Folsena. En 1964 se produjo un golpe de Estado y Suvanna Fuma tuvo que doblegarse a las exigencias militares simpatizantes con los norteamericanos. En 1970 tropas de este país penetraron en Laos dispuestas a ayudar a Suvanna Fuma, repitiéndose la entrada de soldados en 1971 sin que por esto pudiera impedir el paso de unidades del ejército de Vietnam del Norte y del Vietcong por la célebre ruta Ho Chi Minh que facilita la infiltración de éstas hasta el delta del Mekong. La citada ruta sigue, prácticamente, la larga y curvada línea fronteriza que separa Laos de Vietnam.

Malasia. Gran Bretaña tuvo que ceder pronto su dominio sobre los que se llamaban «Street Settlements» (Establecimientos del Estrecho). Ya en 1957 dio la independencia a Malasia, con forma monárquica de gobierno formada por una federación de Estados cuyo soberano era el Rajah de Perlis, con capitalidad en Kuala Lumpur.

Pero la amenaza que gravitaba sobre esta débil Federación determinó a Inglaterra a ampliarla dando entrada en la misma a Singapur (autónomo desde 1959), Sarawak y Brunei (estas últimas en Borneo), formando así la llamada Federación de la Gran Malasia, cuya constitución se concretó en noviembre de 1961 para convertirse en oficial dos años después.

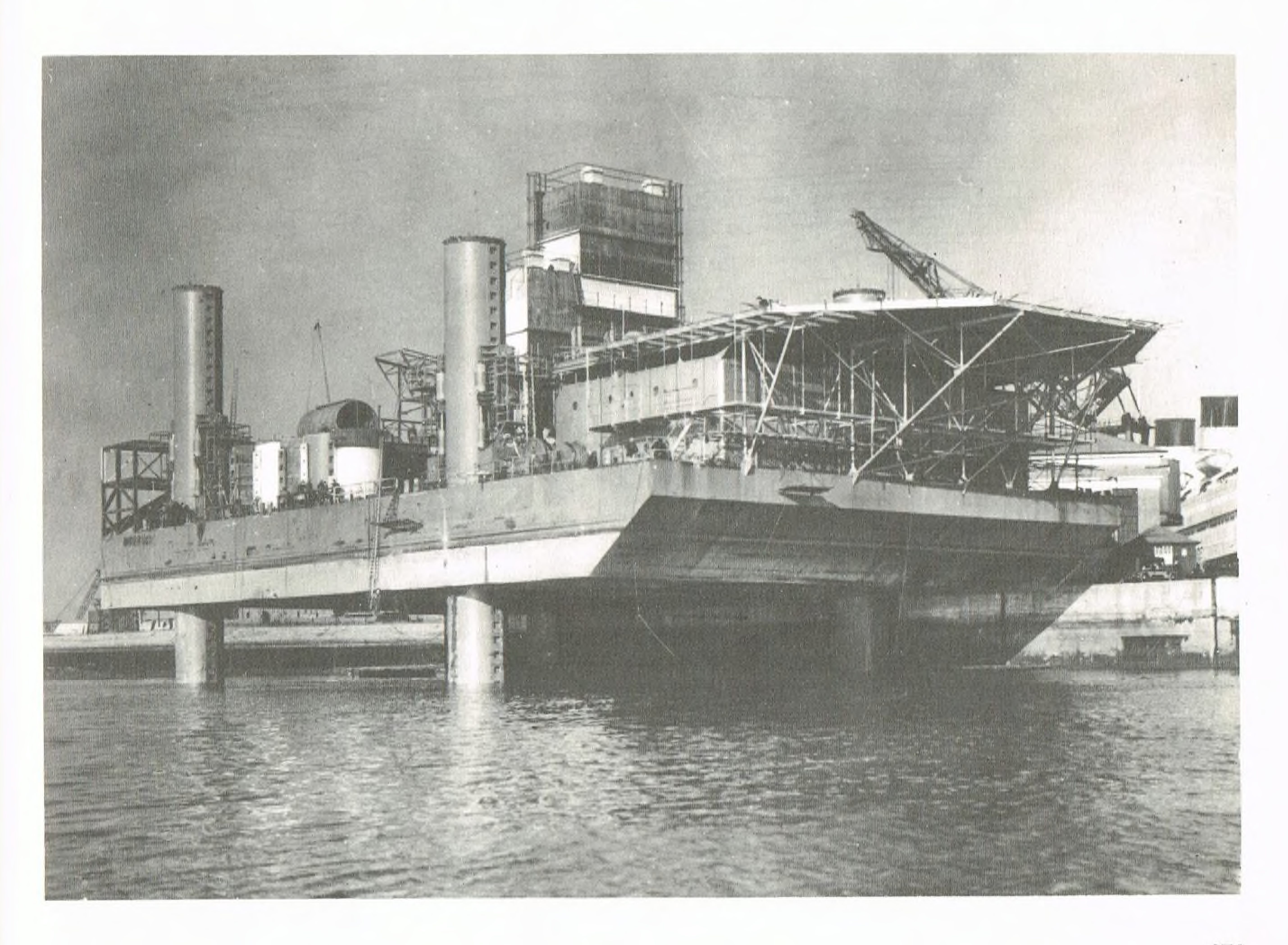
Tal formación, evidentemente artificial, venía obligada por la amenaza de Indonesia, que, bajo la dirección del imperialista Ahmed Sukarno, pretendía extender su dominio a todo el ámbito poblado por gentes de origen malayo.

La formación de la Gran Malasia hizo vacilar el frágil equilibrio existente siempre en estos países nuevos. Diferentes tentativas realizadas por Sukarno para integrar en su Estado el nuevo reino no tuvieron eficacia gracias a la ayuda que Gran Bretaña continuó prestando a su anterior Dominio. Pero una de las pruebas de esta fragilidad ha venido proporcionada por la separación de Singapur de la Federación, verificada el 9 de agosto de 1965. En una declaración formulada por el jefe del gobierno de Singapur, Inche Yusuf ben Ishak, afirmó que Singapur se convertía en Estado soberano bajo la forma de gobierno republicano y solicitaba su ingreso en las Naciones Unidas. La defección de Singapur constituyó un grave revés para la política «neocolonialista» de Gran Bretaña en Extremo Oriente, ya que siendo una formidable base naval y el mayor puerto comercial de aquellos mares, y estando poblada en abrumadora mayoría, como ya se dijo, por chinos, su separación de la débil Federación de Malasia dejó ésta al descubierto frente al poder agresivo de los indonesios.

Indonesia. Las islas de Borneo, Java, Sumatra, Célebes, Balí, Molucas, Flores y Timor, más la mitad occidental de Nueva Guinea, con una superficie de casi dos millones de kilómetros cuadrados y unos 120 millones de habitantes en la actualidad, fueron ocupadas por los navegantes portugueses y españoles que acudían a buscar las especias tan apreciadas en Europa y que la Naturaleza producía tan pródigamente en aquel país, pero en 1595 Holanda desplazó a ambas naciones, creando el Imperio Colonial de las Indias Orientales.

Cada vez aparece más frecuente la extracción de petróleo de los fondos submarinos cercanos a las costas. Para ello, tras la serie de pruebas llamadas de prospección, se han de instalar las correspondientes plataformas dotadas de los aparatos precisos. En la fotografía, uno de estos emplazamientos levantado por los ingleses en las proximidades de la isla de Borneo. Se trata de la Compañía Brunei Shell Petroleum Company que explota los yacimientos de la parte de la citada isla denominada Brunei, y que contribuye a aumentar los recursos económicos del variado Sudeste asiático.

El 28 de febrero de 1942 los japoneses invadieron Java y tomaron Batavia el 5 de marzo siguiente. Desde aquel momento sembraron y alentaron los movimientos de rebelión y de independencia. El 17 de agosto de 1945, tres días después de capitular el Japón, un gobierno republicano proclamó la independencia del país, que tuvo que ser reprimida por los holandeses con el apoyo de Gran Bretaña. El 7 de marzo de 1946 nació oficialmente la República de Indonesia, que fue atacada por los neerlandeses el 23 de julio de 1947. La lucha resultó muy sangrienta hasta que Holanda reconoció la independencia del reino el 27 de diciembre de 1949, aunque se reservaba ciertos derechos que el gobierno indonesio anuló en 1954. El 8 de abril de 1957 tomó posesión de la Jefatura del Estado el presidente Ahmed Sukarno. El 2 de enero de 1962 Indonesia solicitó de Holanda la evacuación de la parte occidental de Nueva Guinea que ocupaba y que aquélla consideraba parte integrante de su nación. El 15 de enero los comandos indonesios desembarcaron en Nueva Guinea y fueron rechazados. Diez días después, Sukarno decretó la movilización general y a partir del 27 de marzo comenzaron a multiplicarse los desembarcos con tropas fuertemente armadas y aprovisionadas por la Unión Soviética. Después de una serie de avances indonesios durante el mes de julio de 1962, Holanda accedió a retirarse de Nueva Guinea, y el 15 de agosto se firmó en la ONU el acuerdo para transferir a Indo-



nesia los territorios en litigio, que pasaron a depender de las Naciones Unidas hasta el 1 de mayo de 1963, en que, definitivamente retiradas las fuerzas holandesas, la República Indonesia se hizo cargo del destino del país.

Ahmed Sukarno fue el organizador de la Conferencia de Bandung, que en 1955 creó el movimiento llamado «neutralista», origen del Tercer Mundo, es decir, el grupo afro-asiático que tanto en las Naciones Unidas como en cualquier aspecto de la política internacional intenta situarse a mitad del camino entre los dos bloques estratégicos y económicos que se disputan la primacía mundial. Sin embargo, Sukarno mostró desde el primer momento una fuerte tendencia revolucionaria y pro-china que disgustaba a los elementos moderados del país. Llegó un momento en que la guerra del Vietnam podía decidirse a favor del Vietcong si China dominara políticamente en Indonesia. En 1966 se produjo una revolución encabezada por el general Suharto al frente del elemento militar, y el poder de Sukarno quedó notablemente disminuido. Los comunistas indonesios fueron perseguidos y a principios de marzo de 1967, Ahmed Sukarno dejó de ser el Presidente y el «hombre fuerte» de Indonesia, siendo sustituido por el general Suharto.

Este hecho determinó la eliminación de la influencia comunista. Se calcula que murieron, víctimas de una durísima represión, cerca de 300 000 indonesios. En 1967 este país rompió sus relaciones con Pekín y al año siguiente Suharto fue elegido Presidente por cinco años. La muerte de Sukarno en 1970 acrecentó la fuerza de su rival y la aniquilación de los últimos focos pro-comunistas.

La alargada península de Indochina, con su apéndice de Malaca, se prolonga aún hacia el sudeste por un archipiélago que ha recibido diferentes nombres a lo largo de la Historia: Islas de las Especias, Islas de la Sonda, Archipiélago Malayo, Indias Holandesas, Indonesia. Este último es el nombre oficial en la actualidad, y la mayor de estas islas es la de Sumatra. Atravesada en su parte media por el ecuador, el resultado es esta vegetación, por la que avanza a la expectativa un grupo de soldados.





La necesidad de aprovechar la tierra para el cultivo del arroz, con el que se atiende a la precaria alimentación de la población vietnamita, obliga en muchas ocasiones a las gentes a levantar estas pobres chozas en las mismas aguas del río, en este caso el Mekong. No es preciso ponderar la miserable vida que, aun en tiempos normales, se abate sobre este pueblo, agravada desde hace más de un cuarto de siglo por la guerra destructora que les ha sido impuesta por potencias extranjeras y en la que ellos tienen poco que decir.

El torturado Vietnam. El emperador Bao Dai representó en el Vietnam del Sur un muro de contención frente al comunismo del Vietnam del Norte, pero el 26 de octubre de 1956, debido a un plebiscito, el imperio cayó y se proclamó la República del Vietnam del Sur.

La mano norteamericana intervino para decidir la caída de Bao Dai, demasiado pro-francés, el cual fue sustituido por Ngo Dinh Diem, católico muy occidentalizado que gobernó estrechamente asociado con sus hermanos Ngo Dinh Thuc, arzobispo de Hué, Ngo Dinh Can, gobernador de la región central del país, y Ngo Dinh Nhu, consejero privado del Presidente y jefe de la policía secreta del país. Pero quizá la figura más importante del clan familiar de los Ngo Dinh era la esposa de este último, la señora Nhu, que pronto se distinguió por sus campañas tanto en Vietnam del Sur como en el exterior. Estados Unidos apoyaban financieramente a este clan con una asignación que comenzó siendo de millón y medio diario de dólares. Pero su actuación no podía gustar a la masa de la nación por dos razones: la primera, religiosa, ya que la inmensa mayoría del Vietnam es de confesión budista, y la segunda, política, porque la declarada intervención norteamericana facilitaba la propaganda procedente del Vietnam del Norte, para quien la ingerencia estadounidense resultaba intolerable.

A semejanza de organizaciones que ya tuvieron lugar anteriormente en países europeos y africanos (Yugoslavia, Argelia, la misma Francia durante la ocupación alemana), pronto se formó en Vietnam del Sur una asociación, forzosamente secreta dados los expeditivos métodos de la policía de los Dinh, que se denominó F.N.L. (Frente Nacional de Liberación), es decir, las mismas siglas con que fue conocida en aquellos países. Este organismo es el que actualmente se denomina Vietcong, apelativo divulgado por Estados Unidos, que nunca han querido reconocer el carácter de lucha patriótica que sostiene el F.N.L. Vietcong es un término despectivo que significa «co-



Con el apoyo norteamericano, el vietnamita Ngo Dinh Diem pudo destituir al emperador Bao Dai, proclamar la República y erigirse en dictador en octubre de 1955. Pero la parcialidad de su actuación hizo temer a Estados Unidos que este régimen perdería solidez, y consecuencia de su retirada de ayuda fue el asesinato del político vietnamita en noviembre de 1963. En la ilustración, a la izquierda: proclamación de la República de Vietnam del Sur. Abajo, las pésimas condiciones de aquel país se traducen en la falta de hospitales. Al aire libre se ha de hacer una transfusión de sangre.

munistas del Vietnam», pero la organización de este movimiento indica claramente que en él se incluyen gentes de muy diversas ideas políticas. Su propio presidente, Nguyen Huu Tho, un intelectual moderado, declaró que fueron las leyes antiliberales del régimen de los Dinh las que le movieron a pasar a la oposición, lo que le valió ser encarcelado. Pero ya desde 1960 funcionaban grupos activistas de patriotas, los cuales, en 1961, libertaron a Nguyen Huu Tho y lo llevaron a la selva y poco después fue elevado a la jefatura del Movimiento. Tho está al frente de un Comité integrado por 60 miembros que representan toda clase de ideas políticas, únicamente coincidentes en su oposición, primero al régimen de los Dinh y, sobre todo, al neocolonialismo norteamericano. La influencia comunista, sin embargo, gana puntos día a día.

A esta causa política se unió la religiosa: el exclusivismo del clan de los Dinh movió protestas de las clases dirigentes del budismo, que se mostró en una manifestación espectacular el día 11 de junio de 1963, cuando el bonzo budista, de más de setenta años, Thic Quang Duc, se quemó vivo en una calle de Saigón a la vista de todo el mundo. El bonzo suicida dejó un testamento en el que se decía: «Tengo el honor de presentar mis palabras al presidente Diem, para pedirle que tenga la bondad de ser tolerante con su pueblo y que haga cumplir la ley de igualdad religiosa».

El presidente Diem no hizo caso del trágico suceso, juzgándolo un acto aislado de un fanático. Seis suicidios más de bonzos budistas, siempre por el procedimiento de rociarse de gasolina y prenderse fuego públicamente, llevaron al golpe de Estado del 1 de noviembre de 1963, pasivamente contemplado por los representantes norteamericanos. Murieron tres de los cuatro hermanos, y sólo la ausencia del país salvó al arzobispo Hué y a la señora Nhu.

Pero si Estados Unidos consiguieron deshacerse del clan de los Dinh, no pudieron, sin embargo, establecer un régimen estable en la nación. En un período de dieciséis meses — desde el 1 de noviembre



Las guerras civiles son siempre crueles; pero cuando intervienen en ellas extranjeros aumenta la proporción de ferocidad. En esta página, dos manifestaciones de la dureza de las condiciones de vida en Vietnam. A la derecha: una mujer vietnamita, afiliada al Frente Nacional de Liberación, ha sido hecha prisionera por soldados del ejército regular, y es conducida con las manos encadenadas. Abajo, dos mujeres del propio país trasladan sobre una frágil barquilla los restos de un familiar que ha sido muerto en la lucha. Al fondo, el bello paisaje tropical.





de 1963 hasta el 19 de febrero de 1965 —, nueve golpes de Estado se sucedieron en medio de la general desorientación del país.

Finalmente, Estados Unidos dieron con el hombre fuerte, el general de aviación Nguyen Cao Ky, que dictó drásticas medidas para restablecer la disciplina y el orden. Al mismo tiempo, el presidente norteamericano Johnson empezó a aplicar un ordenado proyecto tendente a conseguir la victoria total: la *escalada*. Ésta consistía en ampliar cada vez más el número de efectivos de tierra, mar y aire en Vietnam, intensificar los bombardeos aéreos y la lucha en la selva, rebasando las fronteras del Vietnam del Norte, atacando Hanoi si fuera preciso y, en último extremo, a la propia República Popular China.

Este plan se puso en marcha de modo ordenado. En 1960 existían solamente 700 «consejeros» norteamericanos en Vietnam del Sur. Dicha cifra se amplió hasta 16 575 en el año 1963, para ascender a 70 000 en julio de 1965 y rebasar los 450 000 en enero de 1967. Los Estados Unidos jugaban fuerte la baza del Vietnam y se comprometían en una guerra que, según se vio, era muy difícil de ganar. Más de 1500 aviones, otros tantos helicópteros y una Armada considerable presionaba para eliminar al Vietcong. Los cañones de 230 y de 175 mm, estos últimos con un alcance de 30 km, y los bombarderos B-50, con un radio de acción de 16 000 km, no conseguían evitar las infiltraciones de los soldados del F.N.L., que llegaban a atacar los suburbios de Saigón al mismo tiempo que estallaban sublevaciones capitaneadas por los budistas de Danang y otros puntos del país.

El esfuerzo norteamericano era inmenso si se tiene en cuenta que la distancia que media entre Estados Unidos y el Sudeste asiático es de 15 000 km. El puerto de Saigón resultaba insuficiente para engullir la riada de material y hombres, y algunos mercantes llegaron a esperar hasta 40 días para que les llegara el turno de desembarcar. El coste de la guerra a principio de 1966 se cifraba en 16 500 000



dólares diarios. Los bombardeos con napalm no resultaron eficaces en la selva; se llegaron a usar gases irritantes y tóxicos, aunque no mortales, y la represión, por ambos bandos, adquirió caracteres de gran crueldad. El Vietcong, o sea, el F.N.L., dominaba prácticamente las tres cuartas partes del territorio del Vietnam del Sur y no daba muestras de flaqueza ante el poderío acumulado por Estados Unidos.

Los bombardeos sobre el Vietnam del Norte por parte de las fuerzas de Estados Unidos comenzaron exactamente el 7 de febrero de 1965 y de forma más o menos intermitente han durado hasta nuestros días. Pero no consiguieron quebrantar la moral de los combatientes ni de la población civil. Los vietcongs no se amilanaron. El alma de la lucha armada fue siempre el general Vo Nguyen Giap, nacido en 1912, y la muerte de Ho Chi Minh, ocurrida en 1970, no modificó la línea política y militar de Vietnam del Norte y del F.N.L.

En 1968 la ofensiva del Tet llevó a los combatientes del Norte a las sangrientas batallas de Khe Sanh, Hué y Saigón. La base americana de Khe Sanh no fue conquistada, pero sí la antigua capital Hué, si bien tuvo que ser desalojada al cabo de poco tiempo. El ataque contra Saigón fue tan duro que los viets llegaron a ocupar la embajada norteamericana durante siete horas.

Aquel mismo año los norteamericanos consiguieron restablecer las posiciones, y el 25 de enero de 1969 se iniciaron las conversaciones de París a las que asistieron Henry Cabot Lodge por Estados Unidos, Phan Dang Lamp por Vietnam del Sur, Xhuan Thuy por Vietnam del Norte y Tran Buu Kiem por el F.N.L.

La dificultad en llegar a un armisticio radicaba en las cerradas posiciones de las dos partes. Los norteamericanos exigían la retirada del Vietcong y la paralización de las operaciones militares; los nord-

La intervención norteamericana en Vietnam endureció considerablemente las condiciones de la lucha, sin que el inmenso poder en armamentos de Estados Unidos pudiera resolver de manera rápida el conflicto. Vietnam del Norte, alentado y ayudado por la Unión Soviética y por la China Popular, opuso una firme resistencia a la actuación de los soldados extranjeros, y ha pedido siempre que se retiraran de la península del Sudeste asiático. A la izquierda, un bombardero norteamericano ha sido derribado, y sus restos son expuestos públicamente. En la página siguiente, el carácter tropical, con su densa vegetación, favorece la guerra irregular. Por ello, estas tropas norteamericanas, que han ocupado un poblado indígena, le prenden fuego para impedir las posibilidades de un ataque por sorpresa.

vietnamitas el cese incondicional de los bombardeos y la retirada de las tropas estadounidenses.

En aquella fecha Estados Unidos había llegado a la cúspide de su *escalada*. Los 60 000 hombres de 1966 se habían convertido en un cuerpo expedicionario de 543 000 soldados en 1969.

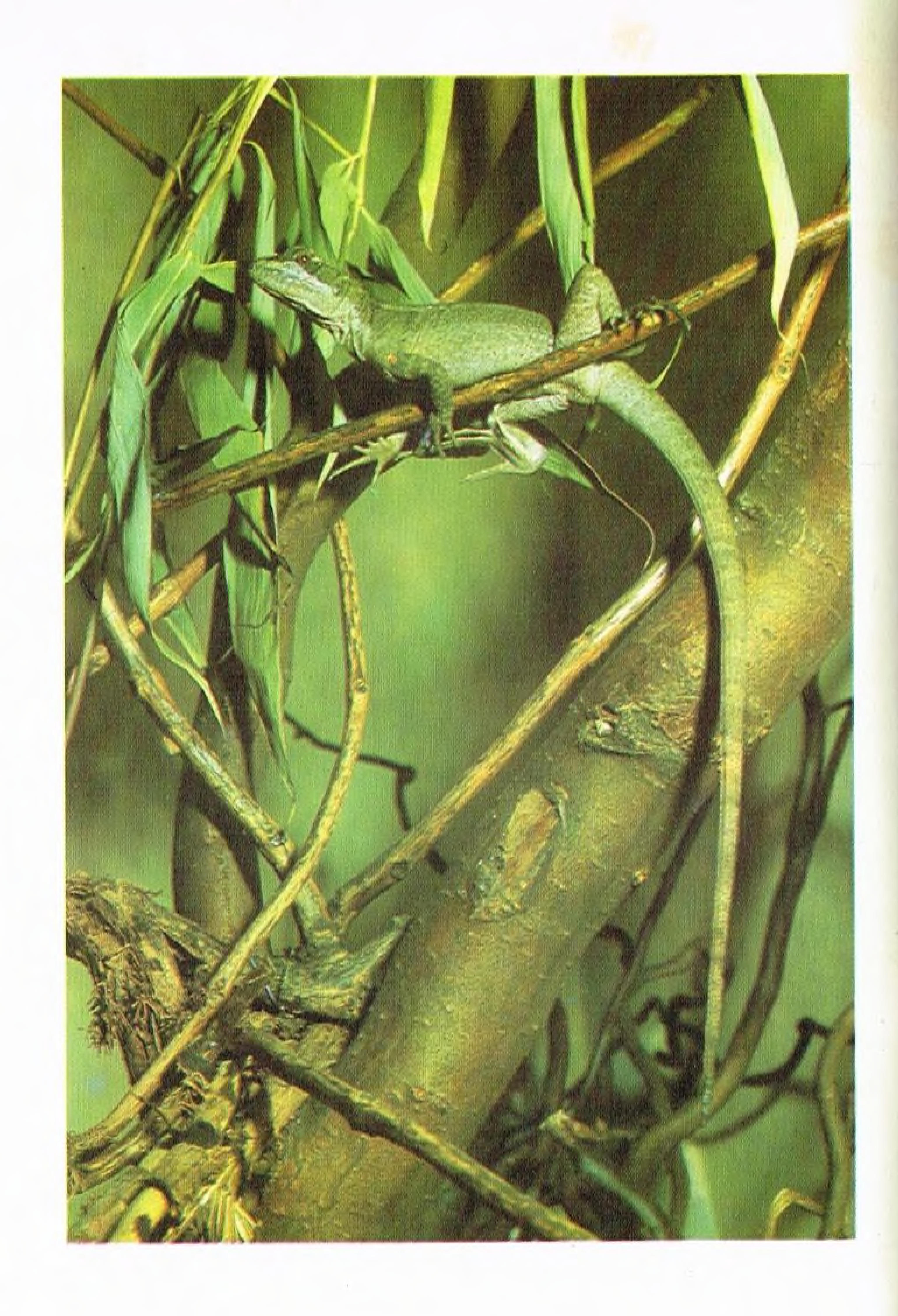
En 1970 el presidente Nixon lanzó la idea de *vietnamizar* el conflicto, es decir, reforzar el ejército de Vietnam del Sur hasta que pudiera combatir por sí solo, sin auxilio norteamericano. Al mismo tiempo se fueron retirando tropas estadounidenses hasta quedar unas 50 000 a principio de 1972.

En febrero de este año los nordvietnamitas lanzaron una triple ofensiva desde la zona desmilitarizada en dirección a Quang Tri y Hué; desde Laos hacia Kotum y Dak To y desde Camboya hasta Thay Ninh y Saigón.

A fines de 1972, las conversaciones de paz que se celebraban en París se terminaron bruscamente y el presidente Nixon dio orden de bombardear de nuevo Vietnam del Norte en forma tan intensa que algunos días llegaron a caer sobre Hanoi y sus alrededores más de 20 000 toneladas de bombas. Los efectivos militares de Estados Unidos en Vietnam eran únicamente de 27 000 hombres, pero estos ataques masivos forzaron la reanudación de la conferencia de París, a principios de 1973. El mundo entero se sentía avergonzado de aquella feroz contienda y deseaba ardientemente que se llegara a una paz negociada.



Mimetismo y camuflaje en el mundo animal



TODO ser vivo realiza, constantemente, numerosos ajustes en su modo de vivir para adaptarse a las cambiantes condiciones del medio ambiente. Los cambios de coloración que registran múltiples animales ofrecen ejemplo claro de estos fenómenos.

Algunas de sus mutaciones cromáticas, rápidas o lentas, regulares y hasta cierto punto predecibles, se hallan sincronizadas con los movimientos del Sol, la Luna y la Tierra, o con las mareas y los vientos, las estaciones y los climas. Otras son respuestas adaptativas a la iluminación y al color del fondo sobre el que está posado el animal; estas modalidades son de gran valía porque les protegen contra sus enemigos o les permiten acercarse a sus víctimas sin producir alarma.

Muchas de las antiguas y extravagantes afirmaciones a propósito de la coloración de los animales, han sido descartadas al prosperar la teoría evolucionista. No es cierto, pues, que el color tan parecido con el ambiente en que viven se deba a la ingestión, junto con el alimento, de sustancias pigmentarias que se encuentran en el lugar, pues nunca el «habitat» tuvo una influencia tan directa y cualquier animal que se críe separado de su ambiente propio mantendrá su típica coloración. Sin embargo, en toda regla existen excepciones, y

así, diversos peces, la mayoría de los crustáceos, todos los cefalópodos, pulpos, jibias, etc., muchos de los reptiles y anfibios, y algunos de los insectos, como saltamontes y orugas, están dotados de un mecanismo que les permite cambiar rítmicamente el color y los dibujos de su piel o caparazón, hasta hacer que armonicen con el aspecto del lugar en que se mueven. A este fenómeno se le conoce con el nombre de *mimetismo*.

La idea de mimetismo se ha popularizado gracias al camaleón, cuya capacidad de cambiar el color de la piel ha sido objeto de atención ya desde tiempos remotos. Los filósofos y escritores de la Antigüedad, como Dioscórides, Esculapio y el mismo Aristóteles, entre otros, se ocuparon de estos saurios, ensalzándolos unos y despreciándolos otros, lo que ha dado origen a numerosas leyendas que les atribuían poderes mágicos y propiedades curativas y medicinales. Aun hoy día, algunos pueblos primitivos consideran a los camaleones animales venenosos que pueden producir la muerte con su mordedura. Los camaleones, por ser arborícolas, se limitan a la captura de insectos por medio de su larga lengua que pueden proyectar con gran velocidad y a larga distancia.



Al contemplar la fotografía de la página anterior, resulta difícil, a primera vista, distinguir un lagarto entre las hojas de este árbol. La piel del saurio posee una coloración ideal para que éste pase inadvertido en el medio en que se mueve. En cambio, este camaleón que aparece a la derecha está dotado de una característica única: puede variar la coloración de su piel a voluntad y demostrar de este modo, por ejemplo, su irritación, su agresividad, etc. Estos cambios de color suelen ser más perceptibles cuando la temperatura ambiente es más elevada.

El *camaleón* presenta un cuerpo estrecho y cabeza de forma piramidal, adornada de cuernos en algunas especies, y un par de ojos saltones recubiertos por un párpado perforado en el centro. Ambos ojos son móviles en todas direcciones, e independientes uno del otro, por lo que el animal puede mirar al mismo tiempo en diversas direcciones. Su piel presenta unos pequeños gránulos mezclados con plaquitas, de singular riqueza de pigmentos, que le permiten pasar de un blanco casi puro al negro total, al amarillo intenso, al verde, al castaño, al gris, etc. Estos colores pueden ser uniformes o con manchas rojizas, verdes o amarillas sobre negro, o blancas y oscuras, etc. Los cambios tienen lugar, si la temperatura es elevada y la luz inten-

sa, de una manera rápida y muy visible, siendo menos notables cuando la temperatura es más bien baja y la luz escasa. A menos de 15° no se verifica cambio alguno, lo que parece demostrar que las mutaciones de color no se operan al cambiar de ambiente, como se creía, sino que dependen de la temperatura, de las condiciones de luz, y también del estado de ánimo y salud del animal, ya que si está irritado cambia más fácilmente de tono que si está tranquilo. Lo mismo sucede en épocas de excitación; por ejemplo, cuando los machos pelean entre sí por la posesión de las hembras.

Geográficamente, los camaleones se distribuyen en los trópicos y zonas cálidas. El camaleón vulgar se encuentra en el sur de España. Su tamaño varía notablemente, desde unos tres centímetros el *malache,* hasta más de medio metro que mide el tipo «gigante» de Madagascar. Sus movimientos son lentos y mesurados y llevan una vida extremadamente sedentaria. Una vez instalados en un tronco son capaces de esperar pacientemente durante largas horas a que la víctima se ponga al alcance de su lengua. En este caso, la función encubridora de la coloración animal estaría justificada por la inmovilidad del camaleón, ya que, según se ha experimentado, el color del ambiente no influye casi nada en sus cambios, y realmente no puede asegurarse que los camaleones muden de color para identificarse con el tono del fondo y pasar inadvertidos de sus enemigos o de sus presas.

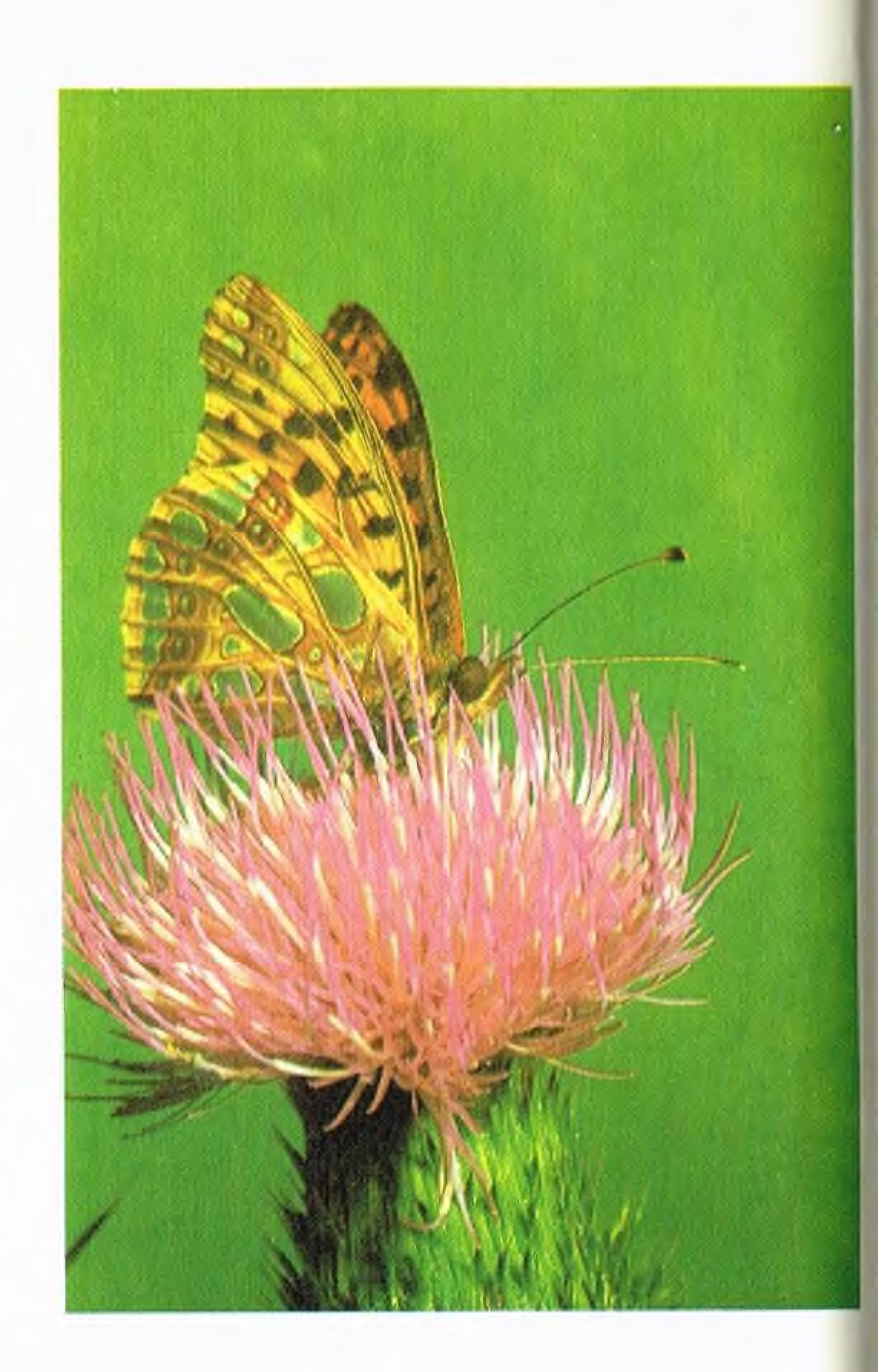
Existen, sin embargo, otros animales, entre ellos un saurio, menos conocido que el camaleón y llamado *iguana* que presenta notables mutaciones. Mientras atraviesa una roca negra, su piel es de un negro brillante; si penetra en un lugar en el que la tierra es rojo-amarillenta, su color se vuelve amarillento con manchas oscuras; si se mueve por una zona rocosa grisácea, pasa a ser gris con manchas negras; su color varía según el ambiente en que vive. La luz no parece influir apenas en estos cambios, ya que el fenómeno se manifiesta con igual intensidad a pleno sol o en el interior de una habitación. A ambos lados de la cabeza y en la garganta es donde la coloración varía de manera más notable.

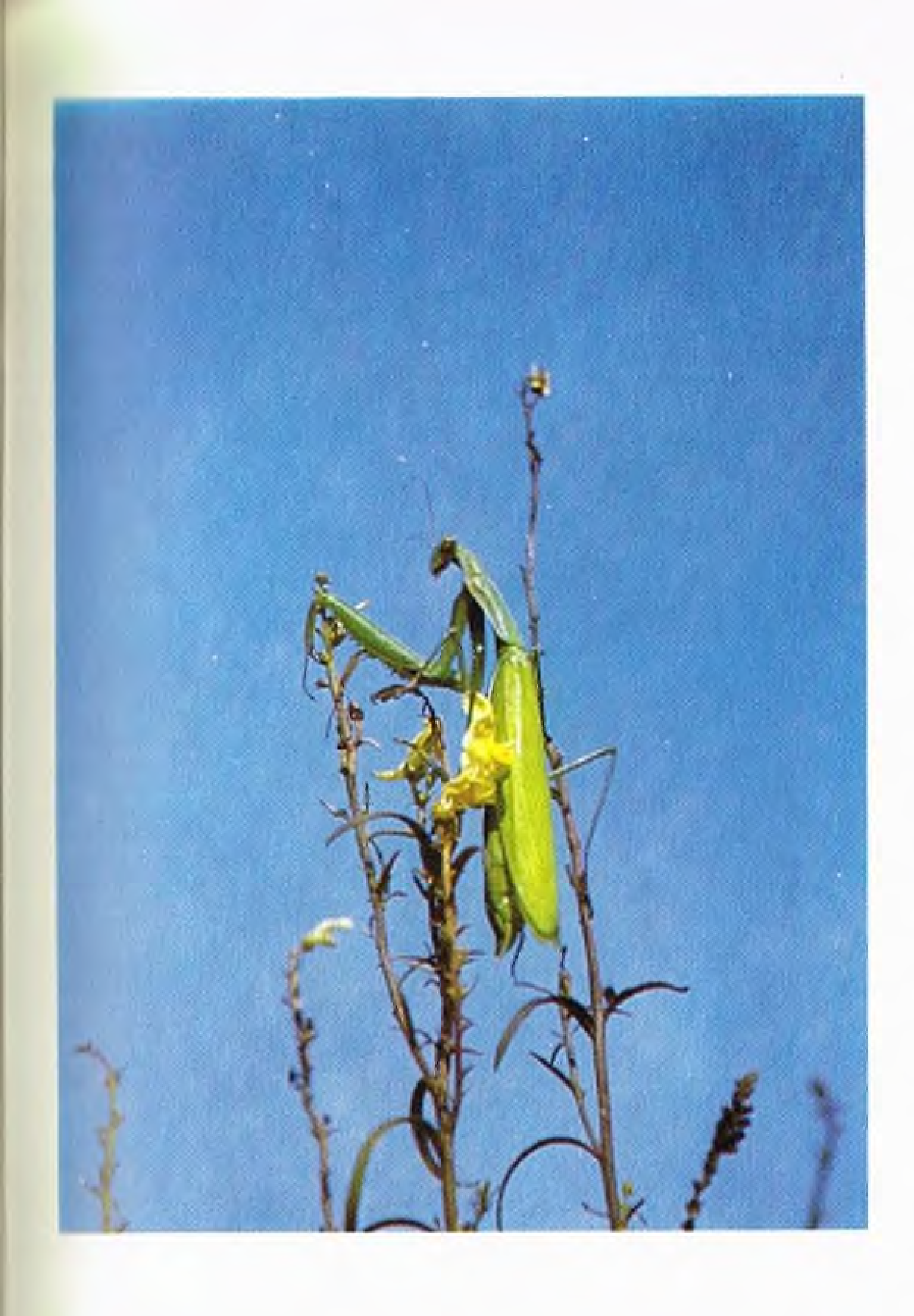
Al entender de algunos naturalistas, la palabra mimetismo se debería aplicar a las especies que, por verse expuestas a los ataques de determinados enemigos, han logrado una semejanza externa casi perfecta con otras especies no amenazadas por los mencionados ataques. En general, esta característica del aspecto visible va asociada a un extremo desagradable: el mal sabor de su carne. Cuanto más lo sea, menos peligro correrá de ser devorado.

En circunstancias normales, si un animal no ataca a una especie visiblemente desagradable, tampoco persigue a las que se le parecen, aunque no lo sean. Así, junto a las mariposas «helicónidos», que desprenden un olor repugnante y cuyo sabor también lo es, y que nunca son atacadas por los pájaros insectívoros ni por otros animales que se alimenten de insectos, pese a volar con lentitud, suelen encontrarse a otras mariposas sin secreciones desagradables, pero que, gracias a su semejanza con los helicónidos escapan de la acechanza constante de sus enemigos.

En los casos en que una especie comestible es semejante a otras que no lo son, la comestible suele constituir un grupo más importante, pues, por ley natural, cuanto mayores son los riesgos más aumenta la población. Pero el devorador pronto se descorazona y renuncia al ataque. Es el mimetismo llamado «batesiano», derivado del nombre del zoólogo Bates. Sus principales ejemplos los encon-

Si contemplamos las alas de una mariposa, llegaremos a la conclusión de que sus vivos colores y variado dibujo persiguen el objeto contrario del mimetismo, es decir, quieren llamar la atención. En algunos casos, se trata de «coloraciones de advertencia» porque el sabor de estos insectos resulta desagradable al paladar de los pájaros que podrían devorarlos. En otros casos, como en ésta que se ha posado sobre una flor, parece como si las alas plegadas del lepidóptero fuesen una continuación de la corola.





La mantis, de patas largas semejantes a una ramita, puede permanecer largo tiempo posada en un arbusto de modo que el insecto parezca al paseante poco atento la yema tierna de la planta. Es una forma de pasar inadvertida. De este invertebrado se conocen sus costumbres nupciales, extremadamente crueles, pues, al terminar el apareamiento, la hembra, que es mayor y más corpulenta que el macho, lo devora culminando, de este modo, el abrazo amoroso que para éste es el preludio del fin.

tramos entre las mariposas, avispas y abejorros. Se conoce una mosca que presenta este tipo de mimetismo, pero de efectos contrarios: sus gruesas patas posteriores, de las que la Naturaleza la ha provisto para lograr una más perfecta semejanza con los abejorros, dificultan, incluso, el distinguirla de éstos, similitud que aprovecha para capturar a sus víctimas con mayor facilidad. Otras especies de mariposas imitan a un avispón, gracias a lo cual no se ven atacadas fácilmente, ya que el aguijón que las confunde con aquéllos impone respeto a más de un enemigo.

Se conoce todavía otro tipo de mimetismo, estudiado por Müller, denominado «mimetismo por coloración de advertencia», ya que muchos de los animales que por su coloración son muy visibles no resultan sabrosos para las aves, insectos u otros enemigos. A este tipo de mimetismo se le denomina, también, «mülleriano», y es el que presenta una especie de lagarto anaranjado, imitador de la salamandra europea, cuyos atractivos colores se unen al mal sabor de su carne. Las cantáridas, especie de mosca de brillante azul eléctrico, sueltan, al ser tocadas, un líquido irritante que no invita ciertamente a comérselas. Si algún joven e inexperto pájaro atenta contra tan atractivos animalitos, no reinciden, con lo que las cantáridas están protegidas por su misma vistosidad.

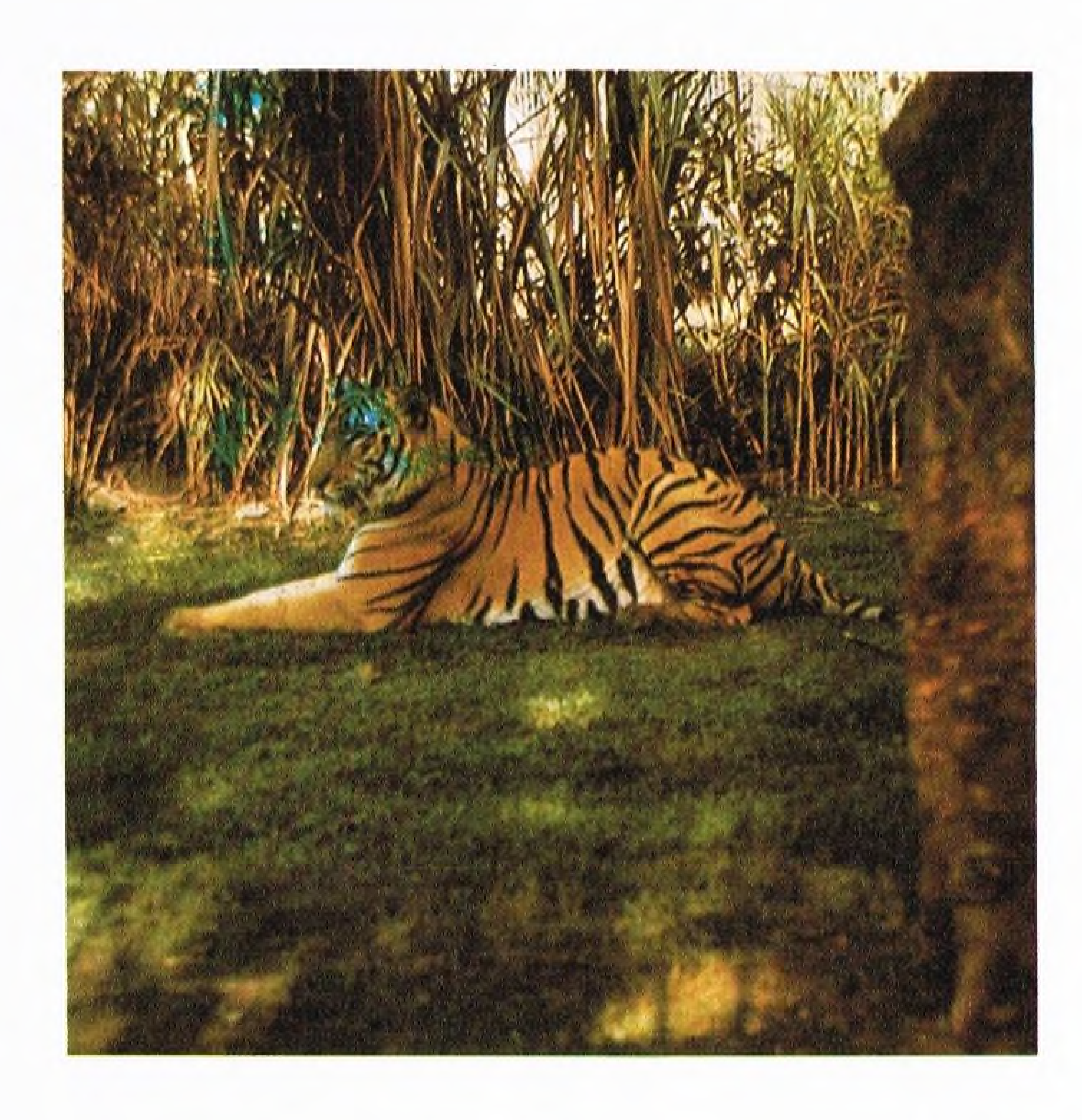
En otros casos, el color parece ser puramente accidental. Así, es necesario preguntarse si el color metálico del escarabajo, el azul y rojo de la langosta de mar, el verde y naranja de los cangrejos, el rosa del flamenco y los dibujos y colores de numerosas conchas, reportan algún beneficio a sus poseedores. En cualquier caso, puede afimarse que el tono nacarado del interior de éstas carece de toda utilidad, ya que es invisible durante la vida del animal.

La coloración puede originarse de los pigmentos o de la composición de la estructura de la piel: los colores del petirrojo, del canario amarillo, de la oruga verde y de la langosta azul, etc., son pigmentarios, pero, en otros casos, se deben a la existencia de pequeñas gotículas de aceite próximas a la superficie de la piel, que actúan como filtros difundiendo ciertos colores e impidiendo el paso a otros. El color verde de la rana del zarzal o el del lagarto, lo son a causa de que los pequeños gránulos oleosos difunden este tono, pero no el rojo, naranja, etc., de mayor longitud de onda.

Parecido origen tienen los colores de las plumas de diversas aves: los diminutos espacios de aire que hay en la sustancia translúcida de la pluma, impiden el paso al rojo y amarillo, de onda larga, y son absorbidos por un pigmento negro, mientras que difunden el verde, azul, y otros de menor longitud de onda. La cara azulada del mandril es debida a una razón similar. El color blanco de las alas de múltiples mariposas obedece a la reflexión total de la luz visible, que se produce gracias a numerosas superficies transparentes como las escamas rayadas que constituyen las alas. Por el contrario, el color negro es consecuencia de la total absorción de la luz, que en los animales se lleva a cabo por medio de un pigmento llamado melanina, presente en la salamandra, los gatos negros, los cuervos y en la piel humana, así como en la tinta que el pulpo expele en defensa propia. La melanina es una sustancia segregada por los melanóforos y, aunque se desconoce todavía su exacta composición química, algo se sabe del proceso de su formación, fundamentada en la oxidación del aminoácido tirosina por una enzima específica que contiene cobre, y que da primero un compuesto de color rojo que se polimeriza luego y origina la melanina negra.

Las personas albinas, así como los mamíferos blancos y las gallinas u otras aves de plumaje claro, carecen de la enzima intermediaria y sólo tienen melanina en las zonas negras.

Está demostrado que el Sol interviene en la formación de melanina, y la piel expuesta a sus rayos se oscurece por incrementar su producción de melanina, como una respuesta protectora contra las radiaciones que irritarían los tejidos superficiales en el caso de recibirlas con exceso. Así, en algunos casos las melaninas actúan como filtros solares, mientras en otros contribuyen a los cambios de apariencia ligados al enmascaramiento. El que la mayor parte de animales tengan el dorso más oscuro que la región ventral se debe a que los rayos del Sol se proyectan con más intensidad sobre la espalda y estimulan la formación de pigmentos melánicos. Ello contribuye enormemente a su «camuflaje», ya que el aclaramiento de la parte ventral se ve contrarrestado por la sombra que el propio animal proyecta, de suerte que ya no llama la atención de sus enemigos. Esta diferente



La piel del vientre del tigre es casi blanca en contraste con el resto del cuerpo que muestra rayas muy acusadas. La finalidad de éstas parece ser la de permitirle confundirse con los cañaverales de la jungla. Esta fiera, que únicamente puede infundirle miedo el elefante, posee, pues, un mecanismo de enmascaramiento. Bastante distinto es el que utiliza el llamado «insecto-palo» de la página siguiente. ¿Dónde está el insecto? No resulta sencillo diferenciar su cuerpo y sus patas de las ramas a las que se agarra. Su forma, su colorido, son idénticos a los del arbusto. Los «Palophus titan» suelen med'r hasta 30 cm de longitud y la pérdida de las alas así como lo desmesurado de sus patas le perr..iten realizar un camuflaje perfecto. Estos insectos tienen espinas tan agudas, que hieren a los pájaros que intentan devorarlos. A pesar de su delgadez, pueden defoliar bosques enteros, tal es su voracidad.

tonalidad, conocida como *contramatizado,* se manifiesta en mamíferos tan conocidos como el león, la pantera, antílopes, llamas, cebúes, caballos, etc., y en aves como perdices, gansos, jilgueros, garzas, etc., así como en muchos lagartos, cocodrilos, cangrejos, e infinidad de peces e insectos, cuya superficie dorsal más oscura contrarresta las zonas de mayor iluminación, mientras el vientre, más pálido, atenúa la densidad de su sombra. Al propio tiempo esta diferencia desdibuja la figura, pues, al evitar el sombreado, se pierde la sensación de relieve y el animal se confunde con el fondo.

El rodaballo, iluminado por la parte inferior, experimenta un rápido oscurecimiento de la piel; el lucio, que ofrece un marcado dise-

ño del contramatizado, encubre casi perfectamente su cuerpo cuando se le ilumina sobre fondo gris. Algunos animales que habitualmente descansan vientre arriba, como los peces-gato del Nilo, poseen los tonos oscuros en esta parte por ser su superficie más iluminada. La prueba en favor de la apariencia de cuerpo sólido, o la confusión de formas curvas por otras más o menos planas como factores de reconocimiento, la obtuvieron Nice y Ter Pelwyk al comprobar que el croquis de una lechuza proyectado sobre un cartón no era motivo de alarma para los pájaros, a no ser que su diseño tuviera las características aparentes del relieve.

En todos los casos, los mecanismos de encubrimiento se adaptan al fondo sobre el que los animales han de moverse; pero, muchas veces, el animal, tras presentar colores y tonos adecuados al ambiente, debe dar feliz remate a su objetivo de no ser visto.



Un pájaro, el alcaraván, extiende el cuello y el pico hacia arriba, de suerte que las listas longitudinales de su pecho y garganta no contrasten con las sombras verticales del juncal que acostumbra a ser su refugio. Las perdices, codornices, faisanes, y otras aves, se disimulan, también, con tal habilidad entre la maleza, que sorprenden al cazador levantando el vuelo casi a sus pies. El tigre de Bengala se identifica perfectamente con el cañaveral de la jungla, donde las líneas de su piel constituyen una réplica de los claros y oscuros que componen su lugar predilecto de residencia en el cual, si se tiene en cuenta su silencioso andar, se hace prácticamente invisible y, por tanto, peligroso.

Los cocodrilos logran pasar inadvertidos gracias a su disfraz que es bien simple: se limitan a mantenerse en absoluta quietud, como si estuviesen muertos, con lo que no despiertan sospechas en las posibles presas que, creyéndoles troncos a la deriva en el cauce del río, se acercaran a beber tranquilamente, momento que aprovecha el saurio para atacarlas y devorarlas.

Incluso animales tan característicos y en apariencia de fácil visibilidad como las jirafas, pueden burlar a sus enemigos confundiéndose con el arbolado y rompiendo la continuidad de su figura merced a la retícula de su piel.

Los peces costeros se adaptan unos a las condiciones de playas y otros a la vegetación submarina. Los llamados caballitos de mar se enroscan por la cola a cualquier alga, no sólo para descansar, sino para despistar a algún perseguidor, pues las prolongaciones filamentosas de que están dotados ondean como algas y se confunden fácilmente entre éstas.

El pez aguja, muy largo y delgado, se escurre con ligereza. El sabroso rape, que por el aspecto que le dan sus numerosos colgajos merecería llamarse el pordiosero de los peces, utiliza una gran astucia para sorprender a sus víctimas: escondido entre algas, agita un pedazo de piel que tiene en el extremo de la aleta dorsal y concluye cerca de su cabeza, con lo que atrae a los peces jóvenes, que creen se trata de un gusano, y son atrapados por la bocaza del rape.

Quien se lleva la palma de la disimulación en el mundo acuático es un pez provisto de varias láminas delgadas y algunos filamentos que contribuyen, así como el color de su cuerpo, a darle aspecto de planta, por lo que se le denomina *pez alga*.

Si bien muchos consideran exclusiva del camaleón la posibilidad de variar de color, hay que mencionar a un pez no demasiado grande, el cangrón, que abunda en las costas del mar del Norte, y se caracteriza por presentar una jiba tras la cabeza. Lo más notable de él

son sus cambios de tono: es de color verdoso si nada entre algas verdes, y si éstas son pardas, se vuelve pardo. Durante la noche palidece, sea cual sea su color diurno; es decir, que, colocado en un lugar oscuro, el cangrón palidece, pero adopta un tono más o menos claro según sea de noche o de día, debido a su sensibilidad para la percepción del tiempo.

El estudio del cambio de color de los animales como medida protectora se ha realizado principalmente en peces debido a su facilidad de reproducción y a las posibilidades que ofrece su estudio, ya que es fácil criarlos en un estanque. Gracias a la extraordinaria rapidez con que se multiplican y crecen se ha podido estudiar su asimilación de la coloración protectora. En un estanque con unas paredes blancas y otras negras se echaron algunos peces blancos y, al poco tiempo, se introdujo en él otra especie devoradora de la primera que estimuló el enmascaramiento de las que debieron ser sus víctimas; así, al término de varias generaciones, los originarios peces blancos tuvieron descendientes grises que, a su vez, engendraron crías negras.

Los cefalópodos también han desarrollado la propiedad de cambiar rápidamente de color como medida protectora. Se cree que estos animales, que deben el nombre a sus largos brazos de la cabeza, y cuyos más calificados representantes son el pulpo, el calamar y la jibia o sepia, disponían primitivamente de una concha o caparazón que les protegía de los animales de presa. Este caparazón, empero, parece ser que restringía sus actividades por lo que evolucionaron hasta desarrollar los antedichos brazos. Merced a ellos pudieron utilizar fuentes de alimentación antes inaccesibles por el peso y la rigidez a que les obligaba la concha. Estos animales se sirvieron de un sistema de navegación a propulsión, pues se desplazan mediante el impulso de un chorro de agua expelido por una de sus cavidades.

Sus famosas bolsas de tinta son la mejor protección contra sus enemigos, pero no el único medio de que disponen para pasar inadvertidos; adicionalmente, van provistos de gran número de cromatóforos (sacos celulares de paredes elásticas que contienen gránulos de pigmento), dispuestos a capas en la piel. La más externa contiene los amarillentos; los rojos se hallan en la intermedia, y la inferior aloja los castaños o negros. En el momento de su expansión, unos se superponen sobre otros, de lo que resultan variados efectos de colores compuestos, que les permite disfrazarse y despistar a sus perseguidores, o mimetizarse con la flora marina para sorprender a sus víctimas.

En el caso de los cefalópodos, dichos cambios de color corresponden a la actividad nerviosa y su estudio ha facilitado una representación visible del modo de actuar de dichos impulsos nerviosos. Los diseños de color de las sepias han servido no sólo para demostrar la coloración protectora, sino también para establecer la correlación entre el sistema nervioso y las diferencias de comportamiento.

La jibia, o sepia, nada con frecuencia entre ondulantes algas marinas, de manera que caen sobre ella destellos de luz y sombra, desarrollando un diseño cebrado que contribuye al engaño. En posesión del elemento básico de la coloración protectora, el contramatizado «esfumador», consistente en la diferenciación del cuerpo en dos zonas, la ventral, pálida, y oscura la superior, logra, con el referido efecto de las listas blancas y negras, posible en función de la luz, desdibujar la forma del cuerpo y hacerlo menos visible.

Cuando la sepia se desplaza muy cercana a la costa, modifica su diseño expandiendo los cromatóforos de matiz claro con lo que se



atenúan las rayas negras y las listas, que contrastan menos con el color de la arena y el fondo del mar. Con las sepias se han realizado experimentos semejantes a los que se llevaron a cabo con los peces citados anteriormente y se ha visto que su sensibilidad imitativa es sorprendente. Ennegrecido el fondo y las paredes del estanque, la jibia reacciona expandiendo completamente los cromatóforos, hasta hacerse uniformemente negra. Si entonces se introduce en el estanque un objeto blanco, por ejemplo, un plato de porcelana, en el dorso del animal aparece una mancha blanca. Y aún más, si el objeto en cuestión es cuadrado, la jibia refleja un diseño de igual forma, visible sobre la mitad del cuerpo cuyo ojo está más próximo al objeto introducido.

Otro tipo de diseño de las jibias son los «aterrorizantes», parecidos a los que se desarrollan en otros animales, cual los camaleones, de aparición y desaparición muy rápida. Cualquier factor excitante que provoque la alarma del animal obtiene una respuesta inmediata en forma de sucesivos cambios de color, de extraordinaria rapidez, que afectan a todo el cuerpo y que producen una serie de diseños de corta duración, no mayor de unos segundos para cada uno. Como recurso final, eyecta una «nube de tinta», en cuyo interior el animal permanece inmóvil. Con los despliegues «aterrorizantes» la jibia tiende a desconcertar a su enemigo, pues los cambios rápidos de blanco y negro producen el efecto de su desaparición, aun a la vista humana. Los diseños colorados ayudan a que el enemigo desista de su ataque.

El sistema nervioso de la jibia se altera hasta el extremo de que en ejemplares muertos recientemente se ha observado la actividad de los cromatóforos acelerada por el terror sentido en los últimos momentos de su vida. Ningún otro cefalópodo posee un repertorio de diseños tan extenso como la jibia. Sólo los pulpos presentan cambios en cierto modo comparables. Los calamares, acostumbrados a vivir en aguas profundas, no producen dibujos visibles aun cuando pueden cambiar de color y tales dibujos son luminiscentes en la oscuridad.

Uno de los casos más raros de coloración adaptativa nos lo ofrecen los crustáceos. Su singularidad estriba en la aparente solidez de su armadura, que induce a pensar que no precisan de otros instrumentos u órganos defensivos. Investigaciones minuciosas realizadas en cangrejos, camarones, quisquillas, etc., han revelado que el color base de los crustáceos cambia rítmicamente: se oscurece durante el día y palidece por la noche. El momento de máximo oscurecimiento coincide con el de la marea baja, de manera que cada día se adelanta proporcionalmente al avance de este fenómeno como si estuvieran sincronizados a un reloj que cada día se adelantara un tiempo determinado.

Los crustáceos, a primera vista, presentan colores apagados, sobre todo en comparación con los tonos brillantes de ciertos peces, pero el examen microscópico ha demostrado que esto se debe a la ramificación de los cromatóforos que al mezclarse con otros de distinto matiz originan un color más tenue. De ello se deduce que, según la actividad de los mencionados cromatóforos, los pigmentos lucirán una u otra coloración que hermane el color del animal con el de la zona o fondo en que esté situado.

Un caso particularmente notable de protección lo ofrece la simbiosis entre un cangrejo y una actinia. Si la actinia aprovecha las patas del cangrejo para trasladarse de un lugar a otro y facilitar su subsistencia, a su vez protege la vulnerable espalda del cangrejo que,

Sobre el suelo parece, simplemente, una hoja caída del árbol, pero es un insecto, un «phyllium» según la denominación técnica, un insecto-hoja según la expresión vulgar. Estas formaciones planas no son alas, sino expansiones cuya finalidad es hacer que el insecto al parecerse a una hoja pueda pasar inadvertido a los ojos de sus enemigos. Las hembras no tienen alas y en algunas especies pueden medir hasta 10 centímetros de largo. Suelen poner los huevos uno a uno, dejándolos caer, y en el Este de los Estados Unidos, donde abundan, durante la temporada de la puesta, el ruido de estos millones de huevos al chocar contra las hojas o el suelo parece igual que el de la lluvia.



desprovista como está de caparazón, quedaría a merced de sus enemigos. Gracias a las células con pinchos que aporta la actinia, éstos se mantienen a respetable distancia. Este es el más típico ejemplo de enmascaramiento y protección que se conoce entre dos animales.

De hecho, toda función que impida el reconocimiento o frustre la observación, hay que considerarla como un ardid de *camuflaje,* sin que cuente la naturaleza del artificio. Para apreciar el valor de su enmascaramiento es preciso situar al animal en el ambiente en que se desenvuelve. Y huelga decir que ni las especies más notables por su capacidad de transformismo poseen toda la gama de tonalidades aplicables a la multiplicidad de fondos. Los más activos animales salvajes están modelados de tal modo que se hacen irreconocibles en la selva, pero no junto a un árbol solitario.

Hay que hacer hincapié que es «irreconocibilidad», y no «invisibilidad», lo que persigue el mimetismo. La función del camuflaje no consiste en impedir que el animal sea visto por sus víctimas o enemigos, sino en evitar su reconocimiento.

Se ha discutido mucho sobre su percepción del color, las sombras, el movimiento, etc. Existen animales casi ciegos, otros miopes y muchos que no distinguen las coloraciones. Todo esto determina que el enmascaramiento, la mimetización y el camuflaje dependan, en cierto modo, de las condiciones del aparato visual del posible enemigo.

Las mariposas «Kallima» son muy difíciles de descubrir si están en reposo. En vuelo presentan uno de los cromatismos más vistosos: azul purpúreo metálico con una ancha faja anaranjada, moteada de algunos puntos claros, de una belleza fascinante. Sin embargo, en reposo, con las alas plegadas encima de su cuerpo, de manera que sólo son visibles sus caras inferiores, pardas y con algunas motas más oscuras o alguna línea negra, apenas se distingue. La punta de las alas es aguda, pero las colas son romas, de suerte que, en postura de descanso, se parecen, en todo, a una hoja seca. Contribuye a esta ilusión un trazo oscuro que discurre de punta a cola, a manera de nervio principal. La perfección en los detalles llega al extremo de simular la apariencia de una orilla desigual y arrugada.

Las hojas secas a menudo están hendidas o tienen agujeros que permiten el paso de luz. Este efecto lo logran algunas especies por una muesca en el ala o por la falta de escamas en una pequeña superficie de ella, con lo que la membrana transparente permite filtrar los rayos luminosos, efecto que consiguen también mediante una mancha blanca que, por su brillo, da la sensación de transparencia propia de una hoja vegetal.

Algunas mariposas, particularmente abundantes en el Brasil, semejan pétalos de flor, y otras de matizados colores verdes y contornos ovales imitan hojas tiernas. Estudios más profundos sobre estas curiosas formas han demostrado que son las hembras las que con más frecuencia desarrollan este mimetismo. Una misma especie puede variar no sólo de coloración, sino también de forma y tamaño. Esto se ha experimentado valiéndose de crías «cultivadas» en países de clima muy diferente o muy irregular, o pasando de regiones lluviosas a países secos. En general, las mariposas macho presentan formas parecidas y no ofrecen variaciones temporales, mientras que las de sexo femenino durante el período de lluvias presentan un color distinto al de la temporada seca.

Hay otros insectos que imitan la forma de las hojas. Un saltamontes propio de África tiene un extraordinario parecido con una hoja verde, de la que reproduce, incluso, los nervios. Además, como

Los «umbonia» son insectos cuyo cuerpo se deforma de modo extraordinario con el fin de camuflarse. Éste es el llamado chinche-espina y muestra enormemente desarrollado el pronótum de la parte superior del protórax que se ha convertido en un auténtico aguijón. Numerosos insectos de esta especie suelen colocarse en fila sobre una rama, de modo que parecen espinas de la misma. Se alimentan de jugos vegetales y ponen los huevos de uno en uno abriendo una hendidura en forma de paréntesis en la corteza del tronco o de las ramas.





Éste es un brote terminal de una rama de un pino. Numerosas orugas de la procesionaria del pino se han apoderado de él y están tejiendo la bolsa a base de filamentos pegajosos y urticantes. Esta bolsa es muy resistente a la lluvia, al viento y a la penetración de animales que podrían comerse las orugas. Este insecto constituye una verdadera plaga de los bosques de pinos, pues al comerse las hojas tiernas, llega a defoliar miles y millones de árboles. Como puede verse, esta oruga, por su coloración y los pelillos de su cuerpo se confunde con la rama del pino al que está atacando.

se mueve con extrema lentitud o permanece inmóvil durante largas horas, se parece aún más a las hojas que son su abrigo y alimento.

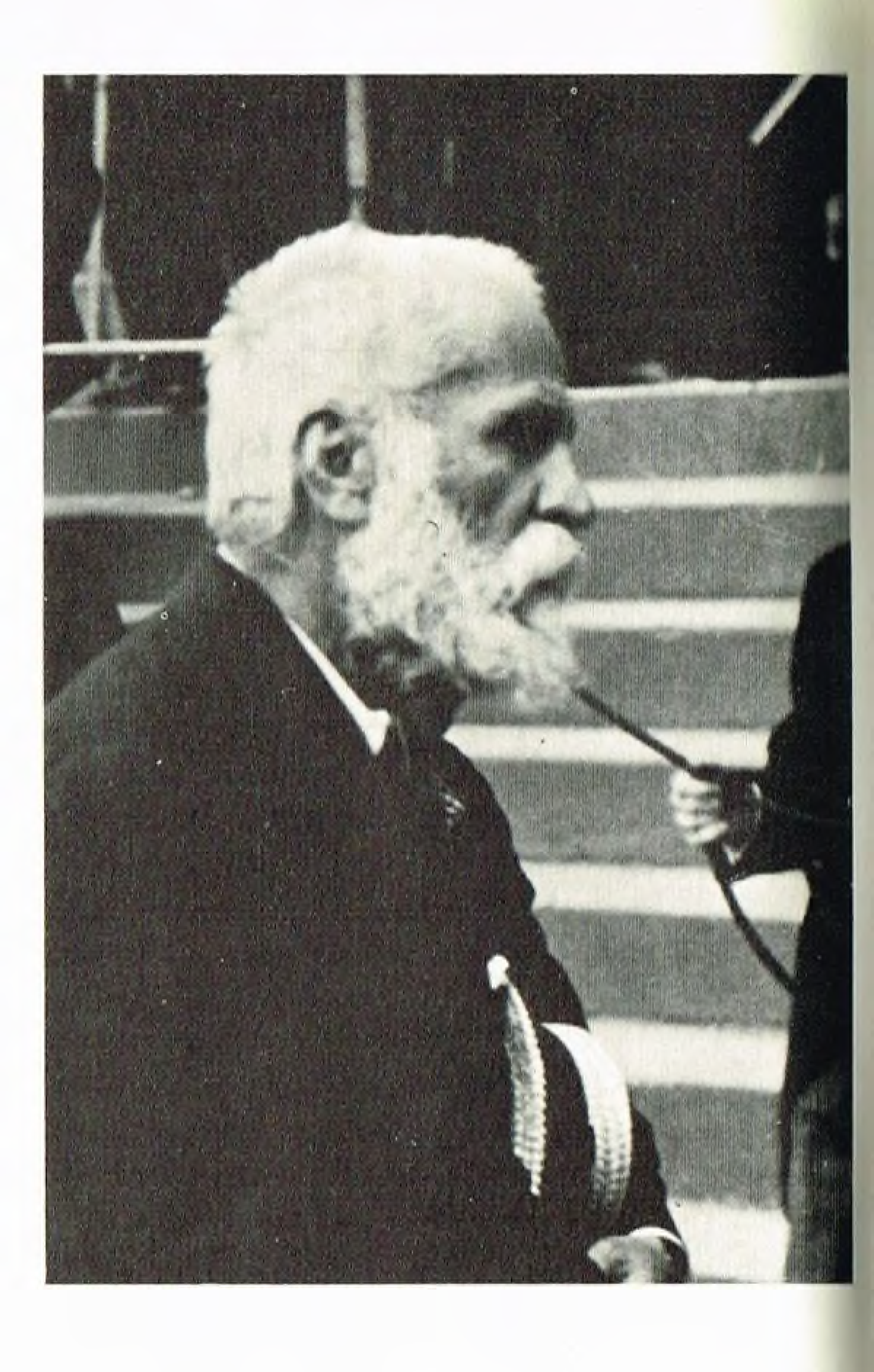
Las larvas de la mariposa «Pandora» son casi iguales a las briznas o capullitos de los pinos, y difícilmente se las distingue entre los brotes de estos árboles. Si un pájaro quiere alimentarse con tales larvas, pronto se cansa de picotear en vano y abandona su intento. Uno de los ejemplos más perfectos de combinación entre el diseño y el máximo efecto de camuflaje, lo tenemos en las orugas, o polillas «geometras», llamadas así porque sólo poseen patas en un extremo del cuerpo y caminan apoyándose en las patas anteriores y encorvando el cuerpo hasta aproximar las de atrás de manera que, al alargarse y encogerse, parece que miden el terreno. Viven en los árboles y se colocan tiesas, fijas sobre las patas traseras en una rama. Con un hilo de seda se atan a una hoja para sostenerse con más facilidad y pasar horas enteras como si fueran ramitas partidas. Las de color verde se colocan en ramas verdes; las de tonalidad ocre en las ramas pardas, y siempre en el lugar más disimulado. Cuando pasan a insectos adultos, sus alas ostentan diseños lineales y, al descansar, colocan sus alas en ángulo recto para mayor enmascaramiento, pues así las líneas del cuerpo resultan paralelas a las grietas de los árboles en que descansan.

Muchas teorías han intentado explicar la utilidad y evolución de las formas miméticas, aunque haya quienes niegan la función del mimetismo. Éstos sostienen que se trata de simples coincidencias de escaso valor para la conservación de las especies, pues muchos animales no llevan disfraz y sobreviven a cuantos enemigos y peligros les acechan, gracias a su facilidad para reproducirse. Lo cierto es que la evolución ha acumulado en estas especies, a fuerza de generaciones, los caracteres de otras mejor defendidas, y aun cuando no se comprenda totalmente la adaptación de un órgano a una función favorable, se hace difícil explicar, por ejemplo, el porqué una mariposa consigue alas en forma de hoja por más que las use.

Como objeción a estas teorías se ha dicho, también, que el animal debe permanecer inmóvil para que su diseño surta efecto, pero esto sólo es verdad en parte, pues una mariposa amarilla es más visible quieta en un bosque que otra mariposa gris que vuele por el mismo paraje. Además, aun dando por supuesto que los animales en movimiento son más visibles, la objeción no deja de ser trivial, pues los mecanismos del camuflaje se han desarrollado para protegerlos en los momentos que se ven precisados a la inmovilidad.

La lucha por la vida ofrece el espectáculo de impresionantes destrucciones, verdaderas plagas o guerras en las que perecen miles o millones de seres. Como contraste, tenemos la casi inexpresable proliferación de algunas especies, que se reproducen de forma tan abundante que su equilibrio biológico sólo se consigue gracias a una desaparición también masiva. El curioso mecanismo del camuflaje, o mimetismo animal, es una reacción de defensa, una manifestación notabilísima del instinto de conservación y de adaptación a las circunstancias de peligro.

Gaudí



Con toda seguridad, el arquitecto español que goza hoy de mayor prestigio internacional es Antonio Gaudí, y no solamente porque su nombre va ligado al templo más original y ambicioso que se está levantando en Barcelona, sino por todo el conjunto de su vasta y diversa obra. Las exposiciones Gaudí menudean lo mismo en París que en Nueva York, y los artistas más audaces que quieren renovar el arte de la construcción vuelven sus ojos hacia este hombre físicamente insignificante, de vida sencilla y anodina, pero que lleva dentro de su pecho un fuego tan intenso y en su cabeza una imaginación tan exaltada que sus realizaciones son motivo de discusión y controversia, pero siempre de asombro.

Cuando Antonio Gaudí fue atropellado por un tranvía que le ocasionó la muerte, era una persona muy respetada en la ciudad de Barcelona, pero su fama apenas si había trascendido algo más allá de la tierra donde vio la luz. Este hecho se refleja en el parte que la Policía Municipal extendió a consecuencia del atropello de que fue víctima. En aquella hoja fríamente burocrática se puede leer:

> *«Según nota del guardia número 53, Silverio Silvestre, a las 18,30 de hoy ha sido auxiliado en la Casa de Socorro de la Ronda de San Pedro el que dijo llamarse Antonio Gaudí, ignorándose más datos, dado el estado del herido.»*

Gaudí era hombre introvertido, ensimismado en su pensamiento, y no debió advertir el tranvía del disco 30 que se le echó encima y lo derribó, causándole diversas lesiones y una conmoción general. Una vez curado en el citado dispensario, fue trasladado al Hospital de la Santa Cruz y San Pablo, donde murió poco después en un lecho pobre como correspondía al «hospital de los pobres» y a un hombre que había hecho de la pobreza una norma de vida. Era el día 7 de junio de 1926. Gaudí contaba entonces setenta y cuatro años de edad.

El entierro tuvo toda la grandeza que el hombre extraordinario merecía: una escolta de antorchas y una multitud incalculable acompañaron el cadáver del gran arquitecto hasta su última morada, no un cementerio cualquiera, sino a un lugar de reposo que para él había sido lugar de oración y de trabajo: la cripta del templo expiatorio de la Sagrada Familia, donde sus restos descansan.

Antonio Gaudí y Cornet nació en Reus (Tarragona, España) el 26 de junio de 1852, y arriba se le ve, ya anciano, figurando en una procesión barcelonesa. Su nombre está vinculado al templo de la Sagrada Familia, cuya primera piedra fue colocada cuando el arquitecto español contaba 30 años, y que lleva, por lo tanto, casi un siglo construyéndose. En la página siguiente puede verse, iluminada de noche, una de las fachadas de este original templo. Se trata de la que recibe la denominación del Nacimiento, por la decoración que la anima, referida a la Navidad de Jesús.



Si vulgar e inesperada fue su desaparición, encontrándose en plenas facultades, en plena ansia de trabajo, también es significativa la circunstancia que acompañó el accidente. Gaudí trabajaba todo el día en las obras de la Sagrada Familia, pero al caer la tarde se dirigía invariablemente al centro de la ciudad, haciendo el recorrido a pie, con paso seguido, lento, hasta la iglesia de San Felipe Neri, donde rezaba. Porque a Gaudí, si es preciso definirlo con una sola nota calificativa, forzoso es decir que era un católico fervoroso.

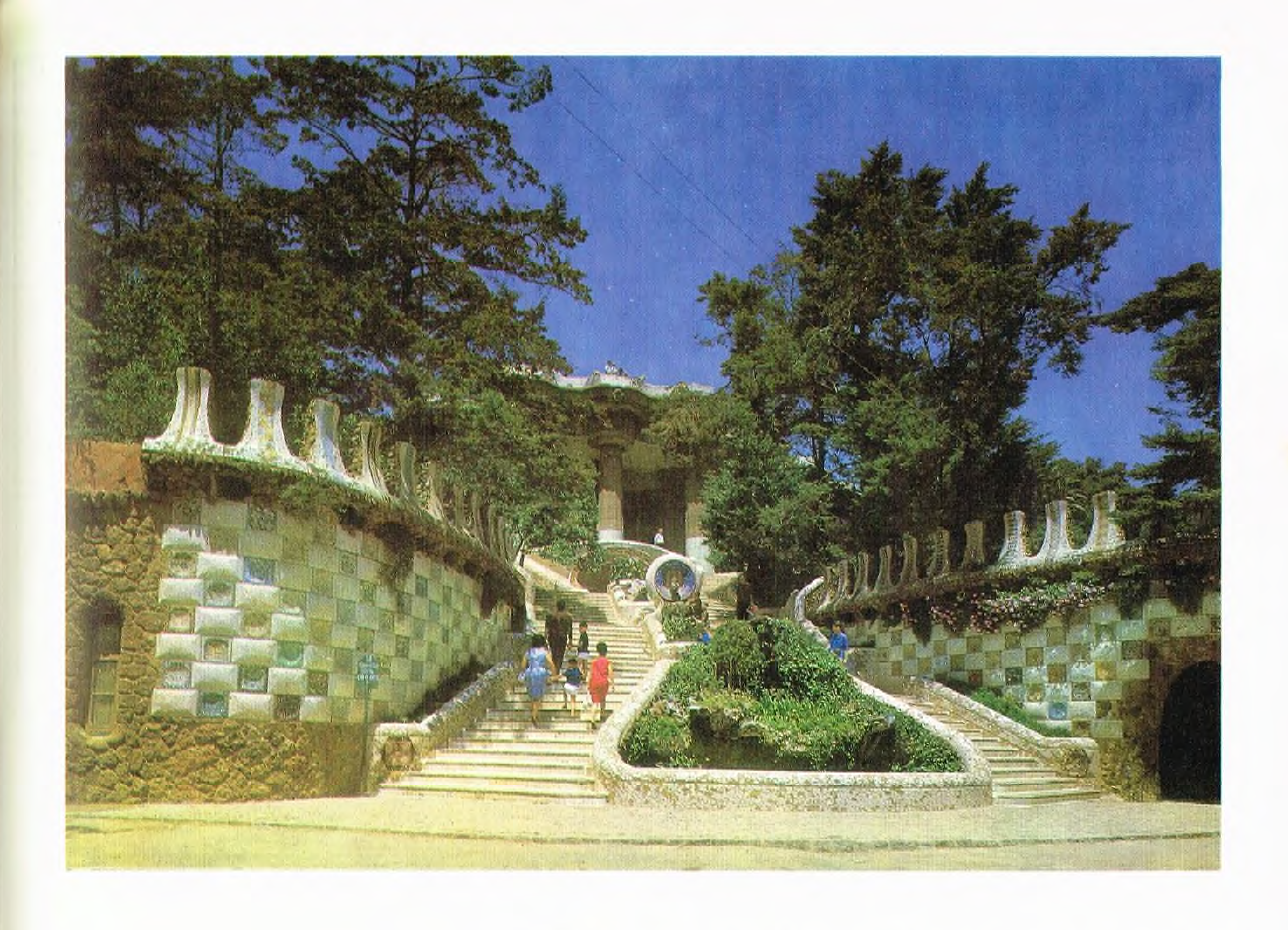


Había nacido en Reus el año 1852 y en su juventud había sido un hombre muy elegante, atildado y aficionado a todo lo bello, especialmente a la Música y a las buenas lecturas. Fue un asiduo de las veladas de ópera del Liceo barcelonés y a los conciertos del «Orfeó Català» en el Palacio de la Música. Desde el punto de vista profesional era un hombre inteligente y se le juzgaba un arquitecto de porvenir, porque era el discípulo favorito de un hombre también famoso, don Juan Martorell y Monells.

Como un invitado más asistió el 19 de marzo de 1882, día de San José, a la solemne ceremonia de la colocación de la primera piedra de un templo que se iba a levantar en la zona llamada del Ensanche, antiguas huertas y descampados en aquel tiempo, pero que hoy se halla casi en el corazón de la ciudad de Barcelona. Para comprender a Gaudí es indispensable hablar de la Sagrada Familia de Barcelona, el templo en construcción aún, la inacabada catedral del siglo XX, cuyas cuatro esbeltas y originales torres se han convertido en un símbolo de la Ciudad Condal.

Don José M.ª Bocabella y Verdaguer era un librero que a principios de siglo alternaba las obras de piedad con la impresión de libros de todas clases, pero de un modo especial devotos, estampas religiosas y «goigs», a que tan aficionados han sido siempre los catalanes. La librería de Bocabella, sita en la calle Princesa, se veía frecuentada por sacerdotes y religiosos que celebraban allí una animada tertulia. El librero era muy devoto de la Virgen de Montserrat y solía subir





En vísperas del triunfo del cubo y el paralelepípedo, y de la evasión de la Naturaleza para crear una arquitectura puramente urbana, Gaudí volvía a la barroca línea curva y agotaba su fantasía imaginando formas extrañas, directa o indirectamente relacionadas con seres naturales. En la página anterior, arriba, adorno abstracto, remate de una de las construcciones del arquitecto catalán. Abajo, otro motivo decorativo, en este caso un lagarto multicolor, que parece trepar en el ambiente natural proporcionado por el Parque Güell de Barcelona. Sobre estas líneas, otro aspecto del mismo parque, con abundancia de líneas curvas en las escaleras y en el techo del pabellón sostenido por una maciza columnata, siempre en íntimo contacto con el medio ambiente.

a la santa montaña con frecuencia. Se cuenta que con motivo de una de sus visitas tuvo la idea de fundar una asociación que adoptó este largo y complicado título: «Asociación espiritual de devotos de San José para alcanzar de Dios, por su intercesión, el triunfo de la Iglesia y el alivio en sus tribulaciones a su Supremo Pontífice». Pío IX la aprobó canónicamente en 1866 y fue conocida con la más breve apelación de «Asociación de devotos de San José», y más popularmente con el de *josefinos* aplicado a sus afiliados. Muy pronto aquella entidad comenzó a publicar un sencillo boletín, que aún se edita, y posiblemente no hubiese alcanzado mayor renombre de no haber surgido en su seno una idea singular.

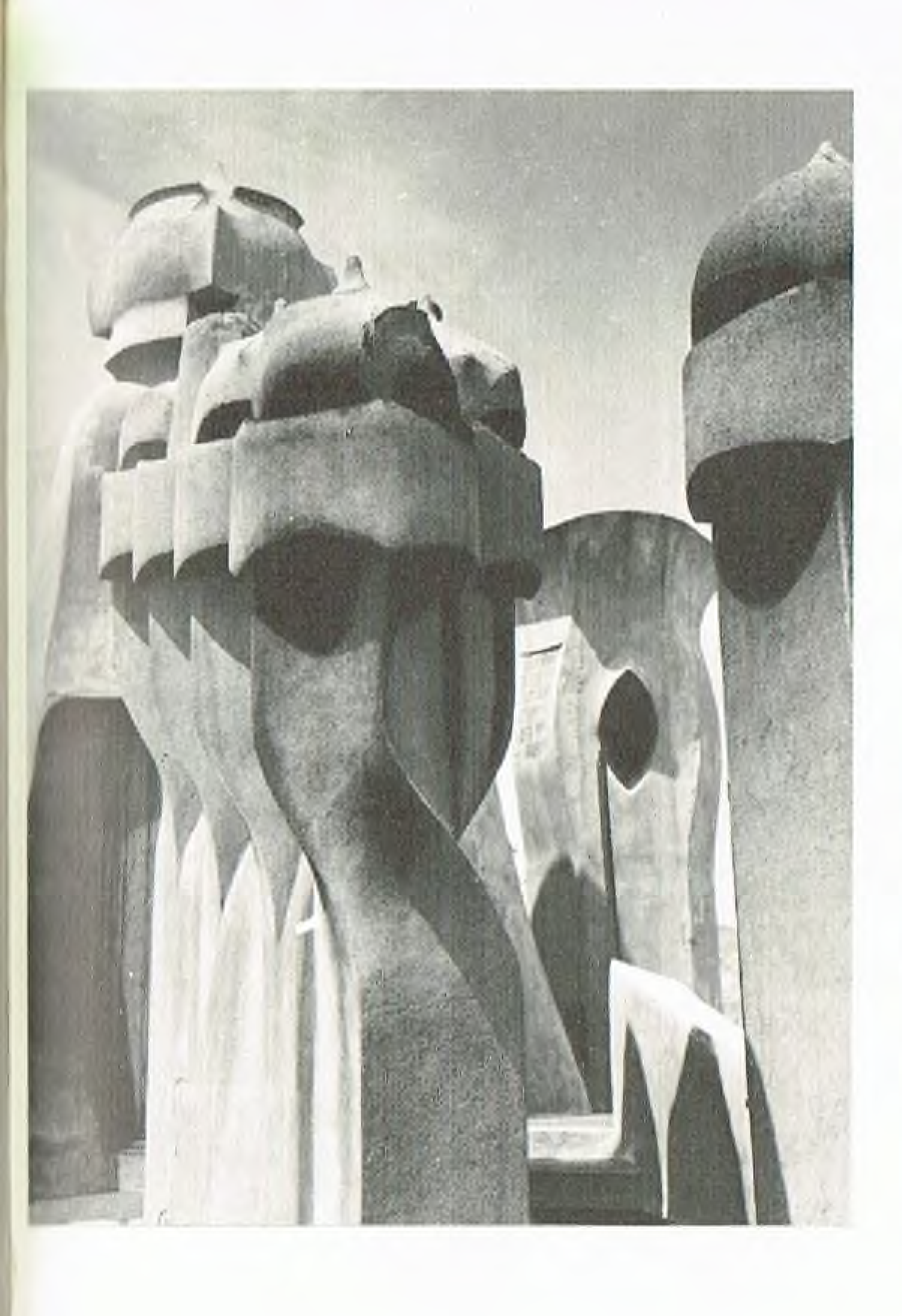
En cierta ocasión en que Bocabella regresaba de Roma, a donde había ido para entregar una imagen al Santo Padre, tuvo la idea de construir un templo dedicado a la Sagrada Familia que al mismo tiempo fuese un templo «expiatorio» para implorar el perdón de los pecados que los tiempos modernos impulsaban al hombre a cometer. En aquel tiempo hacía furor entre los arquitectos religiosos el estilo gótico; un neogótico falto de la grandeza y espiritualidad del que nació en los siglos medios, un estilo que ha llenado España de numerosos templos mediocres y sin aliento. La Sagrada Familia, pensaba Bocabella, se convirtió, en los planos que trazó Francisco de Paula del Villar, en un grandioso, pero vulgar templo neogótico.

El día 31 de diciembre de 1880 se consiguió la compra de una manzana de 388 000 palmos cuadrados (más de 15 500 m²) por el hoy irrisorio precio de 172 000 pesetas. Esta superficie, que en aquel tiempo eran huertos, debía quedar encuadrada entre las actuales calles de Marina, Mallorca, Provenza y Cerdeña. Hoy quizá su precio llegaría a los cien millones de pesetas, o más todavía, pero en aquel tiempo el futuro solar del grandioso templo se hallaba muy apartado del centro de la ciudad. Todo era una vaga idea en la mente de aquellos devotos de San José deseosos de dotar a la urbe de una iglesia situada «en las afueras», pero que un día, quizá, llegaría a ser parte integrante de la población, que se industrializaba y crecía.

El día de la colocación de la primera piedra, Antonio Gaudí había acudido en calidad de colaborador del arquitecto del Villar y por esta razón pronto se sintió interesado por los planos de la iglesia, que desde el primer momento no le gustaron. El arquitecto Martorell también se sentía atraído por la citada obra, pero cuando Francisco de P. del Villar presentó la dimisión no quiso encargarse de llevarla a término y apoyó la candidatura de Gaudí como el arquitecto más indicado para hacerse cargo de la fábrica, a pesar de su juventud. Era el año 1883 y Gaudí contaba treinta y un años. Es forzoso manifestar que en aquel momento aún no se habían empezado a levantar las paredes del templo. Se estaba terminando la amplia cripta, aunque

La casa Milá Camps, más conocida por «La Pedrera», en el barcelonés Paseo de Gracia, constituye una de las obras más famosas y originales del arquitecto Gaudí. Como en otras construcciones, el predominio de la línea curva es abrumador, aunque sirve de alivio evidentemente para disminuir en el espectador la impresión de pesada mole que produciría y que le ha valido el nombre con que es denominada. Las columnas y los remates superiores se insertan en la más pura ortodoxia gaudiana.





Aquí se ve con mayor detalle uno de los remates superiores de «La Pedrera», de los que se habla en la página anterior. Se trata, como puede comprenderse, de una de las chimeneas de la casa. Pero el genio de Gaudí se aplicó también a convertir este elemento impersonal y funcional en un motivo decorativo. La curva salomónica, la tapa superior, ocultan el carácter práctico de este necesario aditamento y obligan al espectador a pensar en cosas muy distintas a las que serían su objeto en el caso de chimeneas corrientes.

faltaba cubrirla. Por tanto, Gaudí se hacía cargo de la grandiosa empresa cuando ésta se encontraba en sus inicios. Esta cripta no se cerró hasta 1891.

La característica de las obras de la Sagrada Familia ha sido la lentitud, debida, como razón principal, a que se ha nutrido exclusivamente de limosnas. Ha habido épocas en que han quedado literalmente interrumpidas las obras, prolongándose durante años esta total inactividad; pero siempre se ha vuelto a comenzar con nuevo afán y nuevas esperanzas. Unas esperanzas limitadas, porque cada generación, hasta la fecha, ha tenido conciencia de que ella no vería el final del templo. Se estaba construyendo — se está construyendo en pleno siglo XX — con una mentalidad completamente medieval en el sentido de fe y total indiferencia por el factor tiempo. Los hombres que en la Edad Media trabajaban en las catedrales de Colonia, Milán, Nôtre Dame o Burgos sabían que ellos no verían tremolar en lo alto de las torres o del cimborrio la cruz de Cristo, pero trabajaban para sus hijos, para sus nietos o para generaciones más lejanas. Lo que les impulsaba era una poderosa y ciega fe en lo que estaban haciendo, aun a sabiendas de que no lo verían acabado. Esta es la idea madre que explica la razón de la Sagrada Familia de Barcelona.

A Gaudí le costó un poco comprender que su vida quedaba ligada a esta idea y que ella constituiría su razón de ser. En los primeros años alternaba el trabajo en la Sagrada Familia con otras empresas, y por aquel entonces construyó el Palacio Güell de la calle del conde del Asalto en Barcelona, y empezó el Palacio Episcopal de Astorga. Cuando murió el obispo de esta ciudad, Gaudí se encontró con la incomprensión de los que vinieron a sucederle y pasó meses de honda amargura. Lentamente el elegante Gaudí del Liceo se fue transformando; se dedicaba a estudiar Liturgia y Arte, los planos que tenía entre sus manos no le gustaban y comenzó a introducir modificaciones audaces. La relación que tuvo con hombres tan extraordinarios como los obispos Morgades y, en especial, con Torras y Bages, determinaron una intensa evolución en su alma. Téngase en cuenta que este arquitecto trabajó en la Sagrada Familia nada menos que cuarenta y tres años de su vida. Este dato puede servir para comprender la íntima fusión que hombre y piedra llegaron a experimentar.

Entonces se convirtió en un iluminado que no llegó a pensar en otra cosa que en su templo. Incluso, cuando se trataba de discusiones técnicas, de problemas de la obra, era un hombre cáustico, autoritario e intratable. Porque veía una verdad, servía a una idea artística y piadosa y no podía concebir que se torciera. Gaudí, cuando abandonaba el recinto del templo, reconocía sus defectos y llegaba a confesar que dominar su mal genio le resultaba en extremo costoso, pero podía disculpársele porque era un mal genio determinado por falta de comprensión de sus colaboradores, que no vivían con la intensidad que él el trabajo que tenía entre sus manos. Para éstos era un encargo más al que dedicaban un tiempo, para Gaudí era su vida entera.

Cuando acabó la fachada del Nacimiento y emprendió la ingente tarea de levantar las cuatro torres que la rematan, sus colaboradores, los artistas de la ciudad entera, todos cuantos admiraron aquel derroche de imaginación policromada, se sintieron emocionados. Aquella era una auténtica representación en piedra, unos «pastorcillos», una ópera si se quiere, labrada en duro granito. La Santa Cueva de Belén, el árbol del Bien y del Mal, las figuras bíblicas, los animales, las palmeras... Los ojos no se cansan de contemplar, de reseguir línea a

línea, por la ondulante silueta de las masas de piedra, todo lo que para un cristiano es el misterio de la Navidad del Señor.

Cuando el Nuncio de Su Santidad, el cardenal Regonesi, contempló por primera vez esta fachada, que es visitada hoy por millones de turistas de todo el mundo, permaneció largo tiempo en silencio, inmóvil, y, finalmente, preguntó cuánto tiempo calculaba que tardaría en acabarse el templo. La contestación de Gaudí fue lacónica.

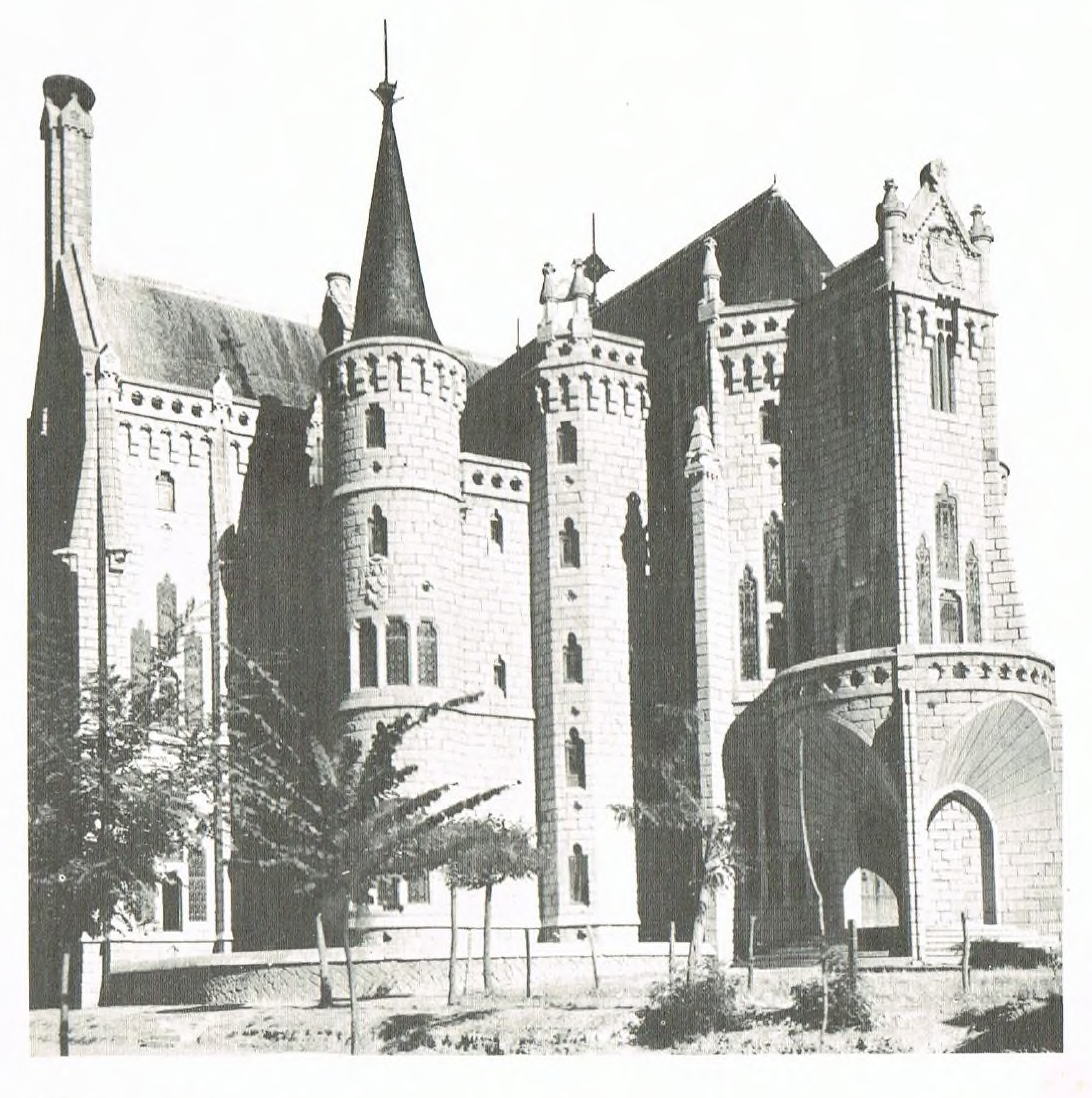
—Siglos... tal vez.

Y estaba en lo cierto. Acabar la Sagrada Familia es tarea de siglos, el tiempo no cuenta.

Antes de expirar el siglo XIX murió el señor Bocabella y entonces Gaudí ya gozaba, como en realidad la tuvo siempre, de carta blanca para desplegar sus ideas. En 1910 se celebró en París una exposición en la «Société National des Beaux Arts», donde se puso de manifiesto, merced a maquetas y fotografías, todo lo que iba a ser el gran templo. Los arquitectos y artistas de Europa entera que contemplaron esta exposición quedaron maravillados de la audacia técnica de que Gaudí hacía gala.

Ya en nuestro siglo, Gaudí entró en una fase de su vida caracterizada por una grandiosa e impresionante soledad. En 1906 había

Aunque no lo parezca, esta construcción es obra también de Gaudí. Se trata del palacio episcopal de Astorga (León, España). Todo en él anuncia un sentido clásico, distinto de lo pensado por el arquitecto revolucionario que fue Gaudí. Pero dos factores revelan la mano del maestro catalán: En primer lugar, el aspecto de castillo medieval, es decir, de la época a la que Gaudí vuelve la vista en sus concepciones arquitectónicas. En segundo lugar, la audaz forma de los arcos de la derecha, que muestran una vez más la fantasía del autor.





Éste es uno de los detalles de la más célebre obra del discutido arquitecto: la Sagrada Familia. En él se quiso dejar constancia del año del comienzo de la construcción —1882—, así como del sentido profundamente católico de su creador y de las gentes barcelonesas que, generación tras generación, vienen aportando su colaboración económica: los símbolos del pontificado, es decir, la tiara o triple corona rematada por el globo y la cruz, y las llaves de Pedro.

muerto su padre, que contaba cerca de cien años; luego su sobrina, circunstancias agravadas por una enfermedad que le impuso unos meses de reposo. Entonces llegó el año 1914 y con él la I Guerra Mundial, acompañada de una penuria económica tan grande — aunque Barcelona vivía tiempos de esplendor en los que el dinero fácil corría en abundancia — que obligaron a interrumpir las obras del templo.

De aquel tiempo data la íntima amistad o relación entre Gaudí y el poeta Juan Maragall, que había escrito un artículo impresionante titulado «Una gracia de caridad», publicado en el *Diario de Barcelona*. Desde principio de siglo venían faltando limosnas suficientes para mantener los trabajos al ritmo deseado. Gaudí llegó a visitar a numerosas personalidades pidiendo ayuda económica para el templo de la ciudad.

Solamente una fe extraordinaria y una fusión total del hombre y su obra pueden explicar los últimos años de la vida de Antonio Gaudí. Llegó a renunciar espléndidos encargos que le hubiesen proporcionado dinero en abundancia porque el templo necesitaba de él. El ascetismo fue la norma de vida de este hombre que sacrificó toda clase de placeres y comodidades, que redujo al mínimo las horas de sueño y los alimentos ingeridos, que hablaba con aspecto de profeta iluminado a los jóvenes arquitectos que visitaban su taller, situado a los pies del templo que se iba levantando. Hubo un tiempo en que la comida fuerte de mediodía consistía en una sopa de pan sin sal ni aceite, un plato de verdura acompañada de un huevo duro, y fruta. La cena era aún más sobria y se componía de unas rebanadas de pan untadas en miel y fruta, de la que gustaba comer con cierta abundancia. Aunque solía dormir en su casa sita en el Parque Güell, llegó un momento en que mandó instalar una cama en el taller y descansaba junto al templo, de tal modo que en él hacía toda su vida. Sin embargo, era hombre que le gustaba caminar y no dudaba en dirigirse cada día a San Felipe Neri a orar, en uno de cuyos viajes encontró la muerte.

Seis años antes de tan triste suceso se celebró en la explanada de la Sagrada Familia una fiesta conmovedora que fue como un premio a los esfuerzos de Gaudí: la conmemoración del cincuentenario de la declaración del patronato de San José a la Iglesia Universal. Mil orfeonistas llegados de todas partes de Cataluña dieron un grandioso concierto en homenaje a Gaudí. Aún no se habían terminado las cuatro torres de la fachada del Nacimiento, largo tiempo inacabadas. Y aún tardaría cinco años en rematarse la primera, la dedicada a San Bartolomé. Pero Gaudí no podría contemplar jamás la silueta de las cuatro flechas hoy completamente terminadas y que constituye uno de los perfiles más característicos de Barcelona.

Sin embargo, y aun siendo tan considerable la obra realizada por Gaudí en la Sagrada Familia, ésta no es la única aportación del genial arquitecto al arte moderno.

Todos sus comentaristas están de acuerdo en que su estilo resulta inclasificable y merece la denominación de único. Recuérdese que a principios del siglo actual imperaba el Modernismo, si bien en el resto de Europa comenzaba a introducirse el hierro y el acero. Aparecían los primeros rascacielos en Nueva York y Chicago, y la torre Eiffel era no sólo la representación de París, sino del siglo de la industria, la técnica, el ferrocarril y el automóvil. Una época califica-

da de materialista, pero que también mereció el adjetivo de «belle», refinada en todos sus detalles. Eran los tiempos en que Europa vivía feliz, convencida de que ya no habría más guerras y de que la electricidad y el motor de explosión, junto al acero, resolverían todos los problemas de la técnica. Y el hombre podría vivir cada día en un ambiente de mayor comodidad. Los grandes restaurantes, la ópera, los saraos y fiestas, la presencia de testas coronadas y la suprema vigilancia de la reina Victoria de Inglaterra, el emperador de Alemania y el zar de todas las Rusias garantizaban la paz, el orden y la felicidad.

Las publicaciones, los trajes, los muebles y los edificios de aquel tiempo corresponden a esta idea de lujo, de adorno excesivo, de falso oropel, es decir, a «cursi» que significa una tendencia frustrada hacia una elegancia no natural.

La grandiosidad es otra de las características de las obras gaudianas. El que contemple la actual Sagrada Familia debe tener en cuenta que apenas es una ínfima parte de lo que será este templo. Cuatro son las flechas o campanarios, pero en la totalidad de la obra están previstas 25 flechas o torres, cuyas alturas oscilarán entre 125 y 160 metros.

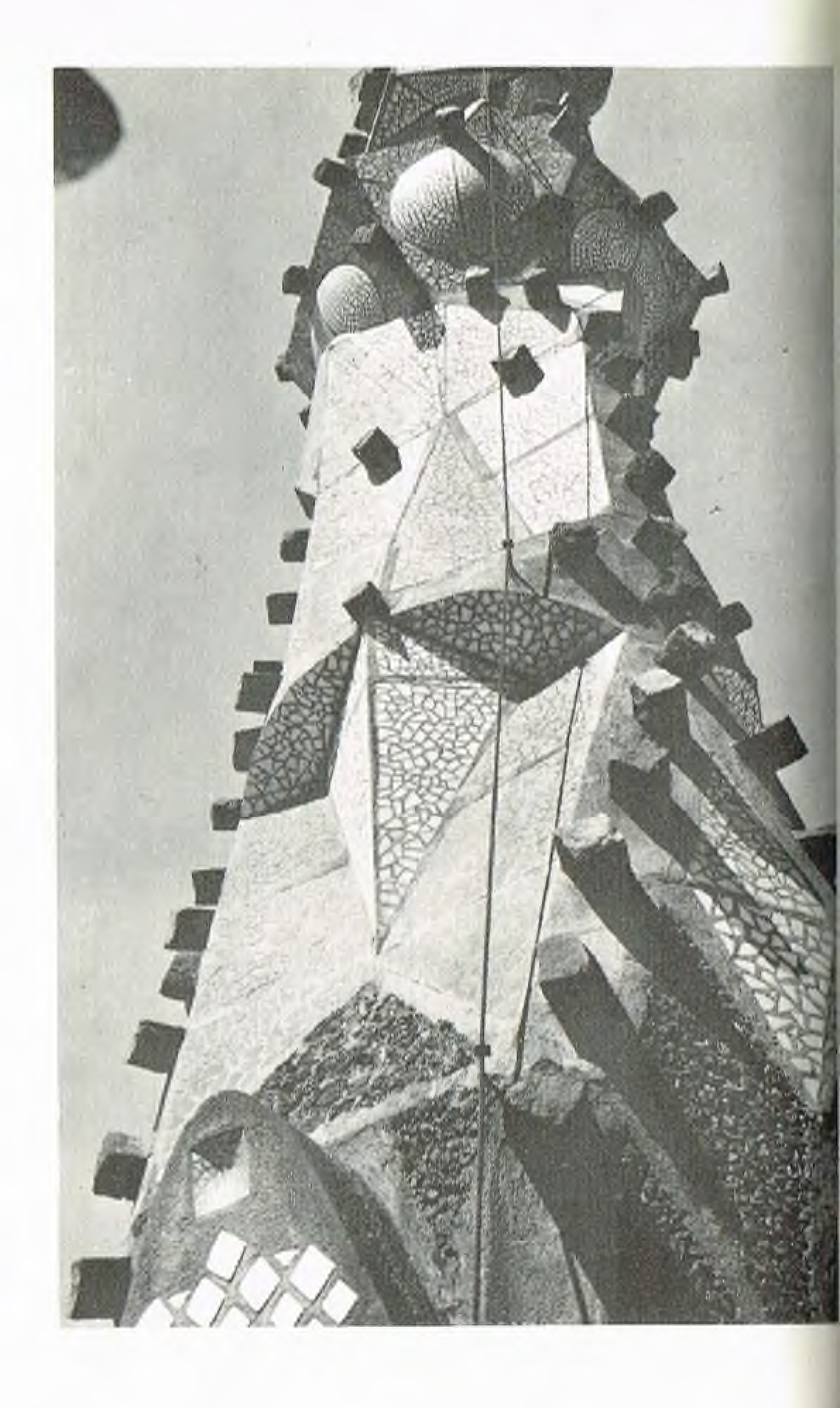
La primera obra que emprendió Gaudí apenas terminada la carrera fue la Casa Torre de la calle Padilla en Barcelona; luego, junto con el arquitecto Fontseré, trabajó en la Verja y la Cascada del Parque de Barcelona, y con Villar intervino en el Camarín de la Virgen de Montserrat, en el monasterio situado en la montaña de este nombre.

Uno de sus protectores fue el primer marqués de Comillas, que le confió la construcción de una casa denominada «El Capricho», situada en Comillas. Durante su estancia en tierras del norte de España construyó la Casa de las Botinas en León, y empezó el Palacio Episcopal de Astorga, que no concluyó, edificio que desde cierta distancia más parece un castillo que la residencia de un obispo, pero de líneas atrevidas, algo duras y cuyas masas dan sensación de fortaleza.

En el centro de la Barcelona antigua existe un edificio poco conocido que retrata perfectamente el estilo de Gaudí; es el Palacio del conde de Güell en la calle del Conde de Asalto, hoy encerrado entre otras edificaciones anodinas en una de las vías más concurridas entre las que desembocan en las populares Ramblas.

En el aristocrático y popular Paseo de Gracia, también en Barcelona, se levantan dos de sus mejores edificios: la casa Batlló y la casa Milá, ésta conocida vulgarmente por «La Pedrera». En efecto, parece como si una mano gigantesca e infinitamente poderosa hubiese agujereado una enorme masa de piedra para producir en ella balcones y aberturas. Todo el cuerpo del edificio evoca un bloque de piedra, de modo que los balcones no ofrecen esquinas ni marcos propiamente dichos; son hendiduras irregulares y los hierros forjados de sus barandillas reproducen arañas y enormes hojas de hierba o plantas diversas. Es el *edificio natural* por excelencia, si bien hoy es uno de los más hermosos y elegantes de la ciudad.

Algo parecido podría decirse del Parque Güell, situado en un montículo de 150 m de altura al norte de la ciudad. Don Eusebio Güell y Bacigalupi encargó a Gaudí que convirtiera en un parque la finca llamada «Can Muntaner de Dalt», cuya extensión era de unas 15 hectáreas y estaba situada en una concavidad orientada hacia el SE. Gaudí respetó las líneas generales de la abrupta orografía de



Arriba: otra manifestación del sentido decorativo de Gaudí aplicado a una torrecilla. En la página siguiente: una nueva muestra del estilo constructivo del maestro. En la misma vía barcelonesa del Paseo de Gracia, donde se ha visto ya la casa Milá, se levanta también este edificio, conocido con el nombre de casa Batlló. Erigido en una manzana en la que coexisten varios estilos, y llamada por tal razón «la manzana de la discordia», la casa Batlló manifiesta unos detalles modernistas y gritones en puertas y balcones. Pero donde más tropieza con la «hostilidad» de los edificios próximos es en la recargada pequeña colina con que se remata y en la adjunta torrecilla coronada por una cruz.


METRO
SYRA

la montaña y su valle. En algunos casos se encontró con declives del 12 % que supo adaptar ingeniosamente. En la actualidad más de 3 km de caminos y calzadas permiten al visitante solazarse en este parque público, uno de los más originales del mundo, en el que Gaudí construyó un bellísimo Teatro Griego, grutas, pasadizos con audaces arcos, amplias balconadas, etcétera.

En los agitados años que se sucedieron antes y después de la I Guerra Mundial la ciudad de Barcelona fue una de las que más se beneficiaron de la neutralidad española. La oposición entre francófilos y germanófilos era muy acusada. También lo era entre los elementos liberales teñidos de claro anticlericalismo o francamente volterianos, y los devotos católicos adictos a Roma y al espíritu de la Iglesia. En Cataluña abundaban los especímenes característicos de cada una de estas posiciones. Antonio Gaudí era el ejemplar vivo del católico a ultranza, sincero, sobrio y ascético. Santiago Rusiñol, un catalán también universal, escritor agudísimo y pintor excelente, era la representación de los escépticos.

En cierta ocasión, Rusiñol visitó las obras del templo acompañado de Gaudí, y éste, abriendo los brazos como si intentara abarcar aquella masa de piedras y andamios aún catótica, exclamó con pesadumbre:

—Si Dios me ayuda y los barceloneses quieren, en cuarenta años mi sucesor podrá ver terminado este templo.

A lo que Rusiñol, sin dejar de chupar su renegrida pipa, contestó con sorna:

—Es que tú crees que dentro de cuarenta años aún existirán católicos?

Han transcurrido más de cuarenta años desde aquella anécdota y el templo de la Sagrada Familia de Barcelona no se ha terminado, pero aún existen católicos y en la Ciudad Condal cada año se celebra una colecta para recaudar fondos «para la construcción de nuestro templo». Día a día manos anónimas entregan pequeños donativos. La obra se eterniza, pero avanza y se ha comenzado ya la fachada de la Pasión. No importa que las piedras se vayan situando en sus lugares con lentitud. Antonio Gaudí afirmó que el tiempo no cuenta, porque las catedrales son obra de generaciones, labor de siglos.



Sólo 19 días le faltaban a Antonio Gaudí para cumplir los 74 años de edad cuando murió atropellado por un tranvía. El gran dibujante catalán Ricardo Opisso lo vio así en los últimos años de su existencia. Obsesionado entonces por las obras de la Sagrada Familia, vivía en el mismo taller y pasaba el tiempo inclinado sobre la mesa levantando plano tras plano de lo que había de ser la obra maestra del gran innovador.

El Canal de Panamá



El 10 de octubre de 1913, Woodrow Wilson, presidente de los Estados Unidos desde hacía un año, pulsó un botón dorado sobre la mesa de su despacho. Las personalidades reunidas no pudieron evitar cierta emoción, pues el simple hecho de pulsar aquel mando significaba un cambio en la Geografía y abría una nueva época en la Historia. La corriente eléctrica liberada desde Washington conectó el fulminante que voló el último obstáculo, en Panamá, que impedía la unión de las aguas del Atlántico con las del Pacífico.

Este momento glorioso y feliz, al que precedieron largos y penosísimos trabajos, no pudo vivirlo Fernando de Lesseps, constructor del canal de Suez e iniciador del de Panamá en el año 1881. Trunfador en Egipto y universalmente aplaudido por su singular obra de ingeniería, fracasó lamentablemente en Panamá y murió a los 89 años, en 1904, en La Chesnaye, Francia, casi olvidado del mundo.

La azarosa historia del canal de Panamá fue poco conocida en su tiempo porque su inauguración coincidió con la I Guerra Mundial.

La República de Panamá es independiente desde el año 1903 y constituye el eslabón de la cadena que une América del Norte con Sudamérica en la parte más estrecha del istmo. Su extensión es de 75 474 km² y en ella viven más de 1 500 000 personas.

El capítulo principal del comercio panameño lo constituyen los productos tropicales. La exportación más importante es la de plátanos, que se cultivan en los llanos inmediatos a la laguna de Chiriquí, en la frontera con Costa Rica, zona que es también rica en cafetales. Otros productos del país son: el cacao, cultivado en la vertiente norte; la caña, en la del Pacífico; el coco, en las costas de San Blas, y las fibras de abacá, en Bocas del Toro.

Los bosques de Panamá poseen toda clase de maderas tropicales, entre las que destaca la caoba. En las islas del Sur hay criaderos de perlas y el subsuelo provee de minerales valiosos, especialmente oro y manganeso. Su industria, en creciente auge, cuenta con refinerías de azúcar y fábricas de cerveza, aguardientes y otros licores; de tejidos, hamacas, y sombreros (los famosos «Panamá»), de Veraguas, etcétera.

Pero Panamá es, sobre todo, el canal que le permite usar los orgullosos sobrenombres de «Puente de América» y «Encrucijada del mundo», y la hace sentirse un poco el eje del continente americano. Sin embargo, el canal de Panamá no es propiedad de este país, sino de los Estados Unidos. Hasta su construcción, el delgado istmo de Panamá atrajo la atención de muchos gobiernos y políticos extranjeros, que veían en él un reto a la voluntad emprendedora del hombre, deseoso siempre de dominar a la Naturaleza.

Hace más de cuatro siglos y medio, el 1 de septiembre de 1513, el español Vasco Núñez de Balboa, con un bergantín y diez canoas emprendió una expedición en busca del mar del Sur. Luego de un accidentado viaje, Balboa acometió decidido la fatigosa ascensión a la cordillera de los Andes, y el 25 de aquel mismo mes llegó a la cumbre, desde donde avistó lo que hasta entonces ningún cristiano viera jamás desde tierra americana: el Océano Pacífico.

Balboa y los hombres que le acompañaban bajaron a la playa hasta llegar a lo que hoy se conoce como golfo de San Miguel. Era el 29 de septiembre, una fecha memorable. Espada en mano y enarbolando el estandarte de España, Balboa entró en el Océano y tomó posesión de sus aguas y de sus tierras, «desde el polo Norte hasta el polo Sur», en nombre de Su Majestad, el Rey de España.

El bergantín y las diez canoas que Núñez de Balboa llevaba las había transportado desarmadas y a lomo de cargueros, a través de selvas vírgenes y de montañas, armándolas tan pronto llegaron a orillas del mar del Sur. Por tanto, éstos fueron, en realidad, los primeros barcos que atravesaron el istmo panameño pasando del Atlántico al Pacífico cuatro siglos antes de la apertura del canal. En este momento puede decirse que comienza la historia de Panamá desde el punto de vista tanto histórico como político y económico.

El descubrimiento de Núñez de Balboa demostró a los españoles que la tierra firme de la América Central era un istmo, un brazo de tierra que unía dos continentes y separaba dos mares, sin que las lagunas y ríos intermedios lograran comunicarlos entre sí. Este convencimiento llevó a su ánimo la necesidad de abrir un canal interoceánico que facilitara el paso de las carabelas y permitiese una mejor exploración de la costa occidental.

En 1519, Pedro Arias de Ávila, o Pedrarias Dávila, fundó, a orillas del Pacífico, la ciudad de Panamá, desde la que trazó una carretera a través del istmo hasta Nombre de Dios, en la vertiente atlántica. Parece ser que la idea de perforar la muralla panameña fue sugerida por el capitán Álvaro de Saavedra Cerón, quien exploró aquellas tierras hacia 1529, y que por estas fechas proyectó diversos

Vasco Núñez de Balboa contaba unos 25 años de edad cuando tomó parte en la expedición que capitaneó Rodrigo de Bastida, en 1500, y que recorrió parte de América Central. Más tarde, en el año 1513, Balboa pudo dirigir la empresa que le iba a dar mayor renombre: averiguar si al Oeste de las tierras conocidas existía otro mar. Así era y Balboa pudo divisarlo desde la cima de una montaña el 25 de septiembre de aquel año, siendo el primer europeo que lo hizo. Cuatro días más tarde, tomaba posesión de sus aguas en nombre de España y las bautizó con el nombre de Mar del Sur. En premio a su hazaña, recibió el título de Adelantado del Mar del Sur, honor del que pudo disfrutar por poco tiempo, porque cuatro años después era ajusticiado en la villa de Ancla. En la fotografía inferior puede verse el castillo de San Lorenzo en la desembocadura del río Chagres, levantado por los españoles en el siglo XVI.



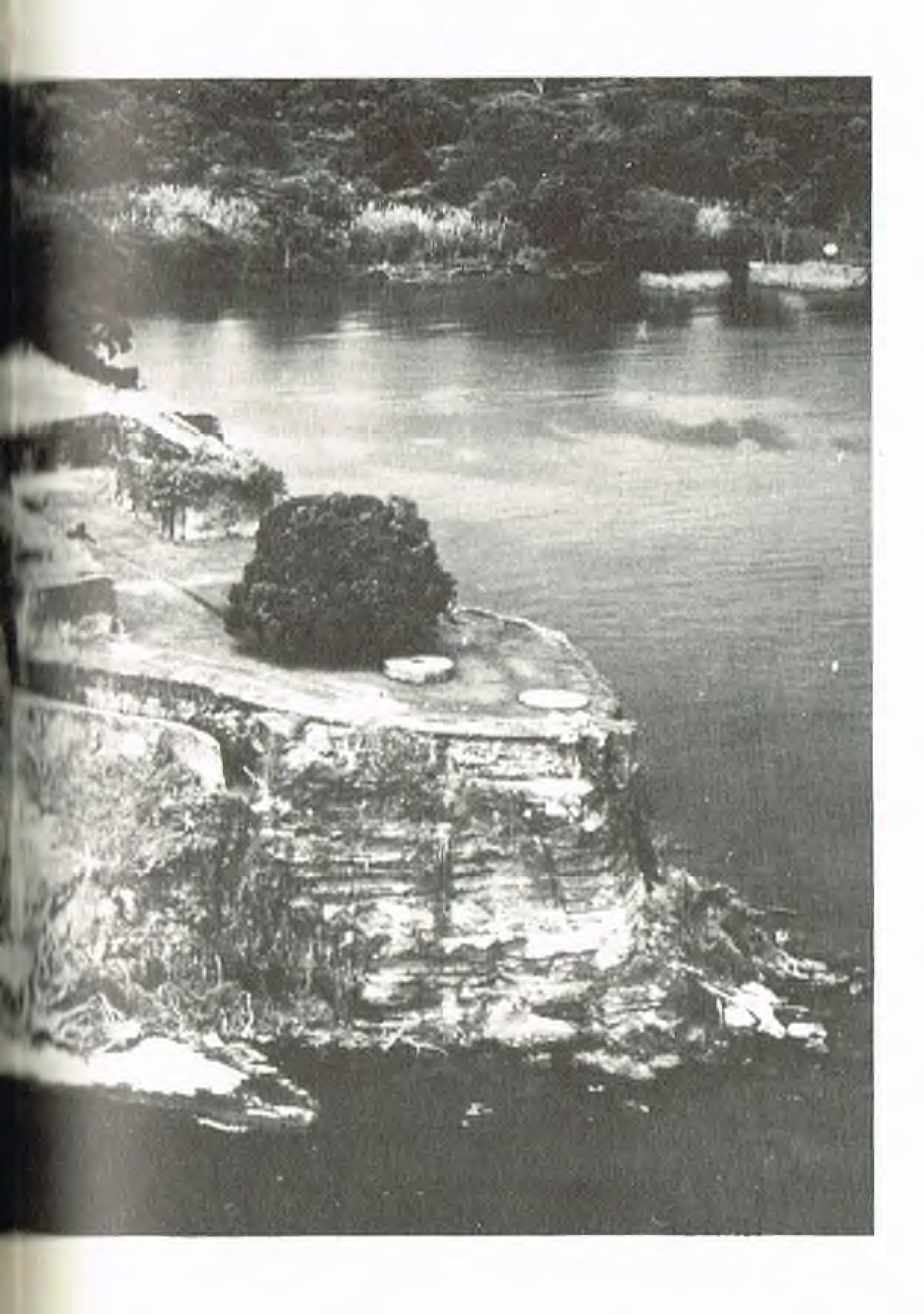


trazados cuyas características expuso en un informe dirigido a la corona española, en el que afirmaba la posibilidad de abrir un canal navegable en Nicaragua, Tehuantepec, Panamá y Darién.

Carlos I de España encargó al capitán Pascual de Andagoya un nuevo estudio sobre la posibilidad de abrir un canal entre el río Chagres y el Pacífico. En 1534, Andagoya emitió un informe en el que consideraba imposible taladrar el istmo de Panamá de punta a punta, porque «Sólo Dios podría mover tanta tierra», lo que decidió a Carlos I suspender los trabajos que había ordenado iniciar.

Durante el reinado de Felipe II el proyecto cobró actualidad. Los técnicos y los frailes españoles en América hicieron diversos estudios y concibieron algunos planes que sometieron a la aprobación del Rey Prudente, pero el padre Acosta, asesor del soberano, desaconsejó el proyecto con este argumento: «Lo que Dios ha unido, dijo San Marcos, no debe de separarlo el hombre». Todavía se conserva en Panamá una lápida de la época en la que está grabada esta frase. Felipe II ordenó archivar el asunto, e incluso prohibió hablar de aquel proyecto que juzgaba temerario y perjudicial para la economía.

No obstante, la idea estaba lanzada y algún día había de germinar en mentes de hombres progresistas. Con el tiempo se hicieron grandes avances en la Ingeniería. La vida comercial cada vez más activa y la necesidad del canal se acrecentaba. Ya en el comienzo del siglo XIX, el barón de Humboldt, en su recorrido por América, trajo a un primer plano de actualidad el corte del istmo panameño. En nueve razonados estudios presentó otros tantos proyectos. Los cuatro últimos concordaban exactamente con los propuestos y propugnados por los españoles dos siglos y medio antes, y fueron éstos los únicos que se tomaron en consideración, entre nueve, para una posible apertura del canal transoceánico. Los que se tuvieron en cuenta eran: 1.º El del istmo de Tehuantepec, en México; 2.º El de Nicaragua; 3.º El del río Atrato, en Colombia, y 4.º El de Panamá.



Años más tarde, en 1829, Simón Bolívar, héroe de la independencia americana, resucitó el proyecto, pero después de detenido estudio tuvo que archivarse de nuevo por falta de recursos económicos. En 1848, el multimillonario Vanderbilt, poseedor de los planos del proyecto de Humboldt, firmó un convenio con el gobierno de Nicaragua para abrir el canal, mas se interpusieron intereses políticos y la empresa no siguió adelante.

Por esta época Estados Unidos era ya la nación más adelantada del continente y vivía un período de rápida expansión industrial, sobre contar con un suelo y un subsuelo pletóricos de riquezas. Las dificultades de los hielos del Norte (estrecho de Bering) y la considerable distancia de las aguas tempestuosas del estrecho de Magallanes, en el Sur, urgían a buscar una solución práctica y viable, lo más económica posible, que facilitase la comunicación del Atlántico con el Pacífico.

La marcha de los Estados Unidos hacia el Oeste obligó a precaverse y a estudiar varios anteproyectos de un canal, sin que ninguno de ellos llegara a ser definitivo. Como medida preventiva, en 1846, se concluyó un tratado con Colombia que concedía a Estados Unidos el derecho de libre tránsito para todo medio de transporte, presente o futuro. En 1849 se concertó otro tratado con Nicaragua, que les concedía la exclusiva de construir un canal interoceánico en su territorio.

El primer paso efectivo hacia la comunicación de los dos océanos por vía terrestre fue la inauguración, en 1885, del ferrocarril ístmico

de propiedad norteamericana, el primero «del Pacífico», que enlazaba Colón y Panamá. Su trayecto cubría apenas 68 km, pero su construcción fue difícil, pues en la zona — una de las más pantanosas de la Tierra — abundaba el mosquito «anopheles claviger», portador de la malaria y de la fiebre amarilla, que hizo estragos entre los obreros, en su mayoría «coolíes» chinos ansiosos de hacer fortuna en el Nuevo Mundo.

Establecida la comunicación férrea entre los grandes océanos, en 1886 el gobierno de los Estados Unidos volvió a estudiar el proyecto sobre el canal. La comisión de ingenieros designada al efecto dictaminó que la ruta más viable era la cubierta por las aguas del lago Nicaragua. Mientras esto ocurría en el continente americano, un hecho verdaderamente revolucionario tuvo lugar en el Oriente Medio: la apertura del canal de Suez. El francés Fernando de Lesseps había dado fin a la construcción de un canal que enlazaba el mar Rojo con el Mediterráneo. La memorable inauguración, en 1869, fue un acontecimiento mundial que se celebró con grandes fiestas, a las que asistieron el emperador Napoleón III, la emperatriz Eugenia, así como varios monarcas y príncipes de diversos países.

El éxito obtenido en el canal de Suez indujo a los franceses a intentar la apertura del de Panamá, también bajo la dirección de Fernando de Lesseps. Tras varios estudios previos, en 1876 Lesseps constituyó una compañía que, en 1879, adoptó el nombre de «Compagnie Universelle du Canal Interocéanique de Panama».

La compañía francesa obtuvo de Colombia la concesión de los derechos mediante un subsidio de diez millones de francos, comprometiéndose a terminar las obras en un plazo máximo de 12 años. Para realizar su plan, Lesseps eligió el estrecho punto del istmo en que la cordillera tiene menor elevación. Su proyecto consistía en un canal a nivel del mar, un «tidelevel-canal» que, sin esclusas, uniría ambos océanos a igual nivel. Sólo había que perforar unos 70 km en colinas cuya altura no llegaba a los 90 metros, pero el hacerlo estaba erizado de dificultades a causa de la selva virgen, los pantanos y las protuberancias andinas, que lógicamente Lesseps no halló al abrir la franja arenosa de Suez.

El importe de la obra se calculó en 843 millones de francos, cantidad ya mermada desde el principio, pues fue necesario adquirir los derechos de concesión que poseía una sociedad norteamericana. También pasó a manos de la Compañía del canal el ferrocarril del istmo, que era un instrumento de trabajo indispensable. Con estas operaciones los financieros norteamericanos realizaron un excelente negocio.

Inmediatamente dieron comienzo los trabajos y con ellos la extraña aventura del canal de Panamá, que originó uno de los mayores escándalos financieros del siglo XIX. Lesseps cometió un grave error al pretender construir un canal sin esclusas, al nivel del mar. Por si esto fuera poco, las lluvias torrenciales, los terremotos, la fiebre amarilla y la malaria producían multitud de bajas y entorpecieron los trabajos hasta el punto de obligar a la Compañía a la reforma del proyecto inicial por considerarse imposible la excavación de un canal normal, como Lesseps pretendía. Los gastos resultaron más elevados de lo previsto, la dirección deficiente y la administración no muy recta, por lo que la empresa se desprestigió, quedándose sin capital necesario para seguir las obras.

Disuelta la Compañía se formó otra con el nombre de «Nueva Compañía del Canal de Panamá», que se hizo cargo de los contratos de la anterior, de acuerdo con el gobierno de Colombia, que prorrogó



Carlos I de España y V de Alemania ciñó la corona española a los 16 años de edad. Durante sus 42 años de reinado, presidió la mayor parte de las grandes conquistas en América. Cortés, Pizarro, Almagro y tantos otros emprendieron sus exploraciones durante el reinado del César Carlos. Prueba de la preocupación que sentía este monarca por el progreso de las nuevas tierras fue el encargo que dio al capitán Pascual de Andagoya para que estudiara la posibilidad de abrir un canal que uniera el Atlántico y el Pacífico, pero aquél, en 1534, aseguró que tal empresa era imposible dados los medios de que se disponía.

los derechos varias veces. Abandonado el primer proyecto, la nueva sociedad se inclinó por un canal con esclusas. La falta de capital y de crédito, y la carencia de una dirección acertada, así como el despilfarro y las condiciones sanitarias pésimas, provocaron la quiebra de la nueva sociedad el 4 de abril de 1893.

Antes de que se produjera el fracaso económico, la compañía francesa entró en contacto en 1889 con los norteamericanos en un intento de proseguir las obras conjuntamente, pero éstos no aceptaban más que la total cesión de los derechos y el pago de los trabajos realizados. Impotente la tambaleante empresa para continuar por sí sola tan ingente labor, tras largas negociaciones, en 1904 vendió sus derechos a los Estados Unidos por 40 millones de dólares. La compañía francesa dejó sobre el terreno del canal 22 000 vidas humanas y perdió 398 millones de dólares para excavar solamente 30 km, apenas el primer tercio de la obra proyectada. Fernando de Lesseps, acusado de imprudencia temeraria, de incompetencia profesional, de malversación de fondos, de estafas, etc., fue condenado por un tribunal francés, junto con su hijo Carlos, a cinco años de prisión. El genial constructor, ya anciano, no llegó a cumplir la sentencia debido a enajenación mental, derivada posiblemente de tantos problemas, y que ya no le dejó hasta su muerte en 1894.

La cesión de la compañía francesa a favor de los Estados Unidos no fue aceptada por Colombia, que poseía la zona del canal desde el año 1821. Lo extraordinario de tal negativa es que prevaleció pese a que el embajador estadounidense en aquella República había firmado en 1903 un tratado que acordaba la concesión a Norteamérica de los

Panamá fue nido de piratas y escenario de violentas luchas en las que se mezclaban ingleses, franceses y españoles con toda clase de filibusteros. En 1519, Pedro Arias de Ávila o Pedrarias Dávila, como también se le conoce, fundó la ciudad de Panamá y trazó una carretera que conducía hasta Nombre de Dios, en el Atlántico. En la actualidad, aún quedan vestigios del dominio español que perduró hasta la independencia (1903). Ésta que se ve en la fotografía es una de las dos torres de la catedral erigida por los españoles en el año 1760, famosa por sus dorados interiores, bella muestra del arte colonial.



derechos sobre el canal y una faja aneja de nueve kilómetros de anchura, así como el control marítimo y policíaco asistido de Tribunales especiales. Colombia debía recibir 10 millones de dólares, y al cabo de nueve años, 250 000 dólares anuales de comisión, pero el Senado colombiano se negó a ratificar el tratado.

Los panameños del Departamento del Istmo, dependientes de Colombia, temieron que el canal se construyera en Nicaragua, por lo que solicitaron la ayuda de los Estados Unidos para separarse de la república colombiana. El gobierno norteamericano obró con astucia, y de acuerdo con Panamá, provocó en el país un amago de revolución, lo que sirvió de pretexto para intervenir y ayudar a los panameños en su propósito de independencia. El 3 de noviembre de 1903 se proclamaba y reconocía la República de Panamá como Estado soberano.

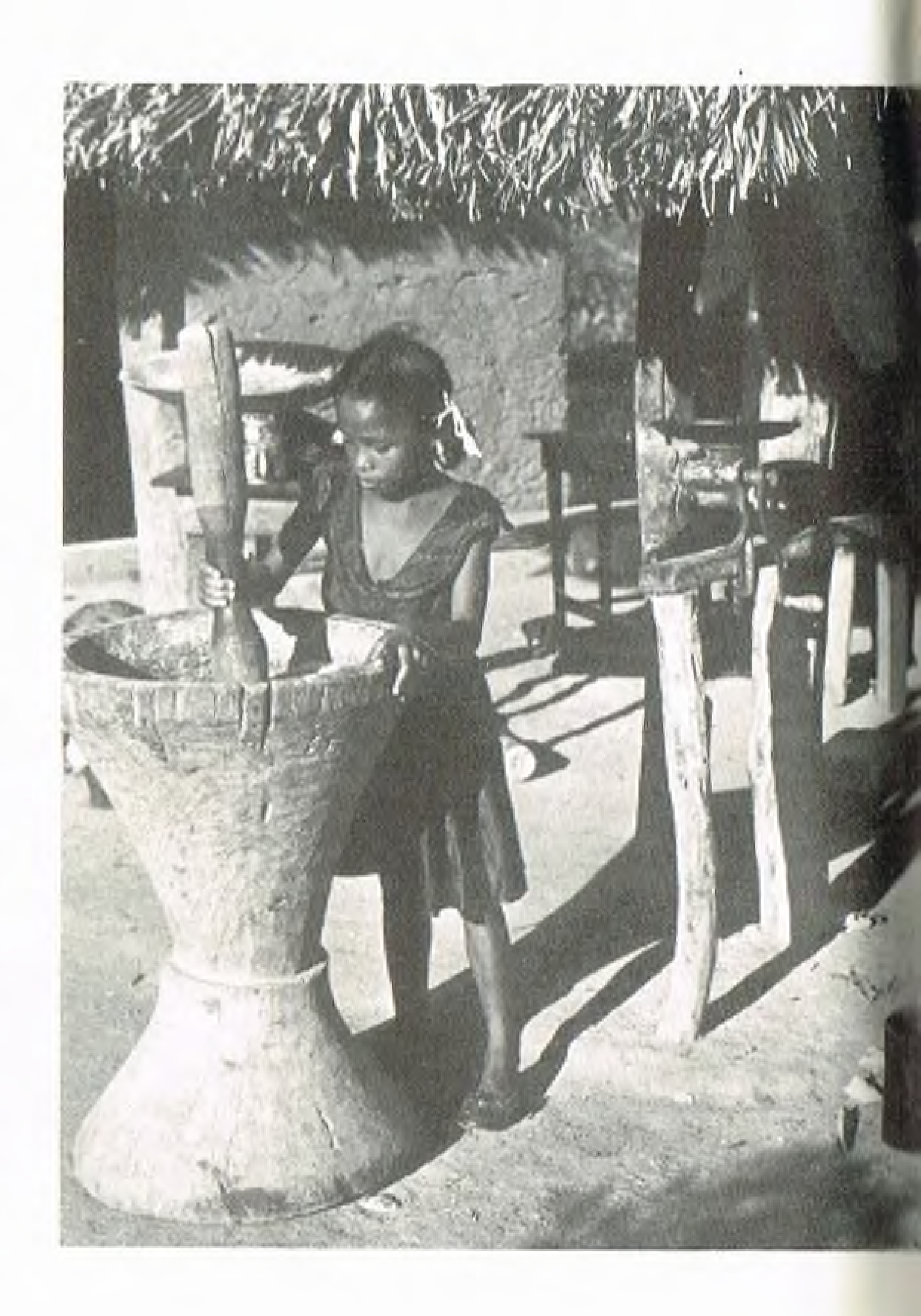
De hecho la nueva nación era un dominio encubierto de Norteamérica, pero ambos gobiernos, el de los Estados Unidos y el de Panamá, concertaron un tratado el 18 de noviembre de 1903, que cedía a Norteamérica una «Zonal del Canal» de 16 km de anchura, con todos los derechos de soberanía. A cambio, Panamá recibió la indemnización y subvención anual acordada anteriormente con Colombia. Este país fue indemnizado más tarde con 25 millones de dólares.

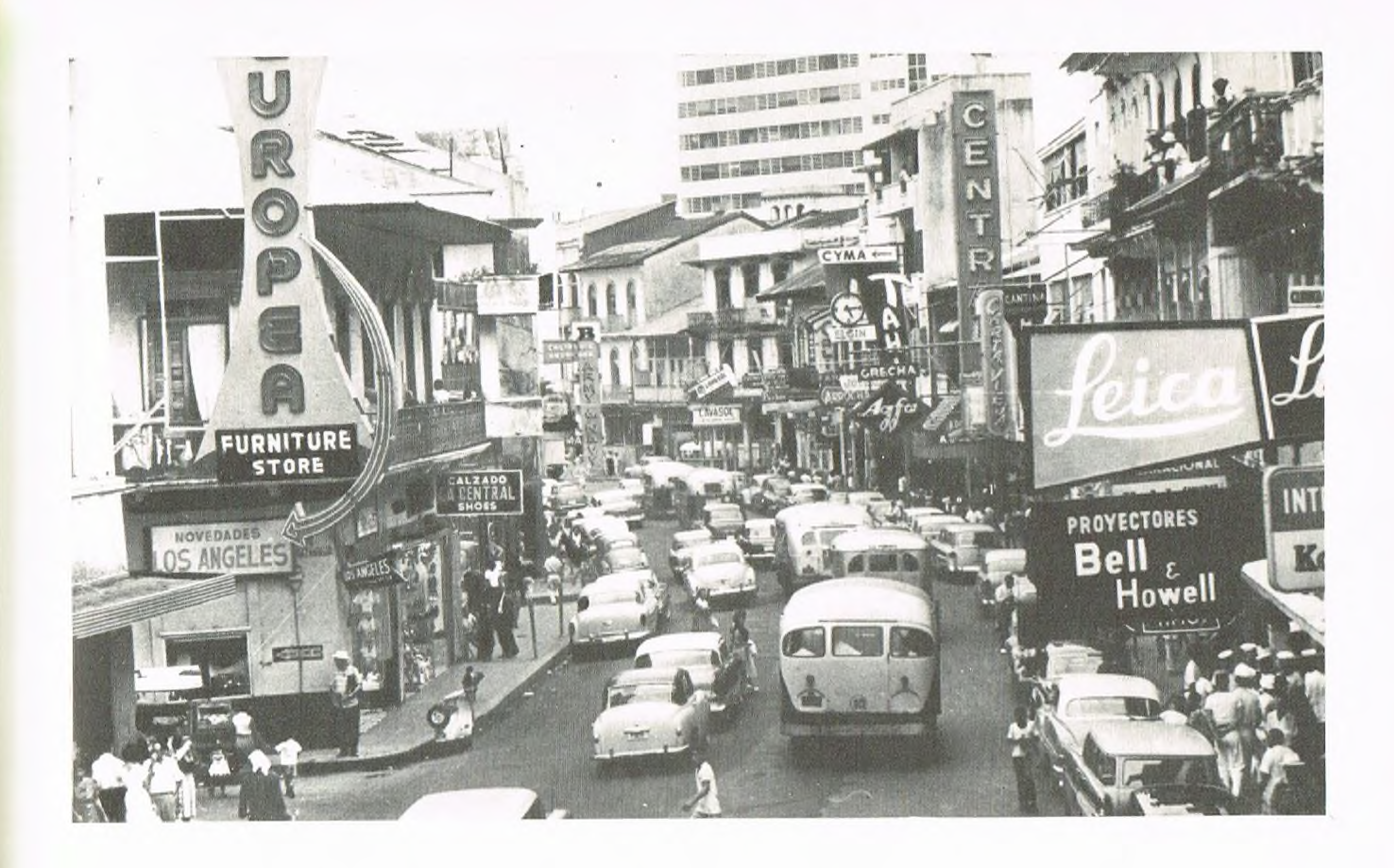
Decididos a reanudar los trabajos, los Estados Unidos nombraron una comisión de técnicos compuesta por civiles y militares, encargada de proceder al estudio y revisión del proyecto. La comisión rechazó la idea de construir un canal a nivel del mar sin esclusas, en cuyo intento Lesseps había fracasado. En cambio, se pensó en elevar los barcos mediante un sistema de esclusas situadas a 25 metros sobre el mar, de forma que se evitaba excavar la ingente masa de tierras y se vencían los desniveles del terreno.

Esta idea era más racional y factible que la de Lesseps, y se adoptó con entusiasmo. En la parte del Atlántico se construiría un gran dique formado por una muralla de cemento de 630 m de base, 34 de altura y dos kilómetros y medio de longitud. Análogamente, en la del Pacífico se alzarían dos diques de menor envergadura, en Miraflores y Pedro Miguel. La elevación del segundo era de 25 metros sobre el mar. Luego, en cada dique se instalarían esclusas: dos en Miraflores, una en Pedro Miguel y tres en Gatún, junto al Atlántico. Cada esclusa sería un recipiente con compuertas de acero. Los barcos entrarían en ellas y entonces se llenarían de agua hasta elevar la embarcación al nivel de la esclusa siguiente, a la que el casco pasaría al abrirse las compuertas. Y así sucesivamente, de una a otra orilla. Resuelto el plano técnico, aún quedaba un problema importante antes de acometer las obras: el saneamiento de la pantanosa región. El capitán W. G. Gorgas, médico de la comisión norteamericana, se encargó de estudiarlo y dirigir los trabajos pertinentes.

Por suerte, las experiencias de los médicos Carlos Finlay y Renaldo Ross ya habían determinado que la malaria y la fiebre amarilla eran producidas por los mosquitos que se crían en las ciénagas y pantanos. Sin pérdida de tiempo se empezó la batalla contra los anopheles. Se fumigaron las casas, se desecaron y llenaron de tierra o aceite las charcas y pantanos, y se hizo obligatorio el uso de mosquiteras en los lechos. En un año 4000 hombres esparcieron más de 120 toneladas de insecticidas por todo el istmo. Tan efectivas resultaron estas medidas, que en noviembre de 1905 y en mayo de 1906 se registraron los últimos casos de fiebre amarilla. Este éxito

País de exuberante vegetación y suelo feraz. Panamá es pobre debido a que su economía se basa sólo en la agricultura. El plátano o banano, la caña, el cacao y el coco son los principales productos que recolecta, aunque también es importante su producción de madera, especialmente la caoba. Mas la «renta per capita» apenas si rebasa los 500 dólares anuales frente a los 3800 largos de los Estados Unidos. Esta fotografía muestra una escena corriente, por poco que uno se aparte de la capital. Una niña, frente a una choza, moliendo maíz en un mortero primitivísimo.





La influencia norteamericana en Panamá es abrumadora y puede advertirse con sólo contemplar una de sus calles principales. Exceptuando el que se levanta al fondo, los edificios no son grandiosos, incluso cabría calificarlos de pobres, y su estructura queda ahogada por la magnitud de los anuncios que ofrecen toda clase de productos que no todos los panameños pueden adquirir. La Zona del Canal está controlada por Estados Unidos y constituye no sólo un paso militarizado, sino una de las bases aeronavales más importantes del continente. Los pactos con el Gobierno panameño establecen que la soberanía total debe cesar el año 2000, fecha que puede constituir el inicio de un grave problema internacional.

estimuló a los brasileños a emplear métodos semejantes, con lo que lograron convertir a Río de Janeiro años más tarde en una ciudad libre de los mortíferos mosquitos.

La recluta de obreros no resultó difícil, pues acudían de todo el mundo: 30 000 de Jamaica, 3000 americanos, 12 000 europeos (de ellos 8000 eran españoles) y algunos miles de «coolíes» chinos.

La dirección de los trabajos, iniciados en 1904, se encomendó primeramente a John F. Wallace, hombre activo y uno de los más célebres ingenieros norteamericanos; pero, habiendo fracasado en su difícil misión, el presidente Theodore Roosevelt nombró al ingeniero Stevens, tenido como el más competente, pero también falló en su empeño. Los gobernantes norteamericanos temían la posibilidad de no poder concluir la obra del canal. Entonces, providencialmente, surgió el hombre capaz de darle cima: el coronel George W. Goethals, que a principios de 1907 se hizo cargo de la gigantesca empresa, y el 10 de octubre de 1913 la concluyó con un coste de 375 millones de dólares. El gasto que exigieron las fortificaciones para la defensa del canal elevaron la cifra a un total de 539 millones, cantidad que, unida a la gastada anteriormente por los franceses, hizo subir el coste total de la construcción a 2386 millones de pesetas oro.

En los diez años de trabajo bajo el mando norteamericano hubo 6283 accidentes mortales, que, junto a los habidos en la etapa regida por la Compañía francesa, elevaron la cifra de víctimas a cerca de 30 000.

Se removieron 300 millones de metros cúbicos de tierras. Lesseps había calculado que se vaciarían sólo unos 45 millones.

Justo es reconocer, sin embargo, un hecho indudable: los ingenieros norteamericanos aprovecharon buena parte de lo realizado por los franceses. A este respecto, el inglés Vaugham Cornish, experto conocedor del proceso del canal, escribió en 1908:

«Las obras para construir un canal sin esclusas fueron realizadas por ingenieros franceses y será difícil superarlas. Los ingenieros americanos que ahora trabajan en la construcción no cesan de alabar la obra de sus antecesores y admiran las dotes inventivas que los antiguos trabajos demuestran. Únicamente quienes han seguido de lejos la tarea de los ingenieros franceses la subestiman por su desconocimiento y cegados por la propalación de noticias tendenciosas».

Las palabras de Cornish sitúan los hechos en su punto justo. El gravísimo error de Lesseps, que hizo imposible la realización de su proyecto, fue la ciega pretensión de construir un canal natural a nivel del mar. Aparte de esta tremenda y fatal equivocación, los ingenieros franceses demostraron una gran pericia y habilidad en muchos y difíciles problemas, cuya previa resolución facilitó notablemente la tarea de sus colegas norteamericanos.

Veamos ahora algunos datos estadísticos y del funcionamiento de esta maravillosa obra de ingeniería. Terminada su construcción en octubre de 1913, se abrió al tráfico comercial el 15 de agosto de 1914, cuando en Europa se iniciaba la I Guerra Mundial. El primer barco que surcó el canal fue el norteamericano *Ancón,* de 10 000 toneladas. A causa de la contienda, el canal se inauguró oficialmente el 12 de julio de 1920.

El viaje por el canal de Panamá, en el corazón del Trópico, ahorra más de 16 000 kilómetros, pues antes se tenía que doblar el cabo de

Cuando Colombia, que dominaba la zona de lo que hoy es canal, se negó a permitir que los norteamericanos comenzaran los trabajos de apertura, se produjo una revuelta que, tras breve lucha, determinó la independencia de Panamá, lo que ocurrió en 1903. El 18 de septiembre de aquel año, el nuevo gobierno firmó un tratado con Washington que regulaba la concesión de una amplia franja en la que, una vez abierto el canal, el dominio sería totalmente yanqui. Este edificio, el Hospital de Santo Tomás, no revela la tónica de las edificaciones de la capital panameña, sino que es una excepción, pero que incita a preguntarse: ¿cómo sería Panamá si el canal fuese de su exclusiva propiedad?





Ésta es una fotografía histórica tomada el 25 de septiembre de 1913. En ella vemos al remolcador «Gatún», cuando se dispone a cruzar la esclusa de su nombre, camino de la bahía de Limón, donde se encuentra el puerto de Colón, en aguas ya del Océano Pacífico. Con este sencillo acto, se remataba una larga, costosa y penosísima labor en la que Fernando de Lesseps había fracasado totalmente, pero a la que los norteamericanos dieron fin a fuerza de hombres y de dólares. La fecha es significativa, pues aquel día se cumplía el 400 aniversario del momento en que Balboa divisó el Mar del Sur.

Hornos o el estrecho de Bering para alcanzar el Pacífico. El canal sigue la dirección NO. a SE. y tiene una longitud total de 81,3 km, incluidos los canales marítimos de los extremos. La anchura máxima es de 305,9 m en el lago Gatún y la mínima de 91 m en el Corte de la Culebra.

La profundidad en la sección baja del Atlántico es de 12,8 m; de 13,7 m en la del Pacífico, y de 13,7 a 25,9 m en lago Gatún. El nivel medio del mar en la costa del Pacífico es unos 20 cm más alto que en la del Atlántico, aunque esta diferencia es variable a lo largo del año. Entre la marea alta y la baja, en el lado del Pacífico, se produce una disparidad que oscila entre los 3,8 y los 6,4 metros.

Las esclusas tienen una longitud de 300 m y una anchura de 33. Las travesías se efectúan, generalmente, en siete u ocho horas, pero pueden realizarse en un tiempo récord de 4 horas y 10 minutos. La capacidad máxima de tráfico en ambas direcciones y en condiciones normales es de 36 barcos de tonelaje medio.

El canal de Panamá no es propiamente marítimo, sino más bien fluvial, ya que se alimenta, en su parte septentrional, de los ríos Chagres, Gatún y otros, y en la meridional del río Grande. Los tres lagos artificiales, regulados y represados, son el de Gatún, Miraflores y Maden, cuya superficie total es de 492 km². El más importante es el de Gatún, con 5000 millones de metros cúbicos de agua. Formado por el río Chagres, luego de bordear el famoso paso de la Culebra, termina en la esclusa de Pedro Miguel. El de Miraflores, de menor categoría, sigue a continuación hasta las esclusas de su mismo nombre.

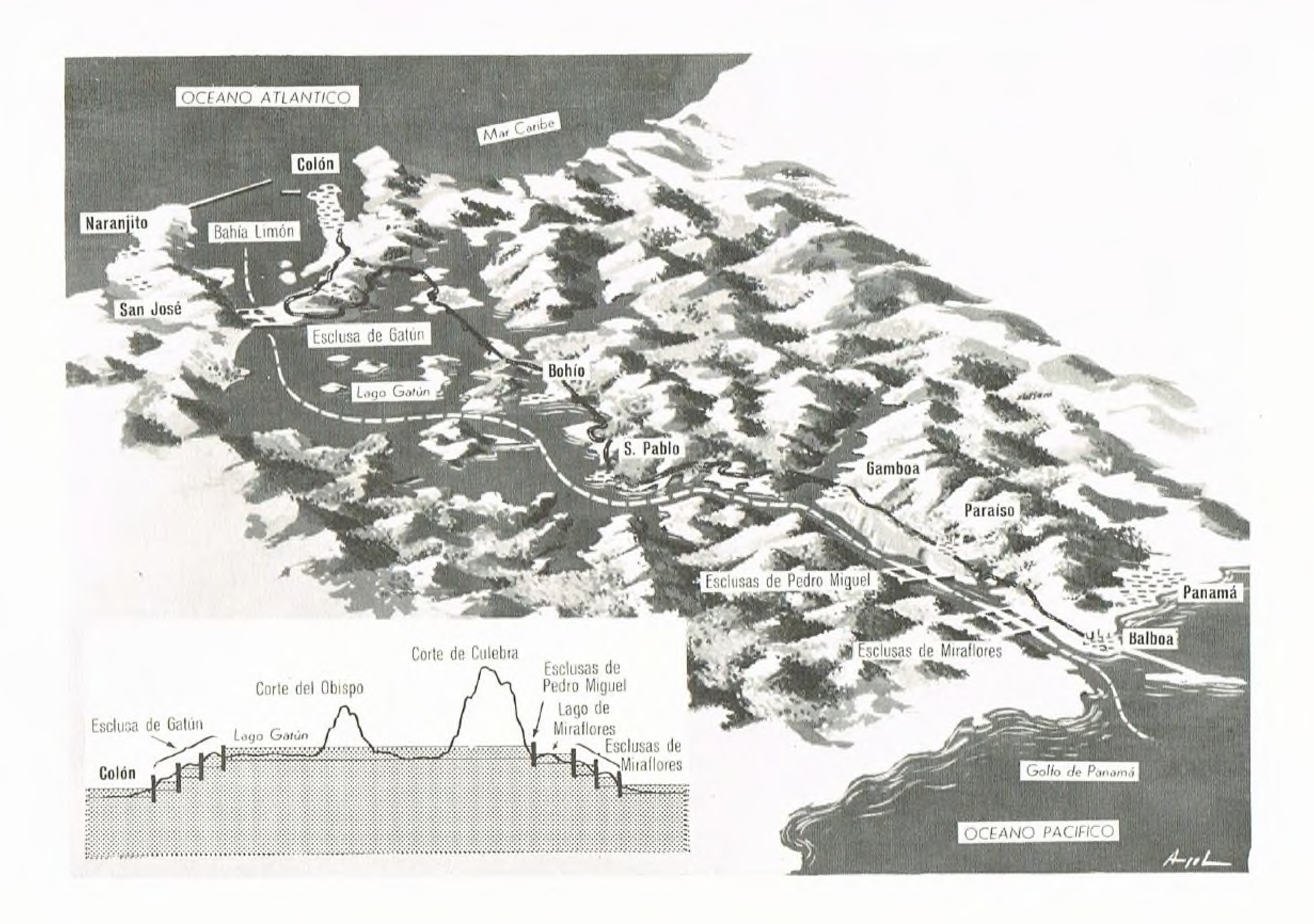
El canal tiene 23 enormes compuertas de acero, con un peso conjunto de 25 000 toneladas. Estas compuertas y la maquinaria de las esclusas se mueven eléctricamente gracias a la corriente que generan dos centrales hidroeléctricas alimentadas por el Gatún. Al pasar las esclusas, los buques van remolcados por pequeñas locomotoras eléctricas de cremallera, denominadas «mulas» en el país, que ruedan sobre carriles instalados a ambos lados de las esclusas.

En cada caso las esclusas son dobles; es decir, el canal permite un doble tránsito simultáneo en ambos sentidos. Las esclusas mayores son las de Gatún: tres pares de 333 m de largo por 37 de ancho y 23 de profundidad. Cada una tiene dos pares de compuertas de acero en sus extremos. Las de repuesto constituyen un importante factor de seguridad, ya que si una se inutiliza, cosa que no es fácil, la otra podría contener las aguas embalsadas. Las esclusas de Gatún tienen en total una longitud de más de kilómetro y medio y elevan los barcos desde el nivel del mar hasta una altura de 28 m. Además, las compuertas permiten reducir el tamaño de la esclusa. De esta forma, si atraviesa el canal una embarcación de poco tonelaje, el volumen de la esclusa se reduce, con lo que se economiza agua y tiempo.

En Panamá —al igual que ocurre en Suez, y especialmente en Port-Said— a la entrada del canal se ha desarrollado una intensa industria turística que vive exclusivamente del tráfico marítimo. Este próspero comercio va desde las inocentes tarjetas postales hasta las casas de vicio, y lo nutren gentes de todos los países.

Al pasar del Atlántico al Pacífico no se percibe cuál es el momento en que se penetra en la vía artificial, ya que el canal empieza en el mismo mar, en la bahía de Limón, y está señalado por balizas hasta Puerto Cristóbal, que es donde puede hablarse ya propiamente de la primera fase del canal.

En este lugar es fácil encontrar a otros barcos que entran, que salen o que aguardan turno para atravesarlo en la misma dirección,



mientras otros ya navegan rumbo al Atlántico. Desde Puerto Cristóbal, por un entrante marítimo se llega a las esclusas de Gatún. El recorrido desde la entrada hasta este punto es de 10,69 km. Las esclusas de Gatún se llenan de agua una vez han entrado en ellas los barcos, y los elevan hasta un nivel de 25,90 metros.

Una vez el tráfico llega al final de la esclusa, ésta abre sus compuertas de acero y las naves pasan al lago de Gatún. Durante 33 kilómetros los barcos navegan por él a través de una ruta balizada hasta Gamboa, donde comienza el famoso Corte de la Culebra, que tiene una longitud de 11,2 km y llega hasta la esclusa de Pedro Miguel, ya en el Pacífico.

Además de los poblados existentes en las márgenes del canal, los viajeros pueden admirar la exuberante vegetación tropical, en la que se oyen los chillidos de las aves exóticas y en cuyos claros pueden advertirse las figuras movedizas de algunos ejemplares de su pintoresca fauna. Las aguas son de un sabor dulce debido a que proceden del Chagres, el Grande y otros ríos menores. Al regar las tierras ribereñas, estas aguas contribuyen a la abundante flora, que hace comparables las riberas del canal con las zonas de auténtica selva en las que discurren los grandes ríos tropicales.

Una vez los barcos dejan el Corte de la Culebra (o de Gaillard), pasan a la esclusa de Pedro Miguel, ya en la vertiente del Pacífico, donde el nivel del agua desciende hasta alcanzar 16,5 m sobre el del mar. Luego se abren las compuertas que comunican con el bello lago de Miraflores, cuya longitud es de 1,5 km y que los barcos atraviesan fácilmente hasta alcanzar la esclusa que hace descender el nivel de las aguas hasta el mismo que el del Océano Pacífico, punto final del

El grabado muestra, en esquema, el canal de Panamá. Su longitud total rebasa los 81 km y su anchura es muy diversa, pues mientras en Gatún supera los 305 m en el célebre Corte de la Culebra que tanto costó de abrir, los buques han de pasar entre dos altas paredes separadas sólo por 91 m. Este paso tiene algo más de 11 km de longitud. En la parte inferior del dibujo, puede verse un corte transversal mostrando los distintos niveles desde Colón, en el Atlántico, hasta Balboa, en el Pacífico. Los buques se elevan gracias a una serie de esclusas para volver a descender, tanto si la ruta se efectúa en un sentido como en otro.

Terminada la guerra el volumen de tráfico ha crecido sin interrupción. Estas cifras recientes lo demuestran:

	Buques	Tonelaje
1950	5 448	28 013 000
1960	12 135	60 391 000
1965	12 118	70 469 609
1970	13 658	114 257 000

viaje. Un dragado de 11 km conduce la embarcación, entre balizas, desde el puerto de Balboa hasta el mar libre.

El tráfico del canal es muy activo y cada año se incrementa, con la excepción de 1916, en el que, debido a un corrimiento de tierras, se paralizó toda actividad durante siete meses. Las cifras del tráfico marítimo del canal de Panamá son un barómetro de las vicisitudes de la política internacional.

En 1920, año de su inauguración oficial, cruzaron el canal 2393 barcos con un total de 7 898 000 toneladas. El progresivo aumento del tráfico sufrió un apreciable retroceso a partir de 1930 como consecuencia de la recesión económica norteamericana, cuyos efectos se hicieron sentir en todo el mundo. En 1930 aún cruzaron el canal 6027 buques con 27 716 000 toneladas. En 1931 las cifras bajaron a 5370 barcos y 25 690 000 ton; en 1932, a 4372 y 21 842 000; en 1933, a 4162 y 21 094 000 ton. Al año siguiente aumentó el tráfico, pasando 5334 buques con 26 410 000 toneladas.

Durante la II Guerra Mundial el descenso fue notorio. En 1940 cruzaron el canal de Panamá 5370 barcos con 24 144 000 ton; en 1941, 4727 con 20 642 000; en 1942, 2698 con 11 010 000; en 1943, 1822 con 8 233 000, y en 1944, hora crítica de la conflagración, circularon solamente 1562 barcos con 6 073 000 toneladas.

En la actualidad resulta ya insuficiente para el intenso tráfico y las dimensiones de los transatlánticos, petroleros y portaaviones modernos. El portaaviones *Forrestal,* por ejemplo, no puede pasar por sus esclusas. Ante este problema, en 1939 el Congreso de los Estados Unidos dispuso la construcción de un tercer sistema de esclusas que le diera mayor amplitud, pero los trabajos se suspendieron a causa de la II Guerra Mundial. Después, en lugar de agrandarlo, Norteamérica ha estudiado el proyecto de un nuevo canal, cercano al ya existente, ante el temor de futuras acciones bélicas. El 3 de abril de 1955 la prensa difundió esta sensacional noticia:

«El Congreso de los Estados Unidos comenzará a estudiar en breve los proyectos elaborados para la construcción de un canal interoceánico, ante la posibilidad de que el de Panamá pudiera ser destruido por bombardeos, y porque es opinión admitida que dicho paso será insuficiente después de 1960, teniendo en cuenta el creciente tráfico marítimo. Se calcula que existen unas treinta rutas teóricas en ocho regiones distintas de Centroamérica para el paso de un canal interoceánico: el istmo de Tehuantepec, Nicaragua, Chiriquí, la zona del actual canal de Panamá, San Blas, la bahía de Caledonia — estas cuatro últimas en la República de Panamá —, el río Tuyra, entre Panamá y Colombia, y el río Atrato, en Colombia.

»Una vez estudiadas las posibilidades económicas de cada uno de estos canales teóricos, parece que los técnicos se inclinan hacia el canal a través de Nicaragua, que tendría una longitud mayor que los otros — 276 km —, pero como se aprovecharían los brazos naturales ya existentes a lo largo del río San Juan y del lago Nicaragua, su coste se reduciría a 3500 millones de dólares.»

Este canal de Nicaragua, del que ha vuelto a hablarse, había sido estudiado anteriormente con interés porque se le apreciaba la ventaja de tener el nivel orográfico más bajo de todo el istmo.

Actualmente, y como una paradoja más de la historia y de la política, se ha querido resolver el problema inverso, es decir, la unión

de América del Norte y América del Sur, separadas desde 1913. Para ello se construyó en 1962 un enorme puente que cruza por encima el canal, de una altura equivalente a la de un edificio de 35 plantas. Desde este puente se domina casi todo el paisaje comprendido entre el puerto de Balboa en el Pacífico y Puerto Cristóbal en el Atlántico. Por su amplia superficie corren cuatro pistas de tráfico y cualquier barco, aun los de mayor tonelaje, puede pasar por debajo sin temor a rozarlo.

Este alarde de ingeniería se alza cerca del famoso Corte de la Culebra, llamado hoy de Gaillard en honor del ingeniero encargado de su construcción. El Corte de la Culebra fue el mayor obstáculo físico que se presentó al construir el canal, y causó incontables penalidades y sinsabores a franceses y norteamericanos. «Es un trozo de montaña que resistió a hombres y a máquinas con un espíritu maléfico», se dice en Panamá. Vencer la zanja de la Culebra, con sus casi 12 km de largo y una anchura en su fondo de 100 m, fue, sin duda, la hazaña de ingeniería más espectacular conocida hasta entonces. Se extrajeron de la montaña 105 millones de metros cúbicos de rocas y tierra, y 75 trenes trabajaron sin pausa para transportar los escombros que 3000 toneladas de dinamita desalojaban cada año. La voluntad y el ingenio humanos vencieron a la Naturaleza, y el nombre de Gaillard quedó para siempre estrechamente vinculado al logro de obra tan asombrosa.

Al igual que todo acontecer de la historia antigua o contemporánea, el canal de Panamá tiene su oscuro trasfondo político, que no puede comprenderse sin remontarse a los turbulentos días en que se proyectó. Tras ayudar a Panamá en 1903 a independizarse de Colombia, Washington obtuvo fácilmente del nuevo gobierno amigo un ventajoso tratado para efectuar las obras del canal y adjudicarse una franja adyacente con plena soberanía hasta el año 2000. La «Zona del Canal», formada por 8 km a cada uno de sus lados, cubre una superficie de 1432 km^2 y tiene una población que se aproxima a los 60 000 habitantes. Cuenta con los modernos puertos de Cristóbal al Norte y Balboa al Sur y la capital de esta llamada «Zona del Canal» es Balboa Heights, donde los norteamericanos tienen una importante base militar estratégica.

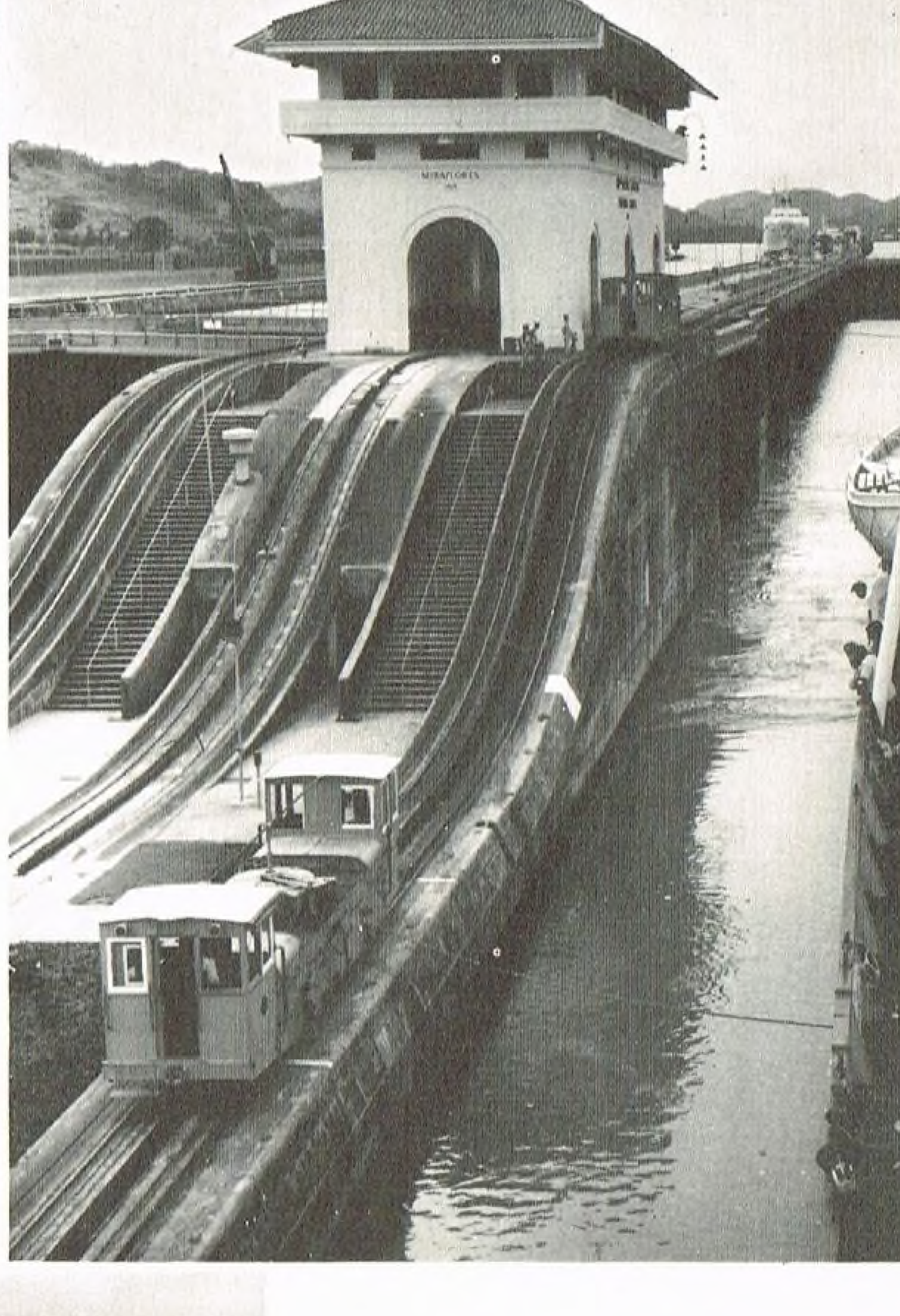
Los Estados Unidos administran esta zona a través de una organización dependiente del Presidente norteamericano, quien delega en el Secretario de Defensa. La zona es puerto libre y el canal se halla abierto a los barcos de todos los países, sin otra excepción, actualmente, que los de la República de Cuba. El gobernador de la «Zona del Canal» reside en Balboa Heights y está encargado del gobierno civil, de la sanidad y protección de la zona en todos sus órdenes, a la vez que desempeña la presidencia de la Compañía del Canal de Panamá, encomendada de su administración, y que opera como agencia o corporación del gobierno de los Estados Unidos. Al servicio del canal y del ferrocarril hay 18 735 empleados. De ellos, 4211 son ciudadanos estadounidenses.

El canal de Panamá ha sido uno de los negocios más lucrativos del mundo. Se calcula que desde 1914 los beneficios se aproximan a los mil millones de dólares. Según datos facilitados por el *The New York Times*, una vez pagado el coste del gobierno de la zona y los intereses sobre la inversión, que suman aproximadamente unos 41 611 824 dólares anuales, el canal rinde un beneficio neto superior a los 2,5 millones de dólares, de los cuales Panamá recibe poco más de 400 000 dólares.

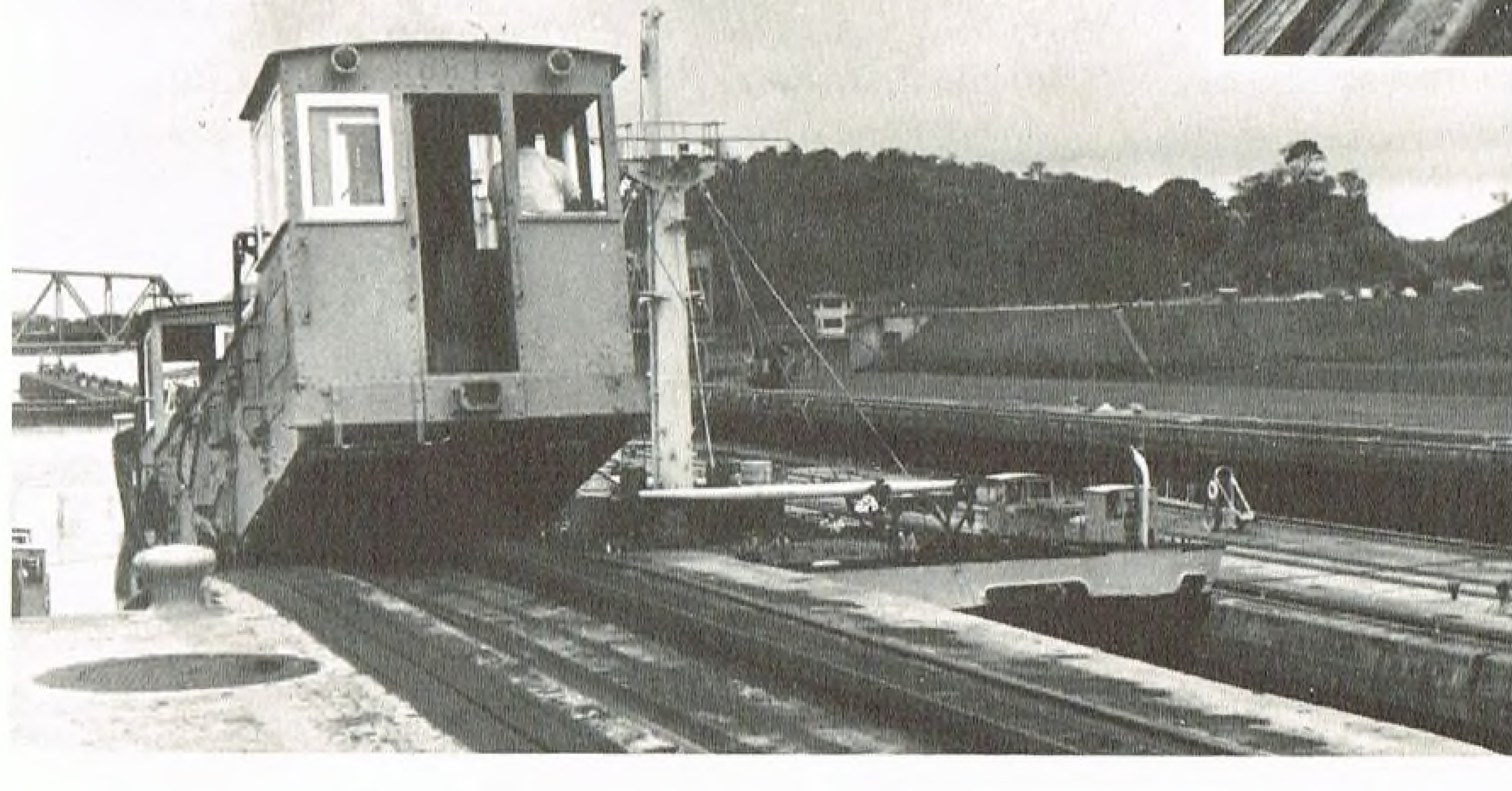


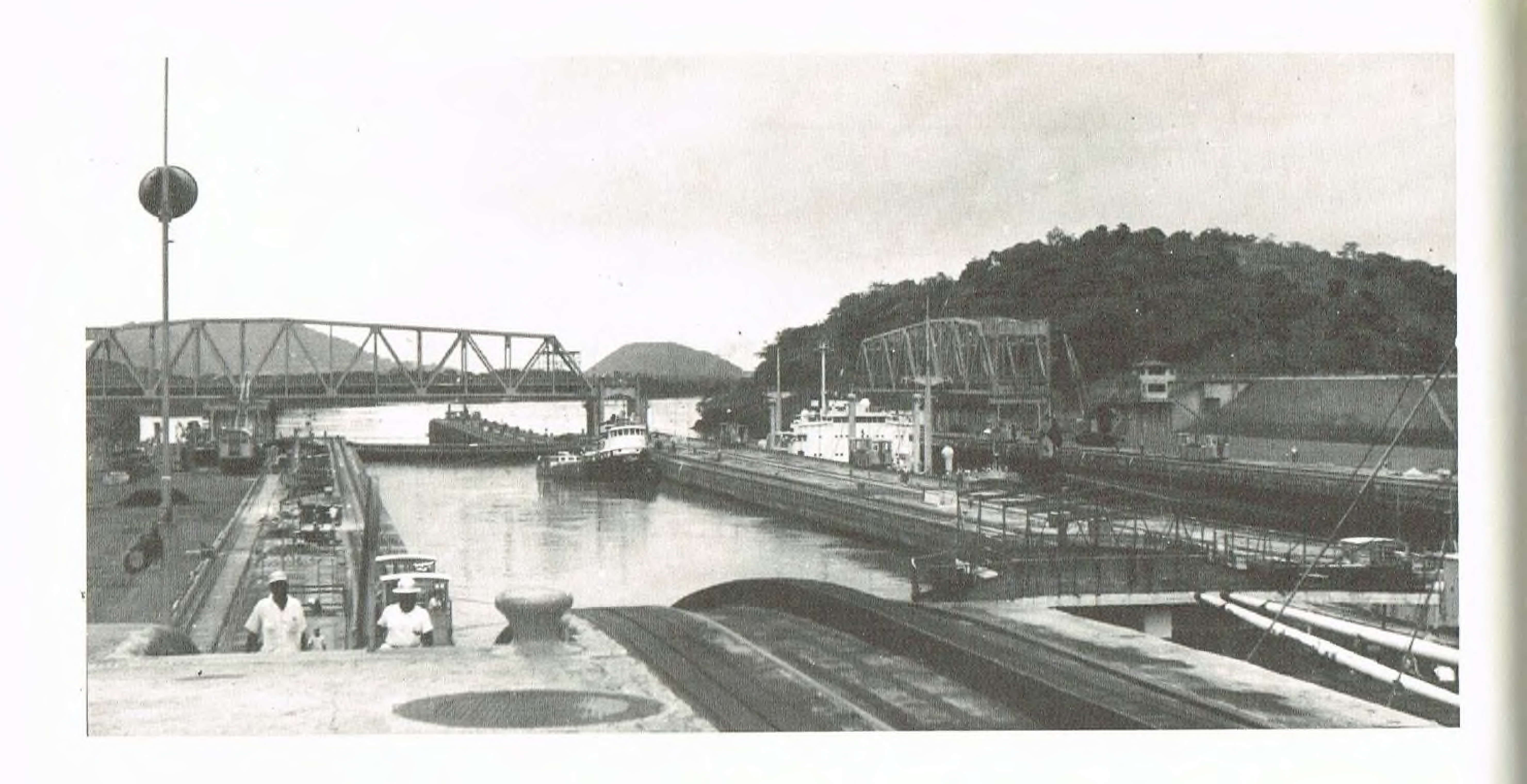
Ésta es una compuerta de una de las varias esclusas que permiten la utilización del canal. El peso total de las 23 compuertas rebasa las 25 000 toneladas. Al cerrarse, las esclusas se llenan de agua y el barco sube o desciende de nivel hasta situarse a la misma altura que el de la esclusa siguiente. Existen dos esclusas en Miraflores, una en Pedro Miguel y tres en Gatún. Cada una de ellas mide unos 300 m de largo y unos 33 de anchura, mientras la profundidad máxima suele ser de unos 23 m. La necesidad de este sistema se hace evidente si tenemos en cuenta que el nivel de las aguas en el Pacífico es 25 cm superior al del Atlántico, pero estas cifras pueden elevarse hasta 6 m en caso de mareas intensas.





Durante el paso de las esclusas, los buques paran los motores y dejan que se les remolque desde la orilla del canal. De este cometido se encargan unas locomotoras eléctricas que los panameños llaman familiarmente «mulas». Éstas discurren por unas vías con una cremallera central. En el paso del canal suelen invertirse de siete a ocho horas, pero en casos excepcionales se ha conseguido pasarlo en menos de cinco horas.





En la fotografía, puede observarse una pequeña embarcación en la primera esclusa. Más allá del puente metálico se aprecia claramente que las aguas están a un nivel más bajo. Ésta es la misión de las compuertas, retener las aguas para conseguir que las embarcaciones se eleven o desciendan. En el transcurso de la travesía, un buque sube unos 28 m respecto el nivel del mar. Es fácil comprobar que el canal hoy no puede cumplir la misión por la que fue creado. Por él no pueden pasar ni los colosales petroleros que recorren los siete mares ni los gigantescos portaaviones de la armada de los Estados Unidos. Se hace sentir la necesidad de abrir otro canal.

La evidente injusticia ha sido reparada en parte últimamente al firmarse un nuevo tratado que eleva a dos millones de dólares el canon anual que Panamá debe recibir de los norteamericanos. Este tratado ha devuelto también al gobierno panameño tierras por valor de 30 millones de dólares, y lo que es más importante, acaba con una serie de favoritismos, desigualdades de salarios, etc., que resultaban enojosos y que habían llegado a constituirse en causas de fricción peligrosas.

Cuando Ernesto de la Guardia fue elegido en 1956 presidente de la República de Panamá, manifestó que la forma en que Egipto había resuelto el conflicto de Suez a su favor era un claro ejemplo que demostraba «la necesidad de revisar las viejas condiciones humillantes impuestas por Estados Unidos a la nación panameña».

Estas declaraciones fueron seguidas de incidentes callejeros; pero a los brotes de violencia de la población contra la «Zona del Canal» sucedieron negociaciones entre Estados Unidos y Panamá. Como fruto de ellas, el 17 de septiembre de 1960, siendo presidente de la república panameña Roberto Chiari, el gobierno norteamericano reconoció la soberanía de Panamá sobre la «Zona del Canal», normalmente litigada desde su establecimiento e injustamente segregada y retenida por Norteamérica.

Esta decisión daba término a la extraña situación política que representaba el hallarse un Estado soberano dentro de otro Estado también soberano.

A raíz de entonces quedó abolida toda discriminación entre norteamericanos y panameños, y se izó la bandera del Panamá junto a la de Estados Unidos. Sin embargo, todavía no se ha dicho la última palabra respecto a la plena y efectiva soberanía, problema cuya solución es sumamente ambigua y comprometida.

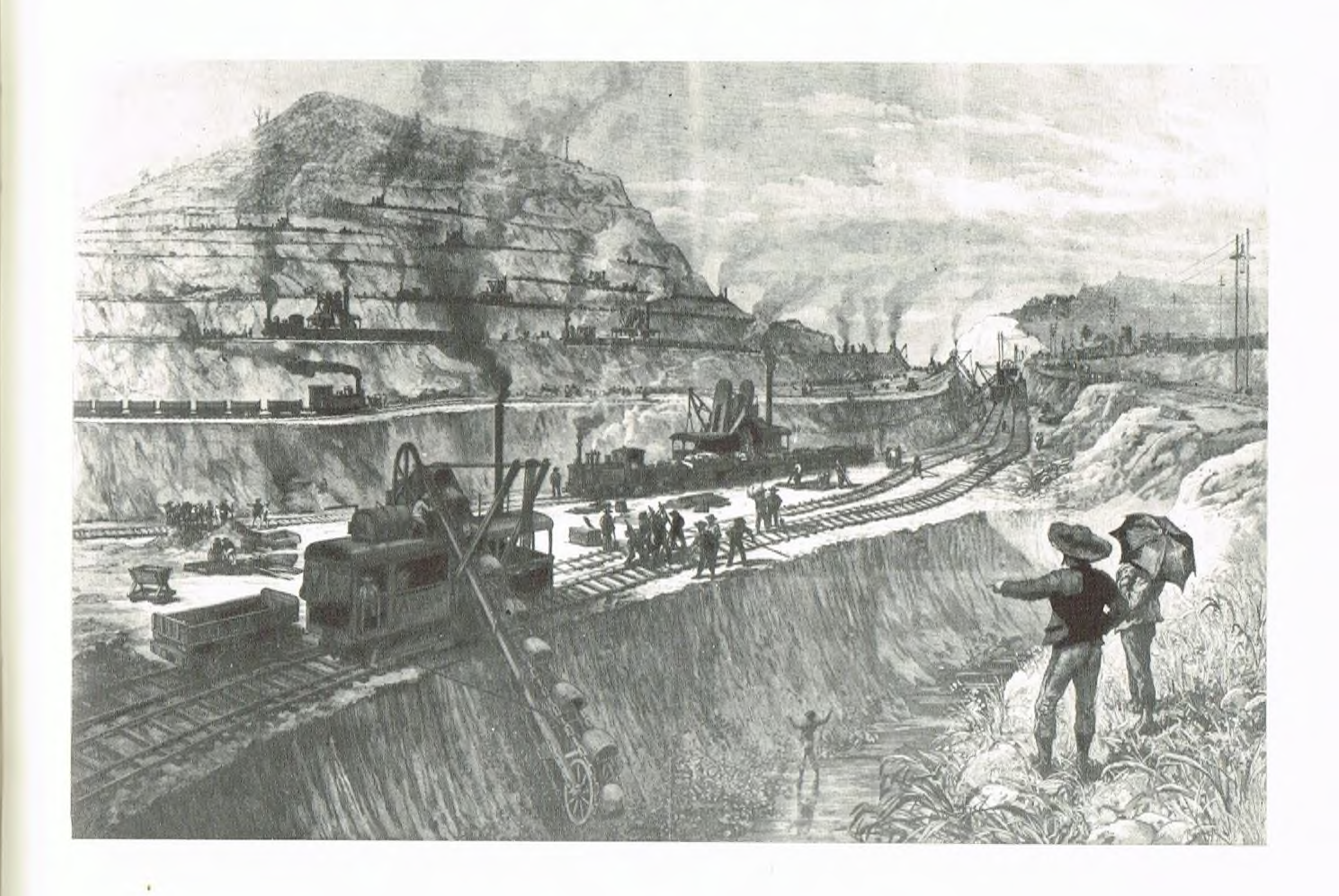
De momento, los Estados Unidos son los propietarios absolutos de esta importante vía de navegación, verdadero nervio marítimo de

Cierra este artículo un grabado retrospectivo. En él se ven los trabajos que se llevaron a cabo para abrir paso al canal. Las máquinas utilizadas eran harto primitivas y casi todo el esfuerzo lo llevaban a cabo los peones (chinos, negros, europeos), muchos de los cuales perdieron aquí su vida. Unos 22 000 durante los trabajos realizados por Lesseps y más de 6000 durante los que dirigieron los norteamericanos. Y no todos debidos a accidentes. Los mosquitos transmisores de la malaria y la fiebre amarilla, la disentería y otras calamidades diezmaron a los obreros; mas, al fin, el canal de Panamá, una gran conquista de la ingeniería moderna, pudo ser inaugurado.

Centroamérica. Sin contar con que en la llamada bahía de Manzanillo, donde comienza la denominada «Zona del Canal», inaccesible la parte izquierda a los mercantes de cualquier bandera, tienen los norteamericanos una base de submarinos y otra aeronaval que constituye uno de los complejos militares más importantes del sistema defensivo-ofensivo de Estados Unidos.

Apoyándose en el principio panamericanista de Monroe «América para los americanos», son muchos los que opinan que el canal debe pasar a manos de Panamá. Otros, en cambio, hallan contradictorio que esté sujeto al arbitrio de un solo país el tráfico por una vía de tanta importancia. Por último, en vista de que el curso de la Historia parece conducir a una progresiva internacionalización de la vida política de los pueblos, ya se ha lanzado la idea de que el canal de Panamá, como todas las grandes rutas interoceánicas, debe estar bajo el control de las Naciones Unidas, al igual que ya están sometidos a su gobierno y administración otros intereses universales.

Entretanto, hay un hecho cierto e indudable: ante el intenso y cada día más creciente tráfico naval, agravado por el tamaño de los buques modernos, el canal de Panamá resulta incapaz de satisfacer las necesidades actuales. Este es, quizás, el problema más grave a resolver por las naciones interesadas.



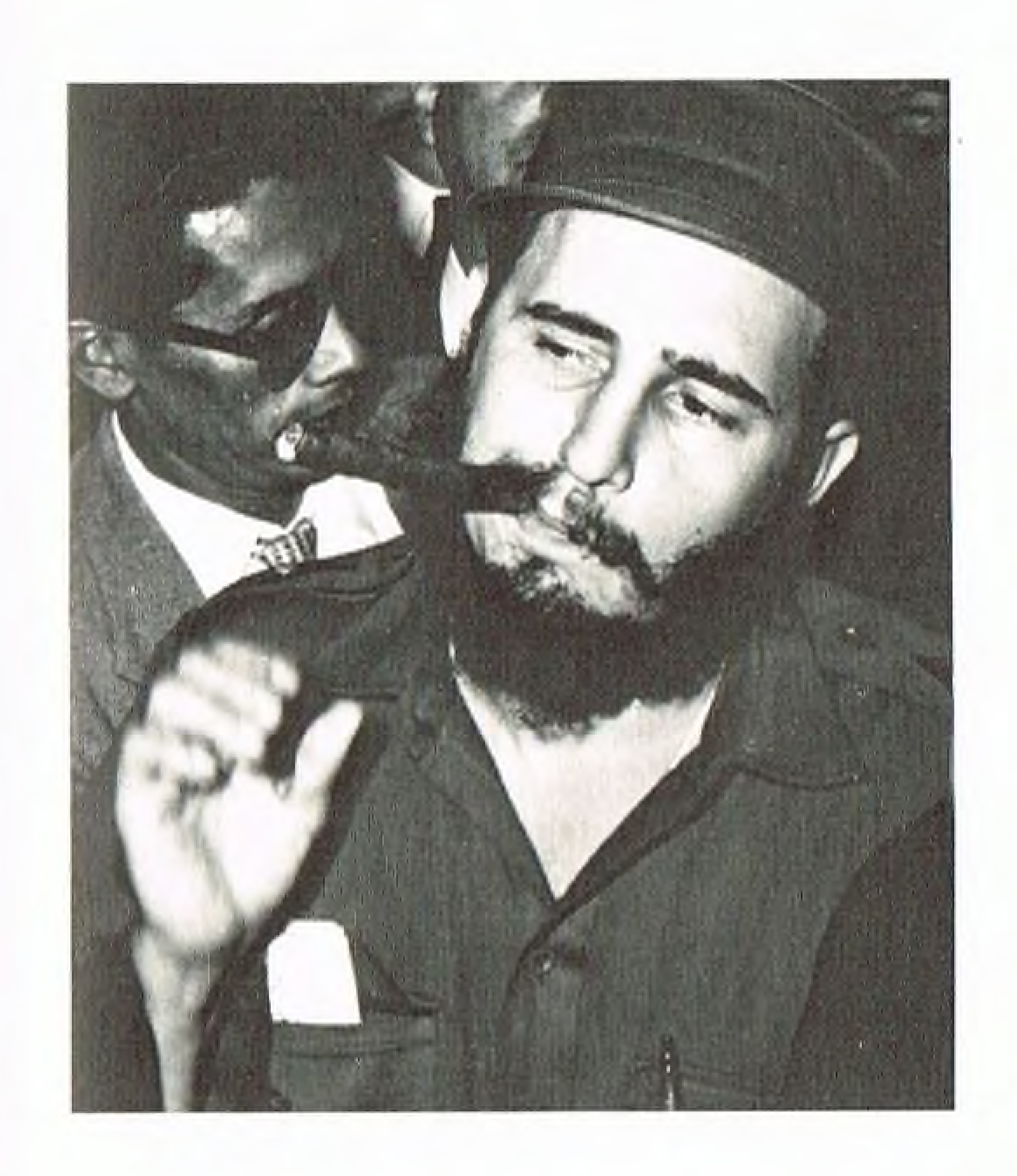






DE HIROSHIMA A LOS AÑOS SESENTA





Un breve resumen gráfico de acontecimientos y figuras en el período que se estudia en este capítulo. En la página anterior, de izquierda a derecha y de arriba abajo: el norteamericano Harry S. Truman (1884-1972) ascendió a la presidencia de su país, en su condición de vicepresidente, a la muerte de Roosevelt, el 12 de abril de 1945, y fue reelegido en noviembre de 1948. Douglas Mac Arthur (1880-1964) fue el general norteamericano que dirigió la II Guerra Mundial en el Pacífico, y parte de la de Corea. La independencia de Argelia resultó dolorosa por la resistencia de Francia a perder un rico territorio: soldados del Frente Nacional de Liberación de aquel país desfilan. El 5 de marzo de 1953 murió Stalin, y su inanimado cuerpo es velado por (de izquierda a derecha) Kruschev, Beria, Malenkov, Bulganin y Voroschilov. Sobre estas líneas: Fidel Castro (n. 1926), jefe del gobierno cubano desde el año 1959.

El año 1945 es una fecha transcendental en la Historia del mundo, no sólo porque alumbró el final de la II Guerra Mundial, sino porque vino a definir una nueva época: la Era Atómica. Los quince años que luego iban a transcurrir hasta iniciarse los llamados «sesenta» están repletos de sucesos importantísimos, son años de historia densa en los que se pueden señalar grandes tragedias e impresionantes logros positivos, además de grandes esperanzas que el tiempo dirá si se convirten en frutos venturosos.

El fin de la II Guerra Mundial

El frente oriental se estaba desmoronando a principios de dicho año. El 17 de enero los ejércitos soviéticos habían entrado en la capital de Polonia, y en febrero se instalaron en la Prusia Oriental.

Del 4 al 11 de este mes tenía lugar la Conferencia de Yalta, en la localidad de este nombre, situada en la costa rusa del mar Negro, donde se decidieron las líneas fundamentales de la paz que ya se veía inminente. En Yalta se reunieron, por última vez, los tres grandes de la guerra: el dictador comunista Stalin, el presidente de los Estados Unidos, Roosevelt, y el «premier» británico, Churchill. Antes de acabar 1945, cuando los máximos dirigentes de la contienda volvieron a encontrarse únicamente Stalin acudiría a la cita. Roosevelt habría muerto y Churchill habría sido sustituido por el laborista Atlee. Pero los extremos acordados en Yalta fueron válidos y a ellos cabe atribuir gran parte de los hechos que ocurrieron en estos quince años, que de un modo brevísimo vamos a retratar.

En Yalta se aprobó la división de Alemania en cuatro zonas de influencia y ocupación (norteamericana, británica, francesa y soviética), las fronteras de Polonia y las reparaciones y exacciones a que deberían someterse los vencidos. Al día siguiente de iniciarse la Conferencia, los rusos entraron en Budapest, y tres días más tarde Turquía, para congraciarse con los vencedores, declaró tardíamente la guerra a Alemania y Japón.

El 13 de abril los rusos saqueaban Viena, y el 26 del mismo mes soviéticos y norteamericanso se abrazaban a orillas del Elba. El 2 de mayo la resistencia de Berlín había terminado. Hitler encontró una muerte digna del *Ocaso de los dioses*, de Wagner, mientras el día antes, el 29 de abril, el Duce italiano Benito Mussolini era asesinado por un grupo de partisanos. El 8 de mayo Alemania capitulaba sin condiciones y el mariscal Keitel firmaba en el Cuartel General del mariscal Zukov unas cláusulas mil veces más duras que el famoso «diktat» de Versalles de 1919.

Del 17 de julio al 2 de agosto tuvo lugar la Conferencia de Potsdam donde se acabaron de perfilar las condiciones del gran vencido: el III Reich. En aquellos meses Europa experimentó uno de los mayores movimientos migratorios de su Historia. Unos 12 millones de alemanes fueron expulsados de los territorios orientales, Prusia fue absorbida por la URSS y la frontera polaca se corrió muchos kilómetros a occidente. Un número incalculable de fugitivos, temerosos de caer en manos comunistas, agravaron este éxodo terrible.

La «desnacificación» y las represalias comenzaron, y en octubre murieron Quisling, el colaboracionista noruego cuyo nombre ha pasado a ser un símbolo de traición y cooperación con el vencedor, y el político francés Pierre Laval. Philippe Pétain era también encarcelado.

En septiembre de 1946 comenzó el Proceso de Nuremberg, donde se juzgó a los criminales de guerra nazis. Se dictaron doce sentencias de muerte, siete diversas penas de cárcel y sólo tres encartados resultaron absueltos. En 1972 había de permanecer aún abierta la tétrica cárcel de Spandau donde el dirigente alemán que un día se fugara en avión para aterrizar en Inglaterra, Rudolf Hess, constituía la última reliquia del famoso proceso.

Sin embargo, la paz y la buena armonía entre los vencedores duraron muy poco. A la URSS no le gustó que América pusiera en marcha el llamado Plan Marshall destinado a ayudar a la reconstrucción de los países devastados por la contienda, y que comenzó a hacerse efectivo en 1947. Tampoco le gustó que comenzaran a vislumbrarse tendencias unionistas entre los países que luego habían de dar vida al Mercado Común Europeo, por ejemplo, la creación del Benelux (Bélgica, Holanda y Luxemburgo), constituido en octubre de 1947. Por su parte, no dudó en impulsar las actividades del Kominform, que mantenía la unión de todos los partidos comunistas del mundo bajo la dirección suprema de Moscú. El Kominform fue creado medio mes antes que el Benelux.

Entonces nacieron dos expresiones que debían perdurar hasta nuestros días y que debían crear un clima de angustia y desconcierto entre todos los hombres de buena voluntad: «la guerra fría» y «el telón de acero». Un buen día los Comisarios de las cuatro zonas de ocupación de Berlín rompieron la escasa armonía que reinaba desde el final de la guerra y la antigua capital del Reich quedó dividida, como lo está en nuestros días, en Berlín oriental y Berlín occidental. Winston Churchill fue el que inventó la denominación de «telón de acero» para significar la barrera material y moral que desde entonces separa a los «occidentales» de los «socialistas».

El 1 de mayo de 1948 las tropas soviéticas cortaron los accesos al Berlín occidental, esperando que los aliados claudicaran pero Norteamérica, en un alarde impresionante, comenzó a abastecer a la gran ciudad por medio del llamado Puente Aéreo, un modelo de técnica y de organización. Desde aquella fecha hasta julio de 1949 se llevaron a efecto 277 728 vuelos, cubriéndose 146 millones de kilómetros y transportándose cerca de dos millones y medio de toneladas de víveres, carbón, medicamentos, etc. Finalmente, los rusos levantaron el bloqueo y Berlín volvió a la normalidad, es decir, continuó como hasta la fecha, dividido en dos partes antagónicas, arbitrariamente delimitadas por unas fronteras que en los años sesenta debían culminar en el llamado «muro de la vergüenza», porque la normalidad de Berlín consiste precisamente en la permanencia de una anormalidad.

En diciembre de 1948 los países occidentales habían creado el Pacto Atlántico, que en 1949 dio a luz la NATO o Tratado del Atlántico Norte, alianza defensiva que aún subsiste y que abarca países como Grecia y Turquía, muy alejados de la parte septentrional del océano mencionado. En aquel mismo año 1949 se consolidaba de un modo quizás irreparable la división de Alemania. El día 13 de mayo se constituyó la República Federal Alemana, con capitalidad en Bonn, y el 7 de octubre la República Democrática Alemana, cuyo gobierno reside en Pankow.

Fenómeno insólito en la Historia, los vencedores de la II Guerra Mundial se arrogaron la jurisdicción de juzgar a políticos y militares de los países vencidos. Los de Alemania fueron sometidos, en virtud de esta iniciativa, a un proceso desarrollado en Nuremberg desde el 20 de noviembre de 1945 al 1 de octubre de 1946. Como consecuencia de él fueron condenados a muerte 12 procesados, que fueron ahorcados, salvo dos:



Goering, que se suicidó, y Martin Bormann, que no fue hallado. Tres, lo fueron a cadena perpetua; dos, a veinte años de prisión, y uno, a quince. Otros tres fueron hallados no culpables. Sólo uno de estos condenados, Rudolf Hess, actualmente (1972) encerrado en la cárcel de Spandau. En la fotografía aparece esta cárcel de Spandau en el momento del cambio de la guardia soviética por la norteamericana.



La Unión Soviética había logrado crear un amplio cinturón defensivo que salvaguardaba sus fronteras: los llamados países satélites que eran Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Bulgaria, Rumania, Yugoslavia y Albania. Al paso de los años, poco a poco irían independizándose en parte de la férula de Moscú, y Albania llegaría a constituir el único país pro-chino de Europa. En junio de 1948, Tito, el dictador yugoslavo, rompió de forma espectacular con Stalin. Mucho más tarde, ya en los años sesenta, las diferencias entre Moscú y los países del Occidente europeo iban a suavizarse debido, en gran parte, a la actitud de Inglaterra y Francia, pero la unidad de Europa había desaparecido.

El despertar de Asia

Mientras la resistencia del Eje Roma-Berlín se resquebrajaba en Europa, la resistencia nipona seguía siendo formidable. La isla de Iwo Jima había sido atacada el 19 de febrero de 1945 y no se rindió hasta el 26 de marzo. ¿Sería preciso conquistar isla por isla, a saltos sangrientos y costosísimos, toda la inmensidad del Pacífico y el Asia meridional que los japoneses habían ocupado? Esta era la opinión corriente incluso entre estrategas, puesto que sólo un grupo muy reducido de privilegiados había podido presenciar los experimentos de una bomba de poder terrorífico que los Estados Unidos probaban en Alamogordo. Bastaron dos bombas atómicas lanzadas a primeros de agosto sobre las poblaciones tristemente célebres de Hiroshima y Nagasaki para que el Imperio del Sol Naciente aceptara la rendición incondicional que se firmó el 2 de septiembre de 1945 en la cubierta del acorazado americano *Missouri,* anclado en el puerto de Tokio.

Impulsado por las frondas que sacudían los escaños de las Naciones Unidas, y por la decidida y firme idea anticolonialista que inspiraba la política de Washington, el Tercer Mundo comenzó a agitarse; Asia y África iban a caminar por el espinoso sendero de múltiples independencias, cuyas primeras manifestaciones se dieron en el Sudeste asiático.

Cuando las tropas japonesas se retiraron, Indonesia se proclamó república independiente en agosto de 1945, hecho que no pudo tolerar Holanda, a quien habían pertenecido las opulentas islas antes de la guerra. Y cuando apenas se habían enfriado los cañones, volvió a llover la metralla en esta torturada parte de Asia, que no ha conocido, desde entones, la paz. La misma rebeldía, esta vez contra Francia, surgió en Indochina, y aquel mismo año de 1945 levantó bandera de combate en las tierras de Vietnam, Laos y Camboya el que había de ser el mítico presidente del futuro Vietnam del Norte: Ho Chi Minh. La historia de aquellas sangrientas luchas ha sido relatada en otro artículo publicado en esta obra bajo el título de *El turbulento Sudeste asiático.*

Filipinas, antaño tierra española, accedió a la independencia en julio de 1946, constituyendo desde entonces no sólo una avanzada del mundo llamado occidental, sino un firme apoyo a la política norteamericana, que pronto comprendió que su deber estaba en la defensa de Asia contra la amenaza comunista. La destrucción de los ejércitos de Chiang-Kai-shek, refugiado en Formosa, determinó el advenimiento de Mao-Tse-tung y el comunismo chino que se instaló en Pekín el 22 de enero de 1949. Al año siguiente, la China Roja se encontraba totalmente aislada, exceptuando los puertos libres de

Macao, en manos portuguesas, y Hong-Kong, gobernado por los ingleses, que habían reconocido —caso único en aquellos tiempos— el gobierno comunista de Pekín el 6 de junio de 1950. Desde el Japón, fuertemente mediatizado por Washington, pero que resurgía del desastre, hasta Malasia, los norteamericanos establecieron una barrera defensiva de seguridad cuyas bases principales eran las islas Ryu-Kyu, Formosa, Corea del Sur, Filipinas y Tailandia, éste el único país asiático que jamás fue colonia de Estado europeo.

Ya hemos dicho que el Sudeste asiático no iba a encontrar la paz en estos quince años que estamos considerando, a pesar de que en 1954 se celebró en Ginebra una conferencia para delimitar las fronteras de Vietnam del Norte y Vietnam del Sur: el jamás respetado paralelo 17°.

Antes de la I Guerra Mundial, Londres había prometido amplia autonomía y hasta independencia a la India, pero la palabra dada no se cumplió y el mahatma Gandhi estuvo varias veces encarcelado y casi siempre perseguido por desear la libertad de su pueblo. Después de 1945, Gran Bretaña comprendió que no podía retardar más la independencia de la India, que el 26 de febrero de 1948 adoptó el régimen republicano y eligió como presidente al pandit Nehru. El auténtico héroe de aquella independencia no pudo ver tan feliz acontecimiento: Gandhi había sido asesinado el 30 de enero del mismo año.

Sin embargo, la independencia de la India tuvo lugar entre un gravísimo conflicto demográfico. Las ancestrales luchas entre hindúes y musulmanes amenazaban con degenerar en una terrible matanza en cuanto se retiraran las tropas inglesas. Para evitarla se acudió al expediente de crear un Estado de mayoría musulmana, Pakistán, dividido en dos partes, oriental y occidental, separadas por la India de Nehru. El trasiego de población fue enorme, de muchos millones de personas que se desplazaron movidos por un ideal puramente religioso, hecho que determinó la existencia de estos dos países, que no siempre han sabido vivir en paz y buena armonía.

Y si estas convulsiones agitaban al Sur y Sudeste asiático, no eran menores las que vieron aparecer el Estado de Israel, promesa largamente aplazada, pero que se convirtió en realidad en mayo de 1948. Nacía entonces un Estado artificial, arrancado de las viejas tierras de Palestina, donde se asentaron unos millones de judíos procedentes de las más diversas partes del mundo. La Diáspora dejaba de ser una leyenda, y en una tierra ingrata y rodeada de enemigos, se iba a edificar un Estado moderno, cuya primera misión fue guerrear.

Siria y Líbano nacieron de dos antiguas colonias francesas; Jordania, Irak, Arabia Saudí y el Yemen habían sufrido o se habían beneficiado, según se considere, de la influencia inglesa desde los tiempos en que Turquía, al terminar la I Guerra Mundial, hubo de retirarse del Próximo Oriente.

El 22 de marzo de 1945 se constituyó la Liga Árabe radicada en El Cairo. Egipto, desde el primer momento, se convirtió en el paladín de la lucha contra los judíos de Israel, una animadversión que no ha terminado, ya que los Estados árabes se propusieron, y no han renunciado a ello, destruir el Estado de Israel.

La guerra, firmemente sostenida y llevada a buen término por los israelitas, terminó con el armisticio de 23 de febrero de 1949. De entonces data la división de la ciudad santa de Jerusalén, compartida hasta 1967 por Israel y Jordania, que en aquellos años se

Por primera vez después del fin de la II Guerra Mundial, se reunieron en Ginebra representantes de las cuatro grandes potencias aliadas en los días 18-24 de julio de 1955. En el fondo, a la izquierda, la delegación rusa con Kruschev, Bulganin, Molotov y Gromiko. A continuación, los norteamericanos Foster Dulles y el presidente Eisenhower. De espaldas, a la derecha, la representación francesa con Pinay y Edgar Faure. Por último, la británica en la que figura Anthony Eden y Mac Millan. Los resultados de la reunión fueron pobres, pero pareció anunciarse un cambio de ambiente después de la guerra fría.

había convertido en reino hachemita gobernado por el rey Abdullah, padre de Hussein II.

Más tarde volveremos a hablar del Próximo Oriente durante los años cincuenta.

Las Naciones Unidas y la guerra de Corea

La II Guerra Mundial había sido el conflicto más sangriento y universal, a escala planetaria, que había vivido el hombre. Nunca como entonces se habían empleado medios de destrucción tan mortíferos, en ningún caso se había castigado tan duramente a la población civil, y no existía recuerdo de persecuciones raciales y políticas tan implacables y repugnantes como las que se vierón durante aquellos interminables años de guerra. Téngase en cuenta que en Europa únicamente habían permanecido neutrales cinco Estados: Suiza, Suecia, Irlanda, España y Portugal.

En el ánimo de los vencedores se hizo vivo el deseo de que aquélla fuese la última de las guerras, deseo que siempre se ha experimentado cuando el hombre se ha cansado de combatir. La Paz de Versalles alumbró la Sociedad de las Naciones con sede en Ginebra, que no pudo evitar la conflagración de que estamos hablando. Por tanto, era preciso no caer en los errores de Ginebra y crear una entidad universal cuyos ideales fuesen la paz y la cooperación entre



las naciones. El primer paso fue la Carta del Atlántico, ratificada por 26 países el 1 de enero de 1942. El 25 de junio de 1945 se reunieron en San Francisco de California representantes de 51 países que aprobaron la estructuración de una Organización de las Naciones Unidas bajo la tutela de los cinco grandes: Estados Unidos, Unión Soviética, Gran Bretaña, Francia y China Nacionalista. Así nació la ONU, entidad que pronto tuvo un impresionante edificio propio en la ciudad de Nueva York y que desplegó ramas mucho más fecundas que la propia asociación que les dio vida: la UNESCO, la FAO, la OMS, etc., que han llevado a término una envidiable labor digna de todo aplauso y elogio en su deseo de luchar contra el hambre, la enfermedad y la ignorancia en todo el planeta.

Sin embargo, la primera Asamblea General tuvo lugar en Londres el 10 de enero de 1946 y en aquella reunión no figuraron los países vencidos. Italia no entraría hasta 1955 y Japón hasta 1956. Las dos Alemanias quedarían, hasta la fecha, fuera del gran organismo internacional.



El 20 de junio de 1949 fueron proclamados los Principios de los Derechos del Hombre, código lleno de altruismo, generosidad y comprensión humana que, por desgracia, no se aplica en todos los meridianos de la Tierra. Y un año más tarde las Naciones Unidas iban a tomar parte en una guerra.

Si bien las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki han sido las únicas que se han lanzado contra poblaciones urbanas en hechos de guerra, pronto se vio que el sensacional descubrimiento iba a desarrollar una serie de inventos y aplicaciones que si unos han sido altamente beneficiosos para la humanidad — Átomos para la Paz —, otros han llevado a nuestras generaciones a una carrera de armamentos capaz de destruir toda la vida en la faz de la Tierra. La guerra

fría activó ya en los años cuarenta el afán de perfeccionar este nuevo medio de aniquilación.

En julio de 1946 los norteamericanos hicieron estallar una bomba experimental en Bikini, un atolón del Pacífico. Al año siguiente, los soviéticos habían conseguido repetir el experimento en algún lugar de la dilatada tundra siberiana. El último día de enero de 1950 el presidente norteamericano Truman anunció que poseía la bomba H, mucho más potente que la bomba A. Dos años más tarde los ingleses hicieron estallar su artefacto nuclear, y al cabo de un mes, en noviembre de 1952, en Eniwetok, se elevó por los aires la silueta del siniestro hongo que anunciaba el estallido de la primera bomba H de la Historia. Antes de que hubiese transcurrido un mes, los rusos experimentaron la suya, y desde entonces la carrera por la prepotencia nuclear mundial no ha terminado.

Al finalizar la II Guerra Mundial, la península de Corea, que había pertenecido al Japón desde 1910, fue ocupada casi simultáneamente por tropas soviéticas y norteamericanas, dividiéndose el país y la zona de influencia por el famoso paralelo 38°. En 1948, de una forma parecida a la usada en Alemania, se proclamó la República Popular de Corea del Sur, de clara tendencia liberal-capitalista.

De modo rapidísimo e inesperado, las tropas de Corea del Norte atravesaron el paralelo 38° el día 25 de junio de 1950 y arrollaron a las desprevenidas divisiones de Corea del Sur, llegando hasta Fusán, en el extremo meridional de la península. Entonces, aprovechando la ausencia del delegado ruso, las Naciones Unidas aprobaron el envío de tropas en auxilio de los surcoreanos, y comenzó una guerra terrible y sangrienta que no debía terminar hasta el 27 de julio de 1953. El general Mac Arthur había conseguido llevar sus tropas victoriosas hasta las riberas del río Yalu y pidió permiso al presidente Truman para usar bombas nucleares contra China. Posiblemente aquel fue un momento decisivo para la historia del mundo, ya que hubiese significado, o el fin de la China Roja o el comienzo de la III Guerra Mundial. Pero Mac Arthur fue destituido y en abril de 1952 comenzaron unas larguísimas negociaciones que terminaron en el armisticio de Panmunjon en la fecha ya citada. Una guerra sin vencedores ni vencidos declarados que dejó las cosas tal como estaban antes de la lucha, pero que había servido para tantear hasta qué punto las naciones occidentales estaban dispuestas a ceder a las presiones comunistas. Y se vio que no estaban dispuestas a claudicar.

El temor a que la guerra de Corea se convirtiese en fulminante de una nueva conflagración mundial impulsó al presidente norteamericano Truman a destituir al general Mac Arthur de la jefatura de los ejércitos aliados en aquella península y nombrar para el mismo cargo al también general norteamericano Matthew B. Ridgway, hasta entonces comandante en jefe del VIII ejército norteamericano en Corea. En la fotografía puede verse a los dos militares reunidos: delante, con gafas oscuras, Mac Arthur; detrás, sin gafas, Ridgway.

En mayo del año siguiente, en 1954, las tropas francesas sufrieron en Indochina el desastre de Dien Bien Fu, donde quedó prisionero o aniquilado el ejército colonial francés. Entonces comenzó a asomar una tímida y limitada ayuda norteamericana, pero el conflicto quedó zanjado de momento al firmarse en Ginebra el tratado de julio del año 1954 por el que Vietnam del Norte quedaba separado de su homónimo del Sur por el paralelo 17°. Mientras en el Norte empezaba a gobernar el hasta entonces guerrillero Ho Chi Minh, en el Sur se entronizaba la que luego debía llamarse «Dinastía Diem», encabezada por Ngo Dihn Diem, y que en el referéndum de 1955 derrotó completamente al emperador Bao Dai y proclamó la república.

Aquel mismo año consiguió la independencia definitiva, librándose del colonialismo holandés, la república de Indonesia, que tenía en el general Sukarno su ardiente caudillo. Más tarde la nueva nación se apoderaría de la parte occidental de la isla de Nueva Guinea, constituyendo un Estado con cerca de cien millones de habitantes.

Francia y Holanda perdieron, pues, su extenso y rico imperio colonial en Asia, y en 1957 Gran Bretaña hubo de conceder la independencia a sus posesiones de Malaca, Singapur, Sarawak y Sabah, ésta en la isla de Borneo, dando paso a la Federación Malasia. El proceso de descolonización en aquella zona quedaba terminado, lo cual no significa que empezara a reinar la paz.

Es significativo que en septiembre de 1954 se constituyera la Organización del Tratado del Sudeste Asiático (SEATO), formada por Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Tailandia, Pakistán, Filipinas, Australia y Nueva Zelanda. Una importante agrupación de naciones que se comprometían a cerrar el paso al comunismo, pero que en los años siguientes demostraron una gran falta de cohesión y comunidad de propósitos.

En abril de 1955 se celebró la Conferencia de Bandung que alumbraba un intento de unión entre los que iban a constituir el Tercer Mundo: 29 países que agrupaban más de 1300 millones de seres.

Mientras tanto, la China Roja iba perfilando su línea política bajo la dirección indiscutible de Mao-Tse-tung. En enero de 1951 las tropas comunistas chinas habían ocupado el Tíbet entrando en la sagrada ciudad de Lasha, de donde había huido el Dalai Lama buscando refugio en la India. En ocasiones posteriores, China iba a intentar asegurarse de si la resistencia de este país era bastante firme, quizá como preludio a la gran inversión de esfuerzos que en los años sesenta iba a representar la terrible guerra del Vietnam.

Egipto y el Próximo Oriente

En los años cincuenta la atención mundial referida al Próximo Oriente iba a centrarse en la revolución egipcia, que cambiaría radicalmente el panorama del milenario país. El rey Faruk I fue destronado por el general Naguib en 1952 y al año siguiente se proclamó



la República. Egipto sufría un atraso de siglos y la monarquía que heredó el gobierno usufructuado durante largos años por Inglaterra, no demostró estar capacitada para llevar a cabo los cambios que el sistema feudal requería. Pero tampoco fue el general Naguib el hombre indicado para llevar a cabo esta transformación, y en 1956 fue sustituido por el entonces coronel Gamal Abdel Nasser, el hombre fuerte, decidido, declarado adversario de los judíos y los capitalistas.

El primer problema que planteó Egipto fue el del canal de Suez. Ya en 1951 el gobierno de Faruk I había denunciado los derechos, mejor dicho, el dominio total que los británicos ejercían sobre la zona del canal, sin que se consiguiera modificación notable de ninguna especie. El 26 de julio de 1956, de forma tajante, Nasser anunció la expropiación de los bienes de la compañía que administraba los derechos de paso y nacionalizó el canal de Suez. Francia y Gran Bretaña protestaron enérgicamente, sin que lograran inclinar a su favor el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Entonces estalló la brevísima Guerra del Canal. El 28 de octubre de 1956, tropas francesas, inglesas e israelíes ocuparon Port Said y la península del Sinaí. El régimen de Nasser se tambaleó ante la embestida militar que el ejército egipcio no pudo resistir, y los tres aliados hubiesen conseguido sus propósitos de no intervenir las Naciones Unidas, tras las cuales se encontraban los Estados Unidos. El régimen de Nasser se consolidó y al año siguiente el canal de Suez volvió a abrirse para todos los barcos... excepto para los que llevaran el pabellón de Israel.

Al año siguiente se constituyó la República Árabe Unida, que de momento agrupó a Egipto y a Siria, y unos meses más tarde el presidente egipcio realizaba una espectacular visita a Moscú. La financiación de la presa de Assuan, finalmente, iba a ser llevada a cabo con rublos y no con dólares. Año tras año, el prestigio de Nasser iba en aumento, y no sólo en el Próximo Oriente, sino en todo el mundo árabe, que se agitaba al influjo de la palabra «petróleo».

En 1951 había surgido un serio conflicto entre el gobierno del Irán y la poderosa Anglo Iranian Oil Company. No se olvide que la URSS había puesto sus ojos en Teherán. El jefe del gobierno que se proponía barrer la influencia inglesa, Mossadeq, fue derribado en 1953 y más tarde condenado a cinco años de prisión. Las compañías petrolíferas cedieron en parte y los grandes del oro negro — Arabia Saudí, Kuwait e Irán, principalmente — empezaron a cobrar grandes y saneados dividendos.

El 14 de julio de 1958 fueron asesinados el rey Faisal II del Irak y su tío Abdull Illah, proclamándose la república en el pequeño país. El Pacto de Bagdad, laboriosamente preparado y mimado por los ingleses, y que transformó su nombre por el de CENTO, Organización del Tratado Central, no pudo adquirir nunca la fuerza de otros pactos a pesar de que su sede radicara en Ankara y que Turquía contribuyera a mantener una unidad harto difícil en los países del Próximo Oriente. Al borde de los años sesenta — exceptuando la crónica tensión entre estos países e Israel, y la guerra del Yemen — esta región de Asia conocería unos años de paz y bienestar, aunque estas naciones no hayan conseguido, ni en nuestros días, librarse del estado de subdesarrollo en que viven.

La negativa de Estados Unidos y otras potencias occidentales a ayudar económicamente a Egipto indujo a Gamal Abdel Nasser (1918-1970), presidente de este país, a realizar dos medidas que tuvieron grandes consecuencias internacionales. El 26 de julio de 1956 declaraba nacionalizado el canal de Suez, lo que provocó una guerra inmediata. Y poco después requería a la Unión Soviética para que le prestara ayuda económica y técnica para la construcción de la gigantesca presa de Assuan. En la ilustración, Nasser recibe explicaciones de los ténicos rusos llegados a Egipto.

Estados Unidos, la Unión Soviética y Europa

El final de la II Guerra Mundial y la angustiosa decisión de bombardear Japón con bombas atómicas correspondió a un presi-

dente interino de los Estados Unidos: Harry S. Truman, un hombre sencillo, poco destacado, pero que cumplió con firmeza sus tareas y que en la efectividad de su cargo llegó a enfrentarse con el general Mac Arthur, el héroe de Filipinas.

En noviembre de 1952 fue elegido presidente el general Eisenhower, el hombre que dirigió a los ejércitos aliados en el desembarco de Normandía y los llevó a la victoria final. Cuatro años más tarde, en 1956, fue reelegido y durante su mandato prosiguió la que había de ser durante muchos años la línea fundamental de la política norteamericana: en Europa, ayuda económica para que pudiera recuperarse; frente a los países comunistas, intransigencia y mantenimiento de la guerra fría, y cara al Tercer Mundo, prosecución de los ideales que iban a llevar a estas naciones de la etapa colonial a la plena independencia. Estados Unidos aumentaba día a día su enorme riqueza, sus ejércitos y la indiscutible autoridad internacional que dan la fuerza y el dinero.

De forma inesperada el 5 de marzo de 1953 se produjo la muerte del dictador rojo José Stalin. Aunque de momento las cosas quedaron confusas, puesto que Malenkov, el sucesor del georgiano, manifestó que nada había cambiado, pronto se vio que en Rusia había comenzado el «deshielo». La muerte del odiado Beria y la posterior ascensión de Bulganin presagiaban que los duros tiempos de las purgas, las deportaciones en masa y la ley del tiro a la nuca estaban en trance de desaparecer.

Sin embargo, en mayo de 1955 se firmó el Pacto de Varsovia, que era el equivalente comunista al Pacto del Atlántico Norte (NATO) de los occidentales. Una conferencia entre el presidente norteamericano Eisenhower y el soviético Bulganin hubiese podido suavizar la guerra fría y comenzar una posible etapa de colaboración, o por lo menos de mejor entendimiento entre las dos grandes superpotencias, de no haber coincidido con el abatimiento por las fuerzas antiaéreas rusas de un avión U-2 de espionaje norteamericano que volaba dentro de las fronteras de la Unión Soviética.

El 14 de febrero de 1956 se inició la subida al poder de un hombre discutido, rudo, a veces mordaz y sarcástico, a veces grosero, en ocasiones ingenioso, pero que iba a ejercer una gran influencia en la política mundial. Nikita Kruschev. A este político irascible, que no dudó en descalzarse y golpear con su zapato la mesa de conferencias en una solemne sesión de las Naciones Unidas, le cupo la decisión de reprimir los disturbios anticomunistas de Poznan de junio de 1956, y la durísima lucha en Hungría para aplastar una sublevación; una corta y sangrienta guerra civil que duró del 23 de octubre al 4 de noviembre de aquel mismo año y que una parte del mundo no vivió en toda su intensidad porque coincidió con la guerra del canal de Suez. El mundo libre recibió con total repulsa las noticias de la represión que sufrió el pueblo húngaro, pero las divisiones norteamericanas destacadas en Europa no se movieron para ayudar a los patriotas de Budapest.

Si Kruschev parecía haber tomado la iniciativa política, es evidente que la URSS pasó a un primerísimo plano de actualidad asombrando al mundo al iniciar la Era de la Astronáutica. El *Sputnik I*, que lanzó el 3-4 de octubre de 1957, seguido del *Sputnik II*, tripulado por la perrita *Laika*, demostraron que los alardes propagandísticos de Moscú en el sentido de que la ciencia y la técnica comunistas se encontraban en alto grado de desarrollo eran ciertos. Desde entonces, incluso hasta llegar a los años sesenta, si bien los Estados Unidos



llegaron a demostrar que poseían grandes recursos e iniciativa, siempre fueron a la zaga de la Unión Soviética en lo que a hazañas astronáuticas se refiere. En 1959 los *Lunik* rusos habían conseguido fotografiar la cara opuesta y desconocida de la Luna y mandar a la Tierra numerosas imágenes de esta parte de nuestro satélite natural, que hasta entonces ningún mortal había podido contemplar.

En el resto de Europa, de los hombres que habían hecho la guerra o habían iniciado los primeros pasos de la reconstrucción, solamente De Gaulle se mantenía en primera línea de actualidad. El viejo Churchill, que al final de la contienda había sido arrinconado por Atlee, había dejado paso franco a su sucesor, Anthony Eden, y éste, a su vez, por Macmillan. Alemania, dirigida por el anciano doctor Adenauer, se recuperaba en forma tan rápida y asombrosa, que dio lugar a la expresión de «milagro alemán». El sistema económico liberal y la democracia cristiana hicieron el prodigio de que Italia y Alemania, aniquiladas desde el punto de vista moral y financiero después de 1945, alcanzaran cimas de prosperidad no soñados antes de la contienda.

Las terribles consecuencias de las dos bombas atómicas — únicas caídas sobre lugares habitados — que estallaron en Japón en 1945, y que provocaron la rendición de este país, no hicieron olvidar a los hombres la posible utilización de este tipo de energía para fines pacíficos. Tal fue la razón de que Estados Unidos, bajo la presidencia del general Eisenhower, tomara la iniciativa de «Átomos para la paz», que aquí acaba de presidir. De este movimiento nació la Agencia Internacional para la Energía Atómica, que tiene su sede en Viena y a la que compete todo lo relativo a su utilización pacífica.

Por su parte, las monarquías demostraban su viabilidad en los países culturalmente avanzados, como Suecia, Dinamarca, Holanda y Bélgica. En este país el rey Balduino, que subió al trono en 1951, logró llevar con firme rienda la dirección del pequeño Estado y salvar la grave crisis que se produciría en el año 1960 al ceder la riquísima colonia del Congo.

El Reino Unido demostró que podía perder la mayor parte de su dilatado imperio colonial sin que su economía ni su prosperidad naufragaran. La reina Isabel II, que subió al trono el 6 de febrero de 1952, demostró un tacto e inteligencia que hicieron recordar a su augusta antecesora la emperatriz Victoria de principios de siglo.

Europa se integraba. Francia, que había demostrado ser el más inestable, políticamente, de los países triunfadores, encontró de nuevo el hombre que, en el último momento, siempre salva a Francia, el general Charles De Gaulle, que en los años sesenta terminaría con el sangriento conflicto de Argelia y daría a Francia una estabilidad política como nunca había conocido en el siglo actual.

El 20 de septiembre de 1953, España y los Estados Unidos firmaron un Pacto de Amistad y ayuda mutua. España se iba recuperando de su terrible contienda civil y se disponía a iniciar los primeros pasos de su futuro desarrollo, que iba a producirse en los años sesenta.

Pero los hechos más importantes que se refieren a Europa son los que han venido a determinar su integración económica y política. En 1949 se había creado en Estrasburgo el llamado Pool del Carbón y el Acero, la OECE, Organización Europea de Cooperación Económica, que tendía a fundir las economías de los Seis: Alemania, Francia, Italia y Benelux (Bélgica, Holanda y Luxemburgo). El Mercado Común se ponía en marcha, y frente al poderío inmenso de los Estados Unidos o de la URSS, la Europa Occidental demostraba que podía ser una Tercera Potencia digna de ser tenida en cuenta. En el año 1957 se firmaban en Roma los tratados que determinaron la existencia de este Mercado Común y la Comunidad Europea de Energía Atómica o EURATOM.

Gran Bretaña, por su parte, creó la EFTA, Asociación Europea de Libre Comercio, integrada por ella misma, Dinamarca, Austria, Noruega, Suecia, Suiza y Portugal, llamada también «Los Siete», en oposición a «Los Seis» del Mercado Común. La producción en



A pesar del evidente fracaso de la Sociedad de Naciones, nacida tras la primera conflagración mundial, a fines de la segunda se pensó de nuevo instaurar otra asamblea en la que pudieran resolverse de modo pacífico todos los problemas internacionales. Este deseo se concretó en 1945 con el nacimiento de la Organización de Naciones Unidas. El número de elementos integrantes ha

todos sus aspectos se incrementaba, el paro no existía, todos estos países requerían mano de obra extranjera que obtenían de los Estados mediterráneos, sus monedas mostraban auténtica fortaleza, y un aire de bienestar barría la Europa llamada libre. El fenómeno del turismo, el auge del automóvil y los aparatos electrodomésticos, el incremento de la renta «per capita», el aumento del poder adquisitivo; la riqueza, en una palabra, eran el distintivo de estas naciones que, en su casi totalidad, se habían visto asoladas diez años antes por una guerra implacable.

En 1958 se clausuró la Exposición belga denominada Expo-58, que constituyó un alarde de técnica, un triunfo de la Electricidad y la Electrónica, y que recibió a más de 30 millones de visitantes.

Hispanoamérica

Es difícil resumir en poco espacio los cambios experimentados por Centro y Sudamérica en estos quince años. Puestos a definir dos movimientos políticos — quizá por más extremistas más acusados — que a la vez caracterizan estos tiempos, sería necesario decir que el peronismo y el castrismo son los puntos culminantes.

El régimen establecido en 1946 por Juan Domingo Perón en Argentina se caracterizó por un autoritarismo y un dirigismo con fuertes ribetes sociales que arrastró importantes masas obreras. En el año 1955 el general Leonardi derrocó al peronismo y posteriormente se intentó establecer un régimen constitucional y democrático en Argentina, si bien la denominación «peronismo» ha servido para calificar algunos movimientos surgidos en otros países hermanos. Incluso en Argentina el peronismo no ha muerto, a pesar de larga ausencia de Perón, que, finalmente, fijó su residencia en España.



ido creciendo hasta reunir prácticamente a todos los países del mundo (salvo los divididos, como Alemania, Vietnam y Corea, o los sometidos todavía a un régimen colonial). Su lugar de residencia es Nueva York, y su órgano más espectacular es la Asamblea General, que se reúne anualmente. La fotografía muestra a este Parlamento internacional en su reunión de 1956.

Más virulento, y de momento más duradero, fue el régimen castrista afincado en Cuba. En esta isla, Fulgencio Batista había derribado al presidente Prío Socarrás, pero la oposición a su régimen dictatorial fue en aumento, en especial cuando un núcleo acaudillado por Fidel Castro logró adentrarse en Sierra Maestra en 1956 y desplegar una activa resistencia. Finalmente, Batista huyó de Cuba y Fidel Castro se instaló en el poder el 1 de enero de 1959.

El régimen castrista fue bien acogido al principio por parte de casi todos los Estados americanos, pero no tardó en mostrar veleidades muy avanzadas que abocaron en un estilo netamente comunista. La protección de la URSS se hizo manifiesta y en los años sesenta iba a determinar una crisis que pondría al mundo al borde de una guerra mundial.

Hasta el año 1961 la República Dominicana estuvo regida por el dictador Trujillo, del mismo modo que la República de Haití se mantuvo en manos del doctor Duvalier, el único Estado de mayoría negra y también el más atrasado del continente americano.

No es lugar éste para señalar todos los cambios experimentados por las diferentes naciones centro y sudamericanas, pero forzoso es señalar la presión que los Estados Unidos han ejercido especialmente en la política interior de países pequeños como Honduras y Guatemala, en los que se desencadenaron revoluciones más o menos solapadamente patrocinadas por Washington para mantener intereses económicos.

México, Chile, Uruguay y las pequeñas repúblicas centroamericanas no citadas puede que hayan sido las que mantuvieron una línea de más firme normalidad. Paraguay, Perú, Ecuador, Bolivia, Venezuela y Colombia vivieron momentos de grave tensión y han visto cambiar algunas veces sus dirigentes sin que las convulsiones adqui-

riesen inusitada gravedad. En todas ellas, sin embargo, con dificultades innumerables, el camino del progreso se va andando, si no con la rapidez que sería de desear, sí con firmeza y sin graves retrocesos. Brasil no acabó de encontrar en estos años la línea política que la complicación económica y geográfica de este dilatado subcontinente requiere. Los nombres de Getulio Vargas y Juscelino Kubitschek marcan los nobles intentos de llevar la democratización a un país tan rico y lleno de posibilidades.

El despertar de África

El proceso de descolonización iniciado en Asia llegó al continente africano ligeramente retrasado. No se olvide, sin embargo, que al terminar la II Guerra Mundial en África sólo existían como países totalmente independientes Etiopía, Liberia, Egipto (muy mediatizado por Inglaterra) y la Unión Sudafricana, que aún pertenecía a la Commonwealth y no era una república como en la actualidad.

Libia fue el primer país que consiguió la libertad en 1951. La Conferencia de Colombo en 1954 y la Conferencia de Bandung ya citada en 1955, solicitaron la independencia de todos los países colonizados. En 1956 la lograron Marruecos, Sudán, que hasta entonces se había llamado anglo-egipcio, y Túnez. Este último país se convirtió en República el año 1957 al subir al poder Habib Burguiba. En cambio, Marruecos se transformó en una monarquía regida por Mohamed V. Si Francia iba cediendo a regañadientes y pretendía atenuar la pérdida de sus extensos territorios con la creación de una Communauté Française, pálido reflejo de la eficaz Commonwealth, se negó en redondo a considerar que Argelia pudiera ser independiente. Argelia sería una «provincia francesa».

El 1 de noviembre de 1954 puede decirse que comenzó la más sangrienta y costosa guerra que ha visto África en lo que va de siglo. Francia se desangró durante largos años, en hombres y en dinero. Se enconaron las pasiones políticas, surgieron movimientos extremistas de derecha como la O. A. S., los ultras, «los de las barricadas», los adictos al general Salan, a Soustelle, a De Gaulle... y hasta los años sesenta no encontraría paz ni independencia la provincia más rica que Francia tenía en África. Los episodios de la guerra entre el ejército francés y las tropas del F. L. N. fueron tan crueles y desgarradores como lo fueron las batallas del Vietnam. Un ejército moderno, perfectamente equipado y organizado, era tenido en jaque y no se encontraba seguro fuera del terreno que pisaba, para guarecerse en sus cuarteles durante la noche, en la que los hombres del Frente de Liberación Nacional imponían su ley, para replegarse a sus econdrijos al salir el sol. Un tipo de guerra que se ha venido repitiendo a lo largo de la Historia, si bien en distintos meridianos.

En cambio, el África Negra Francesa desembocó en la independencia de un modo pacífico y sencillo. A las distintas colonias les fue dado elegir entre mantenerse en la Comunidad o la independencia. Todas eligieron la primera fórmula, excepto Guinea, y ésta se convirtió en Estado soberano en 1958. Posteriormente las otras colonias se transformarían en Estados teóricamente independientes, pero que aún hoy día nivelan sus presupuestos gracias a la ayuda francesa, como pueden ser Mauritania, Malí, República del Níger, Senegal, Alto Volta, Togo, Congo ex-francés, República Centroafricana, Chad, etcétera.



Nacido hacia 1893, en la tribu de los kikuyos de la antigua colonia británica de Kenia, Jomo Kenyatta consiguió superar el complejo de su origen, estudió en Gran Bretaña y dirigió la independencia de su pueblo, por lo que padeció prisión en los años 1953-1959. Pero en 1963 se convertía en primer ministro de Kenia y al año siguiente ascendía a la presidencia de la República que todavía ostentaba en 1972. Es una de las personalidades más singulares nacidas de la oleada de independencia que sacudió a África en los años 60.

A la derecha: el Estado de Ghana nació a la independencia procedente de una antigua colonia británica llamada Costa de Oro. Tal acontecimiento tuvo lugar en 1957, y para recordarlo se levantó en la capital, Accra, este Arco de Triunfo, en el que campea el lema «Libertad y Justicia». Abajo: Angelo Giuseppe Roncalli fue elevado al Pontificado con el nombre de Juan XXIII unos días antes de cumplir 77 años, y lo rigió durante 5, dejando un decisivo recuerdo de su actuación en la convocatoria del XXI Concilio Ecuménico de tanta transcendencia en la historia de la Iglesia Católica y cuyas consecuencias estamos viviendo en la actualidad.





Cuando el movimiento negro terrorista denominado Mau-Mau comenzó a actuar ilegal y violentamente en los territorios de Kenia, en el año 1953, Gran Bretaña se dispuso a combatirlo con todos los medios que tenía a su alcance, pero, finalmente, tuvo que ceder y todo lo que había sido África Oriental Inglesa, especialmente Kenia y Tanzania, se liberaron del dominio inglés. Sin embargo, el primer país que pasó de colonia a Estado soberano fue Ghana, la antigua Costa de Oro, que se convirtió en República el 1 de julio del año 1960.

Era un movimiento irreversible e incontenible. En pocos años, África dejó de ser una colonia de Inglaterra, Francia, Italia, etc., para transformarse en un mundo en ebullición. El momento crucial de este cambio fue el 30 de junio de 1960, cuando el Congo que había sido belga se convirtió en una república independiente en la que hombres como Lumumba, Tshombé, Mubutu, Kasavubu y otros pusieron de manifiesto cuán encontrados intereses estaban en juego. La anécdota de aquel congoleño anónimo que se acercó al automóvil en el que iba el rey Balduino de Bélgica y arrebató al soberano la espada que llevaba, constituye todo un símbolo de lo que iba a suceder en África durante los años sesenta.

Al borde de los años sesenta

La marcha de la Historia es incontenible e imprevisible. Cada día trae su afán y cada año se va formando por la acumulación de sucesos cuyo rumbo no se puede prever.

El comienzo de los años sesenta viene marcado por un cambio quizá mal definido y poco precisado, porque aún estamos cercanos

en ellos, pero que señala ciertas variaciones, caminos distintos de los recorridos en estos quince años que van de 1945 a 1960: la guerra fría tiende a suavizarse, se perfilan profundas grietas en el mundo comunista, y el orbe cristiano señala una línea valiente y nueva.

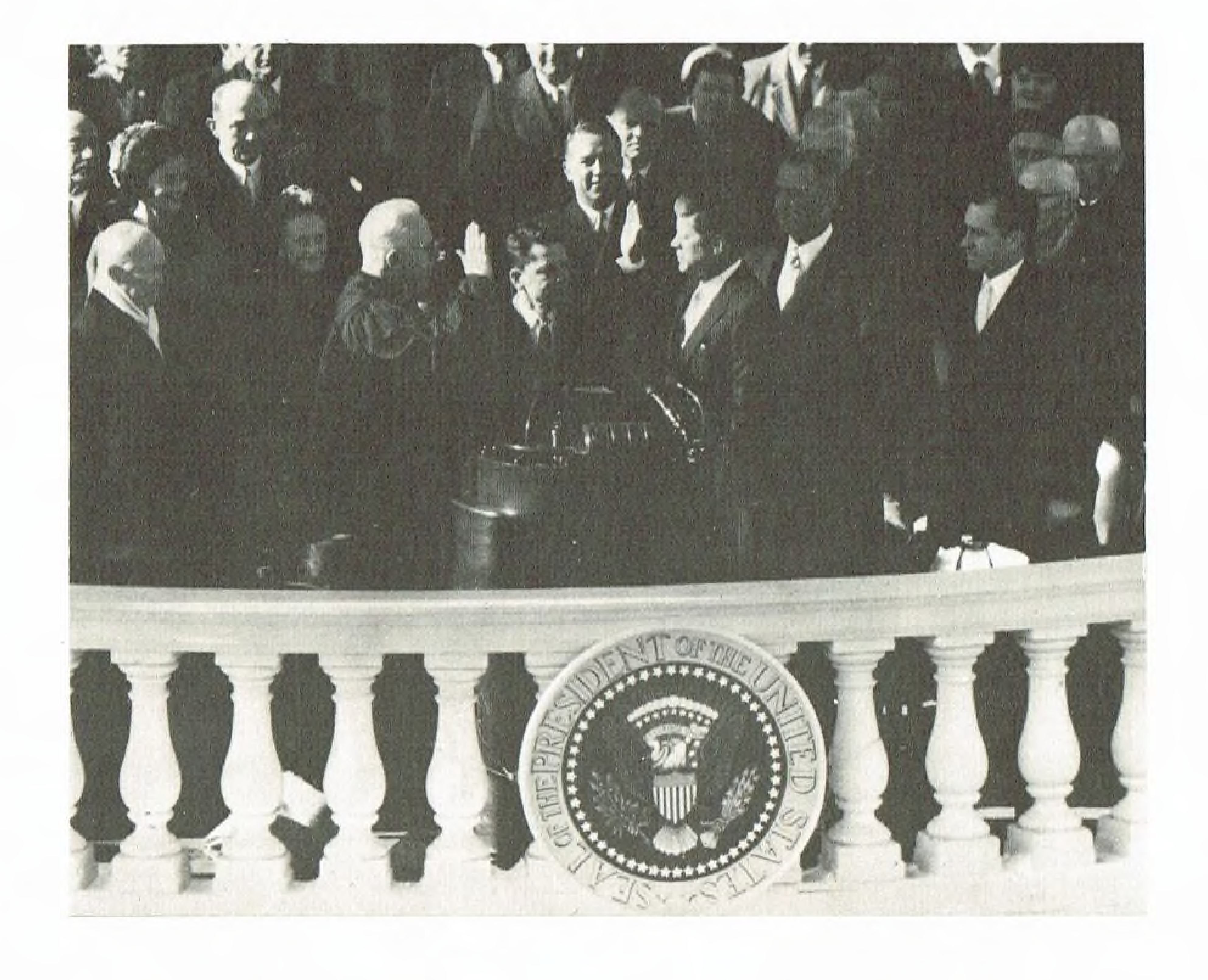
El 9 de octubre de 1958 murió el pontífice Pío XII, a quien le cupo vivir los difíciles años de la II Guerra Mundial, la ocupación de Roma por las tropas de Hitler y la liberación de la Ciudad Eterna por las divisiones aliadas; tiempos difíciles que sometieron a prueba la figura del papa Pacelli y han determinado enconadas discusiones sobre su conducta durante aquellos años terribles.

La «sfumata bianca» indicó que un nuevo Papa de la Cristiandad había sido elegido por el Cónclave de Cardenales. Un Papa de transición, octogenario, y poco conocido, el cardenal Roncalli, quien, rompiendo la tradición de los *Píos,* adoptó el nombre de Juan XXIII. Al poco tiempo, este Papa anciano, corpulento y siempre sonriente, demostró un innegable espíritu juvenil al abrir las puertas de la Iglesia Católica a una corriente de «aggiornamento», de apertura al mundo, al ordenar la celebración de un Concilio Ecuménico que se llamó Vaticano II.

En noviembre de 1960 fue elegido presidente de los Estados Unidos un hombre joven, John F. Kennedy, que también inició una nueva etapa, una «era Kennedy» que marcaba una línea joven, abierta y decidida en la política de la primera potencia mundial.

Creemos que esta breve reseña, que termina al borde de los años sesenta, debe cerrarse con el recuerdo de estas dos figuras: un anciano llamado Juan XXIII y un joven denominado Kennedy. Aparte diversas notas comunes que no es del caso detallar, una característica une ambas figuras: los dos no tardaron en morir.

Elegido presidente de Estados Unidos en noviembre de 1960, John Fitzgerald Kennedy (1917-1963) aparece aquí en el momento de prestar juramento de su cargo en enero de 1961. Detrás de él, Lyndon B. Johnson, el vicepresidente que le sucedería a raíz del magnicidio de Dallas, y Richard M. Nixon, el candidato derrotado y que sería elegido en 1968 y 1972. A la izquierda, se ve al general Dwight D. Eisenhower (1890-1969), que desde 1952 presidía la nación norteamericana y a quien sustituyó Kennedy. El balcón está adornado con el sello del presidente de Estados Unidos.



En el umbral de la Vida: LOS VIRUS

PARA el vulgo, la diferenciación entre seres vivos y seres inanimados es fácil y sencilla; el movimiento, que caracteriza la vida, permite distinguirlos. Mas para el científico la frontera entre estos dos grupos de entes no está tan clara y se admite que puede pasarse gradualmente del mundo inorgánico al orgánico sin que pueda establecerse una línea divisoria fija y bien determinada. Es decir, existen «cosas» que no podemos definir ni como seres vivos ni como seres inertes; cuerpos que están en el umbral de la vida.

Aristóteles ya afirmó, hace más de dos mil años, que en la Naturaleza existe una línea divisoria muy dudosa entre los seres vivientes y los no vivientes, línea que no siempre podía trazarse con seguridad.

En este punto de transición es necesario situar a los virus porque en parte son materia inanimada y en parte son seres organizados y vivientes. Y nunca como en nuestros días habían llegado a interesar de tal modo estos cuerpos prácticamente invisibles y capaces de originar terribles enfermedades.

A finales del siglo XIX se consideraba que las infecciones estaban motivadas por microbios, de los cuales los más pequeños eran las bacterias. Posteriormente, se descubrieron agentes patógenos de enfermedades infecciosas aún más diminutos: los virus, cuya investigación y conocimiento ha alcanzado una importancia extraordinaria, hasta el punto de crearse una nueva rama de la Microbiología, lla-

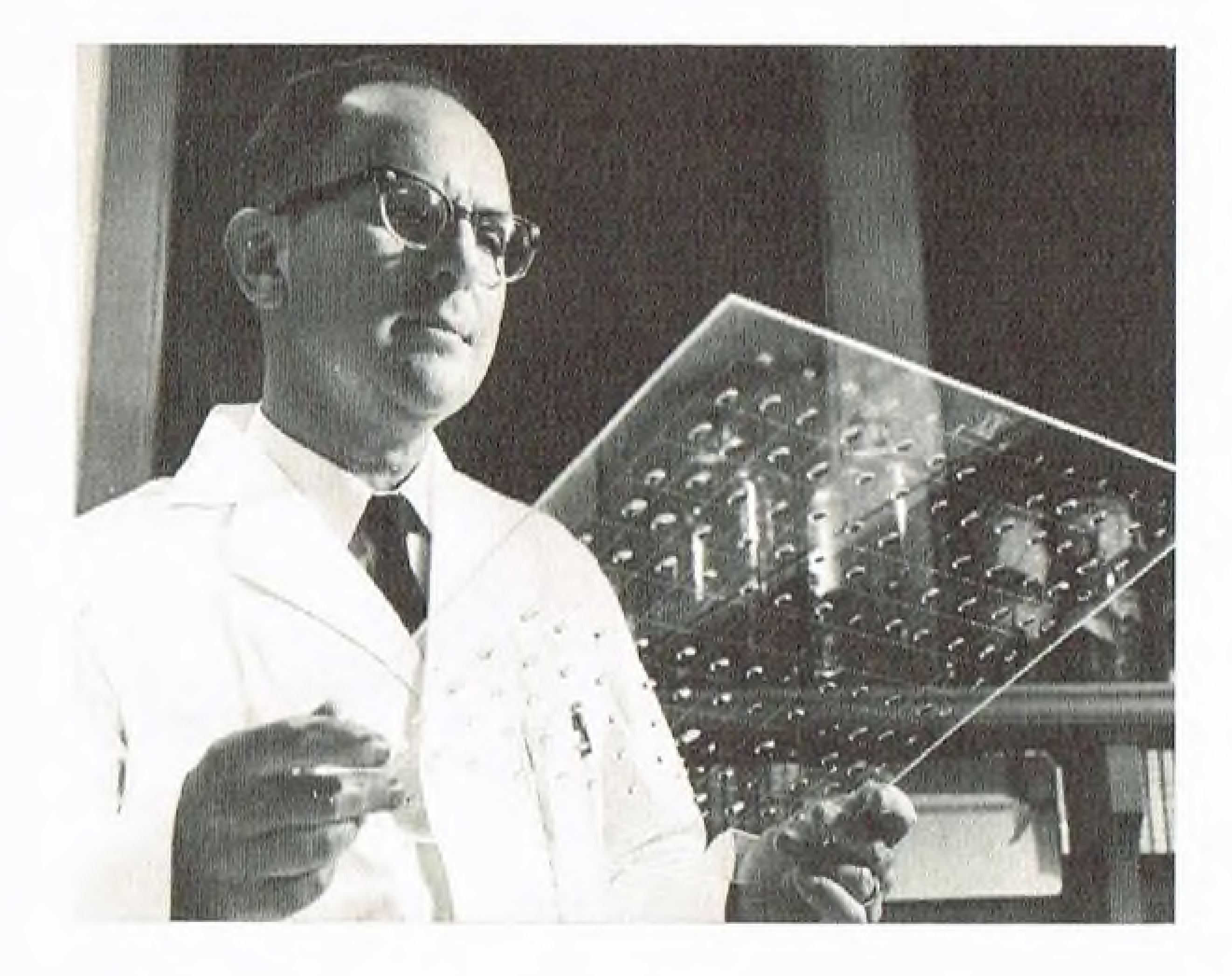
llama Virología, que abarca los virus que atacan al hombre, a los animales, a los vegetales, y aun a las mismas bacterias.

La palabra *virus* se empleó originalmente como sinónimo de «veneno activo», y también para indicar cualquier entidad productora de una enfermedad infectocontagiosa, perdiendo este significado cuando se estableció claramente el origen microbiano de alguna o de la mayoría de aquellas enfermedades, y persistiendo el nombre de virus sólo en aquéllas cuyo agente causante era, o es, desconocido.

Entre la infinidad de dolencias que afligen a los seres humanos, bastantes, como la viruela, la fiebre amarilla, la poliomielitis, la rabia, la gripe y el mismo resfriado vulgar, se consideran enfermedades originadas por virus. También tienen origen vírico el cólera del cerdo, algunos tumores de los conejos y diversas enfermedades del ganado. El «mosaico del tabaco» y el «curly top» de la remolacha, por sólo citar dos, son típicas virosis de las plantas.

Los virus de la mayoría de estas enfermedades, cuya forma varía desde esferitas hasta filamentos, pasando por bastoncillos, cuerpos poliédricos, etc., son tan minúsculos que incluso ni los más potentes microscopios ópticos permiten distinguirlos. Solamente el ultramicrospio y el microscopio electrónico, capaz de un aumento de 100 000 diámetros, hizo posible observar y fotografiar a los virus.





Los virus han de cultivarse directamente sobre células vivas y en condiciones de extremada asepsia. Arriba, un departamento del laboratorio Charles Pfizer en Indiana, Estados Unidos. A la izquierda, el doctor Joel Warren que preparó una vacuna contra el sarampión utilizando virus muertos. Abajo, proceso de embotellado de vacunas en las que se utilizan virus vivos, en estado activo, en los laboratorios Merck & Company de West Point, Pensilvania, Estados Unidos.



Estudiando sus características, los biólogos se familiarizaron con su modo de vivir y actuar, y constataron que carecían de la capacidad de reproducirse aisladamente, para cuya función reproductora necesitan penetrar en el interior de células vivas. Así, por ejemplo, no puede efectuarse el cultivo de un virus en un tubo de ensayo, a diferencia de las bacterias, que se prestan admirablemente a ello y que se multiplican hasta llenar el recipiente, mientras se les suministre el alimento adecuado. Los virus encerrados en un tubo de ensayo permanecen tan inertes como un pedazo de carbón, y no crecen ni se reproducen hasta que se les coloca de nuevo en un tejido apropiado. Entonces se vuelven activos y se multiplican, recuperando plenamente su capacidad de ocasionar la enfermedad. Por supuesto, no terminaron con estos conocimientos las deducciones prácticas de los investigadores, los cuales se dieron cuenta de que



cada virus tenía sus predilecciones. Así, los había neurotropos (elegían el sistema nervioso); otros, preferían los órganos respiratorios, como el de la gripe; otros, el hígado, etc., llegando a la conclusión de que cada virus sólo se desarrolla en un tejido específico de células vivas.

Otra particularidad de los virus, que durante años motivó la perplejidad de los biólogos, es la habilidad que poseen estos entes para transformarse repentinamente en más o menos virulentos. Estos cambios dramáticos, desconocidos hasta que los hizo visibles el microscopio electrónico, reciben el nombre de *mutaciones*. Cuando se produce una de éstas se genera una nueva forma de virus que puede originar una enfermedad distinta al tipo ya conocido.

Tras descubrir estas particularidades, algunos investigadores afirmaron: puesto que los virus podían crecer, reproducirse y cambiar o sufrir una mutación, tenían que ser seres vivos. Entonces surgió la polémica, pues otros se manifestaron en desacuerdo con esa teoría, objetando que el complicado proceso interno de la respiración, digestión y demás funciones metabólicas de la vida, no podían ser contenidas en estructuras tan diminutas, y más si se tenía en cuenta que ciertas moléculas de tipo gigante halladas por los bioquímicos se diferenciaban muy poco de los virus en cuanto a tamaño y peso molecular. Se discutía, pues, si el vacío desconocido e inexplorado existente entre las moléculas de los químicos y bacterias de los biólogos podría ser ocupado por los virus.

Entre estas incógnitas se movían los científicos cuando, en 1935, el Dr. Wendell M. Stanley, del Instituto Rockefeller, despertó la atención de investigadores aplicados a actividades muy diversas, y concilió a biólogos, químicos y físicos con los sensacionales descubrimientos que le valieron el premio Nobel.

Stanley y su equipo, partiendo de savia clarificada extraída de plantas tabaqueras enfermas de «mosaico», obtuvieron, tras centrifugar y dializar repetidas veces, un precipitado cristalino que, suspendido en agua, era capaz de infectar a plantas sanas. En un principio se dudó que esta sustancia cristalina pudiera ser el virus de la enfermedad del tabaco. Finalmente, luego de múltiples pruebas satisfactorias, Stanley y sus auxiliares demostraron que no sólo era el virus causante del «mosaico», sino que, además, y en ello estaba lo sensacional, podía cristalizarse químicamente como cualquier otra materia inorgánica susceptible de serlo.



Para facilitar la comprensión y el alcance de su descubrimiento, Stanley estableció el símil entre la oscuridad y la blancura, o sea, que, existiendo unos objetos blancos y otros negros, si se examina un cuerpo blanco que paulatinamente se oscurece, llega un momento en que se hace difícil, cuando no imposible, dictaminar si es blanco o negro. Es decir, que los virus ofrecían un gran interés desde el punto de vista filosófico debido a que venían a ocupar el lugar intermedio entre el organismo «vivo» y el producto químico «no viviente». Lo que reafirma, en cierto modo, la idea aristotélica de que la Naturaleza pasa de un modo gradual de lo inanimado a lo vivo.

Experiencias bioquímicas posteriores han demostrado que los virus se componen esencialmente de una cabeza poliédrica que contiene DNA (ácido desoxirribonucleico), una cola con vaina contráctil formada por sillares de proteína y una placa basal provista de filamentos que permiten al virus fijarse a la bacteria o cuerpo atacado.

Una vez se ha fijado, el virus le inyecta el contenido de la cabeza (DNA) y de este modo controla el metabolismo (la autorreproduc-

ción, la síntesis de proteínas, etc.) convirtiendo la célula en un nido de virus. Al llegar a cierto número, se provoca la *lisis* o desintegración de la célula con la liberación de los virus producidos.

Un virus puede penetrar en una célula y permanecer en estado de *profago,* es decir, en vida latente y pasar largo tiempo así hasta que algo le induce a recuperar vitalidad.

Hemos hablado de DNA (ácido desoxirribonucleico). El RNA o ácido ribonucleico junto con el DNA se hallan en todas las células, pero en los virus sólo existe uno de los dos. Ya se ha dicho que el virus por sí solo es incapaz de actividad biológica alguna, pero una vez dentro de una célula domina totalmente su metabolismo en provecho propio. Esta teoría ha reforzado considerablemente los argumentos demostrativos de la semejanza entre virus y genes, depositarios éstos de los caracteres hereditarios del individuo y que poseen la capacidad de autoduplicación y mutación igual que los virus.

Gracias a esta casi identidad química, un virus puede ocupar el lugar de un *gene* y originar alteraciones fisiológicas anómalas. El cambio de color en las flores, la aparición de estrías bicolores, la formación de flores gigantes o el mejoramiento en su apariencia que experimentan algunas plantas ornamentales, se debe a diferentes clases de virus. Desgraciadamente, también sucede lo contrario. Así, en madres gestantes que han sufrido enfermedades virásicas, sobre todo en los tres primeros meses del embarazo, se ha observado el nacimiento de niños con malformaciones. Otras veces los efectos resultan sorprendentes, pues mujeres encinta que contrajeron la poliomielitis, no sólo han tenido hijos normales, sino que éstos no han sido afectados nunca por la parálisis; nacieron inmunes contra el virus de la polio.

Basándose en esta capacidad de los organismos superiores de producir *anticuerpos* que inmunizan contra los virus, los especialistas han preparado numerosas vacunas, algunas con mayor éxito que otras. Para obtener la vacuna se parte de un cultivo puro del virus en cuestión, atenuado en su virulencia o inactivado previa y totalmente, bien mediante el calor, por radiaciones o por métodos químicos. Este cultivo vírico mezclado con un líquido en el que se conserva, y envasado adecuadamente, es la vacuna.

Un medio apropiado de cultivo, y el de uso más frecuente, es el huevo embrionado. La operación se practica abriendo una ventanilla en la cáscara desinfectada de un huevo incubado durante siete días, por cuya abertura se inocula una pequeña cantidad del virus, tras lo que se cierra de nuevo rápidamente y se procede a incubar de nuevo durante varios días, al cabo de los cuales se extrae y se inactiva. No todos los virus utilizan el embrión de pollo para su cultivo. El médico inglés Jenner obtuvo la vacuna antivariólica de las mamas de la vaca. Pasteur se hizo famoso y benefició a la humanidad sanando a un niño mordido por un perro rabioso, merced al extracto medular de un conejo previamente inyectado con el virus de la rabia, que por ingeniosos procedimientos consiguió atenuar. El doctor Salk preparó su célebre vacuna cultivando el virus de la polio en el riñón de los monos.

Parece evidente que no pueden «vivir» dos o más virus en un mismo tejido, pero, sin embargo, en el reino vegetal no sucede así, ya que las plantas pese a tener sus células ocupadas por un virus que «ya domina la situación», permiten la entrada de otros virus.

Investigando esta diferencia de comportamiento entre los animales y las plantas, el doctor Isaacs ha descubierto una sustancia segre-



El doctor John Salk nació en 1914 en Nueva York. Fue profesor de la Universidad de Michigan y en 1947 pasó a trabajar en el laboratorio de la Universidad de Pittsburg, donde se entregó de lleno al estudio de la poliomielitis con la esperanza de encontrar una vacuna contra esta terrible enfermedad que diezmaba la infancia norteamericana. En 1953, anunció el sensacional descubrimiento de una vacuna que inmunizaba contra la polio. A lo largo de varios años, sometió a observación a casi dos millones de niños, de los cuales unos 400 000 fueron tratados eficazmente con su vacuna. Posteriormente, ésta se ha popularizado desde que el Dr. Albert Salin halló el modo de administrarla por vía oral.

gada por las células animales atacadas por virus, que parece ser la causante de esta exclusividad vírica.

El Dr. Isaacs, científico escocés, de Glasgow, inició en 1957 unos trabajos encaminados a combatir el tan molesto como vulgar resfriado. Su investigación partía de la idea de que el resfriado común es provocado por un virus ante el cual los antibióticos se mostraban tan impotentes como un cervatillo frente a un puma. Conocía también el hecho de que si dos virus, el de la poliomielitis y el de la fiebre amarilla, por ejemplo, penetran en un mismo organismo, no se contrae la parálisis y la fiebre amarilla conjuntamente, sino que, en la mayoría de los casos, se declara una sola enfermedad, generalmente la debida al virus que penetró primero. Este antagonismo le hizo pensar que podía ser interesante hacer abortar una enfermedad introduciendo, al mismo tiempo que esos agentes nocivos, virus más benignos.

Creyéndose en posesión de la verdad, avanzó en sus investigaciones y comprobó algo que le dejó maravillado: que esta sustancia no presentaba, prácticamente, formas distintas, evitando por igual la tos ferina que el resfriado. Siguió en sus experiencias, y ya en su nuevo laboratorio del «Institute for Medical Research» efectuó pruebas con toda clase de animales: cobayas, ratones, caballos, monos, etcétera. Los resultados no fueron muy satisfactorios, hasta que, sorprendido, advirtió que esta sustancia fabricada por el mono, por ejemplo, puede proteger a cualquier otra especie animal, y entre ellas al hombre. Esto significaba que el *interferon,* nombre con el que bautizó Isaacs a su sustancia, debido a su función de interferir el progreso de los virus, tenía un modo de actuar independiente de los anticuerpos, lo cual hacía suponer que un tratamiento con ella no crearía hábito, ya que éste se produce por el mecanismo de los anticuerpos.



Apurando la técnica y extremando las precauciones, se prepara en este laboratorio la vacuna contra la polio. Para ello se utilizan riñones desmenuzados de mono. Es sabido que los virus no pueden cultivarse, como otros microbios, en tubos de ensayo y sólo se reproducen en presencia de células vivas. En ausencia de éstas, los virus permanecen en estado de vida latente, pudiendo entrar en actividad cuando vuelven a encontrar tejidos vivos.

Los ensayos en seres humanos se efectuaron en el Centro de Investigaciones de Salisbury, inoculando a varios voluntarios, seleccionados entre quienes nunca fueron inmunizados contra la viruela, doble dosis de vacuna antivariólica. Seguidamente se les inyectó, en el brazo derecho, una inoculación normal, y otra en el izquierdo que contenía una solución de la sustancia en estudio, el interferon. Tras setenta y cinco días de angustiosa espera, llegó la victoria. Mientras en el brazo derecho quedaba una cicatriz indeleble, en el izquierdo no había ni huella. El interferon, pues, ganó la partida. A no tardar, cuando se haya logrado su síntesis química se podrá disponer de un remedio valedero y eficaz para todas las enfermedades producidas por virus. Los posibles preparados de esta sustancia, actuando a modo de vacuna, constituirán por sí solos la barrera decisiva que la Ciencia ofrece a la humanidad en su lucha contra los virus.

Por evidentes razones, el estudio de los virus se ha desarrollado hasta ahora, principalmente, apuntando hacia aquellos que causan enfermedades en el hombre, pero no se ha descuidado la investigación en el reino vegetal, en el que, a excepción hecha de helechos y hongos, el resto de las especies se ven atacados por diversos virus.

La importancia, no sólo científica sino económica que su estudio significa, se pone de manifiesto con sólo señalar algunas de las innumerables pérdidas causadas por las virosis de múltiples plantas. La patata ve mermada su producción mundial en un 10 % debido al virus X. La remolacha azucarera disminuye hasta en un 50 % de la producción del azúcar, por la afección del temido virus amarillo. El virus del «mosaico del tabaco», presente corrientemente en casi todas las plantaciones de esta especie, causa anualmente pérdidas por más de 20 millones de kilos. Notables, también, son las mermas productoras en naranjos, tomates, hortalizas, etc. De aquí el que las investigaciones se hayan dirigido hacia dos vertientes; de un lado, tratan de aminorar las pérdidas que dichas enfermedades ocasionan; de otro, intentan lograr cualquier información que permita identificar su naturaleza.

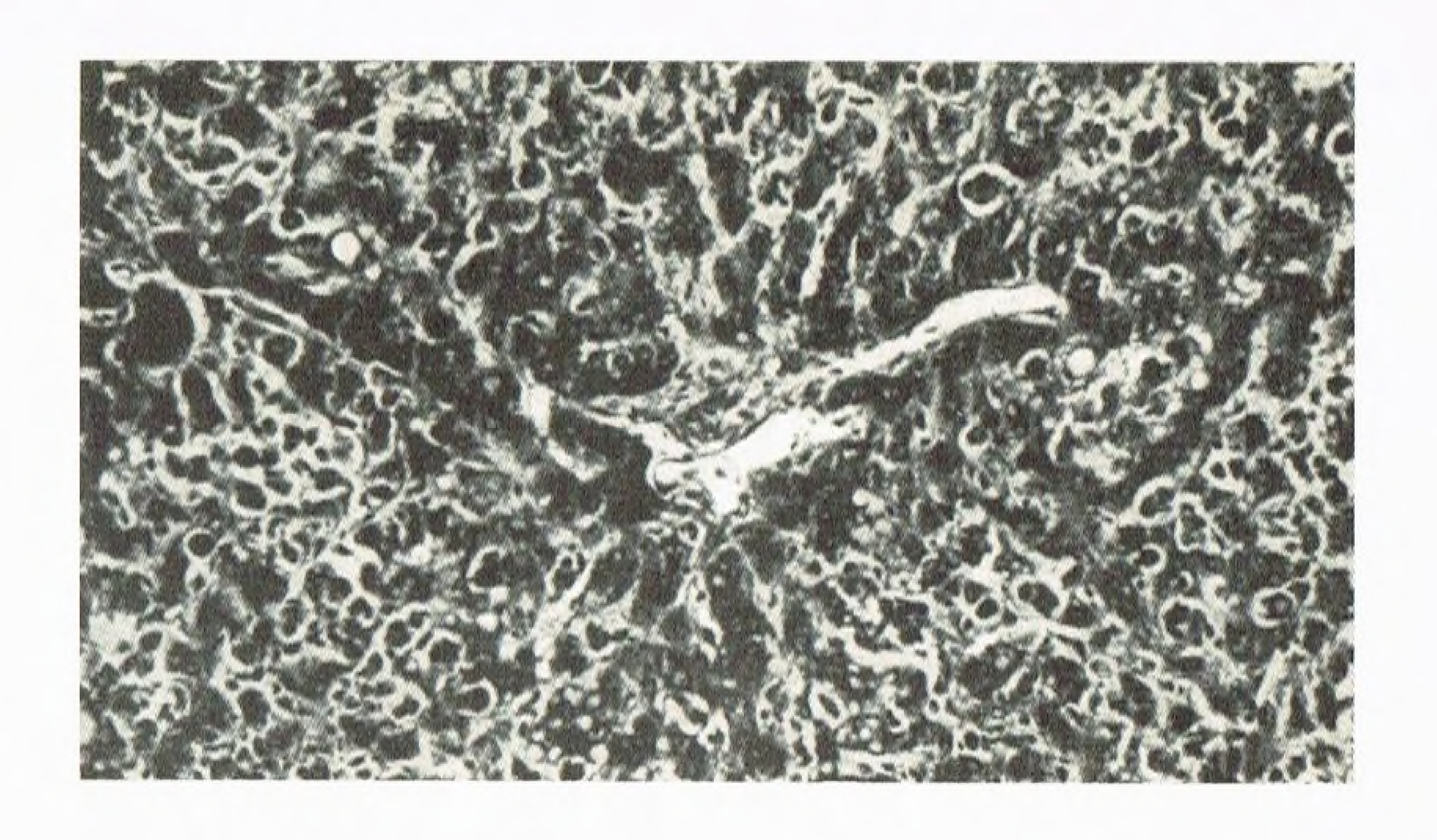
La denominación de «mosaico» se aplica a una de las enfermedades más comunes de las plantas, provocadas por numerosos virus. El nombre se lo dio Mayer, originalmente, a una enfermedad causada en las plantas de tabaco por el primer virus que logró aislarse. Esta enfermedad, que se caracteriza por la semejanza de sus síntomas con el dibujo de un mosaico, pues consiste en un moteado de las hojas con manchas verdes y amarillas, tiene consecuencias fatales para las plantas ya que provoca la carencia de clorofila.

La identificación de las virosis es más bien un arte que una ciencia y, aunque sea posible adquirir experiencia de ella mediante la práctica, de ordinario se requiere la confirmación del laboratorio, pues con frecuencia se atribuyen las anormalidades presentadas a deficiencias mineralógicas del terreno: carencia de nitratos, falta de hierro, etc., que determinan síntomas de clorosis, blanqueamiento internervial o simple moteamiento.

Para confirmar la presencia del agente infeccioso se idearon diversos procedimientos. El más sencillo de realizar consistía en moler una pequeña porción de la planta enferma y frotar suavemente su jugo sobre las hojas de un planta sana, ya de la misma especie, ya de cualquier otra receptora del virus. A los pocos días se desarrollaban las lesiones típicas de la enfermedad. Una planta que habitualmente se ha empleado para estas pruebas es la del tabaco por ser extremadamente sensible a la mayoría de virus.



Se ha observado que algunos virus se desarrollan de modo óptimo en el interior de un huevo embrionado. Arriba, se abre una ventanilla en un huevo debidamente acondicionado y se introducen en su interior virus para que se desarrollen. Luego se cierra la ventanilla y se procede a incubar el huevo en el que se multiplican los virus. En este caso, se trata de obtener una vacuna contra la gripe. En la página siguiente pueden verse tres preparaciones microscópicas. Es sabido que los virus son invisibles con ayuda del microscopio óptico, debiendo utilizarse, para captarlos, el electrónico. Arriba, preparación de un trozo del hígado de una paciente afectada por el virus de la fiebre amarilla. En el centro, microfotografía en la que puede verse el virus de la influenza. Abajo, grupo de rickettsias, virus que pueden producir fiebres malignas como el tifus exantemático. Para darse cuenta de su tamaño, compárese con la línea blanca del pie de la foto que representa una milésima de milímetro.







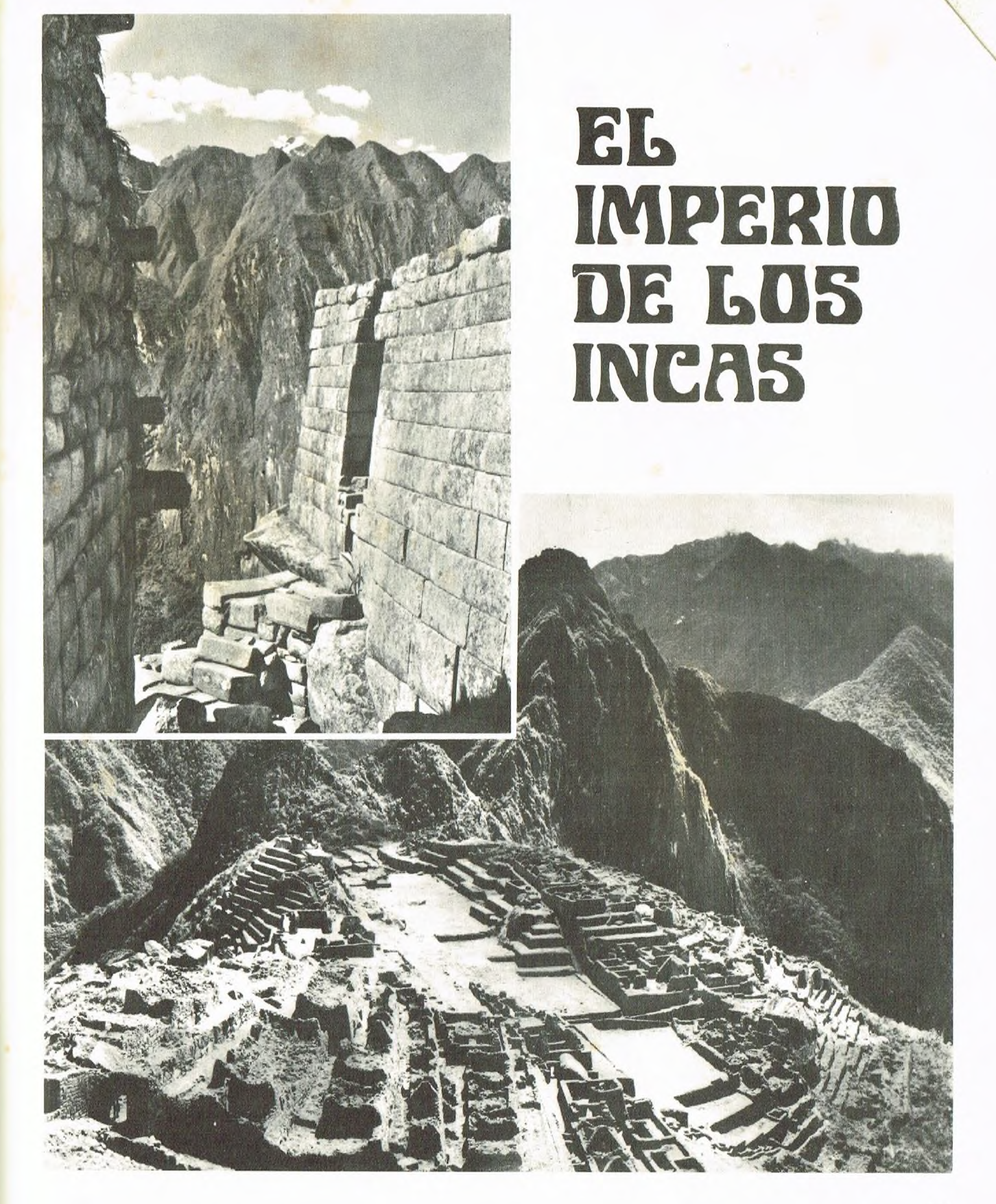
Para la curación de las dañadas se han prescrito diversos procedimientos: calentar la planta entre 50-60 grados, desecarla, someterla a riegos de soluciones ácidas o alcalinas, agentes oxidantes, detergentes, etc., pero, prácticamente, resultan inaplicables ya que, posiblemente, a la vez que librarlas del virus, se mataría la planta. De ello que sea aconsejable prevenir las enfermedades a base de plantar semillas o injertos de virus, crear variedades resistentes, alternar los cultivos por rotación adecuada de vegetales, etc., no

debiendo desdeñar las sustancias quimioterápicas que han demostrado ser una eficaz ayuda en la lucha contra las virosis vegetales y, en particular, las que contribuyen a la mortalidad de los insectos transmisores del virus de que se trate.

Con tal finalidad se ha ensayado la inoculación de virus patógenos en insectos dañinos con el propósito de combatir sus plagas. Los resultados obtenidos son relativamente satisfactorios. Junto a éxitos considerables, con la muerte masiva del insecto e inmunidad completa para el cultivo, se han obtenido fracasos aún no explicados. Éstos, no obstante, lejos de desesperar a los investigadores, les sirven de acicate en sus ensayos. Es de lamentar, solamente, que este tipo de defensa se vea seriamente limitado por la existencia de insectos, como pulgones y langostas, que no provocan, al parecer, la apetecida hostilidad agresiva de los virus.

Tenemos la sensación de que el número de enfermedades se multiplica, aumenta. Los virus, en este caso, parecen confirmar tal creencia porque se muestran «astutos» para crear mutaciones que resisten el ataque de los medicamentos. Éstos son virus productores de cierta neumonitis. Hoy se conocen más de un centenar de virus que pueden provocar afecciones pulmonares gravísimas. Se cree que dos tercios de las enfermedades de este tipo son, actualmente, de carácter vírico.





EL IMPERIO DE LOS INCAS

DURANTE algún tiempo la policía peruana se ocupó en una tarea poco frecuente en el mundo de la delincuencia: evitar la exportación clandestina de tesoros históricos. En las cumbres andinas existen antiquísimos cementerios que, de noche, suelen ser visitados por desaprensivos que en el país se denominan «huaqueros». Éstos se apropian de objetos provenientes de civilizaciones precolombinas y que extraen del suelo en una búsqueda tenaz y constante. Años atrás se encontraban valiosísimas piezas de orfebrería, generalmente labradas en oro, pero hoy también se buscan vasijas de Paracas, pedazos de telas de las tumbas de Huaca Prieta, y cualquier objeto raro que en la capital se paga como si fuese una joya. Y, realmente, su valor histórico y artístico lo hace, muchas veces, más preciado que un moderno trabajo de orfebre.

¿Qué quiere decir «huaca»? Para los primitivos peruanos, esta palabra equivalía a «sagrado» o «fetiche» y se aplicaba a una especie de capillas situadas en los campos y donde los agricultores depositaban ofrendas para congraciarse con los dioses. Más tarde «huaca» pasó a significar «tumba», por la misma razón psicológica que nosotros decimos «enterrar en sagrado». A pesar de la prohibición de la ley, «huaquear» se convirtió luego en una especie de deporte nacional o en una nueva «fiebre del oro».

Al principio los buscadores sólo daban importancia al oro, aunque no estuviese trabajado artísticamente, y despreciaban los pedazos de tela o las cerámicas, que rompían para buscar en su interior algún tesoro oculto. Para evitar estas pérdidas, cuya importancia arqueológica es, probablemente, mayor que la de las mismas joyas, las autoridades ofrecían el equivalente a 15 dólares por cada vasija intacta que se les entregase.

Además, debido a que están proliferando en Lima y otras ciudades peruanas los museos particulares, cuyos propietarios coleccionan piezas antiguas, éstas adquieren gran valor.

Un coleccionista de Lima, don Rafael del Arco Herrera, posee una colección que contiene unas 40 000 piezas de cerámica preincaica, algunas de ellas con antigüedad superior a los 2000 años.

Recientemente se expuso en Nueva York una colección de joyas incas, propiedad del director del periódico *El Expreso.* La primera vez que estos objetos fabulosos llegaron a Europa fue por orden del emperador Carlos V, por Real Edicto del 13 de febrero de 1535, que decía: «Todo el oro y la plata procedentes de Perú será fundido en las Casas de Moneda reales de Sevilla, Toledo y Segovia».

Los incas tenían leyes muy definidas sobre las minas y los mineros; solamente se permitía trabajar en aquéllas durante los cuatro meses cálidos del año y los mineros tenían derecho a llevar consigo a sus esposas. Téngase en cuenta que el trabajo personal era la única forma de impuesto que se conocía en el Imperio Inca, y, por lo tanto, quedaba reducido a unos días o semanas, tras los cuales otros

Francisco Pizarro nació hacia el año 1475 en Trujillo (Extremadura, España) y murió en Lima el 26 de junio de 1541. Era hijo natural de un capitán, Gonzalo, y de Francisca Morales. Falto totalmente de educación, pronto entró al servicio de las armas, y de poco más de 30 años pasó a América, donde, en unión de Diego de Almagro y el clérigo Hernán Luque, preparó la empresa de la conquista del Perú, descubierto por Pascual de Andagoya. Tras dos viajes de exploración, la conquista propiamente dicha se realizó en los años 1531-1532.



«contribuyentes» tomaban sus puestos. El oro pertenecía por derecho propio al Inca, hijo del dios Sol, simbolizado en el dorado metal. Según datos que se conservan y que fueron interpretados por los conquistadores, se calculaba que entraba en la ciudad de Cuzco, capital del imperio, un promedio anual de 7 000 000 de onzas de oro. A su muerte, cada Inca era perpetuado en una estatua de oro de tamaño natural que se enterraba junto a él.

La plata, considerada como «lágrimas de la Luna», pertenecía también al Inca. Para tener una idea de la cantidad de metales preciosos que poseía el emperador, baste considerar que cuando el Inca Atahualpa quiso pagar rescate a los españoles que lo habían apresado, ofreció llenar una habitación de ocho metros de largo por cinco de ancho, hasta una altura que no pudiera alcanzar un hombre de buena estatura, con joyas y objetos de oro y plata. El total de lo reunido en la ciudad de Cajamarca, donde se celebró el convenio, ascendió a la suma de 1 326 539 pesos de oro puro y 51 610 marcos de plata. El «peso» de oro equivale a 4,18 gramos y el «marco» de plata a 230 675 gramos de ese metal. Es decir, su valor material, sin tener en cuenta su categoría artística, era incalculable.

Pizarro esperaba impaciente a que terminase la entrega del rescate, y temeroso de que el ejército inca que se congregaba en Cajamarca pudiese libertar a su soberano y ajusticiar a los españoles, celebró juicio de traición contra Atahualpa y lo mandó ejecutar. A continuación, sin esperar la llegada de la mayor parte del tesoro convenido, Pizarro repartió el oro entre sus hombres, respetando la quinta parte debida al rey: en total, más de 400 millones de pesetas *oro*. Uno de los grupos que se dirigían a Cajamarca estaba compuesto por 7000 porteadores que cargaban cada uno de ellos 34 kilos de oro, ¡más de 230 toneladas! Otro, procedente de la capital, arrastraba una cadena de oro maciza que pesaba más de 10 toneladas. Los dos grupos se encontraron en la selva, y a las pocas horas de enterarse de la muerte de Atahualpa, para que aquellas riquezas no cayesen en manos de los españoles, las enterraron en aquel mismo lugar, sin que hasta ahora se haya podido localizar tesoro tan considerable.

Otro conquistador nos ha dejado el relato de los tesoros del Cuzco, donde encontró muchas estatuas de tamaño natural fundidas totalmente en oro y plata, y de tal valor artístico que al rudo soldado le dejó más impresionado que su mismo valor material. Otro nos habla de haber visto «cangrejos, pájaros, serpientes, arañas, lagartos y escarabajos de oro macizo».

No es de extrañar que los conquistadores españoles, muchos de ellos campesinos de las tierras más pobres de España, se sintieran fascinados al encontrar una ciudad como Cuzco, en la que, según referencias comprobadas, había «un edificio cuadrado... que medía 350 pasos en cada lado, recubierto completamente de oro; de estas planchas de oro se llevaron 700, que pesaron, entre todas, 500 pesos de oro». Cieza de León escribió que «en muchas casas de la capital se podían observar agujeros dejados por los clavos que sujetaban las planchas de oro que las recubrían».

¿Fue todo ello una exageración? No. La civilización inca es la mejor conocida de toda la América precolombina. Una serie de inteligentes y observadores cronistas nos dejaron sus memorias escritas durante la Conquista en los mismos lugares de la acción. Así, Pedro Pizarro, Pedro Cieza de León, Bernabé Cobo y las explicaciones sobre su propio pueblo de Garcilaso de la Vega, hijo de un caballero español y una princesa de la familia real. Además, a principios de



siglo se descubrió en la Biblioteca Real de Copenhague un manuscrito cuya lectura resulta difícil, pero que es inapreciable por estar ilustrado con dibujos realizados personalmente por el autor, un indio, Felipe Guamán Poma de Ayala. Hasta su publicación en 1927, nadie le conocía ni había oído siquiera hablar de él. En la actualidad un brillante grupo de arqueólogos peruanos, entre los que destaca el Dr. Julio C. Tello, está procediendo, por primera vez, a la exploración sistemática y clasificación de los restos artísticos y arqueológicos de su patria, cuya civilización es muchísimo más antigua de lo que se creía.

Hoy se está excavando y estudiando un yacimiento arqueológico de extraordinaria importancia: Huaca Prieta. Las fechas provisionales asignadas a los hallazgos se remontan al año 2500 a. de J.C. y en ellos se observa ya una civilización desarrollada y agrícola, muy diferente de los poblados prehistóricos de cazadores nómadas que se encuentran en toda América, principalmente en la del Norte.

Para darnos idea de la dificultad de los estudios históricos en Perú hemos de tener en cuenta tres factores iniciales: 1) Ningún pueblo de Sudamérica conocía la escritura. 2) Los reyes incas se preocuparon de hacer olvidar las civilizaciones anteriores para que las nuevas generaciones conquistadas creyeran que los incas habían sido los primeros. 2) La hostilidad de los naturales de las altas montañas, que consideran como un sacrilegio y evitan, «manu militari», muchas excavaciones, como las de Monte Sorata y Azangaro.

El único auxiliar de los historiadores, que ha demostrado ser mucho más importante de lo que se creía en un principio, es la Cerámica.

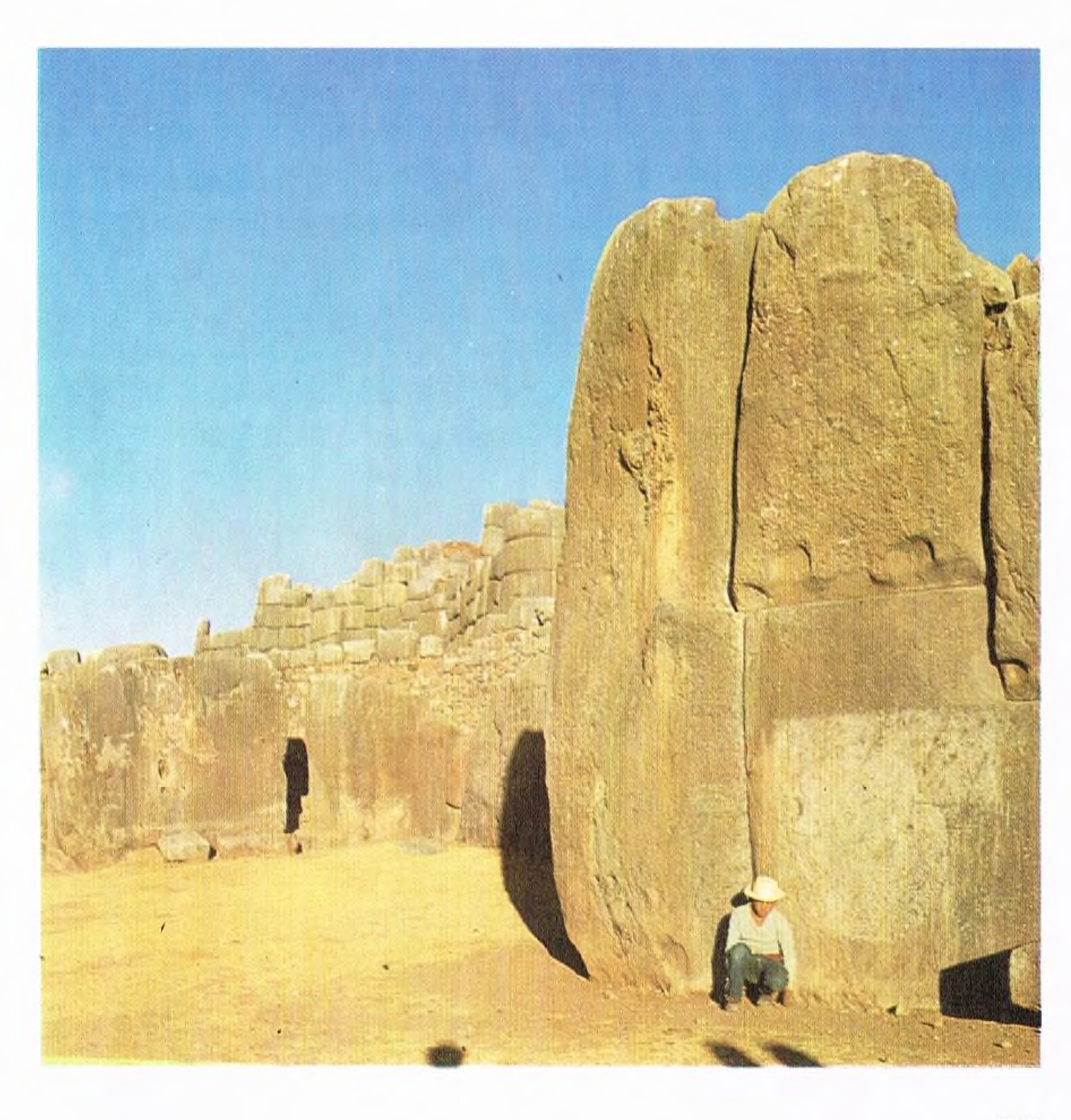
A pesar del saqueo sistemático e incontrolado a que han sido sometidas las «huacas» o sepulturas antiguas en Perú, y de la subsiguiente pérdida de objetos de gran valor histórico, son muchos los que se conservan en museos oficiales o particulares. Así, el de Torres, en Lima, reúne una gran cantidad de recuerdos de culturas prehispánicas como puede verse en el escaparate de la fotografía en el que se ven instrumentos de piedra y de metal seleccionados y ordenados sistemáticamente.

Sacsahuamán era una fortaleza levantada a poca distancia de la capital incaica del Perú, Cuzco. Su erección se debió precisamente a la necesidad de defender la residencia de los Incas de cualquier ataque. Y aún se conservan ruinas de lo que debieron ser gigantescas murallas, construidas con enormes bloques de piedra como puede comprobarse en la ilustración, en la que el hombre nos da la medida del tamaño de estos monolitos, cuyo transporte permanece en la oscuridad.

Aunque en la arqueología del Perú no se puede hablar de «Prehistoria», porque según la definición clásica la Historia comienza al mismo tiempo que la escritura, y en el Perú no encontramos ésta hasta la llegada de los españoles, podemos diferenciar las culturas propias de pueblos agrícolas, como el de Huaca Prieta, cuya cerámica no estaba suficientemente desarrollada, de los pueblos de cerámica perfecta, cuya evolución comienza aproximadamente el año 1500 a. de J.C. La clasificación más aceptada generalmente para las culturas peruanas es la del doctor Wendell Bennett, que establece cinco períodos.

El Período I comienza en el año 2500 a. de J.C., conoce la Cerámica y el abono por medio de guano y tiene desarrollada la Agricultura, cuyos comienzos se remontan al año 3000 a. de J.C., según las últimas pruebas realizadas por el método C-14. La cultura más típica de esta época es la de Chavín, cuyo centro está situado en los Andes, junto a la cordillera Blanca, en el lugar llamado Chavín de Huántar. Sus características son la representación sistemática de un dios felino de aspecto feroz, que se encuentra tanto en la Cerámica como en los tejidos y tallas de piedra. Pertenecen también a este período impresionantes edificios de piedras perfectamente encajadas, adornados con cabezas humanas y de animales esculpidos.

El II Período está comprendido entre los siglos IV a. de J.C. y IV d. de J.C. Es una época en la que aparecen varios misterios,



como el extraño árbol tallado en la roca de Tres Cruces, que mide más de 200 metros y que se puede apreciar mejor desde un avión que desde tierra. Entre los que se han ocupado de la arqueología pre-incaica no ha faltado quien ha asegurado que estas señales tenían por objeto ser leídas «desde arriba» por aparatos de navegación aérea desconocidos en nuestra época, y que incluso ciertos comentaristas identifican con los célebres «platillos volantes». Desde luego, no se ha encontrado ninguna otra explicación lógica a estas figuras cara al cielo, que, por lo demás, aparecen en todo el mundo aproximadamente en el primer milenio anterior a nuestra Era.

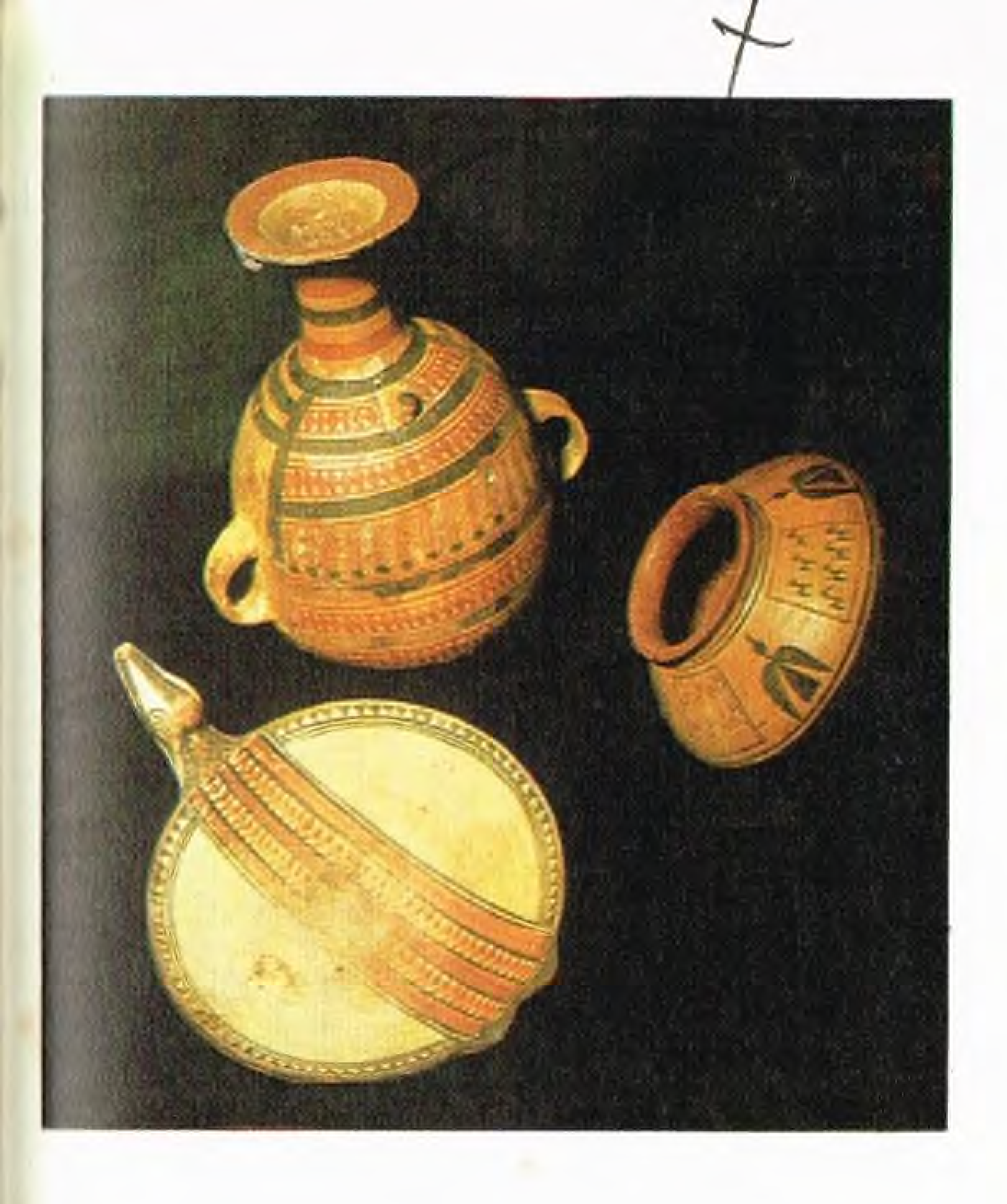
La cultura más típica de este período es la de Paracas. En esta península, situada al sur de Lima, se encontraron en profundas cavernas más de 400 momias con los cuerpos doblados en la típica posición fetal, tan habitual en todas las civilizaciones primitivas.

Parece ser que durante este tiempo se extendió la práctica de la deformación artificial de las cabezas de los niños para excitar ciertas cualidades intelectuales, cuyo conocimiento no debe extrañarnos en un pueblo cuya máxima cultura médica estribaba precisamente en las operaciones de cráneo (trepanaciones, etc.), muy corrientes debido a que el arma ofensiva más empleada en aquella época era una especie de maza.

El III Período se extiende entre los años 400 y 1000 de nuestra Era. Su principal característica es que el hombre ha desarrollado ya toda su civilización en construir ciudades. Una cultura típica de esta

A unos 100 km al noroeste de Cuzco, el Imperio incaico levantó una ciudad sagrada, defendida por una fortaleza, que fue llamada Machu Picchu. El estar situada en una agreste zona andina determinó que no fuera conocida durante la dominación española, y que hubiera que esperar al año 1911 para que un norteamericano, Hiram Bingham, llevara a cabo el sorprendente descubrimiento. Ésta es una de las puertas de acceso a las murallas de la fortaleza, construida por el sistema adintelado y de la que arranca una escalera hacia la ciudad.





Como en todas las civilizaciones agrícolas, la cerámica alcanzó en Perú un elevado nivel produciendo ejemplares dotados de gran belleza. La importancia de la cerámica radica además en que es uno de los más seguros medios de fechar la época y, por ello, la cultura de los lugares donde se haya encontrado. En la ilustración pueden verse tres tipos de vasijas con decoración geométrica y zoomorfa y que poseen gran perfección técnica. Se considera que pueden datar de la época plenamente incaica, hacia el año 1400, cuando faltaba poco más de un siglo para la llegada de los españoles.

época es la de Mochica, que dominó al norte del desierto peruano y cuya obra arquitectónica más conocida es una pirámide llamada Huaca del Sol. En esta construcción, que medía 230 m de lado y 41 m de altura, se emplearon más de 130 millones de ladrillos de adobe. Además, existían servicios médicos y un primitivo pero eficaz servicio de correos.

También por entonces se desarrolló en el valle de Nazca, al sur de Paracas, otra civilización anónima. El gran enigma de esta cultura es precisamente la abundancia de líneas, figuras de pájaros, arañas, ballenas y rectángulos, algunas de las cuales miden kilómetros de longitud y que están fechadas por el método C-14 en el año 500 después de Jesucristo. El investigador americano Paul Kosock, que voló sobre los Andes peruanos, pretende que se trata de una representación de fechas astronómicas y movimientos de los astros.

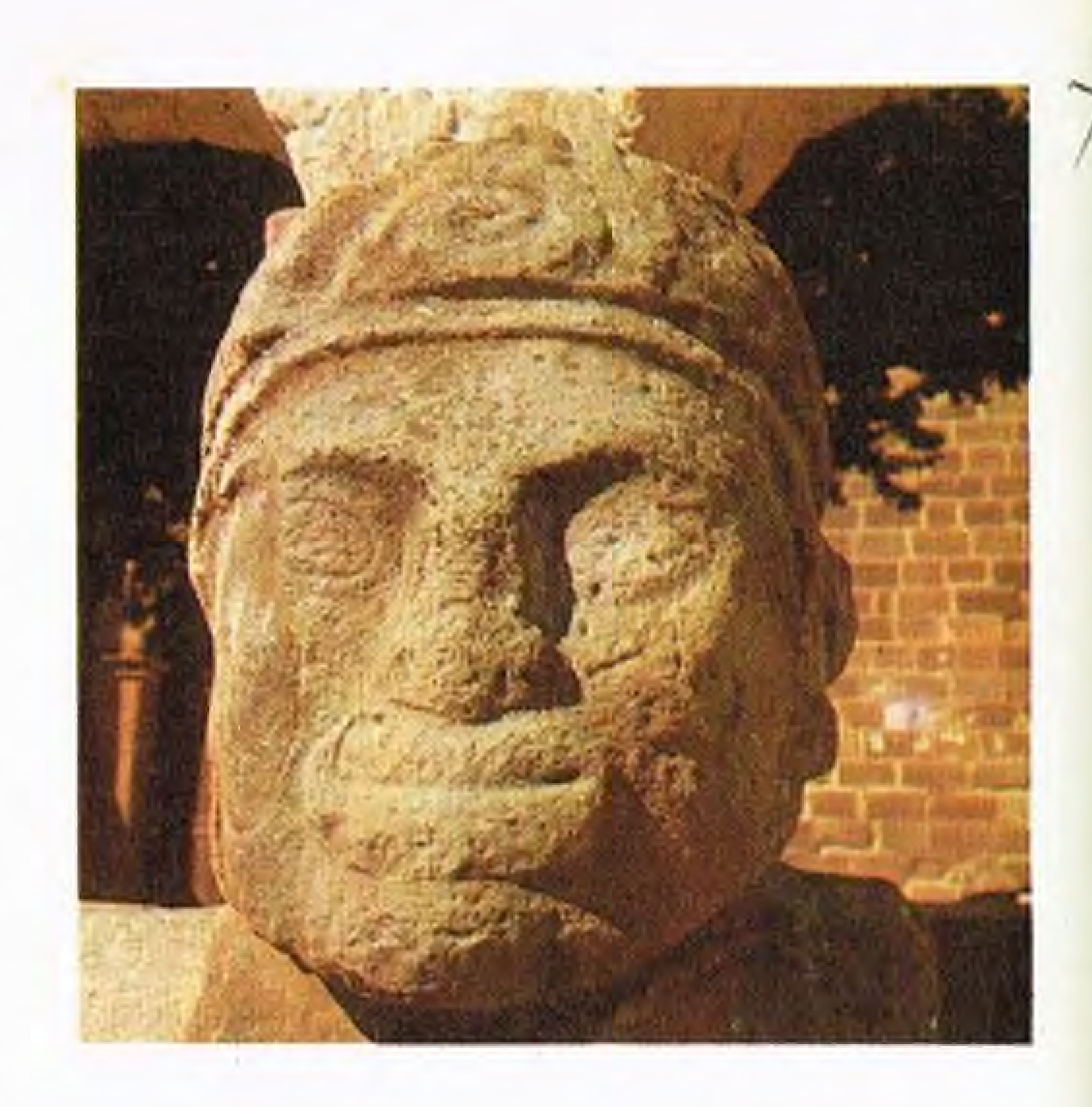
Este período contiene asimismo el mayor misterio de toda la arqueología americana, y tal vez mundial. Nos referimos al celebérrimo Imperio de Tiahuánaco. Es de momento imposible conocer la antigüedad total de sus extrañas ruinas, aunque los escasos e inexactos datos con los que se cuenta en la actualidad no permiten suponerle una antigüedad mayor de mil años.

Su desarrollo y proyección exterior tuvieron lugar durante el IV Período, entre los años 1000 y 1300. Esta ciudad, que debió ser el mayor centro ceremonial de los Andes, está situada junto al lago Titicaca, en el altiplano de Bolivia, a una altura de más de 4000 metros.

Las piedras de que están compuestos sus derruidos edificios están encajadas con inserciones y almillas y las mayores están fijadas por medio de abrazaderas de cobre. No tenemos la menor idea de quiénes fueron los constructores de estas edificaciones inmensas, cuyo símbolo dominante es un dios que llora, con lágrimas zoomorfas y armado de un tridente. Se trata de una obra tan impresionante que Arthur Posnansky se empeñó en relacionarla con China. La pieza más famosa de Tiahuánaco es la conocidísima Puerta del Sol, tallada de una sola pieza en un bloque de andesita, que contiene el símbolo del dios que llora y otros típicos de esta cultura. Parece ser que la Puerta del Sol había sido la entrada de un gran templo desaparecido. Los relieves y símbolos que contiene se asemejan extraordinariamente a los europeos de Neptuno, dios del Mar y de la Atlántida, y pese a que el parecido es muy notable, no se la puede relacionar con figuras semejantes de la Prehistoria europea. La actual iglesia de Tiahuánaco está flanqueada por dos colosales estatuas de dioses en posición arrodillada y esculpidas en piedra durísima. Algunos autores atribuyen a este conjunto de ruinas gigantescas la increíble antigüedad de 10 000 años, relacionándola con la leyenda de la Atlántida, con la hipotética existencia de una raza de gigantes, e incluso llegan a afirmar que la ciudad, actualmente a 3800 m sobre el nivel del mar, fue, hace doce milenios, puerto marítimo. Los defensores de estas fantásticas teorías creen confirmar con ellas la tesis de Hörbiger y su cosmogonía con 4 lunas, basada o «confirmada» en las leyendas mayas. Igualmente el famoso navegante Thor Heyerdahl, que cruzó el Pacífico en su balsa *Kon-Tiki,* llegó a suponer que los habitantes de la isla de Pascua eran fugitivos de Tiahuánaco.

¿Qué opina actualmente la Ciencia de estas fantásticas teorías? Hace 3 ó 4 años se ha comenzado a excavar sistemáticamente la ciudad, y de momento se ha descubierto que se trata de un conjunto de pirámides al estilo de Teotihuacán, México. Se supone que la

colina de Akapana debe de ser, en realidad, una pirámide de la que se han encontrado algunos bloques de piedra. Muy cerca se hallan las ruinas de Kalasasaya, cuadrado de 130 m de lado con pilares esculpidos en piedra y unidos por otros materiales de construcción. Todo ello está tan destrozado que es de suponer que un enemigo se apoderó de la ciudad y quiso arrasarla. Se conoce solamente una fecha segura datada por el procedimiento C-14, que apunta al año 500. El investigador Wendell Bennett consiguió extraer de este lugar una estatua de piedra, la mayor conocida, que fue llevada a La Paz. Hoy es imposible dar más precisiones sobre el «misterio de Tiahuánaco» y es preciso esperar nuevos descubrimientos para poder formarse una opinión imparcial de aquella ciudad, que, efectivamente, «parece» edificada y tallada por un pueblo de gigantes.



Otra cultura perteneciente a esta IV época es el Imperio Chimú, cuyo esplendor comienza aproximadamente en el año 1000 y termina exactamente en 1466. Los chimús fueron herederos de la cultura mochica y su capital fue Chan-Chan, que en sus 20 km^2 contenía enormes pirámides escalonadas, jardines canalizados y gigantescos depósitos de agua en piedra. En el valle de Chicama se conservó hasta el ataque de los incas un acueducto de kilómetro y medio de largo y altura máxima de 15 m, hecho, según parece, durante la época mochica y que, en parte, todavía sigue en pie. Este imperio se caracteriza por sus procedimientos casi industriales y por las grandes dimensiones de sus cerámicas y objetos de orfebrería. Hasta el momento no se ha excavado oficial y científicamente la ciudad de Chan-Chan, uno de los lugares preferidos por los «huaqueros», que han destrozado piezas arqueológicas únicas en su afán de encontrar tesoros enterrados.

Arriba: cabeza monolítica perteneciente a la cultura de Tiahuanaco. Al parecer, con este nombre se debe conocer un conjunto de ciudades y templos, una especie de santuario múltiple, centro de peregrinaciones durante muchos años. Estaba situado cerca del lago Titicaca en territorios del Estado actual de Bolivia. Abajo: el hecho de ser artesana no quita mérito a la industria textil prehispánica en Perú. Este hermoso tejido, no sólo bien terminado desde el punto de vista técnico, sino provisto de dibujos regulares y dotado de gran colorido, pertenece a la época inmediatamente precolonial.

El V Período cultural del Perú está representado por el Imperio de los Incas. Según las leyendas forjadas y extendidas por ellos mismos, el dios del Sol creó al primer Inca, Manco Capac, y a su hermana, Mama Oclla, en una isla del lago Titicaca. Después les ordenó que buscasen un lugar tan fértil que su bastón de oro se clavase en la tierra hasta desaparecer y fundasen allí su ciudad. Llegados al valle de Cuzco comenzaron a tener hijos de estirpe sagrada y sometieron a todas las demás tribus, a las que civilizaron. La Arqueología no apoya esta leyenda, ya que Cuzco fue fundada aproximadamente en el 1000 en una tierra ya civilizada desde hacía por lo menos dos mil años. El gran mérito de los incas fue construir un imperio orgánico que se impuso a partir del año 1200 y dio a una inmensa región de Sudamérica una época de cultura y bienestar que nunca había alcanzado. El pueblo que formó la base de este imperio fue el Quechúa. Se llamaron Incas a todas las personas de sangre real que dirigían el país y a quienes los conquistadores apodaron Orejones porque se colgaban del lóbulo de las orejas unas joyas tan pesadas que casi les tocaban en los hombros. El pueblo quechúa es fisiológicamente distinto de los demás, con el pecho y los pulmones anormalmente desarrollados y composición sanguínea también muy característica, fruto de su milenaria permanencia en un país situado entre 3000 y 6000 m de altura sobre el nivel del mar. Su idioma se habla en la actualidad por muchos millares de habitantes del Perú, y existen muchas gramáticas y diccionarios quechúa-español.



Toda la vida de este pueblo peruano estaba basada en el sistema métrico decimal siglos antes de que se conociese y adaptase en Europa. La base política era el «Ayllu», el clan, al que se pertenecía por el simple hecho de nacer. Cada ayllu poseía una parcela de



Dentro de las creencias totémicas, características de muchos pueblos primitivos, fue frecuente en América la deificación del jaguar. Como consecuencia de ello, se reiteraron las esculturas que lo representaban, unas como simple motivo decorativo, pero las más de las veces como ídolo totémico. Este último es el caso de esta pequeña figura de la temible fiera, que ofrece un claro aspecto antropomórfico, y que fue hallada en la provincia costera de Manabí (Ecuador).

tierra, pero no existía la propiedad privada. Una vez al año se repartía el terreno para su cultivo entre los componentes del ayllu de acuerdo con sus necesidades, número de hijos, etc. Lo que sobraba se dividía en dos partes: una para el Inca y otra para el Sol. Ambas eran cultivadas por medio de turnos por todos los componentes del ayllu. La cosecha correspondiente al Inca era entregada a sus delegados y autoridades. La que pertencía al Sol se reservaba en graneros para casos de emergencia, para dárselo a personas que no tuviesen, o para el Ejército. El Inca disponía de ella.

Cada diez trabajadores eran controlados por una capataz. Cada diez capataces eran vigilados por un jefe, y cada diez de éstos respondían ante un supervisor. Así, cada 10 000 trabajadores estaban dirigidos por 1331 encargados. En la cima de la pirámide de la jerarquía se hallaba el Sapa-Inca, el emperador. La organización era tan perfecta que cada una de las provincias se representaba por un mapa en relieve en la capital. Si se detenía a un ladrón, el juicio se reducía a averiguar las causas. Si había sido por «vicio», el acusado era despeñado. Si robó por «necesidad», quien era castigado era el oficial responsable, por su falta de administración. Al no existir moneda, el único impuesto que se exigía a los súbditos era una contribución en «días de trabajo», llamada «mita», que se satisfacía trabajando en las carreteras, en la construcción de fortalezas, etc. Incluso existía una forma especial, cuando un ayllu se dedicaba exclusivamente a la conservación de un puente, como el de Curahuas, cuyos componentes estuvieron prestando este servicio hasta 1879, ¡más de 300 años después de extinguido el Imperio Inca!

La vida del pueblo quechúa era bucólica y feliz, sin esperanzas, pero también sin temores. La mujer trabajaba junto a su marido, pero su trabajo consistía especialmente en preparar la «chicha» y el «chuñu». La «chicha» era una bebida que se obtenía masticando maíz hervido, y una vez convertido el almidón en azúcar (transformación producida por la saliva), se mezclaba con agua y se hervía. En el proceso, el azúcar se convertía en dextrosa y luego en alcohol.

El «chuñu» era patata hervida (la patata nació junto al lago Titicaca, según parece) y secada al sol; luego se machacaba hasta convertirla en harina. Esta era la base de muchos de sus alimentos. La agricultura era rica; se conocían más de 40 tipos de patatas, 20 variedades de maíz, boniatos, tomate, mandioca, pimientos y cacao. Más de la mitad de los productos agrícolas que hoy cultiva el hombre civilizado era conocida ya por los quechúas.

Al nacer, el pequeño quechúa era bañado en el río más próximo y su madre le amamantaba hasta los 2 ó 3 años de edad. Durante este tiempo se le llamaba «el vava» (el bebé) y luego se le ponía un nombre provisional, pues el definitivo no se le daba hasta llegar a la pubertad.

La mujer tenía a su alcance más oportunidades que el hombre. Si poseían algún talento especial, en el tejido, por ejemplo, o si eran bonitas, los «alcaldes» podían designarlas como «ñustas» o mujeres escogidas. Se las llevaba a Cuzco o a cualquier otra capital, y si aprobaban un primer examen, ingresaban en una especie de convento donde se las enseñaba a tejer y a realizar todos los ritos de la religión del Sol. Generalmente, estos «conventos» estaban situados en algún lugar inaccesible. Algunas de ellas llegaban a alcanzar el grado de concubinas del Inca, o bien éste las regalaba a sus generales como esposas, gran honor semejante a una importante condecoración. Las que no se casaban podían llegar a ser «mamaconas» y su misión era

enseñar a las neófitas. El trabajo principal de las «ñustas» consistía en tejer los trajes y ornamentos del Inca y de la familia real. Si alguna de estas vírgenes dejaba de serlo, se la enterraba viva y se ahorcaba al seductor, aunque en algunos casos, cuando éste no era localizado, se suponía que el padre del futuro bebé era el dios Sol en persona. Sólo en la ciudad de Caxas los españoles calcularon que había unas 500 «ñustas».

Para las mujeres que no llegaban a «ñustas» sólo cabía esperar el matrimonio, siempre monogámico, porque sólo los Incas tenían derecho a la poligamia. El casamiento era por selección y el pretendiente se limitaba a presentarse en casa de su futuro suegro para ayudarle, con lo que hacía patentes sus intenciones. Las relaciones prematrimoniales eran corrientes. Cada otoño, durante la visita del inspector que repartía las tierras entre las familias, se reunían en su presencia los jóvenes que aún no se habían casado y ya habían llegado a la edad núbil. Entonces asignaba a cada hombre una mujer, y a cada una de las parejas así constituidas «por real decreto» asignaba una parcela de 100 m de largo por 50 de ancho, aproximadamente. Los jóvenes de las clases superiores eran «entrenados» para el matrimonio por viudas jóvenes, cuando eran huérfanos, y por esclavas de su edad, si tenían padres.

La más sorprendente de las instituciones incaicas, y que más llamó la atención de los conquistadores, fueron los «chasquis». Se trataba de un grupo de corredores que permanecían en puestos fijos situados en las extraordinarias carreteras del país, distanciadas entre sí poco más de dos kilómetros. Al recibir un mensaje, el chasqui salía corriendo hasta el puesto siguiente, donde daba el relevo. Por este procedimiento, en cinco días llegaba un mensaje de Quito a Cuzco, ciudades separadas por unos 2000 km de carreteras a una altura de 2000 a 5000 metros. La velocidad de un mensaje era la de 400 km diarios, casi tres veces la de los mensajeros romanos. Incluso por este sistema se llevaba pescado al Inca, siendo la distancia de Cuzco al mar algo más de 200 km. La administración española conservó el sistema de «chasquis» hasta el año 1800.

Las «carreteras» eran sorprendentes, si bien no se les puede dar este nombre porque los incas nunca conocieron la rueda ni emplearon más que pequeñas llamas. En total, la red medía 18 000 km. La línea principal, con más de 5000 km, llegaba desde Quito hasta más allá de Santiago. La anchura uniforme era de 8 m, y a lo largo de la calzada había un muro de la altura de un hombre y una fila de árboles para dar sombra a los viajeros. El corte de uno de estos árboles se castigaba con la muerte. Por si ello fuera poco, a lo largo de la calzada corría una acequia de agua para que pudieran beber los hombres y abrevar su ganado. Cada 20 km había una posada donde se almacenaban cereales, ropas, calzado y armas para el ejército cuando pasaba por allí hacia la guerra. En aquella época, las carreteras de Europa apenas eran caminos intransitables, infestados de bandoleros...

Para salvar los espeluznantes abismos andinos existían puentes colgantes, suspendidos por bejucos del grueso del cuerpo de un hombre, y con el piso recubierto de planchas de madera. El más célebre fue el tendido sobre el río Apurimac, conservado hasta 1890 por los aldeanos de Curahuasi como tributo... al Inca.

Con el fin de no sentir la fatiga durante sus interminables marchas, los quechúas, especialmente las chasquis, tal como observa Harold Osborne, utilizaban las hojas de coca, que masticaban continua-



X

La chicha es una bebida alcohólica producida por la fermentación del maíz en agua azucarada. Era muy utilizada por los quechúas del Perú prehispánico, en especial en determinadas fiestas. Aunque, como es natural, podía beberse en cualquier recipiente, solían emplearse algunos exclusivamente para esta finalidad. Tal es el uso que se atribuye a este vaso que se ve modelado en forma de cara femenina, parte de cuyo pelo se ha aprovechado para formar el lugar de aplicar los labios y el asa para sostenerlo.

Bajo los Incas, el pueblo quechúa llegó al conocimiento de los metales y del arte de trabajarlos, es decir, la metalistería. Son numerosos los objetos conservados que lo demuestran. Así, esta placa de cobre laminado a fuerza de martillazos. Sobre su significado no existe unanimidad. Mientras unos opinan que se trató de representar a un jefe, otros creen que la figura es, en realidad, una divinidad misteriosa artísticamente enmarcada.



mente y los hacía insensibles al hambre, la fatiga, el frío y el calor. La cocaína, sustancia extraída de la coca, tenía la desventaja de producir efectos de anestesia y destruía lentamente el organismo. La farmacopea inca conocía, además, la quinina, la belladona y muchas otras drogas usadas actualmente por la Medicina, llegando en la cirugía craneana a tal grado de perfección que se calcula que en todo Perú se han encontrado más de 10 000 cráneos trepanados. Los instrumentos quirúrgicos hallados han servido a los doctores Graña y Roca para realizar trepanaciones sobre un paciente vivo, añadiendo a la primitiva técnica inca sólo la anestesia y la desinfección.

Sin llegar a tener la enorme importancia alcanzada entre los aztecas y los mayas, el calendario fue también muy importante para el pueblo inca. El año tenía 12 meses y comenzaba en diciembre. Cada mes tenía sus festividades particulares y sus grandes celebraciones, que líbraban al pueblo quechúa de su monotonía. Casi todas estas fiestas terminaban en una impresionante borrachera ritual con chicha, cuyo abuso estaba penado durante todo el año, excepto esos días. Unos juegos muy especiales se celebraban en el mes de diciembre, primero del año (Perú pertenece al Hemisferio Sur), que consistían en unas carreras en dirección a una colina en que muchachos y muchachas corrían completamente desnudos; se cruzaban toda clase de apuestas, pero tenía la particularidad de que cuando un muchacho alcanzaba a una de las muchachas, la poseía en el mismo lugar donde la había alcanzado y a la vista de todo el mundo.

El baile era muy importante e incluía canciones interminables acompañadas por el tambor. Las danzas más espantosas eran las guerreras. A pesar de ello, los sacrificios humanos eran poco corrientes entre los incas, que preferían hacer trabajar y asimilar a los vencidos.

La cabeza del Imperio era el Sapa-Inca, cuya obligación era casarse precisamente con su hermana, como en la similar civilización egipcia. La reina, que adquiría el título de Coya, era la primera de las esposas, ya que algunos Incas tenían cientos de concubinas y de hijos. Huayna Capac tuvo más de quinientos. Todos estos hombres de sangre real formaban la nobleza, cuya fidelidad estaba asegurada. El descendiente de un Inca no era necesariamente su hijo mayor, sino uno de los habidos con la Coya, elegido con asesoramiento de un Consejo Real. Los hijos de sangre noble, después de un fuerte entrenamiento militar, recibían personalmente del Inca los pendientes que deformaban sus lóbulos y les convertían en «orejones». A su muerte, el Inca era momificado, y a todas sus concubinas y servicio personal se les embriagaba y luego estrangulaba para que le acompañasen en la tumba. La técnica de la momificación no llegó a desarrollarse como en Egipto. Para dar una idea de la consideración sagrada que se daba al Sapa-Inca, tanto la comida preparada para él y no consumida, como sus maravillosos vestidos usados una sola vez eran quemados con gran ceremonia para que nadie pudiese profanarlos.

La arquitectura del Imperio Inca se distinguía por su monumentalidad y por las enormes piedras talladas, ajustadas con tal perfección que no es posible introducir la hoja de un cuchillo por una de sus junturas. Setenta kilómetros al norte de Cuzco existía la ciudad-templo de Cacha, erigida en honor del dios Viracocha (Tiki), construida de adobe sobre unos gruesos muros de piedra labrada. El célebre arquitecto norteamericano Frank Lloyd Wright calificó la planificación de la arquitectura inca de «integral». No se usaban

madera ni clavos, ni siquiera el falso arco utilizado en puentes. Otro famoso edificio de esta época es el «Castillo» de. Pisac, situado en la cumbre de un macizo rocoso. El más importante de todos los ejemplos de arquitectura incaica es la ciudadela de Machu Picchu, descubierta en 1911 por Hiram Bingham, ciudad fortificada con un complejo de terrazas, templos, plazas sagradas y bloques residenciales. Como todas las casas del Imperio Inca, los tejados estaban recubiertos de yerba. Otras ciudades importantes fueron: Limatambo, Vilcas-Huaman, Bombón, las dos últimas con una inmensa plaza central; Huánaco, de cuyo templo dice Cieza que estaba servido por 30 000 hombres; Cajamarca, donde fue detenido Atahualpa; Tumipampa, célebre porque en las paredes del Templo del Sol había un recubrimiento de planchas de oro y por estar servido por más de 200 «ñustas»; Quito, ciudad maravillosa, y, para terminar la relación, la enorme fortaleza de Sacsahuamán, edificada en tiempo pre-incaico y cuyas enormes piedras ciclópeas, alguna de las cuales pesa 60 toneladas, resulta increíble que fueran talladas, transportadas y encajadas en su sitio por hombres, lo que induce a pensar, como algunos soñadores quieren, en una raza de constructores gigantes.

Para terminar con esta visión de la civilización inca debemos reconocer que la falta de alfabeto (a no ser que éste sea las figuras extrañas y por catalogar de la cerámica pre-incaica) fue compensada por un sistema ingeniosísimo de notación: el *quipus*. Esta palabra significa «nudo» y se trataba de largas cuerdas, de uno a muchos pies de longitud, a las que se ataban con ciertos intervalos nudos de diferentes colores. Se ha demostrado que tales cuerdas servían para registrar y anotar cifras por medio del sistema métrico decimal, incluyendo un símbolo para el 0. Los nudos representaban números, y la forma de hacerlos o los colores permitían al intérprete decir en todo momento el número de hombres, mujeres, llamas, etc.... de un país conquistado o sujeto a tributo. Durante el siglo XVII se procedió a la destrucción de los quipus, pero han llegado a nuestra época muchos conservados en tumbas y templos. Existen también muchas teorías sobre la interpretación de este medio de escritura, cuyo desciframiento íntegro está todavía por hacer.

Hacemos notar que tanto la nomenclatura como las fechas incluidas en el presente trabajo están sujetas a revisión en espera de las investigaciones que se están realizando y que, sin duda, añadirán nuevas ideas al estado actual de conocimientos sobre las civilizaciones pre-colombinas, especialmente en cuanto se refiere a su antigüedad, cada día considerada mayor, y a la gigantesca e inexplicable grandeza de sus monumentos.



Otra muestra del perfecto trabajo de alfarero de los amerindios peruanos es esta jarra en la que se combina hábilmente el sentido artístico y el práctico. El hueco de la bella figura representada constituye el recipiente. Y a espaldas de ella surge el orificio para llenar o vaciar la vasija que es al mismo tiempo asa para sostenerla o trasladarla. El objeto está construido en barro negro, muy frecuente en el país, y del que existen numerosas obras.

GRAND PRIX



Los *Grandes Premios* de carreras de automóviles son una consecuencia lógica de la «pasión por la velocidad» que ha estallado en nuestro siglo XX y que tiene sus orígenes en la última década del XIX. Hoy la mayor parte de carreras se celebran en circuitos cerrados, y el público debe abonar el precio de una entrada para ver en acción a sus pilotos y marcas favoritos, hecho imprevisible en los primeros años de la historia del automóvil, cuando los conductores se enzarzaban en grandes batallas a campo abierto, y su paso por las carreteras y caminos era objeto de toda clase de burlas.

Paulatinamente, la afición al automóvil y a las carreras fue creciendo y se acotaron grandes espacios de terreno en los que las

pruebas podían celebrarse con toda tranquilidad, y sin peligro de arrollar a pacíficos transeúntes. Así nacieron los «circuitos», a cuyo alrededor han surgido restaurantes, salas de fiestas, campos deportivos, tribunas elevadas, etc., que convierten los «grandes premios» en un mundo aparte, bullicioso, dramático y, desde luego, siempre espectacular.

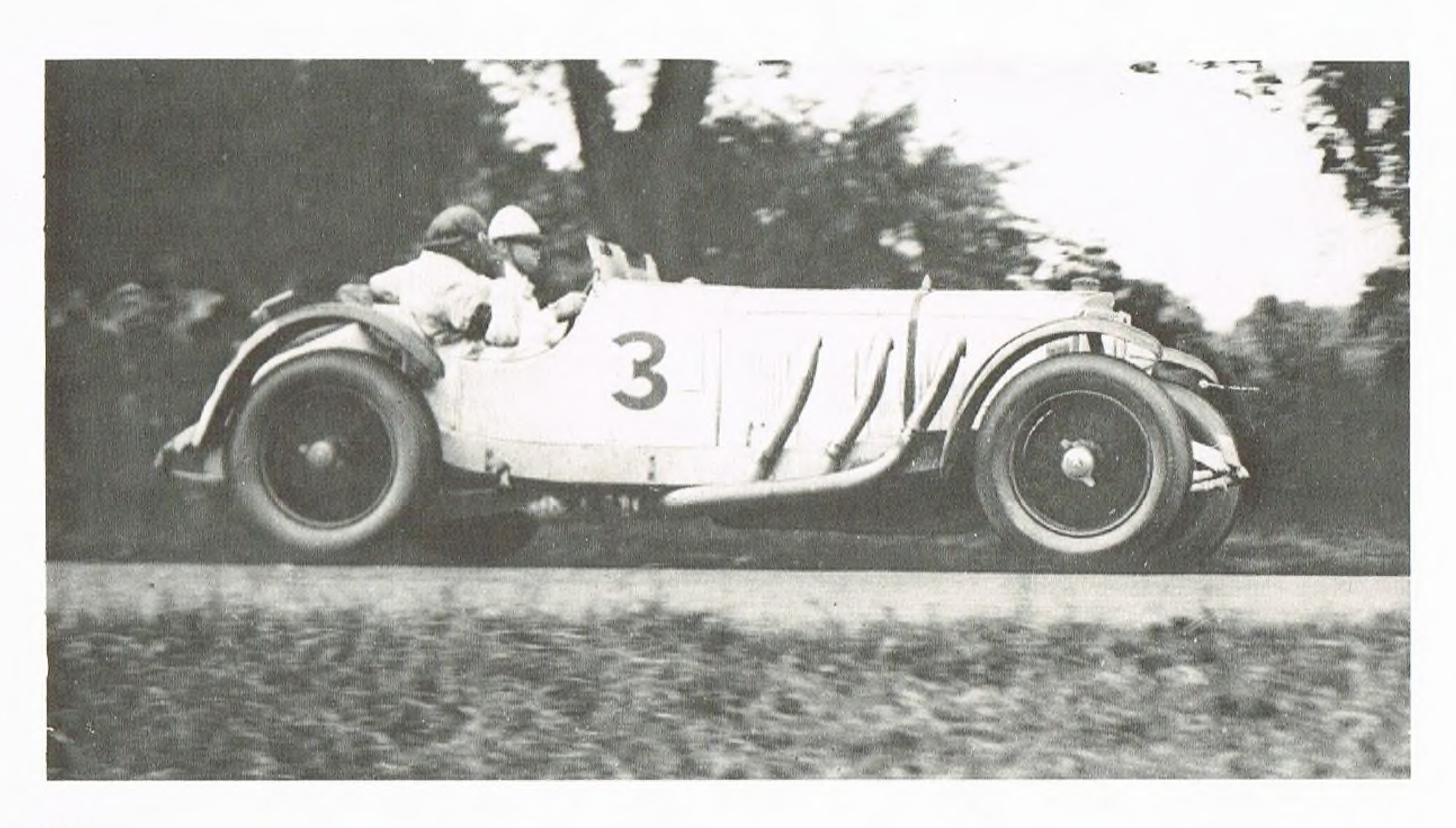
La primera carrera de la que se guarda una constancia oficial fue la famosa París-Ruán, realizada en el año 1894. Como dato para la historia, puede añadirse que venció M. de Dion, un aristócrata francés que había construido su propio automóvil, seguido de dos conductores de la marca Peugeot. El conde Dion logró un promedio de 18 km 660 m por hora, y cabe recordar a ese respecto que actualmente el récord de la hora de *carreras a pie* está situado por encima de los 20 kilómetros.

Sin embargo, el progreso de la velocidad fue concluyente, y a principios de siglo ya se superaban los 100 km por hora en el recorrido entre París y Viena. Recordemos, por otra parte, que los automóviles eran mastodónticos armatostes de 1000 kilos de peso y desarrollaban una potencia de 100 a 120 caballos, sin contar que las carreteras que no eran entonces precisamente autopistas.

Ya en el año 1902 se cerró un circuito en Bastogne (Francia) y en él se celebraron las primeras pruebas de este tipo, es decir, dando un determinado número de vueltas a un mismo recorrido. El primer «Circuito de las Ardenas» fue ganado por Claude Jarrot sobre «Panhard», que logró la velocidad de 87 km por hora.

Sin embargo, al otro lado del Atlántico, los norteamericanos ya practicaban también las carreras de automóviles y desde 1904 se corría el Premio Vanderbilt, indistintamente en circuito cerrado o por carretera entre dos poblaciones. Fue en 1911 cuando se inicia realmente la era de las competiciones en circuito con las fabulosas 500 Millas de Indianápolis, que anualmente se realizan en este rapidísimo «anillo», de muy reducidas dimensiones, lo que permite al

Hoy este automóvil nos parece un anticuado coche «sport», un viejo descapotable, pero así eran los bólidos de carreras antes de la II Guerra Mundial. Obsérvese el gran espacio ocupado por el motor y la escasa protección del conductor, con la cabeza casi saliendo por encima del parabrisas. Los neumáticos se diferencian en poco de los de un coche de turismo. Sin embargo, éste es el Mercedes-Benz que ganó el Gran Premio de Irlanda, en julio de 1930, pilotado por el famoso italiano Caraccolia. En aquellos tiempos, los coches de carreras eran sumamente pesados y alguno de ellos rebasaba los 1000 kilos.







La palabra «nervios», quizá sea la que mejor defina el ambiente de los «boxs» antes de iniciarse la competición. Sin embargo, a los pilotos se les exige una frialdad de mármol y la seguridad de un robot. En la fotografía puede verse a un cronometrador dispuesto a comenzar su delicada y a veces discutida labor. La mirada inquieta, el rostro crispado, el descuido en la vestimenta, revelan el estado de tensión.

espectador seguir la carrera en todo momento, algo que no puede conseguirse en los circuitos europeos. Claro está que ello se obtiene al precio de muchos accidentes y el consiguiente peligro para el espectador, que está situado muy cerca de la pista.

Desde 1911, por tanto, puede afirmarse que empieza la moderna historia del automovilismo en Norteamérica y, en general, en el mundo. Los Grandes Premios se suceden y ninguno de los principales países europeos deja de tener una carrera de automóviles de cierto relieve: Francia, Italia, Inglaterra, Holanda, Alemania, Bélgica, etc., y así surgen nombres legendarios que hoy siguen siendo sinónimo de velocidad y riesgo: Monza, Le Mans, Silverstonen, Nurburgring, Spa, etcétera.

Cada año se reúnen en esos circuitos de 200 000 a medio millón de personas que siguen apasionadamente el curso de las carreras que darán fama y riqueza a pilotos y constructores. Porque los «grandes premios» no se ganan únicamente en las 4 ó 5 horas de una carrera de velocidad o en las 12 ó 24 horas que duran las de resistencia, sino en las plantas industriales de donde surgen modelos cada vez mejores, más rápidos y, dentro de lo posible, más seguros. La carrera no la gana el piloto solamente, pues los ingenieros, los técnicos, los mecánicos, etc., son partícipes también de este éxito y por ello vemos muchas veces cómo en la vuelta de honor del automóvil vencedor montan en él algunos de estos colaboradores, sin los cuales el éxito no hubiera sido posible. En realidad, y salvo casos excepcionales, todas las carreras son ganadas por pilotos y coches pertenecientes a determinadas «escuderías» (que es el nombre dado al «equipo» de cada firma) y casi nunca por independientes. El triunfo depende, en gran parte, de una perfecta sincronización de todos estos elementos.

Las «Fórmulas» de ayer y de hoy

Todo deporte —y el automovilismo lo es indudablemente— requiere una reglamentación. En el caso de las carreras de coches, los problemas provienen de la potencia ilimitada que podrían tener esos bólidos, lo que haría muy peligrosas las pruebas y mortales casi todos los accidentes. Hoy un automóvil movido por fuerza nuclear podría alcanzar en línea recta velocidades literalmente fantásticas, y aun con el motor actual el peligro de explosión es terrible, como vino a demostrarlo el trágico caso de Campbell, en que hombre y máquina quedaron materialmente desintegrados.

La reglamentación de las carreras, por tanto, ha de efectuarse de tal modo que la velocidad pueda ser siempre mayor, pero el riesgo o la posibilidad de accidente debe permanecer invariable o reducirse. Cada vez, en efecto, se alcanzan más altas velocidades con un riesgo idéntico y es en este punto donde se demuestra el ingenio, la pericia y el potencial de los constructores de automóviles.

Por esto nacieron las *Fórmulas,* que parecen un tanto complicadas a ojos del profano en la materia, las cuales señalan unos «límites» de cilindrada y potencia para cada tipo de automóvil... y de piloto. Es evidente, por ejemplo, que el conductor normal, el que se desplaza diariamente de un lado a otro con su automóvil utilitario o turismo, necesita un largo período de entrenamiento para llegar a conducir un coche de Fórmula III y que los pilotos de este tipo no podrían gobernar los aerodinámicos modelos de Fórmula I, que es la más rápida y la utilizada en los campeonatos internacionales.

La actual Fórmula I autoriza la cilindrada de 3 litros sin compresor o de 1,5 litros con compresor. Estas condiciones permiten una mayor velocidad a los conductores, los vehículos son grandes y pesados, más potentes, en una palabra.

Esta «Fórmula» se utiliza en el campeonato mundial de conductores y, por tanto, en todos los «grandes premios» puntuables para esta competición. Hay otras carreras en las que, prácticamente, no se conocen límites para la cilindrada, como las 500 Millas de Indianápolis; por ello esta carrera es un impresionante «banco de pruebas» para las más atrevidas y a veces absurdas aventuras de los constructores, si bien últimamente la carrera ha entrado en unas normas más rígidas y sólo algún que otro diseñador o piloto independiente se atreve a «probar suerte».

Intereses en juego

Los Grandes Premios reúnen a los mejores pilotos y marcas, y como el número de espectadores se eleva a más de medio millón de personas que «pasan por taquilla», se producen recaudaciones realmente sustanciales. Una parte de estos beneficios se dedican a premios: al vencedor, al segundo y tercer clasificados, al que da la vuelta más rápida, etc. Dichos premios se ofrecen exclusivamente a las pilotos. En consecuencia, ¿qué ventajas obtienen las «escuderías»? Publicidad.

Efectivamente, las grandes marcas automovilísticas del mundo tienen un departamento dedicado por entero a las carreras de coches. Ello requiere un buen contingente de ingenieros, especialistas, mecánicos... y pilotos, los cuales, al igual que los futbolistas o ciclistas, cobran un sueldo mensual (a veces de 2500 dólares o más), una «ficha de traspaso» si pertenecían a otro equipo, y, como decimos,

Nos encontramos ya en los años cincuenta. Los progresos de la técnica, después de la Segunda Guerra han sido grandes y se han reflejado incluso en la línea aerodinámica de los coches. La carrera de las Mil Millas, que se disputaba en Italia, gozaba de fama mundial. Stirling Moss era entonces un gran favorito. Le vemos aquí pilotando un Mercedes en la competición antes citada, en 1955, pero Moss fue un hombre desgraciado. En primer lugar, tuvo que medirse con el inigualable Fangio, en segundo lugar, la mala suerte, en forma de numerosos accidentes, se cebó en él.





El accidente es la palabra más temida en las carreras de automóviles. ¡Y puede surgir por causas tan diversas! En el caso de Rindt, en 1970, cuando éste rodaba a 200 km por hora y quiso reducir velocidad a 180 para tomar una curva... los frenos no respondieron y el corredor se estrelló. Una mancha de aceite en el suelo, incluso un perro que atraviesa la pista, un coche averiado que no se aparta a tiempo y el choque fatal se produce. Además del golpe, lo más terrible es el incendio, el conductor aprisionado entre los hierros... Este accidente ocurrió en Atlanta, Estados Unidos.

se embolsa los premios. La marca *Ferrari* está considerada como la más artesana y, a pesar de ello, tiene 300 especialistas. En cuanto a la *Ford,* reincorporada a la producción de bólidos para carreras deportivas, ocupa, en sus diferentes ramas, a más de 300 000 personas.

Las ventajas que reporta un triunfo en una carrera internacional o en un Gran Premio son meramente publicitarias, pero repercuten en la venta de coches de turismo en una proporción extraordinaria e impresionante. Tenemos, por ejemplo, la marca *Lotus,* de Inglaterra, y el *Matra* francés. Hace unos años estos nombres eran desconocidos totalmente del gran público y llevaban una lánguida existencia. Surgió entonces Colin Chapman, que se convirtió en el principal propagador del *Lotus* en compañía de un piloto todavía desconocido, Jim Clark. El *Lotus-Chapman* (el motor fue una creación de este último) comenzó a imponerse en las competiciones internacionales, y Jim Clark se proclamó campeón del mundo. ¿Resultado de estos éxitos deportivos? Lotus vende ahora 1500 automóviles por año en todo el mundo, y su modelo *Elan Coupé,* de gran lujo y con un precio de 6000 dólares, se vende a razón de 40 unidades por mes, 30 de ellas destinadas a la Europa continental y a Norteamérica.

Matra decidió también jugar su carta en las carreras de automóviles, aun a riesgo de grandes pérdidas en los primeros años. En realidad, el rápido éxito de este coche francés determinó que en 1967 se fabricaran unos 3000 automóviles contra 300 en el año 1965. Unas pocas victorias de su piloto número 1, el campeón del mundo John Surtees, y algunos premios por la vuelta más rápida a Jean-Pierre Beltoise, bastaron para que, en dos años, el arriesgado proyecto se convirtiera en éxito total.

Estos ejemplos recientes podrían extenderse a todas las épocas, por ejemplo, en los años 30, cuando el *Mercedes-Benz* impuso su ley en todos los circuitos europeos tras varios años de ensayo, si bien en este tiempo fue silenciosa pero eficazmente ayudada por el III Reich, deseoso de conseguir un dominio mundial en esta industria.

También *Ferrari* es una creación absoluta de Enzo Ferrari, un hombre devorado por la pasión de la velocidad y de la investigación, cuyos modelos ruedan por todo el mundo, aunque sus ventas se apoyan casi exclusivamente en la fabulosa serie de éxitos conseguidos en los circuitos de Le Mans, Daytona, Monza, etcétera.

Estos son los motivos que mantienen vivo y en alza el deporte de las carreras automovilísticas. Sin el apoyo de las grandes marcas, nada sería posible, pues para poner «en marcha» uno de estos bólidos se requiere, no un volante, sino muchos millones. Esos no siempre se recuperan, pues no todas las grandes marcas han tenido éxito en ese apasionante, pero azaroso espectáculo. El prestigio de un automóvil y de sus constructores se juega a aveces en un pinchazo inoportuno o en el despiste del conductor. Y la cantidad de dinero que está en juego no permite casi nunca decir «volveremos a empezar»: basta un solo fallo para que todo el edificio se venga abajo.



Se corre el Gran Premio de Monza, famoso circuito italiano, y el coche que aparece en la fotografía es un «Ferrari», tripulado por el gran corredor Wolfgang von Trips. Estamos en el año 1961 y ni el corredor ni el fotógrafo podían sospechar que al cabo de pocos minutos de haberse impresionado aquella instantánea, el bólido sufriría un tremendo despiste e iría a estrellarse ocasionando la muerte del piloto alemán.

Los Grandes Premios y sus circuitos

Como señalamos anteriormente, el Campeonato del Mundo consiste en la celebración de una serie de «Grandes Premios» de Fórmula 1 que se realizan en diversos países a lo largo de todo el año. Al vencedor se le dan 9 puntos; al segundo, 6; al tercero, 4; al cuarto, 2, y al quinto, 1. Estos «Grandes Premios» son escogidos por la Federación Internacional después de una cuidadosa selección, ya que el número de circuitos capaces de albergar una competición de estas características no son muy numerosas porque se requieren medidas de seguridad para pilotos y público muy exigentes, y el piso de la carretera y trazado de la misma debe ser igualmente perfecto.

Los circuitos se encuentran en Monza (Italia), Reims (Francia), Silverstone (Inglaterra), Brands Hacht (Holanda), Spa (Bélgica), Nurburgring (Alemania), a los cuales han venido a unirse los norteamericanos y sudafricanos, y el circuito abierto de Mónaco. También Nueva Zelanda y Australia pretenden que su «Gran Premio» sea incluido en el campeonato del mundo.

Cada circuito tiene características propias, y ésta es su principal virtud, porque cada uno de ellos reúne en mayor o menor grado todos los ingredientes propicios para equilibrar las posibilidades del piloto. Pero siempre existe una faceta que lo diferencia de los demás y le otorga un sello especial, ese «cachet» que le convierte en un circuito apto y propio para una batalla por el campeonato mundial.

Mónaco. El pequeño principado tiene su circuito que es toda la ciudad de Montecarlo. En realidad, las dimensiones territoriales de Mónaco no le permiten poseer un verdadero circuito, y la carrera discurre por las calles de la población. Los corredores deben afrontar un recorrido totalmente distinto a los habituales: hay aceras, rebordes, balaustres de piedra,. muros, edificios, etc., y todo ello sinuoso y con virajes constantes. El recorrido total de una vuelta es de 3,2 kilómetros y en determinados tramos se pasa a pocos metros del muelle, con el peligro que es de suponer. Precisamente al despistarse su

coche en esa parte, Alberto Ascari sufrió un gravísimo accidente, pues su vehículo cayó al mar, siendo muy difícil rescatarle. Ello ocurría en el año 1954, y quince meses después, mientras probaba un vehículo de la marca *Lancia* en el que había decidido dar batalla en las competiciones deportivas, Ascari pereció de forma todavía inexplicada. Con la muerte de su piloto, que había sido campeón mundial, *Lancia* cerró su experiencia en el campo de las competiciones.

Nurburgring. También este circuito alemán está considerado entre los «duros» y los promedios que se alcanzan no son muy espectaculares para el gran público, pero revelan su terrible dificultad. El circuito es largo, 23,2 km cada vuelta, que zigzaguea en torno a una colina, pasa a través de bosques y despeñaderos. Sus curvas parecen siempre las mismas, lo que es un grave obstáculo para el piloto, pues, ha de efectuar una intensa concentración para recordar perfectamente la dificultad, amplitud y características de cada una de ellas. Todo error de cálculo se paga con el accidente o el despiste, lo que significa abandono o pérdida de muy valiosos minutos.

Realizar un promedio de 150 km es una verdadera hazaña en Nurburgring. Llegar a los 158,200 en una vuelta, como lo hizo John Surbees en 1964, constituye un récord, que sólo los bólidos de Fórmula I pueden superar a base de arriesgarlo todo.

Indianápolis. El famoso circuito norteamericano no es, en opinión de los europeos, un verdadero circuito. Con una visión grandiosa,

Un aparente desorden reina en las pistas cuando ya sólo faltan unos minutos para que los altavoces ordenen despejarlas. Amigos, directivos de las escuderías, mecánicos, pilotos y cronometradores se mueven, hablan, preguntan y contribuyen a incrementar un clima de nervios que irá en aumento hasta el final de la prueba. Nerviosismo muy lógico, pues Fittipaldi, en el Gran Premio de Italia de 1972, se dio cuenta, pocos minutos antes de la salida, de que su carburador no funcionaba. Los mecánicos lo desmontaron y lo volvieron a instalar en el tiempo récord de 20 minutos y Fittipaldi ganó.



los americanos se limitaron a trazar un «estadio» con una pista exterior de 4 km, es decir, poco más que el de Mónaco. Sin embargo, el de Indianápolis requiere únicamente velocidad, pues hay larguísimas rectas y el piso es perfecto, constituido por una serie de materiales propicios a que los automóviles alcancen las máximas velocidades. Por otra parte, el público puede seguir casi íntegramente la carrera desde las inmensas tribunas que lo bordean, lo cual supone una gran ventaja desde el punto de vista espectacular.

Debido a la relativa estrechez del circuito, sólo pueden tomar parte en la carrera 33 coches, situados en once filas de tres vehículos. La primera fila la ocupan los coches que en las pruebas de eliminación han conseguido una mayor velocidad, y así sucesivamente hasta llegar a la undécima fila con los coches 31, 32 y 33. Ahora bien, el simple hecho de participar en la final es ya un éxito, pues a las 500 Millas de Indianápolis se presentan centenares de automóviles, que van eliminándose entre ellos hasta dejar la cifra en esos 33.

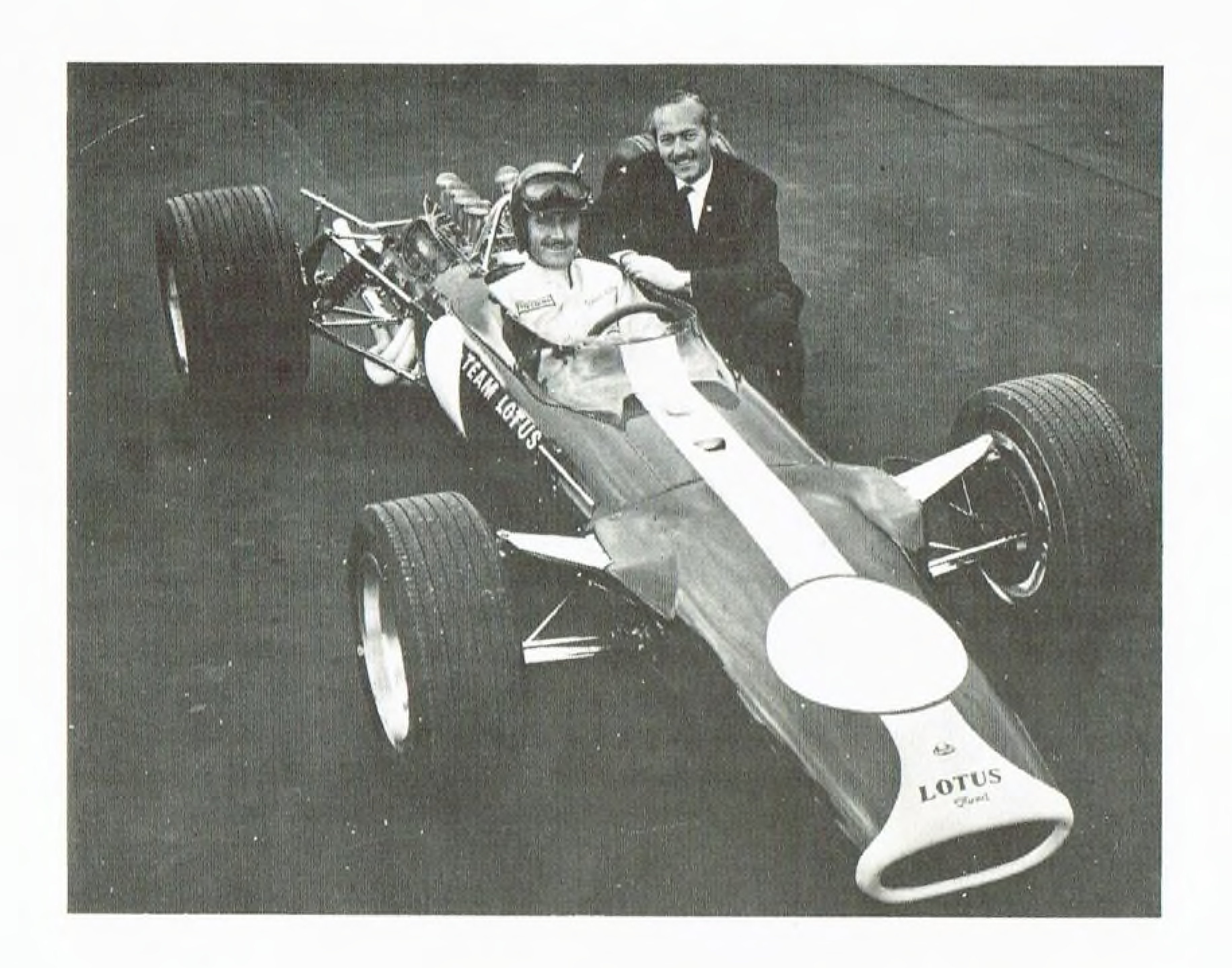
La salida de esta carrera es un espectáculo inolvidable: tras el coche que abre la marcha para dar tiempo a que los motores se calienten y da así la vuelta inicial al circuito, se desencadena de inmediato una batalla que tiene poco que ver con las clásicas carreras «a la europea». Ello se debe a que firmas comerciales, cadenas de televisión, etc., ofrecen fabulosos premios a quien pasa en cabeza al final de cada vuelta. Tal es la razón de que pilotos inexpertos o que conducen automóviles de escasas posibilidades de resistencia se lancen desde el primer momento a una lucha feroz para alcanzar estas «primas» de las vueltas iniciales... antes de desaparecer en el anonimato.

Pero la inexperiencia de estos pilotos o su desmedida ambición les lleva a cometer gravísimos errores, de los que ellos y otros salen



Montecarlo está situado en una de las regiones más abruptas, más densamente pobladas y de más difícil circulación de la costa Mediterránea. Sin embargo, cada año se organiza allí el ya famoso Rally que lleva su nombre. Los coches han de enfrentarse, con las curvas cerradas de una carretera normal de montaña, con la nieve y lo que es más terrible: el «verglas», el hielo endurecido, liso y resbaladizo como cristal mojado. En la fotografía, un «Sumbeam Tiger 107» tripulado por Peter Harper, durante su paso por una aldea de los Alpes.

perjudicados. Así surgen los accidentes en los que quedan involucrados a veces los mejores pilotos, que también, por su parte, tratan de tomar posiciones para no ceder demasiado terreno a sus rivales. Un hombre tan experto como Vukovich, dos veces ganador en Indianápolis, murió tratando de triunfar por tercera vez cuando un piloto trató imprudentemente de adelantarle en la curva. Se produjo la inevitable colisión, y en ella «Vuck», como se le conocía en los medios



Junto al «Lotus» de su propiedad, aparece míster Colin Champman, el revolucionario creador de prototipos que, en este caso, ha utilizado un motor Ford. La potencia al freno de este coche es de 400 caballos, con 8 cilindros montados en V de una capacidad total de 3 litros. Al volante, el corredor escocés Graham Hill, que en el año 1969 iba a sufrir un accidente que puso en peligro su vida. Por fortuna se recuperó y en el año 1970 volvió a tomar parte en competiciones automovilísticas con tanto éxito que, en 1972, compartió con Pescarolo el triunfo en las 24 horas de Le Mans.

automovilísticos, llevó la peor parte, pereciendo en el acto. Después se descubrió que el temerario piloto que ocasionó el choque — y salió ileso — era un corredor muchas veces descalificado por su inconsciencia y que salió a conducir con un nombre falso. Este piloto trataba de pasar en cabeza algunas de las primeras vueltas para pagar, con los premios obtenidos, sus numerosas deudas de juego contraídas en Reno, el paraíso de los jugadores.

Otras veces los casi inevitables accidentes originan grandes incendios, y el aceite quemado se esparce sobre la pista. Ello obliga a los pilotos a reducir notablemente sus velocidades en esas zonas, y se requiere una gran pericia y serenidad para eludir estos obstáculos suplementarios al conducir un automóvil a 250 km por hora.

Hasta hace unos pocos años, marcas y pilotos europeos evitaban la pista maldita de Indianápolis, del mismo modo que los norteamericanos no acudían a las competiciones europeas. En los últimos tiempos, sin embargo, se han vencido los prejuicios. En 1965 Jim Clark logró la hazaña inédita de debutar en Indianápolis... y ganar la competición, batiendo, de paso, todos los récord. Su coche *Lotus* había sido «reforzado» con un motor especial de la marca Ford, y esta colaboración Europa-América resultó fructífera, pues el segundo clasificado fue Parnelli Jones, con otro coche *Lotus-Ford*.

Al año siguiente, la participación en Indianápolis fue internacional y el flemático y hábil Graham Hill aprovechó las deficiencias del

automóvil de Clark para imponer su experiencia a los impetuosos conductores norteamericanos. Con ello, la carrera de las 500 Millas ha ganado en interés y, gracias a los satélites artificiales, puede ser seguida en todo el mundo por medio de la televisión, lo que sucedió en 1966 por primera vez. En tal ocasión, apenas dada la salida, se produjo un terrible accidente múltiple, de un dramatismo jamás visto en Indianápolis, pero que, milagrosamente, no produjo ningún accidente mortal.

Le Mans. La leyenda quiere que Le Mans sea un circuito trágico En su recinto, efectivamente, se ha producido la catástrofe más espectacular y dolorosa que se recuerda en materia de carreras automovilísticas. Acaeció el 11 de junio de 1955, pocas horas después de haber comenzado la carrera de las 24 Horas. El piloto francés Levegh, estorbado al parecer en su acción por otro automóvil, hizo un movimiento en falso, y en unos segundos su bólido, incendiado, pasó sobre las tribunas situadas junto a la meta. En su trágico vuelo, segó no pocos cuerpos y fue a desplomarse, convertido en bola de fuego, sobre un grupo de espectadores.

El balance del accidente fue la de 80 muertos, entre ellos la del propio piloto y más de 200 heridos casi todos con gravísimas quemaduras. Como en el circo, continuó la función hasta completarse las 24 Horas, ganadas en aquella ocasión por Mike Hawthorn, quien, a su vez, perecería años después en un accidente de carretera.

Desde entonces, Le Mans es terreno abonado para la leyenda y cada año se esperan las 24 Horas como si un aire de tragedia siguiera flotando aún sobre el circuito.

Le Mans está reservado a los coches «Sport», pero participan los mejores pilotos del mundo, ya que es precisamente allí donde se experimentan y ensayan los nuevos bólidos a lo largo de una prueba de resistencia. Cada coche dispone de dos pilotos que se van alternando a lo largo del día y de la noche, si bien hay siempre un conductor «principal» que lleva el coche en los momentos decisivos y durante un mayor número de horas.

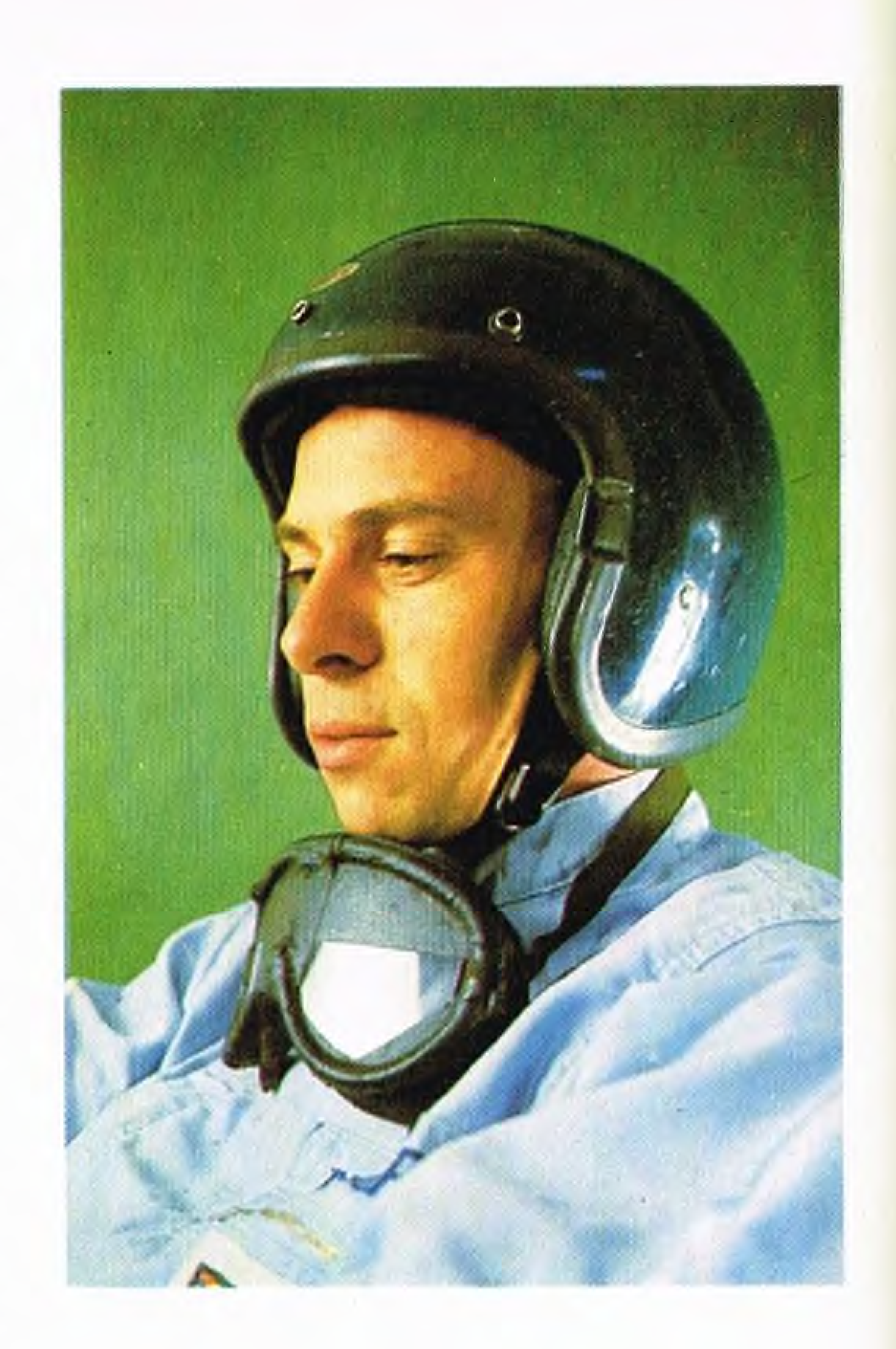
Las 24 Horas comenzaron a celebrarse en el año 1923, venciendo dos coches de la marca *Chenhard-Walker* a la velocidad de 92 km/h. Ya en 1926 se superaron los 100 km/hora, y en 1933 el sensacional tándem formado por Raymond Sommer y Tazio Nuvolari, conduciendo un *Alfa-Romeo,* logró los 130 km/hora. Parecía un récord fuera de serie, pero tres años más tarde era superado por el *Bugatti* de Wimille y Benoist, dos grandes pilotos franceses.

Desde entonces, el récord de velocidad de Le Mans va cayendo con gran regularidad. Incluso en su dramática edición de 1955, Hawthorn y Bueb consiguieron los 172,308 km/hora, que constituían una nueva marca.

El duelo *Ferrari-Ford* fue la motivación fundamental para que las 24 Horas de Le Mans adquirieran un tono angustioso y dramático en estos últimos años, porque enfrentaba a dos hombres, dos sistemas y dos continentes. Era una verdadera lucha Europa-América que vale la pena de ser relatada con cierto detalle por cuanto representa el punto culminante en la historia del automovilismo moderno.

Henry Ford y Enzo Ferrari

En 1964, parecía a punto de concluirse un acuerdo histórico en los anales del automovilismo. La marca *Ford* decidía reingresar



Jim Clark era también escocés, como Graham Hill y como Jackie Stewart. Campeón mundial en el año 1963, su carrera se desarrollaba triunfalmente, hasta que la muerte le segó la vida en 1969. Aquel año, Clark era el asombro de los aficionados. A principios de temporada, cuando acababa de conquistar el Gran Premio de Sudáfrica, había obtenido 25 victorias en premios de primera categoría. El campeonato mundial iba a ser para él cuando, en el circuito de Hockenheim (Alemania), durante el transcurso de una prueba de Fórmula II, su coche salió de la pista y se estrelló contra las vallas marchando a más de 200 kilómetros por hora. El gran campeón terminó su carrera en una prueba secundaria, mas para un gran corredor toda competición es siempre importante.

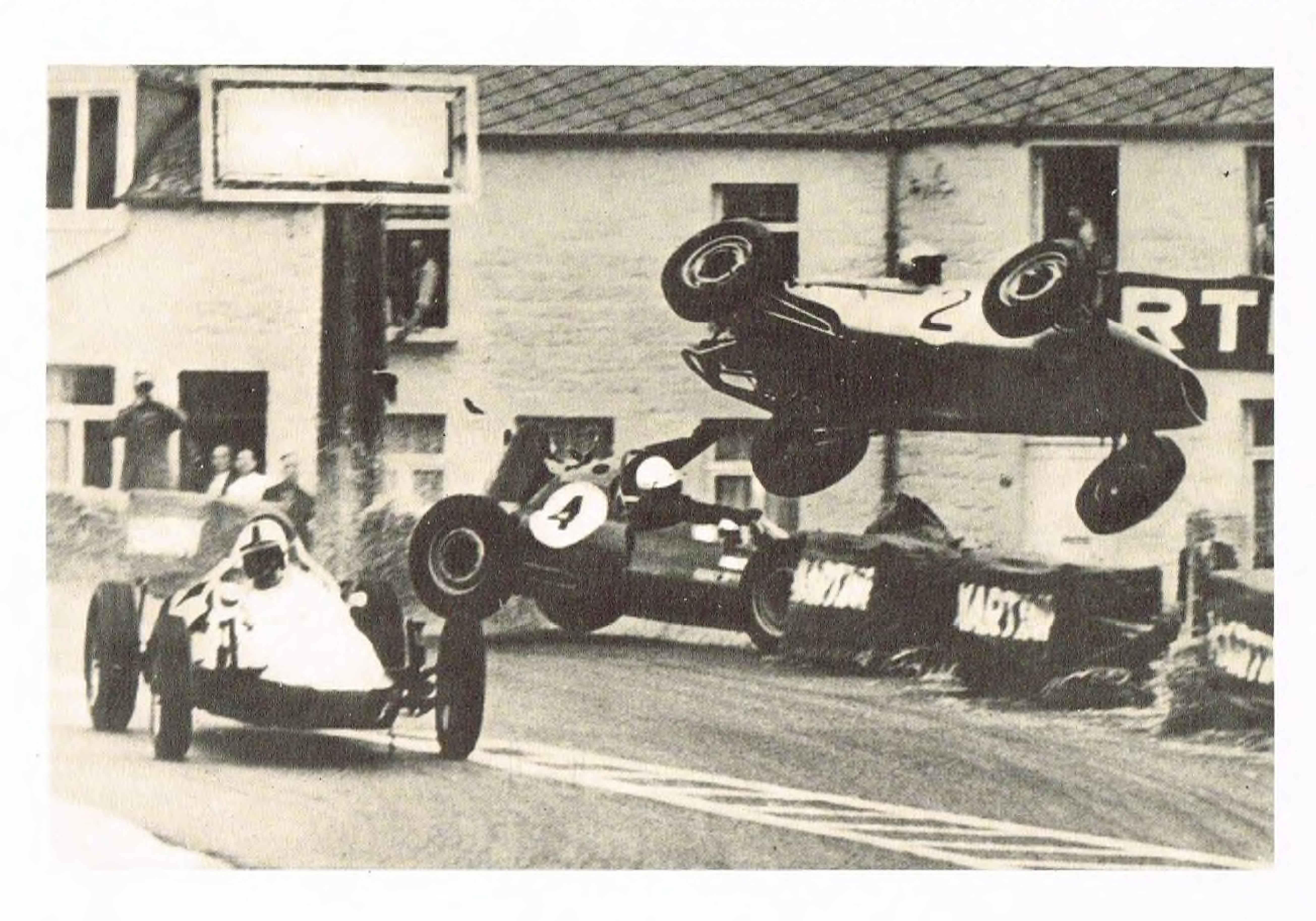
en las competiciones deportivas, destinando para ello una ingente cantidad, al tiempo que firmaba un acuerdo con la *Ferrari,* marca creada y desarrollada hacía muchos años por un ya anciano ingeniero italiano. Por medio de ese acuerdo, la *Ford* construiría y lanzaría al mercado todos los modelos y prototipos de *Ferrari,* haciéndolo a gran escala gracias a sus 300 000 empleados, mientras que en aquellos momentos la *Ferrari* sólo tenía unos 250 trabajadores, que producían una pequeña cantidad de automóviles.

Era, en efecto, un «tratado de paz» histórico que significaba, en cierto modo, la claudicación de Enzo Ferrari, un ingeniero de Módena que, en plena juventud, se dedicó por entero al automovilismo, creando una serie de bólidos invencibles, surgidos todos ellos de una empresa modesta, y ciertamente minúscula frente al poderío de los Ford. Fue una honrosísima claudicación por cuanto los modelos deportivos llevarían el nombre *Ferrari-Ford,* con el famoso caballo rampante blanco sobre fondo negro en su «chasis»; mientras, los modelos «Gran Turismo» se denominarían *Ford-Ferrari.*

La parte económica aseguraba unas fabulosas ganancias a Enzo Ferrari, un hombre que cada año arriesgaba toda su fortuna personal en la construcción de nuevos modelos. Solamente su capacidad creadora e ingenio le habían salvado de la ruina hasta aquel momento, pero para un hombre de casi 70 años, había llegado, quizás, el instante de no tentar más a la suerte y dedicarse únicamente a la creación de nuevos modelos, contando con las perfectas instalaciones que los americanos ponían a su disposición.

Enzo Ferrari y la Ford habían mantenido largos meses de negociaciones, de concesiones por uno y otro bando, hasta alcanzar un

El accidente no puede ser más espectacular. Un coche vuela materialmente por los aires mientras otro sale de la pista para ir a estrellarse contra una pared después de haber rebasado los fardos protectores de paja. Pero la carrera continúa y el automóvil que aparece en primer plano a la izquierda, sigue imperturbable, quizá sin darse cuenta del drama que se desarrolla a su paso. El accidente es más impresionante al ocurrir en un circuito sobre carretera normal que atraviesa una aldea. Esta escena tuvo lugar durante el Gran Premio de las Fronteras disputado en Bélgica y lo más curioso de ella es... que no hubo desgracias que lamentar.





«protocolo» por el que Ferrari cedía prácticamente su negocio a Ford. En el acto de la firma del contrato se hallaba presente Henry Ford II, que no podía ocultar la satisfacción que le embargaba en aquellos instantes. Sin embargo, inesperadamente Enzo Ferrari, que estaba firmando, como es preceptivo, cada página del contrato, se levantó y abandonó la sala después de observar a quienes le rodeaban. Cinco minutos más tarde, y en medio de una gran expectación, Ferrari volvió a la sala para decir simplemente: *Non si fa più niente* (No se hace nada).

Efectivamente, no se hizo, y el contrato quedó roto. Henry Ford II volvió a los Estados Unidos aturdido y sorprendido por la decisión del ingeniero modenés, que al día siguiente volvía tranquilamente a sus oficinas para seguir trabajando solo y sin ayuda. La Ford, por su parte, tenía un acuerdo con las otras dos grandes empresas automovilísticas americanas (Chrysler y General Motors) por el que se comprometían mutuamente a no tomar parte en las competiciones deportivas. Ya definitivamente lanzado a la captura de la primacía mundial en ese aspecto, la Ford pidió que se la relevara de ese acuerdo, e inmediatamente se puso en contacto con la firma inglesa *Lola* para adquirir los derechos de sus prototipos. Aquí no hubo dificultades, y al cabo de unas semanas la Ford ya tenía su coche de carreras dispuesto para dar batalla a los *Ferrari.*

Todo estaba dispuesto para el gran duelo en 1965 en Le Mans entre los *Ford* y los *Ferrari.* En las primeras pruebas de la temporada se notó que los *Ford* no andaban todavía muy finos, pese a la habilidad de sus pilotos Bruce McLaren, Ken Miles, Schlesser, Ginther, etcétera; no obstante, éstos se impusieron en la carrera de Daytona Beach, antes de sucumbir en las 12 Horas de Sebring frente a un *Chaparral* conducido por Hall Sharp.

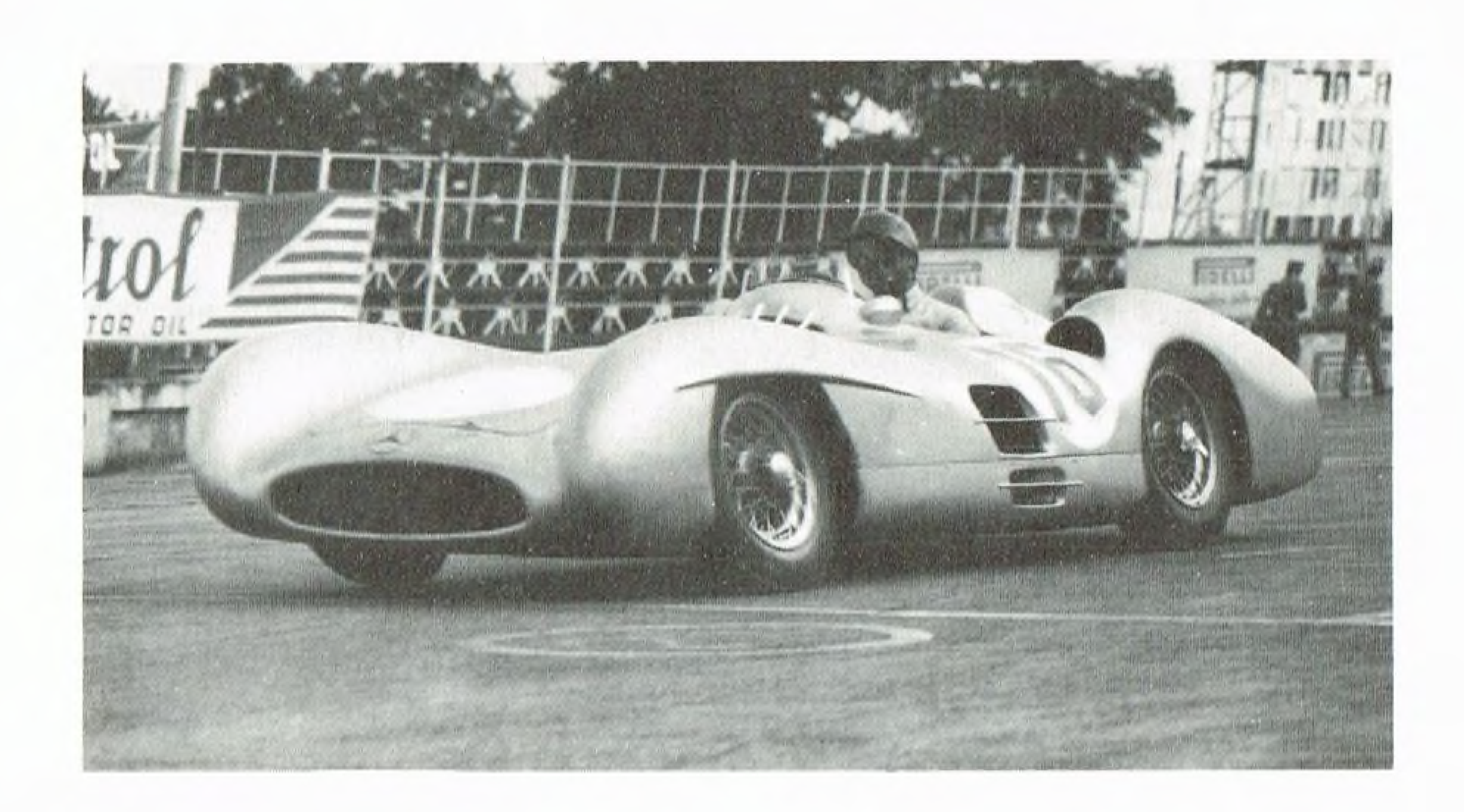
Sin embargo, Le Mans 1965 apenas tuvo historia: los *Ford* comenzaron en tromba, dominando la carrera durante las primeras cuatro horas..., antes de sufrir una impresionante serie de averías mecánicas, producidas por el ritmo infernal que ellos mismos habían

La bandera francesa ha sido abatida con un enérgico movimiento. Los corredores, situados a la derecha, emprenden una veloz carrera hacia sus coches que les aguardan. Han de ganar preciosas décimas de segundo... saltar dentro... ponerlos en marcha y salir disparados entre las ovaciones del público. Éste es el circuito de Le Mans, cuando todo respira alegría y emoción entre los espectadores y los participantes, en la hora de la gran esperanza. Sin embargo, en 1955, en este mismo lugar, se produjo una tragedia horrible. El coche pilotado por Levegh realizó una falsa maniobra y saltó literalmente sobre la tribuna, ocasionando 80 muertos y 200 heridos. Sin embargo, la carrera continuó y fue ganada por Mike Hawthorn.

impuesto a la carrera. Detrás, los *Ferrari* seguían su propio «tempo», y a medianoche la prueba estaba decidida: uno tras otros, los *Ford* abandonaron por las causas señaladas, dejando en cabeza a tres coches *Ferrari,* conducidos por Jochen Rindt y Mike Gregory, los primeros, seguidos de sus compañeros de equipo Dumay-Gosselin y Mairesse-Beurlys.

Los *Ford* no volvieron a aparecer en carreras durante todo el año, dejando campo libre a los *Ferrari* en Nurburgring, Reims, la Targa Florio, los 1000 km de Monza y los 500 km de Francorchamps. El primer asalto había sido ganado total y rotundamente por Enzo Ferrari y sus pilotos.

Pero si bien todo el mundo miraba con simpatía los esfuerzos de Ferrari, tampoco cabía dudas sobre el potencial de los *Ford,* que replanteó todas sus posiciones antes de abordar la temporada 1966, que iba a ser decisiva. Una vez más Le Mans serviría de escenario al gran duelo. Esta vez la industria pura se impuso a la artesanía: Bruce McLaren y Chris Amon pilotaron el *Ford Mark* n.º 1, y éste



Esta fotografía histórica recoge una de las últimas carreras del piloto más famoso de todos los tiempos, el argentino Juan Manuel Fangio, ganador del título mundial varias veces y de un modo concreto de 1954 a 1957, cuatro años consecutivos. Fangio es el ejemplo de la supervivencia porque supo retirarse a tiempo, en plena gloria, habiendo amasado una considerable fortuna y... disfrutó de la vida. Su presencia en las competiciones era recibida siempre con grandes ovaciones. Aquí le vemos en 1954 durante el Gran Premio de Italia en Monza.

llegó a la meta en primer lugar. Prácticamente no hubo lucha, porque la velocidad media de los *Ford* era 10 km/hora superior a los *Ferrari,* y esta vez los norteamericanos no se lanzaron alegremente al ataque, sino que mantuvieron una extrema regularidad. Tanto es así que en las últimas vueltas Henry Ford II pidió a los pilotos de sus tres automóviles todavía en carrera que hicieran juntos la última parte del recorrido, llegando a la meta con sólo unos metros de diferencia. Como previamente había establecido Ford si se presentaba el caso, el coche n.º 1 ocupó el primer lugar, el n.º 2 el segundo, etcétera.

Enzo Ferrari — por quien Ford siente, a pesar de su rivalidad, una viva admiración — no se arredró y en 1967 sus coches acudieron a las 12 Horas de Sebring, logando una sensacional victoria que puso al rojo vivo el encuentro de ambas marcas en las 24 Horas de 1967. Todavía era posible el milagro, pero éste no se produjo. De todas formas, y por vez primera, el duelo *Ford-Ferrari* en Le Mans fue «cara a cara», y ambas marcas lucharon hasta el último momento. Si en 1965 fue un paseo de los *Ferrari,* y en 1966 de los *Ford,* la edición de 1967 tuvo emoción a raudales...

Desde la salida se puso en cabeza el tándem Gurney-Foyt, dos americanos de clase y serenidad extraordinarias que formaron el equipo n.º 1 de *Ford,* seguidos de sus compañeros de escudería. Entonces el *Ferrari* de Parkes y Scarfiotti atacó a todo tren para arrastar en su lucha a los *Ford,* pero éstos no cayeron en la trampa, manteniendo su ritmo habitual. Entretanto, los terceros en discordia, dos coches *Chaparral* estadounidenses, habían abandonado los primeros lugares por avería, dejando solos en lucha, una vez más, a Ferrari y Ford.

Empero, un accidente puso en peligro lo superioridad de los *Ford;* los bólidos que iban en segunda y tercera posición chocaron entre sí, aunque los pilotos salieron ilesos. Ello hizo que Gurney-Foyt quedaran solos en cabeza ante una amenazadora coalición de los *Ferrari,* y siempre expuestos a una avería o accidente que dejaría el camino expedito a los últimos. Pero el tándem americano supo correr con enorme sangre fría y seguridad. Al despuntar el sol, llevando siete vueltas de ventaja a los *Ferrari,* un ataque de éstos los colocó a sólo tres vueltas, faltando todavía cinco horas para el final. Pero eso fue todo: Gurney-Foyt derribaron todos los récords; por vez primera, hicieron más de 5000 kilómetros en 24 horas (una barrera mágica en esa competición) y Denis Hulme llevó el récord de la vuelta a 238 km/hora. Ante ello, los *Ferrari* tuvieron que limitarse a superar sus propias marcas, pero sin inquietar a sus eternos rivales, que parecen definitivamente superiores en este tipo de pruebas de resistencia.

Ferrari, el indomable Ferrari, que aprecia como a hijos a sus conductores, sintió terriblemente la muerte de su piloto Lorenzo Bandini el 7 de mayo de 1967 en Mónaco, al que materialmente vio convertirse en un gran campeón en los autódromos.



Arriba: La carrera acaba de empezar. Son instantes decisivos. Algunos coches se lanzan en solitario después de haber acelerado forzando al máximo su motores. Otros no consiguen arrancar. Los mecánicos están prestos a intervenir. Algunos, quizás, y a pesar de tantas horas de preparación meticulosa, tendrán que abandonar. En el Gran Premio de Italia de 1972, el «Tyrell 005» que tripulaba el genial Jackie Stewart arrancó normalmente y al cabo de 200 metros se detuvo. La carrera había terminado para el campeón es-

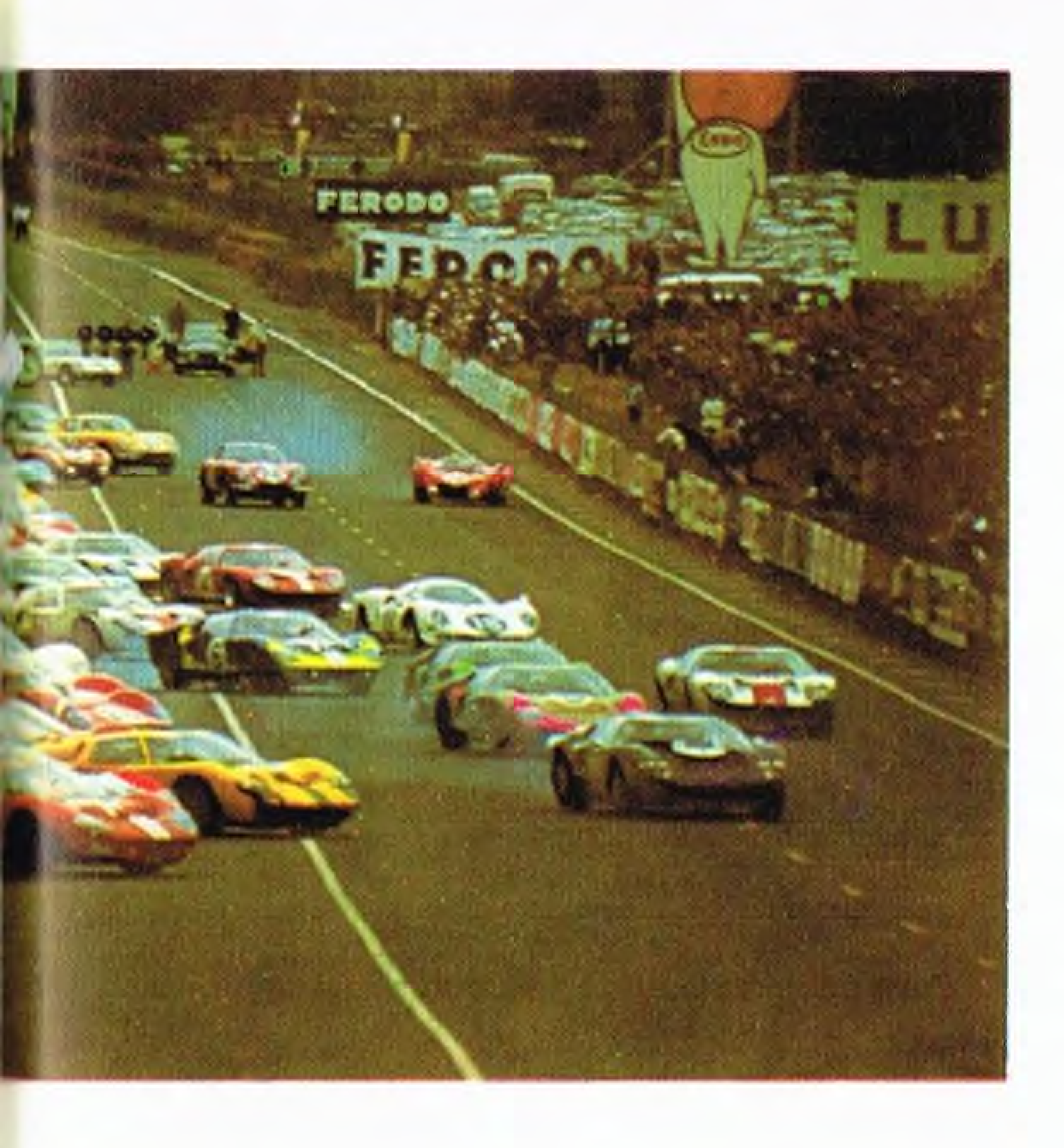


En aras de la velocidad

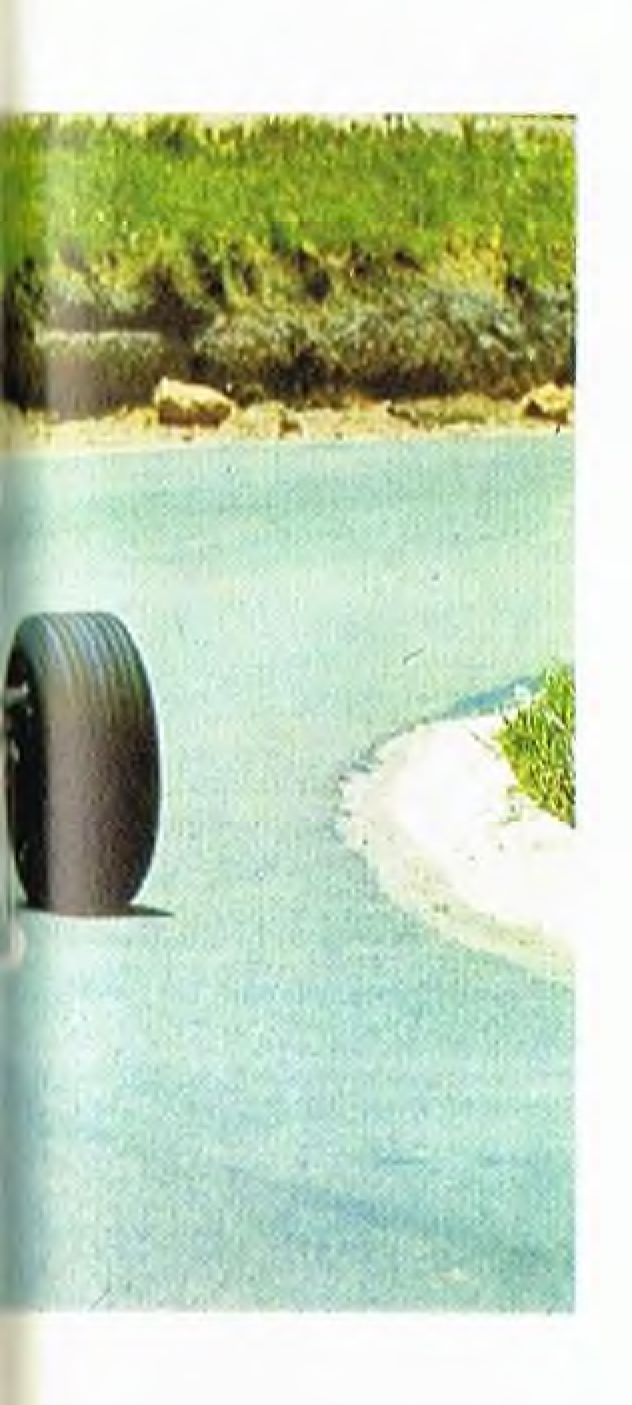
El automovilismo es un deporte arriesgado, pues fija continuamente nuevas metas y nunca límites. Ello obliga a los pilotos a bordear siempre el peligro y estar en permanente tensión. La bandera blanca con una franja roja que ondea en los circuitos cuando se produce el accidente o existe peligro para los conductores — por causa de la lluvia, de las manchas de aceite, falta de visibilidad, etc. — no debería dejar de agitarse en ningún momento, pues el accidente, aun el más imprevisible, puede surgir a la vuelta de cualquier curva.

Por ello el automovilismo ha ocasionado una gran cantidad de víctimas a lo largo de todos los tiempos y, pese a las medidas de seguridad cada vez mayores, continúan produciéndose inevitablemente. La primera muerte en aras de la velocidad fue la del aristócrata francés marqués de Montaignac, que en 1892 perdió el control de su vehículo *Landry* durante la carrera de Perigueux y fue a estrellarse contra un árbol. Desde entonces la lista es larga, y, entre los que murieron con el volante en las manos, figuran nombres gloriosos en la historia del automovilismo.

Antonio Ascari. Fue quizás el primer gran piloto que se mató en el Gran Premio de Francia. El todavía joven conductor italiano iba en cabeza de la carrera cuando su automóvil dio dos vueltas de campana tras sufrir un pinchazo, incendiándose inmediatamente. Esto sucedía en 1925, cuando su hijo Alberto tenía 6 años, y fue su mecánico y gran amigo Luigi Ramponi quien llevó la noticia a sus familiares.



cocés. Mas supongamos que todo se desarrolla normalmente y un corredor se destaca. Él y su coche forman un solo cuerpo y una sola alma. Todo depende de milésimas: de segundos, para frenar, cambiar de marcha...; de milímetros, para tomar una curva rozando un terraplén... Obsérvese que la carrocería parece tocar el piso... es necesario procurar que el centro de gravedad esté muy bajo. Los enormes neumáticos parecen flotadores de una imposible canoa lanzada a más de 200 km por hora.



Alberto Ascari. Para ser piloto tuvo que vencer la oposición, en cierto modo muy lógica, de su madre. Sólo a partir de los 25 años comenzó a practicar seriamente el automovilismo deportivo, pero pronto se destacó como un soberbio conductor, lleno de habilidad y audacia. En 1952 y 1953, después de haber firmado contrato con *Ferrari,* se proclamó campeón del mundo, ganando, en estos dos años, ocho grandes premios internacionales.

Firmó después por *Lancia,* perdiendo toda la temporada 1954 debido a que su bólido no estaba todavía en condiciones, y al año siguiente salió dispuesto a recuperar su título. Su gravísimo accidente en Mónaco no le arredró, y al cabo de unas semanas se encontraba en el recién estrenado Autódromo de Monza para presenciar los entrenamientos de sus compañeros de equipo. Le venció la tentación al comprobar la rapidez del circuito, y decidió «dar unas vueltas» con su *Lancia.* Este mero entrenamiento se transformó en un inexplicable accidente cuando su coche se despistó en plena línea recta. yendo a estrellarse contra la cuneta. Cuando lograron rescatarle del montón de escombros ya había fallecido. Faltaban unos días para cumplirse el XXX aniversario de la muerte de su padre en Reims.

Bernd Rosemeyer. En plena época del oro de los *Mercedes* sólo otra firma alemana, la *Auto-Union,* podía oponerse a su dominio. Esto lo consiguió muchas veces, durante los años 30, gracias al excepcional piloto Bernd Rosemeyer, un hombre impetuoso, audaz hasta la temeridad y siempre de buen humor. Había empezado como mecánico en la firma de motocicletas DKW y después se convirtió en conductor de motos para esta misma marca, hasta que en 1935 la *Auto-Union* le enroló en sus filas ya como automovilista.

Le bastó muy poco tiempo a Rosemeyer para imponerse de una manera espectacular, llegando tercero en las competiciones de Suiza e Italia en 1935, y a la temporada siguiente se erigió en indiscutible campeón ganando los «Grandes Premios» de Alemania, Suiza e Italia frente a la temible coalición de los *Mercedes.* Éstos lograron superarle en 1937, pero el porvenir de aquel joven piloto de 28 años era todavía extraordinario.

El 28 de enero de 1938, la *Auto-Union* le convenció para que intentara batir el récord de velocidad de la autopista Frankfurt-Darmstadt, pese a que las condiciones meteorológicas eran, por hallarse en pleno invierno, muy desfavorables. El siempre optimista Rosemeyer afrontó la difícil prueba, y cuando rodaba a 432 km por hora, le sorprendió una ráfaga de viento por detrás que lanzó a su vehículo contra uno de los puentes que bordeaban la carretera, y el cuerpo del infortunado corredor salió despedido contra un árbol, muriendo en el acto. En el lugar del accidente hay un pequeño monumento recordatorio de aquella desgracia.

Donald Campbell. Desde 1924 a 1935 sir Malcolm Campbell conquistó varias veces el récord mundial de velocidad sobre un kilómetro lanzado, es decir, el título de «el conductor más rápido». Para la homologación de récords en esta categoría únicamente se toma en cuenta el tiempo obtenido durante un kilómetro cuando el bólido ya está a plena marcha y rendimiento. Ello explica que ya en 1909 se superaran los 200 km/hora en tan breves recorridos y que en el año 1935 Malcolm Campbell consiguiera 484 km/hora. Éste fue su último récord, pues en un nuevo intento para recuperar su marca — batida poco después — pereció en accidente.

Muchos pilotos, como decíamos antes, han muerto en «aras de la velocidad» y la lista sería interminable: el pelirrojo y alegre Mije Hawthorne, que sintió renacer el vértigo por la velocidad en una carretera cuando trató de adelantarse al coche de un amigo, estrellándose contra un camión; Jean Behra, el señorial y juicioso conductor francés; los italianos Castellotti y Bandini, o el británico Collins, o Pedro Rodríguez, que murió en Nurburgring en julio de 1971, etc. En realidad, bien pocos son los pilotos que han podido gozar de una vida tranquila y reposada después de haber triunfado como conductores en los circuitos del mundo. He aquí los más significativos.

Campeones de ayer

Tazio Nuvolari. Por orden cronológico, es preciso remontarse a este piloto que, con Juan Manuel Fangio, está considerado como el mejor de todos los tiempos. El «mantovano volante» aportó a las carreras una personalidad y una simpatía que le hicieron el ídolo de los públicos durante muchos años. Cuando todavía la mayor parte de campeones provenían de familias distinguidas, o en todo caso relacionadas con el mundo del motor, Nuvolari fue la excepción: hijo de unos modestos campesinos, invirtió muy joven todos sus pequeños ahorros en la compra de una motocicleta, con la que se presentó a diversas pruebas, obteniendo inmediatamente notables victorias. La *Bianchi* le contrató como piloto, convirtiéndose en uno de los mejores motociclistas del mundo.

Su gran ambición era llegar a campeón de automovilismo, y la *Alfa-Romeo* le hizo probar un nuevo modelo. Su debut no pudo ser más catastrófico: después de un aparatoso choque, el prototipo quedó hecho añicos, y Nuvolari sufrió la fractura de la clavícula. ¡Todavía enyesado, ganó el Premio de las Naciones de motociclismo!

Dos años después volvió a reclamarle la *Alfa-Romeo,* pues en aquel tiempo Nuvolari ya se había hecho popular con un viejo *Bugatti* de su propiedad, con el que obtuvo resonantes e inesperadas victorias. Sus chillones pañuelos de colores, su casco blanco y camisa amarilla y, sobre todo, su «tortuga dorada», que le acompañaba en todas las carreras, constituyeron la atracción de los espectadores, y durante toda una década Nuvolari fue el mejor y el más popular piloto de automóviles. El palmarés de este hombre pequeño, decidido e ingenioso, está repleto de victorias en todos los circuitos, que le permitieron retirarse en 1950, tras algunos fracasos debido a una enfermedad crónica, con unas rentas sustanciosas. Se había ganado el descanso a pulso, no solamente por sus inenarrables victorias, sino también por los 18 accidentes que sufrió a lo largo de su carrera y de los que en realidad nunca llegaría a recuperarse totalmente.

Juan Manuel Fangio. Nada hacía suponer que este reposado y suave taxista argentino podía convertirse en el mejor piloto de la Historia. En su haber tuvo cinco campeonatos del mundo, concretamente los de 1951, 1954, 1955, 1956 y 1957, es decir, cuatro de ellos consecutivos, y casi siempre con marcas distintas, ya que Fangio pasó por *Ferrari, Maseratti* y *Mercedes,* aunque no acusó nunca estos cambios. Los críticos decían que era Fangio, no el coche, quien ganaba las carreras, y eso es totalmente cierto.

Cuando desembarcó en Europa, en el año 1949, pilotaba un viejo *Maseratti* comprado con sus ahorros, y sus amigos habían tenido que pagarle el pasaje para el viejo continente. Muy pronto Fangio

Todo parece más reducido que en las fotografías anteriores: las tribunas, el circuito, los coches. ¿Se trata, acaso, de una carrera de karts? No, porque estos automóviles de competición tienen una cilindrada de 997 cc y pueden alcanzar velocidades notables. Son prototipos de Fórmula III y la competición tiene lugar en un circuito inglés, el de Goodwood Lussex. No participan en ella los grandes ases cuya vida y hazañas apasionan a la juventud de todos los continentes, pero es muy posible que dentro de uno de estos coches se halle el gran campeón de los años ochenta o quizá de antes. En las tribunas, los cazadores de genialidades están atentos a las reacciones de los conductores casi anónimos, casi novatos, pero que son cachorros de campeón.

pudo agradecerles su confianza en él, ganando seis carreras internacionales, y a su regreso a la Argentina el gobierno le concedió 15 000 dólares para que pudiera prepararse concienzudamente para las próximas temporadas.

Ello ya no fue necesario, porque las grandes firmas europeas se apresuraron a ofrecerle impresionantes contratos: *Alfa-Romeo, Ferrari* y *Mercedes* fueron las escuderías por las que compitió, con su seriedad y maestría habituales, durante estos históricos años, en los que su presencia era suficiente para aclarar todas las dudas sobre el vencedor. Fangio fue, además, uno de los pocos hombres que cumplió su palabra al anunciar que se retiraba invicto de las competiciones. Muchos creían que un día u otro el gran piloto argentino volvería a los circuitos, pero se equivocaron. Fangio, hombre de empresa y multimillonario, siguió como «turista» los acontecimientos del mundo del motor, y es frecuente verle dando la salida de alguna carrera mientras el público, que no le olvida, se rompre las manos aplaudiendo. Pero una vez terminada la carrera, Fangio vuelve a su casa y a su trabajo, sin ningún pesar. Ha sido el mejor piloto de la Historia, y, lo que es más extraordinario: él mismo puede todavía recordarlo.

Stirling Moss. Este gran piloto británico nunca ha sido campeón del mundo y, sin embargo, gozó siempre de una extraordinaria popularidad, y sus éxitos parecen ya cosa de leyenda. Quizá ninguno había sido dotado de tantas virtudes naturales como Stirling Moss para destacar en las carreras de automóviles: sangre fría, intrepidez, inteligencia, personalidad... una serie de cualidades que parecían destinarle a ser la máxima figura de su tiempo. Primero Fangio y después la mala suerte, impidieron su total consagración. Porque Moss ha sufrido más accidentes gravísimos que nadie y nunca sus auto-

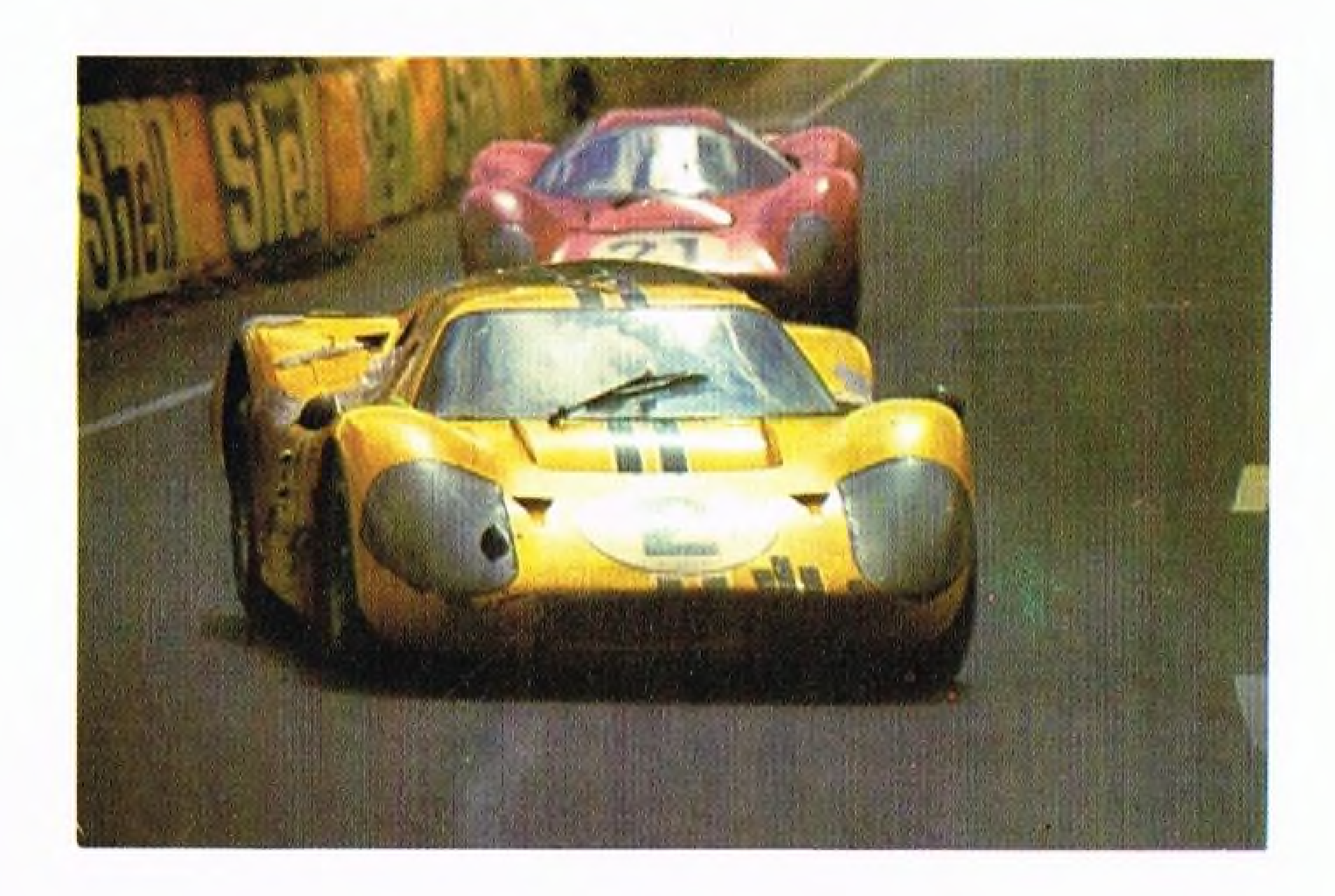


móviles han estado a la altura de su conductor. Las averías le impidieron siempre hacer una temporada completa, y cuando éstas no le molestaban, surgía el accidente que le retenía semanas o meses en total inactividad.

Las heridas recibidas a lo largo de casi diez años le obligaron finalmente a retirarse de las competiciones. Y con británico humor, Moss sustituyó las ruedas del automóvil por las de la bicicleta y era frecuente verle por los alrededores de Londres pedaleando furiosamente, como si quisiera alcanzar las formidables velocidades que logró a bordo de esos bólidos que tantas veces le traicionaron.

Campeones de hoy

Nuestra época se caracteriza por el dominio de un gran piloto, aunque no siempre reflejado en los resultados de las carreras, sobre una serie de ambiciosos «delfines» o de hábiles y eficaces veteranos que aprovechan los «baches» de este gran campeón. Jim Clark es hoy día esta figura.



Volvemos a encontrarnos en Le Mans, el circuito francés donde se disputan las célebres 24 horas. Los coches, perfectamente carrozados, rigurosamente aerodinámicos, se lanzan a una de las competiciones más audaces y agotadoras: 24 horas rodando sin otras paradas que las indispensables para repostar, cambiar aceite, neumáticos o reparar una avería. Cada coche puede llevar dos hombres que se turnan al volante. Los coches no son prototipos Fórmula I, sino coches «sport» dotados de un motor potentísimo, pero con características generales semejantes a los normales. En 1923 se logró una velocidad media de 92 km por hora. En 1955 se alcanzó la de 172,308... y debe tenerse en cuenta que la duración de la carrera es de 24 horas. Ésta es una de las pruebas, como hemos relatado antes, que más sangre ha ocasionado.

Jim Clark. Nada parecía indicar que este joven escocés iba a ser el mejor piloto de su generación. En 1956, a los 20 años, no conducía más que el tractor de su padre, un granjero relativamente acomodado, que se llevó las manos a la cabeza cuando Jim decidió abandonar la granja para lanzarse a la aventura de conducir automóviles.

Clark se convirtió en mecánico de su amigo Scott-Brown, un buen piloto que fallecería poco después. En una ocasión Scott cronometró a Clark al pedirle éste que le dejara conducir su bólido, y, asombrado, observó que el tiempo del «novato» era mucho mejor que el suyo.

Clark entró en la casa *Lotus* y trabó conocimiento con el ingeniero Colin Chapman, «joven airado», que pretendía revolucionar el mundo de las carreras con sus personalísimas ideas. Clark y Chapman formaron desde el primer momento un tándem perfecto. El primero, conduciendo; el segundo, creando año tras año unos coches excepcionales y, sobre todo, perfectamente adaptados a las posibilidades de su piloto. Si todos los grandes corredores cambian frecuen-

temente de escudería, esta idea nunca ha pasado por la imaginación de Clark... por lo menos mientras Chapman continúe al frente de la *Lotus.*

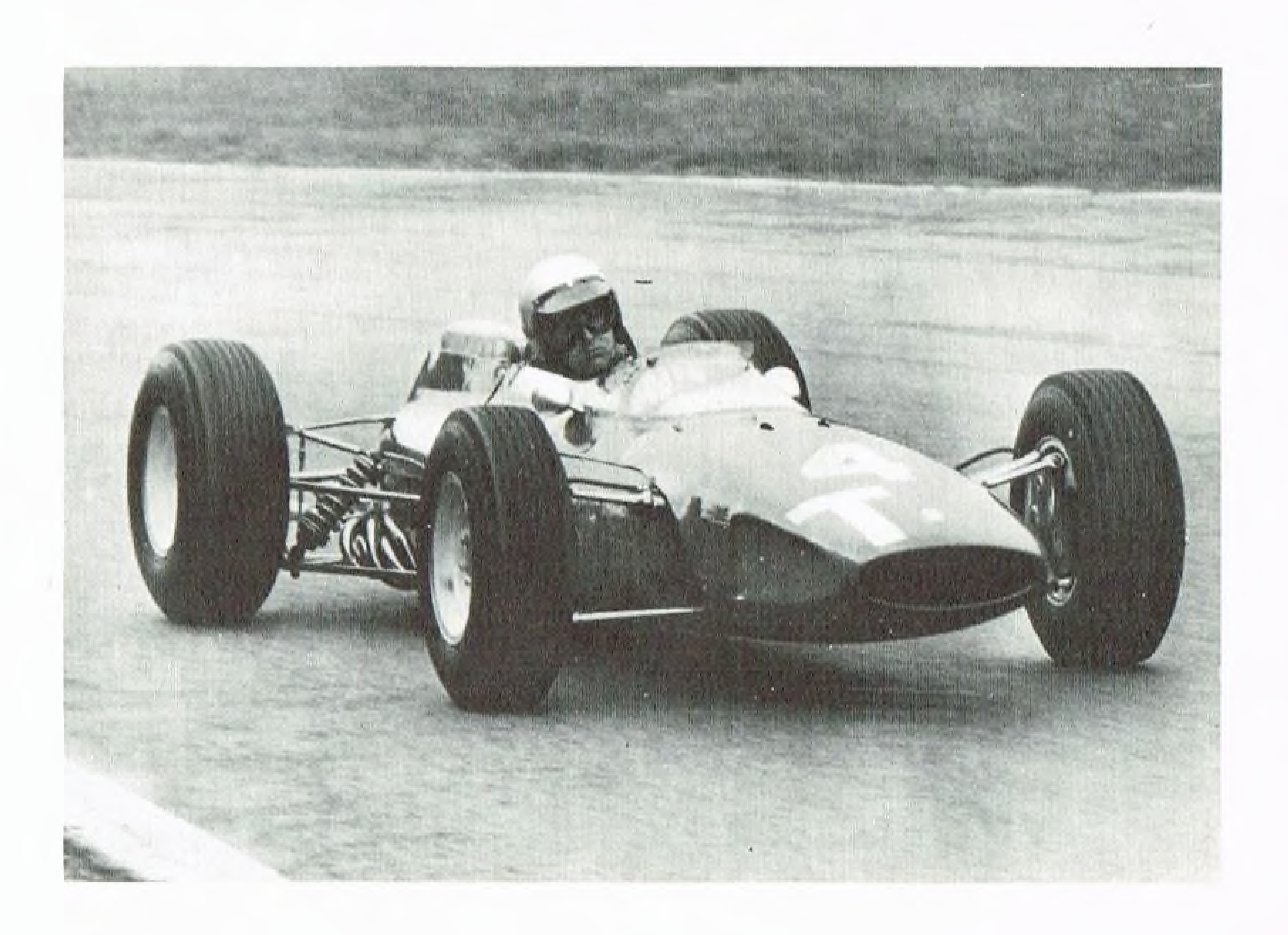
¿Victorias? Incontables. Ha sido campeón del mundo en 1963 y 1965; en esta última ocasión venció en los «Grandes Premios» de Sudáfrica, Bélgica, Francia, Holanda y Alemania. Al año siguiente el cambio de fórmula hizo que el «modelo Chapman» no reuniera las condiciones precisas, y debió limitarse a observar resignadamente el «paseo» de Jack Brabhman, pero ya en 1967 Clark volvió a la carga y estuvo en condiciones de adjudicarse un tercer título mundial.

¿Podría Jim Clark igualar o superar la hazaña de Fangio? Por su edad, parecía capaz de lograrlo, pues Fangio comenzó a sobresalir pasados los 35 años. El «escocés volador», hombre que estaba pensando ya en el retiro, murió de un modo trágico en 1969 y no precisamente en una competición, sino en una prueba con el *Lotus 48* que tantas veces le había llevado a la victoria. Estaba corriendo en Hockenheim, cuando tres espectadores cruzaron la pista, y para no matarlos... se estrelló con su vehículo.

Pese a su aparente vivacidad, Clark se transforma cuando se pone el casco blanco de piloto con el escudo familiar; en su mente se graban todos y cada uno de los virajes, la longitud de las rectas y el valor de los contrincantes. Una vez bajada la bandera, Clark ataca de salida y se pone en cabeza. Su táctica es simple: resistir durante toda la carrera el primer lugar, sin ocuparse de nada ni de nadie. Clark puede perder una carrera, pero no ser rebasado por otro corredor, y sólo las averías son capaces de detenerle. Esa es su grandeza, que convierte en el mejor dentro de esta época.

Pero Clark tiene muchos y magníficos rivales, como Graham Hill, el campeón del mundo en 1962, y, sobre todo, vencedor de Indianópolis en 1966. También él comenzó como mecánico en la *Lotus,* pero después pasó a la *BBRM,* firma británica que es la máxima adversaria de la anterior. Y tenemos al veterano Jack Brabham, un australiano que fue compeón del mundo en 1959 y 1960; después

En automovilismo quizá sea cierto que los amados de los dioses no envejecen y mueren jóvenes. Lorenzo Boldini contaba 30 años de edad cuando pilotaba este «Ferrari», escudería que se enorgullecía de contarlo entre sus primeros conductores. Era una figura que prometía y a pesar de haber rebasado aquella edad, le quedaba tiempo por delante. En 1967 había conseguido ganar el Gran Premio de Monza y tomó parte en el de Mónaco, circuito difícil, por discurrir entre las empinadas cuestas y cerradas curvas del Principado. Allí encontró la muerte que cortó de modo trágico su juventud y su brillante carrera.



se dedicó a la construcción de un motor especial que dio origen, finalmente, a un «coche Bragham» en 1962; parecía eclipsado definitivamente cuando, en 1966, resurgió sensacionalmente, conquistando el título mundial, y en 1972 triunfó en Le Mans con un bólido de su propiedad... que le ha hecho millonario.

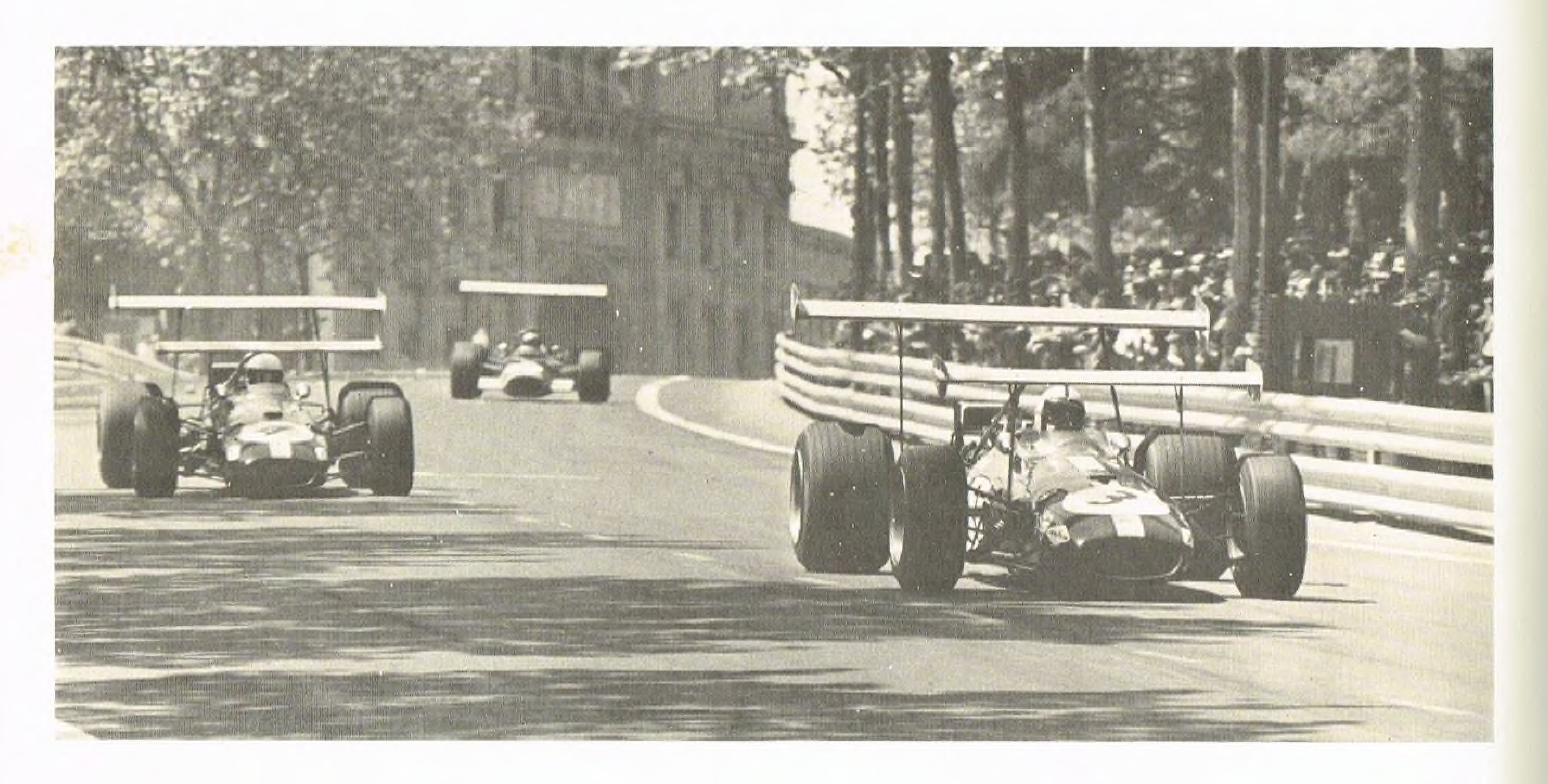
John Surtees fue un motociclista sensacional, el mejor de su época, que fichó por *Ferrari* en 1963; al año siguiente, y entre el asombro de todos, ya era campeón mundial de automovilismo, si bien desde entonces no ha reeditado aquel éxito, conseguido a la edad de 30 años.

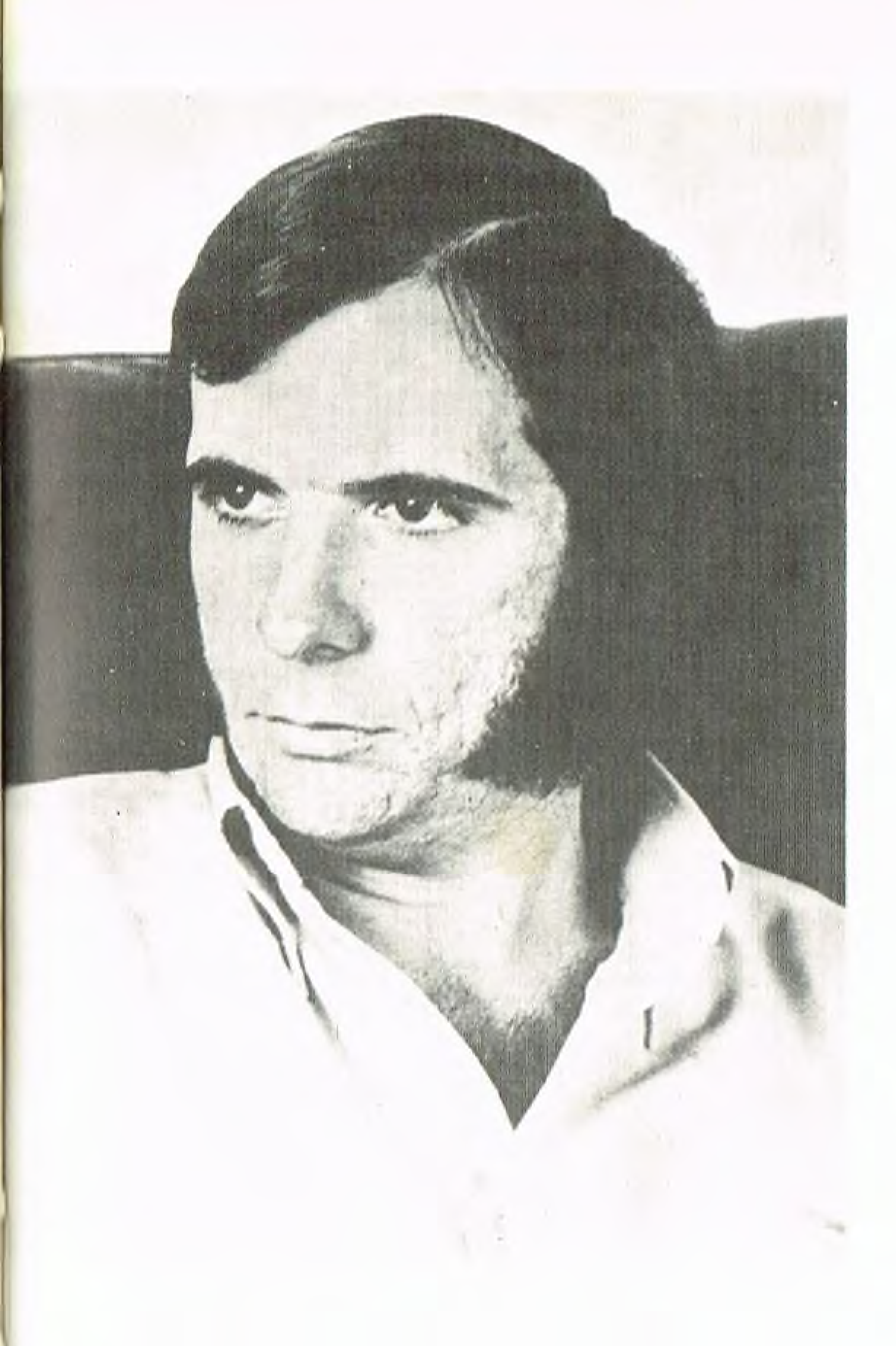
Dan Gurney, vencedor del Le Mans 67, es un tranquilo norteamericano que se vino a Europa en 1959 para correr con automóviles de «Fórmula I», consiguiendo muy buenos resultados, aunque los mejores los ha obtenido recientemente con la *Ford* después de haber colaborado con Brabham como piloto de su escudería. Y es un escocés, Jackie Stewart, quien podría reemplazar a su paisano Clark en el primer plano de la actualidad. Después de triunfar en el gran premio de Italia de 1965, este jovencísimo y arriesgado piloto se ha convertido en la máxima promesa del automovilismo mundial. Confirmó estas posibilidades en el difícil premio de Mónaco 1966, pero vino entonces la racha victoriosa de Brabham, y Jackie debió de conformarse con ser «el delfín».

El año 1969 está marcado trágicamente por la muerte del piloto escocés Jim Clark. A principios de temporada, al ganar el Gran Premio de Sudáfrica, su gran victoria número 25, era el corredor que mayores triunfos había obtenido a lo largo de su carrera.

Su compañero de equipo, el flemático Graham Hill, que había ganado el título mundial en 1968, sufrió también un grave accidente en 1969 y se tuvo la seguridad de que ya no volvería a pilotar un automóvil de carreras, pero no fue así. En 1970, reapareció en las

Los bólidos de nuestros días en poco se asemejan al Mercedes de los años treinta que figura al comienzo de este artículo. Los enormes neumáticos traseros les dan un aspecto pesado, tan distanciados del cuerpo de la carrocería, la cual se ha hecho alargada, estrecha, ligera. Esta fotografía está tomada en el circuito de Montjuich en Barcelona en el año 1969. Los tres coches muestran unas piezas transversales, colocadas a modo de timones de popa, llamados «alerones». Su utilidad ha sido muy discutida y en los últimos tiempos parece que se han rechazado estos aditamentos cuya finalidad era, gracias al aprovechamiento del empuje del aire, mantener el coche agarrado al suelo. Se pretendía aumentar la seguridad, pero en algunos casos se ha comprobado que producía sacudidas y desviaciones.





Emerson Fittipaldi fue el hombre de 1972, año en que consiguió por primera vez el Campeonato del Mundo de Automovilismo. Este joven brasileño contaba 26 años de edad cuando logró la proeza de vencer a todos sus contricantes, entre ellos al genial escocés Jackie Stewart. En Brasil lo idolatran como a la versión motorística de Pelé y a él le gustaba exhibir su larga cabellera, su andar descuidado y sus ademanes, entre torpes y sencillos, que le habían valido el cariñoso apodo de «el Ratón». Según él, para triunfar en una competición, el 75 por ciento depende del motor, los neumáticos, la suspensión, y sólo un 25 por ciento del hombre, una apreciación modesta del que tuvo ocasión de ser el primero sobre ruedas.

pistas y en 1972 asombró a todos al ganar, junto con Hemy Pescarolo, las 24 horas de Le Mans.

Jackie Stewart, el piloto de la larga melena y aire de «play-boy», tuvo el acierto de enrolarse en la marca francesa *Matra,* que necesitaba buenos corredores. Su temporada de 1969, iniciada con el triunfo en el Gran Premio de España, y luego confirmada en otros seis grandes premios, fue sensacional. En la clasificación general, Stewart obtuvo 63 puntos frente a los 37 del belga Jackie Ickx.

En esta prueba, apuntaba ya el que hubiese podido ser genial corredor, el austríaco Joche Rindt, que, en 1970, consiguió los grandes premios de Francia, Alemania, Gran Bretaña, Holanda y Austria, por lo que fue proclamado campeón mundial... a título póstumo. Por desgracia, falleció el 5 de septiembre, cuando se estaba preparando para tomar parte, al día siguiente, en el Gran Premio de Italia. Rindt iba lanzado a 280 km por hora y al intentar reducir la velocidad a 180 para tomar una curva, se le rompieron los frenos y se estrelló contra los raíles de protección, muriendo carbonizado. Aunque el día 6 el suizo Clay Regazzoni venciera y se adjudicara el citado Gran Premio, nadie podía quitarle a Rindt, por su puntuación global, el título de campeón del mundo de automovilismo.

A pesar de que no pertenezca a la historia de las carreras de que estamos hablando, es interesante recordar que aquel año, en el circuito de Bonneville, Utha, Estados Unidos, se batió el récord mundial de velocidad. Gale Gabelich alcanzó los 1104,294 km por hora tripulando un monstruo de 12 metros de largo, cuyo motor tenía una potencia de 33 600 caballos: el «Blue Fame».

El campeonato del mundo de 1971 no ofreció excesivas dificultades a Jackie Stewart quien dejó la *Matra* para aceptar un contrato del inglés Ken Tyrell, pilotando un modelo construido con un motor de la casa Ford.

Este año que comentamos fue trágico para el deporte del motor, puesto que perdieron la vida nada menos que 26 figuras, entre ellas Pedro Rodríguez, Jo Siffert e Ignazio Giunto. Éste, en el Gran Premio de Argentina, debido a que el francés Jean-Pierre Beltoise, al sufrir una avería, no retiró a tiempo su coche del centro de la pista. Giunti realizó una difícil maniobra para esquivarlo, pero se estrelló y perdió la vida.

La gran revelación de 1972 fue el brasileño Emerson Fittipaldi, que entonces contaba 26 años de edad. Su padre había sido cronista deportivo de la radio brasileña y director del Autódromo de Interlagos, por lo que Emerson creció entre automóviles. A los 22 años se trasladó a Europa donde conoció a Graham Hill y obtuvo un puesto de mecánico en la *Lotus.* Finalmente, logró una plaza de piloto.

El verdadero duelo se entabló entre el brasileño y Stewart. En el Gran Premio de Francia, el escocés ganó la primera manga, pero dos semanas más tarde el brasileño se tomaba el desquite en el Gran Premio de Gran Bretaña.

Llegó un momento en que Fittipaldi necesitaba un solo punto para asegurarse el título mundial y quiso ganarlo en el Gran Premio de Italia. Antes de salir, una avería en el carburador le hizo perder preciosos minutos, pero el bólido de Stewart tuvo que retirarse cuando había recorrido... 200 metros. Fittipaldi quiso asegurarse el triunfo y ganó la prueba con un promedio de 221,812 km por hora. Esta era su quinta victoria en 1972, puesto que había conseguido el primer lugar en los grandes premios de España, Italia, Gran Bertaña y Austria, el segundo en los de Sudáfrica y Francia y el tercero en el de

Mónaco. Cuando Denis Hulme, el segundo clasificado, sumaba 31 puntos, el joven brasileño contaba ya con 61.

En el Gran Premio de Italia, apuntó una nueva figura: Mike Hailwood, que había sido varias veces campeón de motociclismo en 500 cm^3 y consiguió, pilotando un *Surtees,* el segund lugar. Esta marca era de la escudería de un gran corredor: John Surtees.

Ferrari, que había anunciado su retirada parcial de las pruebas mundiales a partir de 1973, veía finalizar aquel año melancólicamente, pues sus coches no estuvieron a la altura deseada. Sólo en el sinuoso circuito de Nurburgring pudo triunfar un «caballo rampante italiano», símbolo de aquella firma, gracias a Jackie Ickx, quien tuvo que retirarse en Monza cuando faltaban sólo nueve vueltas y marchaba en primer lugar, codo a codo con Fittipaldi.

El automovilismo de competición «quema» a sus ídolos con una rapidez asombrosa. Cuando los nombres de Stewart y Fittipaldi están en la cúspide de la fama, asoman ya otros nuevos, por ejemplo, ese Jackie Ickx, ocupando siempre el segundo lugar; Peter Revson, el quinto del Campeonato Mundial de 1972, el suizo Clay Regazzoni, Denis Hulme, Chris Amon...

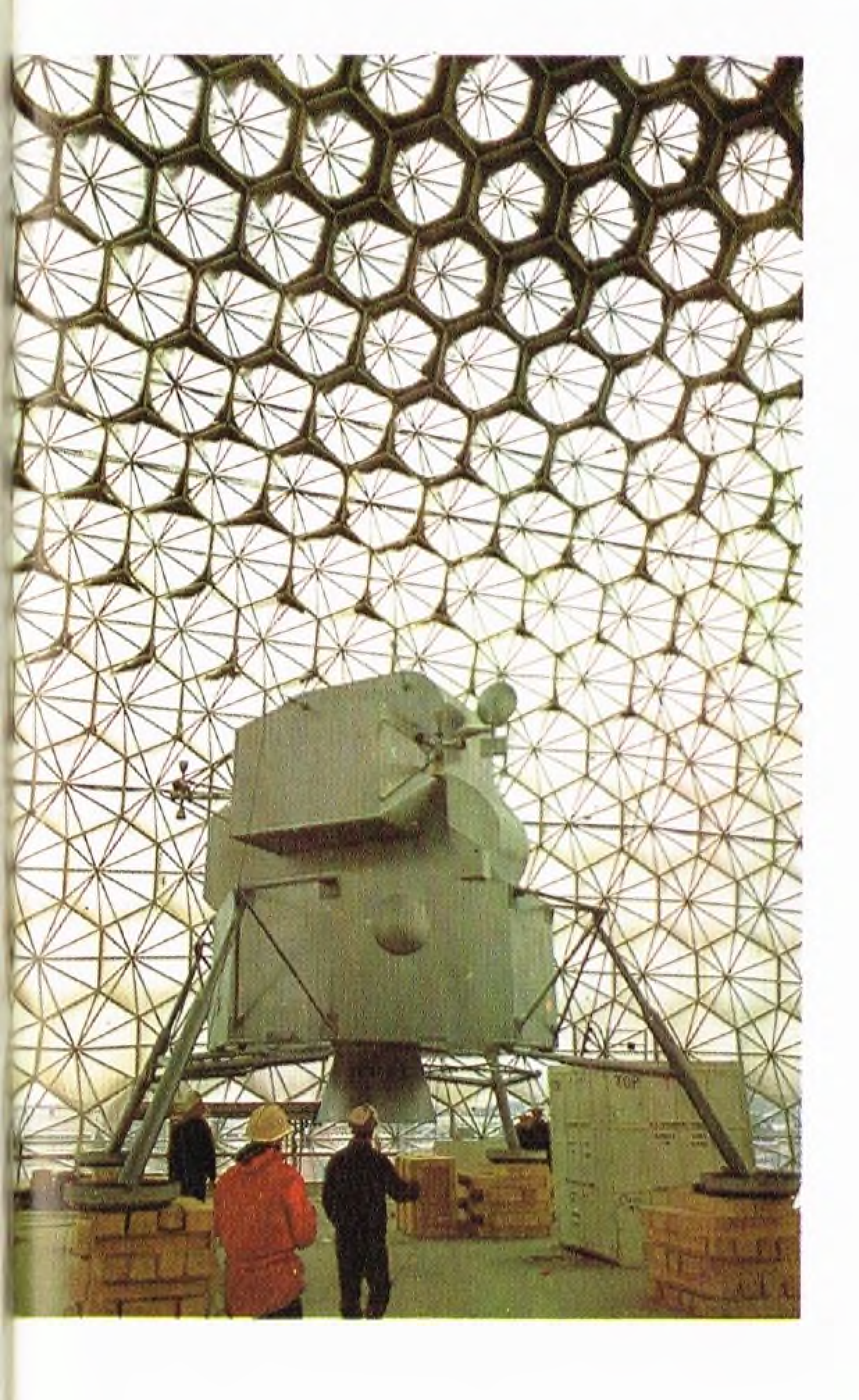
¿Cuáles son los nombres de los que un día serán famosos y hoy contemplan las carreras gracias a un aparato de televisión? ¿Y cuántos desaparecerán de un modo trágico como Jim Clark o bien serenamente, cubiertos de gloria y bienestar, como el inigualable Fangio?

Fittipaldi afirmaba que el límite de edad para pilotar un «Fórmula I» es de 35 años. El tiempo se acelera porque Fangio y Farina ganaron el Campeonato del Mundo cuando contaban más de 40 años; Ascari lo consiguió a los 34; Clark a los 27, y Fittipaldi a los 26. Una juventud que adora la velocidad se está abriendo paso sin que puedan señalarse cotas superiores a la velocidad ni límites inferiores a la edad de los grandes corredores.



Los campeones viven deportivamente, es decir, sienten deseos de vencer a sus rivales, pero fuera de la pista son amigos y se comprenden porque comparten idénticas emociones y los mismos anhelos. Saben que su vida puede verse truncada en cualquier instante y por un accidente fortuito. Aquí vemos a dos grandes del automovilismo: a la izquierda, Graham Hill, y a la derecha, conversando con él, Jim Clark. Ambos conocieron el miedo y la tragedia del accidente. El primero, en 1969, pero consiguió salvar su vida y volver a las competiciones, pero el segundo, aquel mismo año, perdió su vida en un circuito de segunda categoría mientras realizaba unas pruebas formularias.





Las ciudades y su evolución



Las Exposiciones Internacionales suelen ser ocasiones adecuadas para mostrar los progresos alcanzados en todos los campos. Así ocurrió con la celebrada en Montreal (Canadá) en 1967, y en esta página se ofrecen tres vistas de la misma. A la derecha, una nueva perspectiva urbana, con casas levantadas sobre pilotes. Sobre estas líneas, interior del pabellón de Estados Unidos. En el ángulo superior derecha, una distinta concepción de bloque urbano imaginada por el arquitecto israelí Moshe Shafdie. Son una serie de cubos irregularmente superpuestos.



EL año 332 a. de J.C, Alejandro Magno quiso edificar una ciudad para conmemorar su conquista de Egipto. Para ello eligió un sitio en el delta del Nilo y después de trazar él mismo el plano con harina de trigo, por no disponer de yeso, confió la ejecución de la obra a sus arquitectos Sostrato y Dinócrates. Alejandría, que así se llamó la recién fundada ciudad, ni con el correr de los siglos y de sus revoluciones, ha dejado de ser el nudo vital de todo comercio entre Egipto y el Mediterráneo, entre Europa y las Indias.

Por aquellas fechas en que Alejandro realizaba sus conquistas habían desaparecido ya ciudades como Sodoma y Gomorra, Babilonia y Nínive, Troya y Tartessos, que durante siglos fueron centro de cultura y civilización, de vida y esplendor. Cuando el caudillo macedonio llegó a Babilonia no halló más que un montón de ruinas. De la magnificencia, del poder y la grandeza de la «ciudad que pecó contra el Señor» no queda nada, y esto que sobrepujó a todas las ciudades del antiguo Oriente. Ni Tebas, ni Ur de Caldea, ni la misma Nínive, pudieron igualarse con Babilonia. Según los datos que ofrece Herodoto, la ciudad que embelleció Nabucodonosor debía ser tan grande como Londres, París y Berlín reunidas. Justo es reconocer, sin embargo, que si Babilonia fue la mayor y más hermosa ciudad de aquellos tiempos remotos, la estratégica Jericó, la «Ciudad de las Palmeras», como la designa la Biblia, puede vanagloriarse de ser la ciudad más antigua del mundo.

Se ha dicho que las obras humanas obedecen a una ley única, inexorable, paradójica. Una casa, una torre, un castillo, sobreviven a las generaciones, pero las ciudades, reductos en los cuales se desenvuelve la existencia del hombre, sufren la misma suerte que sus habitantes, a los que marcan su destino. El carácter de una ciudad, su

situación y su pasado confieren a los que viven en ella una personalidad determinada. Las ciudades se convierten en monstruosos organismos; su destino y el de las gentes que acogen son, a partir de este instante, indisolubles.

Formación y desarrollo de las ciudades

Todas las ciudades de la Antigüedad fueron, en su origen, una fortaleza situada sobre un punto elevado, destinada a refugio de las poblaciones vecinas en caso de algún peligro. Los templos dedicados a los dioses se elevaban sobre esta colina, junto a la cual se hallaba la plaza pública, en donde se ejercía la Justicia y se celebraban las Asambleas populares. Poco a poco se agruparon alrededor de este punto céntrico algunas casas dispuestas en forma de anfiteatro, sobre los flancos de la colina unas, y otras en la llanura próxima.

Hace más de 2500 años que estos muros, hoy arruinados, constituyeron la ciudad más hermosa y floreciente del mundo. La Babilonia de Nabucodonosor II (605-562 a. de J.C.) contenía 625 grupos de casas de 3 y 4 pisos, unos 50 templos además de capillas y altares, un palacio real fortificado, un «zigurat» o pirámide sagrada y una gran avenida dedicada a procesiones rituales. Todo ello quedaba encerrado en murallas que formaban un cuadrado de 16 km de perímetro, reforzadas por 250 torres.

La situación de Roma, en la costa meridional del Tíber, donde las casas se agrupan en montes de poca elevación, indica que tuvieron la idea de construir un lugar fortificado en un extremo para proteger a Lacio contra los etruscos del Norte, y crear al mismo tiempo un puerto comercial destinado a las poblaciones de lengua latina. Roma, en tiempos de los Césares, era una verdadera confusión de calles estrechas y tortuosas; esta falta de simetría, si debe creerse a la tradición, fue debida a que los ciudadanos, después de la toma y destrucción de Roma por los galos, debieron reedificar sus casas sin obedecer a plano determinado y a gusto de los constructores. Las casas rara vez tenían más de un piso y en su mayor parte estaban construidas con ladrillo, estucadas y revocadas, pero sin adorno alguno. Tres calles («viae») había solamente por las cuales podían transitar los carruajes: la «Vía Sacra», la «Vía Nova» y la «Vía Lata»; en las demás los portadores de literas a duras penas se abrían paso a través de la multitud de ociosos peatones que se aglomeraban en las calzadas.

Una ciudad que sorprende es París, la antigua Lutecia de los romanos. París no debe lo que es ni a su aportación histórica, ni a sus dimensiones, ni a su emplazamiento físico. La ciudad del Sena no fue cuna de ninguna civilización propia como lo fueron Atenas o Roma, por ejemplo; no fue nunca Ciudad Santa, como Jerusalén, La Meca, o bien Roma, y hay en el mundo urbes más espectaculares que ella: Nueva York, Londres, Pekín o Tokio, por citar algunas. Existen metrópolis que, por especial favor de la naturaleza, gozan de privilegios que en París no se dan: no es puerto de mar, ni centro de regiones naturales de una originalidad sin par. ¿A qué es debido, pues, que desde el año 1000 París esté desempeñando un papel personalísimo que nadie se ha atrevido a negarle? ¿Por qué París sigue ejerciendo una atracción que nadie ha logrado definir?

Las ciudades de la época romana, arruinadas por la invasión de los bárbaros y las continuas guerras feudales, quedaron total o parcialmente despobladas durante los primeros siglos de la Edad Media. Sus escasos habitantes (los «villanos») estuvieron sujetos, como los campesinos, a su señor feudal. Estas ciudades, sin embargo, renacieron pujantes con otras de nueva creación a partir del siglo XI, en el que comienza la Lucha de las Investiduras, tiene lugar la Primera Cruzada, aumenta la seguridad pública y renacen la Industria y el Comercio. Muchas gentes vinieron a establecerse en las antiguas ciudades, colmando muy pronto su recinto amurallado y construyendo fuera de él nuevos barrios que se rodearon también, para su defensa, de nuevas murallas. Estos barrios o arrabales, que se conocen en la

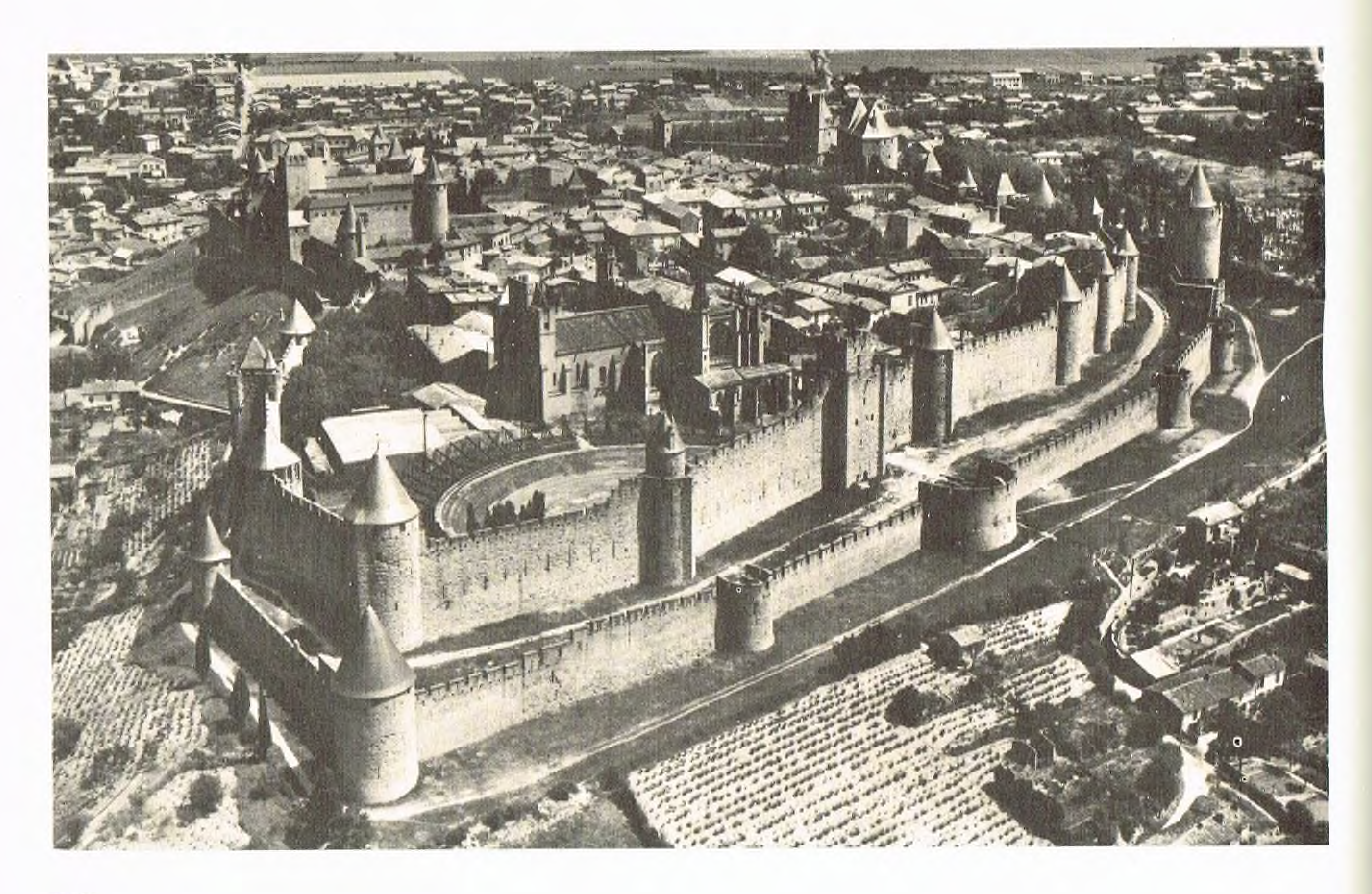
Historia con el nombre alemán de «burgos», estaban habitados por artesanos y comerciantes («burgueses»), y su centro era la plaza del mercado.

La mayoría de las ciudades medievales quedaron así formadas por el antiguo recinto, donde estaba situada la catedral, las principales iglesias, el castillo o palacio y las casas de los canónigos e hidalgos, y los barrios dentro de los cuales se agrupaban por oficios los menestrales, e incluso hubo otros habitados por gentes de raza diferente, como los *ghettos* o barrios judíos y, en las ciudades españolas, los barrios mudéjares.

Cada uno de estos barrios estaba separado de los otros por empalizadas o muros cuyas puertas se cerraban durante la noche. Recluidos en su recinto amurallado, dentro del cual todos querían vivir, las ciudades medievales eran un hacinamiento de construcciones, separadas por callejuelas oscuras y malolientes, por el centro de las cuales corría el «arroyo» de aguas residuales. Las únicas ciudades progresivas y bien urbanizadas fueron las del Califato español, y entre ellas, las mejores, Córdoba y Sevilla.

Dos grandes calamidades sufrieron las pintorescas ciudades medievales: el incendio y la peste. Para evitar el primero se ordenó que desde las primeras horas de la noche, al toque de queda o cubrefuego, se apagaran todas las luces, a pesar de lo cual las catástrofes eran frecuentes. La falta de higiene favorecía el desarrollo de epidemias. Pero poco a poco las ciudades fueron mejorando su urbanización y con ello aumentaron también las condiciones sanitarias.

También las ciudades medievales precisaban de murallas. La dureza de vida en aquel período histórico obligaba a los ciudadanos a encerrarse tras una o dos filas de muros, como es el caso de esta ciudad, Carcassonne, junto al río Aude, hoy capital del departamento de este último nombre en Languedoc (Francia). Un arquitecto, Viollet-le-Duc, se dedicó en los años 1850-1879 a restaurar las murallas, que habían sido destruidas en la cruzada contra los albigenses, y que hoy ofrecen este aspecto encerrando entre ellas la «cité» o ciudad vieja con todo su contenido de recuerdos.





No solamente es Venecia la ciudad de los canales. Otras muchas urbes europeas están atravesadas por conducciones de agua tranquila, procedentes del mar o derivadas de los ríos. Entre ellas, la capital holandesa Amsterdam es una de las más notables. Y éste es un aspecto de ella con su canalillo en medio de la calle, surcado por un pequeño vapor de transporte urbano, mientras a sus orillas se alinean coches y motocicletas, como símbolo del progreso, en este caso compatible con la tradición.

Desde el Neoclasicismo hasta nuestros días

A partir de mediados del siglo XVIII Europa comenzó a cansarse del movimiento arquitectónico barroco. Al cabo de dos siglos y medio de asimetría, desequilibrio y decoraciones recargadas, la arquitectura moderna occidental sintió la necesidad de rectificar de nuevo su camino. Tenía ansias de simplicidad, de equilibrio y de reposo. La reacción se produjo en ciudades de países como Francia e Italia, donde desde el comienzo del siglo el exterior de los edificios se hizo más sobrio de líneas y, en suma, de mayor clasicismo.

A fines del siglo XVIII los nuevos materiales, el hierro y el cemento, empleados en los edificios de carácter industrial, aconsejaron adoptar formas artísticas adecuadas a su propia estructura y no copiarlas de los estilos tradicionales. El deseo de crear un nuevo estilo arquitectónico y los primeros pasos para conseguirlo se observan en la segunda mitad del siglo XIX. Los arquitectos manifiestan una decidida tendencia a las simplificación de las formas y construyen las casas interpretando con cierta originalidad los estilos tradicionales.

En España sólo merece recordarse, hacia 1900, la arquitectura barcelonesa, que gracias a las obras del ensanche de la ciudad, a las de la Exposición Internacional de 1888 y a la abundancia de dinero, vive años en que se construye mucho, con el mayor ímpetu y originalidad. El arquitecto con verdadero genio de todo este fin de siglo que siente la necesidad de crear un estilo nuevo es Antonio Gaudí.

La arquitectura moderna, que se distingue por su deseo de simplicidad en las formas constructivas y por la sobriedad decorativa, es hija de la reacción contra los estilos tradicionales, y de la influencia de los nuevos materiales. Éstos son el hierro y el cemento, y como elemento secundario, el vidrio. De hierro se construye ya en 1803 el Mercado de Granos de París, material que se generaliza después en puentes, fábricas, estaciones, etc. En estas últimas, el vidrio comienza a reemplazar no sólo al muro, sino también a la bóveda. La obra maestra y más famosa del sistema del hierro es la Torre Eiffel, levantada con motivo de la Exposición de París de 1887 y que lleva el nombre de su autor. Pronto se ve que la arquitectura de hierro no es obra de arquitectos, sino de ingenieros. Sin embargo, la arquitectura puramente de hierro, con su complemento de vidrio, no llega a triunfar, salvo en los edificios de carácter industrial.

El cemento con varillas de hierro en su interior, es decir, el hormigón armado, no comienza a dominar como elemento constructivo hasta la segunda mitad del siglo XIX. En la actualidad, el hormigón se usa más profusamente que todos los demás materiales juntos. El ingrediente mágico que hace posible el hormigón es el cemento, sobre el cual se ha aprendido en las tres últimas décadas, según un técnico, más que en los dos mil años anteriores. El hormigón es piedra sintética que, mientras está aún blanda, puede moldearse en casi todas las formas que el constructor pueda desear. El cemento mezclado con agua es la pasta que liga los diversos materiales — arena, grava, escoria — en una roca artificial que aumenta de dureza a medida que transcurren los años. El cemento Portland no procede de la ciudad de este nombre; se llama Portland porque José Aspdin, el albañil inglés que inventó el primer cemento digno de confianza, fabricado científicamente allá por el año 1824, pensó que tenía cierto parecido con las rocas extraídas de la isla de Portland, frente a la costa inglesa.

El deseo de simplicidad y sobriedad de la forma imperante en las artes decorativas que conduce al Cubismo halló en el hierro y el cemento, y en las primeras construcciones, debidas a ingenieros, el campo más propicio. Su consecuencia fue el nacimiento del estilo llamado funcional, por estimar que la única belleza admisible es la resultante de las formas producidas por la función que desempeñan los elementos constructivos. El afán de buscar las formas arquitectónicas en las nuevas estructuras, hijas de los nuevos materiales, desemboca en el Cubismo, que en lugar de masas procura crear volúmenes, y a la simetría opone la regularidad, todo ello gracias al esqueleto interno de pilares y dinteles.

En la arquitectura funcional se distingue una primera etapa denominada racionalista (1920-1933) y otra posterior llamada orgánica. La arquitectura racionalista tiene sus más destacados representantes en Le Corbusier, Gropius, Mendelshon y Van der Rohe. De todos ellos, sin embargo, Le Corbusier es el más famoso.

Charles Edouard Jeanneret, llamado Le Corbusier (1887-1965), fue un arquitecto francés de origen suizo. Aunque dedicado al principio al grabado y a la relojería, pronto se consagró a la arquitectura, y tras viajar por Austria, Italia y Alemania, fijó su residencia en París y se nacionalizó francés. Incomprensiblemente malquisto en este país, sembró el mundo de obras extraordinarias, entre las cuales la Ciudad Universitaria de Río de Janeiro, el plan de urbanización de Bogotá y la construcción de Chandigarh, capital de Punjab en la India.

Le Corbusier

Este genial arquitecto murió a los setenta y siete años de forma trágica, ya que pereció ahogado cuando se bañaba en Roquebrune-Cap-Martin, en la Riviera francesa, el 27 de agosto de 1965.

Le Corbusier era su nombre profesional; se llamaba, en realidad, Charles Edouard Jeanneret. Nació en Suiza el 6 de octubre de 1887, y en 1930 se nacionalizó francés. Enemigo de toda arbitra-

riedad, sentía, sobre todo, la poesía de los volúmenes. Manejó admirablemente el cemento armado y en 1914 proyectó una casa futurista con las paredes de acero y cristal. Impuso las llamadas «ciudades radiantes». En 1931 fue invitado por el gobierno ruso para que dictara un informe sobre urbanismo en Moscú. Le Corbusier proyectó y supervisó la construcción de la capital del Punjab, en la India, y fue, además, uno de los cinco arquitectos internacionales encargados de la construcción del edificio de la UNESCO en París. Asimismo preparó planes arquitectónicos para las ciudades de Amberes, Estocolmo, Argel, Buenos Aires y Bogotá.

La obra que le abrió el reconocimiento mundial fue un bloque de viviendas en Marsella, conocido por la «Unidad de habitación» (1947-1952). El conjunto es muy logrado y funcional. Es un edificio de 16 plantas, en el que todos los servicios generales de los habitantes del bloque multifamiliar se hallan a mitad del edificio. Notable fue la idea del arquitecto de ubicar en la terraza superior un jardín de infancia capaz para 150 niños, un asilo infantil y plantas deportivas de diversos géneros para los adolescentes.



La «Ville de Saboye», que se considera una de las mejores obras de Le Corbusier, es un prisma perfecto, de planta cuadrada sobre soportes cilíndricos, con una ventana corrida. Sus cuatro frentes son iguales y la escalera que la penetra hace visible todo el interior. A él se debe también el Pabellón de Suiza en la Ciudad Universitaria de París, y también una obra reciente de carácter religioso, la iglesia de Ronchamp.

Para Le Corbusier la Arquitectura era un juego inteligente, correcto y magnífico de volúmenes unidos bajo la luz… «los cubos, los conos, las esferas, los cilindros y las pirámides son las grandes formas primarias que la luz revela». Su módulo era la altura humana, que sucesivamente dividida según la sección áurea, le brindaba

un repertorio de rectángulos armónicos. Le Corbusier fue un genial artista, como nuestro Gaudí, al que admiró. Él mismo escribió: «El hombre debe colocarse sobre estas máquinas y exigir de ellas el alivio total de su área. El hombre debe reclamar de ellas beneficios, felicidad, armonía». Ello completaba, en cierta manera, su afirmación tan discutida de que una vivienda debería ser «una máquina para vivir». Algunos de sus libros más difundidos fueron *Une maison et un palais,* la *Cité moderne* (1922), *Art decoratif d'aujourd'hui* (1925) y *Trois établissements humains* (1945).

El rascacielos

A la cabeza del estilo orgánico es de justicia referirse al norteamericano F. Lloyd Wright, quien no sólo es el primero, sino su más destacado cultivador. Wright es el poeta del espacio interior de la casa. Los edificios que construye crecen de dentro hacia afuera, y se extienden de acuerdo con las necesidades del que lo habita. Es decir, no parte de un paralelepípedo de bellas proporciones, que después es subdividido interiormente, como hace Le Corbusier. La gran batalla de Wright es la de la conquista del espacio, estudiando más las zonas de tránsito que los compartimientos estancos, hasta llegar a la sala única con la cocina y los servicios aparte. Preocupación importante suya, sin duda de origen japonés, es la de que la casa se adapte al paisaje, por su forma y por el empleo de materiales de la tierra. Sus grandes cubiertas y amplias galerías hacen que el edificio se funda en el ambiente y éste penetre en la casa.

Desde los últimos años del siglo XIX la arquitectura norteamericana merece una consideración especial. Por estas fechas la tendencia a la simplicidad echa las bases de lo que será la llamada «escuela de Chicago». Dos novedades técnicas permitirán la creación del rascacielos: la cimentación sobre emparrillado de vigas y acero (1882) y la construcción del edificio con armadura metálica (1885), sistema que se adopta después de forma normal. Con plena conciencia de la nueva estructura del edificio se hacen los ventanales corridos y el vidrio cubre de hecho la fachada. El rascacielos dio sus primeros pasos en Chicago, pero Nueva York, cada vez más rica y próspera, acogió el nuevo tipo de edificio con gran entusiasmo.

El deseo de tener las oficinas en el barrio bancario, y el afán de propaganda de las grandes empresas neoyorquinas, determinan que, a principios de este siglo, las edificaciones comiencen a multiplicar progresivamente el número de sus plantas. A la necesidad de espacio para construir no tarda en agregarse la emulación de sus propietarios deseosos de rebasar la altura de los rascacielos últimamente levantados. Gracias al empleo del hierro y el aluminio en gran escala, al hormigón armado, al vidrio y a la peña viva del subsuelo de la parte central de la ciudad, Manhattan, los arquitectos de Nueva York pudieron elevar sin temor estos gigantescos edificios, y merced a la electricidad, iluminarlos y hacerlos accesibles con los ascensores.

En 1916 se publicó en Norteamérica la llamada Ley de Zonas, que obligaba a respetar una cierta proporción entre la altura del edificio y la anchura de la calle. En términos generales, el edificio no puede salir de una pirámide ideal, cuyos lados inferiores están en el eje de la calle, lo que produce un retraimiento progresivo de los cuerpos más elevados. En la parte central de la edificación, a cierta distancia de la fachada, no existe, sin embargo, limitación de altura.



Frente a una bella aplicación de las proporciones, iniciada por los antiguos griegos, y la introducción de la línea curva, comenzada por los romanos y llegada a su exasperación en el Gótico y en el Barroco, la arquitectura actual ha vuelto a la estricta línea recta. Así ha nacido un tipo de construcción llamada neobabilónica, como también podría denominarse neoegipcia. Bloques enormes, prismas gigantescos que convierten las antiguas, soleadas, calles en carreteras urbanas. Abajo, una vista de la ciudad norteamericana de Chicago. A la derecha, paredón con ventanas de la moderna Düsseldorf, la ciudad alemana nacida de la destruida en la última conflagración mundial.





Con la generalización del rascacielos, el cristal gana en importancia, y gracias al empleo del aluminio el muro se convierte en una superficie de cristal sólo interrumpida por delgados listeles.

También en Europa —y en otros continentes—, tanto en viviendas como en oficinas, los arquitectos han proyectado y llevado a cabo un sinfín de gigantescos edificios de hasta cien y más pisos, lo que ha originado la eterna crítica de quienes no consideran viable en los países europeos el prototipo de edificio norteamericano, es decir, el rascacielos. Construyendo las empresas industriales y comerciales en sentido horizontal, con edificaciones de un máximo de diez pisos, la necesidad de nuevos locales hubiera sido costosísima.

El problema de la vivienda

El déficit de viviendas en el mundo sigue en pie, aun después de superarse las devastaciones producidas por la guerra. Es curioso observar, no obstante, que la escasez de casas y la congestión en las grandes ciudades se dan con igual y angustioso apremio en naciones que no fueron bombardeadas durante la última contienda, como sucede, por ejemplo, en ciertos países americanos.

Desde el año 1949 hasta el 1966 en la República Federal de Alemania y en el Berlín occidental se construyeron unos nueve millones de viviendas. Otro tanto puede decirse del Japón, que en estos últimos diez años ha cambiado radical y totalmente la fisonomía de sus ciudades, las que hoy cuentan ya con muchos rascacielos, severamente prohibidos hasta 1963 por las viejas leyes japonesas. Este alentador balance positivo es común a todos los países.

También es general que la población se desplace incesantemente desde el campo a la ciudad. En la mayoría de los países las ciudades de más de 100 000 habitantes, que al principio del presente siglo sólo representaban un 14 % de la población, son las que más han ganado, puesto que actualmente suele vivir en ellas hasta un 40 % de la población total del país. En Norteamérica esta proporción era, en 1950, del 42 %; en Europa (URSS excluida) del 35 %; en la Unión Soviética del 31 %, y en las poblaciones asiáticas, fuera de Singapur y Hong-Kong, no sobrepasaba el 20 por ciento.

La constante y cada vez mayor afluencia hacia las ciudades hace que se entable una verdadera competición entre las grandes aglomeraciones urbanas de la misma región que aspiran a ser la capital indiscutible de ésta. Normalmente las ciudades universitarias son las más favorecidas en tal rivalidad. A este respecto es digna de destacar la metamorfosis que se ha producido en Manipal gracias a la visión y resolución del médico rural llamado T. M. A. Pai, que constituyó la chispa inicial en una notable obra comunal en pro de la educación y la ciencia.

En 1942, Manipal era una de tantas aldeas del sur de la India. Situada en las afueras de la población de Udipur, en el Estado de Misore, vivían en ella tan sólo unos cientos de habitantes. Hoy en día tiene más de 100 000 y cuenta con Facultades de Medicina, Ingeniería, Artes, Letras y Ciencias, una Escuela de Comercio, un Conservatorio de Música, varias Escuelas Primarias y una Secundaria. Sólo al entusiasmo y tenacidad del doctor T. M. A. Pai se debe que una aldea anónima y perdida se haya transformado en unos pocos años en una ciudad universitaria llena de brío y verdaderamente asombrosa por su vitalidad.

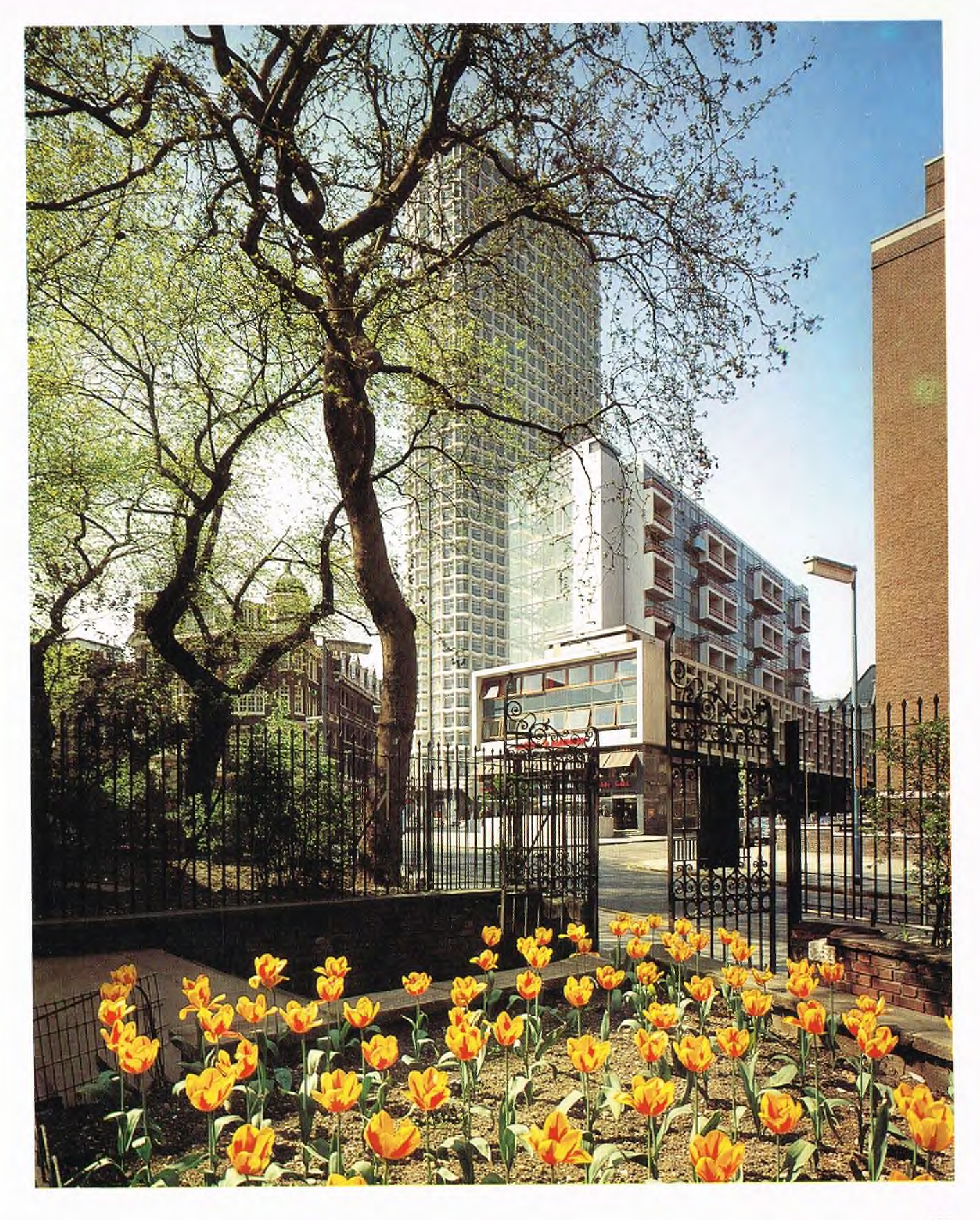
Hay países, Francia, por ejemplo, que no creen que el problema de la escasez de viviendas pueda quedar resuelto a fecha fija. Según el «Centre d'Etudes Prospectives», dentro de los próximos veintitrés años se construirán en el país francés unos diez millones de viviendas, que serán habitadas por treinta millones de personas. Durante el mismo período, la superficie ocupada por las zonas urbanizadas se habrá duplicado y la población habrá aumentado en más de 50 %. El informe termina diciendo: «Un tercio de las ciudades del período 1985-1990 no existen todavía».

Pese al esfuerzo realizado, todos los países sienten agudizarse el angustioso problema de la construcción y el urbanismo. Por ello se plantean tres objetivos imponderables que difícilmente se pudieron prever hasta ahora: la organización del espacio urbano, los nuevos valores estéticos en la ciudad y la distribución racional de las nuevas ciudades en el ámbito de la superficie geográfica de cada nación.

Problemas de una gran ciudad

Existe el mito optimista de que si se contara con medios suficientes se podrían erradicar los suburbios en pocos años, dando con ello marcha atrás al proceso de decadencia de las grandes urbes. Sin

Violento contraste en una de las monstruosas urbes modernas: Londres. En primer término, un delicado jardín con sus árboles en flor y sus tulipanes enhiestos y coloridos: es el de la iglesia londinense de Saint Giles. Pero en el fondo el macizo edificio del Center Point Building, con sus decenas de pisos, su aire impersonal, su monotonía. Constituye el duro precio pagado a las gigantescas aglomeraciones urbanas que, como lógica consecuencia, encarecen el suelo y determinan la compensación de la carestía en la altura.



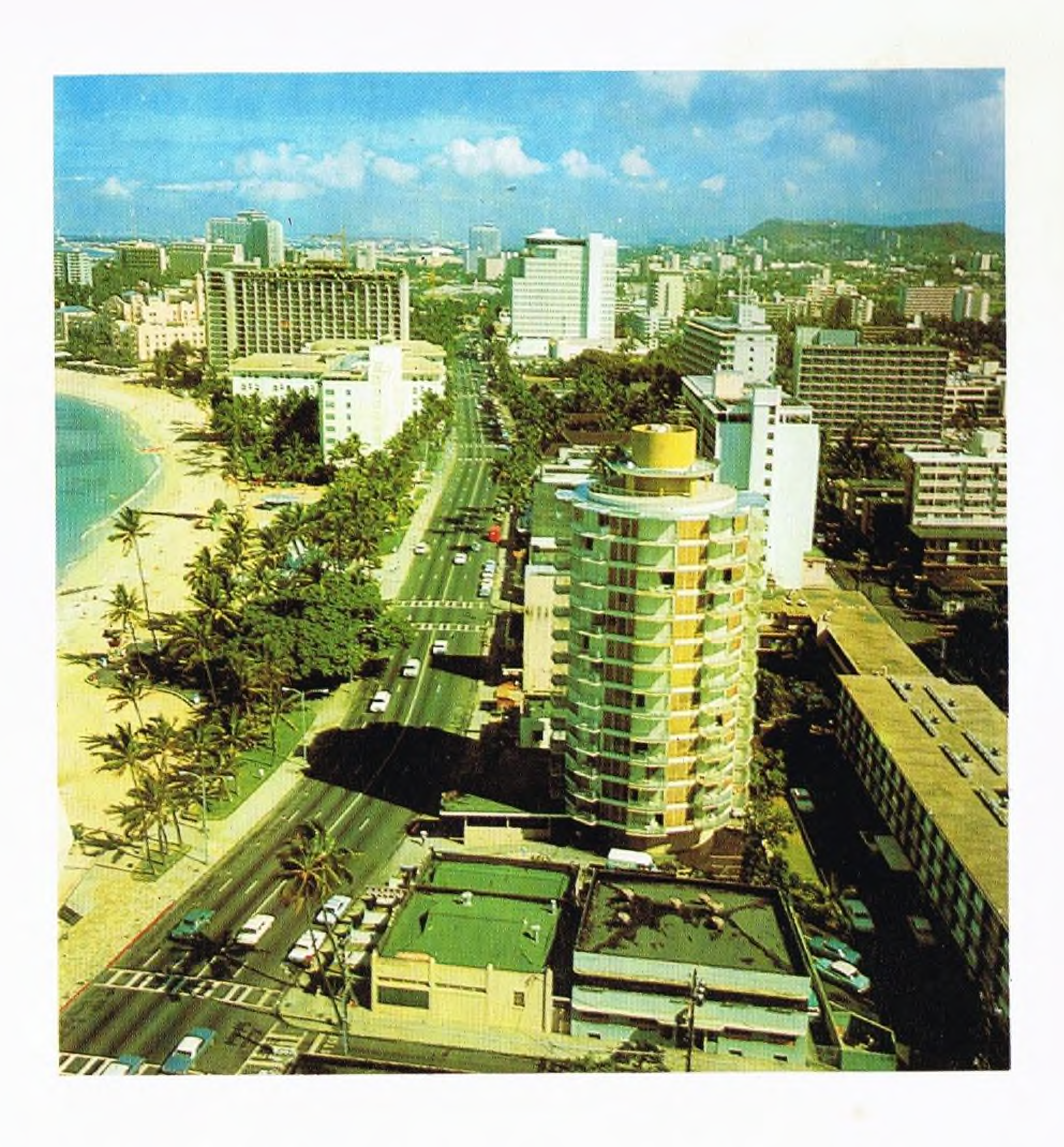
embargo, hasta la fecha, todos los experimentos realizados en tal sentido han defraudado. Y esto es así — dicen los críticos — porque a los urbanistas se les ha olvidado observar cómo funciona en realidad una gran ciudad, y se han dejado guiar, en cambio, por teorías fundadas sobre bases gratuitas que determinan cómo «debería» funcionar una ciudad.

En 1898, el urbanista inglés Ebenezer Howard propuso la supresión de los sórdidos barrios bajos londinenses mediante el traslado de sus vecinos a pequeñas ciudades-jardín, limitadas a un máximo de 30 000 habitantes. Cada uno de sus sectores — industrial, residencial, comercial, escolar y cultural — estaría situado en un lugar predeterminado, y toda la población quedaría rodeada por un verde cinturón agrícola. Así, el hombre de la ciudad se haría la ilusión de que vivía en pleno campo, y como toda ciudad modelo, aquélla sería un excelente lugar para ciudadanos pacíficos.

La mayor parte de los proyectos urbanos actuales se basan en los conceptos ideados por Howard. Pero se ha demostrado que estos planes son totalmente inaplicables en lo que respecta al funcionamiento de una gran ciudad. Prueba de ello es que la mayoría de las grandes ciudades padecen actualmente problemas comunes: barriadas humildes, hacinamiento, delincuencia juvenil, elevado índice de criminalidad, contaminación atmosférica, etc. Con el propósito de combatir estos males crónicos, muchas de ellas se han embarcado en grandiosos proyectos de rehabilitación, a un coste fantástico, que con frecuencia constituyen lamentables fracasos. Incluso la vida propia de la llamada ciudad-jardín prácticamente tampoco se ha conseguido por el hecho de que la congestión industrial y comercial continúa estando generalmente en las grandes ciudades. Y es que, como dice Jane Jacobs, quien durante muchos años se ha dedicado al estudio

Todo el mundo es capaz de distinguir un edificio románico de uno gótico, o bien una construcción medieval de una clásica, griega o romana. Pero, ¿quién sería tan experto para identificar — sin anuncios o sin previa información — de dónde es este conjunto de edificios? La falta de personalidad de la arquitectura urbana de nuestros días determina una monótona repetición de tipos de construcciones en todas las ciudades del mundo occidental. Ésta es una vista de una plaza céntrica en la gran ciudad de Birmingham (Inglaterra).





La arquitectura occidental se extiende a todas las latitudes, incluso a las paradisíacas islas de Oceanía. Éste es un panorama de Honolulú, en la lisla de Oahu, capital del 50.º Estado de Estados Unidos, llamado Hawaii. Apenas las palmeras junto al mar permiten identificar la localización de estas calles anchas, flanqueadas por rascacielos, como las que existen en centenares de urbes distribuidas en las cinco partes del mundo, y unificadas en su concepción arquitectónica.

de los problemas urbanos, «la ciencia de la ordenación urbana se halla hoy en el mismo estado de desarrollo en que se encontraba la Medicina cuando los facultativos cifraban todas sus esperanzas en las sangrías».

Es evidente que los conceptos ortodoxos de la urbanización se hallan imbuidos con exceso de ideas puritanas y utópicas sobre cómo ha de emplear la gente sus horas de asueto. Una de estas normas, por ejemplo, es la creencia equivocada de que los niños no deben estar en la calle, sino en los parques y jardines. Y este mito de que las calles son en sí dañinas para los niños, y que habría que hacerlas desaparecer hasta donde sea posible, constituye la idea más destructiva de las modernas teorías sobre Urbanismo.

Las ciudades son, por sí mismas, a manera de grandes laboratorios de experimentación, de éxitos y de fracasos en materia de construcción, y es de aquí de donde los urbanistas deben extraer sus ideas, dejando a un lado sus conceptos preconcebidos, sus viejas teorías y simplificaciones. El lema de los urbanistas debe ser: «Renovar los edificios, pero dejar a la gente. No mudar a nadie fuera de su propio vecindario».

Actualmente, la vida en las ciudades modernas está llena de complicaciones, de riesgos y de peligros. A pesar de ello, cada día aumentan las grandes urbes y disminuyen los pueblos y las aldeas. En Es-



tados Unidos, por ejemplo, sus ciudades consumen casi medio millón de hectáreas anuales para el ensanche de los suburbios. Las ciudades crecen con inmensos edificios en forma de cajones, sin ventanas, por lo menos en las zonas comerciales; son moles inmensas llenas de ascensores, conductores de aire, agua, electricidad y todo lo que parece ser indispensable para el sostenimiento de la vida. La tendencia a construir edificios cada vez mayores es irresistible, sobre todo en el centro de las grandes ciudades. Lo normal son los rascacielos para todo uso: comerciales, industriales, residenciales, para oficinas o para viviendas. Edificios como el de la Pan American, compañía de aviación norteamericana — ahora fusionada con la Trans World Airlines —, inmensa edificación que contiene la mayor superficie utilizable del mundo.

Sin embargo, cuanto mayor es el progreso, mayor es la dependencia a que el hombre se ve sometido. Un ambiente artificial como el de los edificios modernos puede ser un factor de peligro, pues todo se halla sujeto al exacto sincronismo de un sistema automatizado. Del perfecto funcionamiento total depende no sólo la existencia y el bienestar de millones de personas — las que viven en el casco urbano de la gran ciudad —, sino, en gran parte, de toda la nación.

La vida de estas inmensas ciudades es complicada y frágil; por ejemplo, los vastos sistemas de refrigeración que, a su vez, necesitan abastecerse de electricidad. Unas horas de interrupción en el servicio de energía eléctrica bastarían para que todo se tambaleara. O del perfecto funcionamiento de unos medios de transporte, como los 800 000 viajes diarios de los camiones que se utilizan para el abastecimiento de Chicago. Las grandes ciudades precisan de todos, y todos necesitan de ellas. Recuérdese que en los centros urbanos que tienen una población superior al millón de habitantes está concentrado el 44 % de las empresas fabriles de los Estados Unidos, el 43 % de sus empleados y el 62 % del comercio al detall. En Nueva York se encuentra el 39 % del inmenso volumen de las cuentas corrientes bancarias norteamericanas.

Los mejores museos, bibliotecas y teatros se encuentran en las grandes ciudades. Pero también existen miserables tugurios, hacinamientos increíbles y concentraciones peligrosas. De los 11 000 000 de habitantes de la ciudad de Nueva York, millón y medio son negros y más de medio millón son portorriqueños, dos grandes núcleos raciales que viven en condiciones pésimas. Las docenas de asesinatos que se cometen cada día son un índice más de las condiciones de vida en ciudades sobre las que se cierne una atmósfera turbia, tanto desde un punto de vista moral y social como físico. Como dato curioso citaremos que se calcula en unos 238 millones de kilos el peso de hollín y otros residuos que se van depositando anualmente sobre la ciudad de Nueva York, arrojados por las chimeneas de fábricas y casas, y por los tubos de escape de los automóviles.

El hombre acabará preso de su gran desarrollo técnico o una imprevisible revolución trastornará de modo radical las estructuras actuales. Uno de los problemas planteados en los países superdesarrollados, y aun en los no tanto, consiste en la circulación y en el aparcamiento de los vehículos a motor que los han inundado. En Estados Unidos de Norteamérica existe un coche para cada dos personas, y en las grandes urbes este abrumador número de vehículos plantea gigantescas complicaciones, no siempre bien resueltas. En la fotografía, una prueba de estas dificultades: gigantesco aparcamiento en las inmediaciones del Roosevelt Comercial Center de Long Island (Nueva York).

La alimentación es uno de los grandes problemas de las ciudades modernas. Nueva York, por ejemplo, consume anualmente millones de kilos de carne, pescado, frutas y verduras, huevos, leche, etc., que llegan diariamente de los más diversos puntos del globo después de recorrer cientos o miles de kilómetros de distancia. También el transporte es otra de las dificultades a resolver. En Chicago, Los Ángeles, Boston y otras ciudades norteamericanas, donde se han construido grandes avenidas y excelentes autopistas para facilitar la marcha a los automóviles, se iba más aprisa cuando los coches eran de caballos. Para ir de Nueva York al aeropuerto de Idlewilde, distancia que hace unos años se cubría en media hora, se necesita ahora, en teoría, tres. En la práctica, a veces, hace falta el doble. Y según dicen los especialistas en estos temas, las perspectivas inmediatas en todos los países son aún más pesimistas.

Se cree, no sin razón, que en los próximos veinte años el constante desarrollo urbano hará surgir inmensas ciudades, grandes «complejos megalopolitanos». La rápida multiplicación urbana, que casi une ya las poblaciones, es la señal cierta de una nueva forma de vida que tiende a concentrarse en la ciudad.

Las viviendas del futuro

El arquitecto de Oxford, Mr. Derek Brown, ha anunciado que en el futuro una vivienda podrá ser construida en 24 horas y con el concurso de tan sólo doce obreros. Las casas levantadas por este sistema costarán la mitad que las actuales. Los tabiques interiores tendrán gran movilidad y podrán adaptarse a todos los gustos y necesidades.

Los grandes y modernos edificios de muchas ciudades se van acercando a la era del «push-button» («pulsar el botón»), en la que

todo lo monótono, rutinario y desagradable correrá a cargo de los servomecanismos electrónicos. Habrá residencias en las que apenas se podrá apreciar diferencia alguna entre la casa y el jardín, porque todo formará parte de una misma unidad; una propiedad cercada con una pared hecha de papel reforzado y en cuyo interior, en el lugar que se quiera, se construirá un techo que dará la sensación de estar sostenido en el aire. Las paredes, completamente invisibles, consistirán en cortinas de aire.

Los proyectistas americanos afirman que estos «centros de vida» son la casa ideal del futuro. Dichos centros serán para «la parte alegre y distraída», para comer, leer, reposar, jugar, etc., y los dormitorios se construirán en otra parte de la finca. En el futuro el cambio promete ser mucho más acusado. La cocina termoeléctrica se parecerá a una mesa portátil, que puede ser plegada y arrinconada en cualquier sitio después de su uso; la refrigeradora, también termoeléctrica, será no sólo plegable, sino desmontable, como esos envases de cartón que se fabrican de una sola pieza, con líneas y cortes que facilitan su montaje en el momento preciso. Todos estos aparatos funcionarán con pilas en vez de corriente eléctrica.

Yakarta, la antigua Batavia, con más de tres millones de habitantes, es la capital de Indonesia, país en el que viven más de 120 millones de personas. Se explican, por lo tanto, los problemas de alojamiento que tendrá planteado el joven Estado asiático. Una de las soluciones, tomada también de los países occidentales, ha sido la creación, en las afueras de la ciudad, de barrios residenciales, como éste, con sus pequeñas villas rodeadas de jardines, salida solamente apta para la burguesía.





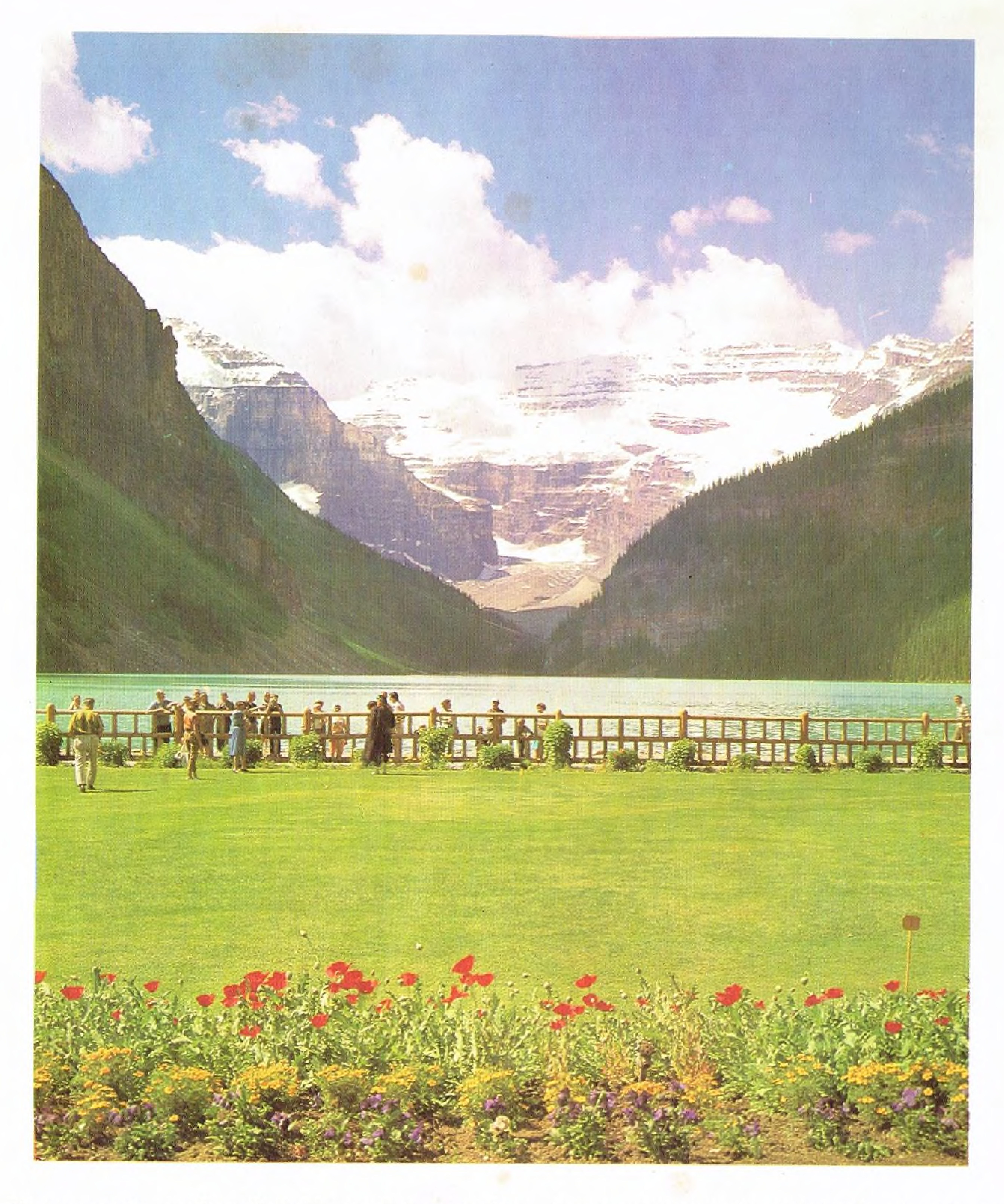
Sidney es la ciudad más poblada de Australia, con casi tres millones de habitantes. La tradición británica de la mayor parte de éstos determina, aunque el clima no sea el mismo, la creación de vastos espacios verdes donde el césped es el elemento dominante. De este modo, el severo panorama de hierro y cemento que ofrece el puente queda suavizado por el prado, rodeado de paseos y bancos. Grupos de ciudadanos se dirigen a través de él, al parecer, al Luna Park, cuya puerta de acceso se ve al fondo.

Por otra parte, René Grandgeorge, director gerente de la Compañía Francesa de Cristal de Saint-Gobain, ha declarado: «El mundo del mañana estará hecho en gran parte de vidrio. Éste es fuerte, duradero, a prueba de corrosión, y nunca requiere pintura. El edificio Lever, de Nueva York, tiene las paredes exteriores de vidrio, y el pabellón francés en la feria de Bruselas se construyó de vidrio. Ahora tenemos vidrio plano que se puede atravesar con clavos y bloques de vidrio espumoso para construcción que parecen de piedra caliza, pero que sólo pesan la vigésima parte que ésta. Estos bloques pueden aserrarse y clavarse, y poseen magníficas cualidades aislantes. A medida que vayan abaratándose prometen constituir un material de construcción ideal, particularmente en países cálidos». Puede decirse entonces que nos hallamos en los umbrales de la edad del vidrio.

Ciudades jardín, satélites y residenciales

El antes citado Ebezener Howard fue el creador de las ciudades-jardín en Inglaterra con el fin de encontrar una solución a la desordenada expansión de las grandes urbes. En 1903 se creó la primera ciudad-jardín en Letchworth, a 56 kilómetros de Londres. A finales de 1966 había en Inglaterra 21 «New Towns», cuatro de ellas en Escocia. Quince de estas ciudades satélites han servido para la descentralización de algunas de las mayores urbes del país. Las «New Towns» constituyen uno de los experimentos más interesantes de los realizados, primero en Inglaterra y luego en otros países para combatir el «colosalismo». Son centros residenciales e industriales al mismo tiempo, que alojan entre 30 000 y 50 000 personas. La vida en ellas está favorecida, puede decirse consentida, por el automóvil, que se pone al servicio de los habitantes, y hace especialmente agra-


POWELL
PASADENA
HERBERT
MANX HOTEL
AIR COACH
ANYWHERE
HOTEL POWELL
CAMERAS
POWELL
THEATRE
TICKETS



No es muy antigua esta fotografía (página anterior) y, sin embargo, tiene un aspecto romántico proporcionado, sobre todo, por el casi anacrónico tranvía. Se trata del cruce de las calles Powell y Market en San Francisco (California, Estados Unidos). Sobre estas líneas: el opresivo ambiente de las ciudades mueve a sus pobladores a huir de ellas siempre que les es posible. Así lo han logrado estos ciudadanos que pasean por el Parque Nacional Banff en Alberta (Canadá), junto a las aguas del lago Louise, con el panorama al fondo de las nevadas Montañas Rocosas.

dable su existencia fuera del *smog,* alejados del ruido, en pleno campo.

Al pensar Howard en su ciudad-jardín quiso que fuera una mezcolanza de campo y de gran urbe, cosa que le parecía la solución ideal. La ciudad-jardín tendría casas confortables construidas de forma que tuvieran sol todo el día, aire fresco, bosques y jardines, a la vez que diversiones, buenas comunicaciones y una densidad de habitantes por kilómetro cuadrado relativamente baja. Pero sus moradores serían los que trabajarían en la industria, el comercio y los servicios, y por ello dispondrían de sueldos elevados, iniciativa, relaciones sociales, etc. Estas ciudades ideales estarían construidas a escasos kilómetros de los grandes centros fabriles, o bien en los extrarradios de las populosas ciudades, pero completamente separadas de unas y otras aglomeraciones y siempre con la idea de la casa-jardín como máximo de dos o tres vecinos, nunca la casa de piso propia de la ciudad. La planificación moderna ha sabido aprovechar el espacio verde, pero desgraciadamente las casas continúan siendo los insoportables murallones de cemento armado.

El cuadro de las razones que explican la «necesidad» de las ciudades satélites es amplio, pero por falta de espacio no podemos detallarlo. Su función es doble: descongestionar las grandes urbes y reorganizar y disciplinar las aglomeraciones humanas cuando ellas están improductivamente demasiado descentralizadas y esparcidas. La última postguerra trajo consigo una indudable revolución arquitectónica y urbanística, siendo la «Unidad de habitación» ideada por Le Corbusier el tipo de edificación más aceptada tanto en América como en Europa. No obstante, conviene destacar que, si bien los americanos y los ingleses construyen sus ciudades-jardín o residenciales con casas unifamiliares que se levantan más o menos dispersas entre la zona verde de estas ciudades, los escandinavos, sobre todo, construyen también verdaderas ciudades satélites que arrojan censos de hasta 60 000 habitantes, enlazadas con la capital o el gran centro urbano por magníficas vías de comunicación. El caso escandinavo tiene cierta similitud con las ciudades españolas satélites de Madrid y Barcelona, pero éstas con menor racionalización urbanística.

Este sentido de las ciudades-jardín, residenciales o incluso satélites, donde se han llevado a la práctica con más fidelidad ha sido en los Estados Unidos de Norteamérica, con el prototipo de casas para una sola familia y su espacio verde o jardín en torno. Estas ciudades disponen de todos los servicios complementarios propios de la vida social, y se hallan comunicadas por autopistas y líneas férreas o de autobuses con los centros propios del trabajo, a escaso kilometraje del lugar de residencia.

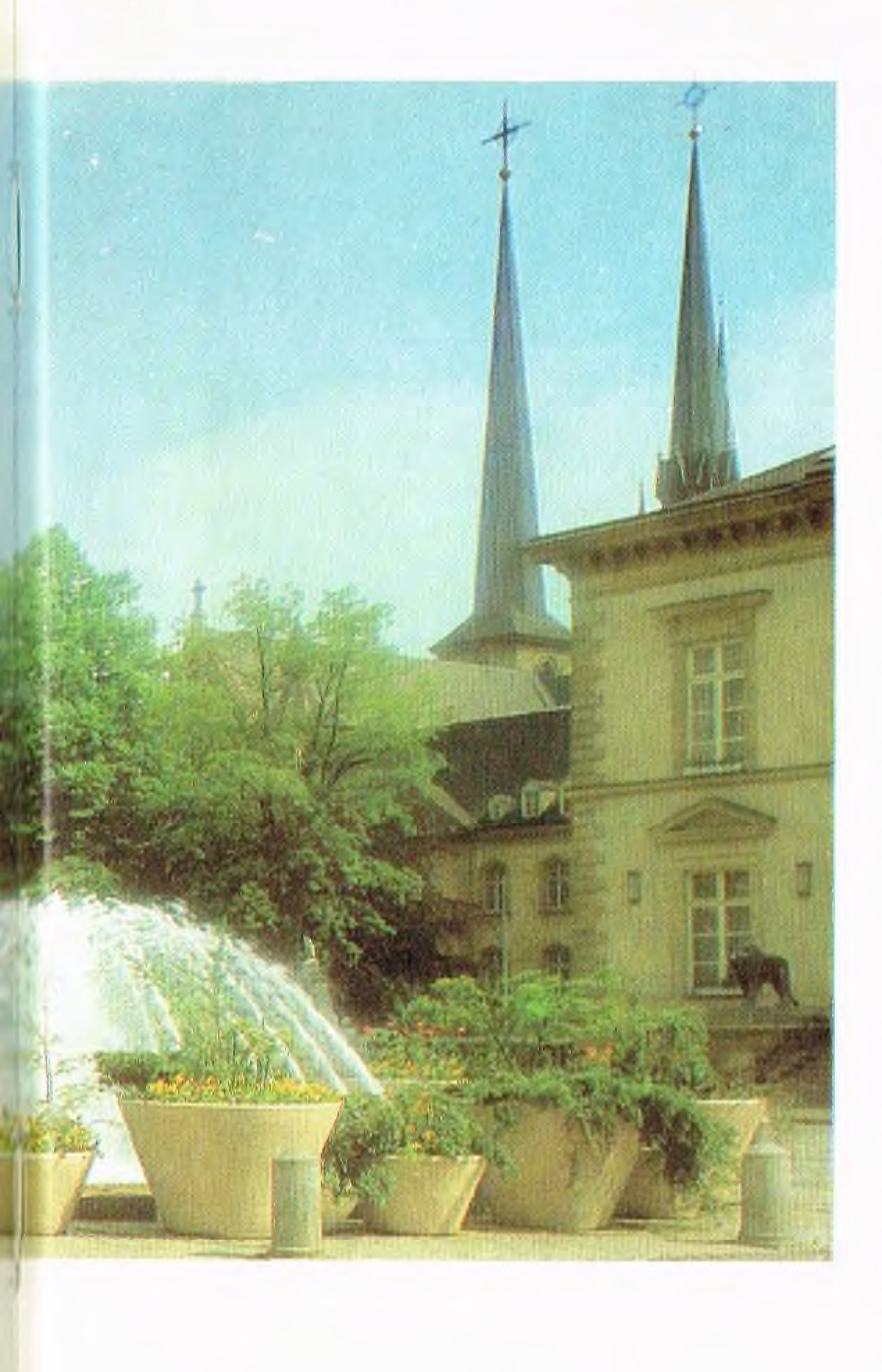
A pesar de todo, tampoco puede decirse que sea ésta la solución ideal al problema de la expansión urbana de las grandes ciudades americanas y europeas. Una fórmula podría ser la consecución de la unidad de habitación cómoda y confortable, autoservida, en zona verde lejos del centro urbano y con focos de escaso censo de habitantes. Y, a ser posible, que el inquilino fuera el propietario de la casa y terreno colindante.

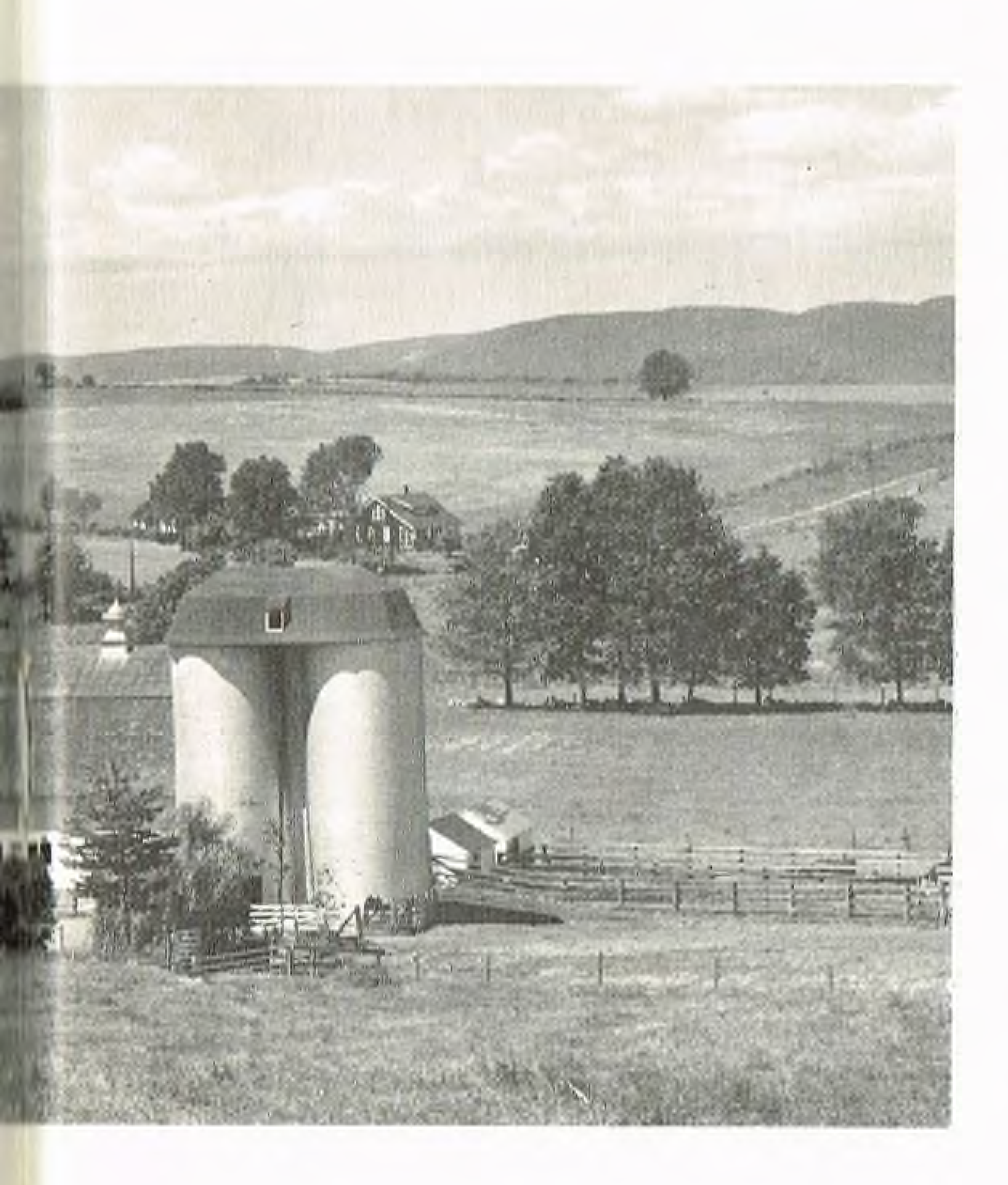
Ciudades hongo

Después de la II Guerra Mundial han sido los Estados Unidos de América y la Unión Soviética los países que más ciudades nuevas han creado, debido principalmente a su gran expansión nuclear y a









sus necesidades militares. Poblaciones como Cabo Kennedy y White Sands, en Norteamérica, y Verjoyansk y Yakutsk, en la Siberia rusa, son prueba de ello. En otros países las ciudades-hongo no han proliferado. El ejemplo de Moureux-la-Neuve — ciudad francesa que ha surgido y crece rápidamente al socaire de los yacimientos de gas natural de Lacq — sigue siendo una excepción.

Para edificar la moderna ciudad de Brasilia hubo necesidad de desplazar miles de obreros que se alojaron provisionalmente en barracas y chozas al lado de las cuales aparecieron pronto tiendas, bares, centros de diversión, etc., que formaron una verdadera ciudad-hongo pegada a la que pronto iba a ser la más moderna capital del globo. Esta ciudad satélite improvisada para alojar a los trabajadores la llaman algunos «Cidade Livre» y otros Taguatinga. Al iniciarse las obras de Brasilia se fundó a unos veinte kilómetros de los límites urbanos de la nueva ciudad y llegó a contar con más de setecientas casas que enmarcaban los entonces anchos y polvorientos caminos que conducían a la nueva capital del Brasil.

Una de las ciudades-hongo más extrañas del mundo quizá sea la que el cuerpo de ingenieros de los Estados Unidos están construyendo bajo el casquete de hielos árticos de Groenlandia. Esa población, de unos 350 metros de largo por 250 de ancho, estará completamente cubierta de nieve y tendrá electricidad producida por energía atómica. Con la construcción de esta fantástica comunidad, situada a 1300 km del Polo Norte, los norteamericanos han demostrado que el hombre puede conquistar la zona glacial ártica. La ciudad será un hogar — abrigado, confortable y templado — para cien hombres de ciencia, ingenieros y soldados. Allí estudiarán problemas relacionados con la vida, el trabajo o el combate en uno de los medios más inhospitalarios del mundo. La población se comunicará con la base aérea de Thule, 245 km al Oeste, por medio de un ferrocarril eléctrico que correrá por un túnel abierto en la nieve helada. Para el aprovisionamiento por aire habrá pistas de nieve compacta para los aviones de carga y patios de aterrizaje para los helicópteros. Los residentes de aquella ciudad-hongo vivirán y trabajarán en una serie de edificios prefabricados, aislados contra la intemperie y comunicados entre sí por corredores bajo el hielo. En realidad podrían pasar la vida sin salir para nada al aire libre.

Ciudades subterráneas

Con el fin de conseguir los máximos «espacios verdes» en la superficie, los urbanistas americanos proyectan el crecimiento subterráneo de las ciudades. La gran ciudad del mañana puede muy bien ser una metrópoli tentacular con diversas ciudades satélites alrededor de su ciudad central. Tanto en la parte subterránea de la población como en la superficie, varias líneas de ferrocarril comunicarán las subciudades con la ciudad-central. Cada una de estas ciudades satélite

Arriba: no todas las ciudades del mundo occidental han sucumbido a la total tiranía de una moderna arquitectura. Todavía quedan rincones amables, como éste de Luxemburgo, capital del Gran Ducado homónimo, con su sencilla fuente rodeada de grandes macetas con flores. Abajo: un nuevo tipo de edificación campesina, nacido en Estados Unidos. Se trata de una granja agrícola del Oeste de aquel país, con silos incorporados y un agradable ambiente de arbolado.

se calcula que contará con una densidad de 100 000 a 150 000 habitantes. La radicación subterránea de las fábricas y factorías elimina de hecho el gigantesco problema urbano de la circulación y tráfico, sobre todo a la entrada y salida de oficinas y fábricas, en las llamadas «horas punta».

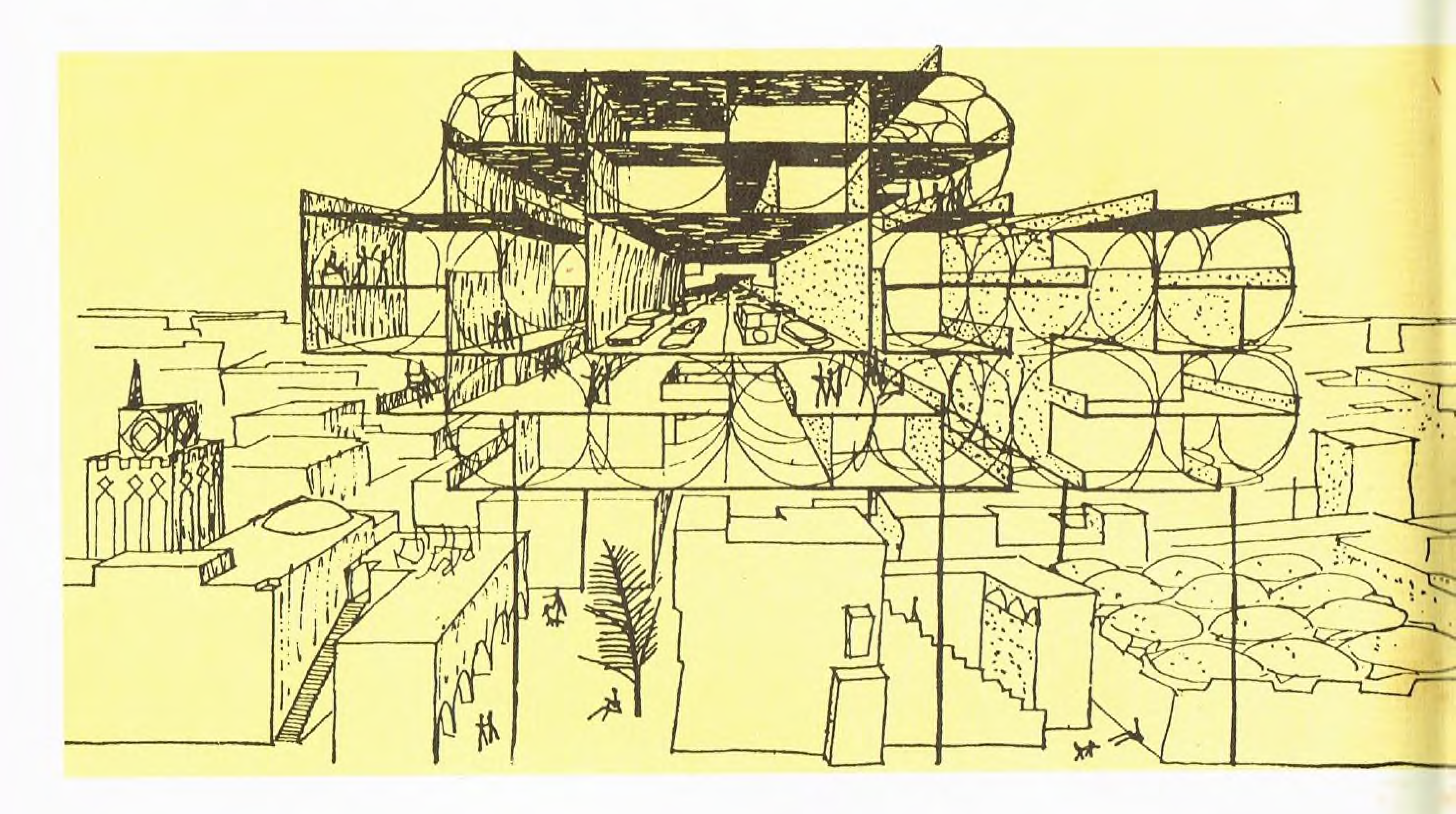
En las plantas subterráneas, tanto para ir como para volver al trabajo se utilizará un sistema de ascensores y escaleras mecánicas que comunicarán con cada planta desde el exterior y, además, con un sistema de transporte subterráneo.

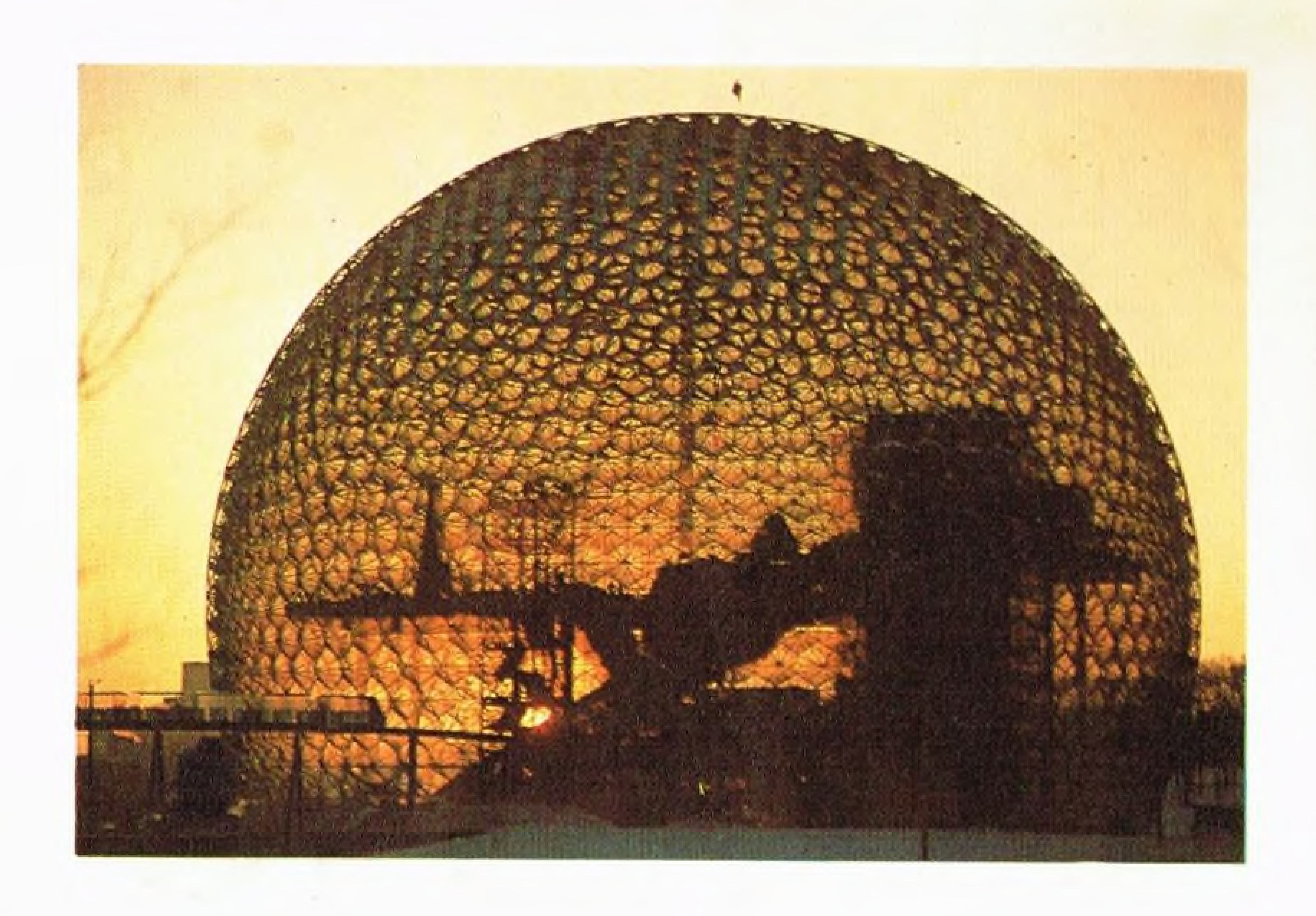
La ciudad-central, por su parte, albergará las grandes oficinas y «buildings», los hoteles y moteles, la central eléctrica, y será el centro financiero de las ciudades moleculares o satélites, con sus Bancos, Bolsa y otros lugares de contratación mercantil. Comprenderá al mismo tiempo toda manifestación cultural, con la Universidad, museos, teatros, etc. Carecerá, naturalmente, de cualquier tipo de industria y será una zona puramente residencial con extensos espacios verdes, lagos y zonas deportivas.

La arquitectura del futuro

De las ciudades recientemente construidas cabe citar a Brasilia, edificada en un desierto del corazón de Brasil, y Auroville, en la India, sobre el golfo de Bengala. Esta no es la primera vez que un país construye una ciudad para que le sirva de capital; Washington, D.C., constituye un ejemplo anterior de una ciudad edificada con ese propósito. Pero nada de lo hecho con anterioridad iguala en tamaño y alcance a la nueva capital que Brasil ha construido. Brasilia es la primera ciudad que se edifica exprofeso de cara al futuro con una arquitectura pasmosamente moderna.

La agobiante transformación de la población rural en urbana, fenómeno general en todo el planeta, obliga a pensar en nuevas formas de ciudades y a adaptarlas a las necesidades de sus habitantes, mientras que tradicionalmente eran éstos los que debían someterse a la urbanística trazada. Entre las diversas soluciones pensadas, figura la de un arquitecto húngaro, Yona Friedman, el cual ha imaginado una ciudad «aérea» o espacial, que se levantaría sobre viejas estructuras. En el grabado, un plano del innovador maestro sobre una imaginaria urbe que se sobrepondría a la antigua ciudad árabe que puede advertirse en la parte inferior.





En la página 273 se vio el interior del pabellón de Estados Unidos en la Exposición Internacional de Montreal de 1967. Éste es el aspecto exterior. Ideado por Buckminster Fuller, tenía una forma globular, de 76 m de diámetro. Se construyó de tubos de acero y aluminio, de plástico y cristal, de modo que resultaba transparente. Este armazón tenía como consecuencia que brillaba durante el día, mientras una adecuada iluminación le hacía emitir durante la noche destellos dorados visibles a muy larga distancia.

Por lo que respecta a la flamante Auroville, tres arquitectos franceses son los encargados de construir esta que llaman «Ciudad ideal». Se calcula que estará terminada en 1983 y contará con una población de 50 000 habitantes. Aunque ya se sabe que la ciudad ideal es un mito, por primera vez en la historia de la humanidad, Auroville pretende o tiene la ambición de combinar una arquitectura de vanguardia con el ideal de fraternidad universal tan querido de los utopistas.

Parece ser que en la elaboración de formas arquitectónicas diversas que darán a las ciudades futuras un aspecto poético inaudito, las formas matemáticas desempeñarán un gran papel. Los técnicos anuncian que se multiplicarán las construcciones en forma de esfera, huevo y lente, la cúpula geodésica, el paraboloide hiperbólico, la estructura espacial y de tubos y el urbanismo subterráneo, todas ellas formas predilectas de los actuales autores de ciencia-ficción. De todo ello se deduce que la arquitectura del porvenir pretende, más que abstracción, naturalidad.

Muchos de estos proyectos un tanto utópicos ya son una realidad. La estructura ovoide es básica en las cúpulas geodésicas de Buckminster-Fuller, el cual durante 30 años ha sido el «arquitecto maldito» de Norteamérica. Por su parte, Pascal Hausemann ha construido en el Jura una casa en forma de huevo. El ovoide inspira, cuando se trata de edificar salas de espectáculos, palacios de deportes, de música o teatros. Se afirma que la forma del teatro del porvenir oscilará entre la forma de esfera o de huevo.

Dignas de mención son las casas en forma de huevo, las ciudades-embudo, los valles artificiales de Walter Jonas, las estructuras espaciales de Ricolais, la casa-mástil de Frei Otto, los «atolones artificiales» de Pablo Maymont, la ciudad-cráter de Chaneac, las ciudades-cibernéticas de Nicolás Schoffer, las ciudades aéreas de Dian Giuresco, los paraboloides hiperbólicos tan utilizados últimamente en Estados Unidos, etcétera.

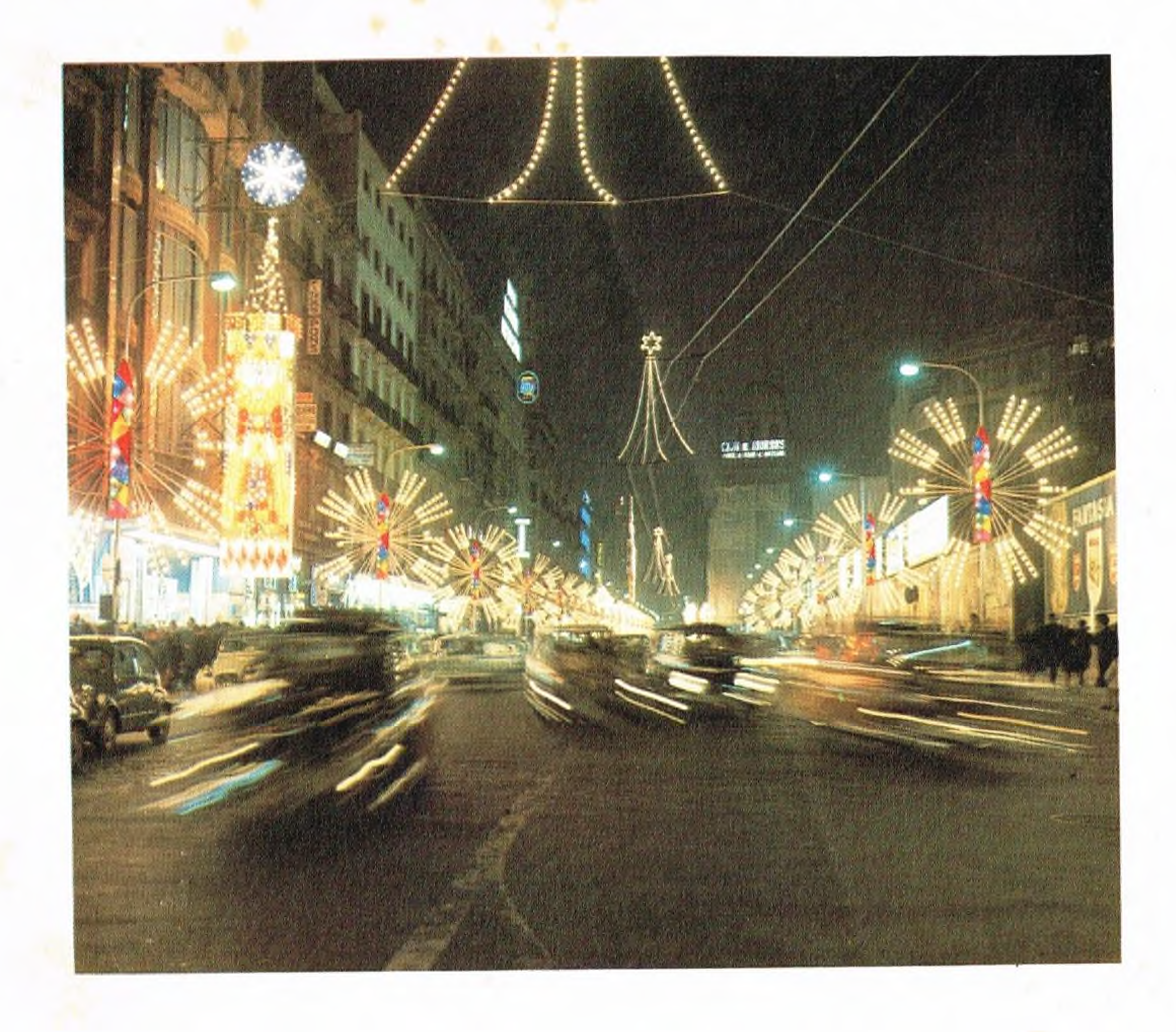
Por lo que se refiere a las ciudades espaciales, éstas no se parecerán a las ciudades ordinarias actuales, ni siquiera a la modernísima Brasilia, ya que se saldrán de lo corriente. No estarán formadas por

rascacielos, sino probablemente por grandes osamentas-porta-casas, que darán a los edificios la apariencia de no estar anclados en tierra. Las ciudades cónicas de Pablo Maymont, las casas-mástil de Frei Otto, y las estructuras espaciales de Eckhard Schulze y Yona Friedman, son ejemplos del nuevo urbanismo.

En las ciudades del futuro las estructuras espaciales estarán reservadas principalmente a viviendas y oficinas, mientras que el subsuelo será utilizado para depósitos, archivos, garajes, estaciones y ciertas fábricas. Hoy ya existen muchas industrias subterráneas, así como también centrales tanto hidroeléctricas como térmicas.

Ahora, sin embargo, se pretende invadir los dominios del mar y se realizan numerosos intentos de urbanismo submarino, principalmente en Francia y Estados Unidos. La ciudad flotante de Pablo Maymont, proyectada para agrandar la ciudad de Mónaco, es en la actualidad seguramente el proyecto marino más vasto y audaz que se conoce.

Por último, dejando aparte los materiales a emplear y las ideas arquitectónicas más o menos luminosas, es indudable que las ciudades del porvenir habrán de ser flexibles, es decir, concebidas y construidas de tal modo que puedan transformarse según cambien las necesidades, y soportar derribos de barrios enteros sin que estas construcciones se conviertan en un grave problema.



En ocasiones, el adusto panorama ciudadano se suaviza. Se trata casi siempre de la época de fiestas, cuando cesa temporalmente el ajetreo del tráfico, o, por lo menos, se mitiga. Y entre estas fiestas ninguna como la de Navidad, celebrada en todo el mundo cristiano. Una reciente costumbre consiste en iluminar y adornar las calles con alegorías que recuerden la citada festividad. En la ilustración puede verse una muestra de esta decoración bastante frecuente en España. Es la céntrica calle barcelonesa de Pelayo, con las galas navideñas en las aceras, los escaparates y las fachadas de las casas.

